

# Siete Cuentos Goticos

Isak Dinesen



calibre 0.9.37

## **Sinopsis**

Este libro de Karen Blixen/Isak Dinesen se compone de siete cuentos con historias fascinantes que componen uno de sus mejores libros. Es una joya de la literatura del siglo XX con relatos en ambientes aristocráticos, góticos, románticos. La narración es inmejorable y parece ausentarse de la realidad. Se muestra escapista, intrincada pero accesible. Posee una penetrante hondura psicológica y una maravillosa captación atmosférica. Son textos que emanan gran belleza, bebiendo su prosa sutil y exquisita tanto de fuentes literarias clásicas ("Las mil y una noches") como de los cuentos de hadas o de las historias tradicionales nórdicas, para regalarnos gemas como Las carreteras de Pisa, El mono o El poeta. El simbolismo, la fabulación y la evocación melancólica ofertan unos arrebatadores pasajes de fenomenal literatura, compleja, delicada y elegante, que hará las delicias de los amantes de textos de Henry James o Edgar Allan Poe.

**Isak Dinese**

**SIETE CUENTOS GOTICOS**

**(Karen Buxen)**

Tercera edición: abril 1986

Título original: Seven Gothic Tales (Syv fantastiske Fortaellinger)

Traducción: Heliodoro Pardo Marcos

Cubierta: Ubach

ISBN: 84-279-0878-4

© 1934, renewed 1961 by Isak Dinesen

© Editorial Noguer, S.A. Paseo de Gracia, 96, Barcelona, 1978 para la publicación en lengua española Impreso en España — Printed in Spain Depósito legal: B. 4.868-1986 Impreso por TAGEN, S.A., Gasómetro, 16, Barcelona

## LAS CARRETERAS DE PISA

### I. —LA REDOMILLA

Una apacible tarde de mayo de 1823 el conde Augustus van Schimmelmann, joven noble danés, escribía una carta sentado ante una mesa de piedra en el jardín de una hostería cerca de Pisa.

Su carácter reflejaba una disposición propensa a la melancolía y a la tristeza; su aspecto hubiera parecido mejor al no fuese flaco con exceso.

No le fue posible terminar de escribir. Entró en su habitación, y al poco tiempo salió a la calle para dar un paseo por la carretera, mientras los otros huéspedes esperaban en la hostería la hora de la cena.

Contempló por unos instantes el sol que estaba acercándose a su ocaso. Los rayos dorados penetraban por entre los altos álamos a lo largo de la carretera. El aire era cálido y puro. La atmósfera estaba cargada con el dulce olor de hierba y árboles, y las golondrinas cruzaban veloces de un lado a otro como queriendo aprovechar al máximo aquella última media hora de luz.

Pero los pensamientos del conde Augustus estaban fijos en la carta. Iba dirigida a un amigo que tenía en Alemania; un compañero de clase de sus felices días de estudiante en Ingolstadt, única persona a la que podía abrir su corazón sin reservas.

“Pero, ¿reflejaré toda la verdad en la carta? —pensaba el conde Augustus—. Daría un año de mi vida por poder hablar con él esta noche y observar las facciones de su rostro durante la conversación.”

Caminaba despacio por aquella carretera. En su mente bullían y se agolpaban las ideas: “¿Qué difícil es conocer la verdad! Me gustarla saber si es posible decir absolutamente la verdad cuando se está solo. A mi entender, la verdad, al igual que el tiempo, es una idea que nace y depende de la conversación y la comunicación humanas.

¿Cómo podremos saber la verdad de una montaña de África, sin nombre, donde no

existe vereda alguna para subir a ella, ni huella de la visita del hombro? Yo sé que la verdad de esta carretera por la que estoy paseando es que conduce a Pisa, y también sé que la verdad sobre Pisa puede encontrarse en los libros escritos y leídos por el hombre,"

Aquel noble joven de carácter melancólico levantó la cabeza para tratar de distraer sus pensamientos con la vista del paisaje. Pero una honda preocupación le dominaba. La carretera estaba en aquellos momentos solitaria. Sólo él contemplaba allí el atardecer. De nuevo recurrió a sus pensamientos: "¿Cuál es la verdad sobre un hombre que se encuentra en una isla desierta? —se preguntaba—. Yo soy como un hombre en una isla desierta, en estos momentos. Recuerdo que cuando era estudiante mis amigos solían reírse de mí porque tenía la costumbre de mirarme, a menudo, en los espejos. Me decían que esto era debido a mi vanidad. Pero mi opinión no era esa. Me gustaba mirarme a los espejos para tratar de conocer cómo era yo mismo. Siempre he dicho, que un espejo dice la verdad sobre uno mismo."

Con un estremecimiento de disgusto recordaba que un día, cuando era niño, fue llevado a Copenhague para ver el salón de los espejos de Panoptikon. Allí se vio reflejado a la derecha y a la izquierda, en el techo y en el suelo; un centenar de espejos deformaban y falseaban la cara y el talle en distintas maneras. Alargaban, ensanchaban, disminuían, reducían la forma» sin dejar por eso de conservar alguna semejanza. Ante este recuerdo pensó cuan grande es el parecido de los espejos del salón de Panoptikon con la vida real.

"La personalidad y la existencia de cada ser humano —pensaba Augustus— está reflejada en la mente de las personas con quienes nos relacionamos y convivimos, como una caricatura de nosotros mismos."

Sin embargo, la realidad es que estos reflejos, aun los más atractivos y halagüeños, se convierten, en la mayoría de los casos, en falsas caricaturas y embustes declarados.

"Para mi —seguía pensando— una mente amiga y simpática como la de Karl es como un verdadero espejo del alma, y es eso precisamente lo que ha hecho su amistad tan preciada para mí. Yo creo que el amor, de esta manera, sería más fuerte. Debería significar, a lo largo de los caminos de la vida, como la compañía de otra mente donde se reflejaran nuestras fortunas y nuestros infortunios, y donde se probara al mismo tiempo que no todo es un sueño. La idea del matrimonio ha sido siempre para mí la presencia en mi vida de una persona con la que yo pueda hablar mañana de las cosas que acontecieron ayer." Dio un suspiro y sus pensamientos volvieron a su carta. La tarde apacible y serena de aquel mes de mayo de 1823 no

tenía fuerza suficiente para distraer su mente profundamente preocupada.

Habla intentado explicar a su amigo las razones que le hablan movido a alelarse de su casa. Tenía la desgracia de tener una esposa exageradamente celosa.

“Pero no es así —pensó—. Mi mujer es celosa, pero de una forma especial e inconcebible. No tiene celo alguno de las otras mujeres. Sabe que destaca entre la mayoría de la ciudad por su atractivo, por su elegancia y por sus encantos, y sabe también lo poco que las demás mujeres significan para mí. El mismo Karl recordará que las pequeñas aventuras que tuve en Ingolstadt significaron para mí mucho menos que la ópera, cuando una buena compañía de cantantes representaba *Alceste* o *Don Giovanni*. Pero, cosa inaudita, está celosa de mis amigos, de mis perros, de los bosques de Lindenburg, de mis escopetas y de mis libros. Está celosa de las cosas más absurdas.”

Recordaba lo que le habla acontecido a los seis meses de casados. Habla acudido lleno de alegría y de ilusión a la habitación de su esposa para llevarla un par de pendientes que por mediación de un amigo suyo habla adquirido en París, de la herencia del Duque de Berrl. Siempre habla tenido el conde Augustus una especial afición a las joyas, y sabía distinguir su calidad y su labrado.

A veces, le asaltaban pensamientos sobre por qué razón los hombres no pueden llevar joyas lo mismo que las mujeres. Desde su boda sentía un verdadero placer en comprar las más raras y valiosas que encontraba, dignas de la belleza de su joven esposa.

Tanta fue la alegría que sintió al acudir con los pendientes a la habitación de su esposa, que él mismo quiso ser quien se los pusiera en las blancas orejas. Luego acercó un espejo para que su esposa pudiera contemplarlos. Ella comenzó a sentirse molesta al ver que los ojos de su querido esposo estaban más fijos en los diamantes que en su rostro.

Súbitamente se los quitó y se los entregó a su marido, diciendo con los ojos secos de lágrimas, pero más trágicos que si hubieran estado llorando a borbotones: —Siento decirte que nuestros gustos no se identifican en lo que a cosas bellas se refiere.

Desde aquel día ella renegó de toda clase de Joyas y adoptó vestidos de estilo grave y austero, que más parecían hábitos de monja que ropas de una dama de la nobleza. Pero su elegancia y su gracia causaron sensación incluso con sus extraños vestidos, y pronto tuvo una copiosa secuela de imitadores.

“¿Cómo podré conseguir hacer comprender a Karl —pensaba Augustus— que mi

mujer está celosa de sus joyas? Estoy seguro de que nadie podrá llegar a comprender semejante locura. Yo mismo tengo que confesar que no la comprendo, y a veces pienso que la he hecho a ella tan desgraciada como ella a mí. Yo esperaba encontrar en mi esposa una mujer con la que pudiera sincerarme y compartir mis emociones. Pero con Malvina esto es imposible. Ella me ha obligado a mentirle veinte veces al día, a engañarla y a fingir mis miradas y hasta mi voz, No, estoy plenamente convencido de que aquello no podía continuar así, de que he hecho bien en abandonarla. Con ella estaríamos siempre lo mismo, sin esperanza de arreglo.”

Sus pensamientos le llevaron a un punto delicado:

“¿Pero qué será de mi ahora? No sé qué hacer con mi vida. ¿Podré confiar en que el destino me depare alguna solución?”

Del bolsillo de su chaleco sacó un pequeño objeto de cristal. Era una redomilla en forma de corazón. Tenía dibujado un paisaje con árboles y un puente que cruzaba un río. En el fondo, sobre una colina o roca, se erguía un castillo con una torre, y sobre una cinta se leían estas palabras: “Amitié sincére.”

El recuerdo de que aquella redoma había jugado un papel importante en su decisión de dirigirse a Italia, le hizo sonreír.

Había pertenecido a una tía de su padre, soltera, que sobresalió en tiempos por su nobleza. Cuando era muchacha había viajado por Italia y sido huésped en aquel castillo. Ella habla tenido fe en su redomilla, a la que atribula la virtud de curar los dolores de muelas y los de corazón.

Cuando Augustus era niño gustaba compartir con su tía aquellas ilusiones y fantasías. Le había contado cuentos deliciosos relacionados con los dibujos de la redomilla, y hasta había llegado a soñar que tal vez algún día llegara a cruzar el puente y asomarse al castillo y a la torre.

“Pero ahora —pensaba—. ¡qué misterioso y difícil será vivir! ¿Qué significa todo? ¿Por qué mi vida parece más importante que cualquier suceso célebre que haya acontecido jamás? Tal vez, dentro de cien años, la gente lea cosas sobre mí y sobre mi tristeza y soledad de esta noche, y quizá tomen la lectura como un mero entretenimiento, sin darle ninguna importancia.”

## II. — EL ACCIDENTE

En aquel mismo momento sus pensamientos desesperados fueron interrumpidos por un terrible ruido detrás de él. Se volvió para mirar, y los rayos del sol que se hundía en el Occidente penetraron en sus ojos. Durante unos segundos le pareció ver solamente un mundo envuelto en plata, en oro y en llamas.

Un carruaje grande y lujoso, rodeado de una nube de polvo, venía por la carretera a una velocidad de vértigo. Los caballos corrían desbocados, en un galope salvaje, y el coche se balanceaba de un lado a otro de la carretera.

Mientras miraba, le pareció ver dos figuras humanas que eran despedidas del vehículo. Eran el cochero y el lacayo, que con la velocidad de los caballos habían sido arrojados de sus asientos, dando con sus cuerpos en la carretera.

Por un momento Augustus pensó en ponerse en mitad de la Carretera, dispuesto a hacer frente a los caballos para tratar de reducir su velocidad, e incluso detenerlos para detener también el carruaje. Pero antes de que llegaran hasta él aconteció algo que le libró de arriesgarse a tal aventura: primero un caballo y luego otro se soltaron y pasaron ante la vista estupefacta de Augustus a una velocidad aterradora. El carruaje quedó volcado a un lado de la carretera, mientras una de las ruedas traseras se desprendía. El conde Augustus von Schimmelmänn corrió hacia el coche.

Recostado contra el asiento del vehículo destrozado había un anciano calvo, del que destacaba su rostro refinado y distinguido y su larga nariz.

El anciano clavó su vista en Augustus. Su aspecto pálido y su inmovilidad hicieron pensar al Joven conde que aquel hombre había recibido heridas mortales en el accidente.

Solícito se dirigió a él:

—Señor, permítame que le ayude. Ha tenido usted un horrible accidente, pero espero que no haya sufrido heridas de gravedad.

El anciano le miraba como, al principio, reflejando en sus ojos el desconcierto y el azoramiento.

En el asiento de enfrente una mujer joven toda envuelta entre los cojines y las cajas. Ahora trataba de desembarazar sus manos y piernas, con grandes lamentaciones y sollozos.

El anciano volvió sus ojos hacia ella y dijo en tono imperativo:

—Ponme mi sombrero.

Augustus se dio inmediatamente cuenta de que aquella joven era la doncella.

Se movió dificultosamente y colocó sobre la cabeza del anciano calvo un gran sombrero con plumas de avestruz. El sombrero tenía por dentro abundancia de rizos plateados y, en unos momentos, el anciano quedó transformado en una elegante señora de aspecto distinguido y simpático. Era el sombrero y los rizos plateados que llevaba cogidos por dentro los que lograron aquella agradable transformación. El sombrero pareció serenar a aquella anciana, y hasta tuvo una sonrisa dulce y agradecida para Augustus.

En estos momentos venía corriendo el cochero, cubierto de polvo, mientras el lacayo quedaba todavía tendido en la carretera.

La gente de la hostería, cuando se dieron cuenta del accidente, corrieron veloces hacia el lugar del siniestro, dispuestos a prestar su colaboración y ayuda.

Un empleado traía tras de sí a uno de los caballos, y a cierta distancia, dos aldeanos estaban tratando de hacerse con el otro.

Varios sacaron de la mejor manera que les fue posible a la anciana y la instalaron en una de las habitaciones de la hostería, en la que sobresalía la cama gigante y las cortinas rojas.

La anciana señora seguía pálida como un cadáver, con respiración muy dificultosa. Su brazo derecho parecía haberse roto por la muñeca. Al parecer, era ésta la mayor o la única consecuencia del accidente.

La doncella, de ojos grandes y redondos como dos botones negros, se volvió a Augustus y le preguntó: —¿Es usted médico?

La anciana contestó desde la cama con voz desfallecida y ronca por el dolor: —No. No es doctor ni sacerdote. Es un hombre noble. En realidad, ya no necesito médico. Lo que precisamente deseo es hablar con una persona noble como este caballero. Abandonad todos esta habitación, y dejadme que hable a solas con él.

Cuando los dos quedaron solos, su rostro cambió y cerró los ojos. Luego dijo que se acercara más. Le preguntó su nombre, y después de un corto silencio le interrogó: —Conde, ¿cree usted en Dios?

Augustus quedó perplejo y confundido ante una pregunta tan directa e inesperada.

Estuvo unos momentos indeciso, sin encontrar palabras con que contestar a la pregunta. Al darse cuenta de que los ojos de la anciana le miraban fijamente, dio esta contestación: —Era ésta precisamente la pregunta que estaba tratando de contestarme cuando sus caballos se desbocaron. Ahora, señora, no puedo darle respuesta alguna.

La anciana dijo, sin separar sus ojos del rostro del conde:

—Dios existe, y esta afirmación la seguirán admitiendo las generaciones que nos sucedan.

Luego prosiguió:

—Yo voy a morir. Me encuentro muy desfallecida y acabada. Pero no moriré hasta que haya visto una vez más a mi nieta. ¿Tiene usted inconveniente, como hombre de noble cima y de clara inteligencia, en encargarse de buscarla y traerla ante mí?

Hizo una pausa. En su rostro se dibujaban una serie de expresiones extrañas. Fijó de nuevo su vista en Augustus y continuó: —Dígale que ya no puedo levantar mi mano derecha sino para darle mi bendición.

Augustus, después de unos instantes de extrañeza y de zozobra, preguntó a la anciana dónde podría encontrar a la nieta por la que se interesaba.

—Está en Pisa —dijo la abuela— y su nombre es Donna Rosina di Gampocorta. Sin duda alguna conocerá su nombre. Durante meses ha sido el único tema de conversación en la ciudad.

Hablaba con voz tan baja y débil que el conde se vio obligado a acercar su cabeza a la almohada para oírla. Por unos momentos pensó que la anciana había fallecido. A Augustus le preocupaba enormemente aquella situación. Los profundos pensamientos que invadían su espíritu antes de ocurrir el accidente «se habían desvanecido, centrándose de una manera total y sin reservas en la suerte y en los razonamientos de aquella anciana.

Después de unos minutos, la anciana pareció volver en sí, recobrando nueva fuerza. Su voz cambió, y a veces era más fuerte y perceptible que antes. Sin embargo, el joven noble no tenía seguridad de que ella le viera, aunque tenía sus ojos clavados en su cara, como tampoco estaba seguro de que se diera cuenta del lugar donde se encontraba. Sus mejillas se tiñeron de un color rosado, y sus párpados, como gruesos crespones, temblaban ligeramente. Todo su ser parecía estar bajo emociones profundas y extrañas.

—Le contaré mi historia —dijo— para que usted comprenda la necesidad de que me ayude.

### III. — LA HISTORIA DE LA SEÑORA ANCIANA

—Soy una anciana —comenzó diciendo— y conozco el mundo. No me confío en nadie porque la experiencia de mi vida y de mis años me ha hecho comprender que cualquiera que! sea el grado de confianza y de buena voluntad que yo ponga en una persona, ésta me protegerá o me arrojará de su lado, según <sup>1</sup> sus propias conveniencias. Por esta misma razón, yo, a veces, no he puesto mi confianza en Dios. No tenga lastima ni pasión alguna de mí por el anuncio que le he hecho de mi próxima muerte. Yo creo que verdaderamente es mucho mejor morir *comme il faut* que seguir viviendo sin objeto alguno, Augustus prestaba toda su atención a las palabras de aquella mujer: —He tenido amantes, un marido y cientos de amigos y de admiradores. En mi vida he amado con cariño verdadero y afecto sincero a tres personas. De estas tres personas queda solamente esa joven que se llama Rosina.

Suspendió por breves momentos la conversación como afectada por el recuerdo de su nieta. Luego prosiguió: —Su madre no era mi hija. Yo era madrastra, pero las dos estábamos tan unidas y compenetradas que nos queríamos tanto como pueden quererse y amarse una madre y una hija. Esto tenía su razón de ser: desde mi juventud concebí un miedo pavoroso a ser madre. Cuando fue pedida en matrimonio por un viudo, cuya primera esposa habla muerto precisamente en el parto, accedí con la condición indeclinable de que nunca tendría yo ningún niño. El, subyugado por mi belleza y también por mis riquezas, me juró formalmente que se cumplirían mis deseos.

Los fuertes dolores de su brazo derecho hicieron que suspendiera, durante breves minutos, su interesante historia. Riso un nuevo esfuerzo, sacando fuerzas de flaqueza, para continuar: —Era tan amable y tan atractiva aquella muchacha llamada Anna, que yo vi, con mis propios ojos, a la imagen de San José en la basílica volver su cabeza y mirarla, recordando complacido la aparición de la Santísima Virgen en aquellos históricos momentos en que fueron desposados. Sus pies eran como las patas del cisne, y el zapatero nos tenía que hacer los zapatos sobre la misma horma. La enseñé a comprender que la belleza de una mujer es la obra maestra coronada de Dios y que esta belleza y esta virginidad no se deben perder nunca hasta la unión matrimonial. Cuando cumplió los diecisiete años se enamoró de un hombre, un

soldado en aquella época de las guerras de Francia y de su temible Emperador. Se casó con él y le siguió fielmente. Un año más tarde moría en horrorosa agonía, como murió su querida madre.

El conde Augustus escuchaba cada vez con más interés aquella historia.

—Aunque yo no he tenido nunca especiales deseos por un varón —continuaba—, en aquellos momentos pensé que sería un niño. Pero no fue así. Una preciosa niña fue el fruto de mi inolvidable Anna, y esta niña fue confiada a mi cuidado, porque su padre no podía hacerse cargo de ella, ocupado como estaba con sus deberes militares. Unos meses más tarde la niña quedó también huérfana de padre, y fue ella la heredera absoluta de sus grandes riquezas, adquiridas, en su mayoría, como botín de guerra. Ahora, cuando mi nieta ha crecido y se ha hecho una mujer, puede usted comprender fácilmente mis preocupaciones y mis continuos desvelos por procurar el bienestar de Rosina y de prepararla un futuro seguro y una larga vida, teniendo en cuenta la experiencia de su madre y de su abuela.

Hizo un esfuerzo como queriendo incorporarse. Luego siguió en un tono más confidencial e íntimo: —¿Dije que la belleza de su madre era la obra más perfecta del Todopoderoso? Pues no concreté bien, porque la verdadera obra maestra del Creador fue Rosina. Era tan clara y transparente que en Pisa se decía que cuando bebía vino tinto se podía ver el líquido que descendía por su garganta y por su pecho. Yo nunca deseé que se casara, y vela con complacencia la actitud dura y despreciativa de la joven hacia los hombres en general, y de una manera especial hacía aquellos galanes enamorados que la seguían y la cortejaban con los mejores deseos de unirse a ella en matrimonio. Pero los años no pasaban en balde. Yo iba envejeciendo y sentía una honda preocupación por la niña que fue confiada a mi protección y tutela y a la que, por mi parte, adoraba con toda mi alma. No quería morir dejándola en el mundo sola y sin ningún amparo. El mismo día en que la niña cumplía los diecisiete años llevé, por la mañana, a la iglesia de Santa María della Spina un preciado tesoro que habla pertenecido durante muchos cientos de años a la familia de mi madre. Era un cinturón de castidad que uno de los antecesores había adquirido en España cuando estuvo allí luchando contra los infieles. Por ser su esposa sobrina de San Fernando de Castilla, el cinturón llevaba incrustadas valiosas cruces de rubíes. Hice es-la ofrenda para pedir a los santo«que me ayudaran a dar una solución acertada para el futuro de la niña.

Estos recuerdos parecían reanimar a la anciana, olvidándose de los fuertes dolores que la acosaban y de la gravedad en que se encontraba.

—Aquella misma tarde di una gran fiesta, a la que acudió, entre otros distinguidos

personajes de la nobleza, el príncipe Potenziari. Tan pronto como vio a Rosina se enamoró de ella y, sin esperar más, aquella misma noche pidió su mano. Ahora le preguntarla a usted, conde: ¿No cree que aquello fue una contestación inmediata a mi súplica de la mañana? El príncipe era una magnífica oportunidad. Actualmente es el hombre más rico de la región, y lo mismo él que toda su familia son bien conocidos por las ansias desorbitadas de hacer más y más dinero. Aunque es un poco avanzado en años, es la persona más encantadora, un auténtico Mecenas, un hombre de gustos refinados y de mucho ingenio, y es, además, un antiguo amigo mío. Aunque es un admirador de nuestro sexo, yo sé, de buena tinta, que un capricho de la naturaleza le ha hecho incapaz de ser un amante ni un esposo. Por motivos de vanidad o de debilidad propia, no le gusta que se divulgue este defecto suyo y para tratar de despistar de la mejor forma posible su falta, se hace rodear de las damas cortesanas más caras y vistosas, las gentes le temen porque este secreto no es conocido de nadie.

Yo me di cuenta de ello porque, hace muchos años, hubo tan tiempo en que fue uno de mis mayores admiradores, y a mi no me disgustaba su compañía. Era entonces tan feliz y dichosa que vi mi propio rostro sonreírme en el espejo, como el rostro de un espíritu bendito.

La emoción con que la anciana contaba su historia se acentuaba cada vez más. Augustus estuvo tentado en varias ocasiones de aconsejarla reposo y tranquilidad. Pero no se decidió a interrumpirla. Por otra parte, la narración de aquella historia le agradaba sobremanera.

—La misma Rosina —continuó— estaba complacida y dispuesta a desposarse con el príncipe, y durante algún tiempo le quiso con verdadero cariño, debido a su ingenio, a sus personales, a sus modales educados y a los ricos regalos con que continuamente la obsequiaba. Habían sido anunciados ya los esponsales; pero una noche, cuando yo estaba ya acostada, entró Rosina en mi habitación luciendo un vestido satinado de color rojo muy vivo. A la luz de las velas me pareció tan amable y tan decidida que, en aquellos momentos, me recordó al Arcángel San Miguel dando órdenes a las huestes celestiales. Yo me sentía realmente contenta y satisfecha con Rosina, y me enorgullecía extraordinariamente al contemplarla tan bella y tan atractiva. Se acercó a mí y, como si sus noticias supusieran para mí una gran alegría, me confesó que estaba enamorada de su primo Mario y que, además, no se casarla con ningún otro hombre más que con él. Cuando oí aquellas palabras noté que mi corazón desfallecía. No obstante, dominé como pude mi rostro para no reflejar el estado de ánimo y me limité a recordarla solamente que el príncipe era un tirador terrible y certero y que, cualesquiera que fueran sus pensamientos sobre su primo, lo mejor que podía hacer, si es que le amaba de verdad, era olvidarle por completo.

Pero su contestación fue tan valiente y decidida como si estuviera enamorada con la misma muerte.

Hubo un corto silencio. La anciana hizo un esfuerzo para cambiar de postura en la cama. Luego continuó con su historia: —No es que a mí me desagrade Mario, ni que tenga ningún prejuicio contra él. Precisamente siempre he tenido una gran debilidad por la familia de mi esposo, aunque todos ellos padezcan de una especie de excentricidad. La excentricidad en este Joven se manifestaba en su exagerada pasión por todo lo relacionado con la astronomía. Pero como esposo no podía ser comparado con el príncipe, y, además, me bastaba a mi imaginarles Juntos a Rosina y su primo Mario, para sacar la conclusión inmediata de que cualquier debilidad mía en este punto conducirla a mi querida Rosina, a los nueve meses de su unión, a la tumba de su madre. Rosina estaba envanecida y alocada con los continuos halagos y adulaciones del príncipe. Sabía que si pedía a Potenziari la luna, éste pondría todo su empeño en llevársela; pero, a pesar de todo, estaba dispuesta a desistir de las lisonjas y de los regalos del príncipe para unirse a su Joven primo. Un día la llamé ante mi presencia y la hice ver serenamente las realidades de la vida. Pero sólo Dios sabe la cantidad de ideas vanas y exaltadas que se han infiltrado en la mente de la generación de mujeres nacidas después de la Revolución francesa y después de ser publicadas las' novelas de aquella mujer llamada de Stael: riqueza, posición social y un marido tolerante no es suficiente para ellas. Prefieren hacer el amor como nosotros tomamos el Sacramento.

Interrumpió la historia para preguntar:

—¿Es usted casado?

—Si. Soy casado —contestó escuetamente aquel noble Joven.

Ella prosiguió, reflejando en el tono de su voz la satisfacción que le produjeron las escuetas palabras del Joven conde.

—Entonces no necesito descubrir ante usted la locura y la necedad de estas ideas. Rosina estaba tan obstinada que me fue imposible, en todo momento, razonar con ella. No me hubiera causado sorpresa alguna si, al final de mis consejos y advertencias, me hubiese salido con que lo que a ella le gustaría era tener, por lo menos, nueve hijos. Yo he llegado a una edad, querido conde, en que me resulta totalmente imposible soportar o aguantar las contrariedades. Me puse enfurecida, tan enfurecida como me hubiera puesto un bandido a quien hubiera visto arrastrarla, montarla en un caballo y huir con ella a las montañas de la selva. Dije al príncipe que debíamos apresurarnos para celebrar la boda, y decidí mantener a Rosina

encerrada dentro de la casa. Durante estos meses viví en un estado de nerviosismo y de preocupación tal que apenas si podía conciliar el sueño. Cada noche me parecía a mí tan larga como una vuelta completa alrededor del mundo. Rosina tenía una amiga llamada Agnese della Gherardesca. Esta joven pasaba la mayoría de los días en compañía de Rosina. Un día, cuando las dos se encontraban haciendo un bordado, se pincharon los dedos con las agujas. La sangre de ambas jóvenes se mezcló y entonces se juraron eterna hermandad. Agnese della Gherardesca se habla criado libremente a sus aventuras y, de esta suerte, se habla convertido en una auténtica muchacha de la época. En su cabeza tenía metida la idea de que tenía mucha semejanza con *milord* Byron, que estaba muy en boga por aquel entonces. Acostumbraba a vestirse y a cabalgar como un hombre, y en sus ratos de ocio, que eran los más, se dedicaba a escribir poesías. Para hacer más llevadero el encierro de Rosina hice que Agnese la acompañara durante la semana anterior a su boda. Pero, a mi entender, debe haber algún diablillo enredador en las muchachas cuando se empeñan en deshacer algún compromiso amoroso. Yo creo que se las arregló para enviar, durante aquella semana, cartas a su primo Mario.

”La mañana anterior a la boda, cuando el príncipe y yo pensábamos que todo estaba a salvo, Agnese alquiló un coche de caballos, Rosina salió de la casa y montó con su amiga, y las dos desaparecieron por la carretera en dirección a Pisa.

”No faltó la doncella fiel que me puso inmediatamente en antecedentes de lo que terminaba de suceder. Yo, sin perder un solo minuto, monté en mi carruaje y seguí detrás de ellas. Al mediodía logré alcanzar, en la carretera, al coche alquilado. Agnese iba conduciendo, agarrada a las riendas de los caballos, vestida con una capa de cochero. Sus caballos estaban agotados y sin fuerza, mientras los míos estaban tan fuertes y lozanos como siempre.

”Cuando Rosina vio que me acercaba yo a toda velocidad, bajó del coche. Cuando llegué, descendí de mi vehículo y me acerqué a ella, que estaba inmóvil, de pie, en la carretera. Las dos nos miramos sin pronunciar una sola palabra. La llevé, sin réplica alguna por su parte, a mi coche sin prestar ninguna atención a su amiga. Cuando las dos nos acomodamos en el coche, ordené al cochero que volviera para atrás. Habla en la carretera una pequeña ermita, situada entre los árboles. Cuando llegamos, Rosina me pidió permiso para parar el coche y entrar en la ermita un momento. Entonces me dije para mí: “Ésta quiere hacer algún voto o alguna promesa.” Bajé con ella y las dos entramos en aquella reducida iglesia. Cuando entramos dentro de aquel oscuro recinto llegó a mi nariz un fuerte olor a incienso. Pensé con desesperación que el corazón de una joven es como una oscura iglesia, un lugar de misterio, y pensé, también, que resulta imposible para una señora anciana el abrirse camino y orientarse dentro de él.

''Rosina fue derecha ante el altar y cayó de rodillas. Con las manos juntas oró por unos instantes ante la imagen de la Santísima Virgen. Luego se levantó y salió del templo sin dirigirme a mí ninguna mirada. Yo traté también de rezar alguna oración, pero no me fue posible. Cuando salí la encontré Junto al coche mirando en dirección a Pisa. "Yo sé, si tú no lo sabes —le dije— cuáles son los motivos de que el pensamiento de cierto hombre se interponga entre tú y yo. Ahora yo también puedo hacer un voto lo mismo que tú, y espero que las dos nos veremos algún día paseando Juntas por el paraíso. Mi voto es este: «Juro que mientras pueda levantar mi mano derecha no daré mi bendición a ningún matrimonio tuyo, excepto cuando te cases con el príncipe. Rosina me miró fijamente y me hizo las mismas cortesías y reverencias que cuando era una niña; pero no pronunció ninguna palabra. Al día siguiente se celebraron las nupcias con un esplendor inusitado que causó gran sensación en toda la región.

"Un mes después de la boda, Rosina solicitó del Papa la anulación del matrimonio basándose en que no habla sido consumado.

''Esta decisión de la Joven ocasionó un gran escándalo. El príncipe tenía amigos poderosos e influyentes, mientras que Rosina se encontraba sola, demasiado joven y sin experiencia. Pero ella siguió en sus propósitos con admirable determinación y entereza. La noticia se fue extendiendo por toda la región de tal modo que Rosina estaba en boca de todos, siendo su caso el único tema dominante de las conversaciones. Su decisión de pedir la anulación del matrimonio y la tenaz oposición del príncipe hizo que entre las gentes se extendiera una corriente de simpatía, de afecto y adhesión hacia la joven Rosina.

"El príncipe no gozaba de ninguna popularidad, debido, principalmente, a su afán desmesurado y a su infeliz pasión por el dinero. Estas cuestiones, como usted sabrá, atraen poderosamente la atención de las clases bajas. Tanta era la admiración y el respeto que sentían todos por Rosina, que llegaron a considerarla como una especie de santa. Cuando consiguió, por fin, acudir a Roma, la población la rodeó y la aplaudió fervorosamente en las calles como si se tratara de una *prima donna* de la ópera.

El príncipe se comportaba como una persona sin juicio. Hizo uso de sus influencias para echar a Mario fuera de Pisa. Esto, en aquellas circunstancias, fue probablemente la acción más desacertada que pudo hacer. En un estado de demencia furiosa, se burlaba de la Iglesia y conmocionaba al pueblo.

"Rosina se presentó por sí misma ante el Santo Padre. Se postró reverentemente a sus pies y entregó los certificados que llevaba de los médicos y de las comadronas de

Roma. Cuando el príncipe tuvo noticia de todo ello, cayó desmayado y durante tres días no pudo hablar. Tuvo que ordenar que cerraran las ventanas de sus habitaciones, con el objeto de no oír las canciones y las coplas que la multitud entonaba gozosa en las calles sobre la virgen de Pisa. Se mordía las uñas de rabia al pensar en la alegría que recibirla el pueblo, particularmente la gente joven, cuando Rosina, con la carta de anulación del matrimonio en sus manos, contrajera nuevo matrimonio con el hombre a quien amaba.

"Durante todo este tiempo, aunque me ha parecido, en repetidas ocasiones, oír por el aire el susurro de su nombre, me he negado a verla y he procurado apartar mis pensamientos de su recuerdo. Pero ¿qué cosa hay en el mundo capaz de apartar de la imaginación de una anciana el recuerdo de una nieta a la que ha querido con toda su alma y con la que ha vivido por espacio de diecisiete años? ¿Qué fuerza humana será capaz de conseguir que yo la olvide?

"Hace dos meses llegaron a mi las noticias de que mi nieta estaba para tener un niño. Aunque yo lo esperaba y estaba preparada para recibir la nueva, sin embargo, constituyó para mí la última sacudida. Esta noticia casi me mató. Mis pensamientos se concentraban en su madre y en el juramento que yo había hecho. Tuve tentaciones de no creer más en los santos. Día y noche tenía ante mí la imagen de Rosina representándome tal y como la vi en la pequeña ermita postrada ante la Santísima Virgen con las manos juntas. MI corazón se llenó entonces de tal amargura y pesar como no creo haya ocurrido a ninguna otra mujer en ninguna época de su vida.

"Durante varios meses me he encontrado bastante enferma e Indispuesta para ponerme en viaje, pero ayer me puse en camino con dirección a Pisa.

"Ahora, amigo mío, se ha enterado de toda mi historia. Quiero que reflexione usted sobre el relato que termina de oír y que saque también las conclusiones que crea más oportunas.

Hubo una larga pausa. Cuando Augustus, asustado, miró su cara pálida, los ojos de la anciana estaban fijos en él. Con palabra clara dijo al conde: —Estoy dispuesta para abandonar este mundo. Ojalá que me conociera como yo le conozco a él. Nosotros no tenemos más que decirnos. Creo haberle dado con mi narración un buen tema para que haga reflexiones.

"Yo misma me siento extrañada al pensar que esa anciana Carlotta de Gampocorta, que pronto habrá desaparecido también, y a la que yo he tenido un afecto y un cariño entrañables, no pueda tener una oportunidad de verse conmigo para que tenga ocasión de perdonar a aquellas personas que la faltaron durante su vida. Pero,

cualesquiera que sean sus pensamientos, querido conde, sobre el particular, yo sólo sé decirle que no resulta nada fácil cambiar los hábitos y las costumbres a una edad avanzada como la mía. ¿Tiene usted inconveniente en ir a buscarla en mi nombre?

Su brazo izquierdo se movía torpemente sobre la sábana como tratando de buscar la mano del Joven Augustus. El noble Joven tocó sus dedos fríos.

—Estoy a su servicio, señora — dijo.

Ella emitió un hondo suspiro y cerró los ojos.

Augustus se apresuró a buscar al doctor que habla sido mandado llamar. Más tarde ordenó a sus criados que tuvieran todas las cosas preparadas para partir al día siguiente, de madrugada. Luego, como quería terminar de escribir la carta, antes de salir, se retiró a sus habitaciones dispuesto a hallar una forma de concluir la carta que dirigía a su amigo Karl.

Leyó las líneas que habla escrito. Eran profundas reflexiones sobre la vida. Augustus pensó que la tristeza y la melancolía que se reflejaban en aquella carta serían objeto de inquietud y de intranquilidad para «fu buen amigo. Estuvo unos momentos reflexionando sobre las frases con las que deberla terminar la carta.

Su imaginación volvió al recuerdo de la historia que había terminado de oír de labios de aquella anciana moribunda.

Pasaron unos instantes. Luego, tomó la pluma con energía y añadió a la carta, como colofón, dos líneas del “Fausto” de Goethe. Era un texto favorito de su amigo con el que, en repetidas ocasiones, cuando estudiaban Juntos en Ingolstadt, acostumbraba a poner punto final a sus discusiones: Un hombre noble, aún entre las más oscuras aspiraciones, Conserva todavía el instinto para seguir el camino recto.

No encontró forma mejor de terminar aquella carta.

Con una media sonrisa, puso su nombre al final de la cita de Goethe.

#### **IV. —LAS PENAS DE LA SEÑORA JOVEN**

La posada a la que llegó era la última que se encontraba antes de Pisa. Junto a la

posada había otras edificaciones.

Los carruajes y la gente que habla alrededor hacían que el viajero notara en el aire la proximidad de una gran ciudad.

Un faetón se detuvo Justamente enfrente de Augustus. Del vehículo bajaron un hombre Joven y delgado con una gran capa oscura, y un anciano mayordomo que tenía el aspecto y el mirar de Pantalone.

Estaba oscureciendo. Algunas escasas estrellas comenzaban a brillar en el inmenso cielo azul. Corría una débil brisa. Augustus sintió la sensación de estar verdaderamente en la carretera donde tenían origen los momentos más felices y agradables de todo buen caminante.

En el transcurso del día se había cruzado con un buen número de viajeros; unos cabalgaban sobre corceles flamantes y bien enjaezados, otros, en burros, y un número muy reducido, a pie. También se habla cruzado con carros, tirados unos por bueyes, y otros, por muías.

“Todos llevan una dirección y un destino en su vida. ¿Es posible que sea yo el único viajero que camina sin rumbo determinado?”

La luz artificial, el ruido, y el olor del humo de la leña que se quemaba en la chimenea, Junto con el olor a queso y a grasa que llegaba a su nariz, complacían sobremanera al Joven conde.

El aire de Italia parecía que hubiera bajado de las montañas y cruzado los ríos para rozar suave y gentilmente el rostro de Augustus.

La hostería habla sido en otros tiempos residencia señorial. Tenía un gran salón con frescos en las paredes.

Al entrar se encontró con el anciano hostelero y dos criados que estaban colocando una mesa {unto a la ventana abierta. Mientras realizaban este trabajo tenían una discusión acalorada, por cuyo motivo no se dieron cuenta de la entrada del nuevo huésped. fue el propio anciano hostelero quien se dirigió apresuradamente a dar la bienvenida al conde. Le presentó sus respetos y le hizo halagüeñas promesas de que pondría todo su interés en que su estancia fuera agradable.

Pero todos aquellos honorables y distinguidos huéspedes que estaban llegando al mismo tiempo, de forma inesperada, a una casa tan celosa siempre por mantener su buen nombre, casi llegaron a abrumar y confundir al anciano hostelero.

Media hora más tarde se esperaba al príncipe Potenziani acompañado de su Joven amigo el príncipe Giovanni Gastone. Era gente que sabía comer y seleccionar sus comidas. Habían pedido codornices, pero el cocinero se equivocó en la cocina.

Augustus preguntó al hostelero con cierta curiosidad:

—¿Ese Joven que acaba de llegar es, por casualidad, el príncipe Giovanni?

—¡Oh! No. Sin duda alguna será otro de los clientes ricos y exigentes que frecuentan mi establecimiento.

Con un cierto tono de asombro y extrañeza preguntó luego al conde:

—¿Pero es posible que *milord* no haya oído hablar nunca del príncipe Niño? Es un Joven tal que no puede encontrarse nadie parecido con él fuera de los límites de la Toscana. Cuando era niño, su belleza y candidez hizo que le eligieran como modelo para pintar el Niño Jesús de la catedral. Todos le queríamos mucho. Siempre fue un gran patriota, un verdadero y digno hijo de la Toscana.

El viejo hostelero hablaba con un auténtico orgullo al citar a su región:

—Su ambiciosa madre le envió a las cortes de Viena y de San Petersburgo. Pero el príncipe regresó pronto dispuesto a no hablar más idiomas que el de los grandes poetas. Es un gran patriota, *milord*, un gran patriota. Sus *palazzi* estaban trazados al estilo antiguo de la Toscana. Sostuvo por su cuenta una orquesta dedicada única y exclusivamente a interpretar música italiana. Cedió sus caballos para las carreras clásicas. Nunca terminaría de contarle cosas referentes a este gran patriota y al propio tiempo gran amante de su región. Cuando terminaba la vendimia tenía por costumbre organizar unos festivales. En ellos se representaban las antiguas danzas regionales por las mismas chicas que, con sus pies descalzos, pisaron las uvas en los lagares. Los *improvvisatori* recitaban poesías y declamaban al estilo antiguo. Eran unas fiestas que rememoraban las felices épocas pasadas.

Con una toalla grasienta bajo el brazo y sus pequeños ojos negros fijos en cada movimiento de los criados, el anciano hostelero conservaba la suficiente agilidad y viveza de espíritu para hacer pasar a sus huéspedes horas de entretenimiento: —fue el mismo príncipe Niño quien un día, cuando un cantante alemán tuvo la audacia de presentarse en la ópera de Cimarosa para interpretar “Ballerina Amante”, le hizo abandonar el escenario, y con gran bizarría cantó toda la partitura ante un auditorio absorto y emocionado.

Hizo una breve pausa mientras pasó nueva revista a los criados y a la clientela.

Luego prosiguió: —así somos en esta tierra, *milord*. Si usted permaneciera entre nosotros algún tiempo se darla muy pronto cuenta de que hay por esta región muchos príncipes Niño.

En la cara ancha del hostelero se dibujó ahora un cierto tono de picardía y de confianza: —Por lo que se refiere al sexo bello, *milord*, usted lo conocerá por sí mismo. Son las propias mujeres quienes se interfieren en el camino de un hombre, y en ese caso ¿qué queda que hacer?

Siguió la conversación sobre el príncipe Niño, con estas palabras:

—Incluso en este punto nuestro querido príncipe ha demostrado en repetidas ocasiones ser un verdadero hijo de su región. Pudo haberse casado con una princesa de la Casa de Austria. Cuando estuvo en la corte de San Petersburgo, la hermana del Zar de Rusia se enamoró perdidamente de él; pero desechó valientemente todas las magníficas oportunidades diciendo que solamente las mujeres y los barriles de vino de su Toscana gemirían bajo sus caricias. Hasta se ha llegado a decir que los maridos de Toscana cedían todos sus derechos ante el príncipe Niño y que una mujer que hubiera pertenecido al príncipe nunca cederla ante las súplicas y los ruegos de otro amante.

El viejo era incansable contando episodios de la vida del príncipe Niño. El conde Augustus le escuchaba con complacencia y agrado.

—También se ha dicho que las mujeres que dejó el príncipe Niño siguen pensando continuamente en él y viven de su recuerdo. Este es el príncipe, un hombre querido por todos. Pero fue una lástima, *milord*, que a causa de la generosidad y la magnificencia con que este Joven príncipe repartió por doquier las riquezas de su casa e incluso las de su madre, haya sido entregado a merced del viejo príncipe Potenzlani, a quien acudió frecuentemente en busca de dinero prestado. Es una verdadera lástima, *milord*. Desde entonces el príncipe está cambiando por completo. Algunos han llegado a decir que la santa reina Matilde, ascendiente suya, se le apareció en un sueño y le apartó su corazón y sus pensamientos de las cosas terrenales.

Uno de los camareros cometió una equivocación tan grave al preparar una mesa que el avisado anciano, como en un terrorífico salto espiritual, cortó la conversación para dirigirse inmediatamente hacia el lugar de la catástrofe. Pasados unos minutos volvió con el vino que Augustus le habla pedido. Sin pronunciar palabra le dirigió una sonrisa. Luego se apartó de él haciendo una profunda reverencia. Dos ancianos sacerdotes estaban sentados Junto a la chimenea contemplando las llama«de la leña

encendida.

El muchacho delgado que se habla apeado del faetón permanecía pensativo y triste mientras bebía el café que el anciano mayordomo le había servido. Estaba sentado en una silla baja situada bajo una pintura al fresco que representaba a los ángeles visitando a Abraham.

Su figura Joven, sutil y graciosa llamó la atención de Augustus, siempre admirador de la belleza. En aquella cara pensativa y fina quiso ver una semejanza de su amigo Karl cuando era joven. Sus ojos estaban fijos en aquel muchacho. Deseó en seguida encontrar algún motivo, alguna oportunidad para acercarse a él y entablar conversación. Cuando el anciano mayordomo se acercó a Augustus para informarle de una disputa entre los lacayos por culpa de la elección de los mejores lugares del establo, Augustus aprovechó el momento para iniciar diálogo con el joven haciendo preguntas sobre la carretera de Pisa. Al mismo tiempo le rogó que aceptara tomar un vaso de vino en su compañía.

El muchacho, con mucha cortesía, declinó el ofrecimiento, alegando que nunca había bebido vino. No obstante, al darse cuenta de que Augustus era un extranjero y desconocía la carretera se sentó junto a él unos momentos para darle la información que deseaba. Durante la conversación el Joven colocó sobre la mesa su brazo izquierdo y Augustus lo miró fijamente, pensando para sus adentros: “Al encontrarse con las gentes de esta región se da uno cuenta perfectamente de que han vivido en palacios de mármol y han dedicado su vida a escribir sobre temas filosóficos. Mientras tanto mis antecesores vivían «a los bosques, fabricaban armas de piedra y vestían sus cuerpos con las pieles de los osos que desollaban después de haber bebido su sangre caliente. Yo creo que para conseguir unas manos y unas muñecas como las de este joven serian precisos miles de años.

En Dinamarca todo el mundo tiene los tobillos y las muñecas gruesas. Cuanto más distinguidas son las personas y más elevado es su rango social, más gruesas y abultados son sus muñecas y tobillos.

Las mejillas del muchacho se enrojecieron al conocer que Augustus procedía de Dinamarca. Le dirigió una sonrisa triste y le dijo: —¿Es usted de Dinamarca? Me produce gran sensación y respeto cuando oigo hablar de esas lejanas tierras. Es usted la primera persona de ese país del príncipe Hamlet con la que me encuentro.

Hablaba como un profundo conocedor de la célebre tragedia inglesa. Su cortesía italiana le impidió recrearse en los sucesos trágicos, como si Ofelia hubiera sido la prima perdida recientemente por el otro joven; citó el soliloquio con mucha gracia y

encanto, y finalmente dijo que sus pensamientos estaban a menudo en Elsinore, sobre la espantosa cima del acantilado que tiene por fondo el mar.

Augustus no creyó oportuno hacer la observación de que Elsinore es una zona completamente llana. Le pareció más conveniente preguntarle: —¿Dedica usted algún tiempo a escribir poesías?

—¡Oh! No —contestó el joven, moviendo gentilmente sus suaves rizos morenos—. Dediqué algunos ratos de ocio a las musas, pero hace ya más de un año que lo abandonó por completo.

Augustus contestó con una leve sonrisa:

—Creo que hizo usted muy mal. La poesía es una de las cosas que más deleite y alegría proporcionan a la vida. Es una ayuda eficaz y diría yo que insustituible para soportar y resistir la monotonía del mundo.

El muchacho pareció sentir que habla encontrado un hermano o un amigo del desgraciado príncipe danés. Esto le indujo a abrir su corazón al extranjero hablándole con más libertad y confianza: —Algo me ha acontecido que me ha impedido volver a la poesía. He escrito comedias y tragedias, pero no he podido encajar la poesía ni en unas ni en otras—. Después de una corta pausa añadió:— Ahora... voy a Pisa para dedicarme a perfeccionar mis estudios sobre astronomía.

Su decir grave y amistoso atraía poderosamente la atención de Augustus.

—En Ingolstadt dediqué muchas horas al estudio de las estrellas.

Hablaron durante un largo espacio sobre el tema.

—Es una ciencia maravillosa —decía Augustus— casi rayana con lo divino. En mi país hay muchos y célebres astrónomos. En Augsburgo el gran astrónomo danés Tycho Brahe ordenó y dirigió la construcción de un cuadrante de diecinueve pies de altura y un globo celeste de cinco pies de diámetro.

—Yo quiero estudiar astronomía porque no puedo soportar más el pensamiento del tiempo. Me parece como una prisión, y si algún día pudiera salir de él creo que me sentiría completamente feliz.

—Ese mismo pensamiento me ha asaltado a mí en muchas ocasiones. A veces pienso que si en algún momento de nuestra vida, aunque se tratara del momento más feliz, se nos dijera que el tiempo seguiría así por siempre, la conclusión que sacaríamos

sería que no hablamos llegado a la bienaventuranza eterna sino a un sufrimiento perdurable.

De pronto el rostro de Augustus se puso triste. Por su imaginación pasó un recuerdo amargo que rozaba con su abandonada mujer: “Sí —pensaba—. Este mismo pensamiento pasó por mi mente durante un instante determinado en la noche de mi boda.” Pero el muchacho no pareció percatarse de la tristeza momentánea que se reflejó en el rostro de Augustus. Todo daba a entender que seguía con simpatía los razonamientos del conde. Sus ojos parecían ahora más negros que antes, y su cara estaba más pálida.

—Yo he tenido la desgracia, *signore*, de fijar en mi mente el recuerdo de una sola hora de mi vida. Antes de esa hora fatal siempre pensaba con optimismo tanto sobre el pasado como sobre el futuro o el presente. El tiempo era para mí como una carretera ancha y recta que cruzaba por un agradable paisaje, que yo podía recorrer en ambas direcciones, a mi capricho. Pero ahora me resulta terriblemente imposible apartar mi pensamiento de esa hora. Cada segundo de ella me parece mas largo que todos los años del resto de mi vida Augustus miraba con profundo respeto y con afectuosa admiración a aquel Joven. Le miró con verdadero afecto y simpatía. El Joven continuó: —Sé que algunas personas me recomendarían la idea de la moral infinita que nos enseña la religión como un refugio recto y seguro, pero yo he acudido a ella varias veces y no me ha servido para nada; al contrario, el pensamiento de la omnipotencia de Dios, la voluntad libre del hombre, el cielo y el infierno, todo ello me devuelve a los pensamientos que yo quiero desechar de mí. Quiero ahora acudir a la infinidad del espacio. Espero que el estudio de las órbitas de los planetas y de las estrellas, sus elipses y sus círculos dentro del espacio infinito, me devuelvan la fuerza necesaria para encaminar a mi mente por rutas nuevas y distintas. ¿No piensa usted igual que yo, *signore*?

Augustus recordó los momentos, no muchos años atrás, en que sentía a los astros como su verdadera mansión. Miró con tristeza al Joven y le dio esta contestación: — A mi entender, la vida tiene su ley de gravitación espiritual. Predios, bienes raíces, mujeres...

Miró por la ventana. Sobre el firmamento azul de aquella tarde de primavera se hallaba Venus radiante como un diamante.

El Joven se acercó más a él y le dijo en tono confidencial:

—¿Usted cree realmente que yo soy un hombre? Pues no lo soy» y con el permiso de usted debo decirle que me encuentro muy feliz con no serlo» Naturalmente sé que

los hombres han realizado obras grandiosas y admirables, pero sigo pensando que el mundo sería un lugar más plácido y tranquilo si no vinieron los hombres con mucha frecuencia a destruir y deshacer las cosas que nos son queridas.

Augustus se quedó confuso al ver que habla estado tratando a una Joven dama como si fuera un muchacho. No pudo excusarse por ello ya que la culpa no había sido suya. Se apresuró a presentarse por sí mismo y a preguntar si podía ayudarle en alguna cosa durante el viaje. La Joven dama, sin embargo, no cambió en lo más mínimo sus maneras de hablar y comportarse. Mostró una absoluta indiferencia ante su nueva actitud para con ella. Siguió adoptando la misma postura: sus piernas estaban cruzadas bajo su larga capa oscura, y sus manos, Juntas sobre una rodilla. Augustus pensaba que nunca habla estado hablando con una mujer cuyo interés primordial en la conversación no hubiera sido el efecto que su presencia habla causado.

“Esto es —pensaba— la causa del hastío y el aburrimiento que me produce hablar con una mujeres. La forma con que esta mujer ha tomado un interés amistoso y confidencial conmigo, sin darme aparentemente ningún motivo para pensar sobre ella, me resulta totalmente nueva a la par que dulce y agradable. Durante muchos años de mi vida he pensado y he buscado semejante actitud sin lograr encontrarla, ¡Cuánto daría ahora por librarme del tono y el acento convencional exigido en la conversación de un hombre con una mujer ¡”

—Es muy triste —dijo en tono melancólico y pensativo— ¡ que piense usted tan mal y tan bajo de los hombres. Además, estoy seguro de que todos los hombres con los que usted se ha relacionado se han esmerado en atenciones y desvelos por complacerla. ¿Me dirá usted a qué se deben sus querellas contra el sexo fuerte? Por mi parte, puedo decirle que una mujer me ha dicho muchas veces que la estaba haciendo desgraciada con mi compañía, y que deseaba la muerte para los dos en los momentos en que yo, precisamente, me esforzaba más por hacerla feliz.

Miró a un cuadro representando a Adán y Eva que habla sobre la pared de la sala y continuó: —Han pasado muchísimos años desde que Adán y Eva estuvieron Jim tos en el Paraíso Terrenal, y es una verdadera lástima que no hayamos aprendido todavía la forma de sopor—; taraos uno al otro.

—¿Y no hizo usted ninguna pregunta a esa mujer? —dijo la Joven intrigada.

—Si. Más de una vez le pregunté cuáles eran loe motivos de su descontento, con el mejor deseo de poner remedio a la tristeza y a la pesadumbre Que mi compañía le ocasionaba. Pero vi que era nuestro sino fatal el no poder resolver estas cuestiones a sangre Irla. Yo creo, por ciertas razones, que son las mujeres las que se oponen a que

nosotros las conozcamos plenamente. No quieren el mutuo entendimiento ni la comprensión mutua. Más bien se diría que lo que quieren es guerra y discordia. Yo desearla que en nombre de los hombres y las mujeres, se reunieran dos embajadores para tratar de llegar a una mutua Inteligencia.

Hubo un corto silencio. Luego, Augustus continuó con sus razonamientos:

—Es verdad que en cierta ocasión me encontré en París con una mujer, gran dama cortesana, que podría haber desempeñado a las mil maravillas el papel de embajador. Pero esta mujer exigía la entrega inmediata de las cartas credenciales, o la sumisión plena e inapelable a sus decisiones. Yo no sé si usted considera a esta mujer como una traidora a su sexo...

La muchacha estuvo meditando unos momentos sobre las palabras que Augustus terminaba de decir. Levantó la cabeza y dijo: —Supongo que en su país se dan fiestas de sociedad, que se celebrarán bailes y *conversazioni*.

—Sí. De todo eso hay en mi país.

—Entonces sabrá usted —siguió ella, lentamente— que el papel del huésped es diferente del papel del anfitrión, y que la gente no espera las mismas atenciones de uno y otro.

—Así es —dijo Augustus.

La muchacha alzó su vista hasta el cuadro de Adán y Eva que antes habla comentado Augustus. Después dijo: —Dios, que creó a Adán y Eva, preparó las cosas de forma que el hombre haga él papel de huésped y la mujer el de anfitrión. Por tanto, el hombre toma el amor ligeramente, debido a que el honor y la dignidad de su casa no están envueltos en ello. Usted mismo, con toda seguridad, puede ser huésped de mucha gente de la que de ningún modo quisiera ser anfitrión. Ahora, dígame, conde, ¿qué necesita o qué quiere un huésped?

Augustus pensó por unos Instantes.

—Yo creo que un huésped espera ser atendido y regalado; busca, naturalmente, la diversión y el olvido de sus monotonías o de sus preocupaciones y trabajos diarios. En segundo lugar, el huésped decente quiere brillar, quiere imprimir su personalidad y su nombre sobre todas las personas que le rodean. Y, en tercer lugar, tal vez quiera hallar alguna Justificación, alguna forma de explicar los motivos de su existencia.

Augustus, después de pensar durante algunos minutos, continuó:

—Ahora, *Signora*, yo desearla saber la contestación suya a mi pregunta. Usted lo ha preparado todo muy a su manera, y me atrevería a decir que a su conveniencia. Lo encuentro muy Justo y razonable. Siempre se ha dicho que es precisamente la mujer la que pudiera perder en la misma ocasión que el hombre nada perdería. La mujer...

La Joven señora, que tan hábilmente había sabido hacerse pasar por un Joven, miró con aire de complacencia a Augustus y, con tono decidido y resuelto, le dijo: —Pero todavía no me ha hecho usted su pregunta.

—Así es, *Signora*. Mi pregunta era escuetamente la siguiente: ¿Qué desea una anfitriona de su huésped?

—Necesita y quiere únicamente el agradecimiento.

Las voces del exterior pusieron fin a la conversación.

## **V.— LA HISTORIA DEL BRAVO**

El dueño de la hostería entró el primero. Caminaba de espalda y llevaba en cada mano un candelero de tres brazos. La agilidad de movimiento y los modales airoso y sueltos sugerían en aquel anciano muchos menos años de los que en realidad tenía.

Detrás de él seguían los tres caballeros para los que estaba ya preparada la mesa. Los dos primeros iban cogidos del brazo. Las luces que portaba consigo el hostelero, la presencia de los cuatro hombres en el salón y su conversación ruidosa, hicieron cambiar en unos segundos el ambiente.

Un hombre alto, ancho de hombros y enormemente gordo, de una edad aproximada a los cincuenta años, atrajo poderosamente la atención de Augustus. Nada de extraño había en que absorbiera la atención del conde la presencia de aquel hombre extremadamente corpulento; de igual manera hubiera absorbido la atención de todo el que estuviera Junto a él. Vestía un elegante traje de color negro, resaltando sobre el color oscuro del traje la blancura impecable de los puños y el cuello de su camisa. En sus dedos sobresalían, por su brillo, alpina«sortijas coronadas con diamantes. Su cabello estaba teñido de color negro, y su cara, pintada y empolvada.

A pesar de su extrema gordura y de sus formas pesadas se movía con gracia y soltura peculiar, como si dentro de él mismo tuviera un ritmo propio.

Augustus miraba lleno de asombro a aquel hombre corpulento que acababa de entrar en el salón. Su presencia le hizo concebir estos pensamientos: “Si se pudiera separar de nuestra mente la idea convencional que tenemos de cómo debe ser y parecer el ser humano, yo creo que este hombre sería un sujeto excelente, y hasta podría constituir un fino adorno en cualquier lugar, convirtiéndose inclusive en un ídolo impresionante y poderoso.

Fue él quien habló ahora con voz penetrante y, al mismo tiempo, agradable y simpática; —¡ Oh, mi Niño! ¡ Mi Joven, encantador y fascinante Niño!

Oí hablar de ti la semana pasada cuando compraste un *Correggio* y dieciséis caballos de Cascine para tu coche.

El joven a quien hablaba, mientras le tenía del brazo, parecía prestarle muy escasa atención. Augustus pensó, al mirarle, que la gente de la comarca valoraría en mucho su belleza singular. Últimamente habla visitado muchas galerías de pinturas. Le pareció algún Joven San Sebastián o algún San Juan Bautista, alimentado con miel y langostas, que hubiese bajado de su cielo para vestirse a la moderna con elegancia. Tenía incluso en los tonos negros de su cabello, en sus ojos y en su cara algo de la pátina de las pinturas antiguas. Augustus quiso ver en aquel joven la imagen de un ser que no piensa en nada, cosa que debe ser natural en el paraíso, donde no hay necesidad de pensar.

El tercero de los que entraron en el salón detrás del hostelero era un hombre alto y joven. Iba también ricamente vestido. Su cabello parecía demasiado rubio y rizado, y su rostro, como el de un carnero, continuaba hasta la gruesa garganta sin ninguna señal de la mandíbula inferior. Estaba absorto escuchando al anciano y no apartó ni por un momento sus ojos de él.

Los tres se sentaron a la mesa bajo la luz de los candeleros.

La muchacha joven miró unos segundos a los recién llegados, Luego se levantó, ajustó la capa a su cuerpo y abandonó el salón. El viejo mayordomo la esperaba con una vela.

Cuando Augustus entró de nuevo en el salón encontró so cena servida, y se sentó ante un capón y un bizcocho bañado con crema batida de color rosado.

Los tres que cenaban en la mesa grande sostenían una charla tan animada y ruidosa que el melancólico conde Augustus se distrajo de sus pensamientos, y de vez en cuando dirigió hacia ellos la mirada.

Siempre observador y reflexivo, se dio cuenta inmediatamente de que el anciano corpulento bebía únicamente limonada, mientras incitaba y animaba continuamente a los otros a que bebieran vino en abundancia. Sin embargo, se iba poniendo a la misma altura de excitación y alegría de los dos acompañantes, como si tuviera una especie de borrachera propia de la que pudiera usar cuando le viniera en gana.

Su voz llegó a los oídos de Augustus. Estaba contando esta historia:

—Estaba yo en Pisa —comenzó diciendo— cuando hace ya muchos años nuestro glorioso Monti, el poeta, sacó su pistola e hirió de muerte a monseñor Talbot. La escena tuvo lugar durante una cena. Todo aquel trágico incidente fue originado por un tema de ultratumba, un argumento sobre la condenación o la salvación eterna. Los comensales prestaban oído atento a las palabras del gordo anciano. Todos conocían su forma amena y entretenida de contar, y a todos, Incluso a Augustus, les gustaban sus historias y cuentos. El anciano siguió con su relato: —Monti, que por aquel entonces habla terminado su *Don Giovanni*, habla permanecido durante algún tiempo sumido en una honda melancolía. No quería beber ni tenía ganas de hablar. Todo le molestaba.

"Monseñor Talbot le preguntó amablemente qué le sucedía y a qué se debía su decaído estado de ánimo. Se extrañaba de que precisamente en los momentos de haber concluido su obra no tuviera en su espíritu una emoción y una alegría desbordantes. Le extrañaba que no se sintiera feliz después del resonante éxito que había alcanzado. Monti contestó a las preguntas y sugerencias de Talbot interrogándole si no creía él que existía un gran peso y responsabilidad sobre el pensamiento y sobre la voluntad de un hombre por el hecho de haber *creado* un ser humano que arderla, por una eternidad, en el fuego inextinguible del infierno. Monseñor Talbot le miró con una sonrisa afectuosa. Luego le dijo que no se preocupara por esa culpa o responsabilidad de que hablaba. "Eso —le dijo— sólo acontece a las personas reales." Esta afirmación de monseñor Talbot sacó a Monti de sus casillas dio un grito y le preguntó airado si se atrevería a decir que su *Don Giovanni* no era un personaje real; pero *monsignore*, sin apartar la sonrisa de sus labios, se apoyó en el respaldo de la silla y trató de explicar al gran poeta lo que había querido significar con su frase de "personas reales", o seres humanos que existieran realmente en carne y hueso. "¡La carne! —gritó Monti—. Pero ¿puede dudar usted de que mi *Don Giovanni* existió y vivió en carne y hueso, cuando sólo en España se pueden encontrar mil trescientas mujeres que confirman su existencia?" Monseñor Talbot estaba bastante confuso. No sabía qué razonamientos emplear para tratar de convencer a aquel hombre, que más tenía de demente que de cuerdo. "¿Acaso se cree usted —le preguntó— un creador en el mismo sentido de Dios, único y verdadero creador de todas las cosas y de todas las vidas?"

”Me habla usted ahora de Dios —repuso Monti, cada vez más excitado—. Me habla usted ahora de Dios, el creador único y verdadero de todas las cosas, el artífice de todos los seres que pueblan el universo. Está bien. Dios es el único creador. Pero debo decirle que Dios se complace en obras maestras como mi *Don Giovanni*, la *Odisea* de Homero o el *Ingenioso Hidalgo* de Cervantes. Es muy probable que sean éstos los únicos seres de la creación para los que han sido hechos el cielo y el infierno. Si la humanidad, hombres y mujeres, son sólo la arcilla, el yeso de Dios, mientras que nosotros los artistas somos sus Instrumentos, y cuando la estatua está terminada en mármol o en bronce El le infunde la vida. Creo que cuando usted muera no dejará rastro alguno, pero no le quepa la menor duda de que por las mansiones de la eternidad pasearán Orlando, el Misántropo y mi Donna Elvira. Tal es la obra de Dios y no está en nosotros criticarle cuando nada sabemos del tiempo y de la eternidad.»

”Monseñor Talbot, aunque gran admirador de las artes, comenzó a sentirse inquieto ante los puntos de vista herejes del poeta. “Es intolerable —dijo en tono severo— que un hombre de las cualidades artísticas extraordinarias que usted posee piense de forma tan descabellada. Váyase de mi presencia y arrepíentase de sus pecados.”

”Monti dio un grito. Luego colocó sobre el extremo de la mesa la funda de la pistola con la que había estado antes jugando, y sin esperar a más disparó a bocajarro sobre monseñor Talbot, que estaba sentado frente a él. *Monsignore* cayó envuelto en sangre. El asunto era muy serio y grave. Monseñor Talbot estuvo durante mucho tiempo luchando entre la vida y la muerte.

El más joven, que a estas alturas tenía algún vaso de la cuenta, comenzó a gastar bromas y a comentar jocosamente los episodios de esta historia y de otras que había oído contar al anciano.

—Los poetas tienen muchas maneras de describir la inmortalidad y la vida futura.

Augustus oyó muchas expresiones cuyo significado no pudo conocer. Oía a los tres comensales hablar con entusiasmo. Las voces de los tres parecían confundirse. Sólo la voz del anciano era distinta de las demás, y ella fue la que atrajo la atención de todos.

—No, no. No es así. Yo tengo y abrigo en lo íntimo de mi alma otras esperanzas más reales de las que vosotros explicáis. Ahora, si pudiera servir para distraeros algunos instantes y, al mismo tiempo, contribuyera a disipar la melancolía de nuestro Niño, contaría otro cuento.

Se apoyó en el respaldo de la silla. Durante el relato anterior no había comido ni bebido nada. Augustus se percató de que el joven moreno a quien habla llamado Niño hacía lo mismo que él, y así de los tres era sólo el más joven quien se deleitaba con los manjares de la mesa.

El anciano comenzó con otro nuevo cuento que atrajo la atención de todos.

—En Pisa, mis queridos amigos, vivía en tiempos de mi abuelo un noble de alta alcurnia y de incalculables riquezas Habla pasado por una triste y lamentable experiencia, fruto amargo de la ingratitud y la indolencia humanas. Un joven amigo al que hizo incontables beneficios le infirió un insulto con una calumnia tan horrenda que le puso en ridículo ante los ojos de todo el mundo. El noble era filósofo y valoraba su paz y tranquilidad de espíritu sobre todas las cosas de la vida. Cuando se dio cuenta de que este asunto no le dejaba dormir a gusto y que no tendría ningún placer ni recobraría su paz y tranquilidad mientras no hubiera vertido la sangre de su enemigo, decidió locamente comenzar a dar los pasos convenientes para preparar la muerte de su adversario. Este noble filósofo se olvidó de la obligación de todo cristiano de perdonar al enemigo, y se olvidó también que es precisamente en ese perdón al que nos ha hecho el mal, donde radica la fuente de la paz y de la tranquilidad de espíritu.

"Estuvo varios días dando vueltas en su imaginación para buscar la forma más oportuna de eliminar a su adversario. Debido a su posición social y a otras circunstancias, no creyó lo más acertado hacerlo él mismo. Después de mucho pensar acordó dirigirse a un asesino asalariado de la ciudad.

”El hombre a quien se dirigió era un tipo de disposición extravagante. Habla contraído fuertes deudas y su posición era tan lastimosa y desdichada que no veía forma humana de salir de aquel terrible laberinto. El amigo de mi abuelo le dijo: “Mi deseo es que todo el mundo salga de este asunto satisfecho y tranquilo. Yo te pagaré por la paz y el sosiego de mi espíritu todo lo que crea que te has merecido, que sin duda alguna será una crecida cantidad. Hazme este trabajo y yo me encargaré de abonar todas tus deudas, y hasta devolveré a tu abuela el rosario con cuentas de coral que le has empeñado.” El asesino asalariado aceptó el encargo. Todo se arregló entre ellos satisfactoriamente.

Un gato grande que había estado dando vueltas por el salón, saltó ahora sobre una rodilla del anciano que estaba contando la historia. Sin mirar al animal, le pasó la mano por el lomo mientras continuaba con su cuento.

—El reloj acababa de dar las doce de la noche cuando el asesino partió para llevar a

efecto su cometido. Como sabía que no le sería posible conciliar el sueño mientras no se enterara de los resultados y le fuera asegurado que el negocio se había llevado a efecto en su totalidad y a plena satisfacción, permaneció el otro en su habitación esperando el retorno del asesino. Su emoción era tanta y su confianza tan absoluta en que el joven cumplirla con su encargo a las mil maravillas, que le tenía preparada una cena suculenta y exquisita para que comiera a su regreso. Cuando el reloj dio la una en punto de la madrugada, entró el hombre, con aspecto trágico y pálido rostro que parecía la misma muerte. “¿Murió mi enemigo?”, preguntó el noble filósofo con nerviosismo. “Sí”, contestó el asesino. “Pero ¿es seguro?” “Segurísimo... Si no muere un hombre a quien he clavado por tres veces mi estilete en el corazón, es que se trata de un ser inmortal.” “Todo el mundo tiene que salir de este negocio satisfecho. Ahora deseo que los dos juntos tomemos una botella de champán.” Cenaron en alegre compañía. “¿Sabe usted —dijo el asesino— lo que considero como una lástima? Esto: que nos hemos vuelto tan escépticos que hasta nos cuesta trabajo creer lo que con tanto tesón y con tanta fe nos enseñaron nuestras piadosas abuelas.” Hizo luego unos movimientos extraños, como si el champán hubiera surtido ya sus efectos. “¿Quiere saber una cosa? Me causa un gran placer pensar que tanto usted como yo seremos reos de condenación eterna.” El noble quedó sorprendido, y le causó pena ver a aquel hombre Joven con síntomas de haber perdido los sentidos. “Esto ha sido para ti un golpe muy fuerte. Te tomé por un hombre más valeroso, arrojado y sin escrúpulos. En lo referente al asunto de la condenación, me he dado cuenta de lo que quieres significar, y es muy probable que estés en lo cierto. En lo único que no estoy de acuerdo contigo es en lo referente a que te cause un gran placer pensar en la condenación eterna. El crimen que has perpetrado esta noche, lo he cometido yo muchas veces en mi corazón, y la Sagrada Escritura dice que se condena igualmente quien peca o comete crímenes con el pensamiento, siquiera de deseo. No faltarían pensadores sofísticos que probaran que tu culpa y responsabilidad en este asunto es totalmente nula, sin valor ni efecto; Pero a mi todo eso me tiene sin cuidado. Lo que quiero recordarte para que no se borre fácilmente de tu memoria es que yo te he pagado por los momentos apurados y sumamente peligrosos que has tenido que atravesar para llevar a cabo tu cometido, y te he pagado también para que respondas, si hubiere lugar, de tu culpa ante las leyes de Pisa y ante los familiares de mi enemigo asesinado. Sobre tu alma no había pensado. Para asegurar este riesgo añadiré a lo que ya hemos convenido este anillo mío.”

”Mientras decía estas palabras entregó al asesino un anillo coronado con un rubí valioso. Le pagó con una sonrisa de agradecimiento, pero no pronunció ninguna palabra.

”Nuestro noble fue a la cama y durmió tranquilo por primera vez desde hacía ya

muchos meses, con el pensamiento de que sus deseos habían sido cumplidos, y también con la satisfacción de haber pagado con generosidad al asesino asalariado.

Cuando llegaron a este punto del cuento, el gato cruzó por encima de la mesa y saltó al regazo del joven príncipe. También él acarició al animal pasándole la mano suavemente por el lomo, mientras se apoyaba en el respaldo de la silla y escuchaba la historia.

El anciano prosiguió:

—Pero era su destino la vacilación y la duda sobre la fidelidad de los seres humanos. Pasaron unas pocas semanas. Durante este tiempo el noble filósofo disfrutó, como en una segunda juventud, de la compañía de sus amigos, de la música y de la belleza de los paisajes naturales que rodean Pisa. Pero cuando hubo pasado este corto espacio de tiempo, recibió carta de un amigo que tenía en Roma, en la que se le comunicaba que aquel enemigo por cuya muerte habla pagado suma tan elevada estaba allí, más fresco y lozano que nunca, considerado y admirado en la sociedad romana y la propia corte papal.

"Esta última prueba de la perfidia humana, y de la locura de quien pone fe ciega en los amigos, hirió considerablemente al noble. Cayó enfermo a consecuencia del disgusto, y durante mucho tiempo padeció dolores de ojos y del brazo derecho. Fue a los baños de Pymont pensando que aquellas aguas le repondrían de nuevo y le devolverían su antigua salud. Pero voy a pasar por alto este período triste. Sólo quiero decir que, como era un hombre dado a pensar, comenzó a especular sobre el futuro que aguardaba tanto a él como a su asesino asalariado, y recordó la conversación que tuvieron la noche que cenaron juntos, después que el cínico había logrado persuadir y convencer plenamente al noble filósofo de que su enemigo habla desaparecido para siempre de este mundo. "La intención —pensaba— es la que únicamente hace bajar la balanza y la que nos salva o nos condena, pero ¿no tiene la acción nada que ver con todo esto?" Cuanto más profundizaba en sus pensamientos sobre tal tema, más convencido quedaba de que las cosas tenían que ser así.

"Probablemente —seguía pensando— la intención solamente cumple con su objetivo en tanto que es intención y nada más." "La acción —seguía meditando— hace desaparecer el deseo. La forma más adecuada y segura de dejar de codiciar a la mujer de tu prójimo es, sin duda alguna, poseerla. Podemos perdonar y amar a nuestros enemigos, podemos rogar por ellos y olvidar todo el mal que nos han hecho, sólo cuando esos enemigos están muertos."

"Recordaba los pensamientos amables que habla tenido para su enemigo durante aquel corto período de tiempo en que creyó que estaba muerto.

”Tal vez —pensaba ahora— el infierno esté lleno de gente que no ha sabido hacer lo que debía de hacer, ni ha sabido llevar lo que debía de llevar. Suyo es el gusano que nunca muere.»

Ahora el anciano adoptó un tono más bajo en su narración.

—Y a partir de entonces, después de haber perdido toda su confianza en los asesinos asalariados, decidió que en el futuro llevaría a efecto sus intenciones y sus deseos personalmente. Pero había una cosa que al noble le hubiera gustado mucho conocer, después que pudo apartar de su mente la idea fija de la tragedia. “¿Qué cantidad sacarla este asesino de la otra parte, después de haberle pagado yo tan generosamente? Es una pura curiosidad que me complacerla mucho en ver satisfecha.”

"Este es, mi dulce Niño, el cuento, y espero que no te hayas aburrido escuchándolo. Me harías un gran favor si me dijeras tu opinión sobre él.

Hubo un gran silencio. El joven príncipe moreno se inclinó hacia adelante, puso su brazo sobre la mesa, apoyando la barbilla en la mano, y miró al anciano.

—Con el debido permiso, debo significar que me he aburrido un poco. Conozco ya sus historias y sé que son tan largas que nunca las llega el fin. Por esta noche, demos fin a los cuentos.

Volvió a llenar su vaso con la mano izquierda, y casi lo vació. Luego, como si hubiera bebido demasiado, tiró el vaso contra la cara del anciano. El vino manchó la boca escarlata y las mejillas empolvadas. El vaso rodó hasta el suelo, donde se rompió.

El Joven rubio dio un grito. Se incorporó, sacó un pequeño pañuelo de encaje y limpió la cara del anciano. Pero éste le rechazó. Por unos instantes su cara quedó inmóvil como una máscara. Mientras contaba los cuentos parecía un auténtico anciano, por sus gestos y por sus palabras y expresiones. Ahora daba la sensación de ser un muchacho joven. Augustus le encontró inmediatamente semejanza.

“Se parece —pensaba—, por su plenitud y por el gran poder que se refleja en su ser, a las antiguas estatuas de Baco.”

El anciano cogió un pañuelo y cuidadosamente se limpió los labios. Luego habló con voz baja y suave, como el propio dios Baco hubiera hablado a los seres humanos, sabedor de que su fuerza sería demasiado para los mortales.

Sorbió un poco de limonada para quitarse el gusto del vino y, a continuación, dijo: —Eres un crítico excelente e incomparable. No solamente de tus propias canciones toscanas, sino también de la prosa moderna. Exactamente ese es el defecto de mi historia, que tú me has advertido con tanto acierto: que no tiene fin. Fascinante palabra: fin. ¿Vendrás mañana al apuntar el alba a la terraza que hay detrás de esta casa? Yo conozco el lugar. Es delicioso.

Niño, conservando todavía la misma postura, con la mano en la mejilla, contestó al anciano: —Sí. Muchas gracias, muchas gracias, querido amigo.

Aquél prosiguió, con serena dignidad:

—Ahora, con tu permiso, me retiraré. —Miró su camisa manchada y dijo—: Yo no puedo permanecer en tu compañía con la camisa sucia. Arturo, dame el brazo. Buenas noches, y que duermas bien.

Cuando se marchó cogido del brazo del joven rubio de cabello rizado, el otro se sentó unos momentos, inmóvil como si se hubiera dormido sobre la mesa. Pasados unos instantes, dio media vuelta y clavó su mirada en Augustus, de cuya presencia no parecía haberse percatado anteriormente.

Se levantó, se acercó a él y le saludó con extremada cortesía. Sus pies no respondían debidamente, pero no obstante aparentaba estar en condiciones de tomar parte en un *ballet*.

- *Signore* —dijo—. Usted ha sido testigo de una disputa entre yo y mi amigo el príncipe Potenziani, a quien me encuentro en la obligación de dar una satisfacción. ¿Quiere usted, como noble que es, hacerme el favor de actuar en mi nombre mañana por la mañana? Yo soy Giovanni Gastone, de la Toscana, siempre a su servicio.

—Nunca he intervenido en ningún asunto relacionado con duelos. La sola idea me inquieta y me intranquiliza enormemente. Por otra parte, me gustaría y me alegraría ayudarle a usted. Pero al mismo tiempo no puedo dejar de pensar que sería mucho mejor resolver tal disputa ante una mesa, entre amigos; tampoco puedo apartar de mi imaginación la idea de que usted no puede tener verdaderos deseos de luchar con un hombre mayor que usted, por cosas, después de todo, baladíes y sin importancia verdadera.

Giovanni le sonrió muy suavemente. Luego le dijo en voz reposada:

—Tranquile su conciencia, conde. El príncipe es la parte afrentada y será él quien elija las armas. Si ha vivido usted algún tiempo en la Toscana habrá oído hablar de

su puntería. En cuanto a que es viejo, es cierto que ha vivido el doble de años que usted o que yo, pero para estos asuntos es un chiquillo, comparado con cualquiera de nosotros. Para él sería tan natural vivir doscientos años como para nosotros vivir sesenta. Las cosas que a nosotros nos desgastan y envejecen, a él no le hacen efecto alguno. Es asombroso.

—Lo que acaba de decirme —replicó Augustus— no me parece que haga al duelo más razonable. ¿Usted cree que ese hombre portentoso le matará?

El hombre joven contestó, sin aparentar temor alguno:

—No, no. Él ha sido mi mejor amigo durante muchos años.

En el salón penetró ahora el canto de un pájaro que semejaba la voz de la noche misma.

Giovanni preguntó:

—¿Oye usted el canto de la aziola? Cuando oigo el canto de ese pájaro siempre lo tomo como anuncio de algún suceso afortunado.

Estuvo pensativo durante unos momentos con el oído puesto en el canto del pájaro, que se repetía en el jardín. Luego dirigió de nuevo la mirada a Augustus y le dijo: — No sé, ni me es posible averiguarlo, qué va a acontecer. Ignoro si la fortuna estará al lado de mi amigo el príncipe, o de mi parte. De cualquier modo que sea, yo no puedo ni quiero volverme atrás. Esto nunca sería bien visto, ni por mi amigo, ni por mi mismo. Seguiré adelante sin arredrarme por nada.

Estos pensamientos entretuvieron a Giovanni Gastone, de la Toscana, durante largo espacio de tiempo. Tenía el hombro izquierdo apoyado en la mesa y la cabeza en la mano. A veces levantaba la vista para observar al conde Augustus. Otras, cerraba los ojos y se sumía en profundos pensamientos. Tal vez en su interior se estuviera librando una tremenda batalla sobre la conveniencia o la no conveniencia de llevar a cabo el duelo.

De pronto se levantó y sorprendió a Augustus con estas palabras:

—Todavía no he puesto nombre a los caballos que compré. El príncipe habría encontrado inmediatamente los nombres apropiados para cada uno de ellos. ¿Puede usted ayudarme en esto?

## VI.— LAS MARIONETAS

Cuando el joven príncipe se separaba de su padrino, despidiéndose con repetidas gracias y muestras de agradecimiento, el viejo criado se le acercó por detrás y le dio unos golpecitos en el brazo. Augustus se volvió al fiel criado.

—Señor conde, la señora está preocupada por el escándalo de la hostería. Ha estado esperando impaciente y desea saber de sus labios lo sucedido.

En efecto; estaba esperando en la hostería, sobre un asiento de piedra iluminado por la luz que salía por la ventana. El viejo criado permaneció en actitud de espera junto a un frondoso árbol, a corta distancia de su señora.

Augustus dudó si informar a la joven sobre el duelo; pero pronto se dio cuenta de que estaba ya enterada de todo. Su anciano mayordomo había estado escuchando con el hostelero desde la puerta.

Sin embargo, lo que a ella le interesaba conocer eran los motivos por los que se había originado aquella discusión. Esto la tenía excitada, sin poder disimular este estado. Augustus estuvo pensativo breves instantes.

“Creo que debo contarle las cosas tal y como han sucedido. Después de todo, se va a enterar, si es que no sabe ya hasta los más mínimos detalles. Pero puedo estar seguro de que hay algo de lo que no está enterada y es precisamente lo que más la intriga y mayores deseos tiene de conocer. Desea, sin duda, conocer los motivos que han originado ese duelo a vida o muerte; debo de confesar que ni yo mismo conozco con certeza cuáles han sido. Sin embargo, me limitaré a contar las cosas como han sucedido. Sé que habrá fallos en mi memoria, pero yo procuraré ser lo más fiel que me sea posible a la verdad de los hechos.”

En efecto; Augustus hizo todo lo que le fue posible por reproducir los hechos tal y como habían acontecido.

Ella escuchaba atentamente sin pronunciar una sola palabra. Estaba de pie, rígida e inmóvil como una estatua, pero cuando Augustus llegó a mitad de la narración lo cogió del brazo y sin decirle nada le condujo hasta el círculo de luz que salía de la ventana.

Cuando hubo terminado le pidió que contara de nuevo la historia del asesino

asalariado. Augustus no opuso resistencia alguna. Sólo la idea de tener que repetir las mismas palabras y los mismos gestos le produjo un cierto malestar y aburrimiento; pero supo comportarse de forma que ella no notó nada que delatara su estado de ánimo.

Cuando terminó, por segunda vez, su narración, ella se volvió súbitamente de cara a la luz. Augustus quedó sobrecogido cuando vio en el rostro de la joven, como en un espejo, los mismos gestos y facciones del anciano príncipe.

Suspiró profundamente y dijo mirando fijamente al conde:

- *Signore*: Desde el momento que le vi por primera vez tuve la impresión de que me iba a acontecer alguna cosa afortunada. Por favor, conteste a esta pregunta: ¿Es posible que si los dos disparan al mismo tiempo y los dos tienen excelente puntería las dos balas alcancen en el mismo instante a los dos corazones, y por consiguiente mueran los dos?

Augustus estuvo en silencio breves minutos.

“Me extraña la forma de expresarse esta Joven —decía para sus adentros—. Con su manera de razonar me parece ver en ella, en lugar de una estudiante de filosofía, a una muchacha con Ideas sanguinarias y la mente trastornada.”

Luego dijo en voz alta:

—Es la primera vez que oigo que pueda acontecer semejante cosa, aunque no puedo decir que esto sea imposible. Me encuentro altamente preocupado por los resultados de este duelo; es para mí una extraña coincidencia que ayer mismo oyera hablar de la pericia en el disparar que tiene el anciano príncipe.

—Todo el mundo sabe —dijo ella— que acostumbra a atemorizar a la gente, cuando agota otros medios, haciendo uso o amenazando con la pistola. Pero dígame —prosiguió—: ¿quién es ese joven que el príncipe quiere matar? Todavía no me ha dicho su nombre y ardo en deseos de saberlo.

Augustus dijo el nombre. Nuevamente la joven se mantuvo en silencio durante unos instantes. Luego, con voz reposada y grave repitió: —Giovanni Gastone. Le conozco. Precisamente el día de mi primera comunión, hace ahora cinco años, le vi acompañando a su abuela en la basílica. Llovía intensamente. Giovanni tuvo un detalle que se me grabó profundamente y que ha constituido motivo para acordarme de él en varias ocasiones. Iba sentado junto a su abuela en la carroza y sostenía firmemente con sus manos el paraguas para proteger a la abuela de la lluvia. El

carruaje estaba detenido ante el pórtico de la iglesia.

Hubo un corto silencio. Luego prosiguió:

—Creo que lo mejor sería que esos dos hombres se fueran a dormir. Tal vez sea la última noche que puedan ir a la cama. Haga lo que pueda para que se acuesten. Por lo que a nosotros respecta, *signore*, posiblemente no nos sea posible conciliar el sueño. ¿Qué podemos hacer entonces? Mi fiel mayordomo me dice que hay en la hostería una compañía de marionetas. Dentro de una hora comenzará la función. ¿Por qué no vamos a verla? Sería una forma de pasar algún tiempo distraídos.

Augustus se dio cuenta de que no dormiría aunque fuera a acostarse. En efecto; hacia mucho tiempo que no se había encontrado tan despierto y tan despabilado como lo estaba aquella noche. Además la compañía de aquella joven le agradaba. Le parecía que su cuerpo estaba más ligero, más ágil, como si hubiera retrocedido unos años en su vida, convirtiéndose de nuevo en un niño.

Con la feliz admiración de un buscador de oro que da con un filón de este preciado metal en una roca, pensó que había dado con un nuevo filón, una veta inesperada en los acontecimientos de su vida.

Por su parte, la compañía de la muchacha le seguía gustando, muy particularmente por su forma de vestir.

“Me encanta su compañía —pensaba—. Tal vez el atractivo mayor lo ejerzan esos largos pantalones negros. Para mi, es la forma normal con que deberla vestirse todo ser humano, hombre o mujer. Los movimientos estudiados y la coquetería con que las mujeres, en general, acentúan su femineidad, limitan, a mi entender, la libertad en la conversación y en el trato. Al dialogar con estas mujeres se pone por medio un respeto parecido al que se impone cuando hablamos con oficiales uniformados o con clérigos vestidos con traje talar.”

La joven se dirigía hacia el local pintado de blanco donde se había levantado el teatro y donde, en aquellos momentos, empezaba la función. Augustus la siguió en silencio.

Aunque en el techo de aquel improvisado teatro había sido abierto un ventanal, el aire estaba cargado y sofocante.

El local estaba a medio llenar de público. La única luz que iluminaba débilmente el salón la proporcionaban unos antiguos faroles que colgaban del techo.

Junto al escenario, las luces de detrás de los bastidores formaban una especie de oasis de luz. Los ligeros vestidos de color carmesí, naranja o verde claro con que se cubrían las marionetas brillaban y resplandecían ante aquellas luces como auténticas joyas. Sin duda alguna, aquellas mismas ropas, vistas a la luz del día, hubieran descubierto su baja calidad y sus colores empalidecidos por el uso y por el tiempo.

El actor detuvo su discurso a la llegada de los distinguidos espectadores; acercó dos sillones para que se sentaran cerca del escenario, frente al público. Luego, reanudó su monólogo desde donde lo habla interrumpido. Hablaba en voz alta y procuraba imitar las distintas voces de sus personajes.

La obra que se iba a representar era la más inmortal y la más encantadora de las comedias de marionetas. Se titulaba “La venganza de la verdad”.

Como todo el mundo recordará, la trama consiste en una bruja que, al pronunciar sobre el lugar donde se encuentran reunidos todos los personajes una maldición, hace que toda mentira se convierta en verdad y en realidad\* palpable. Según esto, la joven mercenaria que trata de conquistar a un marido rico haciéndole creer que le ama, termina enamorándose de él; el bandido se convierte en un héroe; los hipócritas terminan por hacerse verdaderamente virtuosos; el viejo avaro que dice a todo el mundo que es pobre, termina perdiendo todo su dinero. Cuando las mujeres se encuentran solas, hablan en verso; en cambio, el lenguaje de los hombres es, a veces, demasiado ordinario y vulgar. Solamente un muchacho joven, la única persona inocente de la comedia, tiene algunas intervenciones muy acertadas en las que interpreta, acompañado por una bandolina que hay detrás del escenario, algunas excelentes canciones.

La moral de la obra complació al público. Sus rostros cansados y llenos de polvo del local se reanimaban para reír las muecas y los chistes de “Mopsus”, el payaso.

La Joven seguía el desarrollo de la trama con espíritu crítico. Augustus sintió que algunas de las (rasas tenían un extraño eco en su corazón.

Cuando el amante dice a su amada-que un trozo de pan duro sacia mejor el hambre del hambriento que todo un hermoso y bien presentado libro de cocina, lo tomó como si fuera una advertencia y un consejo para él mismo.

Los discursos y razonamientos sobre la belleza de la luz de la luna, con que la víctima se dirigía hacia su futuro asesino, y las contestaciones del villano sobre el poder de Dios para hacernos gozar y disfrutar de todas las cosas de la naturaleza, atraían poderosamente la atención de Augustus.

Al final aparece de nuevo la bruja, y al ser preguntada sobre cuál es, en realidad, la verdad, contesta: —La verdad, hijos míos, es que todos nosotros, sin excepción alguna, estamos actuando como en una comedia de marionetas. Y siendo así, no olvidéis que lo más importante de todo en una comedia de marionetas es conservar claras las ideas del autor. En esto consiste la verdadera felicidad de la vida. Yo que al final he logrado entrar en un papel de marioneta, no le dejaré jamás. Pero, vosotros, mis queridos actores, no olvidéis nunca que lo más importante de todo es conservar claras las ideas y sacar de ellas las mejores consecuencias.

Las palabras de la bruja parecieron a Augustus llevar encerrada una buena porción de la verdad.

“Sí —pensaba—. Si mi vida fuera solamente una comedia de marionetas en la que yo tuviera asignado mi papel y le conociera a la perfección, estoy seguro que mis días serían más fáciles y más dulces. Me estoy dando cuenta de que las gentes de este país parecen practicar todos este ideal. Son inmunes a los horrores y a las contrariedades de la vida, no les afectan los crímenes ni los milagros en que toman parte, como tampoco les afectaban a los actores que representaban la comedia.”

De súbito se contrajeron las facciones de su rostro.

“Para las gentes del Norte —siguió pensando—, las de mi tierra, las perturbaciones del alma son cosa extraña y terrible; cuando se encuentran en un estado de excitación y nerviosismo su conversación no es normal, hablan a tontas y a locas sin saber casi nunca lo que dicen. Sin embargo, esta gente es distinta. He podido observar que hablan con toda normalidad y cordura, aun cuando se encuentran bajo la influencia de las grandes pasiones, como si la vida fuera, en alguna de sus fantasías, una comedia que han ensayado ya repetidas veces. Estoy seguro que si yo lograra, al fin, entrar en un papel de marioneta, diría exactamente las mismas palabras que hace pocos momentos pronunció la bruja de la obra: no le dejarla jamás.”

Durante la última escena, cuando todas las marionetas estaban en el escenario recibiendo los aplausos del público, Augustus oyó que una puerta se abría al fondo del local. Se volvió para mirar y vio al príncipe Giovanni y a su criado que terminaban de penetrar en el salón. Por la forma de mirar a un lado y a otro, Augustus quiso comprender que I® buscaban a él. Se levantó y se acercó a ellos; los tres se separaron un poco del ruido del teatro.

Augustus, siempre reflexivo y muy mirado, sintió cierta vergüenza por haber ido a divertirse aquella noche que pudiera ser la última en la vida de aquel joven príncipe.

Pero Giovanni no aparentaba estar sorprendido ni nervioso. Preguntó si le había gustado la comedia y luego le dijo: —Ha ocurrido una cosa desagradable. El joven amigo del príncipe que se habla ofrecido para ser su padrino, ha sufrido un fuerte ataque de epilepsia. En estos momentos está muy enfermo.

Hizo una breve pausa y continuó:

—He recordado que esta tarde le he visto a usted en compañía de un joven a quien tomé por un caballero de alta alcurnia, quizá oriundo de su tierra. Vengo a pedirle que intervenga usted para que sea ese joven el padrino mañana por la mañana, ya que ni el príncipe ni yo queremos demorar el duelo.

Las palabras del príncipe plantearon un dilema. No quería descubrir el secreto de la joven; creyó que tal vez fuera mejor dejar a Giovanni con la idea de que ella era verdaderamente un muchacho, que en cierto modo estaba a su cargo.

—Ese joven caballero me parece demasiado joven para tomar parte en un asunto tan delicado. Pero de todos modos, como él se encuentra aquí conmigo, si usted quiere esperar un momento... Iré y le hablaré sobre el particular.

Cuando llegó junto a la joven el telón bajaba por última vez.

Repitió su conversación con el príncipe, y al propio tiempo sugirió que podían fácilmente buscar alguna excusa para quedar bien y demostrar la imposibilidad de su intervención como padrino.

—Podríamos decir que se encuentra algo indispuesta y que no puede responder de que asista mañana por la mañana al duelo.

Ella estuvo por unos momentos pensativa. Luego se levantó con aire resuelto y miró a Giovanni, el cual estaba en el extremo opuesto mirándola a ella y a Augustus.

Por respuesta a la sugerencia contestó con voz grave y lenta:

- *Signore*, quiero saludar a su amigo el príncipe Niño y además le manifiesto que nada me dará más placer que actuar como padrino en este duelo. Es cierto que nuestras familias nunca han tenido relaciones amistosas, pero en un asunto en que; interviene el honor es un deber de toda persona de nobles sentimientos hacer caso omiso de cualquier cuestión relacionada con el pasado. Le ruego que tenga la bondad de decirle que mi nombre es Daniel della Gherardesca y que me tiene a su incondicional servicio.

El príncipe Giovanni, al ver que los dos le estaban mirando, se acercó a ellos. Cuando Augustus les presentó, los dos se saludaron con extrema cortesía.

Ella estaba de pie, de espaldas al escenario. Las luces formaban alrededor de su cabeza una especie de halo. La gente que habla contemplado la comedia, al percatarse de la presencia del príncipe se detuvo a mirarle, manteniéndose a una distancia prudente del grupo.

El príncipe expresó su agradecimiento a las muestras de respeto y cortesía de que aquel público le estaba haciendo objeto.

—Señor —dijo la muchacha—, en Egipto, cuando ella era una señora anciana y él primer ministro, la esposa de Putifar consiguió una audiencia para visitar a José y pedirle la concesión para su yerno de “la estrella del paraíso”, que era una gran condecoración. “Hace tanto tiempo —dijo ella— que no pido nada a Vuestra Excelencia, que espero que obtendré esto de vos.” “Señora —dijo el primer ministro —, hace algún tiempo yo estuve en la prisión. Desde allí no podía ver las estrellas, soñaba únicamente con ellas. Soñaba que por no poder vigilarlas caminarían por el cielo sin orden ni registro alguno, y de esta forma los pastores y los camelleros perderían su camino. Una vez soñé, también, con vos, señora; vi la estrella de Aldebarán que caía del cielo, la cogí y os la entregué. Entonces recuerdo que dijisteis, agradecida: «Un millón de gracias, José.» Me alegra que mi sueño se haya convertido, más o menos, en realidad. *La* condecoración que solicitáis para vuestro yerno está concedida.”

Poco después se marcharon.

## **VII.-EL DUELO**

El sol todavía no había salido. Sin embargo, en el ambiente se adivinaba la promesa de un día de sol maravilloso. El firmamento estaba totalmente despejado. El pavimento de piedra de la terraza estaba aún húmedo con el rocío; un pájaro, primero, luego otro, comenzaron a cantar entre los árboles del jardín, y desde la carretera llegaban los gritos de los carreteros que, acostumbrados a estar en pie desde las primeras horas de la mañana, comenzaban a caminar al lado de sus bueyes de largos cuernos Augustus fue el primero en salir de la casa. La frescura del aire de la mañana, limpio y puro como un vaso de agua, hizo que Augustus respirara

hondamente. Le parecía extraño que en este aire hubiera presagio alguno de muerte, aunque no podía poner en duda que los adversarios en el duelo pensaban en una muerte real; según las reglas que hablan recordado previamente la noche anterior, era muy probable que uno de ellos o los dos no pudieran ver subir el sol sobre aquel firmamento claro y sin nubes.

El pensamiento de la muerte crecía en él cada vez con más fuerza, mientras paseaba despacio hasta el final de la larga terraza. Desde allí divisé una hermosa perspectiva y un amplio paisaje en el que sobresalían las interminables filas de árboles a lo largo de la carretera.

En el horizonte distinguió una línea azul baja y quebrada sobre la que se cernía, en el aire, una pequeña nube.

Al volverse vió a Giovanni que salía acompañado de su criado. También Giovanni se paró para mirar al cielo.

Cuando vió al joven Daniel se acercó a él y le dio cortésmente los buenos días. Los dos pasearon juntos por la terraza hablando de asuntos indiferentes.

Si el duelista estaba nervioso lo tenía muy guardado dentro de sí. Lo único que se manifestaba en su exterior era una suavidad y agrado extraordinarios.

Al mismo tiempo Augustus tenía la sensación de que se había ligado a la fatalidad de los próximos acontecimientos del duelo con un afecto tan apasionado que no permitiría, por nada del mundo, que nadie le suplantara en su puesto de padrino.

Dos de los criados del anciano príncipe salieron portando un gran sillón. El príncipe estaba demasiado gordo para poder mantenerse en pie durante el duelo y estaba acostumbrado a hacer sentado sus prácticas de tiro.

Preguntaron a Augustus por el lugar donde debían colocar la silla, y todos ellos comenzaron a buscar un sitio, sobre el piso bien nivelado. Entre los combatientes tenía que mediar una distancia de diez pasos. Midieron con todo cuidado y escrupulosidad y señalaron el lugar que le correspondía a Giovanni.

Los criados del anciano príncipe traían también consigo un elegante estuche que contenía dos pistolas. Lo colocaron sobre una mesa pequeña junto al sillón preparado para el anciano. También colocaron sobre la misma mesita un vaso de limonada y un pañuelo de seda. Después se retiraron al interior de la casa.

Cuando preparaban todas estas cosas apareció en la terraza la muchacha y su

mayordomo. Estaba descolorida y se mantenía un poco alejada de los demás.

Al mismo tiempo llegó también el doctor que había sido mandado llamar. Era un anciano que olía a menta y gastaba el saquito de la pasada generación. Se acercó a la joven y la entretuvo con historias de duelos que habla oído o leído y que habían terminado en muerte.

A cierta distancia el joven príncipe les miraba de vez en cuando. El ambiente parecía irse llenando lentamente de luz. Los trinos de los pájaros se oían más claros. Se presentía que algo iba a acontecer. Por la carretera cruzaba ahora un gran rebaño de carneros envueltos en una nube de polvo, teñido ya con el color dorado de los primeros rayos del sol.

Estaban mirando hacia la puerta de la hostería cuando ésta se abrió y salió el anciano príncipe apoyado en el brazo de un criado. Iba elegantemente vestido y caminaba con distinción. Se adivinaba fácilmente que estaba hondamente conmovido. El sol iba ya subiendo por el horizonte, pero el bello espectáculo de la mañana clara y serena no tenía tanta importancia para aquellos hombres como la llegada del anciano príncipe. Todos reprimían o disfrazaban de la mejor forma sus sentimientos verdaderos sobre aquel anciano que mostraba su pena con la candidez de un niño que confía plenamente en la simpatía y la admiración de los demás. Sus ojos negros estaban humedecidos y revelaban muy a las claras la franqueza y la caballería que habla dentro de su alma, como si todo en la vida fuera para él natural y dulce. Daba la misma impresión de seguridad y de maestría con que un virtuoso recorre la escala de su violín como en un juego de niños.

En el momento en que Augustus miró aquellos ojos se convenció plenamente de que el disparo de aquel hombre sería mortal. El mismo Júpiter no hubiera dado impresión más fuerte de omnipotencia.

Saludó a todos con cortesía y con amabilidad; el mismo doctor pareció caer bajo su dominio desde el primer instante.

Sus ojos de pez seguían atentos los más ligeros movimientos del anciano. Este ni estaba preocupado ni quería echar la cosa por la borda. Desde el primer momento en que apareció en la terraza se vió que todo se llevaría a cabo con la medida y la gracia de un minuet. Después de algunas breves consideraciones sobre el tiempo y sobre el paisaje, y después, también, de expresar su profunda gratitud y reconocimiento por los dos padrinos, ofreció la elección de pistola a su amigo. Cuando Giovanni, con la pistola en la mano, se retiraba lentamente hacia el lugar señalado, el anciano se apoyó sobre el brazo de su criado, hizo una profunda inclinación a su adversario y se

sentó en su sillón con expresión de gran alivio. Colocó unos momentos sobre las rodillas la pistola.

Augustus tomó también posiciones situándose a una distancia igual entre los dos duelistas de forma que los dos pudieran oír y ver sus señales.

Una débil brisa agitaba las hojas en los árboles del jardín. La fragancia de las flores llenaba el ambiente. Cuando Augustus estaba aclarando su garganta para pronunciar las palabras: uno, dos, tres, que darían la señal del comienzo, la figura delgada de la muchacha que estaba frente a él se dirigió con paso lento y firme hacia el anciano príncipe con una mano levantada hasta su cadera. Habló con voz clara y bien timbrada, como si un pájaro del jardín se hubiera posado sobre su hombro para hablar por ella: —Permitidme, príncipe —comenzó diciendo la Joven—, que os hable antes de que disparéis. Tengo algo que deciros. Si tuviera plena seguridad sobre el resultado de este duelo, esperarla basta que hubierais matado a vuestro amigo, pero nadie puede conocer con certeza los caminos de la providencia y yo no quiero que muráis antes de que hayáis oído lo que os tengo que decir.

Todas las miradas se volvieron hacia la joven, pero ella no miraba sino al rostro inmóvil y apenado del anciano príncipe. Aparentaba ser muy joven y menuda, pero su gravedad daba a su figura importancia; parecía que un ángel hubiera descendido del cielo sobre la terraza de piedra para actuar como juez en aquel duelo.

—Hace un año, Rosina, vuestra esposa, se marchó a media noche a casa de su nodriza, cerca del puerto. Iba con el propósito de entrevistarse con Mario, el cual partirla para Pisa a la mañana siguiente. Necesitaban los dos encontrarse y decidir lo que iban a hacer. Rosina notaba que sus fuerzas desfallecían y que moriría si no se veía nuevamente con su amante. Rosina, como bien sabéis, acostumbraba a tener encendida durante toda la noche una lámpara en su dormitorio. Esa noche no creyó conveniente apagarla, por temor a que vos mismo penetrarais en la habitación, o alguno de vuestros espías, o incluso alguna de sus doncellas, y al hallar la habitación vacía despertara toda la casa. Por estas razones y para prevenir en lo posible el ser descubierta, pidió a su mejor amiga que se acostara en su cama, ocupando su lugar durante una hora. Entre las dos consiguieron sobornar a vuestro criado negro, Baba, entregándole doce yardas de terciopelo carmesí y un pequeño perro, de Bolonia que pertenecía a la amiga de Rosina y que era cuanto tenía en este mundo para poder regalar; de esta forma consiguieron que Baba les permitiera entrar y salir del palacio, siempre que lo necesitaran, sin ser vistas.

''Entraban y sallan vestidas como mancebos de la farmacia, ya que a veces se requería la presencia del boticario para que pusiera una irrigación a vuestra anciana

ama de llaves. Rosina fue a la casa de su nodriza y habló con Mario en presencia, como estaba convenido, de la anciana. Se prometieron fidelidad eterna, le entregó una carta para su tío de Roma y regresó a palacio minutos después de la una de la madrugada. Esta era la historia, querido Príncipe, que deseaba que conocierais.

Todos estaban inmóviles como una colección de pequeñas muñecas de madera colocadas sobre aquella terraza de la hostería, en medio del gran paisaje: Augustus y el anciano doctor, porque ninguno de los dos sabía lo que aquello quería significar; el anciano príncipe y Giovanni porque estaban demasiado impresionados para moverse.

Fue el anciano quien rompió el silencio para decir:

—¿Quién le ha enviado a usted para que me diga esto en este día, mi lindo *signore*?

La joven miró fijamente a sus ojos. Luego hizo esta pregunta:

—¿No me reconocéis, príncipe? Yo soy aquella muchacha, Inés della Gherardesca, que hice este servicio a vuestra esposa. Me habéis visto en vuestra boda donde yo iba de madrina, vestida con elegante traje de color amarillo. Además, cierto día cuando entrasteis en las habitaciones de Rosina estaba yo allí jugando al ajedrez con el profesor Pacchiani, a quien vos mismo mandasteis llamar para que hablara a vuestra esposa sobre sus deberes y obligaciones. Rosina estaba junto a la ventana para tratar de ocultar su llanto.

Cuando terminó de pronunciar estas palabras, el príncipe Giovanni fijó su mirada sobre el rostro de la joven sin apartarla un solo momento. Seguía inmóvil y rígido como uno de los árboles del jardín.

El anciano príncipe, sentado en el sillón, parecía-ahora más que nunca un ídolo antiguo, bello y severo, formado por un mosaico de oro y ébano. Miraba a la joven con curiosidad e interés. Después de una profunda cortesía, dijo a la joven poniéndose en pie: —Estoy muy apenado, *signora*.

Luego se sentó de nuevo, en silencio. Después de una larga pausa continuó:

—De tal forma, si Baba me hubiera sido fiel les podría haber cogido a los dos aquella noche, y los hubiera tenido en mis manos. ¿No es así?

—Así es. Pero a ninguno de los dos les hubiera importado mucho morir sabiendo que morían juntos.

—No, no, no —dijo el anciano príncipe—. De ninguna manera. ¿Cómo podéis imaginar que yo hubiera matado a ninguno de ellos? Lo que hubiera hecho sería despojarles de sus vestidos y anunciarles que morirían de la forma más horrible a la mañana siguiente. Mientras tanto los habría encerrado, separadamente, en una oscura habitación para que pasaran allí el resto de la noche. Allí estaría ella sobrecogida por el temor, su rostro lleno de odio y de rabia y todo su cuerpo enrojecido como una flor adelfa.

Hubo un largo silencio. Nadie osaba hablar en presencia de aquel hombre tan extremadamente apenado.

De pronto les sonrió a todos con una sonrisa dulce y gentil. Luego les dijo: — Siempre fracasamos porque somos demasiado mezquinos.

Después de una breve pausa añadió:

—Niño, amigo mío. Perdóname. Dame tu mano.

Giovanni hondamente emocionado, puso a un lado su pistola y estrechó la mano de su antiguo amigo. Pero el anciano príncipe seguía con la pistola en la mano después de estrechar la mano de Niño. Parecía que estuviera en guardia contra un enemigo mayor. Sus grandes ojos negros le miraban de frente. La única palabra que salió de su boca fue: —Carlotta, Hizo un movimiento extraño, ladeó hacia la derecha el sillón y cayó contra el pavimento empedrado. La pistola con el golpe se disparó. La bala pasó tan cerca de la cabeza de Augustus que éste oyó su silbido. El doctor se arrodilló ante el anciano cuyo rostro iba tomando lentamente un color lívido.

El doctor puso una mano sobre el pecho de aquella figura rígida. Cuando pasaron unos segundos volvió la cabeza y miró a las personas que habla detrás de él. En su cara no se podía apreciar expresión alguna Adoptó una postura solemne antes de declarar a los circunstantes: —Ha muerto.

Todos quedaron inmóviles y perplejos alrededor de él. La figura del anciano yacía rígida en el suelo. Seguía siendo el punto central de la escena, aun después de muerto. Solamente Niño permanecía alejado de la situación. Esta conducta tema confusos a todos, muy especialmente a Augustus. El sol acarició el blanco lienzo que cubría piadosamente el cuerpo del príncipe muerto, sobre la terraza de piedra.

## **VIII.-EL LIBERTO CAUTIVO**

Cuando los criados le alzaron y le metieron en la casa, Giovanni e Inés se encontraron solos, cara a cara, en la terraza desierta. Sus ojos negros se miraron mutuamente, y como si fuera la más fatal de las misiones en aquella mañana de primavera, le estuvo mirando durante el largo tiempo que el gallo de la hostería permaneció cantando. Este gallo era descendiente de los célebres gallos de la casa del gran sacerdote Caifás, cuyos antecesores fueron traídos a Pisa por los cruzados.

Luego se volvió para seguir a los que entraban en la casa. En ese momento, Giovanni, que seguía de pie sin moverse, le dijo: —No os retiréis.

Ante estas palabras Inés se detuvo sin hablar.

—No os retiréis —repitió— sin permitirme que os hable.

Ella extrañada dijo:

—No puedo pensar que tengáis nada que decirme.

Giovanni estuvo durante largo tiempo sin hablar. Su rostro estaba muy pálido.

Luego, como haciendo un gran esfuerzo, dijo en voz baja:

*"Lo spirito mió, che gia cotanto tempo era stato ch'alla sita presenta non era di stupor tremando affranto sama degli occhi aver piu conoscenza, per occulta virtu che da lei mosse d'antico amor senti la gran potenza."*

Hubo un silencio largo. Ella hubiera parecido una pequeña estatua del Jardín, a no ser por el ligero viento de la mañana que movía sus bucles.

Giovanni hablaba como una persona que soñara:

—Os había dejado y me marchaba, pero volví nuevamente a la puerta Os encontré sentada sobre la cama. Vuestra cara estaba en la sombra, pero la luz brillaba en vuestros hombro«y espalda Estábais desnuda porque yo mismo os habla despojado de vuestros vestidos. La cama tenía cortinas verdes y doradas, como mis bosques en las montañas, y érais como mi cuadro de Daphne transformado en laurel. Yo estaba de pie en la oscuridad. El reloj dio la una.

Elevó el tono de voz:

—Durante todo un año no he pensado en otra cosa sino en este momento.

Los dos jóvenes permanecían inmóviles. Como las marionetas de la noche anterior, estaban bajo la presión de unas manos más fuertes que las suyas y no tenían idea alguna de lo que podía acontecer.

Giovanni habló de nuevo:

*“Di penter si mi punse ivi l’ortica che di tutt-altre cose, qual mi torse pitl nel suo amor, piü mi si fe’ nemica.*

*Tanta riconoscenza il cuor mi morse ch’ io caddi vinto...”*

Aquí se paró. Aunque habla repetido estas estrofas muchas veces, en estos momentos no pudo, acordarse de más. Parecía como si él mismo hubiera tratado a la muerte como un viejo adversario.

Inés se volvió para mirarle. Aunque la mirada era severa, su rostro reflejaba la quietud y la calma que la poesía produce en las personas que la aman. Le habló muy despacio, con voz tan clara y dulce como la de un pájaro:

*“...da tema e da vergogna*

*voglio che tu ormai ti disviluppe*

*e che non parli piü com’ uom che sogna.”*

Separó la vista por un momento, dio un hondo suspiro y j su voz tomó fuerza:

*“Sappi che il vaso che il serpente ruppe fu e non e; ma chi n’ha colpa creda che vendetta di Dio non teme suppe.”*

Cuando terminó estos versos se alejó. No intentó tocarla, su único movimiento fue el de sus ojos, que la siguieron hasta la; casa.

En aquel mismo momento salía Augustus. Iba precisamente en busca de la Joven. Aunque estaba profundamente afectado por los acontecimientos de la mañana, especialmente por lo del anciano príncipe, su conciencia le pedía un esfuerzo y llevar el mensaje de la anciana señora a Pisa Para esto Quería que la Joven le ayudara Al mismo tiempo, ahora que habla comprendido la tragedia de la mañana,

sentía cierta vergüenza de acercarse a ella, convertida en una de las principales figuras que habían intervenido y hecho cambiar el rumbo de los acontecimientos.

“Esta Joven ya no es para mi la muchacha de antes. Ha ganado muchos puntos en mi aprecio. Me limitaré a hablarle de cosas triviales e indiferentes, como por ejemplo, las carreteras, los carruajes...”

Inés le saludé como si se tratara de un antiguo amigo a quien se sintiese muy feliz de encontrar. Le cogió la mano.

“Esta muchacha —pensó Augustus— está cambiada. Parece una estatua que hubiera tomado vida”

Escuchó con gran interés lo que Augustus tenía que decirle, y naturalmente aceptó llevar el mensaje a su amigo.

—Os sugiero una idea. Como tengo también grandes deseos de que el mensaje llegue lo antes posible a su destino, podemos hacer el viaje juntos en mi faetón, que es, sin duda, más rápido que vuestro coche. Yo misma lo conduciré.

Augustus no puso objeción alguna a la sugerencia de la jo— ven. Inés, después de breves segundos, continuó: —Amigo mío, vamos a Pisa lo más rápidamente que podamos. Yo soy Ubre. Puedo elegir a mi voluntad el lugar adonde dirigirme. Puedo pensar libremente sobre el mañana Y pienso que el mañana será amable. Debo recordar que tengo ahora diecisiete años, y que con la ayuda de Dios me quedan todavía sesenta años de vida. Ya no creo tener que estar callada. ¡Dios mío! No serla capaz ahora de recordarlo, aunque lo intentase.

Cuando penetraron en la casa, Inés volvió la vista una vez más a la terraza. Luego se dirigió a Augustus para decir: —Todos hemos estado en un error. Ese anciano tenía un gran corazón. Mientras vivía deseábamos su muerte, y ahora que está muerto desearíamos que tornara a la vida Augustus dijo después de reflexionar unos momentos: —Eso pone de manifiesto que cada persona humana que encontramos y conocemos es algo que se graba en nuestra mente como un árbol plantado en nuestro jardín o un mueble colocado en nuestra casa. Es mejor conservarlos y hacer que nos sirvan de algo, que arrojarlos fuera de nosotros.

Inés meditó unos instantes sobre estas palabras. Luego dijo: —Así el anciano será en el Jardín de mi mente como una gran fuente de mármol negro, junto a la cual habrá siempre frescura, y grandes cascadas. Cuando tenga mucho que pensar, me sentaré junto a esa fuente. Si yo hubiera sido Rosina no hubiera hecho nada por separarme de él. Estoy segura de que le hubiera hecho feliz. Me hubiera sentido contenta y

satisfecha si hubiera conseguido su felicidad. Es terrible hacer a alguien desgraciado.

Augustas dijo con el deseo de consolar a la joven:

—Recordad que con vuestra intervención habéis salvado la vida de otros.

Ella guardé silencio unos instantes. Luego se volvió y le miró con serenidad: — ¿Quién hubiera permanecido inactivo al oír a un hombre tan injustamente acusado?

Tan pronto como el faetón estuvo preparado partieron en dirección a Pisa a gran velocidad. El día amenazaba con ser caluroso, la carretera estaba llena de polvo y las sombras de los árboles se alargaban sobre el camino.

Augustus habla dejado su dirección al doctor por si fuese precisa alguna investigación, aunque el anciano habla muerto sin duda de muerte natural.

## **IX.-EL OBSEQUIO DE LA PARTIDA**

El conde Augustus von Schimmelmann permaneció en Pisa más de tres semanas. La ciudad acabé por gustarle.

Habla tenido un amorío con una señora sueca, algo mayor que él, la cual habla organizado un pequeño teatro de ópera, en el que actuaba sólo para sus amistades. Habla sido discípula de Swedenborg, y un día dijo a Augustus que habla tenido una visión de éste y de ella en el otro mundo.

Comenzó a dedicar la mayoría de su tiempo a una sociedad secreta en la que habla sido presentado. En una de las sesiones conoció a uno de los antiguos jacobinos desterrado, que habla sido amigo de Robespierre.

Augustus le visitaba a menudo en una habitación pequeña, sucia y oscura de una casa antigua. Allí discutía con él cuestiones referentes a la tiranía y a la libertad. También recibía lecciones de pintura y hasta llegó a comenzar la copia de un antiguo cuadro existente en el museo.

Un día recibió carta de la antigua condesa de Gampocorta, que residía entonces en su villa cerca de Pisa y le pidió que fuera a verla. La carta estaba escrita en términos de

gran amistad y le comunicaba sus nuevas. La joven Rosina, al ser informada sobre el accidente de su abuela y sobre la muerte de su primer esposo a un mismo tiempo, dio a luz a un niño, a quien su abuela bautizó con el nombre de Carlos. En la carta describía al muchacho como admirable y encantador. Ambas mujeres, la anciana y la joven, se encontraban bien, aunque la condesa manifestaba en su carta que la mano derecha le había quedado inutilizada Terminaba la carta expresando su más sincero agradecimiento por el servicio que habla prestado en los momentos difíciles por los que habían tenido que pasar.

Augustus se dirigió a la villa de la anciana señora una tarde en que hada un calor extremadamente molesto. Cuando se acercaba a la villa se desencadenó una gran tormenta, que habla estado amenazando sobre Pisa durante tres días. Un extraño olor de azufre llenaba la atmósfera Los altos árboles oscuros que bordeaban la carretera se movían por las violentas ráfagas de viento. Algunos relámpagos seguidos de enormes truenos parecían descargar Junto al coche. Luego comenzó a llover intensamente, y en un momento todo el paisaje quedó velado ante el coche. Cuando cruzó un puente de piedra contempló las aguas del río que corrían vertiginosas aumentadas por la lluvia Su coche subía ahora por un camino pendiente hacia una colina rocosa. Cuando llegó al final acudió corriendo un criado con un gran paraguas para proteger de la lluvia al visitante, en el trayecto que debía recorrer por unas escaleras de piedra basta subir a la casa.

En la gran habitación que daba a una terraza con vistas al río, se ola el ruido de la lluvia al caer sobre las piedras, tan distinto y claro como si fuera en la habitación misma.

En el ambiente de la habitación, con sus altas ventanas abiertas, percibía el olor de una súbita frescura y humedad así como los efectos producidos por las piedras cálidas al ser enfriadas por la lluvia. También se percibía en la habitación un agradable olor a rosas.

En el extremo opuesto del gran salón vio a un anciano *ábbate* que daba clases de piano a una joven. En estos momentos estaban quietos, debido a que el ruido de la tormenta y de la lluvia les impedían proseguir en su trabajo. Estaban mirando al valle y al río.

La anciana condesa y la joven, que estaban sentadas en un sofá, dejaron por unos instantes de contemplar al niño para mirar al magnífico espectáculo que ofrecía la tormenta El niño estaba en brazos de su nodriza, una mujer Joven. A pesar de su corpulencia y su aspecto parecía una pequeña manzana atada con cintas y lazos.

Su atención estaba dividida entre la tormenta y el niño. Las dos estaban sumidas en un estado de triunfo y de regocijo como si sus vidas hubieran alcanzado en esta hora su cénit.

La anciana señora estaba tan emocionada que no pudo moverse. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Besó a Augustus en ambas mejillas y le presentó con honda emoción a su nieta, que en realidad era tan bella como las madonnas que había visto en Italia. Un ligero aire de arrogancia mundana completaban la perfección de aquella Joven madre. También le presentó al niño.

Augustus habla sentido siempre temor y recelos ante la presencia de niños demasiado pequeños. Le causó sorpresa y admiración conocer que todas las mujeres eran de la opinión de que el niño representaba la perfección y resultaba trágico y desconsolador pensar que con los años cambiaría. El punto de vista de que la raza humana culmina y llega al máximo de la perfección en su nacimiento para declinar después, impresión^ a Augustas sobremanera.

La anciana habla cambiado desde el día en que se encontraron en la carretera. Mirando a Augustas con la ternura y el afecto de una buena amiga le dijo estas palabras: —Cuando yo era niña me enseñaron a considerar como locura dejar las cosas a medio hacer. Las vidas de todos nosotros, si lo pensáis bien, están a medio hacer. Dios nos creó y nos lanzó al mundo, a este mundo. Nos dio una fuerza motriz inicial, nos echó a rodar. Pero, después nos dio una fuerza nueva, en virtud de la cual el alma puede por sí completar la obra primera. Eso es lo que se llama libertad Este niño, Carlos, se encuentra ahora en eso que yo llamarla la primera fase de su creación. Dios lo ha creado, lo ha creado y ahí está... Es un ser perfecto. Pero, pensad una cosa: su perfección de aquí en adelante va a depender de él. No me refiero a las líneas de su rostro, ni a la dimensión de su tórax o a los pies de altura que pueda medir. Me refiero a la perfección y hermosura de su alma En él ha depositado ya Dios la semilla de su libertad. Si esa semilla crece y se agiganta como un árbol y él puede comer de ese fruto sin sobrepasarse, si utiliza su libertad como un don de Dios y no como una prerrogativa merecida, entonces Carlos, su alma, se salvará. Será un hombre enteramente perfecto. Pero si ese fruto se le indigesta, si su libertad le vence, si se sobrepasa y la fruta prohibida le amarga en la boca, entonces, fatalmente, sin remisión, será hombre perdido y alma creada para el abismo. El mismo buscará su propia condenación.

Augustas estuvo pensando durante un largo espacio de tiempo, como si rumiara detenidamente las grandes verdades que terminaban de salir de los labios de la

anciana condesa.

Más tarde habló de su accidente y de la tarde que pasaron en la hostería. Un criado trajo vino y algunos melocotones frescos y jugosos.

Cuando penetró en la estancia el padre fue presentado al huésped; pero no representaba en la escena un papel más importante que el de un Rey Mago en la adoración, reservándose; la anciana condesa para sí el papel de José.

Cuando la lluvia cesó la condesa llevó a Augustas hasta la ventana para contemplar el paisaje.

Los dos se habían separado unos cuantos pasos de las res—<sup>1</sup> tantee personas que había en la habitación. Entonces la condesa dijo: —Amigo mío, nunca podré expresaros como es debido mi gratitud y reconocimiento por los servicios que me habéis prestado. Quiero obsequiaros con un pequeño regalo para que os acordéis de mí cuando estéis de nuevo en vuestras lejanas tierras. Espero que lo aceptaréis.

Augustas miraba al paisaje que tenía ante sus ojos. Parecía; recordarle vagamente algo familiar.

—En nuestro primer encuentro —prosiguió ella— os dije que habla amado solamente a tres personas en el transcurso de mi larga vida. De esas tres personas vos conocéis ya a dos. La tercera y la primera que tuvo entrada en mi corazón, era una mujer de mi misma edad, una amiga oriunda de un país lejano a la que conocí durante un corto tiempo y luego perdí. Pero en aquel corto período de tiempo nos prometimos formalmente recordarnos mutuamente siempre, y debo reconocer que su recuerdo y su memoria me ha dado ánimo y fortaleza en repetidas ocasiones, para hacer frente a las vicisitudes de la vida. Cuando nos separamos, después de derramar abundantes lágrimas, nos hicimos un obsequio que sirviera de recuerdo. Este obsequio es precioso para mí, un distintivo de verdadera y franca amistad y yo quiero que os lo llevéis.

Con estas palabras sacó de su bolsillo un objeto pequeño y se lo entregó a Augustus.

Augustus lo miró y lo llevó hasta su pecho. Era una redo milla en forma de corazón. Sobre ella había dibujado un paisaje con árboles, y en el fondo una casa blanca. Cuando fijó su vista en aquel dibujo se dio inmediatamente cuenta de que se trataba de su propia casa de Dinamarca. Reconoció en sus detalles el alto tejado de Linderburg, los dos viejos robles que estaban frente a la entrada de la verja y la larga hilera de limeros en la avenida que habla detrás del edificio. El asiento de piedra

entre los robles habla sido pintado con muchos detalles.

Debajo, sobre una cinta pintada, se leían estas dos palabras:

"Amitié sincére"

Salió de casa de su anciana amiga y de la joven pareja mostrando y recibiendo expresiones de una amistad sincera y perdurable y tomó la carretera que conducía a Pisa. La lluvia habla cesado. El aire era más bien frío. En el horizonte lejano Augustus vió brillar el arco iris. En el corazón de Augustus se juntaron el orgullo y la satisfacción: orgullo por el destacado lugar en que había logrado colocar su nombre y satisfacción por el deber cumplido.

Sacó de su bolsillo un espejo pequeño y sosteniéndole en el hueco de la mano se miró en él.

## **EL ANCIANO**

Mi padre tenía un amigo, el anciano Barón von Brackel que por haber viajado habla tenido ocasiones de visitar y conocer muchas ciudades y muchos hombres.

Sin embargo, no era ningún Ulises, ni podía ser considerado como un genio, ya que habla mostrado poca habilidad y destreza en la dirección y manejo de sus propios asuntos. Probablemente fuera el complejo de fracaso el motivo por que se abstenía de inmiscuirse en discusiones relacionadas con la vida práctica frente a una generación más joven, eficiente, aguda y sutil.

No obstante, era conversador agradable, entendido en teología, ópera, derecho, moral, Injusticia social y otros temas que no servían para nada en la vida práctica.

En su juventud había sido hombre excepcionalmente guapo, especie de ideal de una juventud hermosa y sana.

En la actualidad no se podría encontrar en las facciones de su rostro ningún vestigio de la pasada belleza. La historia de su pasado se adivinaba en una cierta dignidad alegre y festiva, y una plena confianza en sí mismo que constituían el resultado de una serie de éxitos lejanos.

Una noche nos pusimos a discutir sobre un viejo tema que habla dado que hacer en la literatura del pasado. Versaba sobre si es posible conseguir algún beneficio o satisfacción moral abandonando esta inclinación innata que nos induce a buscar el principio de las cosas.

En el transcurso de nuestra conversación me contó la siguiente historia:

Una noche lluviosa del invierno de 1874, cuando yo me encontraba en una de las grandes avenidas de París, se acercó a mí una muchacha bastante borracha. Entonces estaba yo en plena juventud. Cuando la joven ebria se dirigió a mí estaba yo sentado, con la cabeza descubierta bajo la lluvia, en uno de los bancos que había a lo largo de la Avenida. Terminaba de separarme de una dama a la que, decíamos entonces, adoraba con toda mi alma. Mi inquietud y mi desgracia derivaban de que la tal dama había intentado envenenarme.

Esta era una historia curiosa, aunque nada tiene que ver con la que quiero contarte ahora. No había pensado sobre esto hasta que cuando estuve últimamente en París vi a la dama en su palco de la ópera, ya convertida en una anciana, con dos muchachas encantadoras junto a ella. Según me informaron, eran sus nietas.

Luego me arrepentiría de no haber acudido a su palco a saludarla. Aunque en aquellas relaciones amorosas no había habido más que una insignificante felicidad, pensé que se hubiera sentido muy complacida de tener ocasión de recordar aquella mujer joven y hermosa que hacía a los hombres desgraciados, como yo también hubiera experimentado placer y alegría al recordar a aquel joven guapo que había sido tan agraciado en tiempos lejanos.

Su gran belleza, a no ser que algún artista extraordinario la plasmara en sus lienzos o en el yeso, no está reflejada ahora sino en algún recuerdo como el mío. En sus tiempos era maravillosa. Rubia, la mujer más rubia que he visto jamás, nada tenía de parecido con las bellezas actuales de blanco y de rosa. Pálida, incolora, transparente, como una pintura antigua al pastel, o su propia imagen en un espejo empañado.

Dentro de aquellas formas frías y quebradizas había una energía sin rival, y una distinción como nunca tuvo mujer alguna, ni tal vez tenga.

Me encontré con ella y me enamoré un otoño en el castillo de un amigo. Allí nos conocimos, con otros jóvenes alegres de uno y otro sexo, que ahora están, los que viven, ajados, encorvados y sordos.

Salíamos juntos de cacería. Creo que recordaré hasta los últimos momentos de mi vida su aspecto excepcional sobre el caballo, así como su aire otoñal cuando

volvíamos al castillo fatigados, cabalgando uno al lado del otro.

Mi amor era tan audaz como el de un paje hacia su señora. Era admirada por todas las personas que la conocían, y su belleza llevaba intrínseco una especie de desdén, algo extraño e Inimitable con fuerza más que suficiente para provocar sueños tristes a un joven de veinte años.

Cada hora de nuestros paseos a caballo, de nuestros bailes, de nuestras conversaciones, abundaba en arrobamientos y en dolor, orquesta de corazón de la que tú también tendrás noticias Yo pensaba, viéndola, que era feliz.

Nunca olvidaré una mañana que sentados en la terraza recreábamos la vista con la contemplación del hermoso paisaje de colinas cubiertas de árboles. Entonces, interiormente, daba gracias al Señor por la felicidad inmensa con que estaba llenando mi vida. En tales momentos inolvidables era yo el hombre más feliz de este mundo.

El amor entre personas demasiado jóvenes es un asunto en que no interviene el corazón. En esa edad bebemos porque tenemos sed o porque queremos emborracharnos; es solamente en nuestros años maduros cuando nos ocupamos de la razón de nuestra embriaguez. Un joven enamorado está embelesado y cautivo con las fuerzas que se mueven dentro de su ser. Pero no olvides que luego se puede volver a ver las cosas así, como en una segunda adolescencia.

En París conocí a un anciano ruso, muy rico, que acostumbraba a estar rodeado de jóvenes y encantadoras bailarinas. Cuando cierto día le preguntaron si sentía alguna ilusión sobre los sentimientos de estas mujeres para con él, pensó unos momentos la pregunta y dijo: "Cuando mi cocinero consigue hacerme una buena tortilla, no pienso ni me preocupo lo más mínimo si me quiere o no."

Es evidente que un joven no puede contestar a esa pregunta con estas palabras, pero puede decir que no se preocupa de si su vinatero es de su mismo partido político o del contrario, siempre que el vino sea bueno.

En otra edad se llega a una sumisión más profunda ante lo accesorio y se considera de importancia que la persona que vende o cosecha nuestro vino sea o no de nuestro partido.

En este caso mío del que estoy hablando, mi vanidad juvenil se debía a haber alcanzado la madurez demasiado pronto. Durante los meses de aquel invierno en París, donde su casa era lugar de reunión de los elegantes y ella misma admirada diletante en música y artes, comencé a pensar que aquella mujer se estaba aprovechando de mí para dar celos a su marido.

Yo supongo que esto mismo ha sucedido a muchos jóvenes en todas las edades, sin que la suma total de tales experiencias sirva de nada al joven que se encuentra hoy día en la misma situación... Creo que en aquellos momentos comencé a tener miedo. Ella estaba celosa de mí y hasta me hubiera reprendido con indignación, como si yo fuera un lacayo que hubiese faltado a mis deberes. Pero la realidad era que yo creía que no podría vivir sin ella, y que ella no deseaba vivir sin mí, aunque yo no comprendía exactamente lo que quería o pensaba hacer conmigo. Su contacto me hería y me lastimaba como hiere y lastima el hierro frío, cuando se toca en un día de invierno «n que no se sabe si el dolor proviene del calor o del frío.

Antes de encontrarme con ella habla leído ya mucho sobre su familia, cuyo apellido fue difamado durante siglos en la historia de Francia.

Lo único que puedo decir es que siempre encontré en ella un particular encanto, del que le estaré agradecido hasta el fin de mis días.

Durante el primer año que pasé en París, antes de conocer a nadie, me dediqué a estudiar la historia de los hoteles antiguos de la ciudad y esta chifladura le gustó tanto a ella que los dos nos entusiasmábamos con los barrios y edificios antiguo«de París. Mientras nos ocupamos en este entretenimiento se portó conmigo tan formal y gentil como una niña. En otras ocasiones pensaba que no debía mantener por más tiempo aquel estado de cosas, y me convenía buscar la forma de librarme de ella. Yo creo que la sospecha de mis intenciones no la dejaba dormir durante la noche, buscando nuevos métodos para castigarme y reprenderme. Sin saberlo, practicábamos el viejo juego del ratón y del gato, probablemente modelo original de todos los juegos del mundo. Como el gato pone más pasión en el juego y el ratón busca solamente salvar la vida, resulta que es el ratón el que primero se cansa.

Recuerdo que acudí una noche a su hotel para asistir a un baile. Aunque nadie me lo habla pedido, me disfracé de peluquero. Las muchachas de aquella época lucían grandes moños y la labor del peluquero requería mucho tiempo y cuidado. Por todos

los sitios me seguía el pensamiento de su marido, como i una sombra gigantesca que se proyectara sobre los blancos cortinajes de un absurdo y burlesco teatro de polichinelas.

Comenzaba a sentirme tan cansado y aburrido de ella y de mi, que estaba dispuesto a formar un escándalo pidiendo una explicación aunque la perdiera definitivamente por ello; de súbito, aquella misma noche fue ella misma la que organizó el escándalo y la que pidió la explicación; levantó un huracán! como nunca he vuelto a ver en los largos años de mi vida, y todo con las mismas armas que yo estaba dispuesto a utilizar: con la acusación de que yo pensaba más en su marido que en ella misma.

Cuando me dijo esto en aquel gabinete que yo conocía tan bien, con paredes pintadas de color azul claro con flores, con suaves cojines de seda por doquier, un ramo de lilas y la luz tamizada por una gran pantalla roja, no hallé contestación alguna. Sabía que ella tenía toda la razón.

Conocerías su nombre si te lo dijera, porque todavía se habla de él aunque hace muchos años que murió. O lo encontrarlas fácilmente en los anales de la época, ya que era el ídolo de nuestra generación.

Una vez oí a dos hombres que hablaban sobre su madre, que había sido una de las bellezas de la Restauración, y decían que llevaba con tanta soltura y donaire sus famosas joyas como otras señoras lucen guirnaldas de flores.

“Sí —dijo el otro—, y además las regalaba al final como si fueran flores”...

Desde entonces dediqué muchas horas a contemplar aquellos edificios del siglo diecisiete que me parecían inapropiados para que los habitasen seres humanos. Tenía una confianza plena en la vida, independiente de los éxitos y de las victorias por lo«que nosotros le envidiábamos, como si supiera que podía desplegar, si las necesitaba, fuerza«mayores para nosotros desconocidas.

Todo esto me dio mucho que pensar sobre el destino del hombre, cuando, muchos años mas tarde, en el borde final de su trágico destino, contestaba a las personas amigas que acudían a él, suplicándole e implorándole en el nombre de Dios, con este adagio de Sófocles: “Mujer, me estás angustiando demasiado. ¿No sabes que yo he dejado de ser un deudor de los dioses?”

Ya he dicho que mis sentimientos hacia aquella mujer, a quien adoraba, estaban realmente injustificados. Si hubiera estado el esposo el día que me encontré con ella, o si le hubiera conocido a él antes, no creo que hubiera pensado ni en sueños enamorarme de su mujer.

El amor de ella para con él y sus rabiosos celos eran de naturaleza extraña. Me di cuenta de que ella estaba enamorada de su esposo desde el primer momento en que le oí hablar de él. Probablemente me había dado cuenta de esto mucho tiempo antes. Estaba enormemente celosa; sufría, sollozaba y parecía dispuesta a matar si fuese preciso para conseguir su objetivo. Una lucha terrible se libraba en ella, pero una lucha singular que no era de posesión, sino de competición.

Estaba celosa de él como si ella fuese un Joven y le envidiara por sus constantes triunfos.

Yo pienso que ella, en su interior, se Imaginaba a solas con él en un mundo que menospreciaba Cuando cabalgaba, cuando se rodeaba de admiradores, tenía siempre su pensamiento en él. En cuanto al resto de nosotros, sólo existíamos en tanto que pertenecíamos a ella o a él. Tomaba sus amantes con el propósito de juntar más conquistas que el hombre de quien estaba enamorada.

Yo no sé, naturalmente, cuáles fueron los motivos por que se creó este estado de cosas en el matrimonio. Más tarde traté de creer que el origen estaba en un deseo de venganza por parte de ella, por algún desaire o mala Jugada que recibiera de él anteriormente. Lo que no dudo es que esto constituía una especie de pasión desenfrenada que dominaba en ella sobre todas las cosas.

Ahora te darás cuenta de que todo esto tenía lugar en aquellos días que nosotros llamábamos “era de la emancipación de la mujer”. Muchas cosas extrañas ocurrieron entonces. Yo no creo que en aquel tiempo este movimiento calara muy hondo en la sociedad. Lo único que puedo asegurar es que las mujeres jóvenes de más inteligencia, sagaces e ingeniosas, salían del claroscuro de miles de años, brillando al sol con el deseo de probar sus alas. Hasta creo que algunas de estas mujeres “emancipadas” pusieron sobre sí la armadura y el halo de Santa Juana de Arco, que era a su vez una virgen emancipada, y se convirtieron en ángeles blancos. Pero la mayoría de las mujeres jóvenes, cuando se veían libres frente a la vida, iban derechas al aquelarre. Por mi parte las respeto y considero, aunque creo que no podría amar a ninguna mujer que no haya montado en la escoba de bruja en una o en otra época.

Siempre he considerado injusto para la mujer que nunca haya estado sola en el mundo. Adán tuvo un tiempo, corto o largo, en el que pudo pasear libremente por una tierra pacífica, fértil, entre los animales, en plena posesión y dominio de lo\* creado por Dios; la mayoría de los hombres nacen ya con el recuerdo de aquel período de nuestro primer padre; en cambio, Eva, la pobre Eva, se encontró con que Adán ya vivía en el Paraíso Terrenal, y desde el primer momento tuvo que someterse

a la voluntad del varón.

Las mujeres ancianas de aquellos días, asiduas de la iglesia y de su casa, decían que esa emancipación estaba trastornando las cabezas de las muchachas. Probablemente hubiera más jóvenes señoras cabalgando, al igual que la mía, de espaldas a la crítica de las gentes. Por el aire andaba una teoría de la que se hicieron eco la mayoría de aquellas jóvenes. Se decía que los celos de los amantes se habían convertido en una cuestión insoportable y que ninguna mujer deberla dejarse poseer más que por el demonio. Se sentían orgullosas de que en su camino hacia el demonio fueran siempre, según el doctor Fausto, cien pasos delante del hombre. Pero los celos eran una noble contienda. De esta forma se encontraban, no sólo antiguas bruja«de Macbeth, sino también jóvenes señoras con rostros perfumados.

Sin embargo, yo creo que las cosas han cambiado actualmente y que hoy en día que los varones están totalmente emancipados se puede encontrar al joven amante sobre el matorral, siguiendo las huellas de la sombra de la bruja a lo largo del campo, y preparando con menos imaginación que entonces el brebaje mortal para su señora.

La parte que me fue concedida en la historia de la joven bruja emancipada no era en sí halagadora. Todavía creo que estaba loca por mí, probablemente con la clase de pasión que una niña tiene por su muñeca favorita. Yo era realmente la figura central de nuestro drama. Si ella hubiera sido Otelo, sería yo y no su marido quien debería hacer el papel de Desdémona, y hasta llego a imaginar sus suspiros: “¡Oh! ¡Qué lástima, qué lástima, Yago!” Aún más, sé que me darla un beso y luego otro hasta terminar juntos la escena.

No me mataría sin un motivo de justicia o venganza, pero también sé que haría todo lo posible por hacerme desaparecer en el momento que llegara a ella la más insignificante sospecha de que me iba a perder. Ante esto haría lo imposible. Su actitud me recuerda la manera de proceder de un determinado general que voló una fortaleza que no podía sostener por mucho tiempo, antes que verla en manos de su enemigo.

Fue al final de una entrevista cuando intentó envenenarme. Siempre he creído que esto iba contra su programa, y que lo que ella quería era decirme cuanto pensaba de mi cuando hubiera yo ingerido el veneno, pero fue incapaz de contener sus nervios.

Parecía impropio, como puedes comprender, tomar café en los momentos más acalorados de nuestro diálogo. La forma con que insistió y su súbito silencio cuando acercaba la copa a mis labios la descubrió por completo. Aún puedo recordar, aunque no hice más que tocarlo ligerísimamente con los labios, el gusto mortal del

opio. Si hubiera ingerido aquella bebida no hubiera habido para mí salvación posible. Dejé caer la copa y la miré fijamente por unos instantes, mientras por sus ademanes parecía querer lanzarse contra mí. Luego estuvimos inmóviles unos minutos y los dos comprendimos que todo estaba perdido. Cuando pasaron unos segundos ella comenzó a sollozar, haciendo extraños movimientos con manos y boca. Súbitamente vi que se había transformado en una anciana.

Por mi parte me encontraba incapaz de emitir ni un solo sonido, y creo que salí de aquella casa tan pronto como recobré fuerzas para moverme. El aire, la lluvia y la calle misma me saludaron como antiguos amigos olvidados, fieles y leales aun en los momentos de mayor apuro y necesidad.

Me senté en un banco de la Avenida Montaigne, con todo el edificio de mi orgullo y de mi felicidad derrumbado alrededor de mí, enfermo de muerte con horror y humillación cuando esta muchacha de la que te he hablado vino hacia ¿onde yo estaba.

Ahora pienso que tal vez estuve sentado allí durante algún tiempo y que ella había estado también algún tiempo observándome y tomando valor y decisión para acercarse. Probablemente se compadeció de mí, pensando que debía de estar borracho, ya que las personas sensatas no permanecen sentadas al descubierto bajo la lluvia. Tal vez también le animara pensar que yo era aproximadamente de su misma edad. No oí lo que me decía; no me hallaba en condiciones de entrar en conversación con una muchacha de la calle.

Pienso que debió de ser un natural instinto de conservación lo que me indujo a dirigirle una mirada y a escucharla. Tenía necesariamente que desembarazarme de mis propios pensamientos, y cualquier ser humano sería bien venido para ayudarme a realizar mis propósitos.

Pero al mismo tiempo había en aquella muchacha algo extraordinariamente gracioso y expresivo que podía haber atraído mi atención. Permanecía firme bajo la lluvia, exageradamente pintada, con los ojos radiantes como estrellas, muy erguida e inmóvil sobre sus piernas. Cuando puse mi vista en sus ojos me sonrió con una sonrisa abierta. Era muy joven. Con una mano sostenía su vestido, ya que en aquellos días las señoras usaban en la calle vestidos de larga cola. Su cabeza estaba tocada con un sombrero negro de plumas de avestruz, que caían melancólicamente y obscurecían su frente y sus ojos.

La curva firme y gentil de su barbilla y su cuello joven y redondo brillaban a la luz de una lámpara de gas. Me parece verla todavía en aquella postura.

Lo que más me impresionó fue que parecía extrañamente conmovida y afectada por la situación. Creí ver en ella a una persona que terminaba de salir también de una gran aventura y guardaba un secreto.

Creo que al mirarla comencé a reír, con risa amarga y salvaje, y que esta actitud mía la reanimó. Se acercó más a mí. Entonces busqué en mis bolsillos algunas monedas para entregárselas, pero no llevaba o no encontré ninguna. Me levanté y comencé a caminar. Ella, a mi lado. Recuerdo que sentía cierta satisfacción en tenerla conmigo, ya que no quería encontrarme solo. Por esta razón consentí gustoso en que me acompañara.

Le pregunté cuál era su nombre y ella me contestó que se llamaba Nathalie.

Por aquella época yo estaba empleado en la Legación y vivía en un apartamento de la Plaza de Francisco I, por lo que no tendríamos que andar mucho. Yo lo tenía todo dispuesto para regresar tarde. En aquellos días acostumbraba a cenar en frío. Al propio tiempo dejaba el fuego encendido para que la habitación estuviera cálida y acogedora a mi regreso.

Cuando entramos en el apartamento lo encontramos iluminado y templado. Junto al fuego estaba preparada la mesa para mí. Había una botella de champán en hielo. Tenía por costumbre dejarla para beber cuando regresaba.

La joven miró la habitación con rostro satisfecho. A la luz de la lámpara que lucía en la estancia pude ver cómo era realmente. Tenía suaves rizos y ojos azules. Su cara era redonda, con ancha frente. Se veía bonita y graciosa. Recuerdo que me produjo la misma sensación que produce un manojo de rosas encontrado en una cuneta.

Si hubiera estado yo en equilibrio supongo que habría intentado obtener de ella alguna explicación sobre el misterio que parecía encerrar, pero en aquellas circunstancias nada de esto se me ocurrió.

La verdad es que los dos debíamos haber pasado por circunstancias similares, tales que sería muy difícil que se repitiesen. Los dos, excitados y preocupados, nos encontramos con simpatía especial e íntima. En parte aturdido y en parte impresionado la tomé egoístamente, sin pensar de dónde venía ni adónde podría ir cuando desapareciera, como si fuese un regalo que el destino me enviaba en aquel momento en que yo no podía estar solo.

Parecía un espíritu salvaje, ajeno a París, que podía concederme favores inesperados y habla llegado a mí en el crítico momento.

Nada puedo decir de lo que ella pensara o sintiera. Ahora que pienso en ello como en una cosa muy lejana, diría que debí simbolizar para ella alguna cosa, que apenas debí existir como individuo.

Consideré una felicidad y una suerte que ella fuera joven y amable. Esto me ha hecho reír después que pasaron aquellas horas tristes y misteriosas. Quitó su sombrero, levantó su rostro y la besé fue entonces cuando me di cuenta de lo mojada que estaba. Tenía que haber estado muchas horas caminando por las calles bajo la lluvia.

Abrí la botella de champán, llené un vaso y se lo ofrecí. Ella lo cogió, manteniéndose de pie delante del fuego. Sus rizos, mojados, calan sobre la frente. Con sus mejillas encarnadas y sus ojos brillantes parecía un niño que terminara de despertarse de un largo sueño.

Bebió medio vaso muy despacio con los ojos fijos en mi cara, y como si este medio vaso de champán le hubiera inducido a no soportar más tiempo el silencio, comenzó a cantar con voz dulce, casi sin mover los labios. Eran las primeras estrofas de una canción, un vals, que por aquel entonces estaba de moda en todos los cafés cantantes y salas de conciertos. Interrumpió la canción, vació su vaso y me lo devolvió con estas palabras: *A votre santé*.

Su voz era tan agradable y tan bien timbrada que parecía el canto de un pajarillo en el bosque. Por otra parte, la música era entonces para mí lo que más directamente podía llegarme al corazón.

Su canción hizo que creciera en mí la idea de que por algo especial y sobrenatural me habla sido enviada aquella compañía. Llené de nuevo su vaso, rodeé con mi mano su cuello blanco y rocé sus bucles húmedos. “¿Cómo te has mojado tanto, Nathalie?”, dije como si fuera yo su abuela. “Debes de quitarte la ropa y calentarte.” Cuando dije estas últimas palabras mi voz cambió. De nuevo comencé a reír. Ella fijó en mí sus ojos brillantes como estrellas.

Comenzó a desabotonarse la capa, dejándola caer al suelo. Bajo esta capa de encaje negro, descolorida en sus bordes, llevaba una túnica negra de seda, ajustada al busto y a la cintura, plegada con flecos y volantes fruncidos, tal como las damas solían usarla en aquella época. Los plisados brillaban a la luz del fuego. Comencé a desvestirla como hubiera desvestido a una muñeca, muy despacio y torpemente.

El anciano barón Von Brackel hizo una pausa.

—Creo que deberla haberte explicado —dijo— esta historia de forma que la comprendas rectamente. En aquella época desvestir a una mujer era una cosa muy diferente de lo que hoy es y significa. ¿Cuáles son las ropas que usan vuestras flamantes damas de hoy? Usan la menor ropa posible. Estas damas viven esclavas de su cuerpo; su único propósito es descubrir y dar a conocer su cuerpo.

''Pero en aquellos días el cuerpo de una mujer era un secreto que sus ropas cuidaban muy bien de velar.

''Paseábamos por las calles durante el mal tiempo, con el solo objeto de echar una mirada a algún tobillo; ahora la vista de un tobillo es para vosotros, jóvenes de hoy, tan familiar y corriente como eran los pies de las copas de vino en mis tiempos. Las ropas de entonces tenían manera de ser, personalidad y distinción propias. Con serenidad difícil de adivinar, cumplían a las mil maravillas su cometido; transformaban el cuerpo que cubrían, y creaban una silueta tan distante de la realidad que convertían la belleza de una mujer en un misterio cuya penetración y conocimiento constituía un privilegio.

"Los corsés largos y estrechos, las ballenas, las faldas y las enaguas, los tontillos y los paños, todo aquel conglomerado de ropas bajo las que las mujeres de mi época estaban encerradas, tendían a una sola cosa: el disfraz. Naturalmente, no iban como las mujeres de vuestros días, cuya ropa, que apenas ocupa espacio, casi ni les roza el cuerpo.

"Fuera de aquella espuma de colas, plisados, encajes y flecos que flameaban y se ondulaban *secundum artem* a cada movimiento de su portadora, la cintura crecía y se maduraba como el cáliz de una flor, soportando al busto, alto y redondo como una rosa, aprisionado en las ballenas.

"Imagínate ahora la vida que tenían que soportar aquellas criaturas metidas en los estrechos corsés, en los vestidos ampulosos que llevaban donde quiera que paseaban o se sentaban, sin pensar ni soñar nunca que podrían vestirse de otra manera; compara la vida de tus jóvenes amigas, las mujeres de tu época, cuyas ropas apenas las tocan. Entonces una mujer era una obra de arte, el resultado de siglos de civilización; y se hablaba de ella y de su figura con la admiración que de la obra de un artista profesional.

''Bajo todo esto, la Eva eterna respiraba y vivía, revelación constante cada vez que salía de su disfraz con la cintura marcada delicadamente por el corsé, como una guirnalda de pétalos rosados.

"Para la juventud de hoy, que se ríe de las ideas como de los tontillos del siglo XVII, y que dirá que a pesar de todos los artificios quedaba poco margen para el misterio, yo me permitiría decirles que quizá no sepan lo que significa la palabra misterio. Nada es misterioso si no simboliza algo. El pan y el vino consagrados tienen antes que ser amasados y embotellados. Las mujeres de aquellos días eran más que una serie de individuos. Simbolizaban o representaban a la Mujer, con mayúscula. Comprendo que esa palabra, en ese sentido, ha desaparecido ya de nuestro lenguaje. Cuando hablamos ahora de mujer, por muy cínicamente que queramos pensar, hablamos de mujeres, y ahí radica toda la diferencia.

"¿No recuerdas la discusión tan traída y llevada entre los estudiantes de la Edad Media sobre quién fue primero, el perro o la Idea del perro? Para ti, que has estudiado estadística en los actuales centros de enseñanza, supongo que no hay duda en esta cuestión. Es justo decir que tu mundo parece que se hubiera hecho experimentalmente.

''Pero para nosotros hasta las ideas del anciano *mister* Darwin eran nuevas y extrañas. Teníamos nuestras ideas propias sobre cuestiones tales como las sinfonías y los ceremoniales de la corte, y fuimos educados en unos sentimientos fuertes y bien fundados sobre la distinción entre el nacimiento legítimo e ilegítimo. Teníamos fe en nuestros destinos y en nuestros propósitos. La idea de Mujer, de *el eterno femenino*, sobre la que tú mismo no podrás negarme que existe cierto misterio, fue creada desde un principio para nosotros; además nuestras mujeres supieron cumplir bien con su misión de representar merecidamente esta idea de la mujer. De la misma forma creo que el perro fue creado para dejar representada cumplidamente la idea del Creador.

''Podemos seguir el desenvolvimiento de esta idea en una niña que va creciendo y desarrollándose gradualmente, de acuerdo con las leyes de la naturaleza. Más tarde es presentada en sociedad y finalmente queda hecha una Mujer. Lentamente el centro de gravedad de su ser es desviado de la individualidad al símbolo. Entonces es cuando nos encontramos con ese orgullo y modestia característicos de la persona que representa grandes poderes, orgullo y modestia que podemos hallar también en un artista verdadero y consumado.

''En realidad, la altanería y el orgullo de una mujer joven y bonita, o la prestancia de una señora anciana, existían innatos en su ser íntimo, sin tener nada que ver con ninguna vanidad personal, ni con ninguna estimación particular de cualquier clase que sea, como por ejemplo el orgullo de Miguel Ángel. Don Juan hubiera sido absuelto por un tribunal compuesto por mujeres de mi época. La gran fe que tenía en la idea de Mujer hubiera borrado con creces todos los demás delitos de que hubiera

sido acusado. También habrían estado de acuerdo con los grandes maestros de Oxford al condenar a Shelley como ateo.

”La multitud que hay en las afueras del templo no es muy interesante. El verdadero interés está con el sacerdote que oficia dentro.

”No sé si recuerdas el cuento de la muchacha que salvó el barco amotinado sentándose sobre el barril de pólvora con su antorcha encendida amenazando con poner fuego al barril, sabiendo que estaba vacío. Esta me ha parecido a mí una imagen apropiada de la mujer de mi tiempo. Su misión era mantener al mundo en orden y en paz; ellas conservaban convenientemente el equilibrio y la estabilidad necesarias, sentándose sobre el misterio de la vida a pesar de que sabían que no había misterio alguno.

”También he oído hablar a los jóvenes de esta generación de que las mujeres de los tiempos antiguos no tenían sentido alguno del humor. Sólo con pensar en la mujer sentada sobre el barril con los ojos abatidos, he pensado si el humor varonil y el arrojo y valentía de los hombres de nuestros días no resulta insípido y sin gracia comparado con el suyo.

”Se me ocurre decirte una cosa: que estaríamos dentro de la razón y de la justicia mostrando agradecimiento y admiración rendida y devota hacia aquellas mujeres; si rindiéramos vasallaje y afecto por ellas superior que el que rendimos y tributamos a las mujeres de la época actual.

"Espero que no te importará que un anciano se entretenga y deleite con el recuerdo de las escenas de una edad que ya pasó. Creo que si tú te adentraras de lleno en las historias de aquella época, que yo considero dorada, pasarías momentos agradabilísimos e inolvidables. Sería como el que se detiene a contemplar un museo en el que se conservan las grandes obras de los mejores artistas. Al tiempo y los años me los imagino vitrinas de un inmenso museo, donde las ilusiones de los días pasados se han ido disecando, prendidas con alfileres. Son ilusiones que aunque muertas no huelen a podrido. Ten en cuenta, y no lo olvides nunca, que matar una ilusión es como matar | un niño pequeño. No lo olvides... Tal vez te rías de lo que te estoy diciendo, pero no importa.

El anciano caballero resumió entonces su historia en los siguientes términos: — Cuando desnudé a aquella muchacha y las ropas que tan severamente la cubrían y la disimulaban cayeron delante del fuego de mi apartamento, entonces, hijo mío, vi que todo estaba vestido y adornado al estilo misterioso de la época: la misma lámpara

que iluminaba la habitación estaba rodeada y sostenida con lazos de seda, los sillones tenían largas franjas también de seda, todo en la estancia era una estampa clara de la época...

”Cuando contemplé el busto de la joven me pareció ver ante mi la obra mejor acabada de cuantas mis ojos hablan tenido el privilegio de conocer. Sé que debe haber algo amable en las pequeñas imperfecciones del bello sexo. La figura de esta joven era patética, entrañable por razón de su perfección.

”Su busto brillaba con la luz, suavizado delicadamente, como de mármol. Una línea recta subía desde los tobillos hasta el cuello como el tronco derecho, lleno de vida y de savia, de un árbol joven.

”El mismo distintivo de delicadeza se observaba en la garganta del pie como en la curva de su barbilla; el mismo en la mirada apacible de sus ojos penetrantes, como en las líneas delicadas y fuertes al mismo tiempo de sus hombros y sus muñecas.

”El calor de la lumbre la hizo suspirar con agrado manifiesto. Reía suavemente como un niño que abandona el umbral de la escuela para pasar unos días de vacaciones. Seguía de pie ante el fuego; sus rizos mojados calan desordenadamente sobre su frente, sin hacer ella el menor movimiento para echarlos atrás; sus mejillas parecían ahora más las de una muñeca.

”Creo que en aquellos momentos toda mi alma estaba en mis ojos. Realmente me habla encontrado hacia tan poco tiempo en situación desagradable, que no quería por ningún concepto volver de nuevo a la misma. En alguna parte de mi ser se agazapaba un miedo funesto y busqué refugio dentro de la fantasía, como un niño apesadumbrado lo buscaría en su libro de cuentos. Bebí una copa de champán y fijé mis ojos en la bella mujer.

”No me sentía incrédulo siempre que el milagro esperado se operase en mí mismo. No estaba sorprendido ante tan manifiesto favor de los dioses y creo que mi corazón rebotaba gratitud y reconocimiento hacia ellos. Después de todo, consideré razonable que el gran poder del universo se manifestara de nuevo en mi favor y me enviara como ayuda y consuelo aquella delicada muchacha.

”Nathalie y yo nos dispusimos a cenar en habitación templada y tranquila, con la grande y bulliciosa ciudad bajo nosotros. Estaban caídas las cortinas ocultándonos la noche lluviosa. Éramos como dos lechuzas dentro de una torre arruinada, en lo más espeso de la selva, y nadie en el mundo sabía nada de nosotros. Apoyó un brazo sobre la mesa y descansó su cabeza sobre él. Creo que tenía hambre. Al ver la

comida que tenía preparada, caviar y carne de ave en frío, comenzó a mirarme con alegría, a sonreír, a hablarme y a escuchar lo que yo le decía.

”No recuerdo de qué hablamos. Sé que estuvimos muy cordiales y que yo le dije lo que no había dicho todavía a nadie, es decir como había estado a punto de ser envenenado momentos antes de encontrarme con ella. También supongo que le hablarla de mi país; le pedirla que me escribiera o que fuera a visitarme alguna vez. Recuerdo que me contó una historia sobre un mono muy viejo que sabía hacer algunas monerías y pertenecía a un organillero armenio. Su dueño habla muerto y el animal deseaba que alguien le dirigiera para realizar los ejercicios a que habla sido enseñado, pero nadie los conocía. No podré olvidar que en el curso de su narración imitaba al mono de la forma más alegre e inspirada que uno puede imaginar. Recuerdo todavía la mayoría de sus movimientos. A veces he pensado que la comprensión de algunas piezas de música de violín o de piano ha llegado a mí a través de la contemplación del contraste o de la armonía entre su mano delicada y larga y su barbilla redondeada cuando llevaba el vaso de champán a sus labios.

"En ningún asunto amoroso, si es que a éste puedo llamarlo así, he tenido una sensación tan grande y firme de seguridad y libertad. En mi última aventura pasada estuve todo el tiempo preocupado por hallar lo que pensarían de mí y sobre el papel que yo estaría desempeñando a los ojos del mundo. Pero tale«zozobras no penetraron aquella noche en nuestra pequeña habitación. Yo creo que esta sensación de seguridad y de libertad sólo existe entre los matrimonios felices. Me extraña que esta comprensión mutua pueda ser en el matrimonio realmente armoniosa a lo largo de todos los días, pero esto es otra cuestión.

"Una cosa, al menos, habla de común entre los dos, aunque no nos diéramos cuenta perfecta de ella. El mundo del exterior era malo y terrible. La vida me había mirado con ojos duros, y a ella la había tratado de la misma manera. Pero aquella habitación y aquella noche eran nuestras, de los dos únicamente.

"El vino nos ayudó. Yo no había bebido mucho, pero me sentía alegre. El champán es una bebida amable para las noches de lluvia. Recuerdo que un anciano danés me dijo en cierta ocasión que había muchas maneras de buscar la verdad, y una de ellas era el vino de Borgoña. Pero la gente joven que ha visto al diablo cara a cara precisa la ayuda de una mano más fuerte.

”Tenía yo una guitarra sobre el sofá. Nathalie la cogió después que terminamos de cenar. Se estremeció ligeramente al primer sonido. Hacía algún tiempo que yo no cogía el instrumento, bien por falta de ambiente propicio o porque no me habla acordado. La guitarra estaba desentonada. Nathalie, pacientemente, cruzó las rodillas

y comenzó a entonarla. Luego cantó para mí dos breves canciones. En la habitación tranquila y sin ruidos, aquella voz suave, aunque un poco ronca, sonaba clara como una campanilla. Cantó, en primer lugar, una canción de tono alegre y ritmo movido. Luego estuvo recordando durante unos momentos. Después cantó una canción sentimental en un idioma que yo desconocía. Tenía un gran sentido de la música. Toda la personalidad que se adivinaba en su figura se manifestó también en su voz. Su leve timbre metálico y la destreza y facilidad de la interpretación se correspondían con sus ojos y sus piernas. Su voz subía o bajaba en intensidad según lo exigía la canción. Luego hizo la misma inclinación que hacia Mischa Elma cuando saludaba desde el escenario.

"Todo el equilibrio y serenidad que había conservado mientras la miraba, desaparecieron súbitamente al oír su voz. Las palabras que no entendía me parecieron más significativas que las que había comprendido. Me senté en otra silla frente a ella. Recuerdo el silencio que se produjo cuando terminó la canción. Recuerdo también que después me acerqué más.

"Me miraba con una luz tan clara, tan severa, tan salvaje, que sus ojos me recordaron los del halcón cuando se le quita la caperuza. Cogí sus manos entre las mías y su rostro cambió y se iluminó con nobleza. Desde el principio habla visto en ella algo heroico. La heroicidad consistía, a mi entender, en haberme seguido a conciencia de mi estado de locura y desesperación en que me encontraba. Pero se ha dicho que *du ridicule jus— qu'au sublime, ü n'y a qu'tíh pas*.

"Me di cuenta de que era tan cándida y amable como sugerían sus cualidades externas. Existe una teoría que defiende que un hombre demasiado joven debe dirigir sus flechas amorosas hacia una mujer experimentada. Pero no creo en esa teoría. Una hora o dos más tarde me desperté con la sensación de que algo no iba bien, que algo corría peligro. Suele acontecer que después de la fiebre amorosa acude a nuestro pensamiento el futuro con sus trágicas consecuencias. Y como cuando *Von meurt en plein bonheur de tes malheurs passés*, abandonamos la felicidad presente ante la desventura que vemos acercarse. No era solamente la cuestión del *omne animal*; era desconfianza en el futuro, como si oyera esta reflexión: "Tengo que pagar esto. Pero, ¿con qué voy a pagar?" Me pareció que lo que más me preocupaba era el temor de que se marchara.

"Una vez más se incorporó e hizo ademán de despedirse, y una vez más conseguí hacerla sentar de nuevo.

—Tengo que marcharme —me dijo.

“La lámpara aun estaba ardiendo y el fuego seguía humeando. Parecía natural que se separara de mí, por la misma razón misteriosa que la habla traído a mi presencia. Esperaba que me dijera dónde iba a dirigirse. Yo estaba silencioso, perplejo, sin saber qué debía de hacer más en consonancia con las delicadas circunstancias.

”Se envolvió en su disfraz negro y se dispuso a alejarse de mi. Presencia. Se puso su sombrero y la vi ante mí, inmóvil, de la misma manera que cuando se me acercó por primera vez en la Avenida bajo la lluvia. Dio unos pasos hacia el sillón donde yo estaba sentado y me habló con serenidad: —¿Me darás veinte francos?

”Como no contesté, repitió la pregunta:

—Marie me dijo que me darías veinte francos.

”No hablé. La miré fijamente y sus ojos claros se encontraron con los míos. Una gran claridad me iluminó como si todas las ilusiones se hubieran desvanecido, y la realidad manifestado triste y desolada como una casa tras el incendio devastador. No hubo ya lugar para ninguna palabra superflua.

”Fue éste el primer momento, creo, desde que me encontré con ella unas horas antes, en que la vi como un ser humano, no como un regalo para mí. Pero era ya demasiado tarde.

”Los dos habíamos pasado un rato divertido. Comprendí que se me había hecho objeto de una burla extraña y habla caldo en la trampa. Era demasiado tarde para mantener el espíritu del juego hasta el final. Su propia demanda encajaba dentro del ambiente de la noche. La historia nos cuenta que el *yin* pedía por la construcción de un palacio para cuatrocientas esclavas blancas sólo una lámpara vieja de cobre: y que la hechicera de la selva que hizo desaparecer a tres ciudades y creó para el hijo del leñador un ejército de soldados a caballo, no pedía a cambio sino el corazón de una liebre.

”La muchacha me pidió que le pagara de la misma manera que el *yin* o que la hechicera del bosque, y si yo te daba veinte francos tal vez quedara a salvo dentro del círculo mágico de su libertad. Era yo quien estaba fuera de situación, cuando permanecía sentado, en silencio, como atormentado por el peso de la vida real. Sabía muy bien que estaba en la obligación de contestar, o de lo contrario, dentro de breves segundos, pensarla sobre ella el peso que me abrumaba.

”Más tarde pensé que tal vez hubiera algún medio que me permitiera no perderla para siempre. Entonces pensó que deberla haberle entregado los veinte francos diciéndole: “Y si necesitas otros veinte, vuelve mañana por la noche.” Si me hubiera

resultado menos amable y menos simpática, si no hubiera sido tan joven y tan cándida, tal vez lo hubiera hecho. Pero la presencia de esta muchacha habla despertado, durante las pocas horas que estuvimos juntos, toda la caballerosidad y la hidalguía que habla dentro de mi persona. Y la caballerosidad y la hidalguía significan amor. Si yo hubiera estado tan limpio de corazón como ella lo estaba, tal vez lo hubiera pensado, pero me veía forzado a seguir apegado a la realidad horrible y destructora de este mundo. Como fuera lo más razonable y natural que podía hacer, saqué los veinte francos y se los entregué a la muchacha.

"Antes de marcharse hizo una cosa que nunca he olvidado. Con el billete en la mano izquierda se acercó a mí. No me besó ni tomó mi mano para decirme adiós. Con tres dedos levantó suavemente mi barbilla y me dirigió una mirada de ánimo y consuelo; hizo el mismo gesto que una hermana hubiera hecho con un hermano para despedirse de él. A continuación se separó de mí.

"En los días siguientes, no los primeros días, sino más tarde, traté de construir alguna teoría, alguna explicación de mi aventura. Ocurría esto poco tiempo después de la caída del Segundo Imperio. La atmósfera olía a catástrofe. Se había hundido un mundo. La propia Emperatriz, a quien en una visita que hice a París cuando era un niño tuve el honor de ver como una deidad femenina, había desaparecido por la noche, en una carroza, acompañada de su dentista, sintiéndose desgraciada por la falta de un pañuelo. Los miembros de su corte estaban apiñados en posadas de Bruselas y de Londres, mientras que sus palacios servían de establos para los caballos prusianos. Había seguido la Commune, y en París continuaban las carnicerías perpetradas por el ejército de Versalles. Durante aquellos meses de desastre se estaba tambaleando todo un mundo.

"Era también la época del nihilismo en Rusia. Los revolucionarios lo habían perdido todo y huían hacia el exilio. Pensé en ellos por la pequeña canción que me cantó Nathalie y de la que no pude entender la letra.

"Sin saber qué podía haberle acontecido, pensé que tenía que ser una catástrofe de naturaleza violenta. Creo que ella habla descendido con velocidad vertiginosa, o que conocía mucho sobre la resignación y la reconciliación con el destino; también pensé que tenía que estar ligada a alguien, porque de haber estado sola tal vez las cosas se habrían presentado de otra manera. Quizás quien tenía a su cuidado no podía sostenerla por más tiempo. Tal vez tuviera a su cargo niños menores, algún hermano, alguna hermana. Pero cierto era que habla vivido en un mundo de bellezas donde habla aprendido a cantar, a moverse, a sonreír de la forma que cantaba, se movía y sonreía. Un mundo donde habla sido amada. Era cierto que habla descendido vertiginosamente de aquel mundo fantástico a ese otro mundo donde la

belleza y la gracia nada cuentan, donde la realidad de la vida ha de afrontarse cara a cara y lleva directamente a la ruina, a la desolación y al hambre. Y en el último peldaño de esa escalera apareció Marle como una amiga, cualesquiera que fueran sus antecedentes, quien dentro de su conocimiento del mundo le habla dado consejos y le habla prestado vestidos, infundiendo en su espíritu aliento y valor para proseguir adelante.

”Pensé mucho y durante tiempo sobre esto. Tan pronto como se separó de mí me encontré muy solo. En aquellos minutos que siguieron a su salida tuve una sensación de asfixia; la misma de una persona que ha sido enterrada viva. Quise salir a la calle inmediatamente pero no estaba vestido para ello. Cuando me puse la ropa de calle ya era tarde. Paseé durante largo tiempo. En el curso de aquella madrugada llegué al banco mismo en que estuve sentado cuando me habló por primera vez. Luego llegué al hotel de mi antigua amante. Pensé qué cosa tan extraña es un joven que va de un lado para otro en la misma noche, guiado por la pasión y por la pérdida de dos mujeres. Vinieron a mi mente las palabras de Mercurio a Romeo sobre el particular, y como si hubiera hallado en ellas una brillante caricatura de mí mismo y de todos los hombres jóvenes, me reí. Cuando comenzó a apuntar el día volví a mi habitación. Allí estaban la lámpara, ardiendo, y la mesa con la cena.

”Este estado de ánimo duró algún tiempo. Al principio vivía con el pensamiento de volver a la misma hora al lugar donde la encontré por primera vez. Pensaba que ella volvería de nuevo. Esta idea mantuvo en mí viva la esperanza, pero ésta comenzó a desvanecerse lentamente, hasta que desapareció por completo. Intenté varios recursos para hacer soportable la vida. Una noche fui a la ópera porque había oído a otros de que también pensaban ir. Se iba a representar *Orfeo*. ¿Recuerdas la partitura en que implora de las sombras del infierno que le sea entregada Eurídice?

”Allí estaba yo, con mi corbata blanca, junto a gente alegre que sonreía y hablaba entre sí; algunos me miraban y hacían inclinaciones de cabeza...

”Se dice de los bandidos que en tiempos antiguos frecuentaban los bosques de Dinamarca que tenían la costumbre de poner un hilo cruzando el camino, con una campanilla atada. Los carruajes, al pasar, tendrían necesariamente que tocar el hiló y hacer sonar la campanilla, despertando a los ladrones. Yo sé que he tocado un hilo y la campanilla ha sonado en algún sitio.

Yo fui el que pregunté: “¿Qué tengo que pagar por esto?”, y la diosa contestó: "Veinte francos". Con ella no se puede regatear.

"De todo esto hace ya mucho tiempo. Las Euménides son, si me permites la

comparación, como las pulgas a que yo tenía tanto miedo y repugnancia cuando era niño. Les gusta la sangre Joven pero luego nos abandonan. Vendí un trozo de terreno a un vecino, y cuando lo vi de nuevo habla talado los árboles. ¿Dónde estaban ahora las sombras, los senderos ocultos y los caminos claros?

—¿Nunca la volvió a ver?

—No —contestó secamente y después de unos instantes prosiguió—: Pero tengo una historia fantástica que contar. Quince años más tarde, en 1889, pasé por París en viaje hacia Roma; me detuve allí algunos días para ver la exposición y la Torre Eiffel recién terminada. Una tarde fui a ver a un amigo pintor. En los principios de su carrera habla sido extravagante e impetuoso, pero más tarde cambió completamente y se dedicó a estudiar anatomía con celo y entusiasmo siguiendo el ejemplo de Leonardo. Nuestra entrevista se prolongó hasta bien entrada la noche, y después que charlamos y discutimos sobre la pintura y sobre el arte en general me dijo que me enseñarla la cosa más bonita que tenía en su estudio.

—Es una calavera que estoy dibujando.

"Era realmente la calavera de un mujer Joven. La tuve en mis manos unos momentos. Cuando quise imaginar el ancho de las cejas, la línea noble y clara de la barbilla y las hondas cavidades de los ojos, de súbito me pareció familiar. El hueso limpio brillaba a la luz de la lámpara. En aquellos segundos volví con la imaginación al apartamento de la Plaza de Francisco I, una noche de lluvia, hada quince años.

—¿Preguntó a su amigo algo sobre el origen de aquella calavera?

—No —contestó el anciano—. ¿De qué hubiera servido?

## **EL MONO**

### **I**

En algunos países luteranos del norte de Europa existen lugares que utilizan el

nombre de conventos. Aunque no tienen carácter religioso, están regidos por una llamada priora.

Son lugares de retiro para solteras y viudas nobles, que los eligen para pasar el invierno de sus días de manera digna y confortable, y de acuerdo con las tradiciones de sus respectivas familias.

Muchas de estas instituciones son inmensamente ricas, propietarias de grandes extensiones de terreno, y durante siglos han recibido herencias a su favor. Un espíritu apacible parece reinar en estos establecimientos y guiar la existencia de las comunidades.

La priora de Closter Seven, bajo cuyo mandato llegó a su máximo esplendor el convento durante los años comprendidos entre el 1818 y el 1845, tenía un mono gris que le habla regalado su primo el Almirante von Schreckenstein a su regreso de Zanzíbar, y había tomado mucha afición al animal. Cuando estaba ante su mesa el mono solía subirse al respaldo de la silla en que estaba sentada, y seguir con ojos brillantes el movimiento de los naipes.

Otras veces el animal aparecía en las primeras horas de la mañana subido en el último peldaño de la escalera de la biblioteca. Sacaba frágiles folios de más de un siglo de antigüedad y los tiraba sobre el piso de mármol. En aquellos legajos había principalmente contratos de matrimonio.

En otra sociedad el mono no hubiera sido popular. Pero en el convento de Closter Seven recibía de la estimable población femenina que lo habitaba un sinfín de mimos y caricias de todo género.

Había también loros, cacatúas, perros y gatos traídos de todas las partes del mundo, una cabra blanca de Angora y un corzo joven de ojos purpúreos. También había una tortuga a la que calculaban más de cien años.

Las ancianas del convento mostraban una indulgencia especial para los caprichos del favorito de la priora.

De vez en cuando, particularmente en el otoño, cuando las nueces estaban maduras en los setos que habla a lo largo de los caminos y en los frondosos bosques que rodeaban el convento, sucedía que el mono de la priora sentía la llamada de una vida más libre y desaparecía por espacio de algunas semanas para regresar por su propio instinto cuando llegaban las heladas.

Los niños de las aldeas pertenecientes a Closter Seven seguían al mono cuando

corría por los caminos o permanecía sentado en algún árbol, desde donde les observaba atentamente. Pero cuando llegaban junto a él y comenzaban a tirotearle con castañas el animal movía los ojos y les enseñaba los dientes afilados, trepando rápidamente por las ramas de los árboles para desaparecer en el espeso bosque.

Era opinión general que la priora, durante los días en que el mono estaba fuera del recinto, se tornaba silenciosa y melancólica, víctima de una inquietud particular que llegaba a quitarle las ganas de actuar en los asuntos de la casa en que de ordinario desplegaba gran vigor.

Entre aquellas ancianas el mono era conocido como el *Geheimrat* de la priora y gozaban cuando lo veían de nuevo en su salón, un poco frío y abandonado durante la permanencia del simio en el bosque.

Un apacible día de octubre llegó inesperadamente el joven sobrino y ahijado de la priora, lugarteniente de la Guardia Real.

Ella se habla preocupado siempre de toda su familia, pero este joven era el favorito entre todos, agradable muchacho de veintidós años, cabello negro y ojos azules. A pesar de su corta edad estaba ya bien situado en la vida. Hijo predilecto de su madre, rica heredera, el joven había hecho una brillante carrera y tenía amigos en todas las partes del mundo.

Sin embargo, a su llegada al convento no parecía iluminado por una buena estrella. Llegó, como se ha dicho, con precipitación temeraria, sin ser anunciada su visita, y las ancianas con las que intercambió algunas palabras mientras esperaba ser recibido por su tía notaron que estaba pálido y tenía aspecto de estar cansado, como bajo el Influjo de alguna perturbación grave.

Aquellas mujeres sospecharon que tendría razones para estar como estaba. Aunque Closter Seven era su pequeño mundo, y se movían dentro de una atmósfera de paz e inmutabilidad, las noticias del mundo exterior llegaban al convento con sorprendente rapidez. Todas y cada una de aquellas mujeres tenían fuera sus corresponsales vigilantes y celosos.

Las enclaustradas sabían que durante el último mes se hablan cernido nubes de naturaleza siniestra sobre el círculo de amigos a que el joven pertenecía.

Una asociación de la capital dirigida por el Capellán de la Corte, bajo pretexto de indignación moral, habla alzado su voz contra tales jóvenes y nadie podía Imaginar lo que resultarla de todo aquello.

Los del convento no intervinieron en estos acontecimientos, excepto el bibliotecario, que era teólogo y persona docta, que habla tenido suficientes arrestos para dar su opinión sobre el particular. No eran los discursos de los Jóvenes estafalarios y atrevidos lo que indignaba y sublevaba a las ancianas, ni el temor de posibles trastornos, sino algo más sustancial y definitivo que les calaba hondo en el corazón. Para todas había sido siempre artículo de fe que la amabilidad y encanto de la mujer, representada por ellas en su esfera, debía constituir la más alta inspiración y el más sublime galardón de la vida. En sus casos tal vez el mundo hubiera tendido lazos con objeto de adquirir tal galardón a precio inferior del dado por ellas, o habrían sido víctimas de algún malentendido; como quiera que fuere, el dogma seguía manteniéndose firme.

Oír semejantes disputas significaba para ellas lo que para un avaro significaría la noticia de que el oro habla dejado de tener valor absoluto. Para un reducido número de andanas solteras y orgullosas las nuevas concepciones resultaban muy duras. Lo mismo hubiese sucedido a un general anciano que cumpliendo escrupulosamente órdenes de la Superioridad se hubiera mantenido a la defensiva, y le dijese luego que mejor habría sido lanzarse a la ofensiva.

Incluso con peligro de inquietud aquellas ancianas gustaban de oír hablar sobre esta herejía, sedientas de emociones del corazón. Quizás como si las plantas de flores en los alféizares del convento hubieran clamado pidiendo la intervención de la autoridad en una supuesta cuestión relacionada con algún tema de floricultura.

Dieron al joven la bienvenida que hubiesen dado a uno de los niños perseguidos por Herodes. Cuando subió la ancha escalera que conducía a las habitaciones de la priora, aquellas mujeres evitaron mirarse unas a otras.

La priora recibió a su sobrino en el espacioso salón de visitas. Sus tres altas ventanas asomaban, tras las densas cortinas con guirnalda bordada en punto de cruz, al césped del Jardín otoñal. De las paredes tapizadas de damasco colgaban los retratos de sus padres, muertos hada tiempo. En la mirada se les notaba gravedad militar y gracia juvenil. Hablan sido los verdaderos amigos y protectores del joven. En esta ocasión su mirada delató su desconcierto y preocupación.

Por unos momentos le pareció que en aquella habitación había un olor extraño e inquietante mezclado con el del incienso. El joven lugarteniente pensó en los peligros catastróficos que corría su existencia. Una vez acomodado en aquel ambiente para él tan conocido, no quiso o no se atrevió a perder el tiempo. Tenía algo muy importante que confiar a su tía, principal móvil que le habla llevado a Closter Seven, y no podía distraer ni un momento.

Después que besó cariñosamente la mano de su tía y dedicó un tiempo mínimo a interesarse por su salud y por la del mono y comunicarle las nuevas que sabía de toda la familia de la ciudad, entró de lleno en el asunto que le había llevado al convento.

—Tía Cathinka —comenzó diciendo—. He venido a visitarte... He acudido a ti, porque siempre has sido muy buena y generosa conmigo.

Hizo una breve pausa. Tragó la saliva que le llenaba la boca y trató de dominarse a sí mismo y a su corazón rebelde. Por último dijo a la priora con tono solemne: — Querida tía: quiero casarme. Confío en recibir de ti consejo y ayuda.

## II

El joven sabía muy bien que en circunstancias ordinarias nada podría haber dicho a su tía que le agradara más.

Camino del convento habla atravesado los bosques y pequeñas aldeas que pertenecían al convento, recorrido los campos donde se alimentaban los gansos al cuidado de chicos y chicas. Durante todo el trayecto había estado imaginando cómo se desarrollaría la entrevista. Conociendo la gran debilidad que la anciana tenía por las frases latinas, pensaba que no sería extraño que oyera de sus labios frases como ésta: *Et tu, Brute*, o un decidido *Discite justitiam moniti, et non temnere divos*. O tal vez: *Ad sanitatem gradus est novisse morbum*, que sería la mejor señal.

Después de unos momentos miró a la cara de la anciana. Su sillón destacaba en el claroscuro de encajes. Desde la sombra los ojos de su tía se encontraban con los suyos y se vió obligado a bajar la mirada. Este juego mudo se repitió dos veces más.

- *Mon cher enfant* —le dijo con voz dulce y apacible en la que podía notarse un insignificante temblor—. Desde hace mucho tiempo he deseado con toda mi alma que llegara este momento. Toda la ayuda que una anciana alejada del mundo pueda darte, querido Boris, ten la seguridad de que se te dará.

Boris la miró con ojos sonrientes. Después de una semana de terribles agitaciones, de una sucesión interminable de escenas violentas y desagradables provocadas por el amor y los celos de su madre, se sentía como salvado en una ciudad inundada. Tan pronto pudo hablar, dijo: v Eres tú. tía Cathinka, la que has de decidir.

Hubo un corto silencio. Boris confiaba en que la dulzura que proporciona el poder para decidir pondría en fuego la generosidad de aquella anciana.

Los ojos fijos en él le miraban amablemente. Con aquella mirada se habla adueñado del joven como si le tuviera abrazado y metido dentro del corazón. Se llevó el pañuelo a los labios. Boris conocía muy bien este gesto, peculiar en su tía cuando estaba conmovida. Tenía la seguridad de que le ayudaría, pero sabía también que tendría que oírle alguna reprensión primero. Con voz lenta y reposada como una sibila, la anciana dijo al sobrino: —¿Tú sabes qué es lo que se compra caro, se ofrece barato y todos lo rehúsan? La experiencia de los ancianos... Si los hijos de Adán y de Eva hubieran hecho uso de la experiencia que les legaron sus padres, el mundo habría sido sensiblemente distinto. Yo quiero darte mi experiencia en una píldora endulzada con el azúcar de la poesía, para que la puedas tragar y asimilar mejor: “De todos los caminos de la vida, solamente uno, el del deber, conduce a la felicidad.” No olvides esto, hijo mío, que es importantísimo.

Boris estuvo meditando unos instantes antes de responder:

—Tía Cathinka, ¿cómo puede haber un solo camino para la felicidad? Sé que ese es el pensamiento de la gente buena, pero debo recordarte, querida tía, que el lema de nuestra familia es distinto: “Busca un camino o invéntalo.” No creo que encuentres ningún libro de cocina que no dé por lo menos tres o cuatro fórmulas para asar un pollo.

La anciana intervino con su energía peculiar:

—El doctor Sass, que fue párroco de Closter Seven en el siglo XVII, sostenía que el Paraíso, hasta el momento de la caída sólo tenía dos dimensiones como un telón de fondo, y que fue el demonio quien inventó la tercera dimensión. La manzana era una esfera y el pecado de nuestros primeros padres fue intentar ponerse a la altura de Dios. Por mi parte prefiero mucho más el arte de la pintura que el de la escultura.

Boris escuchaba a su tía sin contradecirla. Era cierto que sus gustos diferían notoriamente, pero en aquellos momentos ella tenía la razón. Siempre se habla felicitado por su talento y su buena suerte, pero últimamente había considerado esta suerte como dudosa. Esto obedecía a que parecía perseguirle el destino de conseguir todo lo que quería pero cuando ya no lo necesitaba.

La priora le miró de arriba abajo un buen rato antes de recitar con voz dulce y melodiosa:

*"Recta es la línea del deber,*

*Curva la línea de la belleza.*

*Sigue la línea recta, y verás*

*Cómo la línea curva te sigue siempre ”*

El Joven recapacitó sobre el contenido de aquellos versos un largo rato. Luego les sirvieron vino y frutas. Bebió dos vasos y se reanimó.

Sin mirar a su tía podía seguir fielmente los pensamientos que daban vueltas en la imaginación de la anciana. La urgencia dramática de una acción inmediata que hubiera atemorizado a otra persona de su edad, no le intranquilizó lo más mínimo. Tenía entre sus antecesores grandes guerreros, que habían sabido preparar y ganar batallas.

Abrió la puerta y entró en la estancia un antiguo criado de la priora portando una bandeja de plata con una carta que presentó a la anciana. La cogió ésta con mano temblorosa, como si temiera alguna noticia desagradable. Leyéndola se sonrojé levemente.

—Está bien, Johann —dijo.

Estuvo unos momentos sumida en sus pensamientos. Volvió hacia el joven sus ojos negros. Con la animación y entusiasmo de una persona que habla de una entrañable afición, dijo: —Has atravesado mi nueva plantación de abetos. ¿Qué te ha parecido?

Las plantaciones y la conservación de los bosques figuraban entre las cosas más importantes de su vida. Durante algún tiempo la conversación versó sobre árboles.

—No hay nada para la salud —dijo— como el aire de los bosques. Nunca he podido pasar una noche tranquila en la ciudad. Vivir en el campo y dormir con la certidumbre de que me rodean muchas millas de bosques, constituye para mí una de las mayores delicias que pueda encontrar en esta vida.

A Boris le gustaba la vida del bosque. Había estado mucho tiempo, siendo todavía niño, en Closter Seven. Ahora notaba una clara diferencia, después de haber estado en la ciudad tantos años. Su tía trataba de elogiar aquella vida tranquila con el propósito de conseguir que el sobrino la visitara con más frecuencia.

—Y, ¿quién, querido —dijo en súbito cambio de tema y clara benevolencia—, ahora que hemos venido a hablar de ello, podría ser mejor esposa para ti que nuestra gran

amiga la pequeña y dulce Athena Hopballehus?

Nada hubiera resultado más extraño para Boris que la noticia que acababa de darle su tía. Sorprendido por ello estuvo unos momentos sin contestar. La frase sonó para él a inconcebible. Nunca había oído hablar de Athena como criatura pequeña y dulce. La recordaba por lo menos una pulgada más alta que él.

Pero el hecho de que la priora hablara de ella como de amiga de casa le inquietó aún más. Sabía que tanto su tía como su madre, que entre paréntesis sea dicho raramente coincidían en juicios y opiniones, se unieron en este caso para mantenerle alejado de Athena.

Cuando reflexionó sobre esta inexplicable e inesperada actitud de su anciana tía, y sobre el efecto que podría producirse en su destino, comprendió que la idea no le desagradaba. El género burlesco habla privado siempre en él y resultarla una extravagancia de primer orden llevar a la ciudad una esposa como Athena. Miró a su tía con cara de auténtico niño bueno: —Tengo fe absoluta en tu juicio, tía Cathinka.

La priora habló muy despacio, sin mirarle, como si no quisiera correr el riesgo de mezclar alguna impresión exterior con las suyas propias.

—No perderemos el tiempo, Boris. Esa ha sido siempre mi costumbre después de tomar una resolución. Ve a ponerte tu uniforme, y mientras tanto escribiré una carta al Conde. Le diré que me has hecho esta confidencia y me has encargado de llevar a cabo tan ardiente deseo de tu corazón.

Luego añadió:

—Le diré también que depende de esto la felicidad de toda tu vida, y que tu querida madre muestra por tus deseos la mejor simpatía. Por lo que a ti respecta, deberás estar listo para partir dentro de media hora. Cuando Boris se levantó dirigió a su tía estas palabras: —¿Y crees, tía Cathinka, que Athena estará conforme?

Tenía Boris la particularidad de sentir pena por los problemas de los demás. Al ver en el jardín dos de las ancianas que como un rito daban el paseo de la tarde, sintió pena de ellas.

—Athena —seguía diciendo la priora mientras el sobrino se distraía— nunca ha recibido una proposición matrimonial. Dudó que en el año último haya visto otro hombre que al Pastor Rosenqulst jugando al ajedrez con su padre. Además ella ha oído en repetidas ocasiones hablar del brillante matrimonio que supondría casarse contigo, si tú quisieras.

Después de otra pausa añadió:

—Si Athena, querido Boris, no desea casarse contigo, soy yo quien lo deseo y en paz.

Las últimas palabras de la priora quedaron acentuadas con una sonrisa enérgica y dulce al mismo tiempo. Boris le besó la mano en señal de agradecimiento. De súbito se apoderó de él una sensación de fortaleza y astucia terribles, como si tocara una corriente eléctrica. Por su imaginación pasaron muchas ideas y pensamientos confusos. Para sí, pensó: “Las mujeres, cuando tienen suficiente edad para tratar cuestiones de mujeres con independencia, son las criaturas más poderosas del mundo.”

### III

Boris salió de Closter Seven en el landó de la priora. Llevaba la carta junto al corazón y su aspecto era el del héroe ideal del romancero.

Las noticias de su marcha se hablan extendido misteriosamente por el convento, como un incienso que llegara derecha, mente a los corazones de las ancianas.

Dos o tres estaban sentadas al sol en la explanada par\* verle partir, y una particular amiga suya, solterona corpulenta empalidecida por haber estado durante cincuenta años privada de razón, le esperaba de pie Junto al coche para entregarle tres ramos de flores cuidadosamente seleccionadas en su pequeño jardín.

La partida de Boris recordaba a la anciana otra que treinta años atrás el joven a quien amaba con toda su alma, qu<sub>e</sub> luego moriría en Jena.

Una suave melancolía velaba siempre sus ojos, y su dam<sub>a</sub> solía decir de ella: “La Condesa Anastasia lleva una pesada cruz. El amor perdido para siempre es una tortura perenne...”

Aquella partida sin retorno de su amado la habla mantenido con un constante gesto de dolor en su cara pequeña y redonda de niña con ojos azules.

Como si creyese de pronto que volvía a vivir los años lejanos entregó a Boris sus llores con la misma ilusión que si fuera aquel que habla desaparecido tan trágica y

misteriosamente' como si aquellos tres ramos simbolizaran tres hijas que de haber nacido serian ya mujeres casaderas.

Boris habla dejado al criado en el convento. Sabía que estaba enamorado de una de las doncellas de la señora, y en aquellos momentos le pareció que debía mostrar cierta simpatía por los amores como el suyo.

Quería estar solo. La soledad representó siempre para él un motivo de placer, aunque nunca habla tenido oportunidad de disfrutar de ella. Tanto era así, que no recordaba los últimos momentos en que habla podido estar a solas. Cuando no estaba rodeado de personas que cambiaban y confundían el curso de sus pensamientos, fueron esas mismas personas las que le dejaron motivos suficientes y cuestiones con que cansarse el cerebro.

—Ahora'-pensó contento— podré ocuparme libremente de las cosas que más me agraden, sin interferencias de nadie.

La carretera de Closter Seven a Hopballehus subía un desnivel de más de quinientos pies, rodeando un pinar inmenso. De vez en cuando aparecía una explanada sin árboles, desde donde se divisaban las glandes extensiones de tierras que quedaban allá abajo. Al resplandor del sol de la tarde, los troncos de los pinos tomaban un color rojo y el paisaje distante, color azul y oro.

Boris recordaba lo que el jardinero del convento le decía cuando todavía era niño: "Una vez vi una manada de unicornios salir del espeso bosque a pastar en las laderas. Vi también yeguas de color blanco sonrosadas por el sol, pateando nerviosas la hierba, olfateando; la cercanía del viejo semental."

El aire estaba impregnado de olor a pino y a setas venenosas.

Recordaba que una tarde del mes de mayo, no hacia todavía seis meses, se habla sentido dentro del alegre corazón de la primavera, como ahora se sentía caer en el triste corazón del otoño.

En compañía de un amigo suyo habla recorrido durante tres meses distintos puntos de la comarca y visitado lugares donde nadie les habla reconocido. Viajaban en caravana con un pequeño teatro de marionetas. En las aldeas hablan representado ellos mismos algunas comedias. Aquellas noches de primavera el aire estaba lleno de olores dulces y suaves, los ruiseñores mezclaban sus cantos con los de los demás pájaros, la luna alumbraba desde lo alto del firmamento azul y despejado. Llegaron muy cansados a una alquería, en un campo llano y verde. Les dieron para dormir una cama grande, en una habitación que tenía por Único adorno un reloj y un espejo.

Cuando el reloj dio las doce se abrió la puerta de la habitación y entraron tres muchachas muy jóvenes, cada una con su luz en la mano. La noche era tan clara que la luz de sus lámparas quedaba anulada por la de la luna, que entraba por la ventana. Era evidente que aquellas tres jóvenes no tenían noticia de los dos viajeros que reposaban en la cama. Los huéspedes las observaron en silencio, escondidos. Las muchachas, sin mirarse una a otra, "sin pronunciar palabra, se acercaron al espejo y estuvieron contemplándose un buen rato. Luego apagaron las lámparas y con el mismo silencio solemne con que habían entrado se dirigieron a la puerta de la habitación y desaparecieron. Lo último visto por Boris y su amigo fueron los largos cabellos de las muchachas, sueltos sobre los hombros.

Fuera se oía el canto del ruiseñor en unos arbustos, a corta distancia de la ventana.

Los jóvenes recordaron que era la noche de *Walpurgis*, y pensaron que habían presenciado una escena de brujería.

Hacía mucho tiempo que no hacía aquel trayecto. La última vez que recordaba haberlo hecho había sido un día que en compañía de su tía fueron a devolver una visita al anciano conde. Todavía reconocía las curvas de la carretera. Esto le dio pie para reflexionar sobre el cambio de las cosas.

Pasaba por su imaginación, como en cinta cinematográfica, la sucesión ininterrumpida de los días, de las estaciones y de los años. Todo estaba sujeto a continuas mutaciones, y esto le hizo pensar un buen espacio de tiempo. Recordó con tristeza a los jóvenes que habían sobresalido en la Historia por su belleza, su vigor, su don de mando, su corazón o su perfidia.

Pensaba en los jóvenes faraones paseando victoriosos y aclamados a orillas del Nilo; en los sabios de China, con sus vestiduras de seda, leyendo los libros de la sabiduría — Todo aquello era para él muy triste.

Una vuelta de la carretera y una perspectiva abierta entre los pinares le permitieron ver el edificio de Hopballehus, aún a una buena distancia.

El arquitecto de dos siglos atrás había tenido un gran acierto en la construcción de un palacio de proporciones tan adecuadas con la grandeza y majestuosidad de la naturaleza circundante.

“Para una persona que esté ahora allí —pensó— el lando y los caballos, y yo mismo, parecemos una cosa insignificante como una mancha minúscula en la carretera.”

La vista de la casa le volvió a sus pensamientos. Era un lugar fantástico sobre una

meseta, con miles de paseos y avenidas a su alrededor, largas filas de estatuas y de fuentes, todo de estilo barroco. Pero solitario y abandonado, amenazando ruina. Parecía una especie de Olimpo, pero más olímpico si se tenía en cuenta la ruina y desolación que pesaba sobre todo, La existencia en aquel inmenso edificio del conde y su hija tenía, sin duda, algo de olímpico. Allí vivían los dos, pero el empleo que hicieran de las veinticuatro horas del día era un misterio para todos.

El anciano conde, que en sus buenos tiempos fue un excelente y acreditado diplomático, científico y poeta, habla estado absorbido muchos años por un pleito que habla heredado de su padre y de su abuelo. Si lo ganaba, volverían a él las inmensas riquezas y estados que en tiempos pertenecieron a su familia; pero todos sabían que no podía ganarlo y que le estaba llevando a la ruina.

Vivía bajo el influjo de aquellas preocupaciones que, como nubes, oscurecían sus movimientos.

Boris pensaba en qué conocimiento del mundo podría tener la hija. Desde luego, dinero sabía muy bien que no tenía. Tampoco creía que tuviera relaciones sociales, y le extrañarla saber que hubiera oído hablar de amor.

“Dios sabe —se decía—si esta mujer se habrá mirado alguna vez a un espejo.”

El coche se deslizaba ya por la explanada. Habla lugares en que las hojas cubrían las balaustradas y llegaban hasta las rodillas de los corzos en la estatua de Diana. Los árboles estaban pelados; solamente quedaban arriba algunas hojas solitarias. Siguiendo la curva el landó entró en la avenida principal y llegó hasta la casa.

Los rayos del sol poniente parecían haberse rezagado en las insensibles moles de piedra. Boris bajó del landó frente a las escaleras de piedra. Junto a su corazón llevaba la carta que escribiera su tía, y la acariciaba poniendo en ella todo el carillo y afecto de su alma. La casa aparentaba estar totalmente abandonada. Nada se movía dentro ni fuera del imponente edificio.

A Boris le parecía estar acercándose a una catedral.

Por su imaginación pasó este pensamiento:

“Y ahora, ¿qué cosas agradables o desagradables van a suceder?”

## IV

En este momento las grandes puertas se abrieron de par en par y apareció el anciano conde, erecto como Sansón encolerizado a punto de derribar el templo de los filisteos.

Siempre habla tenido una figura impresionante: corto de piernas y con el torso de un gigante; su enorme cabeza, rodeada por una melena de cabello gris e indómito, como de un león.

Pero aquella tarde el aspecto de su rostro y los movimientos de su cuerpo reflejaban a las claras que el anciano estaba bajo los efectos de alguna emoción tremenda.

Durante breves momentos permaneció inmóvil mirando con atención y tratando de reconocer a su visitante, como un gorila ante su guarida, dispuesto para la defensa o para el ataque; luego bajó las escaleras, encaminando sus pasos hacia el joven.

Boris estaba perplejo y confundido en aquellos momentos.

No sabía cuáles serían las reacciones del conde, y su corazón estaba envuelto en dudas.

“Dios mío —pensaba mientras el anciano bajaba las escaleras—. Tal vez este hombre lo sepa todo y sus intenciones sean las de matarme.”

Echó una mirada a la cara del conde y la creyó expresiva de un triunfo salvaje; sus ojos ardían como ascuas, y en ellos pretendió leer Boris una satisfacción infinita.

Pronto sintió el abrazo del anciano, y su cuerpo que temblaba contra el suyo.

Habla conocido al joven desde su infancia, y Boris recordaba que habla sido siempre muy querido por él.

—Boris —gritó—, Boris, hijo mío. Bienvenido, bienvenido seas a esta casa y en este día.

A continuación añadió:

—¿Lo sabías ya?

—Lo sabía —dijo Boris.

—He ganado el pleito. He ganado en Polonia. Lariki, Lipnika, Pamov Grabovo son ya mías, como lo fueron de mis antepasados.

Boris le estuvo mirando irnos segundos. Luego dijo lentamente, haciendo ver con sus palabras que le embargaba una profunda emoción: —Me alegro y le felicito de todo corazón. Si he de decirle verdad, esta noticia es para mí tan extraordinaria como inesperada.

El conde le dio las gracias y le mostró la carta de su abogado, terminada de recibir, que aún tenía en la mano. Mientras hablaba con el joven lo hacía, al principio, lentamente, buscando las palabras, como hombre sin hábito de la conversación, pero a medida que hablaba iba recobrando su antigua voz y la forma peculiar de expresarse con que en tiempos pasados habla encantado a tantas personas.

—Tú no puedes sentir por las criaturas una pasión tan grande qué devore tu corazón y tu alma. Tal vez no puedas sentir tampoco por ninguna cosa que no sea capaz de amarte a cambio. Sólo aquellos jefes que han amado a sus ejércitos, señorea que han amado a sus tierras, pueden hablar de pasión. Dios mío, yo he tenido sobre mí el peso de toda la tierra de Hopballehus dio un gran suspiro.

—Pero esto es la felicidad.

Boris comprendió que no era el pensamiento de haber recuperado sus riquezas lo que embargaba el alma de aquel anciano, sino el triunfo del bien sobre el mal, de la verdad sobre la mentira. En su rostro parecía estar concentrada toda la rectitud y justicia del universo.

Comenzó a explicar el juicio minuciosamente, sin quitar la mano que tenía puesta sobre el hombro de Boris, y éste se dio pronto cuenta de que le había dado la bienvenida cordial un buen amigo a quien debía escuchar.

—Pasa, pasa, Boris —le dijo—. Beberemos los dos juntos una copa del vino que yo he guardado para este gran día. Está aquí nuestro Pastor, a quien mandé llamar para que me hiciera j compañía, ya que no sabía nada-de tu venida a esta casa.

En el recibimiento, ricamente adornado de mármoles negros, habla un rincón con sillas y una mesa cubierta con libros y papeles del conde.

Presidiendo había un cuadro ennegrecido por el tiempo, retrato ecuestre de un antiguo señor de la casa. El jinete apuntaba con un rollo de papeles a un campo de batalla dibujado a distancia bajo el vientre del caballo.

El Pastor Rosenquist, un hombre bajo de mejillas sonrosadas, que durante muchos años había sido director espiritual de la familia y a quien Boris conocía muy bien, estaba sentado en tina de las sillas sumido, aparentemente, en pensamientos profundos. Los acontecimientos del día habían perturbado las teorías del Pastor, cosa que para él constituía un desastre mayor que si se hubiera quemado la rectoría. Durante toda su vida había sufrido las consecuencias de la pobreza y de los infortunios, y con el transcurso del tiempo se había resignado a vivir bajo un sistema de contabilidad espiritual, según el cual las aflicciones terrenas representaban una inversión segura y eficaz para el otro mundo. Su valor y méritos personales los había dejado aparte, teniéndolos en poca estima, y todos sus esfuerzos los había dedicado a contabilizar los reveses de fortuna del conde. Muchas veces le había alentado con el pensamiento de que era un favorito del Señor y que sus tesoros se estaban acumulando en la Nueva Jerusalén.

Ahora estaba inquieto y no sabía en qué pensar. Buscó consuelo en el libro de Job, Toda la cuestión estaba, a su juicio, en la clase de dádivas que, según el *Eclesiastés*, destruyen el corazón, y su pensamiento especulaba con el convencimiento de que podía separarse de aquel hombre que estaba, con haber ganado el pleito, en mal camino para acrecentar sus tesoros en el Cielo.

Después que abrió una botella el anciano dijo con emoción, mirando a sus Invitados: —Ahora quisiera que mi padre y mi abuelo estuvieran aquí con nosotros, sentados Junto a esta mesa, bebiendo de este vino. Algunas veces, durante mis largas horas de insomnio, he sentido como si ellos estuvieran en vela conmigo desde sus tumbas.

Todavía de pie, levanté su vaso.

—Pero me hace feliz que sea precisamente el hijo de Abunde —era éste el nombre de la madre de Boris— quien se siente y beba conmigo esta noche.

Acarició con ternura la mejilla de Boris, y su rostro mostró una bondad y una cordialidad que había estado desterrada de sus facciones durante muchos años; el muchacho agradeció entrañablemente aquel gesto del viejo conde para con él.

Se volvió al Pastor y le dijo:

—Y también me alegra la compañía de nuestro buen Pastor, que tantas lágrimas de simpatía ha derramado en esta casa.

La manera de expresarse del anciano aumentó la intranquilidad del Pastor. Le parecía que solamente un corazón frívolo y mundano podía moverse con tanta facilidad en un ambiente totalmente nuevo, olvidando tan deprisa el antiguo.

Educado en un sistema de exámenes y de oposiciones, no estaba preparado para comprender a una raza criada sobre las leyes del azar y de la guerra, adaptada a lo imprevisto y acostumbrada a lo inesperado; una raza para la que el estar seguro de algo no significaba lo más importante de las cosas.

De nuevo vinieron a su mente palabras de la Sagrada Escritura:

—Sí, sí —dijo sonriente—. El agua se cambió en vino en una ocasión. Pero sabéis que nuestros aldeanos dicen: “Los hijos engendrados por el vino terminan malamente”. Por este motivo debemos tener recelos de que nuestras esperanzas sean engendradas por el vino. Aunque esto —añadió en seguida—, naturalmente, no es aplicable a los hijos de las bodas de Caná a que me estaba refiriendo.

—En Lariki —dijo el conde— hay colgada del techo una trompa de caza pendiente de una cadena de hierro. El abuelo de mi abuelo era un hombre de fuerza hercúlea. Por las tardes, cuando llegaba a la puerta, acostumbraba a coger la corneta desde el suelo sin ayuda de nadie. Me he dado cuenta tarde de que pude hacer lo mismo. — Luego añadió, pensativo: —Tal vez Athena pueda hacerlo...

De nuevo llenó los vasos. Luego preguntó a Boris, admirando su uniforme como si su llegada hubiera sido una hazaña: —¿A qué se debe tu venida a esta casa? ¿Qué te trae a Hopballehus?

Boris sentía la franqueza del anciano reflejada en su propio corazón, como el firmamento se refleja en el océano.

—He venido aquí —dijo— para pedir la mano de Athena

El anciano le dirigió una larga mirada.

—¿Para pedir la mano de Athena? —exclamó—. ¿Has venido para pedir la mano de Athena?

Estuvo un rato en silencio, conmovido. Luego dijo:

—Los caminos de Dios son extraños y sus designios, inescrutables.

El Pastor Rosenquist estaba nervioso, como si estuviera poniendo en orden cuentas y cálculos meticulosos.

Cuando el conde habló de nuevo parecía cambiado. El aleo, no le había hecho efecto y daba la sensación de haber recogido en sus manos las fuerzas todas de su

naturaleza. Su equilibrio le habla dado fama cuando siendo diplomático en París tuvo un duelo a pistola en el entreacto de su primera tragedia, “La dina”, el día del estreno.

—Boris, hijo mío —dijo—. Tú has venido a cambiar mi co— razón. Habla vivido con la mirada en el pasado, en espera de esta victoria. Es éste 'el primer momento que dedico al futuro. Veo que debo bajar del monte para caminar por el llano. Tus palabras me han abierto una gran perspectiva. ¿Qué voy a ser ahora? ¿Patriarca de Hopballehus dedicado a coronar doncellas virtuosas en la aldea? ¿Abuelo ocupado en plantar manzano«? ¡Ave, Hopballehus. *Naturi te salutem!*

Boris se acordó de la carta de la priora y explicó al anciano por qué se habla detenido en Closter Seven. El conde preguntó por la salud de la anciana priora, y ávido de toda clase de papeles y documentos se puso las gafas y quedó absorto leyendo la carta. Boris apuró su copa lleno de satisfacción y felicidad.

Durante la última semana habla llegado a dudar si la vida le depararla alguna cosa agradable. Su recibimiento y acogida en la casa del conde fue una muestra inequívoca de que la suerte estaba ahora a su lado.

Cuando el conde hubo terminado de leer, bajó la carta hasta sus rodillas entre las manos.

Estuvo en silencio durante un largo rato.

Al fin dijo, con palabra solemne y lenta:

—Hijo mío, te doy mi bendición y mi consentimiento. Te doy mi consentimiento y mi bendición, considerándote primero como hijo de tu padre y de tu madre, y en segundo lugar, como el Joven que ha amado y perseverado durante tanto tiempo a pesar de todo y de todos. En tercer lugar, Boris, tengo la sensación, y es muy difícil que yo me equivoque, de que has sido enviado aquí por unas manos más fuertes que las de tu firme voluntad.

Una larga pausa en silencio siguió a las palabras del conde. El Pastor estudiaba con cuidado los acontecimientos, sin atreverse a emitir Juicio alguno sobre el particular. Boris estaba emocionado y esta sublime emoción le impedía hablar.

—Te entrego con Athena la llave de todo mi mundo. Athena —repetía, como si recibiera una alegría especial al pronunciar el nombre de su hila— es como una trompa de caza en mitad de una selva.

Como si algún triste recuerdo de su Juventud hubiera venido de pronto a él, añadió casi en un susurro: - *Dieu, que le ton du cor ett triste au fond du boi*».

## V

Mientras duró la conversación, fuera se había levantado un fuerte viento, a pesar de que el día habla estado sereno y apacible.

La tempestad habla llegado con la oscuridad como un animal durante la noche. Silbaba el viento contra las paredes y aleros de la casa y hacía volar las hojas secas caldas en el suelo.

Se oyó a Athena cruzar la explanada y alcanzar corriendo la escalera.

El anciano tenía sus ojos fijos en la cara de Boris. Como si le alarmara algo que él mismo no comprendiese, dijo al Joven: —No le hables esta noche de eso. Tienes que comprender: nuestro amigo el Pastor, Athena y yo hemos pasado muchas tardes Juntos en este mismo lugar. Hoy también deseamos estar los tres Juntos para recordar el pasado y pensar en el futuro risueño que se nos avecina. Deja este asunto a mi cuidado. Yo le hablaré oportunamente. Y tú, querido hijo, vuelve a Hopballehus mañana por la mañana.

A Boris no le parecieron mal las palabras del viejo conde. Cuando el anciano terminó de hablar, entró su hija, todavía con la capa sobre los hombros.

Athena era una muchacha fuerte. Tenía dieciocho años y medía seis pies. Sus proporciones eran hercúleas, y se vela en seguida que podría muy bien levantar un saco de trigo.

A los cuarenta años estaría ya enorme, pero era demasiado Joven para estar gorda.

Bajo el cabello, su noble frente lucía blanca como la leche; más abajo, su cara aparecía cubierta de pecas igual que una muñeca. Era muy rubia y muy blanca de piel. Sus ojos claros tenían un cerco oscuro alrededor del iris, como los ojos de las leonas o las águilas; por otra parte, su semblante era pacífico, y su cara redonda tenía la expresión de reserva que suele ser habitual en las personas torpes de oído.

Athena había vivido y se habla criado en un ambiente donde se quemaba

constantemente incienso en homenaje a la hermosura femenina.

Parpadeó un poco por efecto de la luz y por la inesperada presencia del forastero. Verdaderamente, Boris, con su uniforme blanco de gala, su cuello alto dorado, sus rizos que formaban como un halo a su cabeza, era como un meteoro extraño en la sala en penumbra.

Segura de sí misma permaneció de pie (sobre un solo pie según era su costumbre habitual) y preguntó a Boris por su tía y las ancianas de Closter Seven. Athena conocía poca gente pero por aquellas ancianas que la hablan aconsejado en tanta«ocasiones y la hablan dispensado su cariño, sentía, como Borla sabía bien, la misma admiración y respeto que siente un niño por los volatineros vestidos con brillantes ropajes de lentejuelas, trotamundos de feria en feria.

Sin embargo, las ancianas estaban disgustadas por las maneras poco románticas de la Joven.

Boris pensaba, mientras hablaba con ella:

“Si se casa conmigo será susceptible y se impresionará con mi modo de entender la vida.”

El anciano no apartó la mirada de Boris y su hija cuando ambos estuvieron hablando. Le complacía la voz de Boris, dulce y agradable como una canción. Athena pidió a Boris que dijera, a la priora que había visto a su mono, pocas noches antes, en la explanada de Hopballehus, sobre el zócalo de la estatua de Venus, en el mismo lugar de un pequeño Cupido ahora roto.

Hablando del mono le preguntó si no le parecía curioso que el abogado de su padre en Polonia tuviera un mono de la misma raza que el de la priora, traído también de Zanzíbar.

El conde comenzó a hablar de los ídolos de Wenden, de cuyo país era originaria su familia, entre los que la diosa del amor tenía cara de mujer hermosa, con espalda de mono. El anciano conde lo comentó con estas palabras: —¿Cómo llegaron los monos al conocimiento de estas tribus salvajes nórdicas? ¿Es posible que hace mil años vivieran monos en las sombrías selvas de pinos de la fría región de Wenden?

El Pastor Rosenquist intervino Inmediatamente para contestar:

—No. Eso no es posible. Aquellas regiones son y han sido siempre muy frías. No es posible que en aquellos bosques pudieran vivir monos. Son animales muy sensibles a

los efectos del clima. Pero se me está ocurriendo una idea, que tal vez venga a explicar en parte las razones por que aquella gente tenía conocimiento de los simios. Existen ciertos símbolos comunes entre los paganos. Sería interesante un estudio a fondo de este tema. Tal vez esté ligado a la idea del pecado original.

—Pero, ¿cómo sabían —arguyó Athena—, ante la diosa del amor, cuál era el pecho y cuál la espalda?

Boris se despidió. El anciano conde parecía estar apesadumbrado porque Boris se marchaba. Le parecía que estaba portándose con demasiada severidad. Lamentó el mal tiempo que hacía en Hopballehus, sostuvo unos momentos entre la suya la roano de Boris, y dijo a Athena que le acompañara hasta el coche.

Por otro lado, el Pastor Rosenquist se sentía complacido con la marcha de una persona que tenía aspecto de ángel sin serlo.

Athena acompañó a Boris hasta la explanada. Su capa, agitada por el viento, proyectaba sobre el piso de grava extrañas sombras, como grandes alas.

Boris sentía verdadera pena por abandonar Hopballehus. Aquel lugar le recordaba los años de su infancia y lo encontraba todo infinitamente mejor que la vida monótona que había en el convento. Estuvo en silencio junto a Athena. En el cielo despejado se velan algunas estrellas. Boris preguntó a Athena: —¿Has pensado alguna vez en las cacerías de osos? No se permite a los niños tomar parte en ellas. Una vez estuve en una de esas cacerías presididas por el conde, tu padre. Murieron dos perros en lucha terrible y peligrosa. Nunca podré olvidar cuando la bestia herida de muerte huía entre los pinos y los helechos, su mirada furiosa fija en sus perseguidores, hasta que finalmente cayó al suelo en un charco de sangre.

Athena contestó, con los ojos en las estrellas:

—Sí, he oído hablar de esas cacerías. La que más me ha llamado la atención es la de la osa que los aldeanos llamaban “Emperatriz Catalina”. Devoró a cinco hombres.

—¿Eres aún revolucionaria, Athena? —preguntó Boris—. En cierta ocasión querías cortar la cabeza de todos los tiranos.

El color pálido de la cara de Athena se acentuó.

—Sí... He leído la Historia de la Revolución Francesa. Me gustaría ver donde estuvo instalada la guillotina.

Luego recitó unos versos, dando el énfasis conveniente a cada palabra:

*"O Corsé a'cheveux plats, que la France était beUe au grand soleil de Messidor"...*

Boris no pronunció ninguna palabra, ni hizo comentario alguno cuando Athena terminó su recitado.

Cuando Boris salió de Hopballehus soplaban un fuerte viento. La luna corría por el firmamento entre nubes débiles, y el aire era frío, casi helado. Los faroles del landó iluminaban los árboles, y las sombras se movían a lo largo de la carretera. Una rama seca cayó abatida por el viento frente de los asustadizos caballos.

Su pensamiento volvió a los tres que estarían en Hopballehus, y no pudo menos de soltar una carcajada.

A medida que se iba alejando vela en el fondo del valle las luces que se movían como jugando con él; aparecían entre los árboles, y luego desaparecían. Un numeroso grupo de luces apareció de pronto: las de Closter Seven.

Súbitamente tuvo la idea de que algo no iba bien. Extraño poder parecía ejercer influencia sobre él aquella noche. La sensación era tan fuerte, tan clara, tan distinta, como si una mano helada pasara sobre su piel. Su cabello se erizó. Durante unos minutos estuvo afectado por un temor extraordinario.

En tan extraña turbación de la noche y de la vida de las cosas muertas a su alrededor, se sintió, con su landó y sus caballos negros, absurdamente pequeño e inseguro.

Cuando entró en la gran avenida que conducía a Closter Seven vió, a la luz de los faroles, el brillo de dos ojos vivos y penetrantes, que desaparecieron de repente, dejando detrás una pequeña sombra que corrió por la carretera a ocultarse en la espesura del arbolado del convento.

Al llegar supo que la priora se había acostado ya. Le he servida la cena en el comedor particular de su tía, que habla sido decorado de nuevo últimamente. Antes, las paredes estaban blanqueadas, tal vez desde hacía más de cien años. Ahora hablan sido empapeladas con dibujos representando escenas orientales. Una joven bailaba bajo una palmera golpeando un tambor mientras los hombres, con turbantes rojos y azules y largas barbas, la —contemplaban. Un mandarín presidía un tribunal de justicia bajo un dosel dorado; y una partida de caza precedida por galgos negros cruzaba una pared.

La priora había hecho desaparecer los candelabros antiguos, sustituyéndolos por lámparas de porcelana azul decoradas con claveles rojos.

En aquella habitación cenó Boris solo. Echó una mirada por la ventana. El viento seguía silbando en el exterior, pero la noche desagradable quedarla oculta bajo las cortinas.

## VI

La tía y el sobrino desayunaron juntos. De vez en cuando contemplaban sobre el samovar de plata sus caras curiosamente deformadas. También veían un pequeño sol, pues el día que siguió a la noche de la tormenta apareció claro y sereno.

El viento se habla marchado a otras regiones, dejando los jardines de Closter Seven completamente desnudos.

Boris contó a su tía los acontecimientos de Hopballehus, y ella escuchó con gran contento y profundo interés las noticias de los éxitos de su antiguo amigo, y apenas si pudo refrenar su imaginación desbocada tras las glorias futuras del muchacho.

—Creo, querido —dijo—, que ahora Athena deberá viajar y ver algo del mundo. Cuando yo tenía su edad, papá me llevó a Roma y París, y tuve ocasión de conocer y de saludar a muchas celebridades. Es sin duda motivo de placer para un padre anciano poder acompañar a una hija a esos lugares y enseñarle algo de la vida...

—Así es —dijo Boris mientras se servía más café—. Ayer me dijo que quería visitar París.

—Naturalmente —dijo la priora—. La chica no ha tenido un sombrero de París en su vida... En Lariki hay espléndidas ocasiones para la cacería. Abundan los osos y los Jabalíes. Me imagino a mi querido sobrino practicando este bello deporte.

En Lipnika la bodega está provista de un “Tokay” que regaló la propia emperatriz María Teresa a uno de los antiguos señores. Athena lo servirá con generosa mano.

Mientras los dos hablaban sobre las posibilidades de un futuro feliz, el anciano Johann entró con dos cartas que hablan llegado al mismo tiempo, si bien una de ellas, dirigida a la priora, venía por correo, y la otra, dirigida a Boris, a manos de un

lacayo de Hopballehus.

Boris, al levantar la vista, tras haber leído algunas líneas, observó la sonrisa que se dibujaba en la cara de la anciana.

“Estoy seguro —pensó Boris— de que esa sonrisa va a desaparecer tan pronto como se entere del contenido de esta carta.”

La carta del conde decía lo siguiente:

*"Te escribo, mi querido Boris, para participarte que Athena se niega rotundamente a acceder a tu petición. Cojo mi pluma sumido en una pena profunda. Me han dado ganas de cubrir mi cabeza con cenizas, siguiendo el ejemplo de los antiguos.*

*"Tengo que decirte que mi hija ha rechazado tu uniforme, ese mismo que la noche última me pareció el que coronaría las mercedes que el destino está enviando a mi casa. Seguramente no siente repugnancia particular por esta alianza, pero me ha dicho que nunca se casará y que le resulta imposible pensar sobre esta cuestión.*

*”En cierto modo, es justo que sea yo quien escriba esta carta, ya que la culpa es mía y la responsabilidad pesa sobre mi.*

*”Yo que he tenido en mis manos esta vida joven, he hecho de su juventud la antesala de mi sepulcro. Sus años de fuerza y lozanía serán para mí jornadas que me llevarán a la sepultura. A mi y a mi, descendencia... Paso a paso, a medida que he ido decayendo, su hombro ha sido mi apoyo y nunca me ha fallado.*

*”Los aldeanos de nuestra provincia dicen un adagio sobre que ningún niño nacido de legítimo matrimonio puede mirar al sol cara a cara, y sólo los bastardos pueden hacerlo. ¡Ahí ¡Hasta qué punto es mi pobre Athena mi hija legítima, la legítima hija de mi raza y de su destino! Tanta es la distancia que le separa de poder mirar al sol, que no tiene miedo a la oscuridad y sus ojos se lastiman con la luz. He hecho de mi joven paloma un pájaro de la noche.*

*”Ella ha sido para mi di mismo tiempo hijo e hija, y en mi imaginación la he visto muchas veces vistiendo las antiguas armas de Hopballehus. Ahora me he dado cuenta, demasiado tarde, que no lo estaba usando como San Jorge contra los dragones, sino como Azrael, ángel de & muerte de nuestra casa.*

*”Verdaderamente se ha encerrado dentro de sus idea» y creo que en toda su vida no cambiará de opinión.*

*"Nunca he faltado contra el pasado, y ahora me estoy dando cuenta de que he pecado contra el futuro. Sobre la tumba donde descansará en su día Athena colocaré coronas de flores por aquellas generaciones que no han nacido ni nacerán, y en cuya cara he contemplado, querido hijo, a tus descendientes. Al pedirte perdón, lo pediré también a la energía, el talento y la belleza de los laureles y los mirtos perdidos... Las cenizas que yo derramo sobre mi cabeza serán las tuyas" ...*

Boris entregó la carta a la priora sin pronunciar palabra. Luego apoyó la barbilla en la mano, observando las reacciones de su tía. Se puso tan pálida y demacrada que temió que fuera a desfallecer. De pronto le subieron al rostro colores como llamas) tal como si alguien la hubiera golpeado con un látigo.

Se sabe que el rey Salomón encerró a los demonios más destacados en botellas, las selló y las envió a los abismos del mar. Allí, en las profundidades de las aguas, su furia se hizo impotente.

“Cosa parecida —pensó Boris— podría ocurrir con la lucha sorda en el pecho de la anciana, sellado también con la cera salomónica de la educación.”

Probablemente la vista le falló y el damasco rojo del salón se tornó negro para sus ojos, pues dejó la carta antes de terminar su lectura.

Con voz ronca y apenas perceptible dijo:

—¿Qué es esto?

Hizo un gesto despectivo, levantó la mano derecha y movió en el aire su dedo índice tembloroso. Luego exclamó: —¡No se casará contigo!

Boris repitió, tratando de llevar algún consuelo a su tía:

—No se casará, tía.

La priora hizo una mueca de desprecio y a continuación dijo:

—¿No? ¿Es acaso Diana? ¿No habrás hecho un poco el papel de Acteón, mi pobre Boris? Además, todo lo que le has ofrecido, posición, influencia, un futuro risueño y feliz, todo esto, ¿no significa nada para ella? ¿Qué es lo que piensa ser, cuáles son sus aspiraciones?

Miró a la carta, que en su aturdimiento había puesto al revés.

—¿Acaso piensa ser figura de piedra sobre un sarcófago y estar siempre en la oscuridad y el silencio? Aquí tenemos una virgen fanática *en plein dixneuvième siècle*. *Vraiment tu n'a; pas de la chance!*

Luego concluyó:

—Aquí no hay ningún *horror vaccui*.

—La ley del *horror vaccui* —intervino Boris atemorizado, con el buen deseo de distraerla—, no surte efectos más que hasta los treinta y dos pies.

—¿Hasta cuánto? —preguntó la Piora.

—Treinta y dos pies.

Se encogió de hombros. Volvió sus ojos hacia él, tiró de la carta que habla recibido por correo y estaba medio metida en su bolsillo de seda y la echó al suelo. A continuación habló lentamente: —Ella no tiene nada ni tú le darás nada. Con toda mi modestia, creo que estáis en paz. Yo misma, después de darte mi bendición no tengo nada que hacer. Esto estaba ya entre las normas de mis antepasados: “Donde no hay nada *le Seigneur a perdu son droit*.” Y tú, Boris, debes volver a la Corte, a la reina y su capellán...

Estas palabras impresionaron más a la anciana que al sobrino. Quedó sumida en un profundo silencio. Boris comenzaba a sentirse molesto y deseaba acabar la conversación. Pronto se dio cuenta de que lo que su tía quería era verle sufrir. Era su condición. Cuando se encontraba feliz y a gusto deseaba que todas las personas a su alrededor estuvieran también tranquilas y dichosas. Ahora, torturada, precisaba rodearse de gente también dolorida y triste. Tenía aliados en todas las circunstancias. Boris no se había dado cuenta total de lo que significaba para él la negativa de Athena. Si la anciana machacara sobre este asunto lo único que conseguiría sería echar de nuevo sobre el joven todas las preocupaciones de la semana pasada.

La priora se levantó de súbito, y se acercó a la ventana como si fuera a arrojarse por ella.

En medio de su pena, Boris no podía apartar su pensamiento de las otras dos personas que con Athena formaban la trinidad en Hopballehus.

Tal vez Athena estuviera paseando por los pinares de Hopballehus, con rostro tan descompuesto como la anciana que estaba con él en Closter Seven. En su mente se

vió vestido con el uniforme blanco, como una marioneta cuyos hilos fuesen tirado alternativamente por la anciana y la joven. ¿A qué se debía que las cosas significaran tanto para ellas? ¿Qué clase de fuerzas tenían para preferir la muerte a la rendición?

Muy probablemente, él mismo tenía tantos deseos de este matrimonio como nadie, pero aún no habla crispado sus manos ni perdido su facultad de hablar. La priora volvió de la ventana y se acercó a él. Estaba totalmente cambiada y en ella no se veían ya sino los restos de una rabia ya pasada.

Parecía venir a coronar a su sobrino.

Parecía hasta más ligera en sus movimientos, como si hubiese arrojado por la ventana algún peso y flotara graciosamente una pulgada por encima del suelo.

—Querido Boris —dijo—. Athena todavía tiene corazón. Debe ver a su antiguo compañero de juego de la infancia, darle un» oportunidad de hablar y contestarle por su propia boca y por sus propias palabras. Todo esto se lo diré en una carta que enviaré inmediatamente. La hija de Hopballehus tiene sentido del deber. Vendrá.

—¿Adónde? —preguntó Boris.

—Aquí —dijo la priora.

—¿Cuándo? —preguntó Boris mirando despreocupadamente a los lados.

—Esta tarde, a la hora de la cena —dijo su tía.

Reía la priora con sonrisa afable, menuda y juguetona, y su boca parecía cada vez más pequeña, como una rosa en capullo —Athena —dijo— no abandonará Clover Seven, mañana sin...

Hizo una pausa corta. Miró a la derecha y a la izquierda y luego dijo:

—Sin ser nuestra.

Boris la miró. Su cara era fresca como la de una muchacha.

—Mi querido hijo —exclamó presa de pasión profunda y noble—. Nada ni nadie podrá interponerse en el camino de tu felicidad.

## VII

Esta cena marcó un hito y dio origen a muchos comentarios. Fue servida en el comedor de la priora. Grupos de hombres orientales y danzarinas contemplaron el banquete desde las paredes.

La mesa estaba adornada gustosamente con camelias del naranjal. Sobre el mantel blanco como la nieve y entre los finísimos vasos de cristal destacaban las antiguas copas de color verde que despedían delicadas sombras como el espíritu de un pinar.

La priora vestía túnica de tafetán gris con encajes originales; tocaba su cabeza con un sombrero de encaje blanco, y sus pendientes, diamantes y broches sobresalían con brillo singular.

“La heroica fortaleza de alma —pensó Boris— de las mujeres entradas en años para aparecer hermosas y atrayentes equivale a la fortaleza del hombre recto que trabaja con toda su voluntad aun después de perdida toda esperanza de recompensa por su trabajo.”

Los platos fueron exquisitos. Entre ellos, las famosas carpas de Closter Seven, cocinadas y servidas de forma que constituía i una especialidad secreta del convento.

El anciano Johann servía vinos en abundancia, y antes de que hubieran llegado al mazapán y la fruta los convidados, una anciana, una doncella y un amante rechazado, tenían todos unas copas de más.

Athena estaba borracha en el recto sentido de la palabra. Habla bebido poco vino en su vida y nunca habla probado el champán, y con la abundancia de bebidas que la priora habla ordenado servir la joven no fue capaz de sostenerse sobre sus piernas. Tenía detrás una larga fila de antepasados que en sus tiempos hablan soportado todo el peso de las mesas de roble de la provincia, y ahora vinieron en ayuda de aquel vástago de la raza.

El vino se le subió a la cabeza. Sus mejillas adquirieron un color sonrosado, sus ojos se tornaron alegres y se soltaron las fuerzas de su naturaleza. En su ánimo penetró una sensación de invencibilidad, como un joven capitán entre el fuego enemigo, lleno de valor y moral.

Boris, que sabia beber más y mejor, y que hasta el final permaneció sobrio, estaba borracho de modo más bien espiritual.

Lo más profundamente arraigado en la naturaleza del joven era su pasión por los escenarios en todas sus formas.

Su madre tuvo la misma pasión y hubo de sostener duras luchas con sus padres, en Rusia, por su incontenible deseo de dedicarse al teatro. Su hijo no tenía necesidad de luchar ni discutir con nadie. Para él no constituían una necesidad las tablas y luces del proscenio, porque llevaba dentro de sí, en su corazón\* el teatro mismo.

Cuando era todavía niño representó en teatros de aficionados diversos papeles de señoras; al famoso director de escena Paccazina se le calan las lágrimas viéndole interpretar el papel de “Antígona”. El teatro era su vida. Cuando no podía actuar en los escenarios estaba desconcertado y molesto. Sólo cuando Interpretaba algún papel se encontraba contento. No eludía representar papeles trágicos, y estaba siempre dispuesto a Intervenir en alguna obra sentimental si alguien se lo pedía.

Había algo en su forma de pensar que molestaba a su madre, a pesar de sus antiguas simpatías y afición al teatro. Tenía —sospechas bien fundadas de que su hijo renunciarla en cualquier momento a la brillante carrera de oficial.

“Le conozco muy bien —pensaba— y sé que está dispuesto a abandonarlo todo por el teatro. He pensado incluso que «ate hijo llegará a representar papeles trágicos en la vida real, si abandona su brillante carrera.”

En muchas ocasiones quiso gritarle:

“¡Oh!, hijo mío Estimas en muy poco a la impopularidad, el exilio y la muerte...”

Esta noche Paccazina se hubiera deleitado con él. Nunca habla actuado mejor. Aparte de la gratitud y reconocimiento a su madrina, se propuso actuar lo mejor que le fuera posible. Se colocó su disfraz con sumo cuidado, cambiando su uniforme por un traje negro que consideró más apropiado a su papel. Siempre habla preferido el de amante desgraciado al de amante feliz. El vino le ayudó como le ayudaron sus compañeros de representación, incluyendo al viejo Johann que mostraba un discreto aire de felicidad Ya estaba en las tablas, el telón se habla alzado, todo momento era precioso, no necesitaba apuntador.

Cuando vió a Athena sintió complacencia por su *jeune première* de la noche. Ahora que estaban juntos sobre el escenario, la leyó como un libro.

Comprendió perfectamente la honda impresión que causara en el ánimo de la muchacha su proposición. No la habla halagado en absoluto, y probablemente en el momento que su padre le confió el motivo de la visita de Boris se pondría airada y

rabiosa. El hecho de que algún ser humano penetrara en el orgulloso aislamiento de su vida la conmocionó. El estaba de acuerdo con ella sobre esto. Habiendo vivido toda su vida con gentes que nunca estaban solas, se hizo sensible al ambiente de soledad de Athena.

A veces le había acontecido estar por la noche completamente solo, soñando, no en cosas o personas familiares y conocidas, sino en escenas y gentes de su propia creación. Luego acariciaría el recuerdo de aquellas noches y aquellos sueños.

Lo que en este momento aturdió y preocupaba a la joven era que el enemigo se estaba acercando a ella de manera suave y que el ofensor estaba pidiendo consuelo. Cuando Boris se percató de los sentimientos que bullían en la mente de Athena, acentuó más la suavidad y la tristeza de su comportamiento.

Era a esto a lo que temía Athena, por creer que en ello había una extraña e irresistible atracción.

“Es dudoso —pensó Boris— que haya venido esta noche a Closter Seven por móvil alguno, a no ser por temor. Pero, ¿de qué o por qué va a estar atemorizada? ¿Acaso será por buscar la felicidad de mi tía y yo?”

La súplica que hacía Athena era la siguiente:

—Líbrame, Señor, de tener éxitos en la Corte, de ser una novia feliz y de ser madre de una familia numerosa.

Boris, como actor trágico de alto nivel, le aplaudió.

Por la cara de la priora, Boris comprendió que sobre la muchacha estaba impreso algún peligro desconocido. Anteriormente la anciana había sido su amiga, aunque amiga severa. La mayoría de las cosas que la muchacha habla dicho o hecho hablan caído mal en el convento, y ella se habla dado cuenta de que la anciana priora en forma benevolente habla querido ganarla para su causa. Esta noche los ojos de la anciana se posaban sobre ella con dulce contento. Athena recibió sonrisas tan dulces y halagadoras como caricias.

Esta dase de incienso ofrecido a ella individualmente era tan desconocida para Athena como el champán que por primera vez vió sobre la mesa, y como ahora se vela rodeada de todos sentía dificultad al respirar en el comedor comfortable de Closter Seven, y llegó a tener dudas de que la puerta que había detrás de ella estuviera abierta para en un momento huir a los montes de Hopballehus.

Boris, que sabía mucho, levantó sus pestañas, suaves como hojas de mimosa, y fijó la vista en su rostro. ¿No le había llamado su propio padre pájaro nocturno? ¿No había dicho que sus ojos se lastimaban con la luz?

Ahora iba él mismo, lentamente, caminando de espaldas a ella. Llevaba una especie de candelabro que lanzaba destellos sobre su sombra. Parpadeó un poco ante la luz, pero siguió.

La priora estaba embriagada de gozo y alegría interna y secreta, misterio para los dos convidados de aquella noche.

Johann iba retirando los platos de la mesa. Los lujosos adornos de las paredes, de estilo oriental, parecían reflejar sobre todo el amplio salón una luz y un resplandor extraños.

Hubo momentos en que nadie se atrevió a hablar. El silencio era ininterrumpido únicamente se oía el ruido de la vajilla, al ser retirado de la mesa por Johann.

La cena habla terminado.

La anciana miraba a Boris y a la hija de su vecino de Hopballehus.

De vez en cuando pasaba su pañuelo de encajes, pequeño y delicadamente perfumado, por su boca o por sus ojos.

## VIII

—Mi bisabuela —dijo la priora en el curso de la conversación— fue, durante su segundo matrimonio, embajadora en París, donde vivió veinte años durante la Begencia. Escribió en sus memorias que durante la Navidad de 1727 la Sagrada Familia vino a París y permaneció allí doce horas. Todo el establo de Belén fue trasladado misteriosamente; hasta di pesebre y los cacharros en que San José preparaba bebida para la Santísima Virgen fueron trasladados al jardín de un pequeño convento, llamado del Espíritu Santo. También fueron transportados el buey y el asno, juntamente con la paja y el suelo. Cuando las monjas transmitieron la noticia del milagro a la Corte de Versalles, las autoridades prohibieron su difusión. El regente fue con gran pompa, con todas sus joyas, en compañía de su hija la duquesa de Berry, del cardenal Dubois y de un número muy reducido de señoras y

caballeros de la Corte, a rendir homenaje a la Madre de Dios y a su santo Esposo.

La narración de la priora atrajo poderosamente la atención de los dos jóvenes: —Mi bisabuela fue autorizada, debido a la estima en que se le tenía en la Corte, a unirse a la comitiva como única extranjera, y conservó hasta los últimos momentos de su vida el manto de brocado y el vestido de cola que vistió en aquella ocasión.

"El regente quedó profundamente conmovido ante aquellas nuevas. A la vista de la Santísima Virgen entró en un éxtasis extraño. La belleza de la Madre de Dios era sin igual, sin parecido alguno con esas bellezas terrenas que despiertan bajos deseos. Nunca el duque de Orleans se habla impresionado tan profundamente; quedó ensimismado, como aturdido, sin saber qué hacer. En medio de su aturdimiento tuvo la osadía de rogar a la Santísima Virgen que acudiera a una cena que se organizaría en su honor en casa de los Berry, donde se serviría una comida y un vino como nunca se habían visto hasta entonces. Añadió que haría asistir a la cena al conde de Noircy y *madame* de Parabére.

"La duquesa de Berry estaba en aquel tiempo en lenguas de la gente por culpa de su padre, el regente. Se postró a los pies de la Santísima Virgen y oró con profundos sollozos de arrepentimiento: "Virgen dulcísima, perdóname. Sé que es un pecado imperdonable, pero ten en cuenta la corrupción en que está sumida la Corte."

"Fascinada por la belleza divina del Niño, secó cuidadosamente sus lágrimas y pidió permiso para poder tocarle. "Como fresas y crema —exclamó—, como fresas purísimas y divinas." "El cardenal Dubois oró ante San José con todo recogimiento. Sabía que este Santo sería siempre oído.

"El regente se inclinó hacia mi bisabuela y entre lágrimas le gritó: "He pedido cosas imposibles y creo que hasta absurdas. Sé que Ella no asistirá a la invitación que le he hecho."

"Devoto, se postró con toda humildad a los pies de la Santísima Virgen y oró de nuevo: "¡Oh!, Señora. Vos que sois dechado de perfección y belleza, que sois la recopilación de todas las virtudes, decidme qué he de hacer para salvarme."

"Así acababan las memorias de mi bisabuela.

Hablaron sobre viajes y la priora les entretuvo con historias agradables de sus años Jóvenes. Estaba muy alegre. Su cara aparecía fresca bajo el encaje de su sombrero. De vez en cuando hacía un gesto que le era peculiar. Consistía en arañarse la cara con el dedo meñique.

Miró a Athena con aire de complacencia y dijo:

—Eres feliz, mi pequeña amiga. Para ti el mundo es como una novia y cada descubrimiento particular significa una sorpresa y un deleite. Nosotras que hemos celebrado ya nuestras bodas de oro con la vida somos más prudentes.

—Me gustaría —intervino Athena— ir a la India, donde el rey de Ava está luchando con el general Inglés Amhurst. Según me ha contado el pastor Rosenquist, tiene en su ejército tigres adiestrados para luchar contra el enemigo.

Excitada derramó el vaso y el vino manchó el mantel.

Borla no quería hablar del pastor Rosenquist. Creía ver en él un antagonista. Le agradaba mucho más hablar de otras personas. Así, deseoso de cambiar el tema de la conversación, dijo: —Me gustarla ir a una isla abandonada, para vivir allí alejado de la gente. No hay nada por lo que sienta más vehemente deseo que por el mar. La pasión del hombre por el mar —siguió con los ojos puestos en Athena— no es egoísta. No puede cultivarlo, no puede beber sus aguas, muere en él. A pesar de todo, alejado del mar se siente que el alma desfallece, como una medusa en tierra seca.

La priora cambió su rostro amable para decir:

—¡ Al mar! ¡Ir al mar! ¡Nunca Jamás!

El disgusto hizo subir la sangre a sus mejillas, que se enrojecieron mientras los ojos le brillaban. Boris se impresionó por la aversión de todas las mujeres hacia las cosas náuticas. Cuando era niño tuvo la tentación de ser marinero.

"No hay cosa —pensó— que enfurezca más a una mujer que un tema sobre el mar. Desde el momento en que llega a su nariz el olor del agua salada, lo maldicen y se encolerizan. Tal vez el procedimiento para que la mujer se mantenga en orden y observe todos los preceptos de la moral sea la pintura marítima, como si fueran recuerdos del infierno. No temen el fuego, al que consideran como un aliado. Pero hablarlas del mar es como hablarlas del demonio. Cuando llegue la era del mandato de la mujer y la tierra se haga inhabitable para el hombre, éste tendrá que acudir al mar en busca de paz, sabiendo que las mujeres no le seguirán en modo alguno."

Les fue servido un budín al que la priora añadió unos clavos de especia.

—Da olor y gusto muy agradables. La fragancia del clavo crece increíblemente, lo mismo bajo el sol del mediodía que cuando la brisa de la tarde se extiende por toda la tierra. Probadlo. Es incienso para el estómago.

Athena, en consonancia con las costumbres de la provincia, preguntó a la anciana priora: —¿De dónde viene ahora la brisa, mi señora tía?

—De Zanzíbar —repuso la priora.

Una tierna melancolía pareció apoderarse de ella, mientras se hundía en profundos pensamientos. Boris entretanto, estuvo mirando a Athena y dejó que una fantasía se apoderara de su ánimo. Pensó que debía tener un esqueleto hermoso. Yacería alguna vez en la tierra como una pieza de encaje sin igual, obra de arte en marfil, y dentro de cien años sería descubierta para trastornar la cabeza de los arqueólogos. Cada hueso estaba en su lugar, finamente modelados como las cuerdas de un violín.

Menos frívolo que el libertino antiguo y tradicional, Boris pensó y creyó que con ella sería muy feliz, y que debía enamorarse ciegamente. Luego la imaginó cabalgando en un hermoso corcel blanco, o luciendo largos vestidos por los salones y las galerías de la Corte, tocando su cabeza con la tiara familiar que ahora estaba en Polonia.

La priora dijo:

—El rey de Ava tenía en la ciudad de Yandabu, según me han contado, una casa de fieras. Como en todo su país no encontraba más que elefantes de la India, el sultán de Zanzíbar le obsequió con un elefante africano, más grande que las bestias indias. Realmente, animales maravillosos. Son los que dominan a su antojo en las extensas mesetas del África Oriental. Los comerciantes en marfil que venden sus enormes colmillos cuentan muchas anécdotas de su fortaleza y ferocidad. Los elefantes de Yandabu y los hombres encargados de su cuidado estaban aterrados del elefante del sultán, como África asusta siempre a Asia, y al final consiguieron del rey que le encerrara solo en una Jaula de gruesos barrotes dentro de la casa de fieras.

"Desde entonces, en las noches de luna, toda la ciudad de Yandabu se agolpaba para ver las formas descomunales de África. Los nativos de Yandabu llegaron a creer que las sombras de estos enormes elefantes podían profundizar hasta el fondo del océano y volver de nuevo a superficie. Nadie se atrevía a salir fuera de la ciudad después de caer la noche, aunque sabían muy bien que nadie podría romper la Jaula del elefante cautivo.

"Los corazones de los animales en Jaulas —afirmó la priora— se ablandan y desmenuzan como si la sombra de los barrotes fuera una parrilla. ¡Oh! {Los corazones ablandados y desmenuzados de los animales metidos en Jaulas!

Hubo un corto silencio. Luego con risita fingida que se adivinaba en su tono de voz,

añadió: —Pero les está bien merecido a esa clase de elefantes. En su país ejercen una tiranía cruel y despiadada. Los demás animales tienen que ceder siempre y retirarse a su paso.

—¿Y qué sucedió con el elefante del sultán? —pregunté Athena.

—Murió —respondió la anciana mordiéndose los labios.

—¿En la Jaula?

—Sí, en la jaula.

Athena se recostó sobre la mesa con las manos cruzadas adoptando exactamente la misma actitud del anciano después de leer la carta de la priora. Miró alrededor de la habitación. Su cara tenía un color marfileño. Estaba terminando la sobremesa y los tres tenían casi vacíos sus vasos de champán. Con aire sumiso y cansado dijo: —Con vuestro permiso, querida tía, me iría a dormir. Estoy muy cansada.

—¿Qué? —dijo la priora—. No tienes derecho a privarnos del placer de tu compañía, mi nuez moscada. Soy yo la que me retiro ahora mismo. Deseo que vosotros dos, como dos viejos amigos, charléis un rato juntos y a solas esta noche. Seguramente prometiste a Boris eso mismo.

—Si, pero mejor será dejarlo para mañana por la mañana, porque ahora creo que he bebido demasiado. Mi mano no se mantiene quieta cuando la pongo sobre la mesa y yo misma me encuentro notablemente excitada. El vino, el tema de las conversaciones, o las dos cosas al mismo tiempo, han hecho que yo me encuentre en este estado de nerviosismo y cansancio.

La priora miró fijamente a la muchacha. Boris pensó qué tal vez su tía no deberla haber hablado de las jaulas, que habla dado su primer *faux pos*.

Athena miró ahora a Boris. Este notó en seguida que habla conseguido un ligero éxito. Adivinó en su mirada que Athena sentía pena de apartarse de él.

Probablemente también ella se diera cuenta de que aquello suponía una retirada de la batalla; lo sentía, pero en aquellas circunstancias consideró mejor moverse. Boris sintió su mirada en el pecho como una condecoración recibida antes de la batalla. No era una condecoración definitiva, pero en esta campaña no podía esperar más.

La muchacha dio a la priora las buenas noches, hizo un saludo reverente y salió. La priora se volvió a su sobrino con agitación y le dijo: —No dejes que se marche. Sigue detrás de ella. Cógela. No pierdas el tiempo...

—Dejémosla que se vaya sola —dijo Boris—. Esa muchacha ha dicho la verdad.

La doble rebelión de los jóvenes cuyas vidas estaba tratando de arreglar y unir, parecía que haría perder a la priora el juicio. Boris y ella permanecieron juntos en el comedor unos cinco minutos más.

Cuando Boris pensó más tarde sobre aquello, le pareció que todo se habla realizado como en una especie de pantomima.

La priora estaba quieta, con la mirada en el joven sobrino. Boris no sabía si la primera reacción de su tía serla matarle o estrecharle cariñosamente entre sus brazos. Pero no ninguna de las dos cosas.

Cuando pasaron unos minutos buscó en su bolsillo, sacó la carta que había recibido por la mañana y se la entregó a Boris para que la leyera. Esta fue la última sacudida mortal sobre el joven.

Habla sido escrita por una amiga de la priora, primera dama de honor de la reina. Con profundo dolor y compasión para la anciana priora, daba cuenta de las últimas novedades de la capital. El nombre de Boris habla sido llevado y traído de sitio malo a sitio peor. Particularmente, señalado por el capellán de la Corte como uno de los más destacados corruptores de la juventud.

Era evidente que en tales momentos el joven estaba al borde del abismo, y que si no llevaba a efecto su matrimonio se vería en la precisión de desertar o de desaparecer.

Estuvo unos momentos pensativo sin saber qué decidir. Su rostro estaba pálido por el dolor. Sus sentimientos se levantaban airados contra el hecho de haber sido transportado de su papel de artista durante la cena con su tía, a la realidad que detestaba de todo corazón.

Cuando levantó la vista para devolver la carta a su tía, vió que estaba de pie Junto a él. Levantó una mano manteniendo el codo pegado a su cuerpo, y señaló hacia la puerta.

—Tía Cathinka —dijo Boris—. Tal ve\* no sepas o no quieras saber que hay un limite en la fuerza de voluntad de un hombre.

La anciana no habló. Estuvo irnos momentos mirándole fijamente. Luego extendió su mano pequeña, delicada y seca y tocó suavemente la cabeza de Boris. Pasados unos minutos se dirigió a un mueble y cogió una botella y un vaso pequeño. Llenó éste cuidadosamente, lo ofreció e hizo dos o tres movimientos de aprobación con la cabeza. El lo apuró con una manifiesta desesperación.

El vaso había sido llenado con un licor de color de ámbar. Tenía un gusto acre y rancio. Acres y rancios eran también los ojos de color de ámbar de la mujer que le miraba desde el borde del vaso.

Después que Boris bebió, la anciana dibujó en su rostro una sonrisa. Habló Boris, muy extrañado. No pudo luego comprender el significado de las palabras de su tía: —Ayúdale ahora, buen Faru.

Cuando Boris abandonó la habitación, la priora cerró la puerta tras de él.

## IX

“Tal vez —pensó Boris— el camino de las lágrimas sea ahora el más corto y seguro para conmover su orgulloso corazón.”

Recordó los cuentos de antiguas cuadrillas de verdugos en el siglo XII de Europa. Llevaban consigo todos los atributos de la profesión: las temibles empulgaderas, Instrumento que servía para dar martirio apretando los dedos pulgares; los látigos, cadenas y tenazas. Se decía que estas gentes tenían una extraña facilidad de llorar cuando querían.

“Sí —decía Boris para sí—. Pero yo no he colgado ni desollado, ni quemado a nadie para lograr eso. Tendré, como todos los hombres, algún instinto malo más o menos desarrollado, pero soy sólo una persona demasiado joven, tal vez un aprendiz de verdugo, y no he alcanzado todavía la virtud de llorar en el momento que quiera.”

Caminó por el pasillo blanco que conducía a la habitación de Athena. A mano izquierda habla una fila Interminable de retratos antiguos, y a mano derecha los altos ventanales. El piso era de losas de mármol blanco y negro; todo tenía para él un hondo sentido de seriedad a la luz de aquella noche.

El silencio era absoluto. A sus oídos llegaba el ruido de sus propios pasos, fatal para otros y para él mismo.

Se acercó a mirar por una de aquellas ventanas. La luna estaba clara y fría en lo alto del firmamento, y los árboles del parque y las praderas aparecían envueltos en una neblina plateada.

Allí fuera tenía todo el universo azul, lleno de cosas grandes y maravillosas, entre las que no era menos la tierra navegando por el espacio...

“¡Oh, mundo! —pensó—. ¡Oh, universo inmenso y oculto para la investigación actual del hombre ¡ ¡Oh, Dios todopoderoso, que has dotado al género humano de estas portentosas maravillas, en las que es posible ver tu obra, fuera del alcance de la mente humanal”

Boris permaneció algún tiempo mirando fijamente las estrellas. La quietud de la noche, la pálida luz de la luna y su mente enfebrecida le llevaron al recuerdo de estos versos, que hacía ya muchos años habla aprendido y tenía casi olvidados: Mena, mi amada sublime, por invitación de Apolo Vengo aquí a tu lado.

Con mucha experiencia y muy probado en muchas cosas.

Como una casa habitada por desconocidos, extrañamente cambiado.

De esa forma he viajado hasta muy lejos, por la tierra y por el mar...

Habla llegado a la puerta de la habitación de Athena. Volvió el tirador y entró. De todos los recuerdos que Boris conservar la luego de esta noche, la imagen de la luz y colores del pasillo iluminando la habitación sería el que más duraría en su memoria.

La habitación destinada a los huéspedes de la priora era grande y cuadrada. Estaban bajadas las persianas. En la sombra resplandecía el carmesí de la rica colcha que cubía la cama. Había en el centro de la estancia dos grandes lámparas en globos color de rosa, solícitamente encendidas por la doncella de la priora.

El piso tenía una alfombra color de vino y con rosas bordadas. Toda la habitación estaba llena de olor de incienso y de flores. Un gran ramo adornaba la mesilla junto a la cama.

Boris miró confundido de un lado a otro. De súbito tuvo una idea con la que comparó su estado actual. En tiempos había tenido gran afición a las corridas de toros, reliquia de una de las primeras visitas que hizo a Madrid.

Le era muy familiar la imagen del toro saliendo a la luz deslumbrante del ruedo desde la oscuridad del chiquero.

De esta forma pensaba que había sido lanzado él desde el pasillo dentro de aquella atmósfera y aquel ambiente color rojo. La sangre se le amontonaba en el cerebro. Apenas se daba cuenta del lugar en que se encontraba.

Con respiración desfallecida se preguntó si no sería todo debido a los efectos de alguna poción que le hubiese dado la priora. Ahora mismo no sabía si Athena era el caballo que sería arrastrado fuera del ruedo corneado por el toro, o el matador que tendría a su cargo aniquilar a la fiera bestia.

De cualquier forma, sabía que en aquel ruedo no encontrarla nadie que saliera en su ayuda. Athena estaba de pie en medio de la habitación. Se había cambiado de ropas. Parecía un marinero joven dispuesto a baldear su barco.

Se volvió y le miró fijamente, sin hablar.

Boris temía que no pudiera contenerse sin soltar grandes carcajadas. Esta facilidad suya para reír le había ocasionado muchos fracasos en situaciones tiernas. Pero en estos momentos no corría semejante riesgo. Tenía tanto respeto y formalidad ante la

muchacha como era de desear.

Cuando Boris se calmó y se dio cuenta plena del lugar en que se encontraba, se acercó a Athena, la cogió por una de sus muñecas y la atrajo hacia sí. Sus respiraciones se habían encontrado y los dos enseñaban los dientes, en una especie de sonrisa o de reto.

—Athena —dijo—. Te he amado durante toda mi vida. Sabes muy bien que sin ti, sin tu amor, desapareceré y no quedará de mí vestigio alguno. Ayúdame a levantarme, sácame del abismo. Ten compasión de mí. \*

Por unos momentos los ojos claros de la muchacha le miraron aturridos. Luego se empujó como una serpiente preparada para el ataque. El hecho de que no intentara gritar en demanda de socorro obedecía a que ella tenía un conocimiento más claro de la situación y sospechaba que no tenía amigos en la casa que pudieran acudir en su defensa. O tal vez su pecho joven abrigara un claro deseo de combate y de lucha.

Sin dejar pasar un momento, fue ella la primera. Su puño rápido y vigoroso le hirió en la boca, alcanzando dos dientes. El dolor, el olor y el gusto de sangre le obligaron a retroceder unos pasos. Esto dio ánimos a Athena, que se dirigió a él dispuesta a golpearle nuevamente. Boris reaccionó y los dos se unieron en abrazo de vida o muerte.

Al mismo tiempo el corazón de Boris adquirió un entusiasmo incontenible, y cantó en voz alta como un pajarillo que lograra subirse a lo más alto de un árbol para una vez allí deshacerse en trinos melódicos.

Nada más feliz podía, haberle acontecido. No sabía cómo resolver aquel conflicto, pero confiaba. Así como la costa va quedando atrás, lejos del barco que se dirige a alta mar, de la misma manera todas las preocupaciones que rodeaban la vida de Boris se iban alejando. Su existencia le había dado muy pocas oportunidades para enfurecerse.

Su alma sonreía y se regocijaba como la de aquellos antiguos teutones para los que la codicia de la ira y del enojo constituían la más alta voluptuosidad, y quienes la mayor gracia y favor que pedían y esperaban conseguir en su paraíso era la capacidad de poder ser matados una vez por día.

Nunca habla luchado con ningún otro joven como lo hizo con ella ahora. Todos los cazadores saben que hay diferencia entre la cacería del jabalí y la del búfalo, por peligrosos que puedan ser, y la cacería de los carnívoros, los cuales si viene al caso se comerán a uno de su especie al final de la contienda.

Boris, en un visita que hizo a sus familiares rusos, vió a un caballo ser devorado por una partida de lobos. Ninguno de lo» elefantes furiosos y salvajes que describió la priora despertaron en el joven un sentimiento de horror tan profundo como el que le produjo la escena de los lobos comiéndose al caballo.

Le llenaba totalmente el amor antiguo y salvaje. El que no se consigue con simpatía sino se inspira en el contraste y en la adversidad. Una de las lámparas perdió el equilibrio y cayó al suelo haciéndose añicos. Entonces la lucha se estabilizó. Cesaron de perseguirse y estuvieron agarrados, inclinándose hasta que encontraron su punto de apoyo. El nivel y el equilibrio del uno dependía en tal manera del otro que nadie podría claramente conocer donde comenzaba y donde terminaba el del adversario.

El aliento de Athena sobre la cara de Boris era fragante como una manzana. La sangre seguía acudiendo a su boca. La joven no tenía esa inspiración o instinto tan femenino de arañar o morder. Como una osa joven, fiaba en su fortaleza y en su peso. Contra los intentos de Boris para hacerle doblar las rodillas, permaneció recta y erguida como un árbol. En un rápido movimiento llegó con sus manos a la garganta del Joven. El la estaba aguantando con coraje. Su actitud era la de un guerrero mientras toma un juramento solemne y vital. No habla conocido nunca el poder de sus manos y de sus puños jadeante, con la boca llena de sangre, veía que toda la habitación le daba vueltas. Frente a él se movían manchas rojas y negras.

En estos momentos inició un supremo esfuerzo para conseguir el triunfo final. Atrajo la cabeza de la joven con la mano que tenia detrás de su nuca, y apretó la boca contra la suya. Sus dientes tocaron con los de la joven.

Instantáneamente sintió en todo su cuerpo, el efecto terrible que su beso produjo en la muchacha. Nunca había sido besada ni había oído nada sobre el beso. La impresión que le hizo obligó a la sangre a subir a su rostro como si el joven Boris le hubiera propinado un violento puñetazo. Su cuerpo quedó rígido. Entonces toda la fuerza que habla desplegado durante la lucha comenzó a ceder, como cede y se retira una ola cuando choca con el bañista.

Sus ojos apagados, su cara marchita y pálida como de una muerta, produjo a Boris una impresión deprimente. La joven cayó al suelo tan de Improviso que también él cayó con ella, como un náufrago atado a un peso.

Lleno de temor se incorporó pensando que estaba muerta. Cuando se dio cuenta de que vivía, su espíritu sintió consuelo y alivio. La levantó con dificultad y la llevó como pudo hasta la cama. Ella estaba como la estatua de piedra de algún caballero

caldo en la lucha.

Su cara conservaba la Impresión de un disgusto horrible.

Boris, Inmóvil y aturdido, la observó unos segundos. No sabía que su cara tenía la misma expresión que la de Athena. La presencia allí mismo en carne y hueso del capellán de la Corte no le hubiera conmovido tanto. Su espíritu estaba tan abatido como el de ella. Ya no quedaba en él señal o efecto alguno del vino, ni de la poción de amor que le pudiera haber dado a beber la priora. Tal vez la poción estuviera calculada solamente para realizar un gran esfuerzo. Se limpió la boca ensangrentada y abandonó la habitación.

Ya dentro de la suya, esperaba oír los gritos de socorro que Athena lanzaría al despertar, llorando por su inocencia perdida. Se reía en la oscuridad y le pareció oír en la casa el eco de una risa lejana y penetrante.

X

A la mañana siguiente la priora mandó llamar a Boris. Estaba asustado cuando la vió. Se preguntaba qué clase de pesadillas habla sufrido su anciana tía durante la noche para haberla dejado privada de su habitual vigor y energía.

“Si todo esto —pensó Boris— va a seguir adelante, mucho me temo que se consuma entera. Pero probablemente tenga yo peor aspecto que ella.”

En efecto, a pesar del evidente ánimo deprimido de la priora, se forzaba por aparentar alegría por haber logrado, según ella pensaba, dominar a su sobrino.

Le pidió que se sentara, y luego, fingiendo voz de circunstancias, le dijo: —También he mandado llamar a Athena.

Boris estaba contento de que no le hubiera hecho ninguna pregunta. Tenía la boca hinchada y le dolía cuando intentaba hablar. Mientras esperaba pasó por su imaginación el recuerdo del vizconde de Valmont que amó *de passion les mines de lendemain*.

“¿Estas circunstancias extraordinarias habrían puesto en los ojos de aquel antiguo conquistador un cierto encanto adicional, —o por el contrario, habría considerado el

valor romántico de esta situación como despreciable?”

La llegada de Athena puso fin a sus reflexiones.

Vestía la misma ropa con que Boris la vió en Hopballehus, y todo daba a entender que estaba preparada para la marcha. Verdaderamente daba la sensación de haber dado ya la espalda a Closter Seven y estar fuera de allí.

Su mirada conmovió intensamente al joven. Parecía seguir Igual a como la había imaginado él la noche anterior. En realidad tenía sobre sus hombros la cabeza de una muerta. Sus ojos hundidos en negras cavidades despedían un fulgor pálido. Había abandonado su costumbre habitual de sostenerse sobre un solo pie; indudablemente se habla dado cuenta de que en aquellas circunstancias requería el apoyo de los dos para mantenerse firme y en equilibrio.

Examinada detenidamente por la priora, que reflejaba en las facciones de su rostro una agudeza y perspicacia extraordinarias, le pareció que tal vez fuera una acusada que terminaran de sacar de algún calabozo o de los potros del tormento.

Boris pensó si serla mejor contar a su tía las cosas tal y como hablan acontecido, y asegurarle que no le habla hecho daño alguno ni serla probable que jamás se lo hiciera; en efecto, ella habla salido de su prueba de fortaleza con todos los honores. Pero creyó que no serto conveniente.

“Si se prepara uno mismo —consideró— para levantar un gran peso y resulta engañado por un cartón pintado, los brazos quedan descoyuntados. Pero yo admiro y pondero en todo su justo valor su armazón y me considero entre las últimas personas que deseen que esto le acontezca a ella. Mejor es que levante el peso.”

Como el artista que al pasar su obra por el crisol la encuentra falta de metales, y recoge el oro y la plata de sus propios tesoros, juntamente con los tesoros y alhajas de sus mujeres, para acrecentar su obra, así Boris habla arrojado todo su ser, cuerpo y alma, en los fatales crisoles de su naturaleza. Era ella la que podía pensar de todo esto como le pluguiera.

La priora miró primero a uno y luego a otro. Pasado un breve periodo de observación en silencio habló a la muchacha; su voz tenía un acentuado matiz de dureza y melancolía: —He sido informada por Boris de todo cuanto sucedió anoche en esta casa. No le puedo perdonar este hecho atrevido e innoBLE. Tales procedimientos son horribles y repugnantes. Pero sé que estaba bebido, y que también un arrepentimiento a tiempo hecho con sinceridad atenúa y hasta hace desaparecer la culpabilidad del crimen. Pero tengo que preguntarte una cosa, Athena: ¿Cómo es

posible que tú, una muchacha de tu sangre y de tu formación, haya llegado a hacer lo que has hecho? Tú, que debías conocer mejor tu propia naturaleza y debilidad, nunca deberlas haber venido aquí.

Athena con la mirada fija en la anciana priora contestó;

—No, no, mi señora tía. Yo vine aquí porque vos me invitasteis, y porque me dijisteis que era mi obligación venir, obedeciendo vuestras órdenes. Ahora voy a marcharme de esta casa, y si no oreís preciso volveros a acordar de mi, podéis hacerlo. Yo me atrevo a deciros que tal vez no necesite tampoco de vuestro recuerdo.

—¡Oh!, no —dijo la priora malhumorada—. No puedes hacer tal cosa. Es para mí terrible y de una tremenda responsabilidad que haya sucedido esto precisamente dentro de las paredes de Closter Seven. Me conoces muy poco si crees que no voy a dar a esto una justa reparación. ¿Es que crees que voy a tener tan en poco aprecio la amistad de tu padre? Hasta que no haya sido expiado y reparado debidamente este delito, no partirás.

Athena guardó silencio, como aprobando las palabras de la priora. Luego, con ánimo resuelto y atrevido hizo esta pregunta: —¿Pero cómo va a ser reparado?

—Debes dar muchas gracias al Todopoderoso, hija, de que Boris tiene todavía un alto sentido del deber. Se casará contigo ahora mismo.

Con estas palabras disparó a su sobrino una mirada dura e inteligente, que le dejó aturdido como si le hubiera golpeado.

—Sí. Pero yo no me casaré con él —repuso Athena inmediatamente.

La cara de la priora brillaba con resplandor muy vivo. Con voz aguda y penetrante preguntó a la muchacha: —¿Cómo es posible que rehúses un ofrecimiento honroso, que cuenta además con la plena autorización y bendición de tu padre, y que ocultarla el pecado cometido anoche?

—No creo que importe que haya sido cometido de noche o de día.

—¿Y si tienes un niño? —gritó la priora.

—¿Qué?

La priora venció su pasión manifiesta con una admirable fuerza de voluntad.

—Te compadezco al mismo tiempo que te condeno. Dime, joven desafortunada, ¿qué va a ser de ti si tienes un niño?

Athena se encontraba ante una situación muy difícil; su mundo se tambaleaba evidentemente. Estaba como el soldado en una posición bajo un fuerte fuego enemigo. A pesar de todo se mantenía firme y resuelta: —¿Qué? ¿Cómo puedo yo tener un niño por lo ocurrido la noche pasada?

La anciana la miró duramente.

Después de unos momentos dijo a Athena, mostrando en sus palabras una afabilidad que le era muy característica cuando las circunstancias le exigían una labor de persuasión.

—Athena, hija mía. Siento tener que hablarte en estos términos, pero las circunstancias me lo exigen, y creo que nada de lo que voy a decirte va en perjuicio tuyo. Tú sabes mi amor hacia ti; sabes la entrañable amistad que me une con tu querido padre; sabes que nuestra vecindad siempre fue afable y buena. Hija mía, me creo en la obligación de advertirte que es preciso destruir en ti los últimos restos de Inocencia que aún puedan morar en tu alma. Hija mía... es muy probable que tengas un hijo,...

Nadie se atrevió a hablar cuando terminó la priora su disertación. Los tres se miraron mutuamente, y los tres retiraron rápidamente las miradas como presas de alguna sensación extraña.

La priora esperaba con avidez alguna palabra de los labios

de Athena. Llegó a pensar que su victoria estaba asegurada. Athena, por fin, respondió con estas palabras inesperadas: —Si tengo un niño mi padre le enseñará astronomía.

Boris apoyó los codos sobre la mesa y ocultó la cara entre las manos. No pudo contener una sonrisa y trató de disimularla de forma que no lo notara su da. Sabía muy bien que aquella doncella seguía siendo virgen. Tal vez una buena parte de su palidez y de su inmovilidad se debiera a los efectos perniciosos que el vino habla ejercido sobre ella. Dios sólo sabía si estas muestras y estos extraños signos externos no obedecían o formaban parte de su poder Interior. Llevaba consigo la cualidad de arrastrar hasta dentro de su propio ser haciéndolo una misma cosa con ella todo lo que cala dentro del círculo de su conocimiento.

“Esta es —pensaba— una de las notas características de los mártires y de los héroes.

Fue esto tal vez lo que precipitó a Nerón hasta los bordes de la locura. Las torturas, la hoguera, los leones, se convirtieron en cosa propia, y por dicha razón significaban para él una manifestación de belleza. No obstante dejaban a un lado como cosa insignificante y despreciable al verdugo. A pesar de los esfuerzos que éste hacía por complacerle, era como si no existiera."

Cuando la anciana y el Joven creían que el cerco se estrechaba alrededor de la muchacha, ésta se disponía sin más demora a abandonar Closter Seven. Se parecía a Sansón cuando levantó sobre sus hombros las puertas de Gazi con pilares y goznes y las trasladó a lo más alto de la colina que hay del Hebrón.

"Si realmente estuviera interesada por mi —se preguntaba—, ¿no me llevaría a Hopballehus con ella con verdadera ilusión y cariño? Pero no... Creo que todos los ardides que mi tía está poniendo en fuego para conseguir sus propósitos conducirán a nada. Será imposible vencer la voluntad y determinación férrea de esta muchacha."

Boris pensaba que esta mescolanza de ideas obedecía al exceso de vino ingerido la pasada noche, y a las excitaciones y sobresaltos de que habla sido objeto. Ordinariamente no obraba de esta forma ni se mezclaban en su mente tantas cosas dispares: "Oh, Palas, salvación de mi casa, he aquí que me habían despojado De toda patria, y tú me has dado aquí un nuevo hogar.

Y ahora se dirá en toda la Sélade:

—Mira, el hombre vuelve a ser un argivo,

Y habita de nuevo en las propiedades paternas."

La priora, con calma mortal, hizo las siguientes preguntas: —¿Y qué me dices del honor de tu casa? ¿Quién, antes que tú, de entre las hijas de Hopballehus, ha criado bastardos?

Hija querida, tranquilízate y razona breves minutos sobre estas palabras. Por tus venas corre sangre noble y tengo la certeza plena de que cuando *lo* pienses un poco me darás la razón y te convencerás de que sólo busco salvaguardar tu honor y proporcionarte la felicidad.

Estas palabras hicieron que la sangre se agolpase en las mejillas de Athena. dio un paso hacia la anciana y gritó con el rugido de una leona. Se sentía orgullosa de ser hija de una raza altiva y dominante, y las palabras de la priora la hablan ofendido.

—Mi hijo, un bastardo... ¿Será posible que mi hijo sea *eso*?

—No seas ignorante, Athena —repuso la anciana—. A menos que Boris se case contigo, ¿qué va a ser tu hijo sino un bastardo?

A pesar del denuedo que en todo momento demostraba la anciana priora, en aquellos momentos, probablemente pasó por su imaginación que la muchacha si le venia en gana podría aplastarla entre sus manos. Dirigió una rápida mirada a Boris como pidiéndole que interviniera en la discusión sobre el niño, pero el joven no se sentía animado a Inmiscuirse en aquel asunto que le resultaba por demás molesto y angustioso.

Athena no se movió. Por unos momentos se mantuvo inmóvil como una estatua. Al final replicó estas palabras: —Ahora regresaré a Hobballehus, hablaré con mi padre y le pediré su consejo sobre todo lo que ha ocurrido..

—No —repitió nuevamente la priora—, eso no lo consentiré yo nunca. Si dices a tu padre lo que has hecho, su corazón se partirá de pena. Nunca permitiré esto. Además, ¿quién sabe si Boris estará dispuesto a casarse contigo cuando regreses de nuevo? ¿Quién puede asegurar que mi sobrino no cambie de parecer cuando te ausentes? No, Athena, tienes que casarte con Boris inmediatamente y nunca dirás a tu padre lo que ha sucedido. Prométeme que cumplirás estas dos cosas y entonces podrás marcharte.

—Bien —dijo Athena—. Nunca diré a mi padre lo que ha sucedido, y en cuanto a Boris os prometo que me casaré con él. Pero, señora tía, cuando estemos casados, en la primera ocasión que se me depare, le mataré. Estuve muy cerca de haberle matado anoche; él podrá explicarlo. Os prometo estas tres cosas. Y me marcharé...

Una larga pausa siguió a las palabras de Athena. Los tres tenían tema sobrado para entretenerse con sus propios pensamientos sin necesidad de hablar. En medio de este silencio se oyó una llamada en el cristal de la ventana. Boris ya habla oído anteriormente durante el curso de la conversación estos golpes, pero no les habla prestado atención alguna. Ahora se repitieron por tres o cuatro veces.

Llegó a preocuparse por esto, cuando vió el extraordinario efecto que el ruido de los golpes en la ventana producía en su tía. Lo mismo que su sobrino, habla estado demasiado absorbida en la conversación para poder escuchar. Pero cuando se produjo el silencio y las llamadas se repitieron, la anciana fijo su atención en la ventana y quedó visiblemente afectada. Su rostro se tornó pálido como el de un cadáver. Sus brazos y sus piernas se movieron con pequeñas sacudidas; sus ojos recorrieron las paredes de arriba abajo como una rata encerrada en una Jaula buscando un lugar por donde escapar.

Boris se acercó a la ventana para averiguar la causa que tan hondamente conmovía a su tía. No concebía que mujer tan valiente y arriesgada pudiera aterrorizarse de aquella manera por cosa baladí. Sobre el antepecho de piedra de la ventana estaba el mono agazapado, con la cara pegada al cristal.

Cuando se disponía a abrir la ventana para que el animal entrara en la habitación la anciana gritó en el paroxismo del horror: —¡No! ¡No!

Los golpes a la ventana continuaban. El mono tenía en la mano algo con que golpeaba contra el cristal. La priora se levantó de la silla en que estaba sentada. Al ponerse en pie estuvo a punto de caer, pero una vez que encontró estabilidad para sus piernas estuvo lista para correr.

El cristal de la ventana cayó hecho añicos contra el suelo de la habitación e inmediatamente el mono saltó dentro.

La priora, sin mirar a su alrededor, como escapando de un fuego abrasador que se extendía furiosamente, recogió la parte delantera de la túnica con las dos manos y corrió precipitándose hacia la puerta. Al encontrarla cerrada, con ligereza sorprendente y extraña subió por el marco y se agarró a la cornisa temblando, mientras sus dientes rechinaban. Pero el mono la siguió. Con la misma rapidez con que ella había subido a la cornisa, el animal trepó detrás y extendió sus torpes manos para coger a la anciana. Por todos los medios trató de huir de las garras del animal. Con las dos manos sosteniendo la túnica, ciega por el temor, seguía avanzando a lo largo de la cornisa. Pero el animal, más ágil y rápido, la seguía de cerca. Saltó sobre ella y de un manotazo echó abajo su sombrero de encaje.

Boris y la muchacha miraban estupefactos la escena. El rostro de la priora estaba totalmente transfigurado, más ajado, de un color más oscuro y las arrugas más pronunciadas.

Hubo unos momentos de lucha desigual. Boris hizo un movimiento para lanzarse en defensa de su tía. Pero en aquellos momentos, en medio de la habitación de damasco rojo, en plena luz del día, se realizó y consumió un cambio, auténtica metamorfosis.

La anciana con la que habían estado conversando minutos antes cayó al suelo encogida y con los cabellos revueltos, totalmente desfigurada. En su lugar, un mono estaba ahora agazapado, gimiendo, totalmente abatido, tratando de encontrar refugio en un rincón de la habitación. Y en el lugar donde el mono había estado, surgió con la respiración agitada por el esfuerzo, con su cara sonrosada y plácida, la verdadera priora de Closter Seven.

El mono se ocultaba en los rincones oscuros de la habitación, y durante unos momentos continuó gimiendo y quejándose. Seguidamente dio un salto ligero y gracioso sobre un pedestal que sostenía la cabeza de mármol del filósofo Manuel Kant, Desde allí observó con sus oídos brillantes el comportamiento de las tres personas en la habitación.

La priora cogió su pañuelo y lo llevó a sus ojos. Durante unos pocos minutos no halló palabras, pero su porte era tan sereno, honorable y dulce como nunca recordaron haberlo visto los dos Jóvenes.

Hablan seguido el curso de los acontecimientos paralizados por la sorpresa. No les era posible hablar, moverse ni mirarse uno a otro. Ahora, como fuera de un terrible tornado que hubiera tenido su centro en la habitación, estaban de nuevo volviendo a la calma. Iba cediendo la sorpresa y el temor y volvieron sus rostros para mirarse mutuamente.

Por esta vez los oídos luminosos de Athena se Ataron directamente en Boris. Le parecía como un ser fuera de ella misma; en su limpia mirada podía aún adivinarse el recuerdo de la lucha. Estaba dictando una ley que no podría nunca ser quebrantada: —Desde ahora se trazará para siempre una línea infranqueable: de un lado tú y yo, que hemos estado presentes y somos testigos de los acontecimientos de los últimos minutos, y de otro lado el resto del mundo, que no ha estado presente.

La priora apartó el pañuelo de su cara y con movimiento suave se sentó en su alto sillón.

Miró al Joven y a la muchacha y les dirigió estas palabras:

—Hijos míos, *Discite justitiam, et non temnere divos.*

## **LA INUNDACIÓN**

Durante el primer cuarto de siglo pasado estaban de moda los lugares cercanos al mar, incluso entre los habitantes del norte de Europa, donde perduraba la idea de que el mar personifica al Demonio, enemigo irlo, voraz y tradicional de la humanidad.

El espíritu romántico de la época se deleitaba con las ruinas, los fantasmas y los lunáticos, y consideraba a una noche de tormenta pasada en el campo, o a una lucha

de pasiones profundas, como un goce mayor que la comodidad de un salón o la armonía de un sistema filosófico. Lo que más reconciliaba y unía a los individuos era la grandeza de un escenario costero asomado al mar inmenso.

Las señoras y caballeros más distinguidos de aquella sociedad abandonaban las sombras de sus parques y jardines para pasear por las playas desiertas y contemplar las olas indomables. La proximidad de alguna embarcación hundida constituía tema favorito para una jira; llamaba particularmente la atención ver los restos del buque náufrago aparecer en la bajamar como un esqueleto endurecido, negro y salobre. Tales lugares eran elegidos por los artistas para colocar sus caballetes y pintar.

En la costa occidental de Holstein sobresalió y floreció por espacio de veinte años el balneario de Norderney. A través de los caminos arenosos, flanqueados por las dunas, llegaban continuamente coches elegantes con baúles y cajas. En otros llegaban distinguidas señoras, cuyos disfraces y felpillas se hinchaban con la fresca brisa, frente a los hoteles y las casas de campo, pequeñas y acogedoras.

El duque de Augustenburg, con su bella esposa, su hermana y el príncipe de Noer honraban con su presencia aquel lugar.

La hacendada nobleza de Schleswig-Holstein y los apoderados de las antiguas casas comerciales de Hamburgo y Llibeck, que poseían su peso en oro, buscaban Juntos el camino de la naturaleza. Los aldeanos y pescadores de Norderney empezaron a considerar la avalancha de visitantes como una especie de monstruo gris, terrible y sin fe. Había un paseo amplio y bien cuidado, un club, y un cenador en el Jardín donde tenían lugar citas y reuniones en las largas tardes de verano.

Señoras con hijas casaderas, gastadas por estéril espera en las ciudades de provincia y en la misma corte, recibían complacidas los galanteos junto a la playa soleada o autorizaban a las jóvenes a dar sus primeros pasos en el camino del amor. Jóvenes caballeretes levantaban montañas de arena en la espaciosa playa. Los ancianos alargaban indefinidamente sus discusiones políticas o dinásticas, sentados cómodamente en el club con un vaso de fino ron al lado. Mientras tanto, las jóvenes esposas buscaban algún rincón solitario entre las dunas, algún lugar donde identificarse con la naturaleza. Buscaban tranquilidad y quietud, para mirar despacio a la luna llena, asomada al alto cielo de las noches de verano. El aire tenía un vigor que estimulaba los corazones.

Héinrich Heine, que visitaba con asiduidad el balneario, sostenía que el olor ha pescado de cuantas personas habitaban tales lugares tenía fuerza suficiente para proteger la virtud en las jóvenes hijas de los pescadores de Norderney. Pero habla

narices y corazones para los que aquel olor espeso y salobre era embriagante como el olor de la pólvora en un campo de batalla. Habla también en Norderney un pequeño casino donde se daban cita las coquetas peligrosas. Celebraban con frecuencia bailes, y en las tardes apacibles tocaba una orquesta en la terraza.

La princesa de Augustenburg dijo a Herr Gottigen una de las tardes más amables de la temporada, sentados los dos en la terraza: —Este es un lugar espléndido para despejarse de las preocupaciones de la ciudad y recuperar la vitalidad y energías perdidas. Esta brisa marina atraviesa mi sombrero y mis vestidos y llega hasta mi carne y mis huesos. Mi corazón y mi espíritu están caldeados por el sol y salados por la mar.

—¿Con sal ática? —preguntó Herr Gottigen.

Luego, mirándola, añadió: —¿Cómo los bacalaos?

La princesa de Augustenburg no supo distinguir en las palabras de Herr Gottigen el tono de sátira que encerraban.

Durante el verano de 1835 ocurrió en el balneario de Nordemey una terrible catástrofe. Una tormenta que procedía del suroeste fue desviada por el viento hacia el norte, fenómeno que no ocurre sino una vez cada cien años. Una tremenda masa de agua se volcó sobre las tierras del oeste. El mar rompió los diques en dos lugares diferentes y por allí penetraron las aguas enfurecidas. Se contaron por centenares las cabezas de ganado vacuno y lanar que perecieron ahogados. Alquerías y graneros se venían abato como castillos de naipes, ante el avance incontenible y asolador de las aguas. Muchas personas perdieron la vida en lugares tan alejados como Wilsum y Wredon. Comenzó una tarde. La calma era desusada y el ambiente cada vez más sofocante. El aire calentaba y el cielo se fue tiñendo de un extraño color. Olla a azufre. Resultaba imposible distinguir la línea divisoria entre el cielo y el mar. El sol desapareció en una confusión de luces y sombras. Las olas parecían una enorme medusa que huyera hacia la playa fue una tarde inquietante, sin duda, durante la cual sucedieron muchas cosas en Norderney.

Por la noche, las personas que no habían permanecido despiertas, despertaron aterradas por un rugido extraño que se acercaba rápidamente. ¿Serla posible que el mar hubiera encontrado de pronto semejante voz? Por la mañana todos comprendieron que el mundo habla cambiado, aunque nadie fuese capaz de explicar en qué había consistido el cambio.

El ruido no permitía hablar, ni siquiera pensar. Nadie podría predecir los estragos que causarla el mar alborotado y proceloso: La espuma de las aguas saladas parecía confundirse con el cielo. Las olas se sucedían unas a otras, cada una más alta y furiosa que la anterior. El aire era frío y desagradable.

Llegó la noticia de un barco que habla encallado cuatro millas al norte, pero nadie se aventuró a salir. El anciano general von Brackel, que había presenciado la ocupación del este de Prusia por los ejércitos de Napoleón en 1806, y el también anciano profesor Schmiegelow, médico de la casa principesca de Coburgo, que habla estado en Nápoles en la época del cólera, se aventuraron a distanciarse un poco del balneario, y desde una pequeña colina contemplaron la escena en silencio. La tormenta iba remitiendo entonces; hasta el jueves no tendría lugar la catastrófica inundación.

En esta época no eran muchos los forasteros que estaban en Norderney. La temporada estaba terminando y muchos de los huéspedes hablan marchado antes de la tormenta. La mayoría de los que quedaban preparaban a toda prisa la retirada. Las jóvenes apretaban el rostro contra los cristales de las ventanillas de sus coches ansiosas de llevarse con una última mirada una imagen cabal de aquel escenario salvaje. Sabían que se alejaban de un lugar donde corrían grave peligro. Cuando la carroza del barón Goldstein, de Hamburgo, salió despedida de la carretera y fue a estrellarse contra el dique, todos comprendieron que habla llegado el momento de actuar sin dilaciones, y acudieron lo más rápidamente que les fue posible.

A última hora del día, al comienzo de la noche, el mar rompió los diques. Unos diques enormes, calculados para resistir las más fuertes presiones del mar. Por un hueco de casi media milla entraron las aguas impetuosas y alborotadas del mar.

Los aldeanos se despertaron al oír el triste bramido de los animales. Al bajar de la cama y poner los pies en el suelo advirtieron que el piso estaba cubierto de agua, fría y sucia, de barro. Era agua salobre del mar. La misma que bailaba los acantilados de Dover. El Mar del Norte había venido a visitarlos. Estaba subiendo rápidamente. En una hora, los muebles y demás enseres de las modestas familias estuvieron flotando sobre el agua dentro de las casas, chocando con las paredes. Cuando amaneció, la gente, desde los tejados de las casas, observó acongojada el cambio experimentado en las tierras de alrededor. Árboles y arbustos parecían sembrados en un campo gris y movedizo, y una gruesa espuma amarilla bañaba las grandes extensiones de los trigales en plena curación: la cosecha sobre la que tantas cébalas y tantas esperanzas hablan cifrado los campesinos unos días antes de la tormenta.

Habla habido otras inundaciones de este tipo. Algunos ancianos podían contar a los

jóvenes cómo fueron sacados de sus casas cuando eran todavía 'niños, salvados sobre balsas por sus madres, empalidecidas por el dolor y el susto. Y la honda impresión que producían los animales vacunos, luchando por salir de las casas anegadas, desapareciendo luego bajo las aguas enfurecidas. Entonces perecieron multitud de campesinos y muchas casas quedaron arruinadas y perdidas. El mar hacía jugadas como ésta de vez en cuando. La inundación permaneció muchos años en la memoria de los habitantes de la costa. En los comentarios que se hacían durante los veranos se hablaba de ella como de un accidente terrible y odioso. En los anales de la provincia fue designada con el nombre de “inundación del Cardenal”, denominación debida a que entre aquellas gentes arruinadas y atemorizadas sobresalió una figura preeminente, una especie de ángel custodio que consolaba y ayudaba a los infortunados. Los aldeanos recordaban aquella figura prodigiosa que les acompañó constantemente en los momentos difíciles, como una gran luz blanca destacada sobre las negras olas. El cardenal Hamilcar von Schestedt había pasado parte del verano en una pequeña casa de pescadores, a alguna distancia del balneario, dedicado a ordenar los apuntes de muchos años de su vida para un libro sobre el Espíritu Santo.

Con Joaquín de Flora, nacido en 1202, el cardenal sostenía que mientras el Libro del Padre nos fue legado con el Antiguo Testamento y el del Hijo con el Nuevo, el Testamento de la Tercera Persona de la Santísima Trinidad estaba aún por escribir. Esta había sido la tarea de toda su vida. Se habla criado en el occidente y había conservado durante una larga vida de viajes y de trabajos espirituales su amor por los paisajes costeros y por el mar. En sus horas libres solía hacer, según el ejemplo del mismo San Pedro, largos viajes acompañando a los pescadores en sus botes y observando su penoso trabajo. En su modesta vivienda tenía sólo un criado o secretario llamado Kasparson, antiguo actor y aventurero, excelente y útil compañero del cardenal, que hablaba varios idiomas y se habla dedicado a toda clase de estudios e investigaciones. Ocupado por entero en el servicio del cardenal parecía un Sancho Panza para un noble caballero de la Iglesia.

El nombre de Hamilcar von Schestedt era famoso en toda Europa. Creado cardenal tres años antes, a los setenta años, era una flor extraña nacida sobre el antiguo árbol de la familia Schestedt. Noble familia, que habla vivido durante muchos siglos dedicada únicamente a la guerra y a cuidar sus tierras. La única nota destacada de ella era que después de mucho» tanteos y experimentos se hablan sometido a la Santa Iglesia Católica Romana. Era una raza testaruda. Después que se filaba en su mente una idea era muy difícil arrancarla de su cabeza. El cardenal tenía nueve hermanos y ninguno de ellos habla demostrado inclinación a la vida espiritual, a excepción del cardenal. Era como si todo el talento de la casta se hubiera ido reviniendo lentamente hasta brotar de pronto todo junto en la persona del cardenal.

Tal vez una mujer importada del exterior había dejado la semilla de algún pensamiento en la raza antes de convertirse en una Schestedt, o quizá alguna Idea adquirida en un libro habla influido en el joven antes que aprendiera que los libros y las ideas no significan nada. El talento extraordinario del joven Hamilcar fue reconocido no sólo por su propia familia, sino también por su tutor, que a su vez lo habla sido del mismo príncipe heredero de la corona de Dinamarca. Tuvo un gran acierto en llevar al joven a París y a Roma. En estas ciudades la nueva luz del genio floreció súbitamente con una fuerza irresistible. Se contaba una anécdota según la cual cuando el joven sacerdote fue presentado al Pontífice, Su Santidad vio en sueños que aquel muchacho habla sido designado por la Providencia para devolver los extensos países protestantes a la Iglesia Católica.

Pero los eclesiásticos hablan tratado al joven con severidad; desconfiaban de sus ideas, de los poderes que se le atribulan, de sus visiones, de su inmensa piedad, que abarcaba tanto al pecador y al desgraciado como a los virtuosos y a los potentados. Sin embargo, tanta severidad no le hirió lo más mínimo; en su naturaleza estaba muy arraigada la virtud de la obediencia. A esto unía un gran amor por la ley y por el orden. Quizá en definitiva ambas cosas convergían en una sola: para él todo parecía posible y fácil. El propio Papa dijo hablando de él: —Si después de la destrucción de nuestro mundo actual, hubiera que encargar a algún ser humano de su reconstrucción y formación de un mundo nuevo, la única persona en la que confiaría sería mi joven Hamilcar.

Al enterarse de la confianza que Su Santidad tenía en sus cualidades se persignó dos o tres veces seguidas. Cuando obtuvo la confianza de la Iglesia se convirtió en un hombre de mundo, en el pleno sentido de la palabra. Con la misma facilidad se movía entre los reyes que entre los proscritos fue enviado a las misiones de Méjico donde consiguió una gran influencia entre los indios y los mestizos, hasta el punto que todos creían que tenía el don de hacer milagros.

Durante su estancia en Norderney las gentes de la costa le atribulan extrañas posibilidades. Después de la inundación hubo quien dijo que le habían visto caminando sobre las olas. Naturalmente él estaba muy lejos de creer en los milagros que le atribulan, máxime cuando al comienzo de los acontecimientos estuvo a punto de perecer.

Cuando los pescadores de la aldea, ante los progresos de la inundación, acudieron en demanda de su ayuda, encontraron su vivienda anegada y destruida por las aguas. Su fiel servidor Kasparson habla resultado muerto al hundirse la vivienda. El propio cardenal quedó mal herido, y durante los trabajos de rescate llevó en la cabeza una venda empapada en sangre. A pesar de esto el anciano trabajaba con un coraje sin

igual, en el intento de salvar a los inundados.

Repartió todo su dinero entre los perjudicados. La suya fue la primera contribución a los fondos que después se incrementarían con lo recaudado en toda Europa para los afectados por la inundación. Pero el efecto que su presencia causaba entre ellos tenía más fuerza y procuraba más consuelo que el dinero.

Demostó gran conocimiento en el arte de gobernar y dirigir un bote. Aquella gente creía que una embarcación donde estuviese él jamás podría naufragar. Bajo su dirección remaban por entre las casas inundadas, y las mujeres saltaban a los botes desde los tejados con los niños en brazos. De vez en cuando les recitaba con voz clara párrafos del Libro de Job. Una o dos veces que el bote fue golpeado por los grandes maderos que flotaban sobre las aguas y estuvo a punto de zozobrar el anciano cardenal levantó los brazos al cielo, y como si desde allí recibiera poderes para restablecer el equilibrio, la barca volvía a su estado normal. Cerca de una alquería, vieron un perro atado con cadena a su perrera. El animal había saltado al techo, pero ya su refugio estaba inundado por las aguas. Cuando un hombre se acercó para desatar la cadena el perro le mordió furioso. El anciano cardenal viró el bote y habló al animal mientras soltaba la cadena. El perro saltó dentro del bote, se apretó contra las piernas del anciano y ya no se separó de él. Muchas personas fueron puestas a salvo antes de lo que podían haber supuesto los del balneario.

Este comportamiento noble y desinteresado jugó un gran papel y ejerció una influencia insospechada en la gente que acudía al balneario, acostumbradas todas ellas a una vida cómoda y sin complicaciones. En los momentos de peligro quedaron admirados del valor y arrojo de aquel hombre singular. En el balneario había pequeños barcos destinados a cortos viajes de placer, pero pocos de sus propietarios sabían manejarlos. Aquella noche la mayoría de las embarcaciones avanzaban a la deriva sobre lo que había sido el amplio paseo, ahora totalmente inundado.

El molino de viento constituía una buena señal con sus altas aspas, duras e inflexibles; era como una gran cruz negra y destartada sobre el firmamento. Allí se habían reunido un buen número de personas esperando la llegada de las barcas de salvamento que regresaban con las personas que habían quedado incomunicadas por la terrible inundación. En el primer viaje no hubo lágrimas ni señal alguna de bienvenida, ya que las personas salvadas eran extranjeras. La última barca del equipo de salvamento trajo la noticia de que aún quedaban cuatro o cinco personas a las que no había sido posible acomodar en la embarcación. Los marineros se miraron unos a otros sin pronunciar palabra. Aquellos hombres estaban extenuados, y por otra parte, conocían muy bien la marea y el mar de fondo de aquellas aguas. No pronunciaron palabra, pero bastaron las miradas para ponerse de acuerdo. Estaban

decididos a no embarcar de nuevo. Tal vez el cansancio del cuerpo habla quebrantado los sentimientos de heroísmo y de humanidad que anidaban indudablemente en los corazones. O quizás vieran en aquel mar agitado los presagios de una muerte segura. Pero permanecían firmes, sin hablar una sola palabra, mirándose unos a otros, afianzándose cada vez más en su resolución de no hacerse de nuevo a la mar en aquellas circunstancias.

De espalda a ellos estaba el cardenal Hamilcar, entre un grupo de mujeres y de muchachos. Como si hubiera adivinado la resolución en sus rostros y en sus corazones, también guardó silencio por unos instantes. De súbito se volvió y clavó su mirada en los recién llegados. Hasta él mismo pareció por unos momentos dispuesto a demorar e incluso abandonar la empresa. Bajo la venda, sus ojos inquirían en aquellos hombres con una expresión singular y misteriosa. No había comido durante todo el día. Pidió algo de beber y le ofrecieron un jarro con una bebida estimulante. Se volvió al agua, y con tono resuelto y sosegado habló con ella: - *Eh bien. Allons, anona.*

Estas palabras del cardenal resultaron ininteligibles para aquellos hombres. Era un término usado por los cocheros de la nobleza, educados en el extranjero y adiestrados convenientemente para conducir troncos de cuatro caballos.

A medida que cambiaba en dirección a la barca y la gente del balneario le abrían paso, hubo algunas señoras que comenzaron a batir palmas. Personas que sólo conocían el heroísmo fingido en los escenarios, aplaudían el gesto del anciano cardenal como hubieran aplaudido a un héroe en el teatro. El cardenal Hamilcar se detuvo por unos momentos al oír los aplausos. Hizo una ligera inclinación de cabeza, con exquisita ironía, a la manera de un artista en escena. Sus miembros estaban tan torpes y embotados que precisó la ayuda de otras personas para poder saltar al Interior de la barca.

La embarcación no regresó hasta bien entrada la tarde del jueves. Sobre aquel ancho paisaje se habla extendido durante todo el día una oscuridad lívida, de muerte. Lo que antes había sido una franja ondulante de tierra, se había convertido ahora en una inmensa llanura gris y triste en todo lo que la vista podía alcanzar. Nada parecía estar seguro. Para los corazones angustiados de los aldeanos, que remaban sobre sus campos de trigo y sobre sus praderas, esta mutación de lo que había sido hasta entonces la seguridad de sus vidas resultaba insoportable. No podían resistir la contemplación de tamaña ruina, y trataban de evitarla en cuanto les era posible.

Las nubes parecían colgadas sobre las aguas. La pequeña barca, moviéndose

pesadamente, parecía avanzar aprisionada entre la masa de agua que tenía debajo y la masa de nubes negras que amenazaban caer sobre ella. Todo era desolación y angustia. El anciano cardenal Hamilcar sacaba fuerzas de flaqueza para alentar y consolar al reducido grupo de aldeanos que hablan decidido colaborar valientemente con él en aquella empresa difícil y heroica.

Las cuatro personas rescatadas de las ruinas de Norderney estaban sentadas a popa, blancos los rostros como cadáveres.

La primera era la anciana *miss* Nat-og-Dag, dama soltera, de gran riqueza, último vástago de una familia Ilustre. Su nombre significaba “Noche y Día”. Andaba muy cerca de los sesenta años. Hacía algún tiempo que su mente se había trastornado con la idea de que siendo como era una dama de la más estricta virtud, su conducta la hacía merecedora de ser considerada la más pecadora de todas las mujeres de su época. Tenía consigo una muchacha de dieciséis años, la condesa Calypso von Platen Hallermund, sobrina del poeta y erudito del mismo nombre. Estas dos mujeres, aunque serenas en el peligro, daban la impresión de estar totalmente ajenas a la muerte de los demás, con egoísmo más propio de la aristocracia venida a menos. Era como si hubiera dentro de la pequeña embarcación una pareja de tigresas. La joven totalmente salvaje, y la vieja con apariencias aún más peligrosas de haber sido domesticada. Ninguna de las dos aparentaba el menor miedo.

Mientras somos jóvenes la idea de la muerte o del fracaso nos resulta intolerable; ni siquiera admitimos la posibilidad del ridículo. En esa edad, en la que miramos todas las cosas por una sola cara del prisma de la vida, todo nos parece fácil y conquistable. Tenemos fe inquebrantable en nuestro destino y en la imposibilidad de que pueda aparecer obstáculo alguno que se interponga en nuestro camino. A medida que vamos entrando en años nos parece acercarnos a la certeza de que todas las cosas son contrarias a nosotros, y poco a poco nos llega el convencimiento de que nuestro fracaso radica en la misma naturaleza de los acontecimientos y ya no nos preocupamos de lo que nos suceda ni de la forma en que acontezca. Nivelando una y otra actitud, se obtendría una medida fusta.

*Miss* Malin Nat-og-Dag, Indiferente al destino, unía el privilegio de la juventud a un optimismo que la confiaba en que nada malo podía sucederle. Es dudoso, incluso, que ella hubiese considerado alguna vez que tenía que morir.

La joven, casi una adolescente, encogida junto a *miss* Malin Nat-og-Dag, con las trenzas negras sueltas y despeinadas sobre la cara, observaba extasiada todo lo que estaba aconteciendo a su alrededor; los rostros de sus compañeros, los movimientos

de la barca, el aspecto desesperanzador del agua alborotada llegaron a sugerirle que ella era allí una impasible divinidad de los mares.

La tercera persona rescatada era un joven danés, Jonathan Marsk, que había sido enviado a Norderney por su médico para recuperarse de un duro ataque de melancolía.

La otra era la criada de *miss* Malin. Esta yacía postrada en lo hondo de la barca, demasiado asustada para atreverse a levantar la mirada más arriba de las rodillas de su Señora.

Estas cuatro personas, arrancadas de las garras de una muerte cierta y espeluznante, todavía no podían considerarse completamente seguras.

Cuando la barca pasó a poca distancia de los edificios de una granja anegada, de los que sólo los tejados asomaban sobre las aguas, observaron la presencia de seres humanos que les hacían señales desde lo alto de uno de los caserones.

Los aldeanos convertidos en barqueros de salvamento quedaron sorprendidos. Sabían que a primera hora había sido enviada una barcaza a aquel lugar.

Bajo la mirada angustiada de todos, que habían visto niños entre los náufragos, cambiaron de dirección, y con grandes dificultades se acercaron a las edificaciones inundadas. Vieron entonces cómo un pequeño granero, del que sólo se divisaba el tejado, cedió súbitamente desapareciendo ruidosamente bajo las aguas. Jonathan Marsk se incorporó y durante unos momentos trató de seguir con la mirada los trozos de muro desmoronados. Luego se sentó de nuevo. Su rostro habla palidecido.

La barca consiguió acercarse hasta que halló un saliente donde sujetar las amarras. Encontraron a dos mujeres, una anciana y otra joven, un muchacho de dieciséis años y dos niños pequeños. Tres horas antes había ido por ellos una barca, pero todos prefirieron aprovecharla para poner a salvo a la vaca, la ternera y algunos productos de la granja. Resistieron heroicamente, con manifiesto peligro de sus vidas, sobre las aguas que crecían a su alrededor. A la anciana le habían ofrecido un lugar junto a los animales, pero ella se negó rotundamente a abandonar a su hija y a sus nietos.

La barca no podía en modo alguno soportar una carga adicional de cinco personas más. Habla que decidir sin demora alguna qué pasajeros cederían sus puestos a la familia de la granja. Los que quedaran sobre el tejado tendrían que permanecer allí hasta que la barca regresara de nuevo. Teniendo en cuenta que ya estaba oscureciendo y era posible que no envían otra nueva barca hasta el amanecer, el regreso no podría asegurarse hasta pasadas seis o siete horas. La cuestión más grave,

sin embargo, era si la casa resistiría tanto tiempo.

El cardenal se incorporó, miró a todos los que le acompañaban en la embarcación, y dijo en tono resuelto y en voz alta para que todos pudieran oírle: —Yo cederé mi puesto a uno de esos pobres náufragos.

Estas palabras del cardenal causaron impresión en todos. Por nada del mundo querían regresar a tierra sin él. Soltando los remos alzaron los brazos hacia el cardenal implorándole que permaneciera con ellos. Pero el anciano no atendía tales ruegos: —Aquí, como en cualquier otro sitio, estoy siempre y me entrego gozoso en las manos de Dios. Creo que mi obligación es quedarme aquí y ceder mi puesto a uno de estos náufragos. Tal vez Dios me haya enviado hasta aquí en el último viaje de mi vida.

Ante la actitud del cardenal y su resolución firme de dejar su puesto en la barca a una de aquellas personas, todos se convencieron de que nada más se podía hacer y no quedaba otro remedio que confiarse ellos también y seguir al prelado en su suerte.

*Miss Malin*, asombrada y conmovida por la heroica actitud del cardenal, decidió acompañarle, y la joven dijo que si la había seguido durante tanto tiempo no iba ahora a dejar sola a su mejor amiga.

El joven Jonathan Marsk pareció despertar de un profundo sueño, y se dirigió al cardenal con estas palabras: —También yo estoy dispuesto a quedarme en su compañía.

En el último momento la sirvienta de *miss Malin* prorrumpió en sollozos, protestando de que ella no estaba dispuesta a dejar sola en semejante peligro a su señora. Estaban ya ayudándola a levantarse cuando su señora le lanzó una mirada semejante a la que le habría dirigido si estuviese a punto de hacer un buen envite jugando a los naipes.

—Muchacha —dijo—, nadie te necesita aquí. Además, tal vez llegues a contraer matrimonio, y debes cuidarte para ese futuro.

La miró con cariño antes de despedirse:

—Buenas noches, Mariechen.

No resultarla fácil para las mujeres pasar desde la barca hasta donde se encontraban los náufragos.

A *miss* Malin la colocaron los hombres sobre el tejado como quien coloca un espantapájaros en un campo sembrado de trigo. La joven, pequeña y flexible, la siguió con la agilidad de un gato.

El perro negro, al ver que el cardenal abandonaba la barca, ladró quejumbrosamente y saltó de pronto hasta el tejado.

Llegó el momento de que la familia de la granja abandonara el molesto y peligroso refugio para pasar a la barca. No lo hicieron hasta después de despedirse de los que quedarían en su lugar, derramar sentidas lágrimas, besarles las manos repetidas veces y desearles un sinfín de bendiciones.

La anciana insistió en entregarles una pequeña linterna de establo con un par de velas de sebo, un botijo de agua, un barril de ginebra y un pan negro de los que hacen los aldeanos de Westerlands.

La barca se puso en movimiento y pronto hubo un canal de agua sucia entre la barca y la casa. Desde el tejado, los nuevos y voluntarios náufragos contemplaban cómo la barca se iba alejando lentamente. Debido al exceso de carga se movía con lentitud por aquellas aguas, siempre en aumento. Las ramas de los altos álamos cercanos a la casa flotaban sobre la corriente que, de vez en cuando, los sacudía con violencia. El cielo, que durante todo el día se había extendido como una tapa plomiza sobre la tierra, tomó de pronto un color más oscuro para dar paso a un rojo flameante que se reflejó durante breves minutos sobre el mar.

Los rostros de quienes iban en la barca se volvieron hacia el tejado hasta que estuvieron tan lejos que empezaron a perderles de vista, y entonces levantaron los brazos en saludo de despedida y agradecimiento.

El cardenal, de pie sobre el tejado, levantó solemnemente los brazos al cielo y dio su bendición a los que se alejaban. *Miss* Malin agitó un pequeño pañuelo. Pronto la barca desapareció haciéndose una sola cosa con el mar y el aire.

Como cuatro marionetas sujetas al mismo hilo, los cuatro náufragos voluntarios se miraron unos a otros en silencio. *Miss* Malin se encontró satisfecha de sus compañeros. El cardenal bajó la cabeza y durante breves instantes adoptó «n» actitud reflexiva. Parecía hallarse en lugar seguro después de un día a merced de las aguas agitadas del mar; o en una atmósfera de paz y seguridad después de largas horas entre los aldeanos angustiados; como si todo peligro hubiera pasado para él, y pudiese ahora entregarse tranquila y sosegadamente a disfrutar de la compañía de sus iguales. Lentamente su actitud pasó de ser la de un acompañante a ser la de un

compañero más. Levantó la vista. Dirigió una sonrisa a los otros náufragos, y con tono cariñoso dijo despacio: —Hermanos: Me congratulo y me felicito muy cordialmente por hallarme entre personas valientes y esforzadas. Estoy pensando en las horas que con el favor del Todopoderoso he de pasar en vuestra compañía. — Ahora se dirigió directamente a *miss Malin* para decirle:— Señora, en nada me sorprende vuestra gallardía. Conozco mucho de vuestra noble raza. fue precisamente un Nat-og-Dag quien en Warberg, cuando cayó herido de muerte el caballo en el que cabalgaba el rey, saltó precipitadamente del suyo propio y se lo entregó al monarca con estas palabras: “Para el rey, mi caballo; para el enemigo, mi vida; para el Señor, mi alma.” fue un Svinhoved, si mal no recuerdo vuestro ilustre abuelo, quien en la batalla naval de Koege, antes que exponer la flota danesa al peligro de ser también incendiada, por llevar su barco fuego a bordo, prefirió luchar hasta el último momento, y cuando las llamas alcanzaron el polvorín murió Junto con toda su tripulación. —Miró a su alrededor y exclamó:— Dicen las Sagradas Escrituras: “Bienaventurados los que tienen el corazón puro porque ellos verán... —hizo una pausa para reflexionar-...la muerte.” Verán indiscutiblemente el rostro de la muerte. Nuestros padres fueron educados a lo largo de los siglos en el manejo de las armas y en la lealtad para con su rey; y nuestras madres, en la virtud.

Nada había podido decir el cardenal con más acierto para fortalecer los corazones de aquellas dos mujeres. Sólo el joven Jonathan Marsk, el único burgués entre ellas, hizo un gesto de protesta. A pesar de todo no pronunció palabra. Penetraron en una habitación de la casa que todavía no había cedido a la acción destructora de las aguas. Intentaron cerrar la puerta, pero como estaba desplomada, se movía a un lado y a otro. El cardenal preguntó a las dos mujeres si podrían hallar alguna cosa con que sujetar la puerta. La muchacha joven se acordó de la cinta con la que había tenido sujeto el cabello, pero le había desaparecido. Entonces *miss Malin* sacó una liga bordada.

—El mérito de una liga está en estirarse, no en encogerse. La hermana de esta liga que ahora mismo está siendo santificada por vuestras manos está en la bóveda del mausoleo real de Stuttgart —Señora —dijo inmediatamente el cardenal—. Estáis hablando de manera frívola, Impropia de vuestra edad y de vuestra alcurnia. Os ruego que no habléis ni penséis de esta forma. Nada santifica, nada puede ser santificado si no lo es por la mano de Dios. El delega en los hombres, en sus ministros, la potestad de bendecir, pero la santidad, la santificación es obra única y exclusiva de Dios al posar su mirada divina sobre las virtudes de los hombres, de sus santos. Habláis cómo una persona que pronunciara la mitad de las notas de la escala y dijese: “*Do, re, mi* son sagradas y santificadas, pero *fa, sol, la* y *si* son profanas.” Solamente Dios elige entre sus escogidos a los que ha de hacer santos...

Cuando la puerta de la habitación se cerró, el recinto quedó sumido en una profunda oscuridad, interrumpida únicamente por el débil resplandor de la linterna colocada en el suelo. La estancia parecía familiar para los náufragos, como si hubieran vivido allí durante un largo espacio de tiempo. Los aldeanos habían recogido el heno recientemente y la mitad de la habitación estaba ocupada por él. Despedía un olor fino y agradable y constituía para aquellas personas cansadas un asiento cómodo, limpio y suave.

El anciano cardenal Hamilcar, completamente agotado, se tendió en el heno extendiendo su larga capa sobre él. *Miss Malin* le contemplaba desde el lado opuesto de la linterna. La Joven se sentó Junto a su amiga, con las piernas cruzadas como un pequeño ídolo oriental. El joven Jonathan Marsk ocupó su asiento junto a una escalera que había en el suelo. De esta forma estaba un poco más alto que sus compañeros de infortunio. El perro negro se mantuvo junto al cardenal. Incorporado sobre sus patas delanteras, con los oídos siempre alerta, de vez en cuando hacía un movimiento profundo como si quisiera engullir su temor y su soledad.

En esta postura permanecieron la mayor parte de la noche. Todas las sombras, salidas de un círculo cuyo centro era la linterna, llegaban hasta las vigas descarnadas. En el transcurso de la noche parecía que estas largas sombras estuvieran realmente vivas, y fueran ellas las que sostenían el espíritu y las conversaciones de aquellos seres extenuados.

El anciano cardenal Hamilcar miró a *miss Malta* para decirle: —Señora, he oído en repetidas ocasiones hablar de vuestro «alón, donde todos los huéspedes se benefician de vuestros desvelos para proporcionarles comodidad. Muchas veces han llegado a mis oídos noticias sobre vuestra habilidad y maestría para atender a vuestros invitados. Esta noche tenemos que recurrir a todos los medios que nos sean posibles y estén dentro de nuestro alcance para proporcionamos comodidades en este recinto, impropio para nosotros, amenazado de ruina de un momento a otro por la acción exterminadora de la inundación. Os suplico, pues, señora, que hagáis esta noche de anfitrión\* y derrochéis todo vuestro ingenio y vuestra habilidad en este henil.

*Miss Malta* aceptó inmediatamente la sugerencia y la súplica del cardenal y tomó el mando. Durante la noche desempeñó su papel distrayendo a sus huéspedes de los raros deleites de la soledad, la oscuridad y el peligro. *Miss Malta* se sentaba sobre el heno como si lo hiciera sobre uno de esos taburetes que forman parte del mobiliario de las duquesas.

Hizo que Jonathan cortara el pan y lo repartiera a todos *sus invitados*, quienes no habían probado bocado durante todo el día. Todos saborearon con ilusión el pan

negro que les fue ofrecido por el joven Jonathan. En el transcurso de la noche, *miss* Malta y el cardenal, exhausto por su avanzada edad y por el exceso de trabajo de la jornada, bebieron un poco de ginebra para reanimarse.

*Miss* Malta cumplió su cometido a las mil maravillas, haciendo mucho más de lo que se le había pedido para complacer y hacer grata la estancia y la noche a sus compañeros. El cardenal trató de pronunciar unas palabras de agradecimiento, pero apenas hubo comenzado a hablar cayó presa de un desmayo y de un desfallecimiento que pareció mortal.

Las mujeres no se atrevieron a quitarle las vendas que llevaba en la cabeza, y se limitaron a rociarla con agua. Cuando volvió en sí clavó la vista en ellas. Luego se llevó las manos a la cabeza, y cuando recobró plenamente el conocimiento se apresuró a excusarse gentilmente por las molestias que les había ocasionado. Al final añadió, tratando de explicar los motivos fundamentales de su desmayo, que habla pasado un día de muchas emociones.

Sin embargo, parecía bastante cambiado; Incluso, como si estuviera mas delgado que antes y no hubiesen pasado unos instantes, sino varios días, tal vez varios meses.

Trató de incorporarse. Fijó sus ojos en *miss* Malin. Luego» como queriendo cederle parte de su responsabilidad quiso acomodarse junto a ella.

Tal vez, en este momento, convenga hacer una breve exposición sobre *miss* Malin Nat-og-Dag.

Queda dicho que padecía una leve enajenación mental. Aun para las personas que la conocían bien, cabía la duda de si *miss* Malin simulaba estos trastornos para satisfacer algunos de sus múltiples caprichos.

Pero no siempre habla sido victima de estas enajenaciones. Mujer de un gran sentido común, estudió filosofía y supo en todo tiempo desdeñar y aborrecer las pasiones humanas. Si ahora le fuera dado a *miss* Malin una oportunidad para elegir el retorno a su anterior estado de cordura y de razón, y tuviera capacidad para darse cuenta de lo que este ofrecimiento significaba para ella, quizá lo hubiera rechazado, teniendo en cuenta que realmente le resultaba mucho más agradable y divertido vivir un poco al margen de la vida apoyada en sus desvaríos mentales.

*Miss* Malin era rica, aunque no siempre habla disfrutado de esta desahogada posición económica. Se habla criado, huérfana, con unos familiares ricos, y lo único suyo que siempre habla estado con ella habían sido su nombre y su gran nariz fue educada por una institutriz piadosa que pensó mucho sobre su concepto de la virtud

femenina. En aquellos días la vida era más sencilla de como fue en años sucesivos. Podía envenenar a sus parientes y engañarles en el juego de naipes con mano hábil, pero para su institutriz seguiría siendo una *honnete femme*, mientras no tolerase ninguna herejía.

Las mujeres de su época podían fijar el precio de sus corazones, el de sus mentes e incluso el de sus almas; podían hasta tener tratos con el demonio; pero en lo tocante a sus cuerpos, éstos constituían y representaban el artículo de más valor para ellas. La disminución de su valor o la pérdida de su integridad era considerado en la comunidad de *honnete femmes* como un pecado mortal.

En realidad, cuanto más alto pudiera «n» mujer elevar individualmente su precio, mayor era su estado de santidad. En la comunidad de aquellas mujeres era mejor mirada la que habla conseguido hacer a más hombres desgraciados por su culpa, que la que había logrado hacerles felices.

Miss Malin apremiada por su buena disposición, así como por su educación adoptó una postura de recelo, pero más tarde se lanzó a la más audaz ofensiva. Fantástica y caprichosa por naturaleza, no halló razón alguna que la aconsejara la temperancia, y de este modo consiguió elevar su valor y su precio a alturas insospechadas. Por causa de esta alta valuación fue victima de una especie de megalomanía.

Había aprendido lo que su piadosa institutriz le había leído en la Sagrada Biblia: "Todo el que mira a una mujer con malos deseos, ya ha cometido adulterio en su corazón."

Los deseos de un hombre hacia ella representaban una impertinencia y una ofensa tan grave como una violación. Sólo en raras ocasiones se mostraba femenina.

Esta virgen fanática, durante su Juventud no representó mal papel en sociedad. Su talento cultivado y brillante le ayudaba en todas las ocasiones' para salir airoso, sin caer en el ridículo o en la irrisión. Aunque no era hermosa, tenía el don de padecerlo y, de esta suerte, en sociedad pasaba siempre por un» de las bellas, mientras que otras mujeres verdaderamente dotadas por la naturalaza de hermosura pasaban inadvertidas.

Los homenajes que recibía los consideraba como un tributo Justo y natural para una Nat-og-Dag; no era insensible a las adulaciones y recibía con satisfacción las ponderaciones referentes a sus raras dotes para la música y la danza.

La mayoría de sus amigos eran hombres, y defendía que las mujeres le resultaban necias y estúpidas.

A pesar de esta predilección por las amistades masculinas estaba siempre alerta, como un toro de lidia ante un palio rojo, o un cruzado ante la media luna, para prevenir cualquier mirada lujuriosa. Dispuesta en todo momento a aniquilar sin piedad ni compasión al osado que se atreviera a mirarle con intención.

*Miss Malin* no consiguió evadirse del destino común a todos los seres humanos. También esta virgen fanática tuvo su aventura. Cuando cumplió los veintinueve años, ya doncella madura, decidió casarse. Su decisión pronto cundió por el país, y *miss Malin* se vio rodeada por perritos falderos que ladraban a su alrededor.

Estuvo tentada de echarlo todo a rodar y abofetear a todos aquellos atrevidos que osaban cortejarla, pero siguió adelante con su resolución de contraer matrimonio. También la reina Sigrid se enamoró de un héroe cristiano, Olav Trygveson, y en la leyenda puede leerse el trágico resultado de las relaciones de estos dos corazones orgullosos.

Malin, por su parte, eligió al príncipe Ernesto Teodoro de Anhalt. Este Joven era el ídolo y la admiración de su tiempo.

De cuna altísima y enorme riqueza. Su madre había sido Gran Duquesa de Rusia. El príncipe Ernesto Teodoro de Anhalt era elegante y hermoso como un ángel, y como soldado, un auténtico "león de Judá". Gozaba de un corazón noble; en su naturaleza no anidaba el menor signo de frivolidad, y cuando veía que bellas mujeres morían de amor por él, el Joven príncipe sentía pesadumbre y lástima. Era un fino observador. Gustaba mucho de ver y analizar detenidamente las cosas y las mujeres que se acercaban a él. El día que conoció a *miss Malin*, durante un buen espacio de tiempo no vio cosa ninguna, sino su hermosura.

Este joven lo había obtenido todo con demasiada facilidad. Sólo con levantar su meñique habla tenido a su disposición la belleza, el talento, el encanto y la virtud. En *miss Malin* no había encontrado nada sorprendente, sino el precio que exigía excesivamente elevado.

Impresionó sobremanera al joven príncipe que esta mujer delgada, de nariz grande, sin dinero y dos años mayor que él, le pidiera, no sólo su nombre principesco y una participación en su brillante futuro, sino también su adoración, su fidelidad para toda la vida. Algunas personas tienen una pasión invencible por los acertijos y por las adivinanzas. Pueden con toda facilidad escuchar y comprender el sentido de las cosas, e incluso percatarse de su sabiduría. Pero no lo hacen así: prefieren emplear muchas horas devanándose los sesos sobre la solución y el sentido de un acertijo que no acaban de comprender. El que al final de tanto tiempo invertido no encuentren

sino resultados necios no ejerce influencia alguna sobre estas personas. El príncipe Ernesto Teodoro de Anhalt tenía esta mentalidad. Desde los años de su infancia acostumbraba a pasar horas y más horas abstraído con los acertijos y con las adivinanzas. Este pasatiempo, en su caso, era considerado como una prueba de su talento.

Cuando, finalmente, se encontró con el hueso difícil que presentaban las exigencias de *miss Malin*, todas las facilidades anteriores se esfumaron. Tan nervioso y preocupado se encontraba el príncipe Ernesto ante el primer obstáculo y riesgo de su vida que no se decidió a hacer proposiciones de matrimonio a Malin Nat-og-Dag hasta la última noche anterior a su marcha para la guerra. Quince días más tarde fue muerto en los campos de batalla de Jena, y en sus últimos momentos apretaba en su mano un pequeño relicario de oro conteniendo un bucle de cabello rubio. Muchas jóvenes rubias se sintieron consoladas con el pensamiento de este relicario. Pero nadie llegó a saber que entre todas las trenzas de pelo que habían pasado por sus manos, solamente este mechón de pelo de una doncella madura había sido para él como el alma de una Valkiria que le elevó sobre la mediocridad. Si Malin hubiera sido católica habría ingresado en un convento después de la batalla de Jena, para salvar su alma. Pero lo único que hizo fue tomar su cruz, y llevarla adelante.

*Miss Malín* pasó una larga temporada ausente de la sociedad. La habla calado muy hondo su desgracia y necesitaba tiempo para meditar y decidir. Como primera providencia desechó toda idea relacionada con el matrimonio.

A la edad de cincuenta años se encontró inesperadamente dueña de una gran fortuna. Hubo personas que la consideraron tan débil que llegaron a pensar que esta visita de la diosa se le subirla a la cabeza y la sacaría de la realidad.

Pero no fue así. No la sorprendió en lo más mínimo hallarse en posesión de tesoros y riquezas semejantes a las del Gran Turco. Lo que le afectó en serio fue lo que suele cambiar a todas las mujeres que cumplen los cincuenta años: el paso del servicio activo al pasivo, como mero espectador. Su fortuna le ayudó como un soplo de aire bajo las alas que le permitía volar más alto y cacarear más fuerte. Todo ello fue, naturalmente, objeto de crítica por parte de sus amistades. En su liberación habla, desde luego, un tono de locura. Locura y desvarío que tomó matiz curioso. Creía haber sido la gran cortesana de su tiempo. Tomó su fortuna, su casa, sus joyas y sus enormes riquezas y honores como el precio y el tributo de su pecado, ganado todo en una larga carrera de caídas sin cuento. Debido a esto, *miss Malín* era en extremo generosa con su dinero, considerando que lo que había sido ganado y reunido frívolamente debía gastarse y derrocharse también con frivolidad.

No abría la boca sin hacer mención a su vida de libertinaje y de corrupción. Hasta el príncipe Ernesto Teodoro, el casto joven amante a quien ella negó un solo beso amistoso, figuraba en su colección de objetos de cera como víctima de sus artes y de su ferocidad de sirena.

Es dudoso que cualquier espectáculo pueda ser gozado y calibrado de la misma manera por las personas que pueden correr el riesgo de formar parte de él, y las que, por circunstancias de la vida, están totalmente alejadas de tal posibilidad. Resulta improbable que la anciana más piadosa pueda asistir a la quema de una bruja con el mismo sosiego con que asistiría un público masculino. Ninguna mujer joven, aunque fuera sacada de una celda de monja, podría asomarse a la imaginación de *miss Malin* sin miedo.

Tenía bien grabado en su mente el texto de la Biblia referente al adulterio de pensamiento, y estaba plenamente convencida de que una multitud de jóvenes distinguidos lo hablan cometido con ella.

Los celos, el engaño, la seducción, el estupro, el infanticidio y la crueldad senil, con todas las perversidades del mundo humano de la pasión, eran para ella pequeñas y sabrosas golosinas que gustaba escoger, una por una, dentro de la bombonera de su mente y morderlas con fruición.

En todos sus ensueños era ella su propia heroína, la que corría a través de las esferas de los siete pecados capitales con el mismo éxtasis y embelesamiento que ven niño galopa sobre su caballo. Ningún peligro ni obstáculo se oponía a sus decisiones, nada le atemorizaba ni arredraba, ningún remordimiento de conciencia era capaz de destruir su paz. Si habla alguna persona de la que hablara con desdén era de María Magdalena, por no haber sabido soportar el peso de sus dulces pecados. Ella llevaba y soportaba el peso de los suyos con la destreza de un atleta. Su rostro estaba cambiando bajo los efectos de su gran revolución espiritual, y en la edad en que otras mujeres echan mano del colorido de los afeites, su indulgencia para con la debilidad humana habla producido en sus facciones un color vivo, y en sus ojos, un brillo y un fulgor excitantes.

Ahora estaba más cerca de ser una mujer hermosa que lo habla estado nunca. Cierto que siempre había sido tenida por una mujer encantadora, pero en realidad su aspecto más tuvo siempre del hada negra de los cuentos infantiles que de hada madrina; más de ángel vengador que de ángel bueno. Habla conservado su agilidad y como bailarina podía ser aún admirada en cualquier reunión.

Esta mujer que había pasado por tantas vicisitudes y tanto habla dado que hablar

estaba ahora, en el brillo de su dulce locura y de su segunda Juventud, sentada Junto a sus compañeros de Infortunio. Allí, en lo que había servido de henil a los aldeanos que ocuparan la granja, estaba *miss* Malin, aislada totalmente del mundo exterior, conversando animadamente con el cardenal Hamilcar.

—Cuando siendo aún niño estuve algún tiempo en Coblenza, corte del emigrante duque de Chartres —dijo el cardenal después de una larga pausa—, tuve oportunidad de conocer al gran pintor Abildgaard. Me gustaba estar con él, y en su estudio solía pasar casi todas las mañanas. Cuando acudían a él las damas de la corte para que las retratara, pues era muy solicitado por las bellas que deseaban inmortalizar su belleza, oí en repetidas ocasiones que les decía: “Lavad vuestros rostros. Quitad de ellos los coloretos, los afeites y el *kohl*. Si os empeñáis en pintar vuestros rostros, no podré en modo alguno hacerlo yo.”

"Con frecuencia he pensado y reflexionado sobre estas palabras. Y he sacado la conclusión de que esto es precisamente lo que el Señor dice continuamente a los débiles mortales: “Lavad vuestros rostros, pues si os empeñáis en dar una gruesa capa de hipocresía sobre vuestra humildad, sobre vuestra caridad y sobre vuestra castidad, yo no podré hacer nada...”

Cuando el anciano cardenal pronunciaba estas palabras, un movimiento brusco del mar estuvo a punto de arrancar el pabellón donde se encontraban. Con aire sonriente, prosiguió: —Realmente, esta noche el Señor está lavando nuestros rostros con sus propias manos, y en verdad que está utilizando una gran cantidad de agua. Busquemos consuelo y alivio en la idea de que no hay honor más alto ni felicidad más sublime que tener unos retratos nuestros pintados por las propias manos del Señor. Esto es lo que llamamos inmortalidad.

*Miss* Malta estuvo a punto de Interrumpir para hacer una pequeña observación referida al rostro del anciano, cubierto con vendajes teñidos de sangre. No podía comprender el significado de tales heridas en aquel hombre de noble presencia y aspecto venerable.

El cardenal adivinó su pensamiento y habló para ella, sonriente:

—Si, *madame*... El Señor se ha servido purificar mi rostro. ¿Es que no hemos oído hablar y nos han enseñado en repetidas ocasiones sobre los efectos purificadores de la sangre? *Madame*, me doy cuenta ahora de que es todavía más fuerte y más purificadora de lo que nos han enseñado. Y quizá mi rostro necesitara este baño. ¿Quién, fuera del Señor, sabe qué afeites y polvos he puesto yo en mi rostro durante el largo transcurso de setenta años? Verdaderamente, *madame* con estos vendajes me

encuentro más preparado para hacerme ese retrato de mano del Señor...

*Miss Malta* se ruborizó ligeramente y trató de retrasar la conversación como quien retrasa un reloj. Dirigió su mirada al cardenal y dijo: —Estoy contenta y agradecida por no haber usado nunca en mi vida afeites ni polvos que desfiguraran mi rostro; *monsieur* Abildgaard hubiera podido pintarlo en cualquier momento. Pero, en cuanto a este divino retrato mío que será, según yo creo, colgado en las galerías celestiales cuando yo muera y desaparezca de este mundo, permitidme, monseñor, que os diga que nuestras ideas difieren un poco.

—Las ideas de los críticos de arte es probable que difieran —arguyó el cardenal—. De eso también aprendí mucho en el estudio de Abildgaard. En cierta ocasión vi al maestro golpeando el rostro de un gran pintor francés con una brocha de pelo de tejón lleno de cadmio, todo porque no estaban de acuerdo sobre las leyes de la perspectiva. Por favor, *madame*. No tengáis inconveniente en discutir conmigo vuestros puntos de vista. Tal vez tenga que aprender alguna cosa de vos.

Hubo una pausa. *Miss Malin* miró al cardenal, sin atreverse a hablar. Luego reaccionó, animada por la sonrisa del anciano, y dijo: —Entonces, comenzaré. ¿De dónde ha sacado la teoría de que el Señor necesita de nosotros? Esta es una idea extraña y original, monseñor. La razón de que El ni necesita ni busca la verdad en nosotros es obvia. El conoce el fondo de nuestros corazones, y a mi entender hallaría nuestra postura bastante aburrida. La verdad queda para los sastres o para los zapateros, monseñor. Yo, por el contrario, he sostenido siempre que el Señor tiene cierta inclinación por las máscaras y los disfraces. ¿No decís vosotros continuamente, como padres de almas, que nuestras pruebas y contrariedades son verdaderamente como bendiciones disimuladas? Y así es, a mi entender. Yo he podido comprobar que lo son más a medianoche, cuando la máscara cae. Al propio tiempo, nadie puede negar que esas bendiciones disfrazadas lo han sido por la mano de un experto sin rival. El mismo Señor, con vuestro permiso, me parece a mí que estuvo enmascarado durante el tiempo en que tomó nuestra carne y vivió entre nosotros. Verdaderamente, si yo hubiera sido la hospedera de las bodas de Caná, tal vez me hubiera sentido agraviada un poco por el milagro.

"Realmente —siguió *miss Malin*—, de todos los monarcas de los que yo he oído hablar, el que más llegó, a mí Juicio, al espíritu verdadero de Dios fue el Califa Harón de Bagdad, quien, como sabéis, tenía un gusto y afición especial por los disfraces. Si yo hubiera vivido en sus días, me hubiese prestado al juego con él. Si en mi vida hubiera tenido que representar el papel de diosa, lo último que hubiera pedido a mis adoradores hubiera sido la verdad. “Haced poesía —les hubiera dicho —, haced uso de vuestra imaginación, disfrazad y desfiguradme siempre la verdad

ante mi presencia.” Vuestra verdad aparece demasiado pronto, monseñor, y eso es el fin del juego. Y ahora —continuó la anciana señora—, ¿qué me decís, monseñor, sobre la modestia femenina? Con seguridad que es una buena cualidad, y ¿qué es sino un engaño? Teniendo en cuenta que aquí hay un joven y una doncella, puedo decir que todas las mujeres se dividen según la belleza de sus piernas. Aquellas que tienen unas piernas bonitas y que conocen la verdad oculta para ser más dulces que todas las ilusiones, son verdaderamente mujeres galantes. Son las que nos miran cara a cara, las que tienen el auténtico coraje de una buena conciencia. Pero si esas mismas piernas las cubren con pantalones, ¿adónde va a parar su galantería? Los jóvenes de nuestros días usan pantalones tan estrechos que se ven obligados a mantener dos criados para que les ayuden a ponérselos...

—Y difícil que resulta esa tarea —dijo el cardenal, pensativo.

Hizo una inclinación al cardenal en señal de respeto y luego continuó con estas palabras: —Os pido perdón, monseñor, por haber estado hablando tanto tiempo.

- *Madame* —dijo el cardenal gentilmente—, no os excuséis. He sacado enseñanzas de vuestra conversación, aunque no me han convencido vuestros razonamientos para hacerme creer que tenemos realmente la misma forma de pensar. Este mundo nuestro es como el juego de niños del pan y del queso. Siempre queda algo debajo. {La verdad, el engaño! ¡La verdad, el engaño! Cuando el Califa se disfrazó como uno de sus súbditos pobres, todo su oculto esplendor no hubiera justificado la brozna si no hubiera tenido para con su pueblo un corazón fraternal. De la misma manera, cuando nuestro Señor estuvo durante treinta años disfrazado como el hijo de un carpintero, no hubiera tenido razón ni sentido el disfraz si SI no hubiese llevado en el pecho un corazón humano, e incluso, *madame*, una simpatía por los catadores del buen vino en aquellas bodas... La mujer aguda y graciosa, *madame*, escoge para su vestido de carnaval uno que revele ingeniosamente algo de su espíritu o de su corazón, algo que concuerde con su vida de cada día. Cuando una mujer se pone una máscara de horrorosa nariz veneciana, nos quiere decir que no sólo lleva detrás del disfraz una nariz clásica, sino que también dispone de otras cosas por las que puede ser adorada más que por su simple belleza. Así habló el árbitro de las máscaras: “Por la máscara te conoceré.”

"Pero convengamos, *madame* —siguió el cardenal—, en que el día del Juicio no habrá, como algunos necios anuncian, tiempo para despojarnos de nuestros pobres intentos de engaño, délos que el Señor conoce ya hasta el más mínimo detalle, sino que aquélla será la hora en la que el mismo Dios Todopoderoso dejará caer la máscara, ¡Y qué momento más terrible! ¡Oh, *madame*! No serán demasiado aunque tengamos que esperar la llegada del Juicio final un millón de años. El cielo sonará y

resonará con risas, puro e inocente como un niño, claro como una novia, triunfante como el fiel guerrero que tiene a sus pies las banderas del enemigo vencido...

Hubo una ligera pausa. El cardenal miró a su alrededor y dijo:

—Pero, *madame*, ¿no nos ha preparado el Señor aquí el día del Juicio en miniatura? Pronto llegará la medianoche. Concedamos que sea la hora de la calda de la máscara. Si no es vuestra máscara o la mía la que ha de caer, supongamos que sea la máscara del destino y de la vida. Pronto nos tendremos que enfrentar con la muerte sin máscara de ninguna dase. Entretanto no tenemos otra cosa que hacer sino recordar lo que la vida es en realidad. Venid, *madame*, y también vosotros, jóvenes. Como no seremos capaces de conciliar el sueño y aquí nos encontramos sentados con relativa comodidad, contadme quiénes sois y narradme la historia de vuestra vida, sin reparo de ninguna dase.

El anciano se dirigió a Jonathan Marsk, y le dijo:

—Tú saltaste a la barca con peligro de hacerla zozobrar, a la vista de este edificio medio anegado por las aguas. Noté en tu mirada cierta duda, pero al final tu noble corazón pudo con aquellos recelos, después de todo justificados, y te decidiste a poner tu vida en peligro por salvar a los pobres aldeanos que pedían nuestro socorro. Eres indudablemente de corazón noble. Tal vez por tus años, todavía pocos, hayan pasado ya aventuras y experiencias que merezcan nuestra atención, e incluso también nuestro estudio y meditación.

El joven Jonathan Marsk miraba fijamente al anciano cardenal, sin atreverse a pronunciar ni una sola palabra.

—Tal vez —continuó el cardenal— algún orgulloso edificio de tu vida se haya desmoronado también ante tus ojos. Cuéntanos, cuéntanos.

Añadió luego:

—También he observado hace unos momentos, cuando hablé de la pureza de nuestra sangre, que temblaste al escuchar mis palabras, tanto como ante la vista de este henil. Tal vez seas partidario de las ideas revolucionarlas de nuestra generación. No te imagines, sin embargo, que yo soy extraño a dichas teorías. Yo estoy más cerca de ellas de lo que tú puedas imaginar. Pero apartemos de nosotros toda discrepancia en cuestión política, que pueda distanciar nuestros corazones en momentos tan difíciles. Acércate más a mí. Yo hablaré tus propias palabras. Y ahora que haya entre nosotros libertad, igualdad y fraternidad, las tres cosas necesarias, aunque la mayor y más importante para nosotros sea la fraternidad. O tal vez estés gimiendo, hilo mío, bajo

el triste peso de la bastardía. Pero ¿quién mejor que el bastardo necesita alzar la voz y preguntar quién es? Ten fe y confianza en nosotros. Cuéntanos ahora, antes de que amanezca, la historia de tu vida.

El joven, al oír estas palabras, alzó la vista para mirar la cara del cardenal. La dignidad de los modales del anciano habla impresionado a todos desde el primer momento. El Joven estaba fascinado por la extraña luz de sus ojos. Por breves instantes los dos se miraron fijamente. El color apareció en las pálidas mejillas del joven. Emitió un hondo suspiro, y dijo con leve voz: —Sí, les contaré mi historia. Tal vez la pueda comprender mejor cuando la recuerde con palabras. No puedo desobedecer a la gentil y cariñosa invitación que acabo de recibir.

*Miss Malin* intervino en la conversación:

—Abre tu corazón, mi Joven amigo.

El joven dirigió su mirada a los tres compañeros, y dijo:

—Contaré mi historia. La Historia de Timón de Astens.

—Si ustedes han vivido en Copenhague —comenzó diciendo— habrán oído hablar de mí, pues allí fui yo cierto tiempo tema de conversación general. Tan popular entre toda clase de público, que incluso me dieron un nombre. Me llamaron Timón de Assens. Tenían su punto de razón en el apodo, puesto que yo procedía de Assens, que como ustedes sabrán es una pequeña ciudad, puerto de mar en la isla de Funen. Allí nací, de familia muy conocida y considerada.

"Mi padre era el patrón Clement Marsk, y mi madre se llamaba Magdalena; poseían una bonita casa con Jardín, dentro de la ciudad. Yo no sé si les parecerá curioso o peregrino que durante el tiempo que viví en Assens no pasara por mi imaginación que pudiera haber cosa alguna que me dañara o perjudicara. Tampoco pensé nunca que pudiera haber alguien que se ocupara de mí. Me pareció, por el contrario, que mi labor estaba en mirar al mundo desde lejos. Mi padre navegaba, y durante muchos veranos yo también navegué con él. Entonces tuve ocasión de llegar hasta Portugal y Grecia. Cuando me encontraba en el mar, el barco y el cargamento eran las únicas cosas por las que teníamos que preocuparnos, y a los dos nos parecían las cosas más importantes que pudiera haber en el mundo. Mi madre era una mujer encantadora. Aunque me moví durante cierto tiempo dentro de la alta sociedad, nunca encontré otra mujer igual, ni en sus miradas ni en sus modales. Ella no acompañaba a las demás mujeres de los patrones, ni iba nunca a las casas de las familias vecinas. Su

padre habla sido ayudante del gran botánico sueco Linné, y para ella, las flores y todo lo que las rodeaban era lo más importante, y su entretenimiento con ellas lo de más utilidad que pudieran hacer los seres humanos. Durante el tiempo que estuve con ella, mantuve la creencia de que las plantas, las flores y los insectos eran las únicas cosas del mundo de importancia, y que los seres humanos estaban en él solamente para cuidar de aquéllos. En el jardín de Assens vivimos mi madre y yo lo que siempre he denominado un idilio. Nuestros días no conocieron sino inocencia y placer.

*Miss Malin*, que habla estado escuchando atentamente, ávida siempre ante cualquier clase de narración, interrumpió al joven por unos instantes, dio un leve suspiro y dijo: —Yo sé mucho sobre idilios. *Mais mol je n'aime pos les plaisirs innocente.*

—En Assens —prosiguió Jonathan— tenía un amigo. Al menos, yo por tal le consideraba. Era un muchacho inteligente, llamado Rasmus Petersen. Tenía dos años más que yo y me sacaba en altura la cabeza. Estuvo para hacerse clérigo, pero tras ciertas turbaciones y remordimientos abandonó sus propósitos de abrazar la vida eclesiástica. Cuando estuvo en Copenhague, como estudiante, fue preceptor en muchas casas grandes. Siempre tuvo por mi gran interés, y sin embargo, a pesar de que yo le admiraba, nunca me sentí a gusto en su compañía. Era agudo y penetrante como una hoja de afeitar. Cuando llegué a los dieciséis años habló con mi padre sobre que me convenía ir con él a Copenhague. Allí podría estudiar bajo la dirección de profesores bien preparados que él conocía. Siempre mantuvo que yo era un muchacho inteligente.

—¿Y lo eras? —preguntó *miss Malin* con sorpresa.

—Desgraciadamente, no, *madame* —repuso Jonathan.

Siguió la narración de la historia:

—Cuando fui por primera vez a Copenhague me encontré muy solo y aburrido. Al principio no tenía nada que hacer. Me pareció que allí había demasiada gente. Y al propio tiempo pensé que aquella gente no quería nada conmigo. Cuando hablaba con alguien unos momentos, generalmente se apartaban de mí. No obstante, después de algún tiempo me llamaron la atención y me atraieron poderosamente los grandes invernaderos de los palacios reales y de las casas nobles. Entre éstos, los más renombrados eran los del barón Joaquín von Gersdorff, gran mayordomo de Dinamarca y un gran botánico. Había viajado por toda Europa, la India, África y América, y recogido y coleccionado plantas raras de todos los países. ¿Han oído hablar de él anteriormente, o le conocen? Procede de una familia rusa. Su riqueza es

tan grande que no se ha conocido otra igual en Dinamarca. Poeta, músico, diplomático, seductor de mujeres, aun en aquellos años en que ya era anciano. Pero no por ninguna de estas cualidades, con ser todas ellas tan distinguidas y destacadas, llamaba este hombre la atención. El barón Joaquín von Gersdorff era conocido en todas partes por ser un hombre moderno. Podría decirse que la moda se habla hecho, al menos en Copenhague, lacayo del barón Gersdorff. Cualquier cosa que él hiciera era repetida por todo el mundo. Pero no entra dentro de mi intención describirle. Todos ustedes saben muy bien, al menos así lo imagino, lo que significa un hombre popular y mundano. Rasmus me consiguió un permiso para penetrar en el invernadero del barón. No habla ido sino un número reducido de veces, cuando una tarde me encontré con el barón Gersdorff en persona. Rasmus nos presentó. Me saludó en forma amistosa y se me ofreció para enseñarme personalmente aquel lugar, labor que hizo con toda paciencia y benevolencia. Después de aquel día, casi siempre me encontró con él. Me encargó la labor de catalogarle todos los cactus que tenía. Los dos pasamos muchos días Juntos en aquel cálido Invernadero. Me agradaba mucho su conversación porque hablaba bien documentado sobre flores e insectos, ya que habla visto y estudiado mucho sobre botánica en sus largos viajes por las distintas partes del mundo. Una tarde, mientras le leía un tratado sobre el tubo del *epiphyllum*, cogió mi mano y la sostuvo entre las suyas. Cuando terminé de leer levantó la vista y me dijo: "«Dime, Jonathan, ¿qué tengo que darte por tus honorarios como investigador?»"

"Me sonreí y le contesté diciendo que no creía haber hecho nada excepcional.

"«¡Dios sea bendito!» —dijo.

"Poco después de aquel día comenzó a hablarme sobre mi voz. Me dijo que la tenía notablemente dulce y me pidió que le autorizara para hablar con *monsieur* Dupuy con el objeto de que me diera lecciones de canto.

*Miss Malin* preguntó ahora con cierta incredulidad, ya que la voz del narrador era baja y áspera: —¿Pero tenía de verdad una voz dulce y amable?

—Sí, *madame*. En aquel tiempo tenía yo una voz muy bonita. Mi madre me había enseñado a cantar.

—Ah —repuso *miss Malin*—. No hay en el mundo nada más agradable que la voz de un Joven. Cuando estuve en Roma conocí a un muchacho llamado Mario que tenía una voz de ángel. Estuve precavida y recelosa porque temía que aquella voz angélica rompiera con todos los obstáculos y con todas las resistencias que yo ponía para convertirme a la Iglesia de Roma. Desde mi banco pude contemplar cómo un oyente

derramaba abundantes lágrimas de emoción cuando Mario elevaba su voz con estas palabras: “Vete lejos de mí, Satanás.” Aquél día salí emocionada del recinto.

Hubo una pequeña pausa. *Miss Malin* miró a Jonathan y dijo: —¿Dice que llegó a dar lecciones de canto y alcanzó a ser un virtuoso?

Jonathan con una sonrisa contestó:

—Así es, *madame*. DI mi «lecciones de canto. Y como tenía una gran afición a la música trabajé mucho y conseguí hacer progresos. A principios del tercer invierno, el barón, que por esta época no solía charlar conmigo, me llevó a las casas de sus amigos y allí me rogó que cantara para que ellos me oyeran. Cuando llegué por primera vez a Copenhague acostumbraba a pasear por el exterior de las casas durante las tardes, con el objeto de ver las flores de los Jardines, los candelabros de los vestíbulos y las muchachas Jóvenes cuando se apeaban de sus carruajes. Ahora entraba en todas partes y las señoras eran conmigo muy amables. Tuve el honor de cantar en la corte, en presencia del rey Federico y de la reina María. Recuerdo que la reina me sonreía muy amablemente. En aquellos momentos consideraba estos pensamientos: “Cuán engañadas están aquellas personas que dicen y creen que los aristócratas en las ciudades no gustan de ninguna otra cosa fuera de sus riquezas y sus honores mundanos.” Yo puedo asegurar que todas aquellas damas y caballeros amaban la música tanto como yo, si no más, y olvidarían cualquier cosa por ella. ¡Qué sublime es el amor por la belleza!...

*Miss Malin* intervino para hacer una nueva pregunta: —¿Se enamoró?

—En cierto sentido yo estaba enamorado de todas —contestó Jonathan—. De sus ojos caían lágrimas cuando yo cantaba. Me acompañaban al arpa, o en los dúos. Quitaban las flores que llevaban en la cabeza y me las entregaban. Pero quizá yo estuviera enamorado de la condesa Atalanta Dannekjold, la más Joven de las hermanas Dannekjold, a las que llamaban “los nueve cisnes de Samsø”. Todo aquel invierno fue para mí como un sueño delicioso. ¿No sueñan ustedes algunas veces que pueden cantar la nota que quieren, y recorrer arriba y abajo toda la escala musical, como los ángeles la escala de Jacob? Yo a veces sueño eso mismo, incluso en la actualidad. Pero en la primavera ocurrió lo que consideré una gran desgracia, un terrible infortunio, aunque he de confesar que en aquel entonces no sabía lo que significaban ni desgracia ni infortunio. Caí enfermo. Cuando ya iba experimentando una franca mejoría, el médico de la corte que me asistía dijo que habla perdido mi voz y que no veía esperanzas de que la pudiera recobrar. Durante el tiempo que permanecí en cama después de la noticia fatal estuve preocupado por esto, no sólo por el hecho de perder la voz, sino por la Idea que me abrumaba de que mis amigos

quedarían ahora desilusionados y la vida sería para mi triste y aburrida. Cuando recibí la visita de Rasmus Peterson no pude por menos de derramar lágrimas. Le abrí de par en par mi corazón para conseguir su simpatía en mi desgracia. Tuvo que levantarse de la silla y volverse hacia la ventana para disimular su risa. Le tuve entonces por un hombre sin corazón, y no le dirigí ninguna otra palabra.

"«Pero ¿qué te pasa, Jonathan? ¿A qué son debidas esta timidez y estas confidencias? Tengo mis razones para reír porque he ganado una apuesta. Yo sostenía que tú seguías siendo tan simple como aparentas, pero nadie lo creía. Todos creen que eres un muchacho perspicaz. Mira, amigo... No tiene la menor importancia para ti el que hayas perdido la voz...»

”Yo no le comprendí nada. Creo que mi rostro empalideció, aunque sus palabras me halagaron.

"«Escúchame —continuó—. El barón Gersdorff es tu padre. No debes preocuparte por nada. Yo ya lo había adivinado antes de llevarte a su invernadero. Te habla visto en algún sitio y le recordaste a un retrato que tenía él de cuando era niño, con una cabeza también como la de un ángel. Entonces le encontré mas alegre y complacido que nunca, y fue cuando me dijo confidencialmente: “Nunca en mi vida he tenido un hijo. Me parece curioso en extremo el que haya encontrado uno. Hasta creo que este muchacho es verdaderamente hijo de mi carne y por ello le he de recompensar. Si supiera que su alma también es semejante a la mía, por Dios que le legitimarla y le dejaría todo lo que poseo. Si no es posible hacerle barón Gersdorff, al menos le dejaré el título de Caballero de Malta con el nombre de De Resurrection.” Por esto —dijo Rasmus— el mundo elegante y las bellas de Copenhague te miman y te quieren, Jonathan. Durante todo el tiempo te han estado observando para ver si se manifiesta en ti el alma del barón Gersdorff. En este caso te convertirlas en el hombre más rico y más codiciado de toda Europa del norte.»

"Luego —prosiguió Jonathan con su historia— mi amigo Rasmus me contó una conversación que habla sostenido con el barón Gersdorff referente a mi

”Tú sabes, mi buen Rasmus, que soy poeta— comenzó diciendo el barón—. Pues bien, te explicaré qué oíase de poeta soy. Nunca me he puesto a escribir una sola línea sin imaginarme a mi mismo en el lugar de un poeta u otro de los que he conocido o de los que he oído hablar. He escrito poemas al estilo de Horacio y de Lamartine. Además, no soy capaz de escribir una carta amorosa sin representarme a mí mismo en la mente de Lovelace, el Corsario o Eugenio Onegine. A las damas las he adulado, adorado y seducido imaginándome ser alguno de los héroes de Chateaubriand y de lord Byron. No hay nada que yo haya hecho sin saber bien lo que hada. Pero este muchacho, este Jonathan, me ha atraído sin yo proponérmelo»

Está ligado a mi, no como una figura de Firdusl o de Oehlenschlaeger, sino como una verdadera y auténtica obra de Joaquín Gersdorff. Es una cosa curiosa, digna que la observe y medite el propio Joaquín Gersdorff. Es un fenómeno de extrema importancia para él. Que me demuestre él lo que es en realidad Joaquín Gersdorff, y ninguna recompensa que yo pueda darle a cambio será demasiado grande. Riquezas, casas, joyas, mujeres, vinos y honores serán suyos a cambio...»

”Todo esto lo oí mientras estuve enfermo en la cama. Yo no sé si mi narración parecerá extraña a todos. No sé si querrán creer que la primera impresión que estas palabras produjeron en mi fue un profundo y lacerante sentimiento de vergüenza.

”Aquella misma noche escribí una carta al barón para despedirme de él. Estaba tan lleno de hastío hacia él y hacia todo su mundo que al leer mi carta después de escrita hallé repetida nueve veces la palabra moda. Entregué a Rasmus mi carta para que la hiciera llegar a sus manos. Cuando salía, recordé que no había dicho nada sobre la fortuna que el barón estaba decidido a dejarme. Llamé a mi amigo y le rogué que participara al barón mi renuncia a todo. No podía soportar la vista de las calles. Abandonando mi lujoso alojamiento, partí en un barco hacia la pequeña isla fortificada de Tre Kroner, y me alojé con el comissarlo ordenador. Allí no podía ver más que mar. Rasmus me acompañó con mi equipaje. Durante todo el trayecto estuvo tratando de convencerme para que regresara. Teníamos que pasar por delante de la puerta del palacio de Gersdorff; tal repugnancia y aversión se apoderó de mí al ver aquel lugar que escupí, de la misma forma que mi padre, el patrón Clement Marsk de Assens, me enseñara a escupir cuando yo era muchacho. Durante unos días viví en Tre Kroner, tratando de hallar de nuevo el mundo que en otras épocas había sido mío. Pensé en el jardín de Assens, pero aquel jardín estaba cerrado para siempre. Una vez que se ha comido del árbol del conocimiento y se ha visto uno a sí mismo, los jardines se cierran solos. Y nosotros nos convertimos en personas de moda, como hicieron Adán y Eva cuando comenzaron a ocuparse de su propio aspecto y apariencia. Pero días más tarde vino Rasmus a verme. Había tomado un bote para llegar hasta donde yo estaba. Esto constituía para Rasmus un gran sacrificio porque siempre le habla asustado mucho el mar.

”«Ah, amigo mío —dijo frotándose las manos—. Has nacido con suerte. Entregué al barón tu carta y a medida que la iba leyendo aumentaba también en extremo su alegría y satisfacción. Se puso de pie y paseó de un lado a otro. Luego exclamó: “Bendito sea Dios. Esta misantropía, esta melancolía. Qué unidas están a mí. Nunca podré olvidar que la primera semana después de convertirme en amante de la emperatriz Catalina sentí exactamente lo mismo que él siente ahora. Hablé hasta de meterme en un monasterio. Es el Joven Joaquín Gersdorff, pero hecho en negro, en aguafuerte. Pero, buen Dios, qué poder y qué energías tiene el muchacho en sí.

Nunca pensé esto de él." Después que leyó la carta por segunda vez dijo: "¿No será él un hombre de moda? Tiene que serlo porque todos los Gersdorff lo hemos sido; así fue mi padre en la corte de la Joven emperatriz. ¿Por qué mi hijo no ha de ser lo mismo? Seguramente él será nuestro heredero, el espejo de la moda, y el molde de las buenas formas."»

"«Te digo con toda sinceridad —dijo Rasmus— que tu melancolía es la moda del día. Los Jóvenes elegantes de Copenhague visten de negro y hablan con desprecio y desdén del mundo, y las damas hablan del sepulcro.»

"Entonces fue cuando me comenzaron a llamar Timón de Amena.

"«¿Le dijiste —pregunté a Rasmus— que no tenía interés alguno por quedarme con su dinero ni con ninguna de sus inmensas riquezas y propiedades?»

"«Sí, así lo hice —repuso Rasmus— y fue tanto el agrado que recibió con las palabras en que le expresé tus deseos, que llegué a pensar en la posibilidad de que en aquellos momentos tomara la pluma y te dejara por su heredero universal. “Esta bien, me dijo. Está bien, mi hijo Timón. Vea yo cómo tú desparramas y derrochas todas estas riquezas. Demuestra al mundo tu desprecio de todo en la forma auténtica de un también auténtico Gersdorff. Que vea esto la chusma. No hay mejor advertencia o aviso para un hombre melancólico de moda. Todos te seguirán y harán un original contraste Junto a tu negro profundo. Cuánto amo yo a ese muchacho —añadió—. Tengo una colección de esmeraldas raras y sin parecido alguno en toda Europa. Se las enviaré para comenzar.” Y en efecto, aquí las tienes —dijo Rasmus entregándome, con gran cuidado, un estuche con Joyas.»

"«Pero cuando el barón oyó —dijo Rasmus— mis explicaciones sobre el momento en que escupiste a la puerta de su casa, adoptó una actitud seria y grave. “Eso mismo —dijo— hice yo a la puerta de mi padre, la puerta del palacio Gersdorff de San Petersburgo.” Acto seguido mandó llamar inmediatamente a su abogado y extendió un documento en el que te reconocía a ti como su hijo y por el que te legaba toda su fortuna Además, comenzó a hacer las gestiones para obtenerte el título de Caballero de Malta con el nombre de De Resurrection.»

"En este tiempo estaba yo tan deprimido que no pensaba más que en la muerte con verdadero anhelo y nostalgia. Volví con Rasmus a la ciudad con intención de pagar mis débitos al objeto de que mi sastre y mi sombrerero no tuvieran que hablar de mi cuando estuviera muerto. Salí a dar un paseo por el puente de Langebro mirando detenidamente al agua y a los barcos, alguno de los cuales pude comprobar que venían de Assens. Esperé a que no hubiera tanto público por aquellos alrededores.

Era una de las tardes claras y limpias de Copenhague. Por mi mente cruzó una barcarola da Salvadora da las que yo acostumbraba a cantar. Esto me llenó de sosiego y tranquilidad, Junto con el pensamiento da que pronto desaparecerla de este mundo. Mientras yo estaba por allí vi que un carruaje disminuía la marcha y se acercaba a mí. Unos momentos después, una dama vestida con encajes de color negro se llegó a donde yo estaba, miró alrededor y me habló con voz baja, como sin aliento: "«¿Eres tú Jonathan Marsk? ¡Oh, Jonathan Marsk! —añadió—. Te conozco. Te he seguido. Te he observado mientras estabas dando vueltas por aquí. Permíteme que muera contigo. He estado mucho tiempo buscando la muerte, pero no me decidía a morir sola. Déjame que vaya en tu compañía. Soy una pecadora como Judas. Como él he traicionado, he traicionado... He sido una traidora infame que no merezco vivir más en este mundo.'Ven, vámonos los dos.»"

"Cogió mi mano y la sostuvo entre la suya. No tuve más remedio que deshacerme de ella y huir precipitadamente. Luego pensé: "Probablemente haya siempre en Copenhague cuatro o cinco mujeres que estén al borde del suicidio. Tal vez el número sea mayor. Si yo me he convertido, entre ellas, en el hombre de moda, ¿cómo me podré librar de ellas para morir en paz? ¿Es que he de morir ahora en compañía de la moda y dar al puente de Langebro el tono de moda? Es que voy yo a descender a las profundidades del mar en compañía de las mujeres que no conocen una sola nota musical... y mi último gemido va a ser..."

—Le *dernier cri* —dijo miss Malin, con su pequeña sonrisa de bruja.

—Decidí en firme, y como la cosa más acertada, huir y separarme a toda costa de aquel mundo entusiasmado y febril que me seguía por doquier a cualquier sitio sin respetar mi deseo de soledad.

Jonathan hizo una corta pausa. Luego cogió de nuevo el hilo de su historia: —Volví a Trekroner. Me senté en mi habitación. Aquella noche no pude comer ni beber nada.

'Inesperadamente recibí una visita del patrón Clement Mande de Assens. Había estado en Trankebar y tan pronto como regresó me buscó hasta localizarme.

"«¿Qué es lo que he oído de ti, Jonathan? —me dijo—. ¿Van a hacerte Caballero de Malta? Yo conozco Malta muy bien. Al entrar allí, dejando a mano derecha el castillo de Sant Angelo, hay que tener mucho cuidado con las rocas que hay antes del puerto.»"

''«Padre —dije recordando el tiempo en que hablamos navegado juntos—. ¿Es el barón Gersdorff mi padre? ¿Conoces a ese hombre?»"

"«Deja a un lado —me dijo— las cuestiones de mujeres.

Aquí tú eres, Jonathan, un barco para la mar, quienquiera que sea el que te haya construido.»

"Entonces le conté todo lo que me había acontecido.

»«Mi pequeño Jonathan —me dijo—. Has caído entre las mujeres.»

"Dije que realmente yo no conocía a muchas mujeres.

"«Eso no importa —me dijo—. Yo he visto a los hombres de Copenhague. Con relación a los barcos, te diré que si no fuera por las mujeres que hay en los puertos esperando por las sedas, té, cochinilla y pimienta, los barcos navegarían tranquilos y serenos, satisfechos de estar en el mar y de no pensar nunca en la tierra. Tu madre —siguió después de una breve pausa— fue la única mujer que he conocido que no quería que acontecieran cosas.»

"«Entonces —intervino yo— ella no tuvo éxito en sus deseos y Dios me ayuda a mí ahora.»

"Le expliqué cómo el barón Gersdorff habla deseado dejarme a mí toda su fortuna. MI padre se sentía un poco duro para oírme. Sólo después de algún tiempo me dijo: "«¿Has hablado de dinero? ¿Quieres dinero, Jonathan? Sertá interesante que tú lo quisieras porque yo conozco un lugar donde hay una buena cantidad de ello. Hace ocho años arribé a una pequeña isla cerca de Haití. Bajé de mi barco para ver aquel lugar y también para coger algunas plantas raras, con el pensamiento de llevárselas a tu madre. Cuando estaba entretenido en estos menesteres me encontré con el importante tesoro del capitán L'Olonnais, que fue uno de los filibusteros. Lo saqué todo fuera, y como quería hacer ejercicio lo volví a enterrar de nuevo colocándolo en mejor orden que lo había hecho el capitán. Conozco el lugar exacto donde lo dejé enterrado. Si lo quieres, yo te lo traeré en alguna ocasión, y si no quieres disgustar al barón puedes hacerle luego un obsequio con el tesoro. Es mucho más de todo lo que el barón tiene.»

"«Padre —dije sollozando—. No sabes lo que dices. Tú no has vivido en esta ciudad. Aquí ha ocurrido una cosa singular. A mi me han convertido en el hombre de moda. Yo soy ya para todos Timón de Assens. Tráeme un loro de Haití, pero no me traigas dinero alguno.»

"«Creo que eres desgraciado, Jonathan —dijo.»

"«Soy desgraciado, padre —contesté—. He amado a esta ciudad y a su gente. Yo les he emborrachado de placer. Pero ellos llevan consigo un veneno que yo no puedo soportar. Si pienso sobre ellos ahora, estoy expuesto a vomitar mi alma. ¿Sabes de algún remedio para mí?»

"«¿Cómo no? Yo conozco un remedio para todas las cosas: agua salada.»

"«¿Agua salada?»

"«Sí. Agua salada. En una forma o en otra: sudor, lágrimas o agua del mar.»

”«He hecho pruebas con el sudor y con las lágrimas. Iba también a probar con agua salada, pero una mujer vestida de negro me lo impidió.»

"«Hablas desatinadamente, Jonathan. Debes venir conmigo —agregó después de algún tiempo—. Voy a San Petersburgo.»

”«No. Yo no iré a San Petersburgo.»

”«Está bien. Yo voy. Tú trata de cuidarte y de ponerte bien mientras yo esté allí, porque tienes aspecto de estar enfermo. Cuando yo regrese te llevaré conmigo a alta mar.»

”«Pero yo no puedo permanecer en Copenhague.»

”«Bien. Vete a algún lugar que los médicos te recomienden, y yo te recogeré luego en Hamburgo.

"Y de esta forma he venido aquí recomendado por el patrón Marsk, sea mi padre o no, para ser curado con agua salada.

—Ya, ya —repuso *miss* Malin cuando el joven hubo terminado su historia. Frotó sus manos finas y menudas, en señal de satisfacción y complacencia, como un niño con juguetes nuevos.—¡Vaya historia, *monsieur* Timón! {Vaya lugar éste! ¡Vaya clase de personas que somos nosotros! Yo misma he descubierto ahora mi verdadera identidad. Soy *mademoiselle* Diógenes y esta pequeña linterna que nos dejó aquella anciana campesina es mi famosa lámpara, a cuya luz he soñado con un hombre y le he encontrado. Tú eres el hombre, Timón. Si hubiera recorrido toda Europa con linterna posiblemente no hubiera encontrado tan exactamente lo que buscaba.

—¿Y qué queréis de mí, *madame*? —preguntó Jonathan sorprendido.

Miss Malin salió en seguida al paso de las posible dudas del Joven: —Oh, no es para mí, naturalmente. No estoy en forma para hacer el amor. Te quiero para Calypso.

Miró con orgullo y ternura a la joven muchacha rubia que tenía a su lado, y luego preguntó a Jonathan: —¿Ves a esta muchacha? No es hija mía, pero yo, por la gracia de Dios, he hecho por ella tanto como mi antiguo amigo el barón Gersdorff hizo contigo. La he llevado en mi corazón, y he suspirado con ella. Ahora se han cumplido los días en que yo tengo que entregarla y aquí tenemos el establo y el pesebre. Pero, al darla a luz necesitaré una nodriza, un aya, una institutriz, un tutor, un maestro: y quiero que seas tú todas esas cosas.

—Y, ¿cuáles han de ser mis funciones? ¿Qué la he de enseñar?

—Enséñala a ser vista. Tú te compadeces y lamentas de las gentes que te miran a ti. Pero, ¿qué me dirías si estuvieras acosado por la desgracia opuesta? Hay en la vida otros martirios que el tuyo, misántropo de Assens. Tal vez hayas leído la historia de los nuevos vestidos del emperador, escrita por ese brillante y prometedor autor joven que se llama Hans Andersen. Pero aquí lo tenemos al contrario: el emperador pasea con todo su esplendor, con el cetro y la esfera en su mano, y nadie en toda la ciudad osa mirarle porque creen que luego van a ser considerados incapaces e ineptos para desempeñar sus puestos y cometidos. Este es mi pequeño emperador, el paseo que hizo un hombre malo del que yo te hablaré. Y tú, *monsieur* Timón, tú eres el inocente niño que gritaba: “Pero ahí hay un emperador.”

"El lema de la familia Nat-og-Dag —siguió *mi*» Malin— reza así: “Lo amargo con lo dulce.” Aparte de la piedad y el recuerdo para mis antecesores, yo he participado y probado de muchos y diversos platos de la vida: la sopa con menudillos de ave de *mister* Swedenborg, la ensalada del amor platónico, hasta la col fermentada del divino Marquis. He ensanchado el paladar de un verdadero Nat-og-Dag. He llegado a saborearlo todo. Pero la amargura de la vida es mal alimento para un corazón joven. Sobre las praderas de Westerlands se cria una especie de carnero, que alimentado con hierba salada produce una carne de excelente gusto conocida en la culinaria mundial como *pré-salé*. Esta muchacha ha sido alimentada en esas llanuras saladas con hierbas amargas y con salmuera. Su pequeño corazón no ha tenido otra cosa con qué alimentarse. Realmente es un *agneati pré-salé*, una pequeña corderita salada.

La Joven, que había estado todo el tiempo acurrucada cerca de su antigua amiga, se incorporó cuando oyó a *miss* Malin comenzar la narración de su historia. Fijó en el aire unos ojos delicados y de color de ámbar que aparecían tras unas cejas semejantes a las marcas sobre las alas de una mariposa o cómo un par de alas mismas. Aquellos ojos eran demasiado altivos para fijarse en las personas que le

rodeaban. Era la mirada de un animal peligroso, listo para saltar sobre su presa. ¿Pero cuál era su presa? ¿Adónde iba a saltar? Su presa era la vida y a ella iba a dar el salto.

—¿Han oído hablar alguna vez —preguntó *miss Malin*— del conde Augusto Platen-Hallermund?

Al oír este nombre la muchacha se estremeció y su rostro empalideció notablemente. Un destello de amenaza apareció en sus ojos.

—No volveré a mencionar este nombre. En lo sucesivo le llamaremos conde Serafín. Esta noche vamos a celebrar un juicio criminal contra el conde. Es hora de que se diga toda la verdad sobre el conde.

*Miss Malin* se dirigió al cardenal con un gesto: —Cuando yo era niña y comencé a aprender francés, la primera frase que leía decía lo siguiente: "*Le lit est une bonne chose; si l'on n'y dort pas, l'on s'y repose*". Como otras muchas cosas que aprendemos durante la Infancia, descubrí más tarde, que aquellas frases encerraban un sofisma.

—He leído la poesía y la filosofía del conde Augusto —dijo el cardenal.

—Yo no —repuso *miss Malin*—. Cuando el día del Juicio Final sea requerida para dar cuenta de las muchas— horas malgastadas, podré replicar: “Al menos no he perdido el tiempo en leer los poemas del conde Augusto von Platen.” ¿Cuántos poemas ha escrito, *monseñor*?

—No lo sé.

—¿Habéis leído, *monseñor*, lo del desdichado joven que fue convertido en perro por una bruja, y no podía ser vuelto a su ser natural hasta que una virgen pura, conocida por aquel hombre, leyese durante la noche de San Silvestre los poemas de Gustavo Pfizer sin quedarse dormida? Cuando alguien se enteró de estas condiciones dijo: “Si es así, no puedo ayudarle. En primer lugar porque no soy una virgen, y en segundo lugar porque me sería totalmente imposible leer los poemas de Gustavo Pfizer sin quedarme dormida.” Si el conde Augusto hubiera sido convertido en perro por las mismas razones, yo tampoco podría ayudarle.

Después de esta pequeña distracción, *miss Malin* volvió a coger el hilo de su historia: —Este conde Serafín era tío de esta muchacha, y en su casa fue recogida y criada después de la muerte de sus padres. En compañía de su tío pasó algunos años de su vida, y allí se vio forzada a ser objeto de las extravagancias del conde Serafín.

"Ahora, buenos amigos y compañeros de naufragio, trataré de iluminar la oscuridad que nos rodea contando la historia de Calypso:

"El conde Serafín —comenzó *miss Malin*— gustaba de meditar mucho sobre cuestiones celestiales. Los que han leído sus poemas saben que tenía el desvariado convencimiento de que a la mujer no le estaba permitido entrar en los cielos. Le desagradaban, y desconfiaba de todo lo femenino. Sólo pensar en las mujeres le ponía carne de gallina. Su idea del Paraíso era una larga fila de amables y graciosos jóvenes, vestidos con túnicas blancas y transparentes, paseando de dos en dos cantando sus poemas con acompañamiento de música. Cuando no se los imaginaba cantando, los veía discutiendo su filosofía, o absortos en sus teorías matemáticas. El estado que poseía en Angelshorn, Mechlenburg, quiso transformarlo en una especie de elíseo. En el centro de aquel territorio tenía a esta muchacha, de la que tenía dudas si podría o no pasar por un ángel. A medida que fue haciéndose una mujercita se encontró mejor en su compañía, viendo crecer en ella la hermosura y la gracia. La vestía con ropas infantiles de terciopelo y encajes, y dejó que el pelo le creciera en rizos como los de G anime des. Su principal ocupación estaba en querer aparecer ante el mundo como un brujo, alquimista, mago blanco, capaz de transformar a esta joven, gota de sangre del mismo demonio, según él, en el ser más semejante a los ángeles, un muchacho. Tal vez hubiera soñado en crear un ser de su misma especie, objeto inútil que no fuera ni muchacho ni muchacha, sino un puro von Platen. Tal vez tuviera momentos en que su sangre de artista hirviera en sus venas ante esta idea. Enseñó a la muchacha griego y latín. Trató de inculcarle la idea de la belleza de las matemáticas superiores, y cuando le dio explicaciones sobre la infinita belleza del círculo la muchacha le preguntó: "«Si fuera realmente tan bello y tan perfecto, ¿de qué color sería? ¿No sería azul?»"

"«Ah, no —contestó—. No tiene color.»"

"Desde aquel momento comenzó a dudar de que la niña se convirtiera en un muchacho. La miraba indignado. Y cuando se dio cuenta de que su fracaso era una realidad apartó sus ojos de ella para siempre. La belleza de aquella muchacha era su sentencia de muerte. Esto ocurrió hace dos o tres años. Desde entonces ella no ha existido para él. Señor Timón, tiene usted libertad para envidiarla. Esta muchacha fue aniquilada, anonadada, desde el mismo momento en que el conde Serafín vio fallidos sus descabellados propósitos de cambiarla en un muchacho. El conde Serafín tenía predilección, pasión incontenible por la Edad Media. Su enorme castillo de Angelshorn databa de esa época, y se había esmerado en conservarlo como estaba en la época de las Cruzadas. Sus altas torres apuntaban al cielo, con una bandada de gratos a su alrededor como si fueran humo. Allí el conde escuchaba y a veces interpretaba música y practicaba el tiro de ballesta.

"Nunca leyó un libro impreso. Disponía de copias manuscritas de sus obras preferidas, encuadernadas en azul y escarlata. Le gustaba imaginarse a sí mismo como el abad de un monasterio donde sólo eran admitidos montes jóvenes de talento destacado y maneras dulces y suaves. El y sus jóvenes amigos se sentaban en bancos de roble esculpido y vestían capuchas de seda de púrpura. Su casa era una abadía en el norte, un Monte Athos, al que estaba prohibida la entrada a las gallinas y vacas, incluso a las abejas silvestres por respeto y consideración hacia la reina. Pero el conde era más celoso que los montes de Athos para sus antiquísimos manuscritos. A veces, en compañía de sus jóvenes amables, bebían vino en una calavera, con el objeto de tener bien presente el pensamiento de la muerte y de la eternidad, con especial cuidado de que la calavera no hubiera pertenecido a ninguna mujer.

Calló un instante, antes de continuar:

—Su nombre mancha y deshonra mis labios. En aquel castillo tenía que vivir su juventud esta joven, la más amable y hermosa del lugar, que estoy segura que hubiera podido adornar la corte de Venus, seleccionada entre las demás bellezas para ser guardosa y custodia de sus palomas. Pero comprendió que no existía viendo que nadie se dignaba parar mientes en ella. ¿Dónde nace la música, en el instrumento o en el oído del que la escucha? La belleza de la mujer se ha creado en los ojos del hombre. Tú, Timón, nos hablaste de Lucifer, que ofendió a Dios por mirarle queriendo saber cómo era. Eso prueba que adoras a un dios masculino. Una diosa hubiera deseado ante todo que sus adoradores le preguntaran el aspecto que tenía.

"Tal vez se me pregunte: “¿No había alguno de aquellos Jóvenes que se dieran cuenta de lo bella que era?” Pero: esta es la historia de los nuevos vestidos del emperador, y se ha contado para probar el poder de la vanidad humana. Los hermosos jóvenes estaban temerosos de hallarse ineptos para desempeñar su oficio. Estaban suficientemente atareados con las discusiones aristotélicas y con las conferencias 'sobre las doctrinas y los misterios de los escolásticos en las Edades Antigua y Media. El mismo emperador creía que estaba elegante y finamente vestido. Así también la doncella creía que no merecía la pena ser mirada. Incluso tendría momentos de duda en que esto pudiera ser verdad, y esta lucha continua entre el instinto y la razón la devoraba, como devoró a Hércules. Sin duda, miraría a los guerreros con escudos que abundaban en los pasillos de Angélshorn, parecidos a hombres verdaderos. Creía que ellos hubieran sido, probablemente, partidarios y defensores de su causa, si no fueran meras figuras y estatuas. Comenzó a ser asustadiza y vergonzosa con todo el mundo, salvaje en la soledad de la casa. Pero, al mismo tiempo, impetuosa y feroz, y bien pudiera prender fuego al castillo alguna noche. Finalmente, así como tú, Timón, no pudiste soportar tu vacía existencia y tomaste la decisión de arrojarte al agua de Langebro, ella tampoco pudo resistir la no

existencia de Angelshorn. Pero tu problema tenía una solución más fácil. Tú sólo querías desaparecer, mientras ella, que había desaparecido ya, quería crearse de nuevo, volver a una existencia y a un mundo que había perdido. Abu Mirrah tenía un anillo que le hacía invisible; pero cuando quiso casarse con la princesa Ebadu, como no podía sacar el anillo del dedo prefirió cortárselo. De la misma manera Calypso optó por cortarse el cabello y tronchar sus pechos para parecerse a quienes le rodeaban. Esto fue lo que hizo en un momento de ofuscación, durante una noche de verano.

En este momento de la narración, la muchacha, que había estado todo el tiempo con la mirada en el cielo, volvió los ojos hacia quien hablaba y escuchó con nuevo interés, como si oyese la historia por primera vez.

Miss Malin tenía poder imaginativo. La historia, cierta o no, indiscutiblemente representarla para la heroína y protagonista un símbolo, imagen viviente de lo pasado. La joven lo reconocía así con clara y honda mirada fija en la anciana.

*Miss Malin prosiguió su narración, haciendo caso omiso de la mirada agradecida que le estaba dirigiendo la joven: —A media noche, la doncella se levantó y se dirigió hacia el lugar donde pensaba llevar a efecto su desgraciada decisión. Tomó en una mano un candelero y en la otra un agudo y afilado puñal, como hiciera Judit cuando fue a matar a Holofernes. Pero ¡que desproporcionada, amigos míos, la oscuridad del pasillo comparada con la tienda de Dotain! Los mismos ángeles habrían vuelto atrás y derramado abundantes lágrimas. Cruzó toda la casa y llegó a una habitación en la que se cubría con un gran espejo la pared Habitación que nunca se utilizaba. Nadie podía ir allí. La muchacha se quitó la ropa dejando descubierto su cuerpo hasta la cintura y clavó la mirada en el espejo, tratando de apartar de su imaginación todo pensamiento, a fin de no tomar miedo que le indujese a desistir de sus descabellados propósitos. Mientras tanto, Calypso bajaba sus ojos ante la blancura de sus senos reflejada en aquel espejo. Nunca se había visto desnuda... Probaba con serenidad el filo de su hacha en el dedo meñique. En aquel momento vio en el espejo una figura detrás de ella. Parecía que se moviera, y ella rápidamente, se volvió. No había ninguna persona. Solamente, en la pared, un enorme cuadro antiguo oscurecido por el tiempo, del que destacaban las partes más importantes a la luz de su candelabro. Representaba una escena de la vida de las ninfas, de los faunos y de los sátiros, con los centauros jugando en las alamedas y campos de flores. Este cuadro había sido traído de Italia, hacía muchos años, por uno de los antiguos señores de la casa, pero por haber sido considerado inmoral e indecente, antes de los tiempos del actual conde, había ido siendo alejado de todas las habitaciones. No era un cuadro bien pintado, pero se veían buenas figuras. En el fondo, tres ninfas desnudas, como*

blancas rosas, sostenían con sus manos ramas de árboles. Calypso examinó el enorme lienzo, alumbrándose con el candelabro, contemplando las ninfas con gravedad. Le faltaba el conocimiento suficiente para darse cuenta de que aquella pintura era escandalosa; y hasta llegó a dudar si sería una auténtica representación de seres vivientes en la actualidad. Miró con interés especial a los centauros y a los sátiros. Su solitaria existencia habla despertado en su imaginación una ternura apasionada por los animales. Para la mente del conde Augusto la existencia de la creación animal era un enigma, y por esta razón no había animal alguno en Angelshorn. Para la muchacha, sin embargo, parecían más dulces y cariñosos que los seres humanos, y se sentía complacida al comprobar que había personas que poseían muchas de sus características. Pero lo que la sorprendió sobremanera fue el hecho de que estos fuertes y amables seres estuvieran evidentemente concentrando su atención en adorar, abrazar y seguir a las muchachas jóvenes de su misma edad y de su misma figura y semblante, de forma que todo parecía hacerse en honor de ellas e inspirado por sus encantos. Las miró durante un largo rato. Al final volvió al espejo y allí estuvo contemplándose. Tenía el sentido del arte heredado de su tío, y sabía por instinto cuando las cosas armonizan. Se apoderó de todo su ser un sentimiento de armonía.

"Se dio cuenta de que en el mundo tenía amigos. Podría pasear bajo la luz dorada y suave, el cielo azul, las nubes grises y las profundas sombras de aquellas llanuras, alamedas y enramadas del cuadro. Su corazón latió con orgullo y gratitud, por parecerle que todos le miraban y le reconocían como una ninfa más, El dios Dionisio mismo, que estaba presente, le miraba sonriente a los oídos dio una vuelta por la habitación y encontró en unas vitrinas lo que nunca habla visto en Angelshorn: vestidos de mujer, abanicos, joyas y lindos zapatos. Todo habla pertenecido a su bisabuela. Aunque parezca extraño, también el conde habla tenido abuela. Hasta habla tenido madre, y hubo un tiempo en que de buen o mal grado tuvo que tener relación íntima con el cuerpo de una joven y amable mujer. Recordaba con ternura a su abuela, que le habla vapuleado repetidas veces cuando era todavía niño. En el centro de la abadía estaba su gabinete intacto todavía. Aún se percibía allí un débil perfume de aceite de rosas. La muchacha pasó la noche en la habitación. Se puso y se quitó, uno tras otro, todos los vestidos que habla en las vitrinas, los collares de perlas y los diamantes. Desde el espeto miró al cuadro por si los centauros le daban a entender qué vestido le sentaba mejor. Ya no tenía dudas. Se dirigió a la habitación que ocupaba en el castillo. Antes besó gentilmente a las ninfas, colocando sus besos hasta lo más alto que le fue posible, como si en aquellas figuras viese a sus amigas entrañables.

"Subió la escalera y se dirigió a la habitación de su tío. Allí estaba el conde Serafín, entre preciosas colgaduras de seda amarilla. Sus oídos cerrados, su nariz al aire, con

una camisa de dormir blanca de finísima tela. La joven llevaba vestido de brocado amarillo. Se colocó de pie junto a la cama, como Psique en el lecho de Eros. Psique había temido encontrarse con un monstruo y lo que había encontrado era el dios del amor. Pero Calypso habla tenido a su tío como a ministro de la verdad, árbitro del buen gusto, dios Apolo en persona, y ¿qué es lo que había encontrado? Un pobre y diminuto muñeco henchido de serrín, caricatura de una calavera. Calypso se sonrojó profundamente. Había tenido miedo de esta criatura, ella que era la hermana de las ninfas y tenía por compañeros de juego a los sátiros, a los faunos y a los centauros. Ella era cien veces más fuerte que él. Si se hubiera despertado el conde Serafín en aquellos momentos, y hubiese encontrado ante sí el espectáculo de la muchacha con el puñal en la mano, tal vez hubiera muerto de miedo y de temor, o cambiado de forma de pensar. Pero él seguía durmiendo, Dios sabe en qué sueños, y ella no aprovechó el momento para cortarle la cabeza. En su lugar, señaló en su libro de francés un epigrama, que había sido escrito para un rey que también se imaginaba enamorado de todos:

*Ci-git Louis, ce pauvre roi.*

*L'on dit qu'il fut bon — mais á quoi?*

"No le guardó rencor. No era una esclava liberta, sino un conquistador con una poderosa comitiva. Abandonó la habitación con la misma calma y tranquilidad con que habla penetra— do en ella. Apagó el candelabro porque podía ver el camino sin necesidad de lux. Todo a su alrededor estaba tranquilo. El serrallo que le rodeaba estaba en completo silencio y reposo. Sólo al cruzar una puerta oyó las voces de dos Jóvenes que discutían sobre el amor divino. En aquellos momentos deseaba que los dos Jóvenes estuvieran muertos y alejados de aquel lugar. Se iba acercando el momento sublime de su decisión. Iba llegando el instante feliz de su redención, de su plena y absoluta libertad Cuando levantó la pesada llave medieval de la puerta principal le pareció que todo aquel peso se desplazaba de su propio corazón. Nadie la habla descubierto y pudo sin inconveniente alguno verse en plena calle, y respirar el aire puro de aquellos parajes. Fuera estaba lloviendo. Parecía como si la noche misma ardiera en deseos de tocar aquella Joven que habla pasado tanto tiempo privada de la existencia y de relaciones con el mundo.

"Paseaba por los páramos solitarios, grave y solemne como Ceres, con un rayo prestado por Júpiter, olorosa a fresas y a miel. En el horizonte, los relámpagos parecían zigzaguar en su honor. Calypso abandonó su vestido de cola sobre un brezo. ¿Y por qué no habla de hacerlo? Estaba dispuesta, si encontrara en su camino algún Joven caminante, a hacerle en aquel mismo momento y lugar su esposo antes de que la muerte los separara. En sus labios no habla canciones alegres. Educada en

lo puritano, la vida no le había enseñado ninguna frivolidad. En su corazón repetía el himno del buen Paul Gerhardt, cambiándolo únicamente en el pronombre personal: “¿Quién puede alzarse contra mí?”

*El rayo está en mi mano.*

*¿Quién osa traer la aflicción*

*Al sitio que yo decido bendecir?”*

"Por la mañana temprano llegó a mi casa. Iba mojada como un árbol del Jardín. Sabía de mí porque soy su madrina, y creía que yo tenía conocimiento para aclararle muchas cosas sobre las ninfas y los centauros. Me encontró en el momento en que yo iba a subir a mi coche con dirección al balneario de Nordemey. De esta forma llegamos aquí las dos, buscando la salud en el agua salada. Y para brillar en la penumbra de nuestro alojamiento —dijo al cardenal, que había estado escuchando con atención la narración de la anciana.

- *Madame* —intervino Jonathan—. En realidad yo no sé si os parecerá cosa extraña, pero nunca he oído decir, ni me ha pasado por la imaginación hasta que lo he escuchado de vuestros labios, que las mujeres bellas puedan sufrir. Yo las he considerado como flores preciosas y delicadas que es preciso tratar con sumo cuidado.

—¿Y qué piensas ahora, después de lo que he contado?

El Joven Jonathan reflexioné unos momentos antes de contestar:

—Pienso que al hablar de las mujeres siempre estamos equivocados.

—Veo que eres un buen muchacho. El joven que yo habla soñado para mi querida Calypso.

—Si hubiera estado yo en Angelshorn —prosiguió Jonathan excitado— no me hubiera importado la muerte a cambio de servir a esta mujer.

—Venid acá, Jonathan y Calypso. Cometeríamos un pecado abominable si consintiéramos que llegaseis a morir sin haberos casado. Habéis sido traído aquí, uno desde Assens y otro desde Angelshorn, buscando el amor. Tú, Jonathan, has nacido para Calypso, y tú, Calypso, has nacido para Jonathan. El cardenal y yo, que hacemos ahora las veces de vuestros padres, os daremos la bendición.

Los dos jóvenes se miraban el uno al otro sin atreverse a hablar.

—Si alguien —siguió *miss Malin*— se atreviera a decir que no sois iguales por nacimiento, yo contestarla que perteneces a la Orden de Caballería del Henil de Norderney, fuera del cual ningún miembro puede contraer matrimonio.

La muchacha presa de una gran agitación se arrodilló acongojada. *Miss Malin* se dirigió a ella en tono amable y maternal: —¿No te das cuenta, Calypso, que él te ha seguido hasta aquí, y en el momento que oyó decir que te quedabas conmigo nada en el mundo podría obligarle a que se fuera en la barca? La mucha agua no puede extinguir el amor, ni las inundaciones anegarle.

La joven le miró con tal intensidad como si la vida y la muerte dependieran de la contestación que había de salir de sus labios: —¿Eso es verdad, Jonathan?

—Sí, es verdad.

Jonathan mentía. El no habla estado preocupado por ella, ni tenido hasta entonces noticia alguna de la existencia de la muchacha. Pero el poder imaginativo de *miss Malin* era suficiente para hacer cambiar la dirección de los destinos de cualquiera. La joven empalideció súbitamente. Sus ojos parecieron más grandes y más negros. Brillaban como estrellas, con una humedad como de lágrimas. A la vista de aquel semblante Jonathan se puso de rodillas ante ella sobre el heno.

—¡Oh, Jonathan! —dijo *miss Malin*—. ¿Amas a Calypso?

—¡Sí, *madame!* —repuso el joven.

—Calypso, ¿le quieres a él?

—Si —repuso la muchacha con firmeza.

*Miss Malin* les miró con aire de triunfo.

—Entonces, *monseñor* —dijo al cardenal—, ¿aceptáis casar a estos dos Jóvenes, puesto que los dos desean unirse con lazos eternos?

Los ojos del cardenal inquirieron gravemente en los rostros de los dos Jóvenes, rojos como si estuvieran ante una gran hoguera.

—Sí —dijo en tono solemne—. Ayudadme.

El que iba a ser esposo le ayudó a levantarse.

—Un cardenal —dijo *Miss Malin*— os unirá en matrimonio, y una *Nat-og-Dag* hará de madrina de boda. Ninguna otra pareja tendrá tanto honor. Vuestro matrimonio debe ser en todos los sentidos más puro que la mayoría de las frívolas uniones que generalmente se celebran ahora. Tú, Jonathan, tienes que verla, oírla, sentirla, conocerla con la misma energía que estabas dispuesto a desplegar para saltar al mar desde *Langébro*. Al amanecer celebraréis vuestras nupcias.

Se dirigió al cardenal para hacerle las siguientes consideraciones:

- *Monseñor*, siendo las circunstancias tan extraordinarias y fuera de lo habitual, pienso que podíais officiar con un nuevo rito en la celebración de este matrimonio.

—Estoy pensando en eso mismo —dijo el cardenal.

Para dejar un espacio libre, *miss Malin* levantó con mano temblorosa la linterna y *Calypso* separó a un lado el barril. El perro se levantó y dio vueltas, incómodo, de un lado a otro. Al fin se echó junto a la novia.

—Poneos de rodillas, hijos míos —dijo el anciano sacerdote.

El cardenal estaba de pie, destacando su figura en la habitación medio oscura. El viento comenzó a soplar con violencia, y todos oyeron el amenazador ruido de las aguas contra las paredes del recinto. Dijo lentamente: —No puedo hablaros esta noche de las magnificencias y esplendores de la catedral, o de la presencia de una muchedumbre para ser testigos de esta unión. No tengo tiempo para prepararos. Por tanto es preciso que aceptéis mi ministerio sin más marco que mi autoridad. Continuó, recalando cada una de las sílabas: —Ambos, según he visto, habéis tenido fe en la Justicia. Tened ahora fe en mí. Yo os ayudaré. ¿Tiene alguien un anillo?

Ninguno de los Jóvenes tenía anillo y esto les preocupaba. *Miss Malin* se quitó un magnífico diamante y lo entregó al anciano.

—Jonathan —dijo—. Coloca esta sortija en el dedo de *Calypso*.

El Joven lo hizo como se lo habían mandado, y entonces el cardenal colocó una mano sobre la cabeza de cada uno de los Jóvenes, que seguían de rodillas.

—Jonathan —dijo—. ¿Crees que en efecto estás casado?

—Sí, monseñor.

Luego hizo la misma pregunta a la novia:

—¿Y tú, Calypso?

—Sí, *monseñor* —susurró la Joven.

—¿Prometéis que desde este momento os guardaréis amor y os honraréis el uno al otro hasta el fin de vuestras vidas, en la muerte y la eternidad?

—Sí —contestaron.

—Siendo así —dijo el cardenal— estáis casados.

*Miss Malin* se mantenía de pie, rígida e inmóvil, sosteniendo la linterna, semejante a una sibila.

Las horas de descanso en el henil no hablan aliviado ni confortado al anciano cardenal, a quien probablemente le fallaban ya todas las fuerzas. Tenía menos seguridad en sus movimientos que cuando bajó de la barca. Su figura parecía balancearse al compás del ruido de las aguas.

—En cuanto al estado del matrimonio —dijo— y a las cuestiones del amor, supongo que ninguno de los dos sabéis nada.

Los dos jóvenes movieron la cabeza.

—No puedo —repitió el anciano cardenal— traeros aquí como testigos de mis palabras las Sagradas Escrituras o los Santos Padres de la Iglesia. Tampoco puedo, porque me encuentro muy cansado y sin fuerzas, citaros textos y ejemplos para informaros e instruiros. De nuevo os pido que aceptéis mi ministerio sobre mi autoridad, como un anciano que ha pasado su larga vida estudiando cuestiones divinas. Porque no se os olvide que la cuestión del matrimonio es una cuestión divina. ¿No lo crees así, Jonathan?

—Sí, lo creo, *monseñor*.

—¿Y tú, Calypso?

—Sí, monseñor.

—Entonces, eso es todo.

Como no parecía dispuesto a seguir hablando los dos recién casados se levantaron, pero demasiado emocionados para moverse de allí. Se miraron uno al otro por primera vez desde que fueron unidos en matrimonio.

Se retiraron a los lugares reservados sobre el heno.

El cardenal hablaba con *miss* Malin. Parecía haber olvidado que ya no estaba ejerciendo su ministerio religioso, pues su conversación se desarrollaba en términos solemnes y reposados, como había hablado durante la ceremonia del matrimonio: — En cuanto a nosotros, *madame* que en esta ocasión hemos sido ú picos espectadores y sabemos mucho sobre el amor y el matrimonio, debemos considerar y meditar sobre la lección que estos dos jóvenes nos han dado respecto del tremendo valor de la Creación. Yo creo que todo ser humano ha dado en alguna ocasión asilo a la idea de crear un mundo para sí. El Santo Padre dio vigor en mi alma a estos pensamientos cuando yo era aún muy joven. Entonces quise creer que si hubiera dispuesto de la omnipotencia hubiera hecho un mundo apacible. Habría pensado en los árboles y en los ríos, en la música, en la amistad y en la inocencia; pero nunca me hubiese ocupado de las cuestiones del amor y del matrimonio. Por ello se hubiera perdido mi mundo. ¡Qué lección para los artistas! Pero no os asustéis. Ante un dilema escoged la solución más peligrosa. ¡Sed valiente! ¡No tengáis reparos! Ah, *madame*, tenemos aún mucho que aprender...

Después se hundió en un profundo silencio. Se sentaron. Variaban poco de posición, excepción de los recién casados que estaban sentados el uno junto al otro, juntas las manos y a veces los rostros. La linterna estaba sobre el suelo, frente a ellos. *Miss* Malin y el cardenal permanecieron silenciosos por espacio de media hora, y luego bebieron un trago de ginebra.

El rostro de *miss* Malin parecía el de un cadáver. Estaba profundamente emocionada, dichosa, como si realmente hubiera dado una hija en matrimonio. Cuando reanudó la conversación, su voz era débil pero en su rostro se dibujaba una amable sonrisa. Probablemente habla estado meditando sobre el matrimonio y el Jardín del Edén.

—¿Creéis, *monseñor*, en la calda del hombre?

El cardenal pensó la pregunta durante algún tiempo; luego se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en sus rodillas y se apartó un poco el vendaje que le cala sobre la ceja. Con voz ligeramente más gruesa que la anterior, no exenta de energía, contestó: —Es una cuestión sobre la que he pensado mucho. Resulta muy agradable para mí

haber encontrado esta noche una oportunidad para hablar sobre este tema. Estoy convencido, *madame*, de que el hombre cayó miserablemente, tal y como nos lo describe la Sagrada Escritura.

*Miss Malin* tenía preparado un argumento ingenioso, pero ante las palabras del anciano cardenal quedó sorprendida, y por unos momentos sostuvo su cabeza entre las manos. Luego casi gritó: —A alguien le gustaría mucho oír vuestras palabras, *monseñor*.

—Vos me habéis preguntado, *madame*, y si la verdad debe ser dicha en todas partes, con mucha razón debemos defenderla en este lugar y en esta noche. A veces he pensado que en el cielo debió de tener lugar una terrible batalla, parecida a la revolución francesa con todas sus consecuencias.

—Son tradiciones —prosiguió— para *le Gran Monarque* y para *le Grand Siècle*. A mí me parece imposible que el gran Dios que creó las estrellas, el mar y el desierto, el que creó y dio vida e inspiración al poeta Homero sea el mismo que ahora sostiene y apoya, por ejemplo, al rey de los belgas, a la escuela poética de Schwaben y a las ideas morales de nuestros días. Podemos hablar ahora libremente sobre este particular. La realidad es que estamos sirviendo a un Luis Felipe cualquiera, a una especie de dios tan humano cuanto el rey de Francia es burgués. Esta es la verdad, y no nos queda otro camino que resignarnos ante los designios sapientísimos de nuestro Creador.

*Miss Malin* le miraba, pálida, con la boca entreabierta.

- *Madame*, nosotros, que por nacimiento pertenecemos a la grandeza del rey y somos los herederos de su corte; que llevamos en nuestras venas el código de *le Grand Monarque*, estamos fuertemente ligados y obligados a nuestro legítimo rey, sea cual sea lo que podamos pensar de él. Tenemos que mantener y defender su gloria. Debemos poner todos los medios a nuestro alcance para que el pueblo no ponga en duda la grandeza y soberanía de su rey, ni siquiera sospeche alguna debilidad en su real persona. Sobre nosotros, *madame*, descansa y se afirma la obligación y la responsabilidad de conservar la fidelidad al rey de su pueblo. El peluquero de la corte no fue capaz de guardar su propio secreto; no pudo contenerse de susurrarlo a los confidentes del rey. Pero, ¿nosotros somos acaso peluqueros? No, *madame*, nosotros no somos peluqueros.

Ahora *miss Malin* preguntó con un acento de manifiesto orgullo: —¿Pero es que nosotros no hemos hecho lo que hemos podido? ¿No hemos puesto nuestros mejores empeños y gastado nuestras energías en favor de la causa del rey?

—Sí —contestó el cardenal—. Esa es la verdad. Cuando miramos a nuestro alrededor podemos —comprobar los éxitos alcanzados en todos los órdenes en defensa del honor y buen crédito del rey. Con todo, el final está cerca. Oigo cantar el gallo. El rey Luis Felipe no puede durar mucho. Por su causa, la sangre misma de Rolando sería derramada en vano. Tiene todas las cualidades de un buen burgués y ninguno de los vicios de un *Grand Seigneur*. No pide ni reclama rango ni privilegio |o distinción alguna. Cuando se llega a esos extremos los días de la realeza están contados. Nosotros encontraremos un lugar más acomodado en el infierno. Hemos sido formados y educados para ir allí. Es una satisfacción para uno, *madame*, hacer una cosa que ha aprendido bien. Para vos será una satisfacción, de ello estoy seguro, bailar un minué. Tomemos un ejemplo: supongamos que desde niños hemos sido adiestrados para hacer una cosa. Supongamos, más concretamente, que hemos sido ejercitados en el oficio de bailarines de cuerda. Yo lo aprendí, y llevé muchos golpes y caídas hasta salir con mi empeño. Sí cala y me rompía los huesos, mi obligación era incorporarme rápidamente y subir de nuevo a las cuerdas. Mi madre lloró por mí en muchas ocasiones, pero me animó y me alentó. Llegué a ser un buen bailarín, un excelente funámbulo, tal vez el mejor de mi época. Es una cosa divertida ser un buen bailarín de cuerda. Y yo seré ampliamente recompensado cuando para, entretenimiento y recreo de algún gran monarca extranjero mi rey diga: “Tenéis que ver esto, mi señor y hermano; es mi mejor bailarín, mi siervo Hamilcar.” Pero, ¿qué sucedería si me dijera que no tiene sentido el ejercicio del bailarín de cuerda? ¿Habéis estado alguna vez en España, *madame*? —preguntó a la anciana.

—Oh, sí. Un hermoso país, *monseñor*. He escuchado serenatas cantadas bajo mi ventana, y tengo un retrato mío firmado por Goya.

—¿Y habéis presenciado alguna corrida de toros?

—Sí, monseñor. Es un espectáculo en extremo pintoresco y digno de ser visto por todo el mundo. ¿Qué os imagináis que piensa el toro sobre cuanto allí ocurre? Pues yo creo que el toro pensará de la siguiente manera: “Tenga Dios compasión de mí; qué situación tan terrible; qué desastre, qué mala suerte he tenido; pero no me queda más remedio que aguantar y seguir adelante.” Indudablemente el animal quedaría profundamente reconocido, y hasta derramaría lágrimas, si el Rey ordenara la suspensión de la fiesta por compasión hacia él. Pero un toro de pura sangre, bravo, diría: “Mirad, ésta es una corrida de toros y hay que vivirla.” Se siente orgulloso porque durante muchos años será conocido por el toro negro que actuó tan bravamente aquella tarde, y que incluso mató al torero. Pero si en medio de la corrida, cuando se haya derramado sangre del toro, el Rey decide suspender el espectáculo, ¿qué pensará el toro negro y bravo? Quizá se dirija a los espectadores. Tal vez mire con Ojos encendidos y brome lo siguiente: “Debíais de haber pensado

en suspender la fiesta antes que comenzara.” *Madame*, también el Rey debe tener su fiesta y yo estoy listo para luchar y morir ante el Gran Monarca cuando venga a verme actuar.

—Esperad —dijo *miss Malin*—. Yo he pensado en algo más. Tal vez estéis equivocado en vuestra idea sobre el sentido del humor del Rey Luis Felipe. Quizá sus gustos sean muy diferentes del vuestro y del mío; quizá le guste un mundo revuelto, como aquella emperatriz de Rusia que para distraerse hizo que sus ancianos consejeros, con lágrimas abundantes en los ojos, bailaran ante ella mientras los bailarines auténticos se sentaban en los sillones de los consejeros. Os contaré una breve historia a propósito de lo que hemos hablado...anteriormente.

”Cuando estaba yo en Viena —comenzó, diciendo— un lindo muchacho con grandes ojos azules causó sensación con su original danza sobre una cuerda, con los ojos vendados. Bailaba con admirable gracia y el vendaje de sus ojos era real, ya que el paño que los cubría había sido colocado por una persona elegida al azar entre los espectadores. Su actuación constituyó la novedad de la temporada y tan alto llegó su nombre y su fama que fue llamado por el emperador y la emperatriz, los duques y las duquesas para que actuara en presencia de la corte. Estaba presente el gran oculista profesor Heimholz, llamado por el emperador porque todo el mundo discutía sobre los problemas de la visión. Al final de la actuación se levantó el doctor y dijo en alta voz con gran agitación: ”«Majestad y Alteza Imperial, esto es una farsa, un engaño.»

”«No puede ser una farsa —intervino el oculista de la corte- Yo mismo he colocado y atado el paño ante los ojos de este muchacho con suma precaución y cuidado.»

”«Repito que esto es una farsa y un engaño —insistió el destacado profesor, indignado—. Este muchacho nació ciego.»

*Miss Malin* hizo una pequeña pausa. Luego continuó: —¿Qué ocurriría si vuestro Luis Felipe dijera al vemos a nosotros tan a gusto en el infierno: “Esto es una farsa, un engaño. Esta gente ha estado en el infierno desde su nacimiento.”?

*Miss Malin* marcó las últimas palabras con una sonrisa.

Después de un silencio el cardenal prosiguió:

- *Madame*, tenéis un gran poder imaginativo.

—Oh, soy una *Nat-og-Dag* —contestó *miss Malin* con modestia.

—Pero, ¿no sois —dijo el cardenal— un poco...?

—¿Loca? —preguntó la anciana. Yo pensaba que ya lo sabíais, *monseñor*.

—No. No es eso lo que yo quise decir... También yo tengo una historieta que contaros. La contaré con vuestro permiso, *madame*, para probar que existen peores cosas que la condenación.

—Contad, *monseñor*, esa historieta, fruto de una vida agitada y llena de provechosas experiencias.

—La llamaré —reflexionó unos momentos— “El vino del Tetrarca”.

"Cuando el primer miércoles después de la Pascua —comenzó él cardenal— el apóstol Simón, llamado Pedro, paseaba por las calles de Jerusalén, totalmente absorto en el pensamiento de la Resurrección, hasta el punto que no sabía si caminaba por el pavimento o era llevado por los aires, observó, al pasar ante el templo, que un hombre estaba de pie junto a una columna esperándole. Cuando sus ojos se encontraron, el hombre comenzó a caminar hacia el apóstol.

”«¿No estabas tú también con Jesús de Nazaret?»

”«Sí, sí, sí», replicó Pedro rápidamente.

” «Entonces, me gustaría mucho hablar contigo irnos momentos. Yo no sé qué hacer. ¿Quieres entrar conmigo en esta posada que está aquí cerca y beber algo en mi compañía?»

"Pedro, incapaz de hallar una excusa, aceptó, y pronto estuvieron sentados juntos en la posada. Aquel hombre parecía ser conocido en el establecimiento. Pidió, y se la prepararon inmediatamente, una mesa al final del salón, fuera del alcance de los oídos de los otros clientes, que de vez en cuando entraban y salían. También pidió del mejor vino para él y para el apóstol. Pedro le miró despacio y adivinó en él una impresionante personalidad. Era un hombre joven, orgulloso, de constitución fuerte. Estaba mal vestido, con una capa de piel de cabra muy remendada, pero a pesar de ello llevaba una bufanda de seda fina. Alrededor del cuello lucía una cadena de oro y en sus manos brillaban anillos del mismo metal, uno de ellos con una hermosa esmeralda. Pareció a Pedro haber visto a aquel hombre en otra ocasión, en medio de un miedo y turbación terribles. Pero no recordaba el lugar donde le había visto.

”Si eres en verdad uno de los seguidores del Nazareno, tengo que hacerte dos preguntas. A medida que vayamos avanzando en nuestra conversación te diré los motivos que me inducen a hacértelas.»

”Me alegraré si en algo puedo serte útil», dijo Pedro.

”«Bien. ¿Es cierto lo que se dice de que este Maestro a quien sirves vencerá a la muerte?»

”«Sí. Esa es la verdad», contestó Pedro, mientras su corazón se henchía de satisfacción al proclamar aquella verdad.

”«Yo he oído diferentes rumores y comentarios sobre el particular, pero no sé a qué atenerme. ¿Es cierto que te dijo, antes de ser crucificado, que resucitaría?»

”«Sí. Nos lo dijo. Además, nosotros sabemos a ciencia cierta que lo que El dijo se cumplirá.»

"«¿Entonces crees que todas las palabras que dijo son ciertas y que sus promesas se convertirán en realidad?»

"«Nada en el mundo es más seguro que lo que El dijo. De ello estoy plenamente convencido.»

"El hombre se mantuvo en silencio durante unos minutos. Luego preguntó súbitamente: ”«Te diré el motivo de mi pregunta: un amigo mío fue crucificado también el viernes, junto a él, en el Calvario. Tú le viste, supongo. Este Maestro tuyo le prometió a mi amigo que estaría con él en el Paraíso aquel mismo día. ¿Crees que fue al Paraíso aquel viernes?»

"«Sí. Es seguro que fue y que está allí ahora, en estos mismos momentos.»

”El hombre guardó un nuevo silencio, sumido en hondas reflexiones.

”«Bien, eso es bueno... Era mi amigo.»

"Un dependiente de la posada trajo el vino que el hombre habla pedido. Llenó los vasos y dejó a un lado la vasija.

"«Esta es la otra pregunta que quería hacerte: He probado muchas clases de vinos durante estos últimos días y todos tienen un mal sabor para mi paladar. Yo no sé lo que ha ocurrido con el vino de Jerusalén. No tiene ni sabor ni cuerpo. Yo creo que esto obedece al movimiento sísmico que tuvo lugar el viernes por la tarde. Desde entonces todo está malo.»

"«Yo no creo que este vino esté malo», dijo Pedro para dar ánimo a aquel hombre, ya que tenía una mirada triste y melancólica.

"«¿Que no está malo? —preguntó con esperanza al tiempo que acercaba el vaso a sus labios—. Sí, este también está malo —dijo al dejar otra vez el vaso sobre la mesa—. Si tú llamas a esto bueno, me das a entender que no sabes nada de vinos. Yo sé mucho de esto y el buen vino es mi mejor placer. Pero volvamos de nuevo a aquel amigo mío, Fares —dijo tomando el hilo de la conversación—. Te voy a contar lo que ocurrió antes de caer prisionero y ser condenado a muerte. Era un ladrón que actuaba en el camino de Jerusalén a Jericó. Por aquel camino llegó un cargamento de vino con que el emperador de Roma obsequiaba al Tetrarca Herodes, y en el cargamento venía un bocoy de vino tinto de Capri de calidad superior y precio

extremadamente caro. Una tarde, en este mismo lugar donde estamos hablando ahora tú y yo, estuve hablando con Fares. Le dije: “Daría algo por beber de aquel vino tinto del Tetrarca.” Y él me dijo: “En honor al carillo y afecto que te profeso, y para demostrarte que yo no soy un hombre inferior a ti, mataré al superintendente de este transporte y enterraré el bocoy entre determinados cedros de la montaña. Luego tú y yo beberemos juntos el vino del Tetrarca.” Lo hizo tal y como lo habla dicho, pero al venir a Jerusalén en mi busca fue reconocido y descubierto por una de las personas que iban con el transporte y que habla logrado escapar. Luego fue encerrado en la cárcel y por último condenado a la pena de crucifixión. Me enteré de lo que había sucedido a mi amigo, y empecé a pensar en los medios que podría utilizar para ayudarle a escapar. Por la mañana, al pasar ante el templo, vi a un anciano mendigo a quien ya había visto otras veces, que tenía una pierna lisiada, y además estaba loco. En su locura solía gritar, quejándose de su mala suerte y maldiciendo a los gobernantes de la ciudad, y hasta proclamando y deseando muchas cosas malas para el Tetrarca y para su esposa. Como estaba loco, la gente que pasaba por allí y le oía se limitaba a reírse. Pero sucedió que esta mañana pasó por dicho lugar un centurión con sus hombres, y cuando oyó al mendigo maldecir y vilipendiar al Tetrarca y a su esposa se llenó de ira. Dijo al mendigo que si volvía de nuevo a repetir lo que estaba diciendo haría que durmiera en la prisión de Jerusalén, y además ordenarla que le dieran veinticinco azotes por la mañana y otros veinticinco por la noche, para que aprendiera a hablar con respeto de los gobernantes. Yo escuché todo aquello y me vino a la imaginación el siguiente pensamiento: “Esta es mi oportunidad.” Durante el transcurso de aquel día rasuré mi cabello y mi barba, unté mi cara con aceite de nueces, me vestí con andrajos y harapos y hasta vendé de arriba abajo mi pierna derecha. Entre aquellos vendajes escondí una lima fuerte y afilada y una larga cuerda. Por la tarde me dirigí al templo. El mendigo se habla asustado, al parecer, y no había acudido a su lugar de costumbre. Yo ocupé su sitio. Justamente cuando pasaba la vigilancia grité a todo pulmón, tratando de imitar la voz y los gestos del mendigo. Pronuncié horribles maldiciones contra el César de Roma y contra todos sus servidores, y como yo esperaba, la vigilancia me cogió y me llevó a la prisión sin que nadie me reconociera bajo los andrajos. Allí recibí veinticinco azotes y tomé buena nota del hombre que me azotó, con vistas al futuro. Con una moneda de plata logré sobornar al carcelero y me cambió por la noche a la celda donde estaba Fares. Esta celda estaba en lo más alto de la prisión, la cual, como sabes, está construida en la roca. Fares se echó al suelo y besó mis pies, me dio agua de la que él tenía, y más tarde pusimos manos a la obra para limar la barra de hierro de la ventana. Estaba muy alta y él tenía que estar sobre mis hombros o yo sobre los suyos. Por la mañana temprano hablamos logrado cortar el barrote. Luego atamos la cuerda. Fares bajó el primero, y como la cuerda no era lo suficientemente larga, tuvo que dejarse caer hasta el suelo desde cierta altura. Entonces salí yo, pero me encontraba débil y torpe para lanzarme. En aquel momento una partida de

soldados llegaba con un prisionero. Llevaban antorchas y uno de ellos advirtió mi presencia cuando comenzaba a descolgarme torpemente por la cuerda. Fares pudo haber huido,, si hubiera querido, pero era un buen amigo y no quiso irse sin haber visto antes lo que iba a ser de mí, y de esa forma los dos fuimos cogidos.

Naturalmente, averiguaron en seguida mi personalidad Eso es lo que sucedió. Me conforta mucho tu palabra de que Fares está ahora en el Paraíso.»

”«De todo esto —dijo Pedro, que habla estado escuchando todo oídos— saco la conclusión de que eres un hombre valiente y decidido, y que sabes arriesgar la vida en beneficio de un amigo. Te felicito...»

”«¡Oh! —dijo el hombre, suspirando profundamente—. He vivido mucho tiempo en los bosques.»

"«Me dijiste —añadió Pedro después de un rato— que fuiste hecho prisionero también. Estando aquí, es que escapaste de alguna manera...»

”«Sí... Logré escaparme —dijo el hombre—. Me escapé con ánimo de vengar la muerte de mi amigo Fares. Pero desde que tú me has dicho y asegurado que se encuentra en el Paraíso no veo por qué he de preocuparme. Y ahora no sé qué hacer. ¿Desenterraré ese bocoy de vino del Tetrarca y me lo beberé?»

"«Será muy triste para ti hacer eso sin tu amigo», dijo— Pedro.»

"Sus ojos se llenaron de lágrimas. Pensó que tal vez deberla reprochar a aquel hombre el robo del vino del Tetrarca, pero en su propio corazón brotaron otros recuerdos.

"«No... No es eso lo que estoy pensando —dijo el hombre—. Si ese vino se ha vuelto también malo y no proporciona placer a mi paladar, ¿qué he de hacer entonces?»

"Ahora Pedro comenzó a desear que este hombre terminara con sus lamentaciones y le dejara solo con sus pensamientos, "«¿Por qué —preguntó— vienes a mí con todo eso?»

”«Te lo explicaré. Me han informado que vuestro Maestro, en la noche anterior a su muerte, dio una fiesta a sus seguidores y discípulos, y que en esa ocasión fue servido un vino especial ¿Te queda algo de aquel vino, y quieres vendérmelo? Te pagaré el precio que me pidas.»

"Pedro miró fijamente al hombre. Luego gritó, tan afectado que derramó el vino de su vaso: "«¡Oh, Dios... Oh, Dios! No sabes lo que estás diciendo. El vino Que

nosotros bebimos la noche del Jueves es de un precio valiosísimo. Tan grande es su valor que el mismo emperador de Roma no podría pagar el importe de una sola gota.»

”Su corazón latía con violencia. En medio de su excitación vinieron a su pensamiento las palabras del Señor, cuando le dijo que sería pescador de hombres. Entonces pensó que sería su obligación ayudar a aquel desgraciado que parecía sumido en una terrible angustia. Se volvió a él, pero al ver su mirada pensó que de todas las personas del mundo sería aquel hombre al que no podría prestar ayuda ni socorro alguno. Para alentarse recordó las palabras del Señor: ”«Hijo mío —dijo amable y gravemente—. Toma tu cruz y síguelo.»

”El hombre se detuvo y miró a Pedro:

”«Mi cruz —gritó—. ¿Dónde está mi cruz? ¿Quién va a levantar mi cruz?»

”«Nadie sino tú puede levantarla —dijo Pedro— y Él te ayudará a llevarla. Ten paciencia y fortaleza. Te diré muchas cosas más sobre todo esto.

”«¿Y qué tienes que decirme sobre esto? —preguntó el hombre—. Me parece que nada sabes de ello. ¿Ayudarme? ¿Tú crees que hay alguien dispuesto a llevar la cruz que el carpintero de Jerusalén llevó días pasados? Yo por lo menos, no. De eso puedes estar seguro. Aquel cirineo de piernas estevadas no tendrá nunca oportunidad de exhibir su fortaleza en favor mío. Me estás hablando de paciencia y de fortaleza, pero debo decirte para tu conocimiento que nunca he conocido a un hombre tan fuerte como yo. Mira —dijo echando atrás la capa y mostrando a Pedro el pecho y la espalda cruzados por hondas cicatrices—. ¡Mi cruz! La cruz de Pares estaba a la derecha y la de Achaz a la izquierda. Yo hubiera llevado mi cruz mejor que ninguno de ellos. ¿No crees que yo hubiera durado más de seis horas? No pienso en eso, te lo aseguro. En todos los sitios en que he estado he sido jefe de hombres, y siempre han atendido y obedecido mis órdenes. No creas que porque en estos momentos te esté diciendo que no sé qué hacer no esté acostumbrado a ordenar a otros para que vayan y vengán obedeciendo mis mandatos.»

”Ante el tono desdeñoso de la conversación Pedro estuvo a punto de perder la paciencia, pero habla prometido, desde que cortó la oreja a Maleo, dominar su temperamento impetuoso. Se hizo fuerte y calló. Después de unos momentos el hombre le miró impresionado y confundido por su silencio.

”«Y tú —preguntó— que eres discípulo de ese Profeta, ¿qué crees que te sucederá ahora?»

”El rostro de Pedro, desfigurado por la pena y el dolor terribles que le producía el recuerdo de los sufrimientos de su Maestro, se enterneció. Puso sus ojos en los de aquel hombre extraño y le dijo: ”«Creo y confío en mi fe. Espero tener la suerte de sufrir y morir por mi Señor y Dios.»

"Bajó la voz, y dijo con entusiasmo y esperanza:

«Algunas veces, durante estas últimas noches, he tenido el presentimiento de que al final de mi vida me espera una cruz también.»

”Bajó la vista y añadió:

"«Aunque pienses que me estoy vanagloriando, debo decirte todo esto.»

”«No —repuso el hombre—. Creo muy probable que te suceda todo lo que terminas de decir.»

”Esta confianza pareció a Pedro una muestra generosa de amistad por parte de aquel hombre. Su acaloramiento y su disgusto se fundieron con la gratitud y el reconocimiento. Se sonrojó como una novia. Por primera vez sintió verdadero interés por su compañero, y hasta le pareció que debía de hacer algo por él a cambio de las amables palabras que acababa de decirle.

"«Lamento —dijo gentilmente— que no pueda ayudarte en la pena que pesa sobre tu alma. Realmente no soy totalmente dueño de mí, debido a cuanto me ha acontecido en estos últimos días.»

”«Oh —dijo el hombre—. Yo no esperaba otra cosa.»

”«En el transcurso de nuestra conversación me has dicho y repetido que no sabes qué hacer. Dime a qué se debe el que estés metido en tales dudas. Estoy dispuesto a aconsejarte hasta en lo referente a ese vino de que me hablas.»

"El hombre le miró:

”«No es una cuestión especial o determinada la que me preocupa. No sé dónde encontraré un vino que tenga virtud suficiente para alegrar mi corazón como antes. Estoy pensando que lo mejor que puedo hacer es ir y desenterrar el bocoy de vino del Tetrarca. Tal vez sea esa mi solución y el remedio de mis penas y mi aburrimiento.»

"Cuando hubo terminado de pronunciar estas palabras se levantó de la mesa y envolvió su cuerpo en la capa de piel de cabra.

”«No te vayas todavía —pidió Pedro—. Creo que hay muchas cosas sobre las que tenemos que hablar nosotros dos.»

”«De todos modos, tengo que irme. Va a pasar un transporte de aceite por este camino, procedente de Hebrón, y tengo que encontrarme con él.»

”«¿Te dedicas al comercio del aceite?»

"«En algún sentido, sí.»

"«Pero antes que te vayas, dime cual es tu nombre. Tenemos que hablar los dos en otra ocasión, si me dices tu nombre y dónde puedo encontrarte.»

"El hombre, estaba ya de pie Junto a la puerta de salida. Se volvió y miró a Pedro con altivez y ligero desdén.

"«¿Pero es que no sabes mí nombre? Mi nombre ha sido gritado y pregonado por toda la ciudad No ha quedado uno de los sumisos ciudadanos de Jerusalén que no lo haya pronunciado con todas sus fuerzas. “¡Barrabás!”, gritaban, “¡Barrabás! ¡Barrabás! Devuélvenos a Barrabás.” Mi nombre es Barrabás. Yo he sido un gran Jefe, y como tú mismo dijiste, un valiente. Mi nombre será siempre nombrado y recordado.»

”Y tras estas palabras salieron de la posada.

Cuando el cardenal hubo terminado su historia, Jonathan se levantó y cambió la candela de sebo en la linterna. Se habla quemado hasta abajo y ahora estaba dando parpadeos. Apenas habla terminado cuando la muchacha se puso mortalmente pálida.

*Miss Malin* le preguntó amablemente si tenía sueño, pero ella lo negó con energía, aunque la realidad era que no podía resistir sin reposar y dormir. Durante esta noche habla vivido más que habla vivido en todos los años de su vida. Se habla enfrentado con la muerte y valientemente se habla arrojado al peligro, exponiendo su noble vida por salvar la de sus semejantes. Hasta se habla casado. No quería, a pesar del sueño que la dominaba, perder ni un momento de aquellas horas tan fecundas e inolvidables. Pero a pesar de sus esfuerzos antes de diez minutos se quedó dormida, sin que de nada sirvieran los esfuerzos que hacía para mantenerse despierta Al final se resignó a descansar unos momentos. Su esposo le preparó un lecho sobre el heno, y se quitó la capa para cubrirla con ella.

Con su mano en la de su esposo, se quedó dormida sobre el duro suelo. Semejaba

una imagen en mármol del ángel de la muerte. El perro se apretó Junto a ella, con la cabeza sobre sus rodillas. Su esposo se sentó para observar su sueño, pero luego tampoco pudo resistir más tiempo despierto y se acostó a corta distancia de ella, lo suficientemente cerca para poder seguir sujetando su mano. Por unos instantes no pudo dormir. Miraba alternativamente a ella y a las rígidas figuras de *miss Malin* y del cardenal. Cuando al final se quedó dormido, en sueños hizo un movimiento súbito hacia adelante, de modo que su cabeza quedó casi rozando la de la muchacha.

*Miss Malin* y el cardenal guardaron unos momentos de silencio, contemplando a la tenue luz de la linterna a los dos jóvenes.

Jonathan, después que se hubo acomodado quedó plácidamente dormido.

*Miss Malin*, que parecía que no fuese a dormir en toda la eternidad, tenía puesta su mirada en los dos Jóvenes con benevolencia.

El cardenal los miró un momento y luego comenzó a quitarse los vendajes que envolvían su cabeza.

—Quiero desembarazarme de estas vendas ahora que casi tenemos aquí la mañana.

—Pero, ¿no será prematuro? —preguntó *miss Malin* preocupada.

—No —después de unos momentos prosiguió—: Esta no es sangre mía. Vos, *Miss Nat-og-Dag*, que tenéis la vista tan agudizada para descubrir la sangre noble, deberíais reconocer la sangre azul del cardenal Hamilcar.

*Miss Malin* no se movió, pero su blanco rostro cambió ligeramente. Luego preguntó con voz poco firme: —¿La sangre del cardenal Hamilcar?

—Sí. La sangre de ese hombre noble. Sangre que está sobre mi cabeza y sobre mis manos. Yo le golpeé en la cabeza con una viga que cayó antes que la barca llegara para rescatarnos esta mañana.

Hubo un silencio profundo que duró dos o tres minutos.

Solamente el perro se movía, gimiendo débilmente en sueños mientras acercaba más su cabeza hacia las ropas de la Joven. El hombre vendado y la anciana no se atrevían a levantar los ojos para mirarse. Lentamente terminó de quitarse aquellas vendas de lienzo, largas y teñidas en sangre. Una vez que quedó libre de ellas apareció un rostro ancho y rojo.

Miss Malin, al final dijo:

—Dios dé descanso a su alma.

Levantó la vista para mirar a aquel hombre y le preguntó llena de extrañeza y de sobresalto: —Y vos, ¿quién sois?

El semblante del desconocido cambió ante la pregunta:

—¿Es eso lo que me preguntáis? ¿Estáis pensando en mí y no en él?

—Oh, tanto vos como yo no necesitamos pensar en él. Decidme, ¿quién sois?

—Me llamo Kasparson. Soy el criado del cardenal.

Miss Malin dijo con firmeza:

—Pero tenéis que decir aún más. Necesito saber con quién he estado hablando esta noche.

—Os diré todavía más, si os divierte. He recorrido muchos continentes y siento un placer especial en recordar mis hazañas pasadas.

"Yo soy un actor, *madame*, lo mismo que vos sois una Nat— og-Dag. Es decir, los dos sabemos mantenernos firmes en cualquier circunstancia, y sabemos también retroceder cuando los demás nos han fallado o defraudado. De niño comencé a actuar en un ballet; cuando tenía trece años me llevaron consigo los nobles más ancianos de Berlín. Quedaron prendados de mi gracejo y habilidad extraordinarias, y particularmente de los conocimientos poco corrientes que decían que tenía en la técnica del ballet llamado *bailón*, que pone a prueba la capacidad para saltar sobre el suelo y burlar las leyes de la gravitación. Mi padraastro, el famoso tenor Herr Eunicke, me presentó a aquellos nobles señores y creyó que en mí tenía una mina de oro. Pero Herr Eunicke, como todos los tenores, olvidó de hacer cálculos con las leyes del tiempo, y éste nos sorprendió antes de lo que hubiéramos querido, y mi carrera de cortesano duró muy poco.

"Entonces fui a España y me hice barbero. Ejercí mi oficio en Sevilla durante siete años, y me gustó mucho todo aquello.

Siempre he tenido afición hacia el jabón y las aguas de tocador, y me han gustado las cosas limpias y pulcras. Por esta razón me sorprendía a menudo la costumbre del cardenal de mancharse las manos con tinta roja o negra. Me convertí, *madame*, en un

barbero profesional y muy cotizado.

"También he sido impresor en los periódicos revolucionarios de París, vendedor de perros en Londres, traficante de esclavos en Argelia y amante de una princesa viuda en Pisa. Por medio de ella conseguí relacionarme y viajar con el profesor Rosellini y con el gran orientalista francés Champollion en su expedición a Egipto. He estado en Egipto, *madame*. He pasado por la sombra triangular de la Gran Pirámide, y desde la cima de ella imaginé, asombrado y estupefacto, una historia de hace cuatro mil años.

*Miss Malin*, ante un criado que habla recorrido el mundo, buscó refugio en su Imaginación. Kasparson prosiguió su historia: —También he vivido en Copenhague. Pero me quedaron malos recuerdos de la ciudad. Me hice palafrenero de un hombre anciano y gordo llamado Bolle Bandsat, que quiere decir, con vuestro permiso, el hombre maldito o condenado. Allí por un penique podía dormir en el suelo, y por medio penique, estar de pie con una cuerda bajo los brazos. Cuando pude evadirme de las manos de la justicia, cambié mi nombre por el de Kasparson, en recuerdo de aquel orgulloso y desventurado joven de Nürenberg que murió apuñalado por sí mismo para hacer creer a lord Stanhope que era hijo ilegítimo de la gran duquesa Estefanía de Badén.

”Sí es sobre mi familia sobre la que queréis tener noticias, tengo el honor de informaros que soy un bastardo de la más pura sangre. Mi madre era una verdadera hija del pueblo, nacida de un honrado artesano, y se convirtió en esa amable actriz llamada Johanna Handel-Schut, quien hizo revivir en los escenarios todos los ideales clásicos. De mis dieciséis hermanos y hermanas, cinco se han suicidado. Y ahora, si os digo quién es mi padre, creo que os interesará. Cuando Johanna fue a París, con dieciséis años, para estudiar el arte, encontró favor ante los ojos de un gran señor. Yo, *madame*, soy hijo del duque de Orleans, quien poco después de mi nacimiento se alzó con el pueblo e insistió en ser llamado ciudadano y tratado como tal. Luego votó por la muerte del rey de Francia, y cambió su nombre por el de *Égalité*. ¡El bastardo de la *Égalité* ¿Puede uno ser más bastardo, *madame*?

—No —contestó la anciana, con los labios blancos, incapaz, de pronunciar una sola palabra de alivio para el hombre empalidecido y triste que tenía ante su presencia.

—Aquel pobre rey Luis Felipe —dijo Kasparson—, por quien siento pena y sobre el cual lamento haber hablado tan dura y severamente esta noche, es mi hermano pequeño.

*Miss Malin* se encontraba ante los mayores infortunios. Nunca había estado tanto tiempo sin hablar como en aquella ocasión. Después de un largo y prolongado

silencio se decidió a preguntar: —Decidme ahora, teniendo en cuenta que ya no nos queda mucho tiempo. En primer lugar, por qué matasteis al cardenal, y en segundo lugar, por qué razones os habéis tomado la molestia de engañarme después de haber venido aquí, y os habéis burlado esta noche que tal vez sea la última de mi vida. Aquí no corréis peligro alguno. Hablad, sin miramientos. ¿Creéis, acaso, que no, tengo suficiente ánimo para comprenderos?

—Ah —dijo Kasparson—, ¿por qué no os lo he de contar? Cuando maté al cardenal fue el momento del desposorio de mi alma con el destino. ¿Por qué maté a mi maestro? —prosiguió—. *Madame*, habla pocas esperanzas de que los dos pudiéramos ser salvados, y él hubiera sacrificado su vida por la mía. ¿Debería vivir yo como criado cuyo señor habla muerto, o debería quedar sencillamente ahogado y desaparecido como un triste aventurero? Os dije que soy actor. ¿Un actor no tiene que representar su papel? Si durante todo el tiempo el director del teatro se empeña en retirarnos los buenos papeles, ¿no vamos a insistir en conseguir uno bueno aunque sea en las estrellas? La prueba de nuestro talento está en el éxito o en el fracaso. Yo he representado bien mi papel. El cardenal me hubiera aplaudido. Era un experto en el arte de representar.

”Sir Walter Scott, *madame*, aceptó, con gran complacencia, la novela de Wilibald Alexis titulada *Walladmor*, que publicó con su nombre y a la que denominó el misterio más delicioso del siglo. El cardenal se hubiera reconocido en mí. El tenía un corazón magnánimo y estoy seguro de que lo que hice aprovechando su estado de Inconsciencia y de descuido no le resultó del todo desagradable, y hasta me atreverla a asegurar que me perdonó.

*Miss Malin* guardaba silencio. No se atrevía a emitir su opinión sobre el crimen cometido por aquel infiel criado. fue el mismo Kasparson quien rompió el silencio molesto recitando algunas estrofas de la gran tragedia de *Axel y Walburg*. Sin mirar a la anciana, y en voz alta que penetraba en todos los rincones del recinto, que guardaba entre sus oscuras paredes tantos secretos, comenzó a recitar lentamente: “*Mi venerado señor San Olaf viene en persona, De mi se reviste, conmigo se cubre.*

*Soy su fantasma, la larva de su espíritu;*

*La cáscara transitoria de una mente inmortal.”*

—La única cosa que me hubiera criticado sería ésta: que me hubiese excedido en mi papel. Yo me quedé en este henil para salvar las vidas de aquellos aldeanos torpes y empedernidos, que prefirieron la salvación y la vida de su ganado a la suya propia.

Dudo que el cardenal hubiera hecho lo que yo hice, ya que él era hombre de un excelente sentido de las cosas. Tenía que ser así. En todo gran artista debe haber algo de charlatán y el cardenal no estaba Ubre de ello. En cualquier caso —concluyó levantando la voz— en el día del Juicio Final Dios no me dirá: “Kasparson, has sido un mal actor.”

*Miss Malin* se mantuvo sentada durante un largo espacio de tiempo, sumida en el profundo silencio de aquel recinto oscuro. Al final miró a Kasparson para decirle: — ¿Y por qué tanto interés en ese papel?

Kasparson contestó, hablando lentamente:

—Confiaré en vos. No se conoce al hombre por la cara, sino por la máscara. Esto mismo os dije al principio de esta noche. Soy bastardo. Llevo sobre mí la maldición de la bastardía de la que vos conocéis nada. La sangre de la *Égalité* es una sangre arrogante, llena de vanidad y de presunción. Es difícil, muy difícil vivir, cuando se lleva esta sangre en las venas. Relama siempre el esplendor y la gloria, *madame*. No admite ninguna equivalencia, ningún sustitutivo. El que lleva esta sangre sufre mucho ante cualquier *desaire*, por insignificante que sea. Pero estos aldeanos y pescadores son el pueblo de mi madre, ¿Queréis creerme que he derramado y llorado sangre ante la dureza de sus vidas y ante sus hijos pálidos y desmayados? Mi corazón se ha retorcido muchas veces ante el recuerdo de sus mendrugos de pan, sus cuchillos desgastados por el uso, sus ropas remendadas y sus rostros pacientes y resignados. Nada he amado en el mundo sino a estas gentes. Si ellos lo reconocieran y me nombraran su Jefe y maestro, yo les serviría durante toda mi vida. Si hubieran caído de rodillas y me hubieran adorado yo hubiese dado mi vida por ellos. Pero no lo han hecho ni lo harían nunca. Tales honores estaban reservados para el cardenal. Sólo esta noche han buscado mi amparo. Han visto en mi rostro el del Señor. Después de esta noche, ellos mismos dirán que vieron una luz blanca en la barca donde yo estaba. Sí, así es, *madame*... Lo mismo, *madame*, ha sucedido con nuestros reyes. Pero, con la ayuda de Dios, también he sentido compasión por mi hermano el rey de Francia. Mi corazón se ha entristecido por él. Sí... *madame*...

—Perdonadme —dijo *miss Malin*— pero no creo que influyera decisivamente en vuestro destino que este recinto se sostenga hasta que regrese el barco, o se derrumbe batido por las aguas.

Kasparson sonrió ligeramente. En su rostro se reflejaban dulzura y simpatía. Era evidente que estaba bajo la influencia, del barril de ginebra que dejaron los aldeanos. Y la anciana *miss Malin* no se sentía ajena al influjo del alcohol ingerido.

—Tenéis razón, *miss Nat-og-Dag*; vuestro agudo ingenio ha dado en el clavo. Pero tened paciencia un poco más de tiempo. Os explicaré el caso. Poca gente puede decir sin mentir que siempre estuvieron libres de la creencia de que podrían haber hecho el mundo. Y aún digo más: poca gente puede decir de si misma que está libre de la creencia de que este mundo que ven no es más que obra de su propia imaginación.

”¿Estamos entonces contentos con él, orgullosos de este mundo? A veces, sí... En las tardes primaverales, en compañía de niños y mujeres hermosas e inteligentes, yo me he sentido complacido, a gusto y hasta orgulloso de la Creación. Otras veces, cuando me ha tocado enténdrmelas con el vulgo, con gente ordinaria, me he formado una mala idea de la existencia de semejante gentuza baja, insípida y embotada. Si hubiera tenido poder hubiese acabado con ellos, de la misma manera que el monje en su celda acaba con las imaginaciones degradantes y torpes que perturban la paz de su alma y su orgullo de siervo del Señor. Ahora, *madame*, me encuentro complacido y satisfecho por haber pasado esta noche aquí. Estoy sinceramente orgulloso de haberos conocido, os lo aseguro. ¿Pero qué haremos con esta figura verdadera y real que ha aparecido al final de este hombre llamada Kasparson? ¿Ha sido un éxito o un acierto el introducirlo en escena? ¿Vale la pena que lo conservemos? ¿No habrá, por el contrario, aparecido como una mancha lamentable en el cuadro? El monje acude a flagelaciones para ahuyentar de si la imagen que le ofende. Mis cinco hermanos y hermanas cayeron quizá en este mismo pensamiento: “El único fracaso es mi figura en el mundo, y por consiguiente, debo hacerla desaparecer aunque me cueste la vida.”

—Bien —dijo *miss Malin* después de una pausa— ¿Y gozasteis representando el papel de cardenal cuando se os presentó la oportunidad? ¿Tuvisteis algún momento agradable?

- *Madame*, os confieso que he tenido una noche y un día deliciosísimos. He vivido demasiado hasta la fecha para haber aprendido a devolvérsela cuando el diablo me hace una burla. ¿No será este recibir una burla del diablo y devolvérsela la diversión más hermosa, la única verdadera que hay en el mundo? ¿Y si todo lo que el mundo llama diversión y esparcimiento no es más que un presentimiento, una sombra o anuncio de aquello?

*Miss Malin* con voz aguda dijo:

—Yo también, yo también. —Se incorporó con ligereza y dignidad—. También yo he devuelto la burla al diablo. Es un arte que merece la pena aprender.

El actor se levantó y se mantuvo a pie firme. Ella le miró con ojos radiantes.

—Kasparson, gran actor, bastardo de la *Égalité*, bésame.

—Oh, no, *madame*. Estoy enfermo. Llevo veneno en mi boca.

*Miss Malin* sonrió:

—Todo debe ser jugado esta noche.

Realmente su aspecto no era atractivo. Sobre sus hombros llevaba una calavera, la misma que usan los farmacéuticos para anunciar y distinguir las botellas que contienen veneno. No era apetecible para recibir el beso de ningún hombre. Miró fijamente al que tenía ante ella y dijo lentamente, con mucha gracia: - *Fils de St. Louis, montez au ciel!*

El actor la tomó en sus brazos y la besó. Aquella anciana doncella no se iría a la tumba sin haber sido besada. Con un movimiento gracioso y majestuoso levantó el borde de su faldón y lo colocó en su mano. La seda que había arrastrado por el suelo estaba empapada en agua. Entonces comprendió Kasparson cual había sido la razón por la que se había levantado de su asiento.

Los dos, a un mismo tiempo, miraron a) suelo del henil. Una oscura figura como la de una serpiente larga y gruesa yacía sobre las tablas y, un poco más abajo, donde el piso se balanceaba ligeramente, se extendía una negra balsa de agua que casi tocaba los pies de la muchacha. Las aguas habían logrado rebasar los muros del henil.

A medida que las aguas se movían, velan mecerse suavemente las tablas que flotaban sobre la superficie líquida.

El perro se levantó de un salto. Alzó la cabeza, empujó las Orejas, olfateó con la nariz y emitió un bajo gemido.

*Miss Malin*, que había aprendido su nombre por los pescadores, dijo: —¡Passup!, ¡Passup!

Tomó una de las manos del actor entre las suyas:

—Esperad un momento.

Hablaba en voz baja para que no se despertaran los dos jóvenes, dormidos plácidamente: —Tengo que decirles algo más. También yo fui una chica joven. Me gustaba pasear por los bosques y contemplar a los pajarillos. Muchas veces pensaba llena de aflicción: “Qué horrible cosa es pensar que haya gentes que encierren a

estos pobres animalitos en jaulas privándoles de lo más grande que Dios les ha dado, su libertad.” Otras veces me decía: “Si yo pudiera vivir de tal forma y servir de tal manera al mundo que después de mí no hubiera jaulas con pajarillos encerrados dentro, todos me deberían la libertad.”

Se detuvo y miró a la pared. Por entre las tablas aparecía una franja azul que daba a la luz de la linterna un color rojizo. Estaba rompiendo el alba.

La anciana sacó lentamente los dedos de entre la mano de Kasparson y colocó uno sobre sus labios para decir: - *A ce moment de sa narration, Scheherazade vit paraître le matin, et, discrète, se tut.*

## **CENA EN ELSINORE**

En una calle de Elsinore, cerca del puerto, se conserva una casa gris y majestuosa construida en los primeros años del siglo dieciocho. El edificio mira reticente a las construcciones modernas que se han levantado a su alrededor.

Durante muchos años funcionó como unidad viva. Cuando la puerta principal se abría, la puerta que daba a los pasillos de arriba se abría también por simpatía y afinidad. Cuando alguien pisaba un determinado peldaño de la escalera, una tabla del piso superior contestaba con un débil eco.

Habla sido de la familia De Coninck durante largos años, pero después de la bancarrota del Estado en 1813 y los acontecimientos trágicos que se sucedieron dentro de la propia familia, optaron por abandonar aquella residencia señorial y trasladarse a su casa de Copenhague.

Una anciana, tocada siempre con un blanco casquete, cuidaba de la casa, ayudada por un criado.

Las dos hijas de la casa no se hablan casado nunca, ya eran demasiado entradas en años para ello. El hito murió.

“En el verano, hace años —recordaba *madam* Bak— los domingos por la tarde, cuando el señor y la señora De Coninck comprobaban que hacia temperatura agradable, acostumbraban a dirigirse con sus tres hijos, en un landó, a la casa de campo de la abuela. Según era costumbre, comían a las tres de la tarde, en el campo,

sobre la verde pradera y bajo un gran olmo que ya en Junio esparcía sobre la hierba sus semillas pequeñas, redondas y de color pardo. La comida solía ser pato con guisantes verdes y fresas con crema. El pequeño corría de un lado para otro vestido con sus pantalones de *nanhín*, dando de comer al atardecer a los perros de su abuela. Las hermanas acostumbraban a encerrar en Jaula» los pajarillos que les regalaban sus admiradores...”

La anciana *madam* Bak era Incansable cuando hablaba y contaba historietas y anécdotas de los señores de la casa. Cuando alguien le preguntaba si las dos hermanas eran aficionadas a tocar el arpa, *madam* Bak se encogía de hombros, como queriendo significar la imposibilidad de dar una relación exacta y completa de las múltiples y variadas perfecciones y de los muchos conocimientos de las dos jóvenes.

En cuanto a sus admiradores y a proposiciones matrimoniales que les habían sido hechas, era un tema en el que cuando la buena de *madam* Bak entraba no sabía cómo salir de él.

La anciana *madam* Bak estuvo casada un corto espacio de tiempo con un marino, y cuando éste pereció en un naufragio volvió a entrar al servicio de la familia De Coninck. Consideraba como una lástima que ninguna de aquellas amables señoritas se hubiera casado. No podía olvidarlo nunca. Para con las gentes que le preguntaban, mantenía la teoría de que no hablan logrado encontrar un hombre digno de ellas, a excepción de su hermano. Pero sabía muy bien que su doctrina no era creída por nadie. Si las dos hermanas hubieran sentido preocupación o disgusto por ello, habrían combatido las opiniones del vulgo, tan diferentes de las que mantenía *madam* Bak. Pero ya era demasiado tarde.

*Madam* Bak tenía diecisiete años más que la mayor de las hermanas, Fernanda, a la que llamaban Fanny, y dieciocho años más que la joven Elisa, que nació precisamente el mismo día de la calda de la Bastilla. La anciana señora habla estado al servicio de la familia De Coninck durante la mayor parte de su vida.

Como era demasiado tarde para pensar en matrimonios ni en sucesión, *madam* Bak sentía vivamente y con toda su alma y su cuerpo el fatal destino que pendía sobre la familia, atadas las hermanas al hermano, imposible toda relación con otros seres humanos.

Cuando eran jóvenes ningún acontecimiento en la vida social de Elsinore hubiera tenido éxito sin la presencia de las amables hermanas Coninck. Ellas constituían el corazón y el alma de todas las alegrías y fiestas de la ciudad.

Si entraban en los salones de baile, los techos de las casas de los antiguos comerciantes parecían elevarse, y las paredes esparcían por todos los rincones la luz de las columnas jónicas.

Cuando una de ellas abría el baile, ligera como un pájaro y atrevida como un pensamiento, comenzaba por consagrar la fiesta a los dioses de la verdadera alegría, de cuya presencia se apartan las preocupaciones y la codicia.

Sabían cantar dúos como una pareja de ruiseñores, y también imitar sin esfuerzo y sin la más leve malicia las voces de todo el *beau monde* de Elsinore, así como hacer pantomimas de las actitudes de los amigos de su padre que se movían con risa alrededor de las mesas de juego.

Nunca pudieron entender una charada o un juego de prendas, y cuando terminaban sus lecciones de música, o regresaban del paseo, se mostraban encantadas de las cosas que habían visto o imaginaban, llenas de fantasía y de ilusiones propias de la edad. Dentro de sus habitaciones paseaban de un lado a otro recorriendo las amplias estancias en todas las direcciones, llorando y asomándose a las ventanas mirando al puerto, retorciendo sus manos entre sus faldas, o echándose en la cama por la noche para llorar amargamente, sin motivo alguno.

Otras veces hablaban de la vida con una amargura horrible, mayor que la de Timón de Assens, dando a *madam* Bak una sensación de misterio, como de atmósfera fantasmal.

Su madre se habría asustado si hubiera estado presente, y hubiese sospechado que habla por medio algún asunto amoroso.

Su padre sí que las habría comprendido y afligido por ellas, pero estaba muy ocupado con sus asuntos y nunca le sobraba tiempo para visitar las habitaciones de sus hijas.

Solamente aquella sirvienta anciana, cuyo temperamento se diferenciaba totalmente del de las dos muchachas, y de sus padres, estaba en condiciones de comprenderlas totalmente, y de guardar el secreto en su corazón, como ellas con una mezcla de orgullo y desesperación.

Las muchachas gritaban desconsoladas, dirigiéndose a *madam* Bak:

—¿Pero es posible que haya tanta mentira y tanta falsedad en este mundo traidor?  
¿Es posible que Dios aguante y soporta a tanta gente malvada e indigna de vivir

entre los demás seres?

*Madam* Bak solía contestar, tratando de calmarlas: —Esta bien. Pero, ¿a nosotros qué nos importa? Peor sería si fuera verdad todo lo que dicen, si todos esos infundios que pregonan a los cuatro vientos fueran propalados con razón.

Las muchachas, tras estas palabras consoladoras de *madam* Bak, se levantaban, secaban sus lágrimas, se probaban sus sombreros nuevos ante el espeto, planeaban sus excursiones en trineo o sus fiestas teatrales, emocionaban y alegraban los corazones de sus amigas, y olvidaban de nuevo todas las congotas y tristezas en que habían estado sumidas.

Eran incapaces de mantenerse en el Justo medio. Desbordaban con la misma facilidad los límites de la alegría y del buen humor, que los tenebrosos de la desesperación y la melancolía. Eran de carácter extraño, capaz de hacer felices a los demás cuando ellas eran irremediablemente desgraciadas. Criaturas de la travesura, del encanto y de las lágrimas. Seres de la alegría y de la soledad perdurables.

La anciana *madam* Bak no podía decir si habían estado alguna vez enamoradas. Usualmente la desesperaban con su escepticismo inflexible, lo mismo que llegaban a desesperar y aburrir a cualquier hombre que se enamoraba de alguna de ellas. De esto sabía mucho más que nadie la anciana *madam* Bak. Conocía a los antiguos pretendientes de Elsinore que se habían tornado pálidos y tristes, que habían decidido salir de la ciudad o se habían convertido en viejos solterones por amor de aquellas dos mujeres.

También pensaba que posiblemente ellas no habrían estado nunca plenamente convencidas del amor de ningún hombre, cosa que hubiera significado la salvación de aquellas jóvenes holandesas. Se mantenían en relación extraña respecto del mundo, como si fueran sólo imágenes reflejadas en un espejo, mientras en el fondo y en la sombra, como espectadoras, permaneciese la verdadera mujer.

Hubiera seguido con atención los movimientos del amante que cortejaba su imagen, riéndose ante la imposibilidad de la materialización del amor, porque su corazón se endurecía cada vez más. ¿Hubiera sido mejor que el hombre rompiera el espejo, y con él la hermosa criatura, volviéndose luego a mirarla a ella de carne y hueso?

¡Oh! Sabía de sobra que éstas eran cuestiones absurdas. Quizá las hermanas sentían un raro placer en la admiración y en la adoración rendida a sus imágenes en el espejo. Sin él, tal vez ellas no sabrían vivir.

Debido a este modo de ser tan especial, estaban Indiscutiblemente predestinadas a

ser viejas solteronas. Ahora que lo eran, de cincuenta y dos y cincuenta y tres años, respectivamente, parecían haber llegado a mejor término en la independencia de la vida, y parecían tener mejor disposición de ánimo, más conformidad, resignadas ante una circunstancia que pronto llegaría a su fin.

No las preocupaba en lo más mínimo el pensamiento de que por ley natural habrían de desaparecer de este mundo sin dejar descendencia alguna. Por el contrario, sentían cierta satisfacción ante la idea de que desaparecerían airosa y graciosamente como nubes.

Eran criaturas extrañas, con modo de pensar y enjuiciar el mundo y sus leyes absurda y singularmente. Tenían el corazón inundado de ideas y sentimientos sublimes e irrealizables, impropios y ajenos al común sentir y pensar de la generalidad de los mortales.

Creían que no llegarían a pudrirse como se pudrirían la mayoría de sus amistades. Fundamentaban su aserto en que estaban ya, elegantes y distinguidas momias espirituales, conservadas con mirra y hierbas aromáticas...

Cuando estaban de buen ánimo su trato era cordial, particularmente en sus relaciones con sus amistades más jóvenes, los hijos de sus amigas, por ejemplo. Entonces exhalaban un olor de santidad, un perfume denso y penetrante.

Gustaban de pasar muchos ratos de ocio con los hijos pequeños de sus amigas y les prodigaban generosidad y cariño en los momentos en que su melancolía y escepticismo dejaban paso a la alegría y al buen carácter. Los pequeños recordarán estos gratos momentos toda la vida.

La melancolía tradicional de la familia se habla manifestado de una manera muy diferente en Morten, el hijo, y en él había volcado *madam* Bak todas sus ilusiones. El pequeño era un encanto y en él tenía depositadas todas sus esperanzas. Nunca perdió la paciencia con él, como le ocurrió frecuentemente con sus hermanas, debido también a que era varón y ella hembra, y sobre todo por razón del auténtico misterio que le rodeaba siempre.

Realmente habla sido en Elsinore, como otro joven caballere de alcurnia lo fuera antes que él, admirado y observado por todos, espejo de la moda y molde de las buenas maneras. Muchas fueron las muchachas de la ciudad que permanecieron solteras esperándole o se hablan casado más tarde con un hombre en algo parecido a él.

Morten De Coninck habla sido más hábil en todo que sus hermanas. No tenía

necesidad de esforzarse. Cuando entraba en un salón, inmediatamente se hacía dueño y centro de todas las miradas y atenciones, por su manera de ser tranquila y sosegada.

Tema toda la belleza y elegancia de las mujeres de su familia, aunque no habla sido agraciado con belleza en las facciones. La nariz y la boca parecían haber sido cortadas por un» mano tosca. Sin embargo, tema una frente noble y serena.

Las personas que hablaban con él levantaban los ojos para contemplar aquella frente ancha y limpia, como si hubiera allí el brillo y el resplandor de la diadema de un joven emperador o el halo de un santo.

Morten De Coninck miraba como si no conociera la noción del delito ni del miedo, y es probable que no los conociera.

Durante tres años desempeñó el papel de héroe indiscutible de Elsinore.

En la época de las guerras napoleónicas, cuando el mundo temblaba en sus cimientos, Dinamarca, Intentó permanecer libre y seguir su propio destino, pero estos deseos la costaron caros.

Copenhague fue bombardeada e incendiada. Aquella noche de septiembre, de triste recuerdo, cuando el délo de la ciudad se enrojeció por las llamas, las grandes campanas de Frue Kirke, como guiadas por el fuego, entonaron el himno de Lutero —*Ein fester Burg ist unser Gott*— momentos antes que la torre se viniese abajo convertida en ruinas. Para salvar la capital, el gobierno se vio en la apremiante necesidad de rendir la flota. Las altivas fragatas británicas condujeron los barcos de guerra daneses hacia el sur. Barcos que eran la niña de sus ojos, sarta de perlas, cisnes cautivos.

Los puertos vacíos clamaban al cielo y la vergüenza y el odio anidaba en todos los corazones.

En el transcurso de las luchas y los acontecimientos que tuvieron lugar en los años siguientes, 1807 y 1808, nació la flotilla de los corsarios, como nace la vida de las ruinas.

Pletóricos de patriotismo, sedientos de venganza y con la esperanza de ganar, los corsarios salieron de todas las costas y pequeñas islas de Dinamarca, dirigidos por caballeros, barqueros y pescadores, idealistas todos y tan aventureros como galantes.

El que obtenía una patente de corso hacia causa común con el país ensangrentado;

tenía plenos derechos para herir o molestar al enemigo en todo momento u oportunidad, y podía regresar de la contienda convertido en un hombre rico.

El corsario mantenía una relación curiosa con el Estado: era una especie de contubernio amoroso-marítimo reconocido, un matrimonio irregular llevado adelante con una dedicación apasionada por ambas partes.

Si la novia no usaba la charretera ni el metal brillante y santificador de una unión legítima, al menos tenía el beso roto y ardiente de la corona de Dinamarca en sus labios, y la libertad de la concubina para complacer a su señor con caprichos salvajes, cosa que la reina no tenía ni podía soñar.

La propia marina real, tal como habla quedado en aquellos barcos que fueron sacados de Copenhague aquella semana fatal de septiembre, tomó relación amistosa con la flotilla corsaria, y vivía con ellos en términos tan íntimos y sinceros como probablemente vivirla Raquel con su sierva Bilhah. Eran tiempos grandes, para hombres grandes y arrotados.

De nuevo se oían sonar los cañones en los estrechos de Dinamarca, donde menos se esperaba, pues los corsarios muy raras veces iban tantos. Cada embarcación actuaba por su cuenta, totalmente independiente y separada de las demás.

Se realizaron hechos heroicos e increíbles. Grandes barcos del enemigo fueron apresados y llevados a puerto por las pequeñas naves. Entre gritos enloquecedores de alegría, eran recibidos por la población con los aparejos colgando, como harapos. Alrededor de ellos se entonaban frenéticas canciones. La alegría era desbordante entre los patriotas.

Tal vez no haya habido otros héroes que atrajeran más hondamente la imaginación del pueblo, y en especial de los muchachos de la nación, que aquellos corsarios intrépidos, llenos de córate y ardor patriótico.

Las embarcaciones eran pequeñas, pero cuando se trató de equipar barcos de mayor calado, pronto se vio que esta clase de navíos no iba con el negocio de la piratería.

Los barcos con tripulación de veinticinco hombres, de seis a diez cañones montados en cureñas giratorias, rápidos y manejables en los casos de emergencia, eran los mejores para llevar a cabo aquellas hazañas.

Un papel muy importante tucaba la habilidad y destreza náutica del capitán, y sus conocimientos y experiencia de los mares, junto a la valentía y arroto personal de la tripulación, su capacidad y aptitud para el maneto de los cañones en el mar, y en los

abordajes el ánimo para utilizar las armas de mano. Había ocasiones de conquistar honores, y no sólo honores, sino también oro y venganza contra el enemigo.

Cuando estos lobos de mar regresaban cubiertos de nieve, con los aparejos y cordaje de sus barcos blancos como si hubieran sido pintados con tiza en alta mar, hablan dejado tras de sí horas Inolvidables de gloria y de honor, y delante tenían siempre grandes estímulos y alientos. En las pequeñas ciudades portuarias a las que arribaban, causaban siempre orgullosa alegría y atraían al numeroso público deseoso de conocer y aplaudir sus hazañas.

Llegaba entonces el momento de juzgar y calcular el botín, y el momento también de vender las mercancías, a veces cargamento de gran valor. El gobierno tomaba su parte proporcional, y luego la tripulación del barco, desde el capitán hasta el grumete, pasando por el condestable o cabo de cañón y el piloto, recibían la suya. Un grumete que quizá hubiera entrado en el barco sin más que una camisa, unos pantalones y un cinturón, solía regresar con toda esta indumentaria hecha harapos y ensangrentada, pero también con su repertorio de peligros y aventuras en alta mar que contar a sus amigos, y quinientas *riksdaler* que sonarían en su bolsillo alborozadamente quince días mas tarde, cuando se hubiera verificado la venta del botín.

Los judíos de Copenhague y Hamburgo, cada uno con tres altos sombreros sobre la cabeza, uno sobre otro, aparecían rápidamente en los lugares de venta para representar un importante papel en ella, para adelantar dinero a cuenta a los impacientes.

Eran escenas interesantísimas en las que desplegaba a placer la habilidad de los grandes negociantes en las monedas.

Pronto surgieron, como nuevos cometas, nombres de héroes y sus embarcaciones sobre cuya fama se creaban los mitos a diario.

En las bocas de los patriotas daneses estaba el nombre de Jens Lind, de el *Cort Adeler*, a quien dieron en llamar Lind el *Aterciopelado*, debido a su elegancia y buen porte, que cuando hubo terminado el importe de su parte en el botín descendió súbita e inesperadamente a la miseria. Allí estaba también el capitán Raaber, de *El vengador*, que tenía algo de poeta; los hermanos Wulffsen, de *The Mackerel* y del *Madame Clark*, que eran hombres distinguidos de Copenhague; en labios de los patriotas daneses estaba también Christen Kock, del *Eolo*, cuya tripulación, hombre por hombre, resultó muerta o herida en lucha con una fragata británica cerca de Lesso; y allí estaba también el joven Morten De Coninck, del *Fortuna II*.

Cuando Morten acudió por primera vez a su padre y le pidió que equipara un barco corsario para él, el corazón del anciano señor De Coninck latió con alegría, impresionado con la idea.

Había en Copenhague muchos y respetables armadores, algunos mayores que él, que en aquellos días tenían en el mar sus corsarios, y el señor De Coninck, que no cedía ante nadie por su patriotismo, sufría graves pérdidas a manos de los británicos. Se resistía a la idea de un posible ataque a barcos mercantes ajenos. El solo pensamiento de que esta idea pudiera convertirse en realidad repugnaba profundamente a su conciencia.

Morten tuvo que acudir en busca de apoyo al primo de su padre, Fernando De Coninck, un anciano y rico solterón de Elsinore, cuya madre era francesa y sentía un partidismo entusiasta por el emperador Napoleón.

Las hermanas de Morten le ayudaron a llegar hasta su tío Fernando, y en noviembre de 1807 el Joven se hizo a la mar en barco propio.

El tío nunca lamentó su generosidad. Todo aquello le hizo rejuvenecer veinte años, y al final poseyó una colección de recuerdos de los barcos del enemigo que le proporcionaron gran placer.

El *Fortuna II* de Elsinore, con su tripulación de doce hombres y cuatro cañones sobre cureña giratoria, recibió la patente de corso el día dos de noviembre. ¿No fue esta fecha, y las de las hazañas que la siguieron, escrita en el corazón de *madam Bak* como el nombre de Calais en el de la reina María?

Ya el día cuatro, el *Fortuna II* sorprendió a un bergantín inglés cerca de Hveen. Un buque de guerra de la misma nacionalidad se acercaba a toda máquina hacia el bergantín y disparó sobre el corsario, pero la tripulación de éste supo cortar oportunamente las amarras del barco apresado y conducirlo a lugar seguro bajo los cañones de Kronborg.

El día 20 de noviembre el barco tuvo un día memorable. Desde un convoy dejó aislado y sin comunicación al bergantín inglés *The William* y al velero *Júpiter*, que llevaba un cargamento de cacharros y objetos diversos de barro, vino, licores espirituosos, café, azúcar y géneros de seda. Todo el cargamento fue descargado en Elsinore, y ambos barcos conducidos a Copenhague, donde fueron desguazados.

Doscientos judíos llegaron a Elsinore para licitar en la subasta del cargamento del *Júpiter*, el trece de diciembre. El mismo Morten compró una pieza de blanco brocado que se decía haber sido hecho en la China y enviado desde Inglaterra para el

vestido de boda de la hermana del zar. En esta época Morten tenía dada palabra de casamiento, y todo Elsinore reía ante él cuando caminaba con el paquete bajo el brazo.

En muchas ocasiones fue perseguido muy de cerca por buques de guerra del enemigo. Una de ellas, el veintisiete de mayo, huyendo de una fragata inglesa, se acercó a tierra cerca de Aarhus y logró escapar del temible enemigo arrojando su lastre de hierro al mar y navegando al amparo de las baterías danesas. Los ciudadanos de Aarhus suministraron al Ilustre joven pirata nuevo lastre de hierro, libre de carga. Se decía que las modistillas le llevaban sus planchas y las besaban para darle suerte.

El quince de enero el *Fortuna II* capturó, ayudado por el corsario *Tres amigos*, a seis barcos enemigos. Cuando iban acercándose a Copenhague para hacer entrega de ellos uno de los barcos apresados logró escapar. Era un gran bergantín británico con cargamento valorado en cien mil *riksdaler*, al que en la mañana del mismo día hablan separado los corsarios de un convoy inglés. A la vista del accidente lanzaron inmediatamente seis lanchas para recuperar el bergantín.

Los corsarios, por su parte, no estaban dispuestos a ceder su presa y se dispusieron a disparar contra los británicos obligándoles a retirarse, cediendo en su empeño de recapturar el bergantín. Pero de todos modos el buque se perdería irremisiblemente. El capitán, a la vista de los barcos enemigos y la superioridad manifiesta de ellos, incendió el bergantín.

El fuego se extendió tan rápidamente que el barco no pudo ser salvado, y durante toda la noche la gente de Copenhague contempló el espectáculo del incendio. Una nube inmensa de humo y de fuego se extendió al norte de la ciudad.

De todos modos la hazaña fue comentada y ponderada entre los habitantes de Copenhague. Todos, sin excepción, aplaudieron el valor y el heroísmo indiscutible de Morten, y cada día su nombre era repetido con más calor y patriotismo. Las hazañas y las proezas de este hombre se repetían sin interrupción. La hazaña de aquel día llegó muy hondo al corazón de todos los buenos ciudadanos daneses, y el nombre de Morten fue repetido sin reservas con verdadero orgullo.

Los cinco barcos capturados fueron llevados a Copenhague.

Fue en el verano del mismo año cuando el *Fortuna II* sostuvo una lucha a vida o muerte cerca de Elsinore. Se habla con— vertido en una espina clavada en la carne de los británicos. Estos, aprovechando la oscuridad de una noche del mes de agosto,

lanzaron un ataque con los buques de guerra anclados en las costas de Suecia para practicar su captura. Fueron enviadas dos grandes lanchas.

La dotación del corsario se había retirado y estaban sólo

—Morten y su ayudante en cubierta cuando las lanchas tripuladas por treinta y cinco marineros tocaron al *Fortuna II* por todos los costados, plantando los botavantes en los tablazones.

Hicieron fuego desde las mismas lanchas, mientras a bordo del corsario no había ni tiempo ni lugar para hacer disparar a los cañones. El enemigo penetró en cubierta por todos los costados. Los marineros atacantes estaban ya cortando la cadena de amarras y descolgando el figurón de proa. Pero esto no duró mucho tiempo.

Los hombres del *Fortuna II* iniciaron una lucha desesperada, y en veinte minutos la cubierta quedó despejada. El enemigo saltó como pudo a sus lanchas y comenzó la retirada. Entonces comenzaron a funcionar los cañones. Después de la retirada de los ingleses se hicieron tres disparos. Dejaron sobre la cubierta del *Fortuna II* doce hombres entre muertos y heridos.

En Elsinore la gente habla oído el fuego de mosquetería de las lanchas sin percibir respuesta alguna desde el *Fortuna II*. Un gran gentío se aglomeró junto al puerto a lo largo de las murallas y baluartes de Kronborg, pero la noche estaba muy oscura, y aunque el firmamento se estaba tiñendo de rojo et el Este, nadie pudo ver lo que estaba aconteciendo.

Luego, justamente cuando las primeras luces de la mañana desplazaban a la oscuridad, sonaron tres disparos de cañón uno tras otro. Los muchachos de Elsinore decían que veían correr humo blanco por las olas oscuras.

Por fin, media hora más tarde, el *Fortuna II* llegó a Elsinore. Su color era negro bajo el firmamento que empezaba a clarear por el Este. Su aparejo y cordaje estaba cortado y estropeado! Gradualmente las muchas personas que esperaban ansiosas en el puerto fueron distinguiendo pequeñas figuras oscuras a bordo, y un color rojo vivo sobre cubierta.

Se decía que no habla a bordo ningún espadón o cuchillo que no estuviera rojo, y que toda la jareta desde popa hasta las principales cadenas habla sido rociada con sangre.

Tampoco habla un solo hombre a bordo que no hubiera sido herido, aunque solamente uno lo estaba de gravedad.

Era éste un negro de las Indias Occidentales, indígena de las colonias de Dinamarca, “negro en la piel, pero danés en el corazón” según titulaban la noticia los periódicos de Elsinore al día siguiente.

El mismo Morten, manchado de pólvora y con un ojo vendado, blanco ante la luz de la mañana, pero aún fiero y fogoso por la pelea, levantaba ambos brazos en alto ante las aclamaciones y vítores entusiastas y patrióticos con que fue recibido por la multitud apiñada en el puerto.

En el otoño de aquel mismo año fue prohibida súbitamente la actividad de los corsarios. El gobierno razonaba esta prohibición alegando que aquel estado de cosas atraía las fragatas enemigas hasta los mares daneses y constituía un peligro para el país.

Además, aquel ejercicio era considerado y caracterizado como una inhumana y salvaje forma de luchar.

Esta decisión acongojó los corazones de muchos bizarros marineros que se vieron forzados a abandonar la cubierta de los barcos para caminar por el mundo, incapaces para acomodarse y hacerse nuevamente a la vida y al trabajo en sus pequeñas ciudades. El país se afligió por sus aves de presa.

Para Morten De Corünck, según todos convenían, la nueva orden llegó oportunamente. Había conseguido muchos laureles y ahora podría casarse y establecerse en Elsinore.

Estaba entonces comprometido con Adriana Rosenstand. Un halcón para una blanca paloma. Adriana era íntima amiga de sus hermanas. Estas la trataban con tanto cariño y mimo como si la hubieran criado ellas mismas, y sentían gran placer y desorbitado orgullo en realzar su belleza y hermosura hasta el máximo grado posible. Tenían las dos gustos refinados, y emplearon tanto tiempo en elegir su *troutteau* como hubieran empleado en escoger el suyo propio.

Entre ellas misma» no eran siempre tan indulgentes como para con su frágil cuñada, y frecuentemente deploraban y lamentaban amargamente la unión de su hermano con una pequeña burguesa, ave ornamental del corral de Elsinore. Pero si hubieran pensado detenidamente sobre el particular, se hubieran congratulado y felicitado mutuamente. La timidez y las formas corteses y sencillas de Adriana las permitirla brillar sin rivalidades de ningún género junto a su cuñada, dentro de la esfera de su fantasía y audacia. ¿Pero en qué iban a descollar las hermanas del halcón si traía él a casa, como bien pudiera haber acontecido, a una bella novia sin igual?

La boda había sido fijada para el mes de mayo, época en que la comarca de Elsinore alcanza la plenitud de su belleza y la gente de la ciudad pasea durante el día. Al final la boda no llegó a celebrarse. La mañana misma en que se iba a celebrar el acto matrimonial el novio desapareció, y desde entonces nunca más fue visto en Elsinore.

Sus hermanas sumidas en lágrimas de aflicción y de vergüenza tuvieron que dar la triste noticia a la novia. Esta fue presa de un desfallecimiento y estuvo enferma durante una buena temporada, y nunca llegó a recuperarse por completo.

Toda la ciudad parecía afectada por aquel extraño e inesperado golpe y la mayoría de las gentes ocultaban sus rostros llenos de dolor y de pesadumbre.

Nadie hizo uso de esta oportunidad para el chismorreo y los comentarios. Elsinore sentía la traición de aquel hombre como cosa propia.

Nunca llegó a Elsinore un mensaje directo de Morten De Coninck, pero en el transcurso de los años llegaron del oeste extraños rumores sobre él. Se decía que era un pirata, primeramente, y esto no resultó cosa insospechada para un corsario. Luego se rumoreó que estaba en la guerra de América y que se había distinguido en diferentes batallas por su ya legendario arrojo e intrepidez. Luego, que se había convertido en un gran plantador, propietario de esclavos en las Antillas. Pero todos estos rumores circulaban con misterio y respeto por toda la ciudad.

Su nombre apenas era mencionado, hasta que después de muchos años se habló de él como una figura de cuentos de hadas, como un “Barba Azul” o “Simbad el marino”.

En los salones de la familia De Coninck cesó de existir después del día anunciado para la boda. De las paredes de aquella residencia señorial habían desaparecido todos los retratos de Morten De Coninck.

Para *madam* De Coninck fue una muerte anticipada la desaparición de su hijo. Tenía mucha vida por delante. Era un Instrumento de cuerda del que sus hitos habían tomado nota clara y decidida. Si este instrumento de cuerda ya no se usaba, si no era tocado en él ninguna serenata, ningún vals, ninguna marcha militar, podía muy bien ser retirado. Para aquella mujer la muerte era cosa más natural que el silencio.

Para las hermanas de Morten las escasas noticias que recibían de su hermano eran como el maná con que sostenían con vida sus corazones en medio de un desierto. De este manjar no cedían nada a sus amistades, ni siquiera a sus propios padres. Dentro de sus habitaciones lo mezclaban y condimentaban con muchas fórmulas secretas.

Su hermano tornaría hecho almirante de alguna flota extranjera, el pecho cubierto con estrellas y condecoraciones desconocidas, para casarse con la novia que todavía le estaba aguar. dando. Otras veces deducían de sus conjeturas que regresaría herido, con la salud quebrantada, aunque colmado de honra, ¡ para morir en Elsinore. Desembarcaría en el muelle. ¿No lo habla hecho muchas veces? ¿No le habían visto ellas con sus propios ojos arribar entre las aclamaciones y los vítores frenéticos de la multitud?

Pero en ocasiones este sueño se sazónaba con amargura punzante. Ellas mismas preferirían morir de hambre, si les hubiera sido dada una elección.

Se decía que Morten, lejos de ser un oficial distinguido de la marina o un rico colono, era un feroz pirata en aguas Jurisdiccionales de Cuba y de Trinidad. Perseguido por los barcos *Albión* y *Triumph* perdió su propio barco cerca de Puerto España, y sólo pudo escapar por especial predilección de la providencia.

A partir de este fracaso definitivo en sus correrías por los mares, habla tratado de rehacer su vida en distintos trabajos y ocupaciones, todos duros y penosos.

Estas noticias partían el corazón de sus dos hermanas. Alguien las informó que le habían visto en Nueva Orleans, pobremente vestido, tal vez mendigando, muy enfermo.

La última noticia que llegó a los oídos de sus hermanas fue que había sido ahorcado.

Desde el día de la boda de Morten, *madam* Bak había llevado su pena en silencio durante treinta años. Nunca quiso hacer uso de las sofisterías de sus hermanas. Era muy sumisa y atenta con la novia abandonada cuando visitaba la familia. Sin embargo, nunca mostró hacia ella mucha simpatía. Sabía más que ninguna otra persona sobre la que un día estuvo dispuesta a unirse en matrimonio con Morten. El novio había tenido la costumbre, desde la infancia, de llegar y sentarse con ella en su habitación de vez en cuando. Esta costumbre la tenía principalmente en la época en que sus hermanas estaban haciendo los preparativos para la boda.

*Madam* Bak observaba y estudiaba las facciones de su rostro por encima de la costura, y ella, que a menudo trabajaba hasta muy entrada la noche y se levantaba antes de que el sol del verano estuviera sobre el Estrecho, conocía muchas cosas que estaban ocultas para el resto de la familia.

Algo habla sucedido entre los dos novios. ¿Acaso había pedido él a su futura esposa que le sostuviera tanto que le resultase imposible abandonarla? *Madam* Bak no podía

creer que existiera ninguna muchacha que negara a Morten lo que le pidiera. O por el contrario, ¿lo habla intentado y luego habla desistido de su propósito? ¡Quizá habla estado soportando que diariamente se alejara de ella sin tener fuerza suficiente para hacer el sacrificio de mantenerle a su lado!

Nadie llegaría a saber la verdad, porque Adriana nunca hablaba de estas cosas. Verdaderamente no podría haberse negado ' a las peticiones de Morten, aunque hubiera querido. Después que se recuperó de su larga enfermedad quedó un poco torpe de oídos. No oía más que cuando se le hablaba en voz muy alta, y terminó su vida en una atmósfera de desatinos.

La bella y amable Adriana esperó durante quince años a su novio. Luego se casó.

Las dos hermanas de Coninck asistieron a la boda. Iban magníficamente ataviadas. Realmente era aquella la última oportunidad que se les deparaba para presentarse como las bellas de Elsinore. Aunque entradas en los treinta años, destacaban en elegancia entre las muchachas jóvenes de la ciudad. El regalo de boda que hicieron a la novia no fue menos elegante y valioso. Le dieron los pendientes y el broche de diamantes de su madre, una *parure* única en Elsinore. La boda se celebró en diciembre y las dos hermanas de Morten hablan adornado con flores el altar. Todo el mundo pensaba que estas dos orgullosas hermanas hacían estos honores a su amiga para resarcirla, en cierto modo, por lo que había sufrido por culpa de su hermano.

*Madam* Bak sabía más. Sabía que obraban movidas por un sentimiento de honda gratitud y que la *parure* de diamantes era una prueba de agradecimiento.

Desde ahora la bella Adriana ya no sería por más tiempo la viuda virgen de su hermano; cuando el intruso salía de su casa lo menos que hacían era seguirle hasta la puerta con toda clase de atenciones. Más tarde, cuando vinieron los hijos, mostraron hacia ellos la más expresiva amabilidad, dejándoles finalmente la mayoría de sus propiedades.

También *madam* Bak fue invitada a la boda y pasó una tarde agradable. Cuando servían cremas heladas, su pensamiento se deslizaba súbitamente hacia los *icebergs* del gran océano que había visto descritos en los libros. Veía a un joven solitario clavando la mirada en ellos desde la cubierta de un barco.

Pero sus ojos se encontraban con los de *miss* Fanny en el otro extremo de la mesa. Ojos negros encendidos y brillantes por las lágrimas. Aquella doncella distinguida contenía con toda su fuerza un gran suspiro de vergüenza o de triunfo.

Pero había otra muchacha en Elsinore cuya historia narraremos, aunque sea

brevemente, en este lugar. Era la hija de un mesonero de Sletten, por nombre Katrine, familia de los carboneros que vivían cerca de Elsinore, en su mayoría como gitanos.

Era una muchacha fuerte, guapa, de mejillas sonrosadas. Se decía que en tiempos habla sido novia de Morten De Conlnck.

Esta mujer tuvo un destino triste. Se decía de ella que era una enajenada mental. Se dio a la bebida y malos caminos, y murió joven.

Hacia esta muchacha, la más joven de las hermanas mostró extraordinaria amabilidad. Por dos veces la sacó de la sombrerería, ya que la muchacha tenía cierta afición a la elegancia, Elisa le pidió que no usara más sombreros que los que ella le fuese dando, prometiéndole que nunca la faltarla su ayuda. Hasta el final de su vida Elisa le dio a menudo dinero.

Cuando después de muchos escándalos, provocados por Katrine en Elsinore, decidió marcharse a Copenhague y fijó su residencia en la calle Dybensgrade, donde las damas de la ciudad nunca ponían el pie, Elisa De Conlnck fue a verla y a su regreso parecía que llevara una alegría secreta por su visita. Aquello representaba el camino a que habla sido empujada una muchacha abandonada por Morten De Conlnck.

Esta ruina, miseria y degradación constituían la única compañía y amistad que alegraba y regocijaba el corazón de Elisa. Por ello cerraba sus oídos a las palabras de comodidad y bienestar del mundo. Las dos estuvieron juntas varios días. La mujer debilitada y fracasada apenas si podía hablar. Sólo dos o tres veces al día preguntaba de qué cuadrante soplabla el viento, y aquella dama elegante, junto a su cama, le contestaba sin vacilación.

RH« estaba sentada junto al lecho mortuorio, como una bruja que observara atentamente la acción de una poción mortal, esperando a recoger el último suspiro de la moribunda de Sletten.

El invierno de 1841 fue extremadamente riguroso. El frío comenzó antes de Navidad. Enero se pasó en un silencio mortal, un hielo continuo. De vez en cuando caían algunos copos de nieve sobre los cereales escasos. No hacía viento, ni sol, ni habla movimiento en el aire ni en el agua.

El hielo sobre el Estrecho permitía a la gente caminar desde Elsinore hasta Suecia para tomar café con sus amigos.

Parecían como estrechas filas de negros soldaditos de plomo sobre la infinita llanura gris. Pero de noche, cuando las luces de las casas y la Iluminación de las calles tristes y desiertas alcanzaban solamente una pequeña extensión sobre el hielo, esta llanura y esta blancura del mar eran muy extrañas, como si la muerte extendiera su hálito sobre el mundo. El humo de las chimeneas subía derecho hacia la atmósfera. Los ancianos no recordaban otro invierno como aquel.

La anciana *madam* Bak se encontraba muy orgullosa por esta temperatura extraordinaria, pero cambió considerablemente de carácter. Estaba cercana a su final y la muerte la rondaba.

Se desmayó una mañana en el comedor, después de regresar de la compra, y durante algún tiempo no pudo moverse. Se tornó silenciosa. Parecía estar siempre temblando, y sus ojos tomaron un color pálido apagado.

No obstante, ella trajinaba en la casa como antes, aunque ya le parecía trepar por una colina empinada y sin fin cuando por las tardes, con su candelabro y su sombra, subía las escaleras. Cuando se sentaba con la costura cerca de la estufa le parecía oír ruidos y voces del más allá.

Sus amigas comenzaron a pensar que tendrían que prepararle sepultura en aquel campo endurecido, antes que llegara el deshielo de la primavera.

Seguía sosteniéndose, e incluso, después de algún tiempo pareció haberse recuperado bastante. Estaba más rígida, como si ella misma se hubiera helado durante aquel riguroso invierno.

Nunca recobrarla aquella fluidez de conversación alegre y precisa, que durante setenta años había entusiasmado a tanta gente, mantenido a los criados en orden y promovido o contenido habladurías en Elsinore.

Una tarde confió al criado que la asistía en casa su decisión de ir a Copenhague a despedirse de sus señoras. Al día siguiente salió para concertar el viaje con un cochero. Las nuevas sobre su proyectado viaje a Copenhague no eran bromas. Un jueves por la mañana bajó las escaleras de piedra hasta la calle, con su saco de viaje en la mano. Acababa de amanecer. El viaje no era una delicia. Desde Elsinore a Copenhague hay más de veintiséis millas. La carretera va bordeando el mar. En muchos lugares se convertía en una estrecha senda, que seguía a lo largo del litoral. El viento, que soplaba fuerte de mar adentro, había barrido la nieve de forma que no podía pasar ningún trineo, y la anciana tuvo que viajar en un carruaje con paja en el piso. Iba bien arropada. Cuando llegó el nuevo día invernal dejando al descubierto el

paisaje quieto y frío, se diría que nada podría mantenerse Con vida allí, a excepción de aquella anciana, tan tranquila, mirando con curiosidad a su alrededor. La llanura del Estrecho helado era gris a la luz del día. Aquí y allí, algas marinas esparcidas sobre la playa se destacaban de la arena por su color pardo oscuro.

Cerca de la carretera los cuervos volaban en formación o luchaban por algún pescado muerto.

Las pequeñas casas de los pescadores tenían puertas y ventanas cuidadosamente cerradas. Algunas veces, los propios pescadores, con botas altas hasta por encima de las rodillas, abrían agujeros en el hielo para pescar bacalao con anzuelos de hojalata. El firmamento tenía color plomizo, y sobre el horizonte se extendía una larga franja de color de corteza de limón o de marfil muy antiguo.

Hacía muchos años que habla recorrido antes aquellos parajes. A medida que iba caminando pasaban ante su vista, a uno y otro lado del carruaje, figuras largo tiempo olvidadas. Le parecía extraño y singular que el indiferente cochero, con capa de cuero, y los pequeños caballos, pudieran llevarla a un mundo que ellos no conocían.

Pasaron por Rungsted, donde, cuando niña, había servido en la antigua posada de tejas rojas que estaba Junto a la carretera, allí donde ésta mejoraba durante el resto del trayecto hasta la ciudad.

Allí habla pasado toda su vida, presa de la pobreza y la enfermedad, el gran poeta Ewald, auténtico genio, “el cisne del Norte”. Arruinado, desconcertado y desilusionado por la infiel Arendse, entregado a la bebida, todavía irradiaba una singular vitalidad, una viva luz que había fascinado a la muchacha. La pequeña Hanne, a la edad de diez años, habla sido sensible al magnetismo de los grandes y misteriosos poderes de la vida, aunque no los comprendía. Se sentía feliz cuando podía estar junto a él.

Tres cosas, según escuchó ella en las conversaciones que el gran poeta sostenía con la posadera, pedía siempre: casarse, ya que para él la vida sin mujeres resultaba insoportablemente fría y estéril; alcohol de cualquier clase —aunque era un excelente catador de vino, sabía beber también la ginebra del país—; y, finalmente, ser admitido a la Sagrada Comunión. Las tres cosas le fueron denegadas por su madre y por su padrastro, gente rica y pudiente de Copenhague, y hasta por su amigo el pastor Schoenheyder, que tenían empello en que no alcanzara ninguna de las dos primeras peticiones.

Le hubieran casado, le hubieran dado vino y llevado a la Sagrada Comunión si

hubiera permanecido con ellos.

A menudo, cuando las otras niñas jugaban, Hanne las abandonaba y buscaba violetas para él entre la hierba. Se complacía al mirarle a la cara, cuando ella los pequeños ramos de violetas que con tanto cariño había cogido la pequeña Hanne.

El que las flores pudieran significar tanto para aquel hombre era una cosa que nunca llegó a comprender. Era para ella un ser extraño y admirable. Generalmente estaba siempre alegre y apacible, y hasta tuvo tentaciones de cogerla sobre sus rodillas y calentar sus frías manos en aquel cuerpo joven y lleno de vitalidad. Pero esta tentación nunca llegó a convertirse en realidad, nunca osó acercarse demasiado a aquella tierna niña por la que sentía un hondo respeto y un cariño paternal.

Frecuentemente su aliento olía a ginebra, pero ella nunca lo dijo a nadie. Supo guardar convenientemente aquel secreto de la ginebra que ella misma le proporcionaba.

*Madam Bak* entró en Copenhague por la puerta del este, justo cuando comenzaban a encenderse las luces fue interrogada por los consumidores, pero cuando comprobaron que era una mujer honrada que no llevaba contrabando, la dejaron pasar.

De la misma forma se presentaría ante las puertas del cielo, desconocedora de lo que iban a hacer con ella, pero confiada en que si se portaba con corrección y con prudencia, según sus luces, otros se comportarían prudente y correctamente con ella, según las suyas.

Atravesó las calles de Copenhague mirando a un lado y a otro, ya que hacía muchos años que no había estado allí, de la misma forma que miraría a un lado y a otro para hacerse una idea de la Nueva Jerusalén. Sin embargo, las calles de Copenhague no estaban pavimentadas con oro, y en las plazas no había sino un poco de nieve. Aceptó las incomodidades del paseo desde Copenhague hasta Gammeltorv, donde estaba la casa de sus señoras.

Se daba cuenta, sin embargo, de que era una intrusa y no encajaba en aquella vida.

Le extrañaba sobremanera que nadie advirtiera su presencia, excepción hecha de dos Jóvenes metidos en una acalorada discusión de política, a quienes tuvo que separar para pasar entre ellos, y una pareja de muchachos que pusieron reparos a su sombrero. *A madam Bak* no le gustaba la manera de vivir de la ciudad, y sabía que cosas así nunca hubieran ocurrido en Elsinore.

No transigía en modo alguno con el ambiente frío y descortés que reinaba en la

ciudad. Aquella despreocupación de las personas por sus semejantes, aquel caminar solitario en el que nadie conocía a nadie ni se preocupaba de nadie, le causaba hondo pesar y tristeza. Prefería la vida de Elsinore en que todos se saludaban y se conocían. Su ambiente era para ella más humano, más cordial y más alegre.

Las ventanas del primer piso de la casa de la familia De Coninck estaban brillantemente iluminadas.

*Madam Bak*, al recordar, abajo en la plaza, que era el cumpleaños de Fernanda, dedujo que estaban dando una fiesta.

Así era en realidad, y mientras *madam Bak* subía lentamente las escaleras arrastrando sus pesados pies, las hermanas estaban entreteniéndose alegremente a sus invitados en el salón gris, cómodo y acogedor con su gran alfombra y el brillante mobiliario de caoba.

La fiesta era característica de las dos maduras doncellas, por ser la mayoría de los Invitados caballeros. Vivían en su lujosa casa de Gammeltorv como un par de matronas espirituales de Copenhague, obligando a sus múltiples admiradores a cometer destemplanzas y seduciéndoles para que gastaran su salud y su riqueza. Así como una pareja de cortesanas Jóvenes y carnales hubieran llevado tras sí a las grandes personalidades y a los príncipes de este mundo, del mismo modo ellas esparcían sus trampas y sus redes para atraer a los *honoratiori* del mundo espiritual; aquella noche figuraba entre sus invitados el obispo de Sealand, el director del Teatro Real de Copenhague, al propio tiempo un gran filósofo y autor dramático, y además a un famoso pintor de animales recién llegado de Roma donde habla recibido muchos honores. Un antiguo comodoro de aspecto descarado que habla recibido una herida en 1807, y la azafata de la reina, elegante y de buen parecer, completaban la lista de invitados. Todos ellos eran antiguos amigos, principalmente llegados para pagar a aquellas dos orgullosas hermanas el tributo de su admiración.

Si ellas no podían vivir sin hombres se debía a que tenían la firme convicción, instinto heredado de toda una familia de marinos, de que la última palabra la dice siempre el sexo contrario. A nuestros semejantes del mismo sexo solemos preguntarles su opinión y pedirles su consejo sobre dotación, sobre cocina, sobre el jardín, pero cuando llega el momento de tomar una solución las palabras de nuestros mejores amigos resultan vacías y sin fuerza; es cuando tenemos que dirigimos al sexo contrario. Capitanes de barco ancianos y encanecidos, que han dado la vuelta al Cabo de Hornos y salido airosos de ciclones, conocen bien esta ley. Pueden ser respetados en cubierta o en un motín, pero son, en último extremo, las mujeres las que han de decir si merece la pena que sigan viviendo o no.

Las esposas ancianas de los marineros conocen bien esto y se preocuparán y tomarán grandes molestias' de encauzar a sus tiernos hijos. Esta doctrina y rápido ojo clínico está muy desarrollado entre las familias marineras, porque entre ellas los dos sexos tienen la oportunidad de verse unos a otros a distancia. Un marinero o la hija de un marinero juzga a una persona del sexo contrario con la misma rapidez y el mismo acierto que un cazador juzga a un caballo, un ganadero a un toro, o un soldado a un fusil.

Sin embargo, en las familias de los escritores, en las que los hombres permanecen en el hogar todo el día, puede que la gente se juzgue con perfecta individualidad, pero ningún hombre conoce lo que es una mujer y ninguna mujer lo que es un hombre. No pueden ver el bosque porque lo impiden los árboles.

Las dos hermanas, con sombreros adornados de encaje, hadan los honores de la casa graciosamente. En aquellos días, que los caballeros no se permitían fumar delante de las damas, la atmósfera de las reuniones resultaba serena y despejada hasta el final. Por aquella atmósfera limpia se extendía suavemente un perfume delicado, aromático y exótico, de los vasos llenos de un aguardiente antiguo mezclado con agua, limón y azúcar. Todos los componentes de la fiesta sin excepción quedaban influidos por aquel néctar.

El juez, que tenía una voz muy dulce, habla levantado su vaso para brindar por la generación antigua:

*Let the old ones be remembered now;*

*They once were gay and free.*

*And that they knew to love, my dear,*

*The proof thereof are we!*

La canción dejó a *mis*» Fanny De Connick pensativa y abstraída.

“Es triste —pensaba— saber que estos cuerpos viejos y reseco aquí reunidos son los mismos que hace medio siglo suspiraban, se estremecían y se sumían en profundos éxtasis. Que recuerdo tan curioso ante esta mano envejecida el de las locuras e insensateces de unas manos jóvenes, una noche de mayo, hace mucho tiempo...”

Cuando estaba de pie, su barbilla presionaba ligeramente sobre la cinta de terciopelo negro que rodeaba su garganta. Entonces hubiera sido muy difícil, para quien la

hubiera conocido en su Juventud, hallar rasgo alguno de su antigua belleza en el rostro de Fanny. El tiempo se habla portado con ella con crueldad. Una breve arruga que había sido en otros tiempos un motivo de atractivo e interés en sus facciones, se habla convertido ahora en una misteriosa deformidad. Su agilidad y su ligereza de ave se habían convertido en movimientos bruscos, espasmódicos.

Le quedaban aún sus ojos negros y brillantes, y en conjunto era todavía una dama distinguida y encantadora.

Pasados unos momentos reanudó la conversación con tanta animación y buen humor como anteriormente. Hasta el pequeño pañuelo que llevaba en las manos y los botoncitos de cristal que resaltaban sobre su pecho parecían tomar parte en sus razonamientos. Ninguna pitonisa sobre su trípode resultarla más convincentemente profética.

El tema que tenían a discusión era el siguiente: Si una persona recibe el ofrecimiento de una dádiva consistente en un par de alas de ángel, que pueden ser cambiadas ¿deberá aceptarlas?

—Oh, Reverencia —dijo *miss* Fanny—. Al acercaros al altar convertiríais a toda la congregación No quedaría en Copenhague ni un solo pecador. Pero recordad que tenéis que descender del púlpito todos los domingos a las doce. Serla para vos todavía mucho más difícil de lo que ahora es. ¿Y con un par de alas de ángel cómo podríais hacer uso de...?

Lo que realmente quería decir era “hacer uso de un orinal.” Si hubiera tenido suficientes arrestos para decir estas palabras hubiera rejuvenecido cuarenta años. Las hermanas De Coninck hablan tenido relación con marineros durante toda su vida. Expresiones demasiado vigorosas y audaces y hasta juramentos, tales como nunca se oyeron de boca de otras jóvenes en Elsinore, venían a sus labios con toda naturalidad, y estas formas de expresarse solían encantar a sus admiradores. Disponían de un buen repertorio de palabras gruesas, y en los momentos de agitación y de nerviosismo acostumbraban a decir: “Infierno, al infierno.”

Ahora, la práctica de portarse como una dama contuvo a Fanny. Dijo suavemente: —...de comer un pavo asado?

Era precisamente aquello lo que el reverendo había hecho durante la comida. La imaginación de Fanny trabajaba con tanta agilidad que fue curioso que el interesado, después de mirar y escudriñar con mirada paternal en sus oídos, no logró verse en ellos dibujado.

El anciano estaba tan entusiasmado y contento con la discusión del tema que dejó caer unas gotas de licor de su vaso sobre la alfombra.

El anciano profesor de dibujo dijo:

—Cuando estuve en Italia tuve ocasión de admirar un hueso pequeño y curiosamente formado que se encontró en el hombro de un león, y es reliquia de un hueso de ala, de los tiempos en que los leones las tenían tal como aún lo vemos en el león de San Marcos fue muy interesante...

—Si a mí me fueran dadas aquellas alas —dijo *miss Fanny*— poco me iba a preocupar de mí figura elegante o monumental. Por Santa Ana, os aseguro que volaría.

—Permitidme mantener la esperanza, *miss Fanny*, de que nunca las conseguiréis. Tengo mis razones para desconfiar mucho de una mujer que vuele. ¿Habéis oído, por casualidad, hablar de la primera mujer de Adán, llamada Lilith? En contraposición a Eva fue hecha de la tierra como él mismo. ¿Sabéis cuál fue la primera cosa que hizo? Sedujo a dos ángeles y les hizo revelar la palabra secreta que abría las puertas de los cielos, y luego voló alejándose de Adán. Eso nos enseña que cuando hay demasiado elemento tierra en una mujer, ni el marido ni los ángeles la pueden vencer ni dominar.

Entusiasmado con el tema, con el vaso todavía en la mano, añadió:

—Realmente, en la mujer los atributos particularmente celestiales y angélicos, y aquellos por los que nosotros la consideramos y veneramos, contribuyen en gran escala a abrumarla y mantenerla sobre la tierra. La larga cabellera, los velos del pudor, los vestidos largos, las adorables formas femeninas de pechos y caderas, no están de conformidad con la idea de volar. Todos nosotros, sin excepción, les concedemos y cedemos de buen grado el título de ángel y las blancas alas, e Incluso las colocamos sobre nuestro más alto pedestal, pero con la condición inevitable de que no les está permitido soñar, de que tienen que estar educadas en una absoluta ignorancia y desconocimiento de la posibilidad de poder volar.

—Ya entiendo —dijo *Fanny*—. Conocemos todo eso y sabemos que los hombres no estiman ni reverencian a la mujer que posee una larga cabellera y unos pechos abultados. Sabemos que no les interesa en absoluto la mujer que se rompe las faldas limpiando el suelo, la que se *ríe* entre dientes a la vista del emblema de su esclavitud y monta su palo de escoba en las noches de Walpurgis.

El director del Teatro Real se frotó las manos y dijo:

—Cuando oigo a las mujeres lamentarse de su dura tarea y de las restricciones a que están sometidas en la vida, me acuerdo de un sueño que tuve hace algún tiempo. Estaba entonces escribiendo una tragedia en verso. Me parecía, en mi sueño que las palabras y las sílabas de mi poema constituían una rebelión y protesté: “¿Por qué tenemos que perturbarnos indefinidamente para comprender, caminar y obrar de acuerdo con las leyes penosas y difíciles que las palabras en prosa no quieren obedecer?” Entonces me contesté: “Porque he nacido para la poesía.” En prosa pensamos y pedimos muy poco. Tiene que existir, aunque sólo sea para los reglamentos de policía y para los calendarios. Pero un poema que no es agradable y ameno, no tiene razón de ser. Dios me perdone si he escrito alguna vez poemas que tengan amenidad, y si he tratado a las dadas de una manera que las prive de ser amenas y hermosas. El resto de mis pecados los podré llevar fácilmente sobre mis hombros.

—¿Cómo —preguntó el anciano comodoro— puedo yo tomar en consideración mis dudas sobre la realidad de las alas, yo que me he criado y he crecido en barcos veleros y entre mujeres de comienzos de este siglo? Los detestables buques de vapor que navegan estos días bien podían ser como una especie de brujas del mar. Y si vosotras las mujeres contempláis el fin de la navegación a vela y de los poemas, nosotros queremos seguir siendo poemas y no prosa propia de reglamentos de policía. Sin poesía no puede navegar ningún barco. Cuando era cadete, en viaje a Groenlandia y al Océano Indico, acostumbraba a consolarme durante mis guardias recordando en orden consecutivo a todas las mujeres que conocía, y en recitar poesías que sabía de memoria.

—Tú has sido siempre un poema, Julián, una “melodía” —dijo Elisa.

Estuvo tentada de estrechar a su primo entre sus brazos, pero desistió de su intento. Siempre habían sido buenos amigos.

—Al hablar de Eva y del Paraíso, todos los hombres están todavía celosos de la serpiente —intervino Fanny.

—Cuando estuve en Italia —contó el profesor— pensé a menudo sobre lo curioso de que la serpiente, que si interpreto bien la Escritura abrió los ojos del hombre a las artes, sea en sí un objeto imposible de trasladar a un cuadro... Sin embargo, una serpiente es una criatura hermosa. En Nápoles hay un gran museo de reptiles, y yo solía estudiar allí a las serpientes durante horas. Sus pieles parecían joyas, y sus movimientos, admirables manifestaciones de arte. Pero nunca he visto una serpiente trasladada con éxito al lienzo. Yo mismo no sé pintarla.

—¿Recuerdas —dijo el comodoro, que había estado siguiendo sus pensamientos— el columpio que hice para ti en Oregard el día de tu diecisiete cumpleaños, Elisa? Compuse un poema sobre él.

—Sí lo recuerdo, Julián —repuso Elisa—, era como un barco.

Resultaba curioso que aquellas dos hermanas que habían sido tan desgraciadas cuando jóvenes, tomaran tanto placer y gusto en hablar del pasado. Hablaban horas y horas sobre las cosas más insignificantes, sobre cualquier fruslería de sus días jóvenes, y esto les hacía reír más cordialmente que cualquier suceso agradable del día presente.

Tal vez para ellas la primera condición del verdadero encanto y atractivo estuviera en que el objeto no existiera realmente.

Habla otro fenómeno curioso. Consistía en que ellas, a quienes tan pocas cosas trascendentales habían acontecido, hablaran de sus amigas casadas con maridos, hijos y nietos, con lástima y claro desprecio, como si se tratara de unas pobres y desventuradas criaturas dignas de lástima y conmiseración.

El que ellas no tuvieran marido ni hijos no les impedía pensar que habían escogido la parte más romántica y venturosa de la vida.

La explicación estaba en que para ellas sólo las posibilidades tenían interés. Las realidades, en cambio, estaban desprovistas de importancia. Habían tenido en sus manos todas las posibilidades y nunca se habían decidido a entrar en el cercado de la realidad.

Sus únicas amigas íntimas eran ancianas doncellas como ellas mismas, o mujeres desgraciadas en su matrimonio, damas de la tabla redonda de las posibilidades. Para con sus amigas felizmente casadas y engordadas sobre las realidades, utilizaban, con mucha amabilidad, un lenguaje diferente, como si éstas procedieran de una casta sensiblemente más baja con las que el diálogo tuviera que desarrollarse con ayuda de intérpretes.

El rostro de Elisa estaba encendido. Era como un jarro de fino y puro alabastro dentro del cual se hubiese encendido una lámpara. Siempre había sido la más amable y la más bella de los hijos de De Coninck. Cuando eran jóvenes, su anciana tía de Francia les llamaba *La Bonté*, *la Beauté* y *l'Esprit*. Morten era *la Bonté*.

Tan rubia como su hermana morena, en Elsinore, donde en un tiempo prevaleció la moda de los apodos, la llamaban “Ariel” y “El cisne de Elsinore”.

Elisa tuvo siempre una afición exagerada por las modas y por ellas contrajo deudas de las que su hermano salía responsable ante su padre. Pero todo eso sucedió a principios de siglo. Entonces sus bailes creaban una atmósfera de ansiedad tan grande que los espectadores contenían la respiración. Si en aquella época le hubieran salido un par de alas y ascendido desde el muelle de Elsinore camino del cielo, no hubiera sorprendido a nadie.

—Hay más vigor en esa muchacha —dijo el anciano contraamaestre un día de primavera en el muelle— que en toda la tripulación de *La Fortuna*.

Sin embargo, al final, el porvenir extraordinario no llegó a formalizarse.

En Gameltorv se marchitaba día tras día toda la belleza marmórea con que Dios la había dotado. Aún podía abarcar su estrecha cintura con sus manos largas y delicadas; aún se movía con orgullo y agilidad como una yegua árabe, un poco ceremoniosa y estirada, pero indiscutiblemente noble. Aún tenía abiertas perspectivas, un horizonte sin límites, un presentimiento de que le quedaban muchas reservas, y descartaba la idea de que todavía le sucederían cosas verdaderamente grandes y extraordinarias.

—¡Dios mío, Elisa! —dijo el comodoro— Te has portado conmigo esta tarde de manera tan irrisoria e indiferente que con la imaginación me has trasladado al jardín de Oregaard, como en aquella lejana tarde de julio, dispuesto a columpiarme. Cuando levantó la vista a la copa del olmo oí tu voz que decía detrás de mí: “Esa sería una buena rama.” Me volví y te encontré con el pelo revuelto, sin rizar, y recordé que te habla prometido un columpio. Tenía que complacer tu deseo. Cuando te vi ya en él pensé: “Sí mi destino en la vida fuera ser siempre lastre para los blancos veleros de las mujeres rubias, bendecirla mi destino.”

—Eso demuestra lo mucho que nosotras te hemos querido y mimado durante toda la vida —repuso Elisa.

Una doncella joven y bella, con cintas de color azul claro en la cofia, entró en el salón portando una bandeja con toda clase de golosinas: jengibre, mandarinas y frutas confitadas.

Al llegar ante *miss* Fanny dijo suavemente: - *Madam* Bak ha llegado procedente de Elsinore y les espera en la cocina.

El color de Fanny se demudó. Nunca podía recibir con calma noticias de quien llegaba o partía.

—En el verano de 1806 —continuó hablando— creo que se tradujo por primera vez al danés la “Odisea”. Papá acostumbraba a leérsela por las tardes. ¡Qué sorprendente y maravilloso me parecía el héroe con su bizarra tripulación cuando desafiaba el Ciclope y cruzaba entre la isla de Lestrygonas y las playas reacias! Nunca dejaré de creer que aquel verano lo pasamos en nuestros barcos, reviviendo la admirable aventura.

Poco después terminó la fiesta y las dos hermanas, siempre atentas con sus invitados, levantaron las persianas para dar luz al camino de los cuatro caballeros, quienes acompañados por Bardenfleth seguían una conversación alegre y animada a lo largo del pequeño paseo de Gammeltorv. En medio de discusiones filosóficas y poéticas, hacían observaciones sobre el extraordinario frío reinante.

Estos momentos finales de las fiestas siempre afectaban extrañamente a los corazones de las hermanas. Se sentían felices por haberse desembarazado de sus invitados, pero al quedar solas unos minutos amargos seguían a los de placer.

El final de aquella fiesta no fue como todos. Algo tenían en la imaginación que no les dejaba tiempo para pensamientos tristes ni aires de melancolía.

Tan pronto como terminaron de bajar las persianas se dirigieron a la cocina. Se apresuraron a enviar a la cama a la doncella como si el goce real de la vida estuviese aquella noche reservado solamente para ellas.

Prepararon para *madam* Bak una taza de café, utilizando la antigua cafetera de cobre que colgaba siempre de la pared. El café, según un dicho de las mujeres de Dinamarca, es para el cuerpo lo que la palabra del Señor para el alma.

Si este encuentro después de una separación tan larga hubiera tenido lugar en los días de años atrás, las chicas hubieran comenzado inmediatamente a contar a la viuda cosas relacionadas con sus admiradores y pretendientes; tema siempre fascinante y divertido para *madam* Bak, y deseado por las jóvenes por la oportunidad que con él tenían de sofocarla.

Pero tales días hablan pasado. Ahora le comunicaron noticias de la dudad, de un viudo anciano que se habla vuelto a casar, de otro que habla terminado en un manicomio; añadieron a las confidencias alguna habladuría de la corte, oída a *miss* Bardenfleth.

Sin embargo, algo en el rostro de *madam* Bak atrajo la atención de las hermanas. Era ella la que traía noticias que contar. Los dos suspendieron bien pronto sus

narraciones para dejar hablar a *madam* Bak, quien después de un corto silencio comenzó diciendo: —Morten está en Elsinore.

Ella misma, al oír expresados en palabras los pensamientos que habían ocupado su mente en los últimos días y noches, empalideció.

La noticia llenó de un silencio mortal el ámbito de la cocina. Las dos hermanas notaron que el cabello se les ponía de punta. El terror y la sorpresa del momento radicaba, para ellas, en que fuera *madam* Bak la que les contara tal noticia. Si ellas, en momentos de mal humor y con ánimo de contrariarla, hubieran comunicado esta noticia a *madam* Bak, la cosa no hubiera tenido trascendencia. Aquellos segundos parecieron a las dos mujeres los primeros de un gran temblor de tierra.

*Madam* Bak se dio cuenta de lo forzada que resultaba la situación, y comprendió la turbación de sus señoras. Ella misma se habría aterrado si quedase algo en el mundo de que pudiera aterrarse. Sentía dentro de sí un gran aire de triunfo.

—Le he visto —siguió afirmando— siete veces.

Aquí las hermanas comenzaron a temblar con tanta violencia que tuvieron que poner en el suelo las tazas de café.

—La primera vez —continuó *madam* Bak— estaba en el comedor rosado, mirando al gran reloj... Pero el reloj estaba parado porque me olvidé de darle cuerda.

Súbitamente una lluvia de lágrimas brotó de los ojos de Fanny y bañó su rostro pálido. Miró a Hanne, compungida, y de sus labios brotaron estas palabras: —¡Oh, Hanne, Hanne!

—Luego me encontré con él en la escalera. Por tres veces vino y se sentó a mi lado. Una de ellas levantó un ovillo de lana que se me había caído al suelo y lo colocó cuidadosamente sobre mi regazo, Fanny le preguntó con una voz quebrada, mientras eludía la mirada de su hermana, que permanecía sentada e inmóvil: —Dime, Hanne, ¿qué tal aspecto tenía?

—Estaba más viejo que cuando se marchó. Su cabello es más largo de lo que se suele llevar por aquí; será, sin duda, la moda de América. Sus ropas estaban muy viejas también. Pero S me sonrió tal y como lo habla hecho siempre.

Las dos hermanas escuchaban con toda atención a *madam* Bak: —La tercera vez que le vi, antes de marcharse, porque él sigue con su peculiar modo de ser, y tan pronto está aquí como ha desaparecido, me dio un beso exactamente igual a los que me

daba cuando yo le reprendía siendo muchacho.

Elisa levantó lentamente la cabeza, y los ojos de las dos se encontraron. Nunca, en los largos años vividos en su compañía habla dicho Hanne ninguna cosa que suscitara dudas entre las dos hermanas.

—Pero —prosiguió *madam* Bak— la última vez que me encontré con él estaba de pie, mirando con ternura al retrato de vosotras dos. Pensé que querría veros, y ese es el motivo que me ha traído aquí: llevaros conmigo a Elsinore.

A estas últimas palabras las dos hermanas se levantaron como dos granaderos en la parada. *Madam* Bak, aunque agitada, siguió sentada.

—Y ¿cuándo dices que le viste? —preguntó Fanny.

—La primera vez, hace tres semanas. La última, el sábado. Entonces me decidí a venir en busca de las señoras.

El rostro de Fanny se encendió súbitamente. Miraba a *madam* Bak con una gran ternura, la ternura de los días Jóvenes.

Se dio cuenta del gran sacrificio que habla hecho la anciana para poner de manifiesto su lealtad para con ellas y su sentido del deber.

Aquellas tres semanas que habla estado viviendo sola con el espíritu del hijo De Coninck representaron mucho en la vida de *madam* Bak, y su recuerdo permanecería grabado para siempre en su alma.

Era muy difícil determinar cuando Fanny hablaba si iba a terminar en risa o en lágrimas.

—¡Oh, iremos, Hanne! ¡Iremos a Elsinore!

—Fanny, Fanny —intervino Elisa—. Él no está allí. No es a él a quien ha visto Hanne.

Fanny dio un paso hacia adelante, acercándose al fuego.

—¿Por qué no, Lizzie? Nuestro hermano necesita algo de ti y de mí. ¿No recuerdas, cuando Morten tenía que volver al colegio después de las vacaciones, y no quería hacerlo? ¿No recuerdas que nos pedía que dijéramos a papá que habla muerto? ¿Y que hasta hicimos para él una tumba bajo el manzano y le colocamos allí? ¿No lo

recuerdas?

Las dos hermanas en este momento vieron, con los ojos de su imaginación, la figura de aquel muchacho rubicundo, con tierra en sus rizos, que habla sido sacado de la tumba por el padre enfurecido. Se vieron ellas mismas con pequeñas palas en la mano y los vestidos de muselina manchados de tierra, siguiendo la procesión hasta casa como plañideras chasquead^ Tal vez su hermano, en esta ocasión, quisiera de nuevo poner en juego alguno de sus trucos para con ellas.

Cuando las dos hermanas se miraron, en sus rostros aparecía la misma expresión. *Madam Bak* seguía sentada en su silla. Se encontraba más ágil, más suelta en sus movimientos. Un peso se habla quitado de encima.

A *madam Bak* no le sorprendía la actitud de sus señoras. Eran ya muchos los años que habla estado a su servicio. Su aprecio por la casa era grande. Su corazón latía al unísono con las alegrías o se agitaba violentamente con las desgracias y los sinsabores que perturbaban, fundada o infundadamente, a las dos ancianas.

Habla cumplido con una cosa que para ella era un deber de fidelidad y sumisión a los que por tantos años le hablan procurado el sustento. Ahora su espíritu estaba más libre, más ligero para volar hacia la eternidad cuando el Señor fuere servido de llamarla.

*Madam Bak* no permitió que las dos hermanas regresaran en su compañía a Elsinore. Pidió, y así le fue concedido, que salieran un día después. La solicita Hanne quería comprobar por sus propios ojos que las habitaciones estaban templadas, limpias y acogedoras para recibirlas, y que hablan sido colocadas botellas de agua caliente en las camas, en las que no hablan dormido desde hacía tanto tiempo.

Ella partió al día siguiente dejándolas en Copenhague hasta el próximo día.

Resultó bien que les hubieran quedado aquellas horas libres para tomar resoluciones y preparar el ánimo para el encuentro con el espíritu de su hermano.

Una tormenta se había desencadenado sobre ellas, pero ellas no eran marineros bisoños en las tempestades de la vida. Sabían maniobrar y sujetar las velas. Las lágrimas no acudieron a. sus ojos, porque en realidad las lágrimas no servían de nada. En un principio todo era fragilidad y debilitamiento. Ahora se sobrepusieron ante el dilema. En cierto modo se familiarizaron con las reglas de los marineros: “*Comes wind before rain — Topsail down and up again.*

*Comes rain before wind —*

*Topsail down and all sails in.”*

No hablaron mucho mientras llegaba la hora de regresar a su casa de Elsinore. Si hubiera sido un día de domingo hubieran acudido a la Iglesia donde podían haberse preparado debidamente para las eventualidades a que podrían verse sometidas en Elsinore. Pero tenían que pasear por las partes más alejadas de la ciudad, por calles y parques cubiertos de nieve, entreteniendo su mirada en las frías estatuas desnudas y en los pájaros helados en los árboles.

Fanny recorría de arriba abajo la avenida de Royal Rose— Gardens de Rosenborg. Nunca la volvería a ver, ni siquiera en el verano cuando se convertía en una glorieta verde y dorada.

Tenia presente la imagen de su hermano ante el reloj familiar, parado y muerto. La imagen fraterna cambiaba de proporciones en su imaginación.

Ahora su hermano miraba a la madre muerta de pena y de dolor por él, y luego el corazón dolorido y roto de su novia. La imagen crecía todavía más. Se inclinaba sobre todos los corazones traicionados y rotos del mundo, sobre todos los sufrimientos de las criaturas débiles e indecisas, sobre todas las injusticias y sobre todas las desesperaciones de la tierra.

Pensaba de vez en cuando:

“¿Qué estará pensando ahora Elisa?”

Era extraño que la hermana mayor pensara, con amargura y temor, que la más Joven le hubiera abandonado en los momentos más difíciles, cuando más la necesitaba. Se repetía: “¿No podría velar conmigo durante una hora?”

Esta manera de proceder había sido corriente en casa de los De Coninck. Si las cosas comenzaban a ponerse difíciles, Morten, papá y mamá acudirían a la hermana más pequeña para preguntarle: “¿Qué piensa Elisa sobre esto?”

Por la tarde, al oscurecer, calculando que *madam* Bak podía estar ya en Elsinore, Fanny se detuvo para hacerse esta pregunta: “¿Debo rezar?”

No había rezado desde niña. Cuando los domingos acudía a la iglesia lo hacía por rendir una visita de cortesía al Señor, y sus inclinaciones de cabeza en silencio eran meros gestos corteses. No recordaba ya las oraciones de su infancia.

Cuando era niña acostumbraba a leer la correspondencia de su papá, y por este motivo estaba muy familiarizada con las cartas de súplica y ruego: "...Quedo hondamente impresionado con la magnificencia de vuestra noble y bien conocida amabilidad..."

Ella misma habla recibido muchas cartas de súplica en sus días; muchos Jóvenes le hablan pedido alguna cosa. Siempre fue altamente generosa para con los pobres, y extremadamente dura con los pretendientes.

Nunca habla pedido, ni estaba dispuesta a hacerlo ahora, nada en favor de su orgulloso hermano. Era una cosa que sobrepasaba sus fuerzas y le crispaba los nervios.

"No estará avergonzado —pensaba— por haberme llamado a mi fue siempre valiente y no tendrá miedo ni aunque se ve cercado por diez mil enemigos luchando feroces contra él."

Estaba sumida en estos pensamientos cuando llegó a su casa.

Cuando en la tarde del sábado las dos hermanas llegaron a la casa de Elsinore, el corazón les latía fuertemente. El aire, el olor, la atmósfera saturada de sal y algas marinas característica de las casas antiguas junto al mar penetró el alma.

"Todo esto dice —pensó Fanny— que he cambiado completamente en el transcurso de siete años. ¡He cambiado y he olvidado!"

Tocó su nariz instintivamente y prosiguió:

"Pero, en cambio, mi nariz es la misma. Todavía la conservo tal y como era."

La casa estaba templada y acogedora, y esto fue para ellas como un detalle de afecto, como si un anciano admirador hubiera vestido su uniforme de gala para recibirlas.

Hay mucha gente que al visitar antiguos lugares suspiran y se lamentan del cambio y de la edad. Las hermanas De Coninck, por el contrario, pensaban de manera muy diferente. Reconocían que era la antigua casa la que tenía derecho a gritar: "¡Cielos! ¡Cielos! ¿Son éstas aquellas muchachas de mejillas damasquinadas y voces de plata, que con sus sandalias de baile acostumbraban a deslizarse graciosamente por las barandas de mis escaleras? ¡Oh, sí! Son ellas mismas... Son las mismas..."

La alegría de la anciana *madam* Bak las conmovió. Estaba de pie, ante la puerta principal, para recibirlas. Les cambió zapatos y medias, y tenía preparada agua

caliente.

“Si tan fácilmente podemos hacerla feliz visitándola —pensaban—, ¿por qué no venimos con más frecuencia? ¿Es que la casa de nuestra infancia y de nuestros días de juventud nos ha parecido vacía y fría hasta que ha llegado este fantasma a estar en ella?”

*Madam Bak* les acompañó para mostrarles los lugares donde había estado Morten y repetía sus gestos muchas veces. Las hermanas no creían que tuviera que hacer gestos de ninguna clase a no ser a ellas, pero valoraron el cariño de la anciana por su hermano y escucharon pacientemente sus explicaciones.

Era tanto el calor que *madam Bak* ponía en sus palabras, que Fanny y Elisa no pudieron por menos de conmovearse, y hasta llegaron a escuchar con interés lo que en principio hablan oído por cumplimiento.

La habitación donde iba a ser servida la cena estaba en un ángulo de la casa. Dos ventanas miraban al este, y desde ellas se veía el antiguo castillo gris de Kronborg, con una aguja de cobre. Sobre los muros rotos, los comandantes de la fortaleza habían hecho un jardín, en el que los tilos enseñaban cuán inútiles e indefensos son los árboles bajo el invierno.

Era extraño encontrar el puerto de Elsinore sin movimiento. Las paredes de la habitación, en un tiempo pintadas de carmesí, se habían deslucido, y ahora simulaba un recipiente de cristal lleno de rosas rojas ya marchitas. A la luz de los candelabros los muros se enrojecían y brillaban intensamente; en algunos lugares parecían como pequeñas piscinas de laca roja, seca y ardiente.

De una de las paredes colgaban los retratos de las dos hermanas De Copínele, las bellezas de Elsinore. El tercer retrato, el de su hermano, había sido descolgado hacía mucho tiempo, y sólo una débil sombra en la pared indicaba el lugar donde había estado.

La estufa estaba encendida. Frente estaba la mesa, cubierta con un mantel blanco, y sobre él delicados platos y copas de China.

En esta habitación los De Coninck habían celebrado en días remotos muchas reuniones secretas, y cenado muchas veces en la intimidad cuando preparaban alguna representación teatral, estrenaban algún vestido o Morten había regresado a altas horas de la noche de alguna expedición en su barco velero. Sus padres no llegaron a saber nada de estas reuniones íntimas entre los hermanos.

Algunas veces las comidas y los licores tenían que ser servidos de manera oculta y silenciosa, para no perturbar a los que dormían en la casa.

Treinta y cinco años atrás la habitación roja había sido testigo de muchas alegrías.

Fieles a la tradición, las señoritas De Coninck entraron en la sala y ocuparon sus asientos, una frente a otra, con gran silencio.

Sus párpados se iban cerrando con insistencia. No hubieran podido resistir mucho tiempo si no hubiera ocurrido algo increíble.

En el momento que terminaban de servir el té y acercaban a los labios la taza, oyeron un ligero crujido en la habitación. Cuando volvieron la cabeza vieron a su hermano en un extremo de la mesa.

Estuvo unos momentos moviendo la cabeza y sonriendo a sus hermanas. Luego cogió la tercera silla y se sentó junto a ellas. Puso las manos sobre la mesa, exactamente como lo habla hecho siempre. Morten estaba pobremente vestido, con chaqueta color gris oscuro muy descolorida y gastada. Llevaba cuello blanco y un alto y negro corbatín cuidadosamente anudado.

“Tal vez se sienta confundido —pensó Fanny— después de haber vivido tantos años en compañía de gente tosca y sin educación. Pero no tiene motivos para preocuparse. Será siempre un caballero, y estoy segura que su educación no desaparecerla ni en la misma horca.”

Era más viejo que cuando le vieron por última vez, aunque no tanto como ellas. Aparentaba unos cuarenta años.

Su cara estaba más curtida que antes, azotada por el viento y pálida. Sus ojos, negros y hundidos, tenían la misma luz que enloqueciera en tiempos pasados a tantas mujeres. En su boca se adivinaba todavía una antigua franqueza y suavidad.

Con todo, el porte y el continente de Morten era tranquilo considerado y digno como lo había sido siempre.

—Buenas tardes, hermanitas. Bienvenidas, bienvenidas. Me supongo que ha sido para vosotras muy dulce y agradable la idea de verme aquí esta noche. Me supongo que habéis tenido...

Aquí se paré unos momentos, como si tuviera dificultad para encontrar la palabra apropiada: —Supongo que habéis tenido un viaje divertido.

Las dos hermanas tenían el rostro vuelto hacia él, tan pálidas como él mismo. Morten tuvo siempre la costumbre de hablar muy bajo. Las discusiones entre las hermanas se desarrollaban hablando las dos al mismo tiempo, hasta que la voz chillona de una lograba ahogar las palabras de la otra. Pero el que quería oír a Morten tenía que escuchar con mucho atención y silencio.

Ahora hablaba del mismo modo, y si ellas estaban más o menos preparadas para su aparición no lo estaban para oír su voz.

¿Le podrían tocar? No... Sabían que esto estaba fuera de lo posible. En los muchos años de vida no habían leído nada parecido en las muchas historias de espíritus y fantasías. Recordaron en seguida los días lejanos en que Morten acudía a estas reuniones privadas con la capa empapada de lluvia o de agua del mar, brillante, negra y áspera como la piel de un tiburón, o cubierto de nieve, o embadurnado con brea, y ellas, riendo, le mantenían a prudente distancia de sus vestidos.

¡Cómo había cambiado todo desde hacía treinta años! ¿De qué ventisca o de qué mares tempestuosos habla venido esta noche? ¿Con qué clase de brea se había embadurnado?

—¿Que tal estáis, queridas hermanas? ¿Habéis pasado en Copenhague un os días tan alegres y felices como los que pasábamos en Elsinore?

—¿Y tú, qué tal estás, Morten? —preguntó Fanny, su voz una octava más alta que la de su hermano—. Pareces un auténtico capitán de piratas. Has traído contigo todos los vientos a ésta nuestra casa de Elsinore.

—Sí, son buenos vientos —dijo Morten.

—¿Hasta dónde has llegado, Morten? —preguntó Elisa con voz temblorosa—. ¿Cuántas ciudades y lugares bellos has visitado? ¿Cuánto hubiera deseado yo haber estado contigo! ¡Cómo me gustaría haberte acompañado!

Fanny tuvo para su hermana una mirada rápida.

—Sí, Lizzie, querida —dijo Morten—. Recuerdo los años pasados en tu compañía.

—¿De dónde vienes, Morten? —preguntó Fanny.

—Vengo del infierno. —Cuando vio que su hermana retrocedía, añadió:— Perdonadme. He venido ahora, como veis, porque el Estrecho está helado. Es cuando únicamente puedo venir, ¿si es la ordenanza.

El corazón de Fanny se estremeció al oír estas palabras. Las sentía dentro de su alma. Su angustia y dolor eran inmensos, como los de una mujer en los momentos finales del parto.

Cuando el emperador puso pie en el suelo de Francia, trajo consigo el recuerdo de los tiempos antiguos. Quedó olvidado Moscú en llamas y las marchas mortales del invierno. La bandera tricolor ondeaba al aire, izada, y los viejos granaderos levantaban sus armas para gritar una vez más: “*Vive Tempereurl*”

Su alma también, igual que ellos, se había vestido con el uniforme antiguo. Sólo en atención a los espectadores iba vestida como una anciana.

Fijó en su hermano los ojos ardientes y le hizo esta pregunta:

—¿No te parecemos, Morten, un par de viejos esperpentos? ¿No tenían razón nuestras ancianas tías cuando nos predicaban repetidamente sobre nuestra vanidad y sobre la vanidad de todas las cosas? Desde luego las personas que advierten a los jóvenes que también ellos llegarán a comprarse trompetillas tienen toda la razón.

—No, Fanny. Os veo como dos bellas mariposas disecadas.

Esta comparación acudió a la mente de Morten porque en su niñez acostumbraba a coleccionar mariposas.

—Y si realmente parecierais —continuó— dos ancianas, me gustaría mucho. Donde he estado durante estos años no había ninguna. Únicamente cuando la abuela celebraba su cumpleaños en Oregaard habla ocasión de ver elegantes damas. Aquello parecía una pajarería, con la abuela en medio como una cacatúa.

—Recuerdo que dijiste una vez —intervino Fanny— que darías un año de tu existencia por pasar una tarde con los demonios viejos.

—Sí. Lo dije. Pero mis ideas sobre un año de existencia han cambiado mucho desde entonces. Ahora decidme, en serio: ¿Todavía os arrojan flores a vuestro coche cuando regresáis de los bailes?

—¡Oh! —dijo Elisa conteniendo la respiración, para añadir:

*Was Ktaget aus dem dunkeln Thál*

*Die Nachtigall?*



*Was seuszt darein der Erlenbach*

*Mit manchen Ach?*

Era un fragmento de un poema olvidado, compuesto por un amante también olvidado.

—¿No os habéis casado, queridas?

Morten consideraba absurda la posibilidad de que hubiera alguien casado con sus hermanas.

—¿Sabes por qué? —dijo Fanny—. Hemos tenido pretendientes de todas las clases, y podido elegir a nuestro gusto y capricho.

No pudo contener una fina y delicada risa, que salid de ella a resoplidos, como sale el vapor de una olla.

—Lizzie se ha casado...

Pero no pudo terminar la frase.

Los hermanos De Coninck en su niñez, vivieron bajo una superstición singular aprendida en una comedia de marioneta«, —Las mentiras que decimos —repetían en tono muy serio—, se convierten más tarde en realidades.

Teniendo en cuenta esto, los hermanos De Coninck siempre ponían especial cuidado en elegir las mentiras que iban a poner en circulación. Nunca se les ocurriría decir que no podían ir a visitar un domingo a su tía porque tenían dolor de muelas, pues temían que lo del dolor de muelas se convirtiera en realidad. Sin embargo, dirían con toda seguridad y aplomo que su profesor de música les había dicho que no ensayaran más sus gavotas porque las bailaban ya con arte magistral.

—Para decir la verdad, Morten —dijo Fanny—, somos solteronas, y esto por culpa tuya. Nadie se comprometerla con nosotros. Los De Coninck hemos tomado mala fama como consortes, desde el momento que te marchaste dejando a la pobre Adriana con el corazón, el alma y la inocencia destrozada.

Le miraba fijamente para adivinar su contestación. Habla seguido sus pensamientos. Ellas hablan sido fieles, pero él, ¿qué habla hecho?

Su tío, Fernando De Coninck, que ayudó a Morten a adquirir su barco, había vivido en Francia durante la Revolución. Aquel era el lugar y la época apropiados para un De Coninck.

Pero nunca habla estado totalmente olvidado de ellos, ni siquiera cuando estuvo en Elsinore como un viejo solterón.

Había aprendido infinidad de canciones y anécdotas de la época, y cuando el hermano y las hermanas eran niños, aprendieron muchas de estas canciones y anécdotas de memoria a fuerza de oírlas de sus labios.

Después de un breve pausa, Morten comenzó a recitar en voz baja y lenta alguna de aquellas canciones que aprendiera de su tío. Una habría sido compuesta con un motivo especial, cuando las ancianas tías del rey de Francia abandonaron el país y la policía revolucionaria habla puesto en fila sus equipajes para registrarlos en la frontera, pensando que podría haber dentro algún tesoro.

Morten recitó:

*"Avez-vous ses chemises,*

*á Marat?*

*Avez-vous ses chemises?*

*C'est pour vous tres vilin cas*

*si vous les avez prises."*

El rostro de Fanny reflejó inmediatamente la misma expresión del de su hermano. Sin titubear más que breves momentos, le siguió con otros versos de la misma canción: Esta vez son las propias ancianas tías del rey las que hablan:

*"Avalt-il de chemises,*

*á Marat?*

*Avait-il de chemises?*

*Moi je crois qu'il n'en avait pas.*

*Ou let avait-il prises?"*

Elisa tomó el hilo después de su hermana, y continuó\* tras dibujar en sus labios una débil sonrisa:

*"Il en ovait trois grites,*

*á Marat.*

*Il en avait trois grises.*

*Avec fargent de ton mandat*

*sur le Pont Neuf acquises."*

Con estos versos y canciones los tres se reanimaron, y al propio tiempo olvidaron para siempre la suerte de la desgraciada Adriana Rosenstand.

Elisa preguntó amablemente:

—¿Te casaste, Morten?

—Sí. He tenido cinco mujeres. Las españolas son hermosas como joyas. Una era bailarina. Cuando bailaba parecía un enjambre de mariposas que revoloteaban y se acercaban a una lumbre. Todo en ella era perfecto. Otra de mis esposas fue la hija de un patrón de barco Inglés, muchacha honesta que nunca me ha olvidado. Otra, una joven viuda de un colono acaudalado. Una señora perfecta. Todos sus pensamientos y sus ideas eran acertados e ingeniosos. Me dio dos hijos. Otra, una negra a quien amé mucho.

—¿Navegaron contigo en tus barcos? —preguntó curiosa Elisa.

—No. Ninguna subió a bordo.

—Y dinos —preguntó Fanny—: ¿En qué has puesto mayor Interés e ilusiones?

Morten pensó unos instantes la respuesta. Luego dijo:

—A mí lo que más me ha ilusionado siempre ha sido la vida de pirata.

—¿Más que ser capitán en el Estrecho? —indagó Fanny.

—Sí. El cariño y la pasión por la vida del pirata crece a medida que se va uno internando «a alta mar.

Fanny cada vez más intrigada por lo que le parecía realmente un auténtico romance de aventuras, preguntó: —¿Pero qué es lo que te decidió a convertirte en pirata?

—El corazón, el corazón; él es el que nos lanza a los mayores desastres. Me enamoré. El *coup de foudre* del que tío Fernando nos hablaba tantas veces. El mismo sabía bien, y así nos lo hizo saber, que los asuntos en que interviene el corazón no son para tomados a risa.

—Te enamoraste ¿de quién, Morten?

—De mi barco. Tenía dueño, y por eso no pude llevármelo sin defraudar a la ley. Fue construido en Génova; lo utilizaron los franceses como correo urgente, y estaba considerada la goleta más rápida que habla cruzado el Atlántico. Encallada en costas de la isla de San Martín, entre Francia y Dinamarca, fue puesta a la venta por un danés en Philippsburg. El anciano Van Zandten, el armador, que me empleaba entonces y me quería como a un hijo, me envió a Philippsburg para comprarla. Aquella era la nave más elegante y mejor construida que yo había visto hasta entonces. Parecía un cisne. Cuando navegaba era esbelta, galante, noble, como una gran dama, como uno de aquellos cisnes de que nos hablaba nuestra abuela en Oregaarg cuando la molestábamos. Tenía, mis queridas hermanas, una leve semejanza con mi *Fortuna II*. Como ella, llevaba un pequeño trinquete junto a la vela mayor, y un alto botalón. Cogí el dinero que me entregó el anciano Van Zandten y la compré para mí. Después de aquello, la nave y yo nos vimos obligados a huir de las relaciones con las gentes respetables y honradas del país. Pero decidme, ¿qué se puede hacer cuando estamos locamente enamorados? Yo hice de ella mi fiel amante, y ella era feliz con su tripulación, que la adoraba y la mimaba, como se mima y se adora a una delicada y exquisita dama. Conmigo se convirtió en el terror del mar Caribe. Yo no sé si hice bien o mal. No sé si fue mi proceder Justo para con el anciano Van Zandten. Pero, a él le quedaba todavía una amable mujer que le quería con delirio.

Ahora Elisa preguntó sonriente:

—Y la nave, ¿se enamoró también ciegamente de ti?

—Pero ¿qué hombre puede preguntar a una mujer si está enamorada de él? La pregunta correcta sería ésta: "¿Cuál es su precio?" Nunca nos será posible engañarlas. El único camino que nos queda es preguntarles y pedirles su conformidad con toda cortesía y atención. Luego, pagar: sea en moneda corriente, en amor, en matrimonio, o con la misma vida y el honor si así nos fuere exigido. Si se trata de hombres pobres que no pueden pagar, la única solución es descubrirse adecuadamente y despedirlas para que vayan en busca de otros hombres más agraciados por la diosa fortuna. Esa ha sido siempre, desde el principio del mundo, la realidad de las relaciones entre hombres y mujeres.

—Y, ¿qué dices de las mujeres que no tienen precio? —inquirió Elisa sonriente.

—¿Qué preguntas, querida? —repuso Morten—. ¿Dónde están esas mujeres extraordinarias?

Elisa preguntó entonces:

—¿Qué nombre pusiste a tu barco?

Morten la miró sonriente:

—La Bette Elisa.

—Si —repuso Elisa—. El capitán de un barco mercante de papá me dijo hace muchos años, en Copenhague, que su tripulación habla enloquecido por el temor, y le habla obligado a regresar al puerto desde casi San Tomás porque advirtieron por aquellas costas la presencia de un barco pirata. Le tenían tanto miedo, me contaba, como al mismo Satanás. También me dijo que el hombre de aquella nave era *La Belle Elisa*. Entonces pensé que no podía sino ser tu barco.

Este habla sido el secreto que la anciana habla guardado celosamente. No era por tanto mármol y Jaspe lo único que habla en ella. En algún lugar había sido conservada viva esta pequeña llama de fidelidad. Elisa cerró los ojos y soñó que se transformaba en un barco y navegaba sobre aguas azules, sus blancas velas al aire, y al sol, con mucho coraje a bordo y cien cuchillos ensangrentados. El nombre del barco sollado era el suyo: *La Belle Elisa*.

"¡Oh, ciudadanos de Elsinore! —soñaba Elisa alborozada—. ¿Me visteis bailar el *minué*? Pues así bailo ahora sobre las olas de los mares lejanos."

Sus mejillas se habían sonrosado. Tenía su semblante el color del de una adolescente. Su cofia no era la de una anciana, sino el aderezo de una novia.

—Sí, era como un cisne —musitó Morten—. Dulce... dulce y armoniosa como una canción...

—¡ Si yo hubiera estado a bordo! —dijo Elisa.

—Por mi culpa la perdí en la desembocadura de un río, en Venezuela. La historia es larga de contar. Uno de mis hombres reveló mi escondite al gobernador británico de Puerto España, en Trinidad. Yo no estaba allí. Me habla acercado a Puerto España, distante unas sesenta millas, buscando información sobre un buque de carga holandés. A mi regreso vi por última vez a la tripulación, colgada de las vergas. Desde entonces —añadía tras una pausa— nunca he podido dormir como antes. No puedo coger el sueño. Cada vez que trato de conciliarlo, una fuerza mayor, una honda preocupación me desvela y me tortura como si flotara abandonado a merced de las olas.

”Desde entonces comencé a perder peso, como si hubiera arrojado al mar todo mi lastre. Desde entonces he sido un ser sin cuerpo. ¿No recordáis las discusiones que papá y tío Fernando solían tener durante las comidas sobre los vinos que habían saboreado juntos? ¿No recordáis que de algunos de aquellos vinos decían que tenían un sabor agradable pero les faltaba cuerpo? Ese fue mi caso entonces, mis queridas hermanas, Yo diría que fui un sabor, un aroma, desde entonces, pero no un cuerpo. Ya no pude disfrutar del placer de la amistad, ni del temor, ni de ninguna satisfacción real de las que nos proporciona la vida humana. Y sobre todo, ya no pude dormir.

Las dos hermanas no mostraron simpatía ni compasión ante la revelación de esta desgracia de no poder conciliar el sueño. Eran también víctimas de insoportables Insomnios. Todos los Coninck los sufrían. Cuando pequeños se hablan burlado de su padre por ello, y cuando se saludaban por la mañana lo primero que hacían era contarse con todo detalle qué tal habían dormido durante la noche.

Fanny dio un suspiro, y luego preguntó a su hermano:

—Dices Que no puedes dormir por la noche; ¿es que des» pierias muy temprano, o que no logras conciliar el sueño en toda la noche?

—Eso es. No puedo conciliar el sueño en toda noche.

—¿No será —preguntó Fanny— porque tienes...?

Quiso decir “frío”, pero al recordar de dónde venía no pudo terminar la frase.

—He llegado al convencimiento —dijo Morten, que parecía no haber oído lo que su hermana terminaba de decirle— de que nunca podré dormir a gusto mientras no me haya sido concedido el privilegio de poder dormir una vez más en ella, en *La Belle, Elisa*.

—¿Viviste mucho tiempo en tierra firme? —dijo Fanny, temerosa de que Morten desapareciera antes de dejarles toda la información.

—Sí, así es. Algún tiempo estuve a cargo de unas plantaciones de tabaco en Cuba. Era un lugar delicioso. Tenía una casa blanca que os hubiera gustado mucho. El aire de las islas es agradable, delicado, como un vaso de auténtico ron. Allí tuve dos hitos con una hermosa mujer, viuda del colono. Habla mujeres para bailar, ágiles y sueltas como los vientos. Tenía un precioso pony para cabalgar, al que llamaba “Pegaso”. Algo así como “Zampa” de papá. ¿Os acordáis de él?

—Y, ¿eras feliz allí? —dijo Fanny.

—Sí, pero aquello no duró mucho. Gasté demasiado dinero. Viví por encima de lo que mis medios económicos me<sup>1</sup> permitían. Me pasó algo de lo que papá me había reprendido y aconsejado en repetidas ocasiones. Tuve que huir como pude. —Por unos momentos guardó silencio.— Tuve que vender mis esclavos.

Al pronunciar estas palabras apareció en su rostro una palidez tan alarmante que si no hubieran sabido que habla muerto hacia tiempo, habrían temido que fuera síntoma de un desenlace trágico. Los ojos y todas sus facciones parecían hundirse. El rostro se transformó en el de un hombre en la hoguera cuando las llamas comienzan a alcanzarle el corazón.

Las dos mujeres se pusieron también pálidas y rígidas.

Se produjo un silencio profundo y prolongado. Parecía que la escarcha hubiera entrado a raudales por las ventanas. No hallaban ninguna palabra con que consolar a su hermano en aquellos momentos.

Ningún De Coninck habla despedido nunca a un sirviente. Era como un código que cuando alguien entraba al servicio de la casa tenía derecho a permanecer allí para siempre, excepción hecha de los que querían marcharse para contraer matrimonio. Era opinión general entre las amigas de las hermanas de Coninck que las ancianas no parecían tener más ocupación en su vida que atender a sus sirvientes.

Sentían un secreto desprecio por todos los hombres, a quienes tenían por seres incapaces de ganar dinero sin recurrir al crimen. Las hermanas De Coninck no hubieran dejado matar a Morten. Habrían llegado a venderse trescientas veces haciendo felices a trescientos cubanos, salvando de este modo a su hermano y a sus trescientos esclavos. Nadie habló. La pausa se prolongó por un largo rato.

Finalmente, Fanny suspiró.

—Pero, ¿fue entonces cuándo...?

—No, no. El fin llegó mucho después. Cuando ya no tuve más dinero, puse un viejo bergantín en la ruta comercial de La Habana a Nueva Orleans, primero, y de La Habana a Nueva York, después. Aquellos, mares eran muy difíciles.

Su hermana apartó de su mente las penas que le afligían y se entusiasmó con el relato de las aventuras del viejo bergantín.

Morten cada vez se hacía más sociable, como si poco a poco recobrará sus antiguos modales de hombre de mundo.

—Nada me iba ya bien. Una racha de mala suerte seguía a otra. Por último, mi barco se fue a pique cerca de Cayo Sal. Se fue llenando de agua y se hundió. Con unas cosas y otras yo, si no os importa que os lo diga, acabé siendo colgado en La Habana. ¿Lo sabíais ya?

—Sí —dijo Fanny.

—¿Os preocupasteis?

—¡No! —respondieron las dos hermanas con energía.

Podían haberle contestado sin mirarle, pero las dos le miraron fijamente. Luego pensaron que tal vez fuera aquella la razón de que llevaba tan subido el cuello y el corbatín: posiblemente tuviese alguna señal en el cuello.

Hubo un nuevo silencio, después del cual Fanny y Morten comenzaron a hablar al mismo tiempo.

—Perdóname —dijo Morten.

—No, no. ¿Qué ibas a decir?

—Preguntaba por tío Femando. ¿Vive todavía?

—Oh, no, Morten querido. Murió en el treinta. Era ya anciano. Estuvo en la boda de Adriana y pronunció un pequeño discurso, pero ya estaba muy cansado. Por la tarde me llamó a su lado y me dijo: “Querida sobrina: esto es el fin. Y murió tres semanas después. Dejó a Elisa su dinero y su mobiliario. En un cajón encontramos un guardapelo de plata engastado con diamantes. Dentro, una trenza de pelo y sobre ella estas palabras: “El cabello de Charlotte Corday.”

—Tío Fernando —dijo Morten— tenía buen corazón. ¿Y tía Adelaida, murió también?

—Sí, murió antes que él —informó Fanny.

Quiso darle alguna información más sobre la muerte de *madam* Adelaida de Coninck, pero no lo hizo. Estaba abatida.

Eran personas que hablan muerto y él tenía que saber de ello necesariamente.

La soledad y la tristeza que se adivinaba en el hermano muerto le afligió.

—Cuánto solía sermonearnos tía Adelaida —dijo Morten

Cuántas veces me dijo: “Esa melancolía tuya, Morten; ese descontento por la vida tuyo y de tus hermanas me pone furiosa. Lo que es bueno para mi, es también bueno para vosotros. Los tres deberíais casaros y tener muchos hijos, para cuidar de ellos; eso os curaría.” Y recuerdo que tú, Fanny, le dijiste: “Sí, querida tía; ese fue el consejo que papá siguió de una tía suya.»

—Al final —intervino Elisa— no quería recordar nada de cuanto habla acontecido desde que murió su esposo, teniendo ella treinta años. Solía decir de sus nietos: “Estos son alguno de los últimos inventos de mis hijos.” Sin embargo, recordaba minuciosamente todos los escrúpulos religiosos de tío Teodoro, su esposo; no olvidó nunca las noches en que su esposo la obligaba a mantenerse en vela y a meditar sobre la caída del hombre en el pecado original.

—Quizá me tengáis por muy ignorante —dijo Morten—, pero vosotras sabéis muchas más cosas de las que yo sé.

—¡Oh, querido Morten! —repuso Fanny—. Estoy segura de que sabes cosas de las que nosotras no tenemos idea ni noticia alguna.

—No tantas, Fanny. Una o dos, quizá.

—Dinos esa una o dos —dijo inmediatamente Elisa.

Morten pensó unos momentos la contestación. Luego, con su voz habitual dijo: —He llegado a saber una cosa que anteriormente no conocía. Es esta: No se puede tener una cosa después de haberla perdido. A mí nunca se me había ocurrido esto. Es realmente una idea original.

Las dos hermanas se inclinaron ligeramente como si hubieran recibido un cumplido.

—¿Sabéis —dijo Morten súbitamente— que he visto aquel pequeño y garboso perrito de tía Adelaida, llamado “Fingal”?

—¿Cómo fue eso? Cuéntanoslo —pidió Fanny.

—Fue cuando yo estaba solo, cuando mi barco se había ido a pique en Cayo Sal.

Subimos tres en un bote, pero no teníamos agua. Los dos murieron y quedé al final yo solo.

—¿En qué pensaste entonces? —preguntó Fanny.

—Pensé precisamente en vosotras.

—¿Y qué pensaste de nosotras? —preguntó Fanny de nuevo en voz baja.

—Pensé que a nosotros siempre nos gustó mucho decir no, queridas hermanas. Sólo Dios puede decir no. El buen Dios es quien tiene el poder para decir no. Pensamos que su negativa no dura mucho tiempo, que sus decisiones y Juicios pueden cambiar. Pero no es así Dios sigue adelante y dice no una y otra vez. Pensé precisamente en esto mucho tiempo, cuando estuve en Elsinore, antes de mi boda, y ahora sigo con el mismo pensamiento. Nosotros tenemos a nuestros pies, sumisas, a las cosas o a las personas que nos dicen si; luego las estropeamos y las dejamos. Sólo después que las hemos dejado nos damos cuenta del mal que hemos hecho. La tierra dice si a nuestros planes y a nuestro trabajo, pero el mar dice no; y por eso, quizás, amamos más al mar. También resulta agradable oír a Dios decir no, en mitad de la quietud y de la paz.

"Apareció sobre mi el firmamento estrellado y me dijo también no.

—¿Y viste entonces a “Fingal”? —preguntó Elisa.

—Sí. Justamente entonces. Cuando volví un poco la cabeza me encontré a “Fingal” a mi lado, sentado en el bote. Ya recordaréis que fue siempre un perrito áspero y de malas pulgas, y que nunca se acercaba a mí porque siempre le estaba haciendo rabiar. Siempre tiraba a morderme. Por eso, cuando le vi en el bote no me atreví a tocarle. Tenía miedo de que me diera un mordisco. Pero él permaneció inmóvil, y me acompañó durante toda la noche.

—¿Y se marchó cuando llegó el día? —preguntó Fanny.

—No lo sé, querida. Lo único que recuerdo perfectamente es que una goleta procedente de Jamaica me recogió en las primeras horas de la mañana. A bordo había un hombre enemigo mío por el asunto de la venta en Philippsburg. Al fin, resultó que fue colgado, como sabéis, en La Habana.

—Aquello sería terrible —inquirió Fanny en un susurro.

—No, mi pobre Fanny.

—¿Y habla alguien contigo? —insistió Fanny.

—Sí, sí; habla un sacerdote joven. Estaba asustado. Probablemente le hablan contado algunas de mis hazañas. Pero, con todo, hizo lo que pudo. Le pregunté: “¿No podría conseguir un minuto más de vida para mí?” El sacerdote me contestó: “Y ¿qué harías tú en ese minuto más de vida, pobre hijo mío?” “Pensaré, con el dogal al cuello, un minuto más en *La Belle Elisa*”, le dije.

Mientras guardaron silencio oyeron en la calle, junto a la ventana, pasar y hablar a los transeúntes.

Morten se recostó en su silla; ahora parecía más viejo, más gastado que antes. Tenía mucha semejanza con su padre cuando regresaba cansado del trabajo y también se sentaba tranquilo en compañía de sus hijas.

—Resulta muy agradable estar en esta habitación; es como volver a los tiempos pasados; ¿no los recordáis? Con papá y mamá a nuestro lado. Nosotros tres no somos muy viejos todavía. ¿No lo creéis así?

—El círculo está completo —dijo Elisa, utilizando una de las antiguas expresiones.

—Está completo, Lizzie —contestó Morten sonriéndole cariñosamente.

—El círculo vicioso —añadió Fanny automáticamente, citando también otro de sus antiguos términos familiares, tan soco» nidos.

—Siempre fuiste tú, Fanny, muy inteligente y despejada.

Al oírse tratar con palabras tan amables y elogiosas, Fanny contuvo la respiración.

—Cuántas veces, mis queridas hermanas —exclamó Morten—, deseamos con toda el alma salir de esta ciudad de Elsinore.

La hermana mayor se volvió repentinamente y le miró cara a cara. La tenía cambiada por la pena y el dolor. La larga vigilia comenzó a mostrar sus huellas. Habló con voz áspera, como si le saliera de lo más hondo del pecho: —Sí, sí. Puedes seguir hablando. Pero me das la sensación I de que te vas de nuevo, de que nos abandonas. Sí. Tú, que has recorrido cientos de países y has cruzado muchas veces los mares tranquilos y los mares procelosos. Tú, que has tenido i cinco mujeres. ¡Oh, yo no sé nada todavía de tus hazañas! Para ti resulta muy fácil hablar, ahí inmóvil. Nunca has necesitado entrar en calor. ¡Ahora tampoco tienes necesidad de ello!

Su voz se desvaneció. Tartamudeó por unos instantes y luego se agarró a una esquina de la mesa.

—Y aquí —añadió después de una pausa— yo tengo frío. El mundo que me rodea es muy frío. Por la noche, en la cama, tengo tanto frío que los calentadores no me sirven para nada.

En este momento el reloj del abuelo comenzó a sonar, pues Fanny había cuidado de darle cuerda por la tarde dio las doce de la noche en un tono grave y lento. Morten miró la esfera con angustia.

Fanny quiso hablar; hizo un esfuerzo por arrojar de sí todo el peso de su vida. Pero se encontraba abatida. No pudo emitir sonido alguno mientras sonaba el viejo reloj. Abrió y cerró la boca varias veces sin hablar.

—¡Oh infierno! —gritó al final—, ¡infierno!

Sin poder hablar más palabras, extendió sus manos tembló— rosas hacia su hermano.

Con los golpes del reloj el rostro de Morten se tomó gris, oscuro; sus ojos se oscurecieron tras una neblina densa, y las dos hermanas le miraron, presas de un terrible pánico.

“¿Para eso di cuerda al reloj?”, pensó Fanny.

Luego se lanzó hacia él:

—Morten —gritó con un gemido—. ¡Hermano! ¡Estate ahí! ¡Escúchame! ¡Llévame contigo!

Cuando en el reloj sonó la última campanada de la medianoche y volvió nuevamente el monótono tic-tac, su hermano habla desaparecido, de regreso a la eternidad. Su silla quedó vacía. Fanny dejó caer la cabeza sobre la mesa.

En esa postura se mantuvo durante algún tiempo sin moverse. La noche de invierno trajo del norte lejano algo como el eco del disparo de un cañón.

Los muchachos de Elsinore sabían muy bien lo que significaba aquello: la masa de hielo que se habla partido.

Después de un largo espacio de tiempo, Fanny fue recuperando el sentido de las

cosas. Con mucho esfuerzo logró levantar la cabeza, y se secó la boca con el pequeño pañuelo. Elisa estaba frente a ella, en el mismo lugar donde habla estado siempre.

Las dos hermanas se miraron con visible emoción. Su hermano, su verdadero hermano Morten, el que fue colgado hacía muchos años, habla estado con ellas, le habían visto y habían» oído de sus labios cosas que ya conocían de su vida, y alguna«otras que él les reveló.

Elisa no separaba sus ojos del cuello blanco de su hermana.

—Para pensar —dijo—, con el dogal al cuello, un minuto más en *La Belle Elisa*.

## LOS SOÑADORES

Noche de luna llena en el año 1863. Una embarcación navegaba desde Lamu a Zanzíbar, siguiendo la costa a una milla de distancia.

Iba a toda vela delante del monzón, con un cargamento de marfil y cuernos de rinoceronte. Esto último, altamente cotizado como afrodisíaco. Los comerciantes vienen a Zanzíbar en su búsqueda, incluso desde China. La embarcación llevaba, además, un cargamento secreto; un cargamento que iba a conmover al mundo. La noche era tan tranquila que su silencio y su paz asustaban, como si algo terrible fuese a suceder en el mundo.

El monzón azotaba desde lugares lejanos, y el mar saltaba hecho espuma hacia la faz de la luna, cuyo resplandor sobre el agua era tan brillante que parecía como si toda la luz del mundo surgiera del mar para reflejarse luego en el firmamento.

Las olas semejabán masas sólidas y firmes por las que se podría caminar con seguridad. El firmamento parecía hundirse en abismos insondables de mundos plateados, plata brillante o plata ennegrecida, siempre plata sobre plata.

Los dos esclavos en la popa, inmóviles, parecían estatuas; sus cuerpos desnudos de cintura arriba, tenían el mismo gris oscuro del mar allí donde la luna no lo iluminaba. Cuando los reflejos de la luz lunar daban en sus espaldas y en sus brazos, dibujaban sus figuras en la sombra.

El sombrero rojo de uno de ellos tomaba color de ciruela a la luz de la lima. Las velas brillaban como el vientre blanco de un gigantesco pez muerto. El aire era como de invernadero, tan húmedo que las tablazones y cuerdas del barco rezumaban un rocío salado. A popa colgaba un pequeño farol, y a su alrededor se agrupaban tres personas.

El primero era el joven Said Ben Ahamed, hijo de una hermana de Tippu Tip y muy querido de él. Por traición de sus rivales, había estado prisionero durante dos años en el Norte, pero habla logrado evadirse y llegar a Lamu por medios extraños e inauditos.

Ahora estaba allí, desconocido, rumbo a su país para tomar venganza de sus enemigos. El deseo de venganza que ardía en el corazón de Said era más fuerte y poderoso que el mismo monzón, y en realidad podría decirse que era ella lo que empujaba al barco.

Si muchos grandes personajes supieran que Said estaba en el barco esta noche, con rumbo a Zanzíbar, se precipitarían a recoger y poner a salvo sus propiedades y sus harenes y alejarse antes de que fuera demasiado tarde.

Estaba sentado, las piernas cruzadas, inclinado hacia adelante, las manos sueltas apoyadas sobre los travesaños que tenía ante él, sumido en profundos pensamientos.

El segundo del grupo era una persona de fama, el renombrado narrador de cuentos Mira Jama. Las invenciones de este hombre prodigioso hablan sido escuchadas y ponderadas por cientos de tribus. Estaba, como Said, con las piernas cruzadas, de espaldas a la luna; pero la luz era lo bastante clara para dejar ver que al gran Mira Jama le hablan sido cortadas la nariz y las orejas en algún desventurado encuentro con el destino. Iba pobremente vestido, pero algo en él reflejaba su antiguo carácter. Alrededor del cuerpo llevaba una faja gruesa y descolorida de seda carmesí, que a veces brillaba como fuego o como auténticos rubíes, a la luz del pequeño farol.

El tercero era un inglés de cabello rubio, Lincoln Forsner, a quien los nativos de la costa llamaban Tembu, que significa marfil o alcohol.

Lincoln era hijo de una familia acaudalada, llegado allí por muchos vientos y reveses de fortuna. Vestía camisa árabe y pantalones indios sueltos, pero iba afeitado y con patillas, según corresponde a un caballero inglés.

Masticaba esas hojas secas que los *Swaheli* llaman *murungu*, que tienen la virtud de mantener al que las mastica en plácida vigilia.

Se habla unido a la expedición de Said por afecto y carillo hacia este joven y también por ver lo que iba a ocurrir; era muy aficionado a las aventuras y había sido testigo de curiosos sucesos en distintos países. Su corazón estaba alegre. Le gustaba mucho navegar y le complacía sobremanera la velocidad de aquel barco, la noche cálida y apacible y la luna llena.

—Mira —dijo— ¿por qué no nos cuentas esta noche alguna de esas maravillosas historias que tanta fama te han dado entre las tribus? Tú sabes muchos cuentos. Sabes algunos que hacen paralizar la sangre y desconfiar de los amigos más íntimos, apropiados para una noche cálida y apacible como ésta, y para gente que no tiene entre manos ninguna empresa ni compromiso de inmediato cumplimiento. ¿No tienes algo preparado para nosotros?

—No, no me queda ninguna, Tembu —respondió Mira—. No tengo cuentos de esos que hacen entristecer y paralizar la sangre, apropiados, como tú terminas de decir, para personas que no tienen entre manos ninguna empresa ni compromiso de inmediato cumplimiento. Es cierto que yo, en tiempos, fui un gran decidor de cuentos y anécdotas, que estaba especializado en historias de esas que hacen congelar la sangre en las venas. Los diablos, el veneno, la traición, la tortura, la oscuridad y la locura: éstos eran los temas de sus más grandes narraciones y el punto fuerte de Mira.

—Ahora precisamente —arguyó Lincoln— recuerdo uno de tus cuentos más célebres. Recuerdo que lograste asustarme, y a dos bailarinas de Lamu, que en realidad no tenían necesidad de haberse asustado. La verdad fue que ninguno de los tres pudimos dormir aquella noche. El sultán quería una virgen, y después de mucho buscar le fue hallada una en las montañas. Llevada ante el sultán, éste no la encontró...

—Sí, sí. Ya comprendo.

Mira comenzó el cuento. Súbitamente varió de aspecto y semblante. Sus ojos negros adquirieron un resplandor especial, y sus manos comenzaron a accionar como sólo él sabía hacerlo. Parecían dos serpientes que hubiesen salido de su cesta a contorsionarse al son de la flauta.

—Sí —repitió Mira Jama—. El sultán quería una verdadera virgen, una doncella que jamás hubiese oído hablar de los hombres. Después de muchas penalidades y disturbios fue traída una desde el reino Amazón, en las montañas, lugar donde todos los varones habían muerto asesinados por las mujeres durante una serie de guerras salvajes. Cuando el sultán llegaba para conocerla, observó por entre unas cortinas

que la joven estaba mirando a un aguador que entraba y salía frecuentemente en palacio, y la oyó exclamar: “¡Oh, me han traído a buen lugar! Esa criatura debe de ser un ángel muy poderoso, quizás el dios que enciende los relámpagos. Ya no me importa morir, porque acabo de ver lo que nadie ha visto nunca.” A esto, el joven aguador miró a la ventana y se estuvo quieto allí con la vista fija en la doncella. Una terrible tristeza se apoderó del sultán ante aquella escena. Hubiera ordenado en aquellos momentos que enterraran vivos al joven y a la virgen en una tumba de mármol, lo suficiente ancha para hacer de cama de matrimonio. La hubiera enterrado bajo una de las palmeras de su jardín, y él mismo hubiera ido allí con frecuencia para preguntarse muchas cosas sobre la imposibilidad de satisfacer los deseos de un corazón como el suyo. Ese es el cuento que oíste de mí en otros tiempos.

—Sí. Pero entonces lo contaste mucho mejor —dijo Lincoln—. Entonces te paraste en más detalles, y aclaraciones y pormenores, salsa de tus narraciones, lo que te dio justa fama y renombre.

—Así es —dijo Mira—. También es cierto que el mundo no vivía entonces sin Mira Jama. La gente gustaba de ser asustada, de recibir impresiones fuertes. Los grandes príncipes gustaban de oírme para sentir la sangre paralizada en sus venas. Las damas suspiraban por estremecerse con mis relatos. Las bailarinas se inspiraban para crear nuevos pasos oyendo mis cuentos de persecuciones. Oh, ¡cuánto me quería el mundo en aquellos días! Entonces yo era de buen ver y tenía las mejillas sonrosadas. Bebía vino selecto, vestía ropas bordadas con oro y perfumadas con ámbar, y en mis habitaciones ardía siempre el incienso.

—¿Y a qué es debido cambio tan radical? —preguntó Lincoln.

—¡Ay! —contestó Mira, al tiempo que volvía a su primera postura—. A medida que he ido avanzando en años he ido perdiendo la capacidad de producir el miedo. Cuando uno se da cuenta de que las cosas son tal y como se las había imaginado, pierde toda potencia y facultad para hacer poemas sobre ellas. Cuando se han tenido conversaciones con los espíritus y relaciones con los mismos demonios, al final, se tiene más miedo de los acreedores que de la ultratumba. Me he familiarizado con la vida; ya no puede alucinarme por más tiempo la creencia de que una cosa es peor que otra. El día y la oscuridad, un enemigo y un amigo... He llegado al convencimiento de que son la misma cosa. ¿Cómo puedo asustar y aterrorizar a los demás cuando yo mismo he perdido todo miedo y todo terror? Contaba en mi« tiempos una historia verdaderamente trágica, llena de agonía y de intensa emoción, inmensamente popular. Se trataba de un joven que acabó con la nariz y las orejas cortadas. Ahora no puedo impresionar a nadie con aquel cuento, aunque quisiera, puesto que he llegado al convencimiento de que estar sin orejas y sin nariz no es

mucho peor que estar con ellas. Ese es el motivo de que me veáis aquí, con la piel y los huesos, vestido con viejos harapos y acompañando a Said en la prisión y en la pobreza, en lugar de continuar cerca de los tronos de los poderosos de la tierra, floreciente y adulado por doquier, como lo fuera el joven Mira Jama.

—¿Y no podrías ahora, Mira —preguntó Lincoln— relatar un cuento sobre la pobreza y la impopularidad?

—No —contestó orgulloso el narrador—. No es esa la clase de cuentos de Mira Jama.

—Está bien —dijo Lincoln—. Y, ¿qué es la vida, Mira, sino la máquina más excelente, más cuidadosamente fabricada, complicada hasta el infinito para cambiar a los cachorros gordos, juguetones y traviesos en perros viejos, sarnosos y ciegos, a los altivos caballos de guerra en jamelgos secos y pellejudos, a los jóvenes bravos que el mundo admira en hombres viejos y acabados?

—¡Oh! Lincoln Forsner —dijo el desnarigado decidor de cuentos—, ¿qué es un hombre, según tus pensamientos, más que una máquina ingeniosa, fabricada con todo detalle para cambiar el vino tinto de Shiraz en orina? Tal vez me preguntes dónde se encuentra el placer más intenso, si en orinar o en beber. ¿Qué se ha hecho de mí? He compuesto canciones, he recibido besos, he matado a un calumniador, he anunciado a un profeta, he emitido Juicios rectos y sabios, he lanzado chistes... El mundo ha bebido en el Joven decidor de cuentos, Mira. El logró llegar con sus historias al cerebro de la gente, hizo que sus ideas encendieran sus venas, consiguió hacer los hechos atractivos y subyugadores, con colorido y calor. Ahora he perdido muchas facultades. Los efectos que antes utilizaba están ya desgastados e inservibles. El mundo se complacerá muy pronto en escupirme y desecharme como cosa inútil y sin mérito. Pero no olvidéis nunca: los cuentos que yo inventé y narré con tanta habilidad y pericia durarán siempre.

—¿Y qué has hecho tú —preguntó Lincoln— para poder inventar cuentos tan sabrosos e interesantes, y luego deshacerte de ellos tan vertiginosamente?

—Yo sueño —informó Mira.

—¿Sueñas?

—Sí, por la gracia de Dios. Todas las noches, cuando me quedo dormido comienzo a soñar. Y en mis sueños tengo la sensación del miedo y del terror. Las cosas para mí entonces son terribles. Llevo conmigo muy a menudo algo Infinitamente caro y precioso, algo que yo sé a ciencia cierta que no se encuentra en las cosas reales. Allí

guardo aquello contra todo peligro. Es algo que no encontraré jamás en la vida real. Temo que seré hundido y aniquilado si lo pierdo. En mis sueños, la oscuridad se llena de horrores indescriptibles, aunque también encuentro algunas veces huidas y persecuciones que me producen un placer y un deleite celestiales.

Guardó silencio por unos momentos.

—Pero lo que particularmente me complace y me deleita en mis sueños —prosiguió— es que en ellos el mundo crece a mi alrededor, sin esfuerzo alguno por mi parte. Aquí, en la vida real, si quiero ir a Gazi tengo que regatear para conseguir una barca; tengo que comprar y preparar más provisiones, me es preciso virar contra los vientos y hasta hacerme naga«en las manos con los remos. Luego, cuando ya consigo llegar a Gazi, después de todas estas penalidades, ¿qué tengo que hacer allí? También necesito pensar sobre esto. Sin embargo, en mis sueños, me encuentro sin esfuerzo alguno caminando por una larga hilera de escalones de piedra que me guían desde el mar. Estos escalones no los he visto antes y, sin embargo, tengo la sensación que el subir por ellos me proporcionará un gran placer y que me conducirán finalmente a algo altamente delicioso... O me encuentro de cacería en una larga cadena de colinas; tengo gente a mí alrededor con arcos y flechas y perros adiestrados. Pero no sé ni lo que voy a casar, ni cómo ni por qué he ido allí.

"Una vez penetré en una habitación desde una galería, por la mañana muy temprano. Sobre el piso de piedra estaban las pequeñas sandalias de una mujer. En aquel mismo momento pensé que eran de ella. Entonces mi corazón se inundó de placer y palpité desahogadamente. Todo aquello no me costó ninguna turbación ni ningún trabajo. Tuve una mujer sin gasto alguno. Otras veces me di cuenta de que fuera, en la puerta, estaba un hombre negro corpulento; era muy negro lo que significaba para mí que me mataría. Pero tenía la tranquilidad de que nada había hecho para hacerle mi enemigo, por lo que esperé hasta que el sueño me informara cómo lograrla escapar de él, ya que yo no sabía lo que debía hacer. El aire de mis sueños, particular, mente desde que estoy con Said, es siempre muy fuerte y vio. lento. Generalmente, me veo como una pequeña e insignificante figura en un gran paisaje o en una casa muy grande. En todo esto un joven no encontraría placer de ninguna clase; pero para mí guarda tanto deleite y complacencia como el que se siente cuando se orina después de terminar el vino.

—Yo no sé nada de eso, Mira —arguyó Lincoln—. Yo casi nunca sueño.

—¡Oh, Lincoln! ¡Que Dios te conceda muchos años de vida! —dijo Mira—. Tú sueñas mucho más que sueño yo. ¿Es que no conozco yo a los soñadores tan pronto como me encuentro con ellos? Tú sueñas despierto y caminando. Tú no harás nada

por elegir y escoger tus propios caminos. Tú dejas que el mundo siga rodando a tu alrededor y luego abres los ojos para ver dónde te encuentras. Este mismo viaje tuyo de esta noche es un sueño para ti. Te dejas mover despreocupado por las olas del destino y luego abrirás los ojos mañana para saber dónde te encuentras.

—Para ver tu bonito rostro —dijo Lincoln.

Mira, después de una pausa, volvió los ojos a Lincoln y dijo súbitamente:

—Tú sabes, Tembu, que si al plantar un cafeto doblas la raíz, ese árbol comenzará, después de un corto tiempo, a echar uní» multitud de raíces pequeñas y delicadas cerca de la superficie. Ese árbol nunca prosperará, nunca dará finitos, pero floreceré con más riqueza y con más pujanza que los otros. Esas delicadas raíces, entiéndelo bien, son los sueños del árbol. Al echarlas fuera, no piensa más en su raíz doblada. Se mantiene con vida por ellas durante un tiempo no muy largo. O puedes decir que muere por ellas, si así te parece. Realmente, el soñar es la forma que tienen las gentes de buenos modales de cometer pecados. Si quieres dormir por la noche, Lincoln, no tienes que pensar, como la gente dice, en una larga fila de cameros o camellos atravesando por un camino, porque ellos llevan una dirección y tus pensamientos seguirán detrás de ellos. En su lugar, debes pensar en un pozo profundo. En ese pozo, justamente hacia su mitad, brota una corriente de agua que corre en pequeños riachuelos en todas las direcciones posibles, como los rayos de una estrella. Si consigues llevar tus pensamientos detrás de ese agua, no en una sola dirección, sino hacia todos los lados por 'igual, entonces quedarás dormido. Si eres capaz de que tu corazón actúo tan cabalmente como lo hace el cafeto con las pequeñas ralees de superficie, morirás.

—Entonces —preguntó ávidamente Lincoln— lo que yo tengo que hacer, según tú, es olvidarme de mi raíz base.

—Así es —aseguró Mira—. Tiene que ser así. De lo contrario, igual que muchos de tus compatriotas, nunca conseguirás nada.

Navegaron en silencio durante algún tiempo. Un esclavo tocó en una flauta para probarla —¿Por qué no dice Said ni una palabra? —preguntó Lincoln a Mira.

Said levantó sus ojos ligeramente y sonrió en silencio.

—Porque cree —informó Mira— que esta conversación nuestra es insípida e insulsa.

—¿Qué es lo que cree? —preguntó Lincoln.

Mira pensó durante unos minutos. Luego reanudó la conversación diciendo:

—Bien. No hay más que dos maneras de pensar para una persona de alguna inteligencia. La una es la siguiente: “¿Qué voy a hacer en este mismo momento, esta noche, o mañana?\*” Y la otra es: “¿Qué quiso Dios darme a entender al crear el mundo, el mar, el desierto, el caballo, los vientos, la mujer, el ámbar, los peces y el vino?” Said tiene que pensar en una u otra de estas dos maneras.

—Quizás esté soñando —dijo Lincoln.

—No —dijo Mira después de unos momentos—. Said no sueña. Todavía no sabe qué es soñar. El mundo real, este mundo en que vivimos, le está absorbiendo plenamente, metido dentro de su cerebro y de su sangre. Parece que sea el mundo quien dirige las pulsaciones de su corazón. No está soñando, pero quizás esté rogando al Señor. En el momento que termine de orar echará fuera las raíces superficiales. Entonces comenzará a soñar.

"Esta noche tal vez esté orando, dirigiendo súplicas al Todopoderoso con la misma energía que el ángel del Señor lanzará al mundo, en el último día, las notas de su trompeta. Said dice al Señor: “Permitidme, Dios mío, que yo sea juez de todo el mundo.”

"Dice —prosiguió Mira, después de breve pausa—. “No mostraré misericordia ni compasión, ni tampoco la pediré.” Pero es ahí en lo que está equivocado. Tendrá que ser misericordioso y compasivo.

—¿Has soñado alguna vez dos veces en un mismo lugar? —preguntó Lincoln.

—Sí, sí... —respondió Mira—. Es ese un gran favor de Dios, deleite para el espíritu del soñador. Yo he vuelto, después de algún tiempo, en mis sueños, al mismo lugar de un sueño antiguo, y mi corazón se ha inundado de placer y de gozo.

Siguieron navegando. Pasó tiempo sin que nadie dijera palabra. Lincoln súbitamente cambió de postura y se incorporó. Escupió sobre cubierta lo que le quedaba de su *murungu*, buscó en un bolsillo y lió un cigarro, —En vista de que no estás dispuesto a decirnos esta noche ningún cuento de los que te dieron justa fama y renombre, contaré yo uno —dijo Lincoln—. Con las palabras que han salido de tus labios me has recordado muchas cosas que tenía olvidada desde hacía mucho tiempo. Han sido muchos los cuentos que han llegado a mi país procedentes de las tierras que habitas. Cuando yo era niño gozaba mucho con ellos. Ahora quiero contarte uno, Mira, para deleite de tus oídos y del corazón de Said, a quien espero que mi narración le sea de utilidad. Todo él está encaminado a mostrar de qué forma

comencé a aprender a soñar, como dice Mira, y quién fue la mujer que me enseñó. Sucedió tal y como os lo voy a contar...

"Sin embargo, en lo referente a nombres y lugares, a las condiciones y formas de vida de los países en los que tuvo lugar la escena y a algunas otras cosas que pudieran pareceros muy extrañas y fuera de lugar, no os daré explicación ni aclaración alguna. Podéis libremente dar por bueno y aceptar todo lo que os convenga y desechar como cosa insignificante y baladí todo lo que os plazca. En un cuento no es mala cosa que se entienda solamente la mitad de él.

"Hace treinta años, cuando yo era un joven de veintitrés, me encontraba una noche de invierno en la habitación de un hotel, en las montañas. En el exterior había nieve, borrascas, grandes nubes y una luna pálida, mortecina en la noche desolada. En la actualidad, el continente europeo, del que habréis oído hablar, consta de dos partes, una más agradable y amena que la otra, separadas por una cadena de montañas elevadas.

"No se puede cruzar más que por unos pocos lugares donde la arquitectura de las montañas es menos hostil, elevada y abrupta; por estos lugares menos inaccesibles, se han construido carreteras a fuerza de ímprobos trabajos y penalidades sin cuento, y por ellas pueden los viajeros cruzar de un lado al otro las cordilleras. El hotel donde yo me alojaba estaba enclavado cerca de una de estas carreteras. Por allí podían pasar peatones, caballos y muías, incluso algunos coches. En la cima del paso, donde después de una subida penosa y molesta comenzaba el descenso vertiginoso, y un aire fresco y sano acariciaba la cara y los pulmones, una comunidad de hombres santos había levantado un gran edificio para descanso y alivio de los pasajeros.

"Yo me dirigía desde el norte, donde todas las cosas son frías y mortecinas, hacia el sur azul y voluptuoso.

"El hotel era mi última estación antes de emprender la jornada ardua de subir a la cima. Había decidido emprender el camino al día siguiente. Era un poco temprano todavía, en la estación apropiada para cruzar. Solamente un número muy reducido de personas emprendían en aquella época este viaje. En lo más alto de las montañas se veía la nieve todavía.

"Para el mundo era yo un joven elegante, rico y alegre que disfrutaba en todos los placeres. En realidad estaba atormentado por mi corazón dolorido, y no era sino un pobre loco que seguía ciegamente en pos de una mujer.

"Sí, en pos de una mujer, Mira, lo creas o no. Había recorrido ya muchos lugares en su búsqueda. De hecho mi persecución era tan desalentadora y con tan pocas esperanzas, que si hubiera tenido suficiente fuerza de voluntad habría abandonado esta empresa loca y desatinada. Pero era mi propia alma, Mira querido, la que estaba dentro del pecho de aquella mujer. No se trataba de una muchacha de mi edad. De su vida no conocía más que lo que para mí resultaba penoso aceptar, y lo que era p de todo, no tenía motivo alguno para pensar que a esta mujer le hubiera complacido en lo más mínimo saber que yo me estaba molestando por hallarla.

"El origen de todo esto fue lo siguiente: Mi padre era un hombre muy rico en Inglaterra, poseía grandes fábricas y una hermosa finca en el interior del país; era hombre de noble familia y de una gran capacidad de trabajo. Gustaba mucho de leer la Biblia, y llegó a creerse un sustituto de Dios en la tierra. En realidad yo no sé si podía hacer alguna distinción entre su temor de Dios y su autoestimación. Su deber consistía, según creía, en cambiar este mundo caótico en un universo ordenado y apacible y ver que todas las cosas tenían utilidad, si bien para él, tener utilidad una cosa significaba ser útil para él.

"Solamente conozco dos cosas que nunca fue capaz de dominar: tenía, contra sus propios principios, una fuerte afición a la música, particularmente la ópera italiana; y, algunas veces, no podía dormir durante la noche'. Más tarde me enteré por mi tía, una hermana suya que estaba muy disgustada con él y con su proceder, que había forzado al suicidio o matado directamente a un hombre, cuando siendo joven estuvo en las Indias Occidentales. Tal vez fuera ésta la causa de que no pudiese conciliar el sueño por las noches.

"Yo y mi hermana gemela éramos más jóvenes que nuestros hermanos y hermanas. No logré nunca averiguar cuáles fueron los motivos por los que mi padre engendró a dos hijos más, siendo así que nosotros le ocasionamos la mayoría de sus preocupaciones y molestias. El día del juicio espero poder preguntarle por qué, y pedirle me dé una explicación. Algunas veces llegué a pensar que era el fantasma del hombre de las Indias Occidentales la que le perseguía. Mi padre no estaba nunca satisfecho con nada de lo que hacía. Yo creo que mi existencia se convirtió para él en una carga penosa e inquietante, y que si no hubiera sido yo obra suya, sangre de su sangre, hubiera encontrado placer y sosiego viéndome acabar mal. Fui arrastrado, golpeado, empujado con objeto de hacerme útil de algún modo. Pasaba momentos muy agitados y turbulentos. Había llegado a oficial de un regimiento distinguido, y ala, para conservar mi prestigio entre los hijos de las familias más antiguas del país, gasté la mayoría del dinero, del tiempo y del ingenio, Mi padre consideraba que todo aquello era real y verdaderamente suyo.

"Por este tiempo murió un vecino nuestro dejando viuda jo. ven. Era hermosa y rica, su matrimonio había sido desgraciado y solía consolarse de sus penas con una amistad sentimental con mi hermana gemela, la cual tenía tanta semejanza conmigo que si yo me ponía sus vestidos nadie podría distinguirnos uno del otro. Mi padre pensó que esta dama viuda accedería a contraer matrimonio conmigo. De esta forma él se libraría de la carga que yo significaba. La idea me pareció mejor que ninguna procedente de su imaginación. La única cosa que yo pedía a mi padre para acceder a sus deseos era su consentimiento para viajar por el continente europeo durante el año de luto de la viuda. Por aquellos días cedí a varias inclinaciones y vicios; me gustaba el vino, el juego, las peleas de gallos y la compañía de los gitanos, junto con una pasión desenfrenada por las discusiones teológicas, cosa esta última heredada y aprendida de mi mismo padre. El creyó que debía desembarazarme de toda esta perniciosa secuela de vicios y malas costumbres, antes de unir— me en matrimonio con la viuda, o por lo menos, que debería alejarme de su vista y vigilancia mientras ella pudiera cambiar de opinión y volverse atrás.

"Como mi padre sabía que yo era muy urgente en cuestiones amorosas, creo que también tuvo temores de que pudiera seducir a mi prometida y establecer con ella relaciones íntimas anticipadas, aprovechándome de nuestra vecindad y quizá de la semejanza que yo tenía con mi hermana. Por todas estas razones el viejo accedió a que viajara por espacio de nueve meses en compañía de un antiguo discípulo suyo, que habla vivido de su caridad, a quien había conservado para cierta clase de servicios. Pronto conseguí verme libre de este hombre. Cuando llegamos a Roma se dedicó al estudio de los misterios del antiguo culto de Lampsaco, mientras yo disfrutaba a mi placer. Pero al cuarto mes de mi año de gracia me enamoré de una mujer en un burdel de Roma. Fui allí una tarde con un grupo de amigos. No era un lugar extraordinario, elegante o caro don. de acudiera a divertirse la gente de dinero, ni una casa lóbrega y sombría frecuentada por artistas y ladrones. Era justamente una cosa intermedia. Recuerdo perfectamente la calle estrecha en la que estaba enclavada y los olores y perfumes que allí aspiré. Si volviera a aspirarlos de nuevo creo que revivirían nuevamente en mí los miamos instintos sensuales de aquellos días. Jurarla que aquella mujer me había comprometido desde siempre. Aún recuerdo el significado de palabras tales como lágrimas, corazón, suspiros, estrellas, de las que vosotros los poetas os servís tan a menudo. SI, Mira, en cuanto a estrellas particularmente había mucho en ella que las recordaba. Habla más diferencia entre ella y las demás mujeres, que entre una noche oscura y noche estrellada. Tal vez también vosotros os hayáis encontrado en el transcurso de vuestra vida con mujeres de esta clase, que resplandecen y brillan en la oscuridad, fosforescentes como la yesca.

"Cuando a la mañana siguiente me desperté en mi hotel de Boma, recuerdo que tenia

miedo. Pensaba: “Estuve borracho la pasada noche; mi cabeza me ha hecho una mala jugada; no hay tales mujeres.” Al mismo tiempo sentía calor y escalofríos..Nuevamente me entregué a mis pensamientos, todavía en la cama: “Pero es imposible; yo no puedo haber Inventado por mí mismo una mujer semejante. Eso queda solamente para las imaginaciones ardientes y apasionadas de nuestros grandes poetas. No puedo haber imaginado una mujer con tanta vida y con tanta personalidad.” Me levanté y fui directo a su casa; allí me encontré de nuevo con ella, tal y como la habla recordado. No cabía duda. Aquello no era fruto de mi imaginación calenturienta. Todo era real. Lo habla vivido yo la pasada noche, y mis dudas sobre el particular se esfumaron como una nube soplada por el viento. Nuevamente me encontré con aquella mujer, nuevamente pude comprobar la extraordinaria vida y fuerza que parecía brotar de todo aquel ser adorable.

“Más tarde llegué al conocimiento de que aquella impresión extraordinaria de fuerza era en cierto modo falsa; en realidad no tenía la fortaleza que aparentaba tener a primera vista. Os explicaré por qué: ”Si una persona está durante toda su vida nadando contra viento y corriente y, de súbito, se ve a bordo de un barco vencedor de corrientes y vientos, indudablemente quedará muy impresionada por la potencia y el poder del navío. Sin embargo, se equivocarla tanto en la potencia y poder de las aguas como en la de los vientos.

”De tal modo, yo aprendí bajo la férula de mi padre a nadar contra todos los vientos y corrientes de la vida. En las manos de esa mujer me encontré de acuerdo con todos ellos, elevado y mantenido por la vida misma. Entonces atribuí esto a su gran fortaleza. En aquella época no conocía hasta qué punto estaba ella aliada con todas las corrientes y vientos de la vida. Después de la primera noche estuvimos siempre juntos. Nunca pude tener cosa igual en mi país.

”Este lance amoroso mío que comenzó animado por el vino y la música estrepitosa, y se convirtió muy pronto en una amistad hasta entonces desconocida para mí, era el primero de que había disfrutado. Después de aquella primera visita, solía tenerla conmigo durante todo el día, y algunas veces toda la noche. Compré un cochecito y un caballo en el que nos íbamos a recorrer los alrededores de Roma, a la *Campagna*. hasta Frascati y Nemi. Cenábamos en pequeñas posadas que encontrábamos por el camino, y por la mañana temprano nos parábamos en la carretera, soltábamos el caballo para que paciera la hierba de las cunetas, mientras nosotros nos sentábamos en el suelo, bebíamos una botella de vino tinto, fresco y ácido, comíamos pasas y al — mentiras y mirábamos a las aves de rapiña que revoloteaban, sobre aquellas llanuras haciendo pasar sus sombras por encima de nuestro cochecito.

”Una vez acudimos a una fiesta que se celebraba en una aldea. Era una tarde clara y

despejada. Alrededor de una fuente había profusión de farolillos de papel. Nosotros vimos todo aquello desde una galería. Varias veces, también, llegamos hasta la costa. Todo eran promesas en el mes de septiembre, un buen mes para estar en Roma. El mundo comienza a cambiar de color, pero el aire es claro y puro como el agua de las montañas, y las alondras cantan allí en esta época del año. Olalla estaba complacida en extremo con todo esto. Amaba a Italia y sabía mucho de sus buenas comidas y sus buenos vinos. Algunas veces se vestía tan llamativa y multicolor como el arco iris, con cachemiras y plumas, dama de un príncipe, como nunca la hubo en Inglaterra. Otras usaba la capucha de lienzo de las mujeres italianas, y bailaba en las aldeas al estilo del país. No habla otra bailarina más graciosa y más arrogante, aunque le gustaba más sentarse junto a mí para ver cómo bailaban las demás.

"Era extraordinariamente viva y sensible a todas las impresiones. Por cualquier sitio que íbamos observaba muchas más cosas que yo, aunque fui un buen observador toda mi vida. Pero al propio tiempo, nunca parecía hallar diferencia entre la alegría y el dolor, entre las cosas tristes y las agradables. Todas eran igualmente bien recibidas por ella, como si su corazón supiera que todas eran lo mismo. Una tarde, hacia la puesta del sol, regresábamos a Roma los dos, y Olalla, con la cabeza descubierta, guiaba el caballo manteniéndole al galope. La brisa azotaba sus largos cabellos negros separándolos de su cara, y de nuevo vi la larga cicatriz que como una pequeña culebra blanca se extendía desde el oído izquierdo hasta el cuello. Le pregunté cómo había recibido aquella quemadura. No me contestó; en su lugar, comenzó a hablarme de los grandes señores y acaudalados comerciantes de Roma que estaban enamorados de ella, hasta que le dije, sonriendo, que no tenía corazón. Luego estuvo por unos momentos en silencio. Seguimos caminando a toda velocidad y los rayos del sol poniente calan directos sobre nuestros rostros.

"«¡Oh! Sí —contestó al final—. Tengo un corazón. Pero ese corazón está enterrado en el jardín de una pequeña villa blanca, cerca de Milán.»

"«¿Para siempre? —preguntó.»

"«Sí. Para siempre —contestó—. Aquél es el lugar más amable y más bello.»

"«¿Qué puede haber —pregunté oprimido por los celos— en una pequeña villa blanca de Milán, para guardar tu corazón allí para siempre?»

"«No lo sé —me contestó—. Ahora no debe haber allí mucho más que hierba en el jardín. Pero allí está la luz de la luna, caída desde el cielo, donde habitan las almas de los muertos.»

”Hablabo con frecuencia de esta forma vaga y caprichosa, y lo hacía con tanta frecuencia, donaire y gentileza, y ponía en sus palabras tal tono de modestia, que siempre me encantaba y deleitaba oírlo. Era ávida y perspicaz para complacer, y se preocupaba mucho por esto, aunque no como un criado que se pone rígido por miedo de disgustar a su señor, sino como alguien muy rico que derrama gracias y beneficios del cuerno de la abundancia. Como una leona mansa, de dientes y garras fuertes, se introducía hábilmente dentro de mi cariño y de mi admiración. A veces parecía como una niña que hubiese crecido demasiado aprisa. Otras veces me recordaba a esos acueductos construidos hace mil años, que se encuentran sobre la *Campagna* y proyectan sus largas sombras sobre el suelo al tiempo que sus muros majestuosos, antiguos y cuarteados brillan como ámbar. Cuando yo hacía estas comparaciones me sentía junto a ella como muy torpe, como un muchacho necio. Siempre encontré en ella un algo que me hacía creer que era mucho más fuerte que yo. Era absoluta su preponderancia sobre mí. Todo en ella me parecía grande y prodigioso. A su lado me encontraba plenamente feliz. No vela imperfección de ningún género en ella, y la vida era para mí durante aquellos días que pasé a su lado un sueño, real y auténtico, sueño lleno de placer y de felicidad.

”Si hubiera sabido que sabía volar, indiscutiblemente hubiera volado con ella, me hubiera separado de esta tierra y de mi mismo, caminando por el firmamento infinito hasta el lugar que me hubiera querido escoger. Creo que en aquellos momento» de fiebre y de amor todo me hubiera dado lo mismo, menos, naturalmente, separarme de ella.

”No habla llegado todavía el final del mes de septiembre cuando comenzó a pensar sobre el futuro. Entonces me di cuenta de que no podía vivir sin la compañía de Olalla. Si trataba de separarme de ella, mi corazón retrocedería rápidamente como el agua por la pendiente abajo. Pensé que lo que tenía que hacer no era sino casarme con ella y llevármela a Inglaterra.

”Si cuando le propuse mis intenciones me hubiera puesto la más mínima objeción no me hubiera encontrado tan confuso y contrariado ante su comportamiento más tarde. Pero me dijo inmediatamente que no tenía inconveniente alguno y que iría conmigo donde fuera menester. Desde entonces me prodigó con más abundancia y con más generosidad sus caricias y su dulzura. Los dos hacíamos proyectos sobre nuestra vida en Inglaterra y sobre todas las cosas de allí, y nos reíamos mucho por ello. Le hablé de mi padre y de lo entusiasta y aficionado que habla sido siempre a la ópera italiana, que era lo mejor que podía decirle de él. Al hablar con ella de todo esto creí que nunca más volvería a estar aburrido en Inglaterra.

”fue por entonces, cuando me sorprendió la presencia en todos aquellos lugares que

yo visitaba con Olalla de la figura de un hombre al que no había visto nunca. Las primeras veces que le vi no lo tomó en consideración, pero después de encontrarme con él la sexta o la séptima vez comenzó a ocupar mis pensamientos y a intranquilizarme. Era un judío de cincuenta a sesenta años, de constitución delgada, muy ricamente vestido con diamantes en sus manos y con los modales de un elegante hombre de mundo. Su color era pálido y sus ojos muy negro». Nunca le había visto con ella, ni en la casa, puesto que habría coincidido con él allí, ni en la calle, por lo que me pareció que aquel hombre estaba dando vueltas alrededor de ella, de la misma manera que la luna da vueltas alrededor de la tierra.

"Tenía algo extraordinario en él, y desde el principio pensé que aquel hombre tenía poder sobre Olalla y se había convertido en un espíritu malo de su vida. Los encuentros se repetían cada vez con más frecuencia, y tanto me llegó a preocupar que ordené a mi criado que hiciese indagaciones sobre él en el hotel donde se alojaba. De ese modo me enteré que se trataba de un judío de Holanda fabulosamente rico, que se llamaba Marcos Coccoza. Tal fue mi extrañeza y sobresalto sobre lo que semejante hombre pudiera tener que hacer en la calle de Olalla, que por fin y casi contra de mi voluntad, ya que temía la contestación que pudiera darme, me decidí a preguntarle si ella le conocía. Levantó suavemente mi barbilla con dos dedos y me hizo esta pregunta: "¿No has notado en mí, *carissimo*, que yo tengo sombra? En una ocasión, hace ya algún tiempo, se la vendí al diablo a cambio de un pequeño capricho, de una alegría insignia, cante y transitoria. Ese hombre al que has visto repetidas veces ahí fuera no es otra cosa, como fácil habrás adivinado con tu habitual perspicacia y observación, sino mi propia sombra, de la que yo no puedo disponer. Algunas veces el diablo le permite que ande a mí alrededor. Por esa razón naturalmente, al igual que lo hacía mi sombra, trata de venir detrás de mí o pararse ante mis pies, como lo hacía ella. Pero en modo alguno le permitiré que lo haga. Ojalá que el diablo me reclamara todo lo concertado, que yo gustosa accedería a ello para verme libre de este tormento, que algunas veces suele perseguirme. Por tanto queda tranquilo sobre esto, mi pequeño amor."

"Creí que me estaba diciendo la verdad. Mientras me hablaba; me di cuenta que no tenía sombra. No había junto a ella nada negro ni triste; las sombras oscuras de la preocupación, del sentimiento, de la ambición, o del temor que parecen ser inseparables de todos los seres humanos, hasta de mí mismo, aunque en aquellos días yo era un muchacho alegre y sin cuidados de ninguna clase, habían sido desterradas totalmente de su presencia. La besé mientras le decía que íbamos a dejar su sombra en la calle. Inmediatamente bajé las persianas. fue en aquel tiempo cuando comencé a tener un» sensación extraña, que entonces consideré inocentemente como fruto de mi felicidad. Me parecía, por donde quiera que iba, que el mundo que me rodeaba estaba perdiendo su peso y comenzaba lentamente a

fluir hacia arriba, hecho sólo de luz, sin solidez. Desde entonces nada me parecía pesado ni macizo. El castillo de Sant'Ángelo era para mí un castillo en el aire, y llegué a creer que podría levantar entre mis dos dedos la misma Basílica de San Pedro. Tampoco tenía miedo de ser atropellado ni aplastado por ningún carruaje en las calles, estando plenamente consciente de que tanto el carro como los caballos que lo arrastraban no tenían más peso que si fueran hechos de papel. Me sentía extremadamente feliz, aunque ligeramente aturdido, con esta sensación, y la tomé por presagio de la mayor felicidad que se avecinaba, una especie de apoteosis. El universo, y yo con él, estaba en marcha hacia el séptimo cielo. Ahora sé demasiado bien lo que aquello significaba: la sensación de ligereza, mundo de luz que me imaginaba desprovisto de todo peso, lo que yo consideraba como un prelude feliz de mayor felicidad, era realmente el comienzo, el aviso fatal de un adiós para siempre; el canto del gallo que me avisaba puntualmente las grandes desventuras, los terribles dolores y pesadumbres que se avecinaban. Nunca pude creer que lo que consideraba como síntoma de felicidad imperecedera fuese el anuncio de tanta desgracia y soledad.

"Luego, en mis viajes, he conocido países y personas con aquel mismo aspecto de ligereza que yo tuve. En cierto modo yo estaba en lo cierto. El mundo que me rodeaba volaba hacia arriba. Solamente yo, por ser pesado para el vuelo, quedé atrás, sumido en una completa desolación y en un abandono irremediable.

"Estaba ocupado con el pensamiento de una carta que tenía que escribir a mi padre, para comunicarle que no podía casarme con la viuda, cuando fui informado de que uno de mi« hermanos, oficial de marina, estaba en Nápoles con su barco. Reflexioné si sería mejor dar la carta a mi hermano, para que él mismo la llevara y entregase a mi padre. Entonces dije a Olalla que necesitaba ir a Nápoles un par de días. Le pregunté si sería probable que viera al viejo judío durante mi ausencia, y ella me aseguró que no volvería a verle ni a hablarle. Yo no me llevaba bien con mi hermano. Cuando comencé a hablar con él vi por primera cómo aparecían mis planes ante los ojos de los demás, y esto me intranquilizó sobremanera. Aunque sostenía que sus puntos de vista eran inhumanos, me acordé, por primera vez desde que conociera a Olalla, de la atmósfera viscosa y entumecida de mi mundo anterior y de mi casa.

"A pesar de todo entregué la carta a mi hermano y le rogué que defendiera mi causa ante nuestro padre de la mejor forma que le fuera posible. Luego me apresuré a regresar a Roma. Cuando llegué me encontré con que Olalla había desaparecido. Primeramente me dijeron que murió repentinamente de unas fiebres. Esta noticia me produjo una enfermedad mortal y estuve durante tres días sin juicio y como enloquecido. Pero luego averigüé que no había sucedido así; me llegué a todos y

cada uno de los habitantes de la casa, suplicando y amenazando para que me dijeran toda la verdad. Comprendí tarde que debía haberla sacado de allí antes de ir a Nápoles. Aunque luego pensé que de nada me hubiera servido si ella abrigaba la intención de dejar, me. Una extraña superstición me hizo relacionar su desaparición con el judío, y en una última entrevista con la dueña de la casa la agarré por el cuello y le dije que lo sabía todo y que si no me decía la verdad estaba dispuesto a estrangularla. La mujer, presa de terror y de pánico ante mi actitud, confesa la verdad. "Sí. fue él. Olalla abandonó la casa una tarde y no regresó. Al día siguiente se presentó un anciano caballero judío pálido y delgado en mi casa. Liquidó todas las deudas de Olalla y además me dio una suma no despreciable para que no levante, tara ningún alboroto. Pero yo no les he visto a los dos juntos." "¿Y adónde se han ido?", grité, malhumorado por no haber matado a aquella vieja amarillenta. Eso no me lo supo decir. Lo único que dijo era haber creído oír al judío mencionar ante su criado el nombre de una ciudad llamada Basel-

"Me dirigí inmediatamente a Basel; pero las personas que no han pasado por ello no tienen idea de las dificultades que se encuentran al tratar de hallar en una ciudad extraña a una persona cuyo nombre se desconoce. Mi investigación se hacía toda—vía más difícil por el hecho de que no sabía en absoluto en qué situación social iba a encontrar a Olalla. Si era cierto que se había fugado con el judío seguramente sería una gran dama a la que encontraría en coche propio. Pero, ¿cómo el judío la había dejado abandonada en aquella casa de Roma, donde yo la encontré? Tal vez hiciera ahora lo mismo, por alguna razón desconocida para mí. Con este pensamiento recorrí todas las casas de mala fama de Basel. Pero no encontré pista alguna de ella. Entonces se me ocurrió dirigirme a Ámsterdam, donde podría, al menos, encontrarme con alguno de la familia Coccoza y por él adquirir algún dato para hallarles.

"En efecto, en Ámsterdam encontré la casa elegante y antigua del judío, y me enteraron que era el hombre más rico de la ciudad, y que su familia había negociado en diamantes durante trescientos años. De él me dijeron que estaba siempre viajando y creían que por aquel entonces se encontrarla en Jerusalén. Salí de Ámsterdam y tuve ocasión de conocer muchos países. Este loco viaje duró cinco meses. Al fin me decidí a dirigirme a Jerusalén. Regresé a Italia para tomar un barco en Génova, y en el hotel de Andermatt recibí carta de mi padre. Esta carta me había estado siguiendo durante varios meses, enviada tras de mí de un lugar a otro. Mi padre me decía: *"Ahora puedo considerar tu conducta con calma y comprensión. Durante los tres últimos meses he dedicado toda mi atención y empleado la mayor parte de mi tiempo en la lectura detenida de una colección de documentos familiares. Del estudio de estos documentos he sacado la conclusión clara de que nuestra familia está llamada,*

*según ha sucedido durante los últimos doscientos años, a un destino altamente notable. Somos una lamilla mucho mejor que las demás, porque siempre hemos tenido entre nosotros un solo individuo que ha cargado con todas las debilidades y todos los vicios de su generación. Las faltas que normalmente se debían haber repartido y dividido entre un buen número de personas, se han reunido todas sobre la cabeza de una sola, y los demás hemos llegado de esta suerte a ser lo que hemos sido y lo que somos. Al pasar mi vista sobre nuestros documentos no me queda duda de todo lo que termino de decirte. He conseguido fácilmente localizar el delincuente familiar de siete generaciones, comenzando con nuestra tía Elizabeth, en cuyo comportamiento no quiero meterme ahora. Sólo citaré los ejemplos de mis tíos Henrique y Ambrosio, quienes en sus días sin duda alguna...*

''Aquí seguían varios nombres y hechos en apoyo de la teoría de mi padre. Luego continuó:

*"Yo no sé decir si la desaparición de este raro privilegio supondría un revés fatal o una bendición para nuestro nombre y para nuestra familia. Sería indudablemente desechada con mucha turbación y ansiedad, aunque también puede ser que nos condujera a todos a un estado de igualdad con las demás gentes, sin lograr ya nunca ser mejores que ellos. En cuanto a ti, debo decirte que te has apartado con tanta perseverancia y con tanto tesón de seguir las órdenes y los consejos de tu padre que creo tener motivos y razones más que suficientes para considerarte la victima elegida por nuestra generación. Con tu ejemplo te has hecho indigno de ninguna recompensa de las que usualmente se otorgan a la buena conducta. He llegado a obtener en mis relaciones contigo un estudio suficientemente filosófico para darte mi bendición en el cumplimiento y consumación de una carrera que puede hacer de la desobediencia filial, de la debilidad y de los vicios un ejemplo útilmente repugnante y detestable para tu generación en nuestra familia."*

"Nunca más volví a ver a mi padre. Pero, por mi primer tutor, a quien muchos años más tarde encontré en Esmirna, en circunstancias tristes y melancólicas, tuve noticias de él. Mi padre se habla resignado con la situación y había decidido casarse él mismo con mi Joven viuda. Tuvieron un hijo al que pusieron Lincoln. Leí su carta dos veces. Estaba sacándola del bolsillo para leerla de nuevo y entretener el tiempo, cuando vi a dos Jóvenes que entraban en el comedor del hotel, procedentes del exterior. Yo conocía a uno de ellos, y pensé si vendría a sentarse Junto a mí. Así lo hizo, y los tres pasamos Juntos el resto de la noche. El primero de estos Jóvenes caballeros, elegantes y de buenos modales, era hijo de una noble familia de Coburgo, a quien un año antes conocí en Inglaterra, donde fue enviado para estudiar procedimientos parlamentarios, ya que quería ser diplomático y también para

dedicarse al estudio de la cría caballar que es la base de la economía de su pueblo. Su nombre era Federico Hohenemser, pero en apariencias y en modales se semejaba tanto a un perro que tuve, llamado "Piloto", que me acostumbré a llamarle también "Piloto". Era un joven alto rubio y de buen parecer. Pero en vista de que a ti, Mira, te complace mucho hablar en metáforas, voy a decirte que era una persona a la que la vida no tragaría nunca. Esa misma vida que le Imbuía de vez en cuando ilusiones le sorbía poco a poco aun» que nunca hiciera una succión completa. Y siempre acababa vomitándolo de nuevo. No sé lo que habla en él que llegaba a incomodar a quienes le trataban. Lo único que sé es que todas las personas que se acercaban a él recibían la misma sensación, aunque nada tuviesen contra él. Era un compañero incómodo! Probablemente era hombre de astucia o de muerte. Mi amigo "Piloto" consideraba su situación alarmante, y en realidad lo era. Sus ojos azules reflejaban a veces la lucha que se libraba en su interior. Así hablaba de su preferencia por un vino u otro, como si quisiera impresionar al que le escuchaba. Un filósofo del que he aprendido muchas cosas, dijo: "Pienso, luego existo."

"De este modo, mi amigo "Piloto" estaba convencido de que podía muy bien asegurar: "Yo prefiero el vino de Mosela al vino del Rin, luego existo." Si gustaba de un juego o de una función, estaría toda la tarde machacando sobre el mismo tema: "Esa clase de juego o esa función me gusta." No tenía imaginación, ni capacidad para inventar nada, y se dedicaba a describir sus preferencias, única cosa que hallaba en su cabeza. Probablemente era esa falta de imaginación lo que le privaba gozar de la existencia. Porque para crear, como tú sabes, Mira, es preciso imaginar. Y como Federico Hohenemser era incapaz de imaginar nada, nunca podría llegar a crearlo. Yo le llamaba como al perro, según he dicho, porque el animal tenía aproximadamente las mismas« disposiciones y facultades que él, sin la menor idea de lo que quería o debía hacer. Al perro acabé matándolo. Con estas condiciones "Piloto" nunca conseguía entrar ni figurar en sociedad. Era sólo un joven rico, sonrosado y rubio, con un par de pantorrillas vigorosas, a quien las damas mayores consideraban un verdadero modelo de hombre. Cuando se acercó a mí advertí que se habla experimentado un cambio en él. Tenían sus ojos un brillo especial de que antes carecían. De esa misma manera le brillaban a mi perro cuando movía su cola en las raras ocasiones que creía haber conocido que existía. Tal vez este cambio obedeciera al efecto que le había producido la amistad con el joven caballero que le acompañaba. Me acordé con nostalgia de mis viejos perros de Inglaterra. Me presentó a su amigo, el barón Guildenstern de Suecia. No hablan pasado diez minutos, cuando fui informado por los dos de que el barón en su país tenía reputación de gran seductor de mujeres. Esto me hizo meditar, aunque mis relaciones y trato con otras gentes se habla desarrollado siempre desde un punto de vista superficial, sobre la clase de mujeres que habla en Suecia. Las damas que me

hablan hecho el honor de dejarse seducir por mi, todas, sin excepción, hablan decidido por sí mismas. En el caso del barón estaba claro que el punto de gravedad habla estado siempre en él. Cualquiera le hubiera supuesto a simple vista de naturaleza apática y sin emociones, incluso cuando hablaba de las beldades que habla perseguido. Por su conversación, parecía que todas las damas habían sido exactamente una misma condición. Siendo él héroe absoluto de todas y cada una de sus hazañas, me extrañaba que se preocupara tanto para sólo soportar una y otra vez la repetición de un mismo Juego. Al principio, yo, que también era Joven, quedé hondamente impresionado ante semejante entusiasmo. También aprendí de su conversación, que era muy animada y se hizo todavía más cuando hubimos vaciado algunas botellas, la clave de la existencia de un Joven sueco, radicaba en una sola palabra: "Competición". La vida, para él, era una competición, en la que habla que brillar más que los demás participantes. Yo mismo, de niño, fui siempre muy ingenioso y muy aficionado a las competiciones, pero ya en el colegio perdí el entusiasmo y a no ser que se trate de una cosa de mi gusto y agrado, considero necio esforzarme las demás. Pero el barón sueco obraba de esta forma. Para él, nada en el mundo era en sí bueno o malo. Él esperaba de las otras personas una pista, un rostro, para poder averiguar las cosas que los demás consideraban de valor y de interés, con el objeto de excederles y eclipsarles en la persecución de tales cosas o despojarles de ellas. Cuando quedaba solo, estaba perplejo y desorientado. En este sentido dependía más de los demás que "Piloto", y probablemente esquivaba la soledad como el mismo diablo. También de su conversación deduje que vela su vida pasada como una hilera de triunfos sobre otra hilera de rivales, y nada más. Ni por sus rivales ni por sus víctimas manifestaba interés alguno. En él no existía ni la admiración ni la compasión, ni ningún otro sentimiento que no fuera envidia o desprecio. Sin embargo, no estaba loco. Al contrario, yo afirmarí que era una persona muy Inteligente y avisada. En la vida habla adoptado los modales de un compañero bueno, llano y franco, un poco áspero y tosco a quien se podía perdonar todo en atención a su corazón sencillo y abierto.

"Tenía una mirada atenta y vigilante y espiaba a los que le rodeaban con el único objeto de conseguir de cada cual su valoración de las cosas, sólo por el prurito de poder luego no defraudar. Los dos se completaban.

''Después de algún tiempo me encontré tan cansado de la conversación del barón que dejé de prestarle atención. Sin embargo, tan pronto como encontró oportunidad comenzó a revelarme los grandes acontecimientos de su vida.

"«Si lo supieras todo. Lincoln —dijo— no te preocuparía que te vieran en mi compañía. No me veré Ubre de peligros mientras, no haya salido de Suiza. Las paredes oyen en un país donde h tan acentuada la intranquilidad política. —Esperó

unos momeo, tos para observar el efecto de sus palabras y luego prosiguió^, Vengo de Lucerna.»

”Entonces supe que había habido una lucha en aquella ciudad, pero nunca se me ocurrió que “Piloto” hubiera estado en ella.

” «Los Ánimos están acalorados allí», dijo.

"«Pobre “Piloto”, pensé yo. En su boca, con aquella sonrisa tímida, la verdad parecía una patraña. Estoy seguro de que el barón sabría colocar una sarta de mentiras con tanto aplomo que nadie dudarla un momento de su veracidad.»

"«Yo —intervino “Piloto”— maté a un hombre en las barricadas, el día tres de marzo.»

"Sabía que había tenido lugar una lucha en las calles, entre los partidarios del poder y la masa en rebeldía.

"«¿Tú? —preguntó con clara expresión de envidia por haber estado en una lucha—. ¿Tú mataste a un rebelde?»

"“Piloto” habla sido siempre para mí una persona muy respetable, pero de entendimiento escaso. Senté por seguro qu<sub>e</sub> había estado luchando al lado de los no rebeldes.

"Movi<sup>ó</sup> la cabeza orgullosa y reservadamente. Después de unos momentos agregó:  
"«Maté al capellán del obispo de St. Gallen.»

"Los periódicos habían llenado páginas con este asesinato, y se había buscado por todas partes el asesino. Naturalmente me interesé en el asunto. Quise saber cómo aquel hecho tan importante habla tenido por protagonista y actor a “Piloto”. Le rogué y conseguí que me narrara los hechos desde el principio. El barón, aburrido por el relato de hazañas militares, permaneció ajeno, bebiendo y observando a las personas que pasaban cerca de él.

'«Salí de Coburgo —comenzó “Piloto”— con intención de permanecer en Lucerna tres semanas, en compañía de mi tío Watteville. Cuando estaba a punto de partir, todas las damas ele— gantes del lugar, una tras otra, me pidieron que les trajera de Lucerna un sombrero confeccionado por una modista llamada *madame* Lola. Mujer, me aseguraron, famosa de una punta a otra de Europa Las damas de las cortes y grandes ciudades acuden a ella en busca de sus sombreros y nunca en la historia de la sombrerería se ha dado un genio como el suyo.

"Yo, naturalmente, no quise negarme a hacer semejante ser— vicio a las damas de mi ciudad nativa. Salí con los bolsillos llenos de pequeños patrones de seda, y hasta me dieron algunos mechones de pelo para entregárselos a *madame* Lola, con el objeto de que hicieran juego con sus sombreros. Ya en Lucerna, donde el ambiente estaba cargado con discusiones políticas, me olvidé por completo del encargo para *madame* Lola, hasta que una noche, mientras cenaba con un grupo de altos oficiales y políticos, saqué sin darme cuenta un pequeño trozo de raso color rosa, e inevitablemente tuve que dar una explicación. Con gran asombro mío, toda la conversación que siguió giró alrededor de 1a modista.

"«Es cierto —aseguró uno de los presentes— que esa mujer es un genio. El más leve toque de su mano, como una varita mágica, crea milagros de arte y elegancia, y las grandes damas de San Petersburgo, de Madrid y hasta de la propia Roma hacen sus encargos a *madama* Lola.»

''Pero además de todo eso, se sospechaba que era una conspiradora de primera calidad, que utilizaba su *otelier* como centro de reunión y cita para los más peligrosos revolucionarios. También en esta especialidad era un genio, moviendo y organizando elementos con sus propias manos. Los hombres más rudos hubieran dado su vida por ella. Todos me amonestaron y me previnieron con mucha tuerza y vehemencia contra ella, y yo, naturalmente, lo primero que hice al día siguiente fue ir, a su casa, en la calle que me habla sido indicada. En aquella ocasión no vi en ella más que a una mujer muy inteligente, simpática y agradable. Tomó nota de todos mis pedidos y me preguntó sobre mi viaje y hasta de mis aficiones y profesión. Un Joven de cabeza rubia entró cuando yo estaba allí y salió al poco rato. Me pareció un revolucionario, pero *madame* Lola le prestó poca atención.

''Mientras terminaba de confeccionar los sombreros que yo le habla encargado, la atmósfera de Lucerna se oscurecía cada día más. Una fuerte tormenta flotaba de la ciudad. Mi do, que desempeñaba un elevado puesto en el ayuntamiento, previó la catástrofe. Envió a mi tía y a sus hijas al castillo, y me aconsejó que me fuera con ellos. Pero creí que no debía marcharme sin visitar de nuevo a *madame* Lola y recoger el pedido de sombreros que le había hecho. El día que fui a su establecimiento, la confusión y los disturbios en las calles eran tan grandes que logré, a duras penas, acercarme a la casa sorteando »na red de estrechas calles laterales donde la circulación y las aglomeraciones de público eran más escasas. Me encontré desde la puerta principal hasta el desván con una masa enfurecida de gente armada, corriendo de un lado a otro. Aquello parecía una caldera de brujas. No era el tiempo más adecuado para hablar de sombreros. Ella misma, de pie sobre el mostrador, arengaba a las masas, y al verme saltó derechamente a mis brazos.

”«¡Oh! —gritó—. Tu corazón te ha traído, al fin, por el camino recto.»

”Toda la multitud, ella al frente, salió en aquel momento de la casa. Me arrastraron con ellos, pero yo estaba tan Influído por el entusiasmo y animación de aquella mujer que les acompañé gustoso. De esta forma, en pocos segundos me vi tras de una barricada con *madame* Lola a mi lado. Ella misma cargaba los rifles y se los entregaba a los combatientes. En aquella tarea manifestaba la mi«<sup>TM</sup>«destreza y vigor que confeccionando sombreros. Llegó un momento en que todos los que la rodeaba» aunque valientes y arrojados, sintieron miedo, con razones o menos sobradas para tenerlo. Ella en cambio no acusaba el menor sobresalto. Al tiempo que entregaba los rifles les cedí también algo de su propia intrepidez y arrojo. Encontraba raro y extraño que yo mismo tuviera la convicción de que nada podía herirme o dañarme durante el tiempo que permaneciera a su lado. Recuerdo que nuestro anciano cocinero de Coburgo me decía que el gato tiene siete vidas. *Madame* Lola, pensé, debía# de llevar en si la vida de siete gatos.

"Yo la encontraba entonces como algo sobrehumano, aunque no era, según creo, dama de noble cuna, sino sólo una modista de sombreros de Lucerna.

”Fue entonces cuando arrastrado por el arrojo y el valor que me rodeaba cogí un rifle y disparé a la multitud de soldados y a las milicias de la ciudad que avanzaban calle arriba contra nosotros. Mi propio tío De Watteville, pues de todo estaba yo enterado, podía ser quien viniese al frente de ellos, pero no tuvo recuerdo alguno para él. En un momento me sentí conmociona, do, y cal como muerto. Cuando desperté me encontraba en una pequeña habitación, en cama, y *madame* Lola estaba con. migo. Al querer moverme advertí que mi pierna derecha estaba vendada. Ella mostró indudable júbilo al verme despertar y se me acercó con un dedo sobre los labios. En aquella oscura habitación me informé por ella de cómo había terminado la lucha Me pidió que me mantuviese quieto y en silencio, en primer lugar porque mi pierna estaba rota por un disparo, y en segundo lugar, porque las cosas estaban todavía revueltas en Lucerna. Me encontraba en peligro y tenía que guardarme en su casa con todo secreto.

"Estuve allí, en el desván, durante tres semanas, atendido por ella. La lucha seguía y algunas veces ola los disparos desde la habitación. Sin embargo, yo apenas si pensaba en aquello, ni en mi herida, ni en lo que habla hecho y lo que mi pueblo pensarla de mí, ni siquiera de mi peligrosa situación.

”Un médico venia a verme de vez en cuando. Nadie más acudía allí, y Lola tenía que ponerse un mantón, cuando el médico se marchaba, y dejarme solo por unos momentos. Entonces me pedía que me mantuviera quieto y en silencio hasta que

regresara. Las horas en que por éste u otros motivos me encontraba sin ella se me hacían infinitamente largas. Sin embargo, cuando estaba conmigo hablábamos sobre muchas y variadas cosas. En conjunto, mientras estuve en el desván comprendí la vida, el mundo, a mí mismo y a Dios. Particularmente versaban nuestras conversaciones sobre las grandes cosas y los magníficos proyectos que tenía yo pensado hacer y desarrollar en mi vida.

"Como podrás comprender, yo había hecho ya lo bastante para ser conocido de la gente, pero convinimos que aquello no era sino el comienzo.

"Supe que muchos de sus amigos habían abandonado Lucerna y que ella se había quedado allí exponiéndose a todos los peligros sólo por mi. Entonces le rogué que se fuera también. "«No», me contesté seca y rotundamente.

''Dijo que no me abandonarla por ninguna cosa del mundo. Lo primero de todo, porque los revolucionarios de Lucerna, después de mi proeza, me consideraban como un hermano y estarían dispuestos a morir por mi si fuere menester.

''Pero además de esa ayuda y ese socorro con el que podíamos contar, en caso de que fuésemos hallados por los tiranos de la ciudad y sus milicias, ella y yo simularíamos —Lola se enrojecía cuando lo proyectábamos— no haber tomado parte en la lucha, jurando que estábamos juntos porque éramos amantes. Respecto de mi herida diríamos que fue hecha por un rival celoso. Cuando hablábamos de este tema, a sabiendas de que todo era pura comedia, me sentía extraordinariamente feliz y dichoso, y soñé las cosas que haría cuando me encontrara bien. En realidad no sé si un amor auténtico podría hacerme tan feliz como aquel amor soñado.

''Finalmente me dijo que el doctor había asegurado que estaba fuera de peligro y podíamos partir. Ella abandonarla Lucerna aquella misma noche, y yo tenía que salir secretamente por la mañana temprano. Un amigo, según me dijo, pondría su carruaje a mi disposición y él mismo me escoltarla y protegerla hasta salir de la ciudad. Cuando me dijo estas palabras se apoderó de mí una especie de terror. *Madame* Lola siguió hablando gentilmente: "«Yo tengo que pagarte de alguna manera la preocupación y los dolores pasados por mi culpa. Te daré todos los sombreros que hay en mi tienda. Yo no volveré más a Lucerna.»

''Con la ayuda de su doncella subió y bajó las escaleras doce veces, cargada siempre con cajas de sombreros. Los colocó todos a mí alrededor. Entonces comencé a reír. Por último, no podía moverme, casi enterrado en sombreros de todos los colores del arco iris, adornados con flores, cintas y plumas. El piso, la cama, la silla y la mesa estaban cubiertas de sombreros, probablemente los más elegantes y vistosos del

mundo.

'' «Ahora —dijo después— aquí tienes un medio para conquistar los corazones de las mujeres.»

''Se puso un sombrero y un chal, y tomó mi mano:

''«No me guardes rencor. He tratado de hacerte un bien.\* ''Pasó sus brazos alrededor de mi cuello, me besó y se fue. Grité: ''«¡Lola!»

''Nadie me contestó. A continuación caí desvanecido. Pasé una noche terrible. Nada habla que me alegrara o me complaciera. Nada en lo que mereciera la pena pensar. La imagen del capellán de St. Callen comenzó a preocuparme, y me pareció que no habría nada en el mundo con lo que pudiera pagar mi crimen. A la mañana siguiente, un judío anciano, de notable elegancia, se presentó en la buhardilla en que me alojaba. A la puerta de la casa estaba su carruaje esperándome. En él *M* sacó de la ciudad. A un lado y a otro contempló las señale\* la lucha, y esta observación me entretuvo durante todo el mino. Cuando llegamos a las afueras de la ciudad me dijo: "«El coche del barón De Watteville nos encontrará en t»» lugar. Pero los sentimientos de tu tío han sido heridos con ti» comportamiento, y él me ha encargado que te diga que prefiere que continúes tu viaje en forma que no tenga necesidad de encontrarse contigo.»

"«Pero, ¿conoce mi tío —preguntó sumido en gran sorpresa—, lo que me ha sucedido?»

''«Sí —repuso el anciano judío—. Ha estado enterado en todo momento. El barón tiene mucha influencia en Lucerna y se ría dudoso que pudiéramos haber llegado aquí sin su ayuda» "No habló más. Seguimos caminando en silencio, honda, mente preocupados. El coche de mi tío estaba esperando, e & efecto, en el lugar que el judío me habla indicado. Cuando ¿os detuvimos un hombre salió de él y se dirigió lentamente hacia nosotros. Reconocí al joven de cabellos rubios que vi entrar en la casa de Lola, y posteriormente en la barricada. Tenía aspecto de haber sufrido mucho. Cojeaba al andar y su rostro estaba pálido cuando se Inclino al saludar a mi compañero. Sin embargo, al mirarme a mí sonrió súbitamente. Le oí que decía: "«¿Es éste el pequeño jilguero enjaulado de *madame* Lola?» ''«Sí —contestó el anciano judío, sonriendo—. Este es su *golem*...»

"Entonces no sabia yo lo que luego he aprendido. *Golem* significa en hebreo una figura de arcilla en la que se ha creado la vida con un soplo mágico. Esto se hace frecuentemente para realizar un crimen, cuando el mago no se atreve a realizarlo por

si mismo. A estos *golem* se les imagina siempre poseídos de un gran poder. Cuando me dejaron instalado en el coche de mi tío, nos despedimos. Ya en marcha tenía muchas cosas en qué pensar, pero no sabía cómo encontrarme de nuevo. El olor de la pólvora, nuestras conversaciones, el beso de Lola en el ático, los sombreros que me habla dado, todo pasaba ante mis ojos como las manchas rojas que se ven después de haber mirado por un largo rato cara a cara al sol. No me ocupé con demasiada asiduidad en recordar los grandes hechos que habla ejecutado. Pero sin embargo la realidad era que yo debía estar muy sobreaviso hasta que lograra salir del país. Un doctor me dijo que la pierna habla quedado tan perfectamente curada que parecía que no se hubiera roto nunca.

"«¿Quieres encontrar otra vez a esa mujer?»

"«¿Lo has adivinado? Pues esa es la verdad. La estoy bus\* cando. No encuentro gusto en ninguna cosa hasta que la vea de nuevo. Aunque no era muy joven, según te he dicho, ni mujer de noble cuna, sino una modista de sombreros de Lucerna, la verdad es que ardo en vehementes deseos de encontrarme nuevamente con ella.»

"Escuché con interés la historia narrada por "Piloto". Y aunque la sabia cierta, me llené más de una vez de temor y sobresalto. Encontré en aquella narración muchas cosas alarmantes para mis oídos. Hasta aquella noche no me habla emborrachado nunca desde que perdí a Olalla. Tenia comprobado que desde entonces cuando bebía hasta dos botellas de vino de Suiza mi cabeza me fallaba. Eso era debido, sin duda alguna, al hecho de estar pensando durante mucho tiempo en la misma cosa. Este cuento de mi amigo era como un sueño mío. Habla mucho en la mujer de las barricadas que me recordaba los modales y la forma de ser de mi cortesana de Roma y, cuando en medio de su historia, apareció un viejo judío, como el Aladino de la lámpara maravillosa, se me trastornó la cabeza. ¿Estaba volviéndome loco? Para aclarar esta cuestión me di a la bebida.

"El barón Guildenstern, durante el transcurso de la narración de "Piloto", me miró de vez en cuando con una sonrisa y algunas veces me guiñó. Pero cuando terminó, demostró un total desinterés y pidió una nueva botella. La abrió y llenó los vasos.

"«Mi buen amigo Fritz —dijo sonriendo—. Sé que las damas gustan de los sombreros. Para ellas un marido significa una persona que les comprará sombreros de todas las formas y de todos los colores. Dios las bendiga. Pero ten en cuenta que resulta un pobre artículo de vestir para vencer la voluntad de una mujer. Para mí resulta mucho más interesante regalarles camisas.»

"«¿No has cortejado nunca a una mujer? —preguntó "Piloto" lleno de nerviosismo y

con la vista puesta en el infinito—. ¿Siempre regalaste camisas?\*

”El barón le miró como si estuviera a punto de reconocer que un fracaso o un apetito insatisfecho puede ser de algún valor para cierta clase de gentes.

”«Mi querido amigo —dijo—. Voy a contarte una aventura mía:

”Hace siete años fui enviado por el coronel de mi Regimiento en Estocolmo, el príncipe Oscar, a la escuela de equitación de Saumur. Me hospedé, durante el semestre, dentro de la escuela, pues era presa de una cierta inquietud en Saumur; allí tuve horas agradables en compañía de dos jóvenes ricos amigos míos, uno de los cuales era Waldemar Nat-og-Dag, que vino desde Suecia conmigo. El otro era el barón Cloutz un belga, que pertenecía a la nueva nobleza y poseía una Inmensa fortuna.

”A través de las cartas de presentación de nuestras ancianas tías, mi amigo sueco y yo calmos por un tiempo en la curiosa compañía de viejas legitimistas arruinadas, de la más alta y distinguida aristocracia, que perdieron todo lo que tenían en la Revolución francesa, y que vivían en una pequeña ciudad provinciana cerca de Saumur.

”Todas eran muy ancianas, porque cuando jóvenes carecieron de dote para casarse, y los caballeros no tenían dinero para mantener una familia como correspondía a sus nombres de abolengo. Todos optaron por renunciar al matrimonio.

”Las damas se apiñaban, juntas las cabezas, para leer las cartas de mi tía y se quedaban asombradas de las condición de vida de Suecia donde la nobleza conservaba aún valor y el coraje para procrear. Todo aquello me aburría enormemente. Era como si me hubieran colocado en un estante juntó con botellas de vino y marmitas con adobo, sellando y tapando todo luego con pergamino.

”En aquellos círculos se hablaba mucho de una mujer joven y rica que vivía, desde hacía un año, en una elegante casa de campo en las afueras de la ciudad. Yo había visto aquella casa con sus jardines vallados, durante mis paseos a caballo. Al principio, apenas si me interesó. Consideré a aquella mujer como una más de las que formaban la compañía de Beguines. Me extrañaba sin embargo, el hecho de que, a pesar de reunir todas las cualidades de la juventud y la prosperidad parecía hacerse querer por todos los corazones viejos y gastados de la ciudad. Fueron ellos mismos los que me dieron la explicación. Esta joven había consagrado su vida a la memoria del general Zumalacárregui, que fue, según creo, un héroe y mártir por la causa de un rey de España. En su honor, ella siempre vestía de blanco, se conformaba con

escasez de alimentos y de agua, y todos los años emprendía una peregrinación a su tumba en España. Hizo muchas obras de caridad con los pobres, y fundó una escuela de niños en la aldea y un hospital. De vez en cuando tenía visiones y oía voces, probablemente la voz marcial del general Zumalacárregui. Por todo esto estaba siempre pensativa. El que hubiera tenido, antes de su muerte, relaciones terrenas con el mártir, en modo alguno dañaba a su reputación.

"El grupo de ancianos solteros, de ambos sexos, estaba intrigado con la idea de que aquella joven fuera una nueva Santa María Magdalena, y que como ella acabara siendo incluida entre los santos del Cielo, como lo fueron las once mil vírgenes mártires de Colonia. Pero el corazón de mi amigo Waldemar, cuando se encontró con ella por primera vez, se derritió con la misma celeridad que se derrite y se deshace un terrón de azúcar al caer en una taza con café caliente.

"Arvid —me dijo—, creo que nunca me he encontrado con mujer semejante y que este encuentro ha obedecido a una voluntad y designio del Destino. Como tú sabes, mi nombre es Noche y Día, y mis blasones son la mitad blancos y la mitad negros. No puedo apartar de mi mente la idea de que, o esta mujer estaba destinada para mí, o yo estaba destinado para ella. Esta *madame* Rosalba tiene en sí más vida que cualquier otra persona de las que he encontrado. Es una santa de primera magnitud, y para ser santa hace uso del mismo vigor y fortaleza de un comandante para sitiar una ciudadela. Como una flor fresca y lozana se sienta entre los árboles secos y viejos. Es un cisne en el lago de la vida. Ahí está la parte blanca de mi escudo. Pero al propio tiempo la muerte existe en algún lugar, y ahí la otra mitad, la parte negra de los blasones de Nat-og— Dag. Te lo explicaré con una metáfora que se me ocurrió cuando la estaba mirando.

"Desde que estamos aquí hemos oído muchas cosas sobre la elaboración del vino y aprendido el modo de obtener un vino blanco especial de este país: es cuestión de dejar las uvas en la villa más tiempo que las otras. Así se secan más, maduran excesivamente y tienen un sabor muy dulce. Además llevan dentro una condición peculiar que en francés se llama *pourriture noble* y en alemán *edelfaule*, que da el gusto especial al vino.

''Pues en la atmósfera que rodea a Rosalba, Arvid, hay un gusto y un sabor que no hay en las demás mujeres. No sé si será el olor de santidad, o el moho corrosivo de algún vino fuerte y extraño.

"¡Oh! ¡ Arvid, amigo mió! Tal vez sean las dos cosas dentro de un alma, mitad blanca y mitad negra, un alma Nat-og-Dag.»

"Al domingo siguiente, era en el mes de mayo, me las arreglé para ser presentado a *madame* Rosalba después de misa, en la comida en casa de un antiguo amigo mío. Estos viejos aristócratas, en medio de su ruina, mantienen una mesa bastante buena, y no menosprecian una botella de vino. Pero la mujer más joven comió lentejas y pan seco con un vaso de agua; y lo hizo con un recato tan dulce y franco que la dieta resultó tan severa que nadie hubiera osado ofrecerle ninguna cosa más. Después de la comida, en un salón fresco y en penumbra entretenía a los invitados con franqueza y modestia describiéndoles una visión que habla tenido últimamente.

"Se habla encontrado, decía, en un vasto prado cubierto de flores, con una gran multitud de niños, cada uno con un pequeño halo alrededor de su cabeza, tan claro y brillante como la luz de una bujía. El mismo San José se le acercó para decirle que aquello era el Paraíso y que ella tenía que hacer de niñera para todas aquellas criaturas. Le explicó que eran los primeros mártires, niños de Belén asesinados por orden de Herodes. Hizo hincapié sobre la tarea tan dulce que le era encomendada, puesto así como Dios había muerto por el bien de la humanidad aquellos niños sufrieron y murieron por bien del Señor.

"Estas palabras proporcionaron una gran dicha a su corazón, y resplandeciente de felicidad y bienaventuranza declaró que no quería ninguna otra cosa en toda la eternidad que cuidar y jugar con aquellos niños martirizados.

"Yo no creo mucho en visiones de mujeres, pero por la forma que aquella mujer contó su historia no me quedó ninguna duda de que habla visto con sus propios ojos lo descrito, y que estaba elegida y destinada para el servicio del Paraíso. Todo hacía creer que la elección habla sido bien hecha y los pequeños mártires recibirían con ello mucha alegría.

"Una vez, mientras hablaba, levantó los ojos. ¡Dios santo, qué par de ojos! Realmente eran de extraordinaria belleza, capaces de quitar la respiración a cualquiera con una sola mirada.

"Fue entonces, mientras escuchaba y miraba a sus discípulos, cuando llegué al convencimiento de que en todo aquello había una trampa audaz y una hábil superchería. Podía Rosalba repartir beneficios sobre ricos y pobres, como el cuerna de la abundancia; podía haber amado al general Zumalacárregui; pero aquella mujer no lo había amado sólo a él en el mundo ni en aquellos momentos vivía de sus recuerdos. Además' pensé, me aventuraría a asegurar que este cisne de Rosalba puede contar los nombres de sus amantes con las cuentas de y». rosario, o de lo contrario es una doncella anciana y perversa y digo doncella anciana porque para llamarla doncella a secas tenía demasiados años. Había pasado ya de los treinta, lo

para los legitimistas representaba edad a propósito para la señora de un general  
"Cuando se acercó a la ventana a mirar su carruaje, los pliegues de su vestido blanco y su cabellera negra se movieron en atención a mí.

"Entonces me pasó por el pensamiento que nunca habla te. nido por rival a un muerto. Veamos ahora, me dije, de lo que es capaz el general Zumalacarregul. ¿Será esta Rosalba más difícil de seducir que las demás mujeres? Hay un refrán que dice que el viejo caballo de guerra levanta la cabeza cuando oye las trompetas.

"Pronto me convertí en un asiduo visitante de la casa de campo de *madame* Rosalba. Yo no sé si la antigua comunidad aristocrática de la ciudad tenía alguna idea del peligro de su ídolo. Me aceptó sin miramiento alguno como compañero en sus visitas a pobres y enfermos. Al principio le hice muchas consultas sobre mi alma. Le confesé muchos de mis pecados, y ninguno de ellos pareció impresionarle demasiado. Parecía como si todos le fueran familiares.

"Es cierto que me dio buenos consejos, y que si algún día deseo reformar y rectificar mi vida lo conseguiré siguiéndolos. Tenía la misma seriedad, buena fe y dulces modales de siempre, y me gustaba mucho. Yo, por mi parte, sabía esperar. Tuve de observador a mi joven amigo Waldemar, y al final de la danza supe que disponía de una agradable sorpresa. Una cosa resultaba para mi extraña en aquella casa. Mi buena abuela me llevaba el día de Navidad a la iglesia. Oí muchos sermones, y conocía la diferencia que hay entre la santidad y pecado tan bien como el propio anciano pastor Methodius, aunque hubiéramos estado siempre disconformes en lo tocante a nuestros gustos personales en la materia.

"Pero por mi honor como centinela y observador juraría que en ella era muy difícil distinguir la divisoria. Predicaba teología con tanta voluptuosidad como si los Mandamientos del Señor fueran un verdadero tratado de gastronomía; y cuando hablábamos de amor lo hacía como un pasatiempo, un juego de niños. Esto no me gustaba.

"Yo tuve una niñera que creía en las brujas, y a veces, junto a Rosalba recordé los cuentos siniestros del viejo Maja-Lisa.

"Finalmente, obtuve de Rosalba la promesa de una cita en su casa, un viernes por la tarde. Aquel día todo el mundo fue a los funerales por la viuda de un mariscal, muerto a los cien años de edad. Esto ocurría a finales del mes de junio. Por entonces estaba yo aburrido y descorazonado y pensé para mis adentros: "Tiene que ser el viernes o nunca volveré a hacer el amor a esta mujer."

"Todo lo que cuento pudo terminar de forma muy diferente si no hubiera acontecido algo en Saumur. Lo que aconteció fue que un viejo judío muy rico y de buen porte, al estilo del judío de tu cuento, Fritz, se detuvo allí durante una semana en su viaje procedente de España. Tenía de todo lo mejor. Su coche, sus criados, sus diamantes eran comentados y ponderados por doquier. Nadie recordaba haber visto nunca cosa igual, ni hombre que reuniera tanta riqueza y tanta ostentación en todas las manifestaciones de la opulencia humana. Pero lo que más llamó la atención en nuestra escuela de equitación fue un par de caballos andaluces que traía consigo. Eran, particularmente uno de ellos, lo más fino y selecto que se había visto en Francia. Aun en mi Regimiento de Suecia, tal vez no hubiera uno como aquél. Y por si fuera poco habían sido domados y adiestrados en el picadero real de Madrid. Decidimos que era una vergüenza que estuvieran en manos de un judío.

"Debido a los caballos olvidé a *madame* Rosalba por unos días, ya que el tema y la conversación que dominaba por todos los sitios de reunión versaba sobre el viejo judío y sobre las cosas que traía consigo, muy en especial sus caballos. Pocos de nosotros teníamos la cantidad suficiente para comprarlos, y aun considerábamos como un punto de honor el que no teníamos que consentir el que abandonaran Saumur. Por fin el barón Cloutz que era millonario y joven de ingenio abundante y agudo, una tarde, después de comer, nos hizo una proposición a cinco de nosotros que por mucho tiempo habíamos sido sus amigos más íntimos. Prometió que comprarla el caballo al judío y que le pondría como premio en una competición en la que habríamos de demostrar cuál de nosotros valla más. Las condiciones de la competición eran las siguientes: Teníamos que cabalgar, cada uno, durante un día tres millas francesas, beber tres botellas de vino del país y hacer el amor a tres damas. Quedaba a nuestro juicio el orden en el desarrollo de los acontecimientos. Lo importante era que el caballo del judío pasarla a aquel de nosotros que llegara el primero a la casa del barón Cloutz, después de haber cumplido todas las condiciones.

"La propuesta fue acogida con entusiasmo y obtuvo un éxito rotundo. Por mi parte, estaba ya ordenando en mi mente la sucesión correlativa de las condiciones, caminando con la Imaginación a los círculos de conocimientos que yo tenía entre las mujeres más bellas del distrito, cuando me di cuenta de que el día elegido para la encuesta era precisamente el señalado para mi cita con *madame* Rosalba. El día había sido escogido con ambos propósitos, la encuesta y mi cita, por la misma razón porque en ese día la *élite* de la ciudad estaría ocupada y no podría meter las narices en nuestras cosas.

"No obstante, tenía confianza en mi mismo y cuando caminaba del brazo con el Joven Waldemar pensó. que aquello era una buena broma. Estaba tan enamorado de Rosalba que sería capaz de cambiar de religión por ella y hasta hacerme monte A mi

me tocó oír repetidamente sus elogios y ponderaciones sobre Rosalba. Después de algunos razonamientos le persuadimos a que tomara parte en nuestra competición. Sin vanidad fui puntual a mi cita en el blanco castillo de Rosalba, aquel viernes por la tarde.

”Fui guiado por su propia doncella (puesto que no quedaba otra persona en la casa, ya que todos habían acudido al funeral) hasta el gabinete de Rosalba, en lo alto de la torre, al final de una larga escalera de piedra. Las contraventanas estaban cerradas, la habitación medio a oscuras, de forma que al que venía de la calle le parecía que entraba en una iglesia. El ambiente estaba cargado con el aroma de los muchos lirios blancos que allí había. Sobre una mesa aparecían colocados vasos y una botella del mejor vino que yo nunca había gustado, un *Chotean Yquem* seco. Esta botella hacía la tercera del día. Allí estaba también Rosalba, vestida sencillamente, como de costumbre, con su gran belleza.

"Si lo que me sucedió a mí en esta torre parece algo fantástico y descabellado y más semejante a un cuento de hadas o a una historia de fantasmas, la culpa no es mía. Es cierto que el día era caluroso: aquella misma noche tuvo lugar una gran tormenta acompañada de fuertes truenos; y también es cierto que como llegué allí procedente de la blanca carretera, pesado y molesto con mis botas de montar, no tenía plena seguridad «obre mi cabeza. Tal vez estuviera más enamorado de ella de lo que yo me imaginaba, puesto que todas las cosas que hacía y pensaba parecían referirse a ella, y hasta mis botellas y mis desenfrenadas carreras a caballo parecían ser como las ceremonias justas e iniciales para el gran momento. Con todo, recuerdo perfectamente el desarrollo de los acontecimientos. No tenía mucho tiempo que perder. Delirante como estaba, con la habitación dando vueltas a mi alrededor, las palabras acudieron fácilmente a mis labios y bien pronto la tuve entre mis brazos, con el rostro humedecido, como un lirio blanco y cimbreante en medio de una tormenta.

"Con los brazos extendidos me contuvo, diciendo:

"«Escúchame un momento. Estamos solos. No hay en la casa más que mi doncella, esa bonita muchacha que te ha traído hasta aquí ¿No tienes miedo?»

” Querido —agregó—, ¿no has oído contar nunca la historia de Don Juan?»

"Me miró con tanta fijeza que tuve que contestar dictándole que había escuchado la ópera de su nombre.

”«¿No recuerdas la escena en la que la estatua del comendador viene a por él?»

”Intervine en aquel momento para decirle: «Por favor, hablemos de otra cosa...»

”Un instante —dijo Rosalba—. Me debo a la memoria del general Zumalacárregui. Si algún día llegara a traicionarle, la pobre Rosalba desaparecerla. Sin embargo, una ópera tiene que tener, más pronto o más tarde, un quinto acto. Y tú, mi estrella del norte, vas a ser su héroe. Rosalba era una burbuja brillante, y cuando la rompiste todo lo que se ha podido recoger de ella ha sido un poco de humedad. Pero ha llegado el tiempo de que esto sucediera. Todas las criaturas estaban interesadas por ella. Tienes que ser quien le dé su gran trágico final. Creo que ningún otro hombre en el mundo lo podría hacer mejor. Tú mereces bien acercarte a mí»

"«Déjame entonces que me acerque», dije con palabras entrecortadas.

”«¿No tienes piedad de la pobre Rosalba? ¿No te causa lástima que pierda su último refugio, que sea visitada por fantasmas y aparecidos y al final sea condenada? ¿No significa nada para ti todo esto? ¡Contesta! ¡Contéstame!»

”«Tú misma eres la que no tiene compasión ni piedad alguna de mí», grité.

”«Te equivocas, Arvid —exclamó—. Estás completamente equivocado. Yo estoy preocupada por ti. Tengo una pena terrible.»

”Estuvo cabizbaja por unos instantes, en actitud de pensar seriamente, y luego fijó sus ojos muy abiertos en mí para decirme: ”«Te espera un futuro horroroso, ruma, desierto, torturas... Si pudiera ayudarte, lo haría; pero eso es imposible para mí. El pensamiento y el recuerdo de Rosalba nunca te traerá ningún bien. Su ejemplo no puede ayudarte en nada. Tal vez el recuerdo de estos momentos pueda acarrearle algún bien, pero eso no es seguro...»

"Un nuevo silencio sumió a Rosalba en hondos pensamientos, como si pasara por su imaginación algo que quisiera ver con claridad para expresarlo con palabras:

”«Dime, querido —dijo al fin—. Si para salvarte te regalara yo un hermoso y rápido corcel, que espera enjaezado y ensillado en mis caballerizas, lo suficientemente fogoso para sacarte de este abismo de perdición a cuyo borde estamos los dos; y si enviara contigo a mi doncella, esa linda muchacha que te trajo hasta aquí, ¿lo aceptarías?»

”Luego siguió hablando como si fuera una sibila:

”«Pero quizá sea ya demasiado tarde y oigamos de un momento a otro las fatales pisadas sobre la escalera, mármol sobre mármol.»

"Su negro cabello, que ordinariamente colgaba a ambos lados de su cara en bucles, estaba ahora peinado hacia atrás. Pude ver claramente que sobre aquella mujer estaba grabada la cara de la bruja. Desde su oreja izquierda hasta el hueso del cuello se extendía una honda cicatriz, como una pequeña curva blanca.»

A estas palabras del barón, "Piloto" gritó:

"«¿Qué? ¿Qué estás diciendo?»

«He dicho —dijo el barón pacientemente, complacido de impresión que estaba causando su historia— que desde su oreja Izquierda hasta el hueso de su cuello se extendía una cicatriz. Como si fuera una serpiente.»

"«Lo he oído —gritó "Piloto"—. Pero dime, ¿por qué has de repetir mis propias palabras? La modista de sombreros de Luerna, *madame* Lola, llevaba esa misma cicatriz en su cuello y de esto ya hablé yo anteriormente.»

"«Tú no has dicho una palabra sobre la cicatriz», aseguró «el barón.

"«¿No lo he dicho?», me dijo "Piloto" como pidiendo una aclaración.

"Yo no dije nada. Pensé: "Estoy soñando. Estoy plenamente seguro de que estoy soñando. Este hotel, "Piloto" y el barón sueco son las partes integrantes de mi sueño. Dios mío, ¡qué pesadilla! Al final he perdido la razón. Lo próximo que me acontezca será que Olalla penetrará por la puerta velozmente, como siempre sale en los sueños." Con este pensamiento fijé los ojos en la puerta.

"De vez en cuando, mientras nosotros hablábamos, llegaban nuevos huéspedes del exterior. Unos se sentaban en el salón y otros se dirigían directamente a los apartamentos que les correspondían.

"Entró una Hama con su doncella y pasaron de prisa y en silencio. La dama vestía una capa negra que disfrazaba su cara y su figura. La doncella llevaba el pelo trenzado alrededor de la cabeza, al estilo suizo, y portaba los chales. Las dos caminaban tan serias y recatadas que ni siquiera el barón osó dirigirles más que una mirada de soslayo.

"Apenas hablan desaparecido cuando "Piloto" suspendió súbitamente su acalorado debate con el barón y se puso de pie firme e inmóvil como una estatua, con la vista fija en la dirección por donde hablan desaparecido.

"Cuando le preguntamos riendo, ya que hablamos bebido lo bastante para creernos

unos a otros ridículos y grotescos, qué era lo que le pasaba, volvió hacia nosotros sus ojos desmesuradamente abiertos y gritó hondamente conmovido, con emoción que se acentuó más al oírse sus propias palabras: "«Si... era ella. Es *madame* Lola de Lucerna.»

"Entonces prendió fuego la llamarada de la locura, si bien de momento sólo hirió a "Piloto". Nadie sabía lo que ocurriría mas tarde. Al oír sus palabras quise yo también recordar algo familiar en aquella dama.

«Piloto" comenzó a mesarse los cabellos. Le cogí del brazo y le dije:

'' «Escucha, muchacho. No es necesario enloquecer. Iremos Juntos y preguntaremos al camarero, que sin duda la conocerá, si esta dama no es la comadrona de Andermatt, que se ha comprobado que nada tiene en común con la doncella de Orleans.»

"Aun sonriendo, le arrastré hasta la conserjería y formulé mi pregunta sobre los recién llegados al suizo viejo y calvo. El conserje estaba ocupado en contar varios equipajes elegantes y no nos prestó mucha atención. Yo insistí: "«Mire, hay una buena recompensa por un pequeño favor. ¿Esa dama vestida de negro es una revolucionaria? ¿Es la inspiradora del asesinato del capellán del obispo de St Gallen? ¿Es una mística que ha consagrado su vida a la memoria del general Zumalacárregui? ¿Es acaso una prostituta de Roma?» El anciano conserje dejó a un lado el lápiz y fijó sus ojos en mí.

"«Válgame Dios, señor —exclamó—. ¿De qué está usted hablando? La dama que termina de cruzar el comedor y que ocupa la habitación número nueve del hotel, no es otra que la esposa de Herr Heerbrand, consejero de Altdorf, la persona más famosa y destacada de la ciudad. Su actual esposa es la viuda de un cosechero de vinos italiano; posee haciendas en Tos cana, y esto le obliga a ir y venir frecuentemente. En Altdorf, donde están sirviendo mis tres nietas, es altamente respetada. Ella da tono a toda la ciudad y es conocida como una elegante y refinada jugadora de cartas.»

"«Ya te has enterado, "Piloto" —dije mientras le llevaba del brazo, pues estaba tan estupefacto que se hubiera quedado allí inmóvil a no ser por mi intervención—. Terminamos de oír una solución prosaica a nuestro enigma. Podemos dormir tranquilamente esta noche en las habitaciones ocho y diez con la cama de la señora del consejero al otro lado del tabique.»

"No miraba por dónde iba y tropecé con una persona que con un pequeño bastón en

la mano se dirigía lentamente al comedor, en nuestra dirección. Cuando presenté mis excusas, levantó su alto sombrero mirándome y vi que se trataba del viejo Judío de Roma, Marcos Coccoza. En seguida se alejó y cruzó por la misma puerta por la que habla cruzado la dama.

"Después del primer momento de rabia, al ver ante mí el rostro pálido y aquellos ojos negros, un odio feroz se apoderó de mí de pies a cabeza. Como tú sabes, Mira, yo soy muy lento para enfurecerme, y este mismo carácter tenía cuando era joven. Pero cuando me enfurezco recibo siempre un gran alivio. Estuve deprimido y desconcertado por mucho tiempo. Mi desesperación alcanzó su punto culminante cuando me reuní con los amigos del hotel.

"«Ahora —pensé—, si todas las cosas del mundo están verdaderamente contra mí y me son por igual dañosas y perjudiciales, ha llegado el momento de luchar.» Así pensé en aquellos momentos. Más tarde me di cuenta de que nada podría cambiar mi estado de ánimo fuera de la proximidad de la mujer. Había pasado a seis pies de mí, habla liberado mi corazón por el contacto cercano de su falda y una vez más soplaban los vientos de la vida en mis velas y sus corrientes estaban ya bajo mi quilla.

"Miré a mis dos compañeros y pude ver que también ellos dos habían reconocido al judío. En su asombro parecían las figuras yacentes. Algún efecto mágico les rodeaba a ellos lo mismo que a mí, a no ser que aquellas mismas criaturas fueran producto de mi imaginación. Pero esto importaba poco. Estaba determinado a luchar contra el destino. Tomé una tarjeta, escribí en ella el nombre del viejo judío y le pedí con el mejor estilo que me concediera una entrevista. Luego llamé al camarero y le envié a su habitación. No tenía miedo alguno del anciano judío, a quien Olalla había denominado "su sombra". Creía ciegamente que aquel hombre pertenecía al diablo, pero tenía que comprobarlo.

"El camarero volvió para decirme que no había nada que hacer. El anciano caballero se había dirigido directamente a la cama, pedido por medio de su criado una bebida caliente y cerrado la puerta ordenando que nadie le molestara. Dije al camarero que era asunto de suma importancia, pero se negó a hacer nada en mi favor. Conocía a su cliente, que poseía coche propio y espléndido con criados de uniforme. Sabía que era hombre de riqueza incalculable.

"«¿Ha hecho el viaje —pregunté al camarero— en compañía de *madame* Heerbrand?»

"«No, nunca le he visto en su compañía —repuso el pobre hombre, asustado, según

creí, por mis miradas—. No creo que la dama y el caballero se conozcan ni se hayan visto nunca.»

”Era para mi un pensamiento doloroso que tuviera que pasarme toda la noche sin hacer nada de lo que me proponía y me preocupaba. Me decidí a esperar. Arrastré una silla hasta la chimenea y avivé el fuego, sin atreverme a ir a dormir. Temía que la mujer abandonara el hotel de madrugada. Llamé al camarero, le di unas monedas y le rogué que me informara cuando la señora del número nueve abandonara el hotel.

”«Pero, señor —me dijo extrañado—. La señora se ha ido ya.»

”«¿Que se ha ido?», grité mientras “Piloto” y el barón repetían mi exclamación como un doble eco.

”«Sí. Así es. Se marchó. Apenas habla salido del comedor por una puerta, cuando volvió por otra a conserjería, con gran tristeza y aflicción. Inmediatamente pidió un coche que la llevara esta misma noche. Habla encontrado, según informó al conserje, una carta para ella en el hotel, comunicándole que su hermana esperaba moribunda en Italia, y por lo tanto su partida era cuestión de vida o muerte.»

”«Pero, ¿es posible —pregunté— salir esta noche por esas carreteras, en medio de la tormenta?»

”El camarero acordó conmigo que sería muy difícil, pero añadió que ella insistió repetidamente en sus propósitos, ofreció el doble y hasta el triple de la cuenta, cruzó las manos con tanta pena que conmovió el corazón del cochero. Por otra parte, no era fácil desobedecer las órdenes o los ruegos de la señora de Heerbrand. No se trataba de una mujer corriente.

”Se habla marchado. Nosotros mismos recordamos haber oído las ruedas de un coche. Era cierto. Y allí hablamos quedado como tres sabuesos burlados alrededor de la raposera.

”No habla duda para mi. Fue la visita del anciano judío la que la obligó a alejarse. Verdaderamente aquel anciano era un demonio, el mago que habla logrado sujetar en cierto modo a aquella bella mujer dentro de la Influencia maléfica de su poder. De pronto, una fuerte tristeza se apoderó de mí, por no poder ir a matarle. Pero eso producirla muchos disturbios, y además sus criados me lo impedirían. No quedaba otra cosa que hacer sino seguirla y protegerla contra él. Ante esta idea mi corazón saltó como una alondra.

”Encontramos alguna dificultad para conseguir un coche, pero al final fue superada

por el barón que mostraba mucha energía y eficiencia en el asunto. Me di cuenta de que mis dos compañeros desconocían que yo tuviera algún interés en aquel asunto y se quedaron sorprendidos ante tanto celo. El barón que creía que yo estaba profundamente borracho, no mostró aversión a llevar un espectador más para sus hazañas. "Piloto" consideró mi ofrecimiento como una prueba de amistad para con él. Y así, aunque aparentaba estar sumido en una borrachera sorda, trató de encontrar palabras con que expresar su gratitud.

''«Vete al infierno, "Piloto"», le dije.

''Entonces se contentó con apretarme la mano. Por fin, y a un gran precio, se consiguió un coche y los tres caminamos rumbo al monasterio.

''El viento era espantoso y la nieve estaba endurecida sobre la carretera. Consecuentemente nuestro coche, caminaba a saltos y trompicones; a veces se quedaba totalmente inmóvil.

''Nosotros íbamos sentados cada uno en un rincón. Desde el momento en que nos acomodamos dentro del coche cerrado, con la atmósfera viciada, detrás de los cristales que quedaron súbitamente empañados por los copos de nieve que golpeaban contra ellos con furia, ya no hablamos. Ninguno de nosotros hubiera sentido pena por la muerte de los otros dos. De esto estoy seguro. Sin embargo, quedé tan pronto entusiasmado con la idea de ver a Olalla de nuevo, que el mundo exterior se esfumó totalmente para mí. Todo nuestro camino habla sido subir carretera arriba. Tal vez llegáramos al cielo, según yo pensaba. Mi cielo, si me fuera dado a mí elegirlo, sería también turbulento, lleno de vientos salvajes y enfurecidos.

''A medida que avanzábamos la carretera era más pendiente y la nieve más intensa. Nuestro cochero no podía ver más allá de seis pies. De súbito el coche dio un salto y se paró. El cochero descendió del pescante, abrió ayudado por una fuerte ráfaga de viento y de nieve, penetró donde nosotros estábamos, gruñendo enfurecido, y nos dijo que era imposible sacar al coche de aquella ventisquero en que se habla atascado.

''Tuvimos una breve consulta decididos a no abandonar el viaje. Nos pusimos de pie, abrochamos nuestros abrigos, subimos los cuellos, y doblados como ancianos emprendimos el camino sobre la nieve. Habla parado de nevar. El cielo estaba despejado. La luna, corriendo por detrás de delgada nubes, nos mostraba el camino. Pero el aire seguía siendo espantoso.

"En el mismo momento que me apeé del coche pasó por mí imaginación un cuento de hadas que me contaron cuando era niño. El cuento decía que una bruja guardaba todos los vientos del cielo aprisionados en un saco. "Aquel paso, pensé, debía de ser el saco de la bruja." Los vientos, encarcelados dentro, se revolvían furiosamente, arremetían a un lado y otro como si fueran perros de pelea encadenados. A veces parecían caer verticalmente sobre nuestras cabezas; luego se elevaban del suelo y llevaban consigo la nieve hacia la altura.

"En el coche hablamos pasado *trío*, pero allí, cuando coronábamos la montaña, era como si alguien derramara sobre nuestra cabeza un cubo de agua helada. A duras penas pudimos resistir. La respiración se nos cortaba. Sin embargo, aquella crudeza, aquella ferocidad me hizo mucho bien. Tenía que encontrarla en aquella noche y en aquel mundo enfurecido, y ella, indudablemente, precisarla de mi ayuda.

"Las figuras de mis compañeros de viaje, que aparecían a una notable distancia, oscuras y vagas, como sombras, eran para mí cosa insignificante y baladí. Aquel hallazgo tenía que ser únicamente mío, y además yo disponía de muchas ventajas sobre ellos. "Piloto" se perdió, de vista y el barón me seguía a una no muy larga distancia. Pero no me alcanzó.

"Después de una hora aproximadamente de camino, en una curva de la carretera alrededor de una montaña, apareció, de súbito, como una gran torre en frente de mí, un objeto grande y cuadrado a un lado de la carretera. Era el coche de Olalla. Estaba inmóvil, atascado como el nuestro y medio volcado; Junto a él no habla ni cochero ni caballos. Abrí la puerta de un tirón y una mujer que había dentro dio un terrible grito. Era la doncella que vi en el hotel. Estaba agazapada en el piso del coche, abrigada con los chales sobre su cuerpo. Cuando vio que yo no iba a matarla o robarle, me dijo que el cochero había desenganchado los caballos para llevarlos a un albergue después de perder toda esperanza, como el nuestro, de dar un paso más.

"«Pero, ¿dónde está la señora», le pregunté.

"Ha seguido a pie», respondió.

"La doncella estaba asustada, y al describirme la huida de su señora y los peligros a que estaba expuesta, sollozaba amargamente, resultándole dificultoso pronunciar las palabras. Me separé de ella sin hacer caso a sus ruegos a que me quedara acompañándola, y di un golpe a la puerta. "¿Qué terrores o qué peligros, pensé, habla en aquel coche para obligar a salir de él a una mujer a buscar la soledad y las inclemencias de la noche? ¿Qué razones podía tener para arriesgarse a una muerte casi —segura, en medio de aquellas montañas nevadas? ¿Qué le amenazaba estando

cerca del viejo judío de Amsterdam?”

"Me habla detenido Junto al coche durante un cuarto de hora y esto dio lugar a que el barón me alcanzase. Los dos faroles estaban encendidos, y cuando llegó hasta donde yo estaba y me habló resultaba curioso ver bajo la luz fría de la luna su rostro «olor escarlata, a la luz de los faroles.

"Intercambiamos unas palabras al abrigo del coche, y de nuevo comenzamos la marcha, uno al lado del otro. En un lugar donde la carretera era más pendiente, entre la neblina formada por la nieve espolvoreada furiosamente por el viento, vi a unas cien yardas delante de mi una sombra oscura que debía de ser una figura humana. Al principio creí que aparecía y desaparecía, y me resultaba difícil en la noche tener los ojos fijos mucho tiempo. Pero después, cuando mis ojos se acostumbraron, pude seguirla con más seguridad y firmeza.

”Caminaba por la carretera dura y pendiente, con la misma rapidez que yo mismo. Mi fantasía sobre que podría volar cuando le viniera en gana, se esfumó inmediatamente.

”El viento agitaba su vestido. Unas veces lo hinchaba de forma que me parecía ver una lechuza encolerizada, con las alas abiertas sobre la rama de un árbol; otras veces los ajustaba tan estrechamente a su cuerpo, que las piernas largas semejaban a una grulla corriendo por el campo para alcanzar al viento y levantar el vuelo. Me pareció insoportable la proximidad del barón. Si yo había estado persiguiendo a Olalla durante seis meses, para darle caza por fin en aquellas montañas, consideraba justo que fuese sólo para mí. Hubiera sido totalmente inútil tratar de explicar al barón todo esto. Así, me detuve y cuando él se detuvo también a mi altura, le agarré fuertemente por las solapas del abrigo y le derribé. Si estaba rendido y agotado por la subida. Su respiración era pesada, y ya se había visto obligado a detraerse un par de veces. Pero revivió con nuevo vigor ante mi actitud, al ver la expresión de mi rostro. No estaba dispuesto a permitir que yo me alejara solo. Sus ojos y sus dientes derrochaban cólera y enojo. Hubo unos momentos de lucha sobre la carretera de piedra cubierta de nieve.

”Mi sombrero salió despedido y rodó a buena distancia. Agarrándole todavía con la mano izquierda de su abrigo, propiné al barón un puñetazo en la cara tan fuerte que le hice perder el equilibrio. La carretera estaba resbaladiza, y al final mi enemigo cayó rodando. Al caer, soltó una bufanda que había ajustado a mi cuello y con la que me tenía casi estrangulado.

”Luego, maldiciendo el retraso y la dilación sufrida, emprendía de nuevo la marcha,

enardecido y acalorado por el esfuerzo de la lucha. Solo de nuevo, y con la seguridad plena de que alcanzarla al final a Olalla, en aquellas altas colinas, mi corazón se llenó de felicidad y al propio tiempo del mismo temor que me embargara cuando estuve detenido Junto al coche. Una y otra cosa me empujaron hacia adelante con fuerza. Nuevamente pensé mientras corría sobre la carretera oscura, al compás de la luna tras las nubes, que probablemente padecía de enajenación mental Era una situación enloquecedora y enervante, muy apropiada para alguna tragedia fantástica en los teatros de Roma. Yo me encontraba allí en pos de la mujer a la que amaba, mientras ella volaba delante de mí con tanta rapidez como permitían sus piernas, en la creencia de que yo era su enemigo, al que también lo era mío, quien nos separó primeramente y quien yo quitaría la vida.

"No volvió la cabeza ni una sola vez y resultaba totalmente imposible gritarle contra el viento. Los dos estábamos haciendo el esfuerzo que nos era posible por la huida y por la persecución. Aun así, caminando de aquella forma, doblados como ancianos, apenas pudimos cubrir más de dos millas en una hora. Pero lo más extraño de todo, lo que más me preocupaba era el pensamiento de que tal vez ella me hubiera tomado a mí por el viejo Judío.

"En las calles de Roma y en la habitación de Andermatt él caminaba muy despacio apoyado en un bastón. Por el contrario, yo era joven y atleta; pero a pesar de todo podía confundirse. Aquel viejo y rico Judío de Amsterdam tenía que ser, en realidad, un demonio o tener el poder de enviarlos con mensajes. Comencé a creer si no sería yo mismo su mensajero. ¿Estaba yo, acaso, sin saberlo, bajo su poder y órdenes? ¿Me había con» vertido, en contra de mi voluntad, en el demonio familiar de aquel viejo, de aquel repugnante hechicero de Amsterdam?

"Pero el tiempo no iba pasando en balde. Mientras yo había estado enfrascado en estos pensamientos, mientras estas ideas extrañas y peregrinas llegaban y volvían a ausentarse de mi cabeza, yo caminaba sin cesar, realizando esfuerzos sobrehumanos, y estaba próximo a darle alcance. Fue entonces cuando espoleado por su proximidad, ardiendo en deseos frenéticos de llegar hasta ella y cogerla entre mis brazos, aceleré mis pasos. Súbitamente su larga capa estuvo al alcance de mis manos. En aquel instante, me encontré a su lado, di un salto para ponerme delante de ella, la abracé y la detuve.

"Se echó en mis brazos y hubiera caído al suelo si yo no la hubiera asido. Los dos, bajo la luna borrascosa de invierno nos unimos en un fuerte abrazo. Fue el abrazo añorado por mí durante tanto tiempo, que me recompensó con creces de los esfuerzos gigantescos que habla realizado.

"¿No piensas tú, Mira, que es gran cosa la locura de los seres humanos? Yo habla dedicado mi vida a buscarla, plenamente convencido de que en el momento en que le encontrara su sola presencia me devolverla la felicidad de Roma.

"No recuerdo ahora exactamente lo que pasó en aquellos momentos por mi imaginación. No recuerdo si intenté hacerla jurarme fidelidad eterna, si la hice el amor o la amenacé con la muerte. Lo único que recuerdo fielmente es que la tuve entre mis brazos, que oí su respiración Junto a mi cara y que sentí junto a mi cuerpo el contacto de aquella figura que habla perdido hacia tanto tiempo. Seguramente olvidé muchos de los sufrimientos pasados.

"Su sombrero, lo mismo que el mió, habla volado impulsado por el fuerte viento. Su rostro, blanco como la misma nieve, con los grandes ojos como dos estanques, estaba junto a mi. Entonces me di cuenta que estaba asustada. Comprendí que no era del viejo judío del que huía, sino de mí.

"Muchos años más tarde, al cruzar las aguas del Mediterráneo a bordo de mi barco, en ocasión de una tormenta, contemplé, por unos instantes, el rostro de un halcón que trató varias veces, aunque en vano, de sujetarse al aparejo del buque, queriendo evitar ser arrebatado y hundido en el mar para siempre. Así era el rostro y la actitud de Olalla en el paso de la montaña. Aquel pájaro también estaba loco y enfurecido por el temor, agotado por el excesivo esfuerzo, totalmente desesperanzado.

"Creo que la miró tan aterrado como ella, hasta que comprendí y grité su nombre dos o tres veces con mi rostro junto al suyo. Ella no tenía aliento para hablar y no sé si me oiría.

"Entonces, al abrirla contra el viento, sus largos cabellos negros y sus ropas se fueron pegando a su cuerpo. Pareció como cambiada de forma, como transformada en una columna entre mis manos. Después de estar abrazados me aventuré a preguntarle: "«¿Por qué huías de mí con tanta prisa?»

"Ella me miró fijamente. Quiso hablar pero no pudo. Al final, después de hacer un extraordinario esfuerzo, me dijo: "«¿Quién es usted?»

"La apreté más fuertemente contra mi y la besé dos veces. Su cara estaba totalmente fría. Ella permaneció firme e Inmóvil y me dejó besarla. Tal vez los copos de nieve y el aire enfurecido se apretaran con tanta fuerza a sus labios como se apretaron los míos.

"«Olalla —dije—. He suspirado por ti, te he deseado como la única cosa de valor en este mundo. ¿No podremos estar juntos ahora?»

”Después de una corta pausa me contestó:

”«Yo me encuentro aquí sola. Usted me asusta. ¿Quién es usted?»

”Yo me había repuesto algo de la emoción del momento, y comencé a pensar sobre la situación. No podía, ni quería en modo alguno, dejarla sola aquella noche y con aquel viento. La solté un poco, sosteniéndola aún con mi brazo derecho. Fijé mis ojos en los suyos y le dije: ”\**Madame*. Yo soy un inglés que viajo por estas malditas montañas. Me llamo Lincoln Forsner. No es Justo que una como vos se encuentre sola en este camino tan malo y en esta noche tan cruel. Si me permitís que os acompañe y escolte hasta llegar al monasterio, me sentiría muy honrado y dichoso.»

"Pensó mi ofrecimiento y pareció apoyarse con más confianza sobre mi brazo, como en señal de aceptación. Pero dijo: "No puedo dar un paso más.»

"Era evidente que no podía caminar. Si no fuera por el apoyo de mi brazo hubiera caído al suelo. ¿Qué íbamos a hacer?

"Ella miraba sucesivamente a su alrededor y a la lima. Cuan, do logró recobrar un poco su equilibrio me pidió en tono de súplica: "«Permitidme que descanse un poco. Sentémonos los dos para descansar y luego ya emprendemos juntos el viaje al monasterio:»

"Miré a mi alrededor en busca de algún abrigo y vi uno que no era del todo malo, cercano al lugar donde estábamos, bajo una gran roca que se proyectaba sobre la carretera. La nieve se habla arremolinado a su alrededor, pero el viento no pudo introducirla dentro de la oquedad. Estaba tal vez a unas diez yardas de distancia. La llevé a aquel lugar. Me quité el abrigo y la bufanda con la que estuvo a punto de estrangularme el barón, y la puse lo más confortablemente que me fue posible. Al mismo tiempo la noche empezaba a clarear. Todo el paisa, je parecía más blanco y más iluminado, excepto cuando de tiempo en tiempo una nube tapaba la luna. Me senté junto a ella y pedí unos momentos de paz y sosiego.

"Olalla se sentó junto a mí, su hombro con el mío, en actitud tranquila y amistosa. De nuevo noté en ella lo mismo que habla observado anteriormente: la pena y los sufrimientos no la afectaban Todo era para ello lo mismo.

"Estaba sentada en aquel paso montañoso, frío y desolado» lo mismo que una estaría en una pradera cubierta de flores. Después de un rato le dije: "«¿Qué os trae a estas montañas, *madame*? Yo estoy viajando en busca de algo, pero no tengo suerte. Pero también deseaba ayudaros y lamento haberos asustado, porque eso hace más dificultosa mi ayuda.»

"«Sí —dijo después de un silencio—. No es fácil vivir para ninguno de vosotros. Eso mismo le pasaba a *madame* Nanine. Deseaba mantener a sus chicas bien disciplinadas, y al mismo tiempo no quería deprimir sus espíritus, porque entonces no habiéramos sido de ninguna utilidad para la casa.»

"*Madame* Nanine era la mujer que estaba al frente de la casa de Roma de que hablé anteriormente.

"Todo esto me lo dijo en forma amistosa, como si hubiera querido demostrarme un deseo de cortesía. Con el recuerdo de la casa de Roma donde la conocí por primera vez, había sabido jugar una buena carta de astucia y de inteligencia. Evidentemente, por su imaginación pasó la idea de que ya que yo había sido tan gentil y condescendiente para admitir que era una persona extraña, ella me pagaría con una observación que en cierto modo admitía que los dos nos hablamos conocido hada mucho. Yo comprendí su intención.

''«¿Habéis estado en Roma alguna vez, *madame*?»

''«Sí, sí —me contestó intencionadamente—. Estuve allí hace años. Allí fue donde conocí a un joven galante y apuesto del que conservo recuerdos gratísimos. Aquel joven, por designios del destino, se separó de mí. Desde entonces he añorado muchas veces su presencia.»

''No quise seguir aquella conversación. Volví a pensar en el lugar en que nos encontrábamos y le pregunté: ''«Aquí hace frío. Pero mañana, cuando bajemos al valle nos encontraremos con la primavera. En Italia es ahora primavera, y en Roma, supongo, habrá ya golondrinas.»

''«¿Que es primavera? No, todavía, todavía no. Pero lo será muy pronto, y eso os agradará puesto que sois tan Joven.»

—¿Sabes tú, Mira —dijo Lincoln interrumpiéndose a sí mismo en su cuento—, que es ésta la primera vez que he pensado con detenimiento sobre aquellos sucesos? Ahora lo estoy recordando todo, paso a paso, como sucedió, tal y como te lo estoy contando. No sé por qué no he pensado ni recordado todo aquello antes con tanta minuciosidad. ¿Será acaso esta luna la que me ayuda a recordar? También allí brillaba la luna.

"*Madame* —le dije—. Si estuviéramos ahora en mi país os prepararía una bebida que os haría revivir.»

''Describí los fuertes licores espirituosos de mi país y la forma en que se beben ante

el hogar, cuando se llega a casa «a un día de Invierno con los dedos helados. Pasamos a hablar de comida y de bebidas, y de cómo nos las arreglaríamos si nos quedáramos solos allí para siempre. Resultaba en extremo grato y acogedor el que se pudiera hablar y ser oído sin gritar. Además aquella cueva bajo la roca parecía muy apropiada para ella y para mí, tal como nunca habíamos poseído otra. Todo parecía que saldría bien allí y hasta pensé que sí hubiera podido procurárselo, mi padre se hubiera unido a nosotros con placer y orgullo. Ella apenas hablaba, únicamente, de vez en cuando, sonreía agradecida.

"Yo también guardé silencio durante un buen espacio de tiempo. Nuestra conversación no se expresaba con palabras. Eran nuestras miradas las que hablaban y se decían muchas cosas. Permanecimos allí, creo, por espacio de tres cuartos de hora, sin dormir. Me pareció que sería peligroso acostarnos.

''Estábamos descuidados cuando de pronto divisé una luz que avanzaba por la carretera, y dos figuras Junto a ella que se detenían de trecho en trecho. Eran "Piloto" y el barón. Aquél, con un cansancio de muerte, agotado por la subida; y éste, apoyándose en el brazo de su compañero. Caminaban lentamente por la carretera, iluminada por la luz de la luna, y se percibía con claridad la cólera del barón.

"Más tarde me enteré de que el barón se habla torcido tobillo en la calda, y que "Piloto" que venia detrás le habla levantado y auxiliado.

"El barón habla enviado a su compañero a por un farol qu<sub>e</sub> estaba aún encendido en el coche de Olalla. Esta era la luz que llevaban consigo, con mucha dificultad ya que los dos iban ateridos de frío. Mi mala fortuna hizo que se detuvieran para reunir nuevas energías y poder seguir su camino. Dejaron su farol en el suelo, Justo al lado del lugar que hablamos elegido para refugio. "Piloto" no nos vio. Nunca veía ninguna de las cosas que le rodeaban. Pero el barón, aun cojeando, con su cara pálida por la congoja que le afligía, se mantenía vigilante y con el ojo alerta como un lince. Dio la vuelta llevando a "Piloto" en su dirección. Yo me levantó al verlos. Pensó que tal vez fuera necesario de su ayuda para llevar a Olalla hasta la casa.

"No sé si el barón deseaba pelear conmigo nuevamente; lo único que advertí en él con toda evidencia fue su actitud adversa y sus miradas de ira. Era muy difícil que el barón se atreviese a luchar con otro de igual fuerza y arrojo que él; pero en este caso, pensé yo, quizá contara con la ayuda de "Piloto". Habrían hablado sin duda alguna de nuestra anterior pelea y le habría dicho a "Piloto" que yo estaba o loco o borracho.

"«Hola —gritó—. Ha caldo la pieza y ha ganado el inglés. Inmediatamente se ha querido aprovechar de la ocasión, incluso en esta temperatura helada. Pero no debemos hablarle de las muchas atracciones que nosotros conocemos. El solamente ha visto hasta ahora a las mujeres de su propio país, y por eso esta aventura le ha enloquecido.»

”El barón hablaba con tono arrogante y de desafío. Luego miró a “Piloto” para decirle: "«Vamos nosotros a echar un vistazo a la dama, Fritz.»

"Cuando se acercaron parecían dos pájaros de mal agüero. “Piloto” habla puesto el farol de modo que la luz cayese sobre Olalla. También ella se había puesto de pie. Con una expresión de timidez estaba a mi lado, pero sin apoyarse sobre mí.

”El barón clavó su vista en ella. Lo mismo hizo “Piloto”.

"«Realmente —dijo el primero— aquí está mi santa Rosalba haciendo una pausa en su camino hacia el cielo. Te deseo mucha suerte en la más grata de las carreras.»

"Yo pude darme cuenta de que, al oír estas palabras, Olalla apenas pudo contener la risa. En efecto, todas las veces que miraba al sueco le tentaba la risa. Pero estaba muy pálida y cada minuto aumentaba su palidez.

"Entonces “Piloto”, que había estado sosteniendo el farol, dio un paso hacia nosotros, fijó la mirada en su cara y exclamó: "*Madame* Lola. ¿Eres tú?»

"«No. No soy yo —contestó—. Está usted equivocado.»

"La inesperada contestación contundió a “Piloto” terriblemente. Se tiró de los cabellos y creyó que iba a enloquecer.

"«No me engañes —insistió—. Te lo pido por favor. Si no eres *madame* Lola, dime quién eres...»

”«Nada le dirán a usted ni mi personalidad ni mi nombre. Yo lo que sé decirle es que no le conozco en absoluto. Estoy segura de que no he tenido el gusto de verle o de saludarle en parte alguna.»

”«Sé que estás enfadada conmigo —siguió “Piloto”, sin tener en cuenta los razonamientos que terminaba de oír, obsesionado con la convicción de que aquella mujer era *madame* Lola—, Sé que no te gustó que yo propalara nuestra historia. Pero debes disculparme. No supe lo que hacia. En realidad, no he sabido lo que he hecho desde que te vi por última vez. Soy desgraciado, *madame* Lola. Dime quién eres.»

”A la luz del farol vi que las ropas de Olalla estaban rígidas, brillando con la nieve helada, y sus zapatos, asimismo, cubiertos con nieve. Pero no creí oportuno apartarla de allí en aquellos momentos. Los dos seguimos de pie, escuchando. Súbitamente “Piloto” cayó de rodillas delante de ella.

” «*Madame* Lola —gritó—. Sálvame. Eres tú la única persona en el mundo que puede salvarme. Aquellas semanas en Lucerna fueron los días de mi vida en que he sido feliz. Soy una vida sin rumbo. Desde que te vi la última vez me he olvidado de todo. Ya no me importa nada, ni me preocupo por nada ni por nadie.»

"El barón cogió el farol que “Piloto” había dejado caer de sus manos, y lo sostuvo en alto.

”«Es *madame* Rosalba —gritó—. Sin embargo, de esto no tenía noticia el pequeño e incauta Arvid Guildenstem. Además —ahora miró directamente a “Piloto”—, vamos a salir inmediatamente de dudas. Vamos a conocer rápidamente si esta dama es *madame* Lola, como tú aseguras y deseas... Aquella santa señora tenía en su espalda un pequeño lunar de color moreno. Ahora mismo, entre los tres, podemos cerciorarnos con nuestros propios ojos de si es o no la persona que nos imaginamos y que ella niega tan rotundamente.»

"Estas expresiones del barón no turbaron en lo más mínimo a Olalla. Muy al contrario, nuevamente tuvo que contener la risa que se asomaba a sus labios casi irresistible.

"Olalla, firme en sus propósitos, volvió a hablar a “Piloto”, ahora en un tono más amable: ”«Si yo le hubiera conocido a usted en alguna ocasión no le hubiera hecho daño. Le habría proporcionado placer y felicidad. Pero debo repetir que no le conozco. Nunca en mi vida le he visto. Permítame, pues, que me retire.»

"Lentamente se volvió hacia mí, como si tuviera la certeza de que yo estaría siempre a su lado. De su lado hubiera estado contra todas las fuerzas del mundo diez minutos antes, pero es extraordinario ver cómo se corrompe una persona rápidamente por las malas compañías.

"Cuando oía a los otros dos hablar de su antigua amistad y conocimiento con Olalla, yo mismo, que estaba más cerca de ella que los demás, me volví hacia ella, le miré descaradamente y le grité: "«¡Diles quién eres!

"Me miró enigmática. Luego apartó sus ojos y se puso a contemplar la luna. Un profundo estremecimiento corría por su cuerpo.

"«Se me ocurre otra idea —insinuó el barón—. Pondremos fin a este misterio cuando cojamos a tu viejo judío. Parece ser que es él quien tiene asida la copa de plata de todos tus disfraces.»

"¿De quién está usted hablando? —preguntó Olalla, con una débil sonrisa—. Aquí no hay ningún Judío.»

"«Pero no está muy lejos. Estaremos juntos en el monasterio.»

"Cuando el barón terminó de pronunciar estas palabras, Olalla se quedó inmóvil, como una estatua. Y esta Inmovilidad resultaba para mí intolerable.

"«En atención a ti —le dije— echaré fuera a estos dos. Pero te ruego me contestes a esta pregunta. ¿Quién eres? Si no tienes interés en que los demás se enteren de tu secreto, dímelo a mí solamente. Yo te prometo la debida reserva sobre el particular.»

"Ni se volvió ni me miró. Lo que hizo inmediatamente fue lo que yo siempre había temido que hiciera: extendió sus alas y voló. Hizo un amplio movimiento bajo la blanca luna redonda, y en alas del viento se fue alejando de nosotros con los mismos movimientos de un negro vencejo, arrojándose de una colina o de un tejado a la tierra, para luego tomar vuelo. Por unos momentos pareció elevarse con el viento; luego, corriendo a través de la carretera, a toda su velocidad se arrojó hacia el abismo, desapareciendo de nuestra vista.

"No tuve tiempo para detenerla, aunque por unos momentos quise seguirla. Al llegar al borde del precipicio vi que no estaba muy honda, pues habla quedado detenida en una especie de saliente, a veinte pies de profundidad. No se vela con claridad su postura. Parecía como si hubiera caído de cara y estuviera cubierta con la capa.

"«Piloto» lloraba amargamente a mi lado. Los tres estuvimos proyectando por espacio de casi una hora sobre la forma de sacarla de aquel precipicio y librarle de una muerte segura.

"Junto a la luz del farol cortamos en tiras nuestras capas y anudamos unos trozos con otros. Cuando terminamos, atamos el farol en un saliente y allí dejó de lucir al extinguirse la candela que ardía dentro. En aquellos momentos comenzó a nevar de nuevo. La primera vez que me bajaron perdí el apoyo y quedé colgando en el aire. Al fin encontré donde apoyar el pie y pude llegar hasta donde ella estaba. Al principio me pareció que estaba muerta. Su cabeza cayó hacia atrás cuando la levanté, como una flor muerta, pero su cuerpo conservaba todavía calor. Traté de amarrarla a la cuerda, pero luego decidí no hacerlo porque al tirar de ella su cuerpo habría chocado contra las rocas, y aquella vida que no parecía totalmente extinguida hubiera dejado

irremisiblemente de existir. Grité a los de arriba para anunciarles que la llevarla yo sobre mis espaldas. El saliente sobre el que estábamos era estrecho, inseguro y cubierto de nieve. No era fácil moverse allí. Abajo estaba el abismo profundo, negro y amenazador; por dos o tres veces desesperé de poderla llevar conmigo.

”Pensé entonces en el alcance que tuvieran para ella mis palabras preguntándole quién era, hasta el punto de obligarle a lanzarse a aquella muerte segura. Al fin me arreglé para hacer una especie de lazo corredizo, coloqué en él mi pie y, con ella a las espaldas, grité a los de arriba que tiraran. Lo hicieron con mayor rapidez y facilidad de lo que hubiera pensado. Cuando la soltaron de mí caí al suelo desvanecido, incapaz de sostenerme en pie. Oí muchas voces a nuestro alrededor, gritando que no estaba muerta.

”Cuando pude levantar la cabeza vi con sorpresa al viejo judío de Roma, de Amsterdam y de Andermatt en nuestra compañía. En realidad me pareció cosa natural que estuviera con nosotros. Su coche estaba en la carretera y el cochero y el criado hablan ayudado a levantar a Olalla y a mí. Lo que nunca supe fue cómo se pudo arreglar para llegar allí con aquel coche en aquella noche de perros. Pienso que para los judíos no hay nada imposible.

”Llevaron a Olalla hasta el interior del coche y el judío hizo que también yo entrara, al ver que me sangraban las manos y las rodillas. Me senté junto a él, sosteniendo los pies de Olalla, y recordando cómo me habla encontrado con él la primera vez. en las calles de Roma. Tenía sed y frío. Sed, porque me empapado de sudor, y frío, porque el aire de aquella noche horrible me había penetrado hasta los huesos.

”A1 final llegamos al gran edificio del monasterio de piedra... Desde las ventanillas del coche vimos la gente que salía a nuestro encuentro.

”Me dieron a beber vino caliente y pude lavarme las manos. Cuando pregunté por Olalla me llevaron a una gran habitación, donde ardían dos bujías sobre una mesa.

”Olalla yacía recostada, tan inmóvil como antes, en una camilla que hablan colocado en el suelo. Pensé que hablan Intentado llevársela a algún sitio y luego hablan desistido de su intento. Solamente se habían limitado a aflojar sus vestidos. Estaba cubierto su cuerpo con una gran manta de viaje propiedad del judío. Su cabeza estaba inclinada ligeramente a un lado sobre la almohada, y una oscura sombra cubría un lado de su cara.

”Junto a ella estaba sentado el anciano judío, con su capa de piel y su alto sombrero. Su barbilla descansaba sobre la empuñadura del bastón de paseo. No separaba de ella

sus ojos negros y profundos, y apenas se movía.

”Al mirar a un gran reloj de pared que habla en el tabique me quedé sorprendido al comprobar que sólo eran las tres de la madrugada.

"Yo me senté también y permanecí sin hablar durante m» buen rato. Cuando sonó el reloj me decidí a hablar al judío. & con mi pregunta anterior habla estado a punto de matar a Olalla, debía de obtener alguna contestación, algún motivo por el que Olalla pudiera haber adoptado aquella fatal resolución.

”Crucé con él algunas palabras, y él me contestó con toda educación y cortesía. Luego le conté cuanto sabía de ella. A continuación, sin hacerme esperar más le pedí que me contara su historia, ya que aquel era el motivo que nos habla llevado allí. Hubo una larga pausa. Parecía como si él no estuviera dispuesto a decir ni una sola palabra. Por fin habló, poniendo en su voz un tono de energía.

”“Piloto” y el barón se hablan reunido con nosotros. “Piloto”, desde el asiento que ocupaba en el otro extremo de la habitación, se acercó a mirar a Olalla y luego volvió a su sitio. El barón se habla quedado dormido en su silla.

”«Verdaderamente —comenzó diciendo el judío, en tono majestuoso y sosegado— yo conocí a esta mujer en una época en que todo el mundo la conocía y adoraba por su verdadero nombre. Era la cantante de ópera Pellegrina Leoni.»

"En un principio estas palabras no significaron nada para mí. Estuve por unos momentos pensativo y en silencio. Luego mi imaginación se despertó y recordé los años de mi juventud.

"«¿Cómo dice? —pregunté—. Eso no es posible. Esa gran cantante es la estrella de que tanto hablaban y tanto admiraban mis padres. Cuando regresaban de Italia su conversación no versaba más que sobre la gran cantante Pellegrina Leoni. Nunca olvidaré las lágrimas amargas que derramaron los dos cuando resultó herida en el incendio del teatro de Milán, donde actuaba, y murió a consecuencia de las quemaduras. Esto ocurrió cuando tenía yo diez años, hace ahora trece.»

"«No —dijo el judío—. Sí, murió. Murió la gran cantante de ópera. Murió hace trece años, como tú has dicho correctamente. Pero la mujer..., la mujer ha vivido durante estos trece años.»

"«Explíquese», le rogué.

"«¿Que me explique? Querido joven, está pidiendo demasiado. Pellegrina fue herida

gravemente en el incendio del teatro de Milán. A consecuencia de las heridas y de la fuerte conmoción perdió la voz. Ya no cantó ni una nota durante toda su vida.»

"Vi con claridad, al oírle hablar, que era aquella la primera vez que aquel hombre habla dicho verdad.

"Fue tan grande la impresión que me produjo su sufrimiento al recordar tan doloroso sucedido, que no encontré palabras con que dirigirme a él haciéndole nuevas preguntas, a pesar de que deseaba enterarme de más detalles. Fue "Piloto" quien intervino, preguntando: "«Entonces, ¿no murió?»

"«Murió viviendo y vive muriendo —contestó el judío—. Ha vivido tanto como cualquiera de nosotros, o más.

"«Pero —arguyó "Piloto"— todo el mundo creyó que había muerto.»

'' «Ella hizo que lo creyeran así. Nosotros, ella y yo, empleamos mucho tiempo y mucho trabajo para hacérselo creer a? mundo. Yo vi su tumba y mandé erigir sobre ella un monumento.»

'' «¿Era su amante?», preguntó el barón.

'' «No —contestó el judío, con orgullo y menosprecio—. Yo he visto a sus amantes, muchos por cierto, correr detrás de ella, encelarse ciegamente, discutir y luchar. No, amigo mío. Yo no soy su amante. Yo soy su amigo. Cuando a las puertas del Paraíso el guardián me pregunte: "Tú, ¿quién eres?", no daré al Ángel ningún nombre, ninguna posición o hechos míos en el mundo por los que pueda ser conocido. Solamente le contestaré: "Soy el amigo de Pellegrina Leoni." Vosotros que la habéis matado por preguntarle, como dijisteis, que quién era, cuando en vuestro día seáis preguntados al otro lado de la tumba: "¿Quién sois?", ¿cuál será vuestra contestación? Allí, ante el rostro de Dios, tendréis que dar vuestros nombres como lo hicisteis en el hotel Andermatt.»

"«Piloto", al oír estas palabras, parecía muy confuso y preocupado. Quería hablar, pero pensó mejor lo que iba a decir.

"«Ahora, jóvenes caballeros —dijo el judío—, dejadme que os cuente esta historia a mi placer. Escuchadla bien, pues no habrá nunca ocasión de oír otra historia igual.»

—Toda mi vida he sido un hombre rico. Heredé una inmensa fortuna de mis padres y de sus antecesores, que fueron todos grandes comerciantes. Pero también durante los cuarenta primeros años de mi vida fui un hombre desgraciado tal y como vosotros lo

sois ahora.

"He viajado mucho. Siempre he tenido afición y predilección por la música. Hasta he sido compositor. Compuse música y formé "ballets", ya que este es el género que más me ha gustado siempre.

"Sostuve durante veinte años a un *corps du ballet* propio, destinado únicamente a representar mis obras para mí y mis amigos, a veces para mí solamente.

"Tenía a mi cargo treinta muchachas jóvenes y bellas, ninguna mayor de diecisiete años, a las que adiestró mi propio maestro de "ballet". Acostumbraban a bailar desnudas delante de mí.

El barón llamó la atención del anciano judío. Le hizo un gesto amable y le preguntó: —¿No estaría aburrido!

—¿Que no? —repuso el anciano—. Muy al contrario, estaba terriblemente aburrido. Se enseñoreó de mí un aburrimiento y un fastidio mortales. Posiblemente hubiera llegado a morirme de aburrimiento si no hubiera oído, en el escenario de un pequeño teatro de Venecia, a Pellegrina Leoni, que tenía a la sazón dieciséis años.

"Entonces fue cuando comprendí el significado del cielo y de la tierra, de las estrellas, de la vida, de la muerte y de la eternidad. Ella disponía de gracia y poderes suficientes para llevar a uno a un Jardín cubierto de flores olorosas, lleno de ruiseñores, y allí, en el momento que quisiera, elevarle y llevarle con ella más allá de la luna. Si alguno, como miserable criatura habla estado alguna vez asustado o atemorizado por algún revés de la vida, ella, por arte de magia, le haría sentirse tan a salvo sobre el abismo como vosotros lo estáis ahora sobre vuestras sillas.

"Como una joven ballena en el mar mueve las aguas azules con un golpe de sus aletas, de la misma forma ella se zambullía y trastornaba las profundidades y los misterios del gran mundo.

"Vuestro corazón se derretiría al sonido de su voz, hasta el punto de haceros exclamar: "Esto es demasiado. Tanta dulzura y tanta felicidad me está matando; no puedo soportarlo." Luego os arrojaríais a sus pies, derramando lágrimas de agradecimiento por el amor y la generosidad inconmensurables del gran Dios, por haberos dado un mundo con tanta dicha. Indudablemente todo esto era un gran milagro.

Sentí una honda compasión y pena por aquel anciano judío que tuvo que abrir su corazón a nosotros. No habla hablado de estas cosas nunca a nadie hasta aquel

momento, y como comenzó ya no podía detenerse. Su nariz larga y afilada proyectaba una sombra melancólica sobre la pared.

—Tuve el honor, como os he dicho —prosiguió—, de convertirme en su amigo. Le compré una villa cerca de Milán. Cuando no viajaba solía parar allí. Tenía muchos galanteadores a su alrededor, y algunas veces estábamos los dos solos; entonces solíamos reírnos mucho del mundo, y paseamos cogidos del brazo por los jardines durante la noche.

”Ella se volvía a mí como un niño a su madre. Me llamaba por muchos nombres cariñosos y acostumbraba muy a menudo a coger mis dedos y Jugar con ellos. Luego me decía que tenía las manos más elegantes del mundo, hechas para llevar diamantes.

"Cuando nos conocimos por primera vez en Venecia, como mi nombre era Marcos solía llamarse a sí misma “mi leona”. Eso es lo que era ella: una leona alada. Yo sólo entre todo el mundo llegué a conocerla perfectamente.

”En su vida había dos pasiones grandes y devoradoras que significaban todo para su orgulloso corazón.

"La primera de sus grandes pasiones era por la gran soprano Pellegrina Leoni. Era un amor entusiasta y desbordado, terriblemente celoso.

"Referente a su ídolo no tenía indulgencia alguna ni descanso de ninguna clase. No pensaba en nada más, ni se preocupaba por nada ni por nadie. Ella trabajaba al servicio de Pellegrina Leoni, como un esclavo bajo el látigo, suspirando, sudando, muriendo a veces, si así se le pedía.

"En la ópera era un diablo para las demás mujeres. Quería necesariamente que todos los papeles femeninos fueran para Pellegrina. Se indignaba porque resultaba Imposible representar dos papeles en la misma ópera. La llamaban Lucifer. Más de una vez abofeteó a una rival en el mismo escenario.

"Cantantes, tanto ancianos como jóvenes, estaban constantemente llorando cuando actuaban con ella. Por todo esto no encontraba ningún obstáculo ni impedimento de ningún género. Ella era absoluta y totalmente la estrella en todos los cielos de la música.

”No era sólo con relación a la voz por lo que era celosa defensora del honor de Pellegrina Leoni.

"Pellegrina era además la más hermosa, la más elegante, la más de moda entre todas las mujeres, y por esto resultaba bastante ridícula en su vanidad.

"En el escenario no llevaba más que joyas auténticas, y los vestidos más espléndidos y magníficos. Así, en el papel de Ágata, una doncella de aldea, aparecía toda cubierta de diamantes con una cola de tres yardas.

"No bebía más que agua por temor a deteriorar el cutis de Pellegrina. Si algún príncipe o gran señor acudía a visitarla antes del mediodía, le recibía con el cabello sujeto con pinzas y la cara cubierta con crema de flor, sacrificio impuesto para poder llamar la atención sobre todas las demás mujeres por la tarde. Y esto no sólo entre las mujeres de la escena, sino también en las del público. Ella tenía siempre el auditorio más brillante del mundo. Estaba de moda adorar a Pellegrina Leoni, "Las mayores personalidades de Italia, de Austria, de Rusia y de Alemania se apiñaban a su alrededor. Ella se complacía grandemente en esto. Gustaba de ver a aquellos grandes personajes del mundo de las letras, de las artes, de las finanzas o de la política postrados a los pies de Pellegrina Leoni.

"Sin embargo, estaba dispuesta a ser desatenta con el mismo Zar de Rusia, exponiéndose al peligro de un viaje forzoso a Siberia, antes de abandonar su repertorio o sus horas de ensayo.

"La otra gran pasión, jóvenes caballeros, de este gran corazón era el amor hacia su auditorio. Y el auditorio objeto de su amor no eran precisamente los príncipes y magnates altivos y orgullosos, o las damas hermosas y cargadas de joyas; ni tampoco los famosos compositores, músicos, críticos u hombres de letras; su público predilecto, por el que sentía una pasión delirante, era el público bajo, el que ocupaba las localidades del paraíso. Aquella gente de las calles apartadas y de las plazas de mercado, las mismas que se privaban de una comida o de un par de zapatos, para emplear el fruto de su duro trabajo en sacar una entrada y oír apiñadas en el gallinero la voz de Pellegrina...

''Esta su segunda pasión era tan fuerte y poderosa como la primera, pero al mismo tiempo dulce y afable.

''Vosotros, los del norte, no conocéis a las mujeres del y del este cuando aman. Cuando abrazan a sus hijos y cuando lloran sobre sus muertos, son como llamas divinas.

''Recuerdo que cuando al terminar la primera representación de "Medea" la gente de la ciudad soltó los caballos de m» coche en el que ella viajaba, para arrastrar por si

mismos el carruaje, no vio al gran duque, que puso sus nobles hombro» en la tarea. En cambio derramó una lluvia de cálidas lágrimas más preciosas que los diamantes, y repartió al propio tiempo un arco iris de sonrisas dulces y amables sobre los barrenderos los carreros, los vendedores de frutas y los aguadores de Milán'

''Hubiera dado su vida por ellos. Yo le acompañaba en el coche y ella tenía asida mi mano. No es que fuera hija de la clase más baja del pueblo. Su padre era panadero, y su madre hija de un terrateniente español. Yo no sé dónde había tomado la pasión por las clases bajas del mundo.

''No era exacta la afirmación de que solamente cantara para ellos, puesto que deseaba también el aplauso de los grandes, pero ese aplauso lo deseaba como un obsequio para su público del gallinero.

''Se apenaba y se compadecía de ellos cuando los tiempos eran difíciles y les sabía sin trabajo. Siempre estaba dispuesta a darles su dinero y a vender sus vestidos para ayudarles. Es curioso, pero nunca le pidieron nada, como si comprendieran que ya les había dado lo mejor que tenía al cantar para ellos; pero si se lo hubieran pedido, ella les hubiera dado todo. Sus jardines y su casa estaban siempre abiertos y se hubiera sentado con los hijos de los pobres bajo las adelfas de sus jardines, negándose a recibir a los grandes lores de Inglaterra que habían cruzado el mar sólo con el propósito de verla.

En la relación entre las dos grandes pasiones de aquella mujer radicaba su felicidad. Durante los años de triunfos esta armonía fue perfecta. Su voz y su arte eran cada día más excelentes y maravillosos. Yo no creo que en el momento de su caída hubiera alcanzado la plenitud de sus posibilidades todavía. Todo el mundo cantaba al son de su música. En su mano llevaba aquella mujer la piedra filosofal que tenía la virtud de transformar en oro todo lo que tocaba.

''«Vos, señor —me decía—, me habéis contado muchas veces cómo en lejanos países la gente Dora ante los ríos auríferos y adora a los diamantes, zafiros y rubíes.»

''Ella era adorada por aquella gente del mismo modo. El pensamiento de Pellegrina les proporcionaba un gran alivio, y solían decir que mientras estuviera cantando para ellos, en los escenarios, la tierra no estaba abandonada de los ángeles.

''La felicidad de aquellas pobres gentes estaba en que ella cantaba para ellos. Sus corazones se inundaban de gozo y de sus ojos brotaban lágrimas de alegría y su voz les ayudaba a olvidar la dureza y los sinsabores de la existencia, recordándolos el paraíso perdido. Todo resultaba por ella y su arte hermoso, grande, elegante y

brillante.

"Cuando representaba en la ópera papeles de doncellas aldeanas, cubierta de brocados y plumas, no lo hacía por pura vanidad personal. Lo consideraba como un deber para con su gente de la clase baja.

"Yo mismo me reía de su pasión desenfrenada por los pobres, ya que para mí esa clase de gente huele mal y carece de virtudes. Pero ella me replicaba inmediatamente: "«Déjame, Marcos, ser como soy y seguir el camino escogido.»

"En cuanto a sus amantes, os diré que yo conocía a la mayoría de ellos y que significaban muy poco, tanto para ella como para mí. En efecto; hasta que lograba acostumbrarse a ellos, le causaban más pena que placer.

"Los fenómenos de la vida no le importaban demasiado. Era como el cazador al que se le pidiera que con una escopeta de cazar elefantes matara pajarillos. Cuando recibía desengaños en sus asuntos amorosos, no era su vanidad la que se ofendía, puesto que fuera del escenario no tenía vanidad alguna y sabía muy bien que los jóvenes no hacían el amor a la soprano, sino a la mujer hermosa. De acuerdo con esta manera de ser y de pensar, no tomaba en consideración la frivolidad y las falsedades ajenas. Sin embargo, le ofendía y le desilusionaba grandemente el hecho de que el mundo no fuera mayor de lo que era y de que no tuvieran lugar en él cosas más parecidas a los dramas del escenario.

"En sus horas de turbación acudía a mí, segura de que encontrarla consuelo y comprensión.

"«Tú, Pellegrina —le dije un día—, no eres una serpiente venenosa. Muy a menudo me recuerdas a las serpientes encantadas. Pero tú no llevas veneno y si matas es por fuerza de tu abrazo. Esta cualidad desconcierta a tus amantes, que están acostumbrados a las víboras pequeñas y no tienen la fuerza suficiente para resistir tu sabiduría.»

"Cuando me entretenía yo y la entretenía a ella con estas descripciones de su forma de ser siempre terminaba riendo, aunque hiciera poco que hubiese derramado abundantes lágrimas. Como era inteligente aprendía de sus amantes.

Lincoln interrumpió por breves momentos su narración. Luego se volvió a Mira para decirle: —Recuerda la antigua canción de la joven doncella que rechaza todos los regalos del Sultán para ser fiel a su amante. Comienza así:

*Ah Rupia, kama na Majasse...*

”Es una canción muy bella sobre el amor verdadero y puro. Solamente una mujer que yo conozco la ha cantado siempre bien.

Inmediatamente volvió la historia del viejo Judío.

—Así vivimos en la blanca villa de Milán, hasta el día de v desgracia. Vosotros recordáis a vuestros padres llorando cuando recordaban aquel martes fatal. Sucedió durante una representación de “Don Juan” en el segundo acto, cuando Doña Ana entra en escena con la carta en la mano y comienza a recitar?

*Crudele? Ah no, mió benet*

*Tropo mi spiace allontanarti un ben*

*che lungamente la nostra alma desia.*

"En el momento Justo en que entraba Pellegrina cayeron ante ella dos o tres trozos de madera ardiendo. Como tenía un corazón valiente y animoso, siguió con firmeza, levantó un poco la vista y alcanzó su nota con la misma facilidad que respiraba.

"Pero a los primeros trozos de madera siguió una viga ardiendo, y todo el teatro se levantó presa del pánico, y la orquesta se detuvo en mitad de un compás.

"La gente se abalanzaba hacia las puertas y las mujeres se desvanecían.

"Pellegrina dio un paso atrás, miró alrededor hasta que sus ojos se encontraron con los míos. Sí, en aquel momento de desesperación me buscaba. ¿Y no era éste un motivo para enorgullecerme? No se asustó lo más mínimo. Allí, con calma, parecía que quisiera decirme: "«Aquí estamos los dos para morir Juntos, Marcos.»"

"Pero yo tenía miedo. No me atreví a lanzarme al escenario en llamas, donde los árboles y las casas eran puro cartón.

"En aquel mismo momento se extendió por el escenario una nube de humo, y el calor semejaba el resuello de un horno. Entonces se ocultó a mis ojos.

"Corrí con la gente hasta que conseguí verme en la calle. Me rozó el rostro el aire frío. Aquello era un manicomio.

"Mi criado, que había estado esperando en el vestíbulo, me acompañó y me ayudó a salir. Entonces fuimos informados de que Pellegrina había sido salvada por el hombre que cantaba el papel de Leporello, a quien ella había ayudado en su carrera.

La había sacado en brazos, cruzando las llamas, y cuando bajaban las escaleras del escenario su cabello y sus vestidos se habían incendiado.

"Cuando el público se enteró que se había salvado, cayó de rodillas en señal de agradecimiento.

"La llevé a su casa y reuní a su alrededor a todos los doctores de Milán. De esa forma consiguió salvarse. Fue alcanzada por una viga que le produjo una profunda quemadura desde la oreja hasta el hueso del cuello. Las demás quemaduras no eran profundas y pronto se curaron.

"En seguida no dimos cuenta de que a consecuencia de la conmoción había perdido su voz. Ya nunca volverla a cantar ni una sola nota.

"Cuando pienso cómo estaba aquella primera semana después de su desgracia me parece que se había quemado en realidad, y que estaba en cama inmóvil, negra, carbonizada como los cuerpos desenterrados en Pompeya.

"No me separé de su lado en seis días, y en todo ese tiempo no habló ni una palabra. Entonces me pareció que la pena más cruel y dura para Pellegrina Leoni sería quedarse muda.

"Tampoco le hablé. Los carruajes llevaban a la explanada pavimentada que había justamente delante de su habitación gente de toda clase y solicitaba noticias de su salud.

"Dentro de aquella habitación oscura pensé detenidamente sobre el caso. Su falta de voz y la consecuente falta de aplausos sería para Pellegrina algo así como para la esposa encontrar que su marido de héroe se ha cambiado en demente y en payaso. O la pena y aflicción de una novia engalanada con los valiosos tesoros de su padre, camino de la ciudad engalanada que quiere darle la bienvenida y es raptada por los ladrones. Sí, esa era la comparación exacta que vino a mi imaginación. Nadie de cuantos llegaban de todas las partes para saber noticias de Pellegrina Leoni obtuvo permiso de acceso a su casa. Por eso creció el rumor de que estaba moribunda.

"Me hubiera gustado saber lo que dirían si se les hubiera permitido entrar a verla. ¿Pensarían que todavía estaba joven y bella? ¿Seguiría siendo amada y admirada por todos? ¿Qué dirían sus raptadores, pensé, a la novia para consolarla? ¿Le dirían que

aún seguía siendo hermosa y que su novio le prodigaría sus caricias?

"Yo he oído decir que los leones cazados y encerrados en jaulas reciben más pesadumbre y más dolor por la vergüenza que por el hambre...

"Os ruego que me excuséis, caballeros, por hablaros de cosas extrañas que todavía no entendéis. ¿Dónde guardan vuestras mujeres el honor en los tiempos modernos? ¿Conocen siquiera esta palabra cuando la oyen?

"El que no le hablase ni una palabra hizo soportable mi presencia para Pellegrina durante aquella semana.

"Ella se apenaba por la pérdida de su nombre, del aplauso y del homenaje de los príncipes, como la novia raptada suspirará por el esplendor, por su corona real y por los bailes y pompas que hablan tenido lugar en las fiestas de su boda.

"Ante el recuerdo de sus queridos espectadores de paraíso, derramó lágrimas.

"¿Cómo soportarían la pérdida de Pellegrina Leoni? ¿Continuarían desde entonces su vida diaria de duros trabajos, oprimidos e injuriados por sus amos y por las autoridades, y mal pagados? ¿Se harían a la idea de que ya no volverla a aparecer otra *madonna* para sonreírles?

"Su estrella habla caldo; el público de sus grandes pasión quedaba abandonado en la oscuridad de la noche.

"Durante aquella semana aprendí la diferencia que hay un espacio de veinticuatro horas, según quien lo mira. En nuestra casa el tiempo solía transcurrir sin ser advertido, como ^ brisa de mayo, como vuelan las mariposas, como aparece chaparrón de verano seguido por el arcoiris. El día era largo como un año, y la noche, como diez.

"Después de aquella semana, Pellegrina me pidió que le proporcionara algún veneno con el que pudiera cortar el hilo de su vida. Yo vivía en Milán y acudía a su casa todos los día» Quise ayudarla a no morir. Le proporcioné veneno un miércoles a mediodía y me rogó que volviera por la tarde.

"Cuando volví la encontré muy enferma. Me dijo que habla ingerido toda la dosis, pero no había surtido efecto alguno. Ella no podía morir. Lo que yo le había dado no podía matar a ningún ser humano. Por el contrario, mi dosis de opio habla operado en ella un cambio profundo. Había abandonado su idea de la muerte. Agotada, se levantó aquella tarde y por primera vez me rogó que le hablara.

"Entonces le dije cómo después de las largas horas de la noche anterior, antes de romper el día, comenzó a cantar ante mi ventana un ruiseñor. Le expliqué cómo al escucharlo pensé en un ballet que tendría por argumento todo lo que nos habla sucedido a nosotros. Pellegrina escuchaba atentamente mis palabras y en el transcurso del día siguiente volvió a la idea de mi ballet. Me preguntó cosas relacionadas con el libreto y la música. Le sugerí la idea de que podía llamarse Filomena y le expliqué la forma en que se sucederían las escenas y las danzas. Mientras hablaba sobre esto, tomó mi mano y fugó con mis dedos. Era la primera vez, desde su calda, que tocaba a un ser humano.

"Dos días más tarde, mandó a buscarme por la mañana muy temprano, antes de la salida del sol. Quedé sorprendido al encontrarla en la galería exterior de su casa, con una bata de casa.

"Era una mañana deliciosa. Las acacias y la hierba del Jardín despedían un aroma delicado, fresco y agradable en una atmósfera despejada. Tenía el mismo semblante de antes de su desgracia. Su cara de flor estaba blanca. Cuando comenzó a hablar, lo hizo en voz baja como si tuviera miedo de despertar a alguien.

"«He mandado a buscarte tan temprano, Marcos, para que tengamos todo el día por delante, si fuera necesario.»

Tomó mi brazo y me hizo ir y venir, paseando. Cuando llegamos al final de la galería exterior se detuvo y miró detenidamente el paisaje. El aire era muy fresco.

"«Tengo muchas cosas que contarte», me dijo.

"No siguió. Sólo cuando llegamos de nuevo, en el siguiente paseo al mismo lugar, repitió la misma frase: "«Tengo muchas cosas que contarte, Marcos.»

"A1 fin nos sentamos en un asiento de la galería. No soltó mí brazo, de forma que nos sentamos muy Juntos.

"«Crees, Marcos, que no he pensado durante estos días, pero estás equivocado. Lo que pasa es que los pensamientos míos van y vienen desde muy lejos y no me resulta fácil hablarte de ellos, pero ten paciencia, tenemos por delante todo el día... Ahora me he dado cuenta, Marcos, de que he sido muy egoísta. Siempre he pensado en Pellegrina. Lo que le ha acontecido a ella me ha parecido lo más importante del mundo. La gente que amaba y adoraba a Pellegrina, solamente esos, pensaba yo, eran amables, buenos, sensatos y razonables.»

"De nuevo quedó en silencio, apretando un poco mi brazo.

”«Este desastre le ha acontecido a alguien más: a una soprano de China, de la Opera Imperial de China hace cien años. Hemos oído hablar de ella, pero el hecho no nos ha ocupado mucho tiempo el pensamiento, ni hemos derramado lágrimas por aquella cantante desafortunada. Sin embargo, porque ha sucedido lo mismo a Pellegrina nos parece ya muy duro y cruel de soportar. Esto, Marcos querido, no debe ser y no será. Ten paciencia. Te aclararé mejor todas estas cosas. Pellegrina ha muerto —continuó—. ¿No era una gran cantante, una estrella? Tú recuerdas la canción:  
*"Una luz de gloria se ha extinguido,  
de lo alto del cielo ha caído una estrella."*

Ese fue su final; su muerte originó una gran pena y un horrible dolor para todos. Ahora es preciso que me ayudes a dar al mundo la noticia de su muerte; tienes que hacer la tumba de Pellegrina y erigir sobre ella un monumento. No levantes una estatua fastuosa y espléndida, como la que hubiéramos elegido si hubiera muerto sin perder la voz; es suficiente una lápida de mármol donde queden escritas las fechas de su nacimiento y de su muerte. Coloca también una inscripción, Marcos: “Por la gracia de Dios.” Si, por la gracia de Dios, Marcos. Pellegrina ha muerto —repitió—. Nadie, nadie será Pellegrina de nuevo. Que nadie piense ya en verla sobre los escenarios de la vida. ¿Me lo prometes, Marcos?, preguntó ansiosa.

”Yo le contesté que lo haría como deseaba.

”Se levantó de nuevo y se dirigió al final de la galería exterior. La luz era cada vez más clara. Las últimas pálidas estrellas habían desaparecido. Todo a nuestro alrededor estaba húmedo con la escarcha, y la hierba que hasta entonces había estado oscurecida brillaba como plata con el rocío. Pellegrina permanecía junto a mí. Sus vestidos estaban humedecidos con la escarcha. Jugaba con sus largas trenzas de pelo negro, y una de ellas la acercó hasta sus labios. El aire fresco de la mañana le hizo estremecerse ligeramente.

”Desde el final de la galería el terreno descendía en cuesta; debajo de nosotros, en la lejanía, el paisaje era muy hermoso. Podíamos distinguir las carreteras, los campos y los árboles.

Allá abajo se velan los hombres y mujeres que iban a trabajar», al campo.

”«Mira —me dijo—, he estado esperando por ellos, para explicarte mejor las cosas. Es más fácil comprender cuando se oye. Allí va una mujer a su trabajo. Tal vez sea la mujer de campesino. Quizá se llame María. Ella es feliz esta mañana porque su

marido está contento con ella y le ha regalado y«collar de coral. O tal vez es desgraciada porque su marido j<sub>e</sub> atormenta continuamente con los celos. Pues bien, ¿qué pensamos tú y yo de eso, Marcos? Pensamos que una mujer llamada María es desgraciada. Siempre habrá a nuestro alrededor tale<sub>8</sub> mujeres y no pensamos en ellas. Mira, allí va otra que camina en dirección contraria. Lleva hortalizas y fruta a Milán sobre su burro. Está malhumorada porque el burro es muy viejo, camina muy despacio y llegará tarde al mercado. Tampoco nos-" otros pensamos ni nos preocupamos mucho de ella, Marcos. ¡Oh! Yo seré desde ahora eso. Ha llegado el tiempo de convertirme en una de esas mujeres. Una mujer de quien si es desgraciada nadie se preocupará lo más mínimo.»

"Guardamos silencio un buen rato. Yo trataba de seguir sus pensamientos.

”«Y si yo pienso sobre esa mujer cualquiera, feliz o desgraciada, con un nombre o con otro, es porque me voy a convertir en una bordadora o en una maestrita, o en una peregrina que viaja a Jerusalén para orar ante el Santo Sepulcro. Tengo muchas vidas donde elegir. Si soy feliz o desgraciada, si soy necia o inteligente, nadie se preocupará en absoluto. Ya no volveré a ser una sola persona, Marcos; desde ahora seré muchas personas. Nunca más mi corazón ni mi vida entera estarán atadas a una sola mujer, para sufrir tanto. Aquello terminó para siempre. Tú, Marcos —continuó—, me has dado muchas cosas. Ahora yo voy a darte un buen consejo: Sé muchas personas. Abandona de una vez ese juego de ser uno, de ser siempre Marcos Coccoza. Te has atormentado mucho, hasta convertirme realmente en su esclavo y en su prisionero. Nunca has hecho nada sin considerar primero qué consecuencias traería para la felicidad y el prestigio de Marcos Coccoza. Siempre has estado preocupado con el pensamiento de que Marcos hiciera una cosa estúpida o Insulsa, o que estuviera aburrido. ¿Qué hubiera Importado esto realmente? Por todo el mundo la gente hace cosas estúpidas e insulsas y muchas son las personas que han estado aburridas. Deja de ser Marcos Coccoza desde ahora. ¿Qué diferencia puede haber en el mundo si una persona más, un viejo judío, hace cosas estúpidas e insulsas, si está aburrido o no? Me gustaría que estuvieras libre, suelto y sin trabas en el corazón. De aquí en adelante tú tienes que ser más que uno, tienes que ser muchas personas, tantas como puedas soportar. Yo creo, Marcos, que todas las personas del mundo deberían de ser más de una.

Y también tengo la convicción de que de este modo gozarían de más libertad, mucha más alegría, más deleite de la vida. ¿No resulta extraño que ningún filósofo haya pensado en esto, que haya tenido que ser precisamente yo la que invente esta forma de vida?»

”Pensé detenidamente sobre todo lo que me estaba diciendo y me pregunté si todos

aquellos consejos y sugerencias me proporcionarían alguna satisfacción, algún bien. Pero luego me di cuenta de que no me era posible seguir sus consejos mientras ella estuviera viva. Tal vez, cuando muera hallaré consuelo en el cumplimiento de su deseo.

”La luna tiene que seguir a la tierra; pero si la tierra llegara algún día a cuartearse y a evaporarse, entonces la luna podría huir libre de su obligada dependencia y convertirse en luna de Júpiter y de Venus, hoy de uno, mañana del otro.

”Mis conocimientos sobre astronomía son muy escasos. Por tanto, no quiero profundizar sobre esto. Dejo las reflexiones para ti, Mira, que quizá tengas un conocimiento más extenso de semejante ciencia.

”¡Qué mañana más agradable! —dijo Pellegrina—. (Qué mojado está todo! Pero pronto volverá a secarse y hará calor en las carreteras. A nosotros eso no nos preocupa. Los dos pasaremos aquí el día juntos.»

”«¿Y qué quieres que haga yo?», le pregunté.

”Permaneció durante un largo rato en profundo silencio.

”«Sí, Marcos —dijo al fin—. Tengo que partir. Esta noche me voy.»

”«¿Y no volveremos a vernos?», le pregunté.

”Llevó un dedo a sus labios y luego dijo:

”«Aunque por casualidad nos volvamos a encontrar, nunca podrás hablarme ya. Piensa que en cierta ocasión conociste a Pellegrina y nada más.»

”«Pero, al menos, permíteme que te siga, que esté junto a ti, a fin de que cuando necesites la ayuda de un amigo puedas mandar a buscarme.»

”«Está bien, hazlo. Estate cerca de mí, Marcos, para que si alguien me confundiera todavía con Pellegrina Leoni, pueda yo echar mano de ti y con tu ayuda huir. No te separes demasiado, con objeto de que puedas mantener alejado de mí el nombre de Pellegrina. Sin embargo, Marcos, nunca más podrás hablarme. No podría oír tu voz sin recordar la de Pellegrina, sus grandes triunfos, esta casa donde ahora estamos los dos y el jardín.»

”Miró alrededor de la casa como si se tratara de una cosa que iba a dejar de existir

para siempre.

”«¡Oh, la vida todavía vale la pena, Pellegrina!»

”Luego quedose de nuevo inmóvil.

”«Las golondrinas están emigrando ya», me dijo.

”Después de unos momentos continuó:

"Al anochece de aquel día —dijo el viejo judío— ella desapareció como habla anunciado. Nunca más be hablado con ella desde entonces. Sin embargo, recibo, de vez en cuando, alguna carta pidiéndome ayuda cuando desea salir de un sitio para otro cambiarse en una u otra persona. En Roma cuando os conocisteis, si no se te hubiera ocurrido decirle que tu padre era un gran entusiasta de la ópera italiana, habría ido contigo a Inglaterra. Pero sólo por uno o dos años. Luego te habría abandonado nuevamente. Ella nunca consentiría verse amarrada a q»' da ni a nadie.

”De esta manera terminó el anciano judío su historia. N<sub>og</sub> miró despacio y luego cerró los ojos. Su barbilla descansaba sobre la empuñadura de oro de su bastón. Sumido en profundos pensamientos, observaba luego entristecido el rostro de la moribunda. Nosotros, permanecidos también en silencio, un poco tímidos, como avergonzados.

Lincoln cayó en una especie de arrobamiento y en algún tiempo no dijo nada.

—Mi amigo “Piloto” puso en práctica el consejo de Pellegrina Leoni.

"No recuerdo exactamente cuando encontré en el Cabo de Buena Esperanza a un anciano clérigo alemán, el pastor Rosenquist, quien mientras hablábamos y discutíamos sobre la naturaleza humana me contó esta historia de mi amigo, o si fui yo mismo quien muchos años más tarde me divertí imaginando que habla encontrado en el Cabo de Buena Esperanza a un clérigo alemán que me contó dicha historia.

"Pero fuera como quisiera, lo cierto es que “Piloto” siguió sus consejos y aceptó ser más de una persona. De vez en cuando se retiraba de la dura y desesperadora tarea de ser Federico Hohenemser, y adoptaba la existencia de un pequeño terrateniente en un distrito lejano con el nombre de Fridolin Emser.

"Ésta su segunda existencia la rodeaba del mayor secreto y a nadie hacía sabedor o

confidente de lo que estaba haciendo. Cuando huía le parecía que estuviera viviendo fuera de sí y luego se cobijaba en la pequeña casa de Fridolin, en las afueras de una aldea, como animal seguro en su guarida. Si alguno sospechaba de él y le seguía para averiguar en qué se ocupaba en su escondite, encontraría que “Piloto” lo mismo que Emser no hacían absolutamente nada. Cuidaba con esmero de su pequeña propiedad, y cobraba día tras día algún dinero para Fridolin; también acostumbraba a sentarse por las tardes en la glorieta o cenador de su jardín al lado de un mirlo encerrado en una Jaula, y allí fumaba tranquilamente su larga pipa; otras veces iría a la posada para beber cerveza y discutir cosas de política con la gente amiga. Allí se encontraba feliz. Desde el momento en que se enteró que Fridolin no existía, nunca hizo esfuerzo alguno por hacerle existir.

"La única cosa que le turbaba era el no poder permanecer tiempo en su festiva y alegre existencia, por temor a ir acumulando un peso demasiado grande que al fin pudiese mas que él.

"Tuvo que regresar al lugar de los Hohenemser.

"Federico Hohenemser fue más feliz después de poner en práctica el plan de Pellegrina, puesto que un secreto en su vida suponía una ventaja para él y para Fridolin.

"Yo no pude saber si en alguna de sus existencias llegó a casarse. De todos modos, el matrimonio Federico Hohenemser estaría irremisiblemente rodeado de la mayor desdicha y compadezco a su mujer, si llegó a haber alguna. Fridolin pudo haberse casado y haber incluso dado a su mujer horas de paz y de alegría, puesto que no estaría todo el tiempo ocupado en probarle que existía él verdaderamente que es la maldición de muchas mujeres. No sé por qué, pero siempre que pienso en “Piloto” me lo imagino debajo de un paraguas, donde el sol no le calará durante el día, ni la luna durante la noche.

Lincoln, saliendo de sus reflexiones, resumió la narración de la historia del anciano judío de esta manera: —De súbito se operó un cambio extraño en el rostro del anciano. Era como si nosotros a quienes terminaba de narrar la historia de su vida, hubiéramos sido aniquilados.

"Bajando su bastón se inclinó hacia adelante y concentró toda su atención en el rostro de Pellegrina.

"Ella se revolvió en la camilla. Su pecho subía y bajaba alternativamente, y su cabeza se movió ligeramente sobre la almohada. Un temblor cruzó su cara; después

de unos segundos, sus cejas se levantaron un poco y los bordes de sus párpados vibraron como las alas de una mariposa al posarse sobre »n« flor. Nosotros nos pusimos de pie. Nuevamente miré al judío. Era evidente que estaba aterrorizado por el miedo de que le mirara en caso de que llegara a abrir los ojos. Retrocedió y buscó refugio junto a mí. Al poco tiempo ella miró lentamente hacia arriba. Sus ojos parecían sobrenaturalmente grandes y sombríos.

”A pesar del movimiento del judío por ocultarse, su mirada fija y penetrante cayó sobre él. Estuvo inmóvil, pálido como un cadáver, cual si tendiera una explosión de odio y de aborrecimiento. Pero no hubo nada de lo que temía. Ella le miré sin sonreír y sin fruncir el ceño. Le vi respirar, con una especie de impaciencia o ansiedad. Luego, tímidamente, se acercó un poco.

"Trató dos o tres veces de hablar, sin lograr emitir un sonido; de nuevo cerró los ojos. Pero los abrió otra vez y le miró. Cuando al final habló lo hizo con voz leve, lentamente, pero sin esfuerzos.

"«Buenas tardes, Marcos.»

"Le oí aclararse la garganta para hablar, pero al fin no dijo nada.

"«Llegas tarde», le dijo.

”«Me he retrasado», habló por fin

"Me sorprendió oír su voz tranquila, agradable y sonora.

"«¿Qué tal estoy?», preguntó Pellegrina.

» «Estás bien, muy bien», contestó.

"En el momento en que ella le hablaba, el rostro del anciano judío experimentó un cambio extraño y sorprendente, Ya mencionado anteriormente su palidez extraordinaria. Cuando nos estaba contando su historia su rostro se puso blanco, como sin sangre. Cuando ella habló y él contestó, su rostro se tornó rojo, como el de un muchacho sorprendido en el baño.

"«Me alegro de que hayas venido —dijo—. Esta noche estoy un poco nerviosa.»

"«Pues no, no tienes razones para estarlo —aseguró él— Hasta ahora todo ha ido bien.»

"«¿Sientes realmente lo que estás diciendo? —preguntó escudriñando en su rostro—. ¿No tienes nada que criticar? ¿Nada se podía haber hecho mejor? ¿He actuado bien y estás complacido con todo?»

"«Sí —contestó—. Nada tengo que criticar, nada pudo hacerse mejor. Has actuado bien y yo estoy contento y satisfecho de ello.»

"Estuvo en silencio por espacio de dos o tres minutos. Luego sus ojos oscuros se deslizaron de la cara del judío hacia nosotros.

» «¿Y quiénes son estos caballeros?», preguntó.

"«Éstos —dijo— son tres jóvenes extranjeros que han recorrido un largo camino para tener el honor de ser presentados a ti.»

"«Preséntamelos, pues. Pero temo que tenga que ser muy rápida nuestra entrevista. No creo que el entreacto dure mucho.»

"El judío, avanzando hacia nosotros, nos cogió de la mano

Y no por uno y nos acercó junto a la camilla.

"«Mis nobles y jóvenes caballeros que procedéis de tierras lejanas y hermosas —comenzó diciendo—. Estoy altamente complacido por haberos podido conseguir un momento inolvidable en vuestras vidas. Tengo el gran honor de presentaros a *donna*

Pellegrina, la mayor cantante del mundo.»

"A continuación dio nuestros nombres que recordaba y pronunció correctamente.

"Ella nos miró complacida.

"«Me alegra mucho poderos ver aquí esta noche. Ahora cantaré para vosotros y espero que será de vuestra satisfacción.»

"Los tres besamos sus dedos con profunda inclinación. Yo recordé entonces las caricias que habla soñado de aquella noble mano.

"Pero inmediatamente se volvió al judío.

»«]Oh! Estoy un poco nerviosa esta noche. ¿Qué escena es, Marcos?»

"«Mi pequeña estrella —dijo—. No estés nerviosa en absoluto. No hay duda alguna en que todo irá bien esta noche. Es el segundo acto de “Don Juan”. Ahora comienza con tu recitado.

*“Crudele? Ah nb, mió benet*

*Troppo mi spiace aUontanarti un ben*

*che tongamente la nostr" alma desia.”*

"Cuando terminó de pronunciar estas palabras de la antigua ópera bañó su cara una ola de color, como una novia.

"En cambio, nosotros tres, espectadores, creo que palidecimos. Ellos, mirándose uno a otro, brillaban en un éxtasis mudo.

"Súbitamente su rostro se abrió como el hielo de la piscina cuando siendo yo niño arrojé una piedra. Pareció trocado en una constelación de estrellas, rutilantes en el Infinito. De sus ojos brotó una lluvia de lágrimas que lo inundó todo. Su cuerpo vibraba con pasión como la cuerda de un instrumento.

»«¡Oh! —gritó sollozando—. Mirad, mirad aquí. Es Pellegrina Leoni, es ella que ha vuelto de nuevo, Pellegrina, la mayor cantante, pobre Pellegrina, está otra vez en los escenarios. Para la gloria y el honor de Dios, como anteriormente. ¡Oh! ¡Está aquí!

¡Nuevamente está aquí! ¡Pellegrina! ¡La gran cantante Pellegrina en persona!»

”Parecía increíble que, agonizante como estaba, pudiera aguantar la tormenta de emociones. Era, naturalmente, su canto del cisne.

” «Venid de nuevo a verla todos. Volved mis niños, mis amigos. Soy yo, yo para siempre.»

”Un río de lágrimas brotó de sus ojos. Esto, sin duda, sirvió de alivio a su agitación y delirio.

”El viejo judío pasaba por un estado de dolor. Por unos momentos se apartó del lugar en que se encontraba. Sus párpados se hincharon y pronto bajaron por su cara gruesas lágrimas. Pero se mantuvo en pie sin atreverse a dar suelta a su emoción. Creo que luchó por miedo de morir primero y no poderla asistir en los últimos momentos.

”De pronto, levantó su bastón y dio tres golpes cortos en un lado de la camilla.

” «*Donna Pellegrina Leoni* —gritó en una voz clara—. *En scène pour le detix.*»

”Como un soldado a la llamada, o un caballo de guerra al toque de trompeta, se repuso inmediatamente. Al próximo minuto se tranquilizó con una calma galante y mortal.

”Con sus enormes ojos negros miró al viejo judío. Luego, en un poderoso esfuerzo parecido al de las olas en día de temporal se incorporó. Un sonido extraño, como el rugido distante de un gran animal, salió de su pecho. Lentamente las llamas de su rostro se extinguieron y en su lugar quedó un color gris de ceniza.

”Su cuerpo cayó otra vez sobre la camilla y quedó totalmente inmóvil. Acababa de morir.

”El judío apretó su alto sombrero sobre su cabeza. Luego dijo:

”«*Isgadal rejiiskadisch schemel robo.*»

”Nosotros guardamos unos momentos de profundo silencio. Luego nos dirigimos al refectorio para sentarnos allí. Más tarde, cuando era casi de día, nos fue anunciado que nuestros coches habían al fin logrado llegar.

”Salí para dar órdenes a los cocheros. Deseábamos partí» tan pronto como fuera de

día.

"«Eso será lo mejor —pensó—, aunque de hecho no sé a —dónde dirigirme.»

"Cuando crucé por la habitación las bujías estaban todavía encendidas, pero la luz del día penetraba ya por las ventanas Allí estaban los dos: Pellegrina en su camilla, y el viejo judío a su lado, la barbilla descansando sobre el bastón. Me pareció que no debía separarme todavía de allí. Y así, me acerqué a él para decirle: "«Bien, señor Coccoza. Ahora vals a 'enterrar, no a la gran —artista cuya sepultura construisteis hace ya muchos años, sino a la mujer, a la mujer de la que erais amigo.»

"El anciano levantó la vista y mirándome con acento triste me dijo:

"«Sois demasiado bueno, señor.»

"Esta —concluyó Lincoln— es mi historia, Mira.

Mira aspiró el aire y lo expulsó luego lentamente mientras silbaba.

—He pensado —dijo Lincoln— qué le habría acontecido a esta mujer si no hubiera muerto entonces. Quizá hubiera estado aquí con nosotros esta noche. Era buena compañía y a nosotros nos hubiera venido bien. Quizá luego se hubiera convertido en una danzarina de Mombasa, como Thusmu, ese viejo murciélago de ojos atezados, la concubina de su padre y de su abuelo por cuyos brazos Said está ahora todavía suspirando. O pudiera haber ido con nosotros a las montañas en una expedición en busca de marfil o de esclavos, y se hubiera decidido a quedarse con alguna tribu guerrera de nativos, honrada por —ellos como una gran hechicera.

"Por fin hubiera optado por convertirse en un chacal muy pequeño y ella misma se hubiera hecho su cueva en el llano o en la ladera. He imaginado eso tan vivamente en las noches de luna que he llegado a creer que oía su voz, y la he visto jugando — con su propia sombra, dando un poco de alegría a su corazón. Todo esto ha pasado por mi imaginación en las noches de luna.

—Ay, ay, ay —dijo Mira, quien en su calidad de narrador de —cuentos era también un auditorio excelente y lleno de imaginación—. También yo he oído a ese pequeño chacal. Lo he oído ladrar: "Yo no soy un pequeño chacal, sino muchos pequeños chacales." Y así en un segundo se cambia en unos y otros y ladra repitiendo las mismas palabras: "Yo no soy un pequeño chacal, —sino muchos chacales." Espera un momento, Lincoln, hasta que la oiga otra vez más. Luego yo contaré un cuento que está de acuerdo con los tuyos.

—Está bien —dijo Lincoln—. Esta es mi historia. Es una 'buena lección para Said.

—El sultán Sabour de Jorasan fue un gran héroe; y no solamente fue un gran héroe, sino también un hombre de Dios, un hombre que tenía visiones y oía voces con las que se instruía en la voluntad del Señor.

"Trató de enseñar a todo el mundo la voluntad de Dios a fuego y espada. Pero, ¡ah!, fue traicionado por una mujer, una danzarina, justamente en el cénit de su órbita: es una historia larga. Su gran ejército fue destruido y aniquilado. La arena del desierto bebió su sangre, y los buitres se alimentaron de cuerpos muertos. Los llantos y los gemidos de las viudas y de los huérfanos se elevaron al cielo.

"Su harén fue repartido entre sus enemigos. El mismo resulté herido, siendo salvado por un esclavo. Por amor a sus soldados, no aparecería ya ni permitiría que fuera conocido en su estado de mendigo. Lo mismo que tu mujer se hizo muchas personas, y dejó, como ella, de ser una sola.

"A veces es un aguador, otras un criado del cadí, un pescador en el mar o un santo ermitaño. Es muy sabio. Sabe muchas cosas y deja honda huella por donde quiera que va.

"A las personas con quienes se encuentra les hace mucho bien y algún pequeño daño; no olvidemos que es aún rey. Pero no permanecerá mucho tiempo de este modo.

"Cuando consigue amigos y mujeres que le amen, abandona el país huyendo, asustado de ser nuevamente el sultán Sabour, o cualquiera otra persona. Solamente su esclavo lo sabe. A este esclavo, recuerdo, le fue cortada la nariz por amor a Sabour.

—Ay, Mira. La vida está llena de cosas desagradables —dijo Lincoln.

—Pues yo, en lo que a mí respecta —contestó Mira— puedo decir que estoy seguro por dondequiera que voy. Tú mismo hallarás escrito en tu libro santo que todas las cosas terminan bien para aquellos que aman a Dios.

—¿Esta declaración de amor —preguntó Lincoln— proviene del corazón? ¿O, por el contrario, proviene de los labios de algún viejo poeta cortesano?

—Hablo con el corazón —dijo Mira—. He tratado mucho tiempo de comprender a Dios. Ahora ya lo he logrado. Pronto me dedicaré a contar chistes, de modo que quien una vez horrorizó a la gente con sus historias, ahora las hará reír con sus

gracias.

—Entonces, de acuerdo con la ley del Profeta —dijo Lincoln— tú serás como los barberos y gente parecida que besan a sus mujeres en público excluidos de comparecer ante el tribunal de la ley.

—Si, así es —concedió Mira—. Seré excluido de esa evidencia.

—¿Qué dice Said? —preguntó Lincoln

Said, que habla permanecido durante todo el tiempo en silencio, sonrió débilmente. Clavó su mirada en tierra. A la luz de la lima aparecía una franja blanca y de allí procedía un murmullo, como la vibración de una cuerda en el aire.

—Aquéllos —dijo Sald— son los grandes rompientes de Takaungu. Al venir el alba estaremos en Mombasa.

—¿Al venir el alba? —dijo Mira—. Entonces yo voy a dormir por lo menos una o dos horas.

Bajó a cubierta, se tapó con su capa hasta la cabeza y echó a dormir, inmóvil como un cadáver.

Lincoln siguió sentado. Fumó un cigarrillo, luego otro..., por fin también se echó a dormir.

## **EL POETA**

El origen del nombre de la pequeña ciudad de Hirschholm, en Dinamarca, está rodeado de muchas y sabrosas leyendas.

Corrían los primeros años del siglo dieciocho. Reinaba en esta época el piadoso monarca Cristián VI, quien tenía por costumbre acudir diariamente a la capilla real para hacer sus rezos.

Sofía Magdalena, la reina consorte, era muy aficionada a la caza. Una tarde de verano, en el transcurso de un largo día de cacería, consiguió dar muerte, en las orillas de un lago tranquilo, escondido en medio del bosque, a un hermoso ciervo.

Tanto agradó aquel lugar a la reina que dió las órdenes oportunas para que se construyera allí mismo un palacio, al que dio el nombre de Hirschholm, en memoria del ciervo. La obra resultó como la mayoría de las arquitecturas teutónicas de la época, ostentosa y remilgada. El palacio fue erigido en medio del lago; a su alrededor se construyeron amplios malecones por los que pasaban con toda su pompa y esplendor las lujosas carrozas reales, reflejándose boca abajo en aquellas aguas limpias, como se reflejaba el ciervo cuando fue cercado por la jauría de la reina.

La pequeña ciudad se fue formando junto al lago, cercana a las enormes caballerizas reales. Las primeras edificaciones fueron destinadas a casas para los empleados y servidores, algunas tabernas y tiendas modestas y una plaza que servía de solaz y cita para los primeros habitantes de aquella recién nacida ciudad. Durante la mayor parte del año reinaba en Hirschholm la tranquilidad y la paz más absolutas. Esta tranquilidad y esta paz eran perturbadas con la llegada de la corte con toda su magnificencia, en la época de la caza.

Cincuenta años más tarde, cuando gobernaba en Dinamarca Cristián VII, nieto de la reina Sofía Magdalena, tuvo lugar en Hirschholm el origen y la mayor parte de la horrible tragedia de su joven reina inglesa, Carolina Matilde. Esta princesa joven y patética, de color blanco sonrosado y pecho abundante, navegó por el Mar del Norte a la edad de quince años para casarse con un rey corrompido y sin corazón, de edad no mucho mayor que la suya, pero ya muy cerca de aquella demencia que le dominaría años más tarde; era un especie de Calígula en miniatura, cuyo retrato da la impresión de un extraño complejo de soledad y desilusión.

Después de unos pocos años desgraciados, que fueron para la joven doncella inglesa aburridos y deprimentes, mientras el rey se dedicaba a cabalgar la reina encontró su fatal destino. Se enamoró profunda y desesperadamente del doctor llamado a Alemania para tratar por medio de las nuevas curas de agua fría al pequeño príncipe enfermo. Este doctor era un hombre brillante, destacado y famoso en su época.

La gran pasión real hizo que fuera elevado a los puestos más destacados del reino, donde brilló sorprendentemente como estrella de primera magnitud, una especie de tirano pleno de temeridad. Luego esa misma pasión los arruinaría a los dos. Pasaron muchos ratos amables en Hirschholm, donde Carolina Matilde impresionaba a los daneses vestida con traje de hombre, atuendo que a la vista de sus retratos no parece que le sentara muy bien. Fue el rencor de la anciana reina viuda lo que cercó a los amantes y los mató. El doctor fue decapitado por malversación de las regalías de la corona de Dinamarca, y la joven reina fue enviada al destierro, donde murió. La virtud triunfó en forma funesta y lúgubre, y el palacio fue abandonado y finalmente

demolido, en parte porque la familia real no gustaba de él, y en parte, por que se estaba hundiendo en el lago.

Desapareció todo esplendor, y en el lugar donde habla estado el palacio fue construida una iglesia en el estilo clásico de los albores del siglo diecinueve.

Muchos años más tarde se encontraban en las casas de los habitantes adinerados de Hirschholm, estatuas, tallas y mobiliarios dorados con guirnaldas de rosas y cupidos.

La pequeña ciudad, después que pasó la tormenta, dio durante muchos años la impresión de algo entumecido por un duro golpe, venido a menos. Nadie pensaba que esto pudiera suceder y mucho menos en forma tan rotunda y decisiva. Tal vez quedarán ocultos en los muros de las casas de Hirschholm y en sus mismas calles restos de simpatía para la joven y alegre reina, que tantas veces había sonreído para ellos.

Haber sido escenario donde se dieron motivos suficientes para decapitar a un hombre, es cosa muy seria, y los habitantes de esta pequeña ciudad solamente les bastaba mirar al lugar donde estuvo el palacio para comprender el pecado.

En todo el país se sufrieron tiempos muy difíciles: guerras, la pérdida de la flota, la bancarrota del Estado, la economía severa. Los días frívolos del siglo dieciocho se fueron para siempre.

Solamente unos cincuenta o sesenta años después de la tragedia de la joven reina y de su amante, la ciudad tuvo un renacimiento agradable.

No podía estar siempre arrepintiéndose de pecados en los que en realidad no tenía parte ni culpa. Estaba decidida, igual que el resto del país, a vivir con la convicción de que la prudencia es la mejor virtud.

Cuando uno se ata con demasiada fuerza a los cuidados y preocupaciones, agrada pensar en tiempos y gente despreocupada y libre.

También es verdad que aunque a nadie le gusta que sea puesta en duda la virtud de su madre, las frivolidades de las abuelas suelen ser cosas encantadoras para reírlas. Desde que los hombres comenzaron a dejarse crecer las patillas y las damas a usar tirabuzones, los pecados de las personas empolvadas han aparecido románticos, como las pasiones y los crímenes de los escenarios.

Llegó por fin la hora en que los poetas podrían trasladarse de Copenhague a Hirschholm para recitar rimas sobre la desgraciada reina Carolina Matilde y su

sombra galopando en el bosque.

Los árboles plantados con el espíritu generoso de la gente del dieciocho, que se había conformado con pasear junto a arbustos de seis pies de altura con objeto de dejar a las generaciones venideras la sombra y el ramaje, habían crecido y se habían hecho viejos. Bajo sus verdes enramadas, las damas y los ancianos que vieron, siendo niños, a la reina cabalgar a través de los puentes de piedra con sus perros, o al rey en su coche como una muñequita de blanca cara, empolvado y con corsé, no entendían la excitación de la vida cortesana de las lindas doncellas, matronas y jóvenes de la ciudad.

Por este tiempo vivían en Hirschholm dos hombres que se distinguían, por razones distintas desde luego, del ciudadano medio.

El primero era la figura preeminente de la ciudad, ciudadano de gran influencia y hombre, no sólo de riqueza y prestigio, sino gran atractivo.

Se llamaba Mathiesen, y por sus cualidades había sido nombrado *Kammerraad* o Consejero de la Cámara.

Más tarde sería erigido un busto en su memoria, a la entrada de una de aquellas avenidas por las que gustaba de pasear.

Tenía entre cincuenta y cinco y sesenta años, y vivía tranquilo y satisfecho en Hirschholm. Pero, naturalmente, había sido joven y vivido en otros lugares. Estuvo en Alemania y Francia durante los años fatales e inquietos que precedieron al idilio: los días de la Revolución francesa y de las guerras de Napoleón.

Allí había visto y probablemente tomado parte en ellas, muchas cosas sobre las que la pequeña ciudad no había soñado; las personas que le conocieron de Joven decían que había vuelto con ojos distintos, pues los de su Juventud eran azules y los de ahora color verde.

Si había perdido las ilusiones, no era probable que le importara mucho la pérdida; a cambio había adquirido un talento extraordinario para procurarse una vida placentera y agradable.

Probablemente no hay lugar mejor que una ciudad pequeña para llevar una vida tranquila.

El consejero, que habla enviudado hacía quince años, tenía una excelente ama de

llaves y una bodega que hubiera hecho honor a un rey.

Se rumoreaba en Hirschholm que cuando estaba solo se dedicaba a hacer punto de cruz; en realidad no habla razón alguna para que se privara de este pasatiempo, si le bacía ilusión Entre los tesoros que había adquirido en sus viajes y traído a su casa de Hirschholm, no había ninguno que valorara en más alto precio que sus recuerdos de Weimar, donde vivió durante dos años, y la seguridad de haber respirado el mismo aire que el gran Goethe.

Es gran cosa haberse visto cara a cara con personaje tan destacado, y es ley de vida que una cosa entre todas nos impresione más que las otras; la imagen de aquella ciudad y del gran poeta se grabaron indeleblemente en su imaginación.

Allí estaba el hombre ideal, el *superhombre*, si hubiera estado inventada la palabra, que sabía combinar en sí mismo todas las cualidades que la humanidad envidia. Poeta, filósofo, hombre de Estado, amigo y consejero de príncipes y amado de las mujeres.

El consejero se había encontrado con Goethe muchas veces en sus paseos matutinos, y hasta le habla oído hablar con los amigos que le acompañaban.

En una ocasión fue presentado al gran hombre y sus ojos contemplaron de cerca los del Gigante, olímpicos aunque humanos, y cambió con él algunas palabras.

El poeta y Herr Eckermann habían estado discutiendo una cuestión sobre la arqueología nórdica, y Herr Eckermann pidió la colaboración del joven extranjero para que suministrara nuevos datos al tema.

Goethe le preguntó entonces sobre el asunto y le rogó muy cortésmente si podría procurarle cierta información. Mathiesen hizo una profunda inclinación y contestó: - *Ich bin Eurer Excellenz ehrerbietigster Diener.*

El consejero no era hombre ordinario ni tenía las ambiciones ordinarias de los hombres. Consideraba mucho su posición en Hirschholm, y realmente tenía razones para ello, pues en su existencia no habla ninguna apetencia que no fuera satisfecha.

Si durante el resto de sus días acarició la ambición por creerse entre sus conciudadanos un superhombre, sería un sentimiento solamente conocido de él. En la vida real nunca expresó tales deseos.

Era un hombre de anchas perspectiva, que a la primera mirada vela las cosas a todo lo largo y a todo lo ancho.

Sostenía ideas propias sobre el paraíso, y puesto que su generación había sido educada en la idea de la vida eterna, también pensaba en la inmortalidad. Su paraíso tendría que estar en Weimar, colmo de la dignidad, la gracia y la brillantez. A pesar de ello sus sentimientos y convicciones sobre el otro mundo no le eran de vital importancia y los hubiera dado de lado sin mucha pena.

Pero tenía una fe grande y firme en la historia y en la inmortalidad que ella puede proporcionar a cada uno. La había visto ya a su alrededor, había notado sobre sus mejillas su soplo bienhechor y sabía que el Emperador y los héroes de la Revolución francesa estaban más vivos que los funcionarios y los comerciantes de Hirschholm, que diariamente levantaban el sombrero en las calles en señal de saludo, o le hacían observaciones insignificantes y agradables.

La honda impresión que la poesía había hecho en él, manifestada en toda su grandeza, fue lo que hizo que este arte ocupara lugar tan destacado en sus planes. Porque ¿quién puede hablar de lo que un hombre ama, si es tan poco lo que conocemos del interior de los corazones?

Fuera de la poesía no había para él verdadero ideal en la vida, ni inmortalidad. Era, pues, natural que tratara de escribir también poesías.

A su regreso de Weimar produjo una tragedia con tema de la historia antigua de Dinamarca, y posteriormente escribió algunos poemas inspirados en las leyendas de Hirschholm.

Pero como era buen crítico de arte, se dio cuenta pronto de que no era poeta. Comprendió que la poesía debía venir a su vida por otro camino, y reconoció que su participación pudiera ser la de Mecenas, papel para el que disponía de muy buenas cualidades y por el que creyó alcanzar aquella inmortalidad que buscaba con tanto esfuerzo.

Pronto encontró lo que estaba buscando en la persona de un joven que vivía también en Hirschholm, y que en este tiempo era un escribiente del Juzgado del distrito. Sobre todo, aunque este privilegio lo conocían sólo el consejero y el interesado, era un gran poeta.

Se llamaba Anders Kube y tenía veinticuatro años de edad. No era persona de buen ver, y sin embargo si un artista deseara pintar un cuadro sagrado y buscara modelo para, el ángel, lo hubiera hallado en él.

Su frente era ancha y sus ojos azules y enigmáticos. Para el trabajo usaba gafas, y

cuando se las quitaba y miraba al mundo sus ojos tenían una mirada clara y profunda, la misma que posiblemente tuvieran los de Adán cuando paseó por primera vez por el jardín y contempló a las bestias.

Por su gracia y su donaire, reflejados en todos sus movimientos, su cabello rubio y abundante y sus manos excesivamente grandes era un ejemplar casi perfecto del tipo de aldeano danés, que entonces habla que buscar entre los sacristanes o los violinistas.

De los dos mundos en que vivía, el que le daba su sustento diario era muy limitado; consistía en la oficina del Juzgado del distrito, donde tenía sus habitaciones, al final de la escalera, muy bien cuidadas por su patrona, que le tenía aprecio; y los bosques y los campos que rodeaban a Hirschholm, por donde solía vagar en sus horas libres.

También era bien recibido en las casas de algunos pocos ciudadanos de Hirschholm, amables y respetables, para jugar con ellos a los naipes y escuchar controversias políticas; tenía amigos entre los carreteros que soltaban las caballerías y cenaban en la posada, lo mismo que entre los miembros de una extraña tribu de carboneros que transportaban el carbón desde los grandes bosques cerca de Elsinore hasta Copenhague.

En la casa del consejero mantenía una posición propia de su existencia. Tres años antes, cuando llegó a la ciudad por primera vez, llevó cartas del anciano boticario Lerche para el consejero, de quien era amigo, y en ellas se le recomendaba como joven de talento y muy industrioso; debido a ello Anders Kube recibió una invitación fija para cenar todos los sábados en casa del consejero.

Estas noches del sábado eran para él en extremo agradables y amenas, y produjeron en su ánimo muchas impresiones inolvidables. Nunca había tenido ocasión de escuchar tanta sabiduría mundana, tantos frutos ricos y sabrosos de la experiencia. Probablemente el consejero le hablaba a él más clara y abiertamente que a ninguna persona, si bien el joven no tenía la menor idea de que desempeñara un papel tan importante en la vida de su protector.

Tampoco tenía noción alguna sobre una teoría que el consejero había estudiado y desarrollado y que consistía en que aquel joven tenía que ser conservado y custodiado en una especie de jaula o cárcel, con objeto de que no se malograra un solo ápice de sus cualidades y numen poético. Quizá esta teoría se basara en las experiencias propias del consejero. Tal vez sintiera que él mismo, en el curso de los acontecimientos, había perdido los poderes y los ideales esenciales al poeta. O tal vez fuera cuestión de instinto. En cualquier caso, en su corazón llevaba hondamente

arraigada la convicción de que debía guardar a su protegido.

Mientras pudiera estar tranquilamente en Hirschholm, paseando desde la pensión a la oficina, las fuerzas que habla en él tendrían necesariamente que manifestarse en forma de poesía. Pero si el mundo y sus influencias se apoderaran de su ánimo, entonces tal vez su protegido se perdiera para la literatura, arrastrado a los tumultos y las rebeliones contra aquella ley y orden de las que el consejero era firme y fiel defensor, y terminara sus días en una barricada. No obstante las experiencias cosechadas por el anciano consejero a lo largo de su vida le habían provisto de una profunda compenetración de la naturaleza humana. Nadie podría sospechar al ver al Joven Andera Kube que pudiera nunca llegar a las barricada», pero por la mente del consejero experto pasó la idea de que en las barricadas suelen encontrarse muy a menudo personas que nadie hubiera creído verlas allí.

Sucediera lo que fuese, lo cierto era que el anciano cuidaba del Joven como si fuera una especie de amante, como cuidara un noble y poderoso Sultán a la más hermosa de su harén, para la que tuviera reservadas grandes cosas.

El consejero nunca pudo tener conocimiento de que él mismo estaba rodeado, a los ojos de su protegido, por un halo poético. Éste había sido creado al principio de la estancia del Joven en Hirschholm por una historia que narró su patrona, cuya autenticidad era dudosa, que decía así: El consejero era, como ya se ha dicho, viudo, pero antes de llegar a serlo tuvo que sufrir mucho.

La señora Mathiesen fue una heredera muy modesta, oriunda de Christiansfeld, sede en Dinamarca de los Hemhuten, secta puritana muy severa, parecida a los jansenistas de Francia.

Una tarde de verano, dos años antes de su muerte, perdió súbitamente el conocimiento en un ataque de terror ad demonio, y quiso matar a su esposo o matarse a sí misma con una «tijeras».

Inmediatamente mandaron a buscar al viejo doctor, que experimentó con ella todas sus artes sin conseguir resultado alguno satisfactorio; como no había cerca ningún hospital para esta clase de pacientes, la alojaron en casa del Jardinero del antiguo palacio de Fredensborg, a escasa distancia de Hirschholm, gente sencilla y de buen corazón, que además debían el empleo a las influencias del consejero.

Allí vivía, sin recobrar la razón, aunque en mejor estado de ánimo; creía que había muerto y se encontraba en el cielo en espera de su esposo. A veces, expresaba sus

temores de que éste no llegarla nunca, porque decía que era un gran pecador; pero se resignaba confiando en la gracia y en la misericordia de Dios.

La narradora de esta historia, que habla sido sirvienta en casa de la señora Mathiesen, era la única persona, fuera del estrecho círculo familiar, que sabía los orígenes de estas crisis.

Aquella tarde del mes de Julio, después de una tormenta y mientras un doble arco iris alegraba el paisaje, el consejero y su esposa, con una Joven, hija de un funcionario de la Corte, que había ido a Hirschholm para recuperarse de un desengaño amoroso, se disponían a salir de paseo.

La señora Mathiesen estaba en sus habitaciones poniéndose el sombrero, cuando por la ventana vio a la muchacha que cogía un pensamiento amarillo y lo colocaba en la americana del consejero.

Para una Hernhuten debía haber en un pensamiento amarillo o en el doble arco iris algo mágico. La realidad fue que a la vista de aquello la señora Mathiesen sintió unos efectos que nadie hubiera podido prever.

Dos años más tarde, aproximadamente en la misma época del año, el consejero recibió noticias de Fredensborg de que su mujer había mejorado considerablemente, que ya no decía que estaba en el cielo y que creían que le vendría bien que la visitara.

La noticia produjo una honda emoción y alegría en el consejero. Pensó que sus sufrimientos y su separación forzosa de su mujer habían terminado; que pronto volverían a reunirse para seguir viviendo plácidamente en Hirschholm. Sin hacerse esperar, montó en su birlocho, llevando él mismo las riendas.

Recorrió la distancia que mediaba entre Hirschholm y el antiguo palacio de Fredensborg a gran velocidad. Durante el poco tiempo que duró el recorrido se fue forjando en el ánimo una gran cantidad de ilusiones y esperanzas, todas halagüeñas y prometedoras de felicidad.

Se apeó de su carruaje y penetró sin esperar a más en el jardín. Allí cogió un pensamiento amarillo y lo colocó cuidadosamente en la solapa de su americana.

Pero el encuentro entre marido y mujer no dio los resultados apetecidos. El jardinero y su esposa habían observado con más cuidado a la señora Mathiesen. Cuando llegó el consejero estaba en la ventana de sus habitaciones esperándole. Pero tan pronto como le vio fue presa nuevamente de su antigua turbación y desvarío. Tuvo un

ataque de locura tan frenético que tuvieron que buscar ayuda.

Volvió a su anterior estado de locura, del que ya no se recobró más, muriendo un año más tarde.

El joven Kube no admiraba ni maldecía al consejero por su papel en el drama.

Sin embargo, su imaginación ensanchaba todas las cosas que calan dentro de su alcance. En su pensamiento las cosas se agigantaban, como esas enormes sombras que aterrorizan y amedrentan a los que viajan por las montañas.

Por esto el consejero comenzó a desvanecerse como el espíritu que salió de la botella de Solomón y se manifestó al pobre pescador de Bagdad; todos los sábados, por la noche, el joven poeta se sentaba a cenar con Loki.

La mayoría de las noches restantes estaba solitario; como empleado pobremente pagado, por instinto era muy cuidadoso del dinero, y animado por su patrona, cenaba gachas, dejando al gato que bebiera la leche con él. Luego se sentaba muy quieto, mirando al fuego, o en las noches de verano a la superficie del lago, dejaba que todo el mundo le abriera sosegadamente su corazón, que le revelara y descubriera cosas extravagantes y desordenadas que a él le parecían naturales y viables.

El joven hijo de la tierra, atado a un registro, tenía el alma la mentalidad de los antiguos Eddas, quienes crearon un mundo formado por dioses y demonios y lo llenaron de montañas [y de abismos desconocidos en su país; o también la mentalidad juguetona y traviesa de aquellos antiguos místicos que poblaron el país con centauros, faunos y deidades de las aguas, que no siempre se comportaban con la debida corrección.

Aquellos paisanos daneses que eran por ley natural sus descendientes, tenían, bajo una gravedad parecida a la de un chiquillo, la alegría retozona y desvergonzada de un payaso.

Generalmente no eran comprendidos más que cuando dejaban traslucir ese lado de su ser. A menudo se daban a la bebida.

Pero Anders Kube se dedicaba todavía a escribir, porque creía que eso era lo más correcto. Escribió pequeños poemas sobre la araña en un manojo de rosas, pero más tarde sus creaciones tomaron caminos totalmente diferentes, distanciados de la forma y del fondo de las que escribió en principio.

Algunas noches salía de la pensión y no regresaba hasta el amanecer. Su patrona, a pesar de sus esfuerzos y pesquisas, no podía enterarse nunca del lugar donde habla pasado la noche.

A pocas millas de Hirschholm había una finca con una agradable casa solariega, rodeada de árboles y preciosos campos, llamada “La Liberté”. Nadie habla vivido allí desde hacia muchos años.

El propietario era un anciano boticario, el mismo que entregó a Anders Kube cartas de recomendación y presentación, pero tenía sus negocios en Copenhague y en toda su vida habla sido capaz de encontrar un hueco de tiempo para tomar un merecido descanso.

A la edad de setenta años, después de leer algunos relatos románticos de viajes, se decidió a ver el mundo y comenzó por un viaje a Italia. Un halo de aventura rodeó a la empresa desde un principio. Creció mucho más cuando experimentó en Nápoles los efectos de un movimiento sísmico. En esta misma ciudad se encontró y entabló amistad con un compatriota, figura misteriosa descrita unas veces como capitán de un barco mercante y otras como director de teatro. Murió en brazos del boticario y dejó apenada a una larga familia.

Desde Nápoles, el anciano informó a sus amigos que se habla hecho cargo de la hija mayor de esta familia y que estaba pensando en realizar los trámites necesarios para adoptarla como hija; pero desde Génova, quince días después, escribió comunicando que se habla casado con ella.

“¿Por qué habrá hecho eso a su avanzada edad?”

Esta era la pregunta que corría de boca en boca entre las amistades de su casa. Pero nunca dio explicación alguna sobre el particular. Murió en Hamburgo, al regreso de su viaje, y dejó su Inmensa fortuna a sus parientes y “La Liberté” con una pequeña pensión a su Joven viuda. Esta llegó y se estableció en la mansión a finales del invierno de 1836.

El consejero acudió a ofrecerle sus servicios y tratar de enterarse de la aventura de Nápoles que mató, según sus sospechas, a su viejo amigo.

Encontró a la joven viuda, discreta y recatada, dispuesta a contestar a todas sus preguntas. Era una joven de baja estatura, ágil y sutil como una muñeca; pero no como las muñecas de hoy en día, que son imitaciones del rostro y formas de los niños, sino como las muñecas de los tiempos antiguos que se acercaban hacia un

ideal abstracto de la belleza femenina. Sus grandes ojos eran claros y transparentes como el cristal, y sus largas pestañas y delicadas cejas eran negras como pintadas sobre la cara.

Pero lo más destacado de aquella mujer era su rara agilidad en todos sus movimientos, que tenían mucho parecido con los de un pájaro. Poseía lo que el consejero conocía, en términos técnicos del lenguaje del "ballet", por un *bailón*, una ligereza que no solamente es la negación del peso, sino que parece llegar más lejos y disponer a la criatura para el vuelo, como si tratara de ser más ligera que el aire.

Sus vestidos de luto y sus sombreros eran en cierto modo más elegantes y vistosos que los que comúnmente se velan y usaban en Hirschholm; o tal vez por haber sido comprados en Hamburgo parecieran un poco extraños, como cosa nueva y no vista en la pequeña ciudad.

Bien por ser demasiado cuidadosa con el dinero o porque sus gustos fuesen sencillos, no cambió nada de la antigua casa, ni sustituyó ninguno de aquellos muebles viejos, mohosos y pasados de moda que hablan llevado una existencia solitaria y abandonada.

En el salón habla una caja musical grande y de mucho valor, comprada en Rusia. Parecía gustarle pasear y sentarse en el jardín, pero no consintió que lo cuidasen y quitaran la hierba que habla crecido durante años.

Aparentemente se vela en ella inclinación a portarse con corrección y buenos modales; recibió la visita de las señoras de la vecindad, quienes le dieron buenos consejos y recetas para hacer salsas y el pan de jengibre; pero hablaba muy poco, avergonzándose tal vez de su extraño acento al hablar el danés.

Otra característica observó el consejero en ella: su gran timidez y aversión a que nadie la tocara. Nunca besó ni acarició a ninguna de las señoras que la visitaban, como era la costumbre en Hirschholm, y se disgustaba claramente cuando le hacían objeto de sus caricias y halagos.

Había algo en aquella muñeca que intrigaba. Las damas de Hirschholm no tomaron aquello en consideración.

Esta forma de comportarse de la joven viuda fue criticada y comentada y su nombre se extendió dentro de la sociedad de Hirschholm mucho más de lo que se hubiera extendido si la nueva extranjera no se manifestara de forma tan poco corriente.

Nunca consideraron que aquella Joven viuda sería peligrosa; ni creyeron que sería

rival, ni siquiera en la confección del pan de Jengibre.

Muchas damas se preguntaban si su razón no estaba trastornada. El consejero participaba de esta opinión y le desagradaba la forma de proceder de la Joven viuda.

“Hay algo que todavía no ha revelado”, pensaba cuando reflexionaba sobre ello.

El día de Pascua, el consejero y Anders acudieron a la iglesia de Hirschholm. Lucía el sol y el lago que había junto a la iglesia tenía un color azul claro, pero el día era frío. De vez en cuando cala algún chaparrón.

Los narcisos atrompetados, las coronas imperiales y las “Diclitra”, que los daneses llaman “corazón de un lugarteniente” porque al abrir los capullos aparece dentro una botella de champaña y una danzarina, abundaban en los pequeños jardines que rodeaban la iglesia, maltratados por el viento y la lluvia.

Las mujeres campesinas que acudían a recibir la sagrada Comunión, con gorros bordados en oro, tenían que luchar con sus pesados faldones y las cintas de seda al entrar en el templo.

En el mismo momento en que el consejero y su protegido llegaban al atrio de la iglesia la Joven dama de “La Liberté” apareció en un landó tirado por dos hermosos caballos y se detuvo frente a la puerta.

Se habla quitado sus velos de luto, cumplido un año desde la muerte de su esposo; vestía ahora una capa de color gris pálido y un sombrero azul. Parecía tan feliz como una paloma.

Como en aquel momento el consejero estaba conversando con el párroco, fue el joven Kube el que se acercó para ayudarla a descender del coche. Por respeto a la viuda de su antiguo patrón tuvo el sombrero en la mano mientras pasearon juntos unos momentos. El consejero observaba la escena desde el pórtico, y se sintió atraído extrañamente por la pareja. No quitaba sus ojos de ellos. Los dos jóvenes estaban tímidos y como avergonzados.

Junto a la gracia del semblante del joven y la agilidad de movimientos de ella, tal timidez daba al encuentro una particular significación, un matiz intrigante, como si algún secreto se resistiese a ser revelado.

El propio consejero no se explicaba su extrañeza.

“Es como el estreno de una obra musical, o la lectura del primer capítulo de una novela. Estoy seguro que si el gran Goethe hubiera podido ver lo que yo estoy viendo habría sacado algo en claro.”

Luego penetró en el templo en actitud pensativa.

Durante todo el tiempo que duraron los sagrados oficios el consejero estuvo dando vueltas en su mente a lo que terminaba de contemplar, intentando sacar conclusiones para explicarse los motivos de la honda impresión que le produjo la escena, Últimamente habla estado bastante intranquilo sobre su poeta. El joven esclavo suyo se habla mostrado como si tuviera la mente fija en otras cosas y aquello no le importara o no le día«trajera en absoluto. Y por si esto fuera poco habla faltado a la cena, cosa inusitada en él, los dos últimos sábados.

En sus modales habla como un desasosiego inconsciente y los síntomas de una melancolía, sobre lo que el consejero estaba muy preocupado, pues sabia que no encontrarla remedio alguno contra ello.

Por una conversación con su patrona sacó la conclusión de que el joven se daba con exceso a la bebida.

“Es cierto que muchos grandes poetas fueron bebedores empedernidos, pero en este caso en que yo he de hacer de Mecenas no encaja este vicio. Bajo la influencia del vino, que yo sé desempeñó un papel muy importante en la historia de la familia de este joven, puede escabullirse de mi influencia y marcharse a tocar el violín en las bodas de sus paisanos.”

El consejero se opuso en su día a una subida de sueldo para el joven en la oficina judicial, creyendo que no le ocasionarla ningún beneficio.

Ahora se le ocurrió que lo que necesitaba era el matrimonio. La joven viuda con su pequeña renta y la casa blanca de “La Liberté” pudiera haber sido preparada por la Providencia como la esposa ideal para el genio.

Desde el lugar reservado para los hombres al lado derecho de la nave del templo, sus ojos se volvieron dos o tres veces hacia los bancos de las mujeres. La joven viuda estaba inmóvil, absorta con las palabras del párroco, en su rostro la expresión —de una profunda alegría interior.

Al Anal de los oficios religiosos, cuando estaba de rodillas, profundamente conmovida llevó a su rostro un pequeño pañuelo. El anciano se preguntaba si escondía con él un llanto o una sonrisa.

Después de asistir a los oficios el anciano y el joven se dirigieron juntos a casa del consejero.

Al cruzar el puente un chaparrón de granizo ocultó el paisaje y les obligó a abrir los paraguas; se detuvieron sobre el puente de piedra para contemplar la calda de los granizos sobre el agua y a los dos cisnes del lago huir bajo los arcos. Sumidos en hondos pensamientos permanecieron allí más tiempo del que pensarán.

El sermón de Pascua había llevado a la cabeza de Anders un montón de sombras que lentamente iban tomando forma en el firmamento.

“María Magdalena —pensaba— fue precipitadamente al amanecer del viernes a casa de Caifás. Había tenido aquella noche una visión en la que le había sido adelantado que en la tarde del día siguiente se rasgaría el velo del templo. Había visto abrirse las sepulturas y a los santos salir de ellas. También había contemplado al Ángel del Señor levantar la piedra del sepulcro y sentarse sobre ella. Lanzaba reproches muy duros a los sacerdotes por la monstruosidad que iban a cometer crucificando a Dios. Eran sus palabras tan sentidas y sinceras que llegaron a persuadir a los ancianos de que lo que iban a hacer era el único crimen verdadero de toda la historia de la Humanidad.

”Luego celebraron una reunión en el salón secreto, donde una lámpara iluminaba los rostros barbudos. Algunos sacerdotes aterrorizados pidieron que el prisionero fuera puesto inmediatamente en libertad; otros entraron en éxtasis y profetizaron a grandes gritos.

”Pero Caifás con los más ancianos discutieron la cuestión y acordaron que tenían que llevar a cabo su proyecto.

”María Magdalena, desesperada, les habló de los pecados y de las miserias terrenas, sobre lo que ella sabía mucho, y de la santidad de Cristo. Pero cuanto más escuchaban más se endurecían. Caifás llamó a Satanás para discutir con él la cuestión. Como su personificación, entró Judas, el pelirrojo, y suplicó que aceptaran la devolución de sus treinta monedas de plata.

”Al ser rechazada su petición les pintó el futuro miserable que esperaba al pueblo escogido, que sería desde entonces perseguido y despreciado en el mundo.

”También describió a los sumos sacerdotes el “ghetto” de Amsterdam que una noche de sábado me describiera el consejero. La cabeza del anciano sacerdote se hundió al fin en un voluminoso libro.”

Todas estas ideas pasaron por la imaginación del joven Anders en el puente de piedra. Miró al consejero le encontró muy pensativo; pensó que su imaginación estaría también envuelta en las ideas del sermón.

La cabeza del Joven escribiente se tambaleaba. Durante la pasada noche se habla retirado tarde a descansar, Jugando a los naipes con los viajeros que se hospedaban en la posada.

Había dejado de granizar. Cerraron sus paraguas y siguieron caminando. También el consejero habla sacado del sermón bastante material para reflexionar. No comprendía cómo San Pedro, la única persona que estaba en antecedentes de todo y que podía estar en condiciones de impedir los acontecimientos, llegara a consentir que tuviera lugar la triste historia del canto del gallo.

Durante las tres semanas siguientes el tiempo fue apacible, aunque todavía lluvioso.

El suelo se iba cubriendo de hierba y en el aire había una suave fragancia. Faltaba solamente un día de sol que despejara los nubarrones.

Los ciruelos florecidos alegraban los alrededores de las alquerías. Más tarde, los bosques de hayas se cubrieron de anémonas, de hojas digitadas, con un aroma a la vez dulce y amargo.

Un jueves de finales de mayo el consejero cenaba en Elsinore con un amigo, oficial de servicio en el Estrecho.

Estas tertulias obedecían a las festividades anuales, ocasión para que se encontraran y saludaran felices los viejos amigos.

La fiesta terminaba siempre demasiado tarde. Desde Elsinore a Hirschholm hay una distancia de trece millas, pero esto no preocupaba al consejero, puesto que las noches en Dinamarca, durante aquella estación, eran muy claras.

Subió a su birlocho y se recostó sobre su capa gris, mientras Kresten su anciano cochero, cogía las riendas del caballo; medio soñoliento percibía las bellezas de la noche de mayo y el olor de los campos Junto al camino por donde viajaban.

Un poco antes de llegar a Hirschholm se rompió algo en los Arreos del tiro. Tuvieron que parar el coche y Kresten dijo que necesitaban pedir prestado un trozo de cuerda en la alquería vecina para reparar la avería.

El consejero miró a su alrededor y se dio cuenta de que se encontraban Justamente a la entrada de la finca de “La Liberté”.

Temiendo de que Kresten hiciera demasiado ruido y perturbara el sueño de la señora de la casa decidió ir él mismo. Como conocía la casa del guarda podía llamar a su ventana sin despertar a nadie sino al guardián.

Bajó del coche, un poco aterido, y emprendió el camino poco antes del amanecer.

El aire estaba impregnado del aroma de los árboles y la hierba mojada y fresca. Sobre el camino enarenado habla pequeños charcos de agua. Caminaba lentamente porque entre los árboles estaba oscuro.

Una alameda desviaba el camino hacia el corral. Súbitamente oyó una música. Se detuvo unos momentos, sin apenas creer lo que estaba oyendo, para llegar al convencimiento de que no habla alucinación alguna.

Música de baile salía de la casa. Caminó breves pasos, y se detuvo luego nuevamente extrañado. ¿Quién podía estar tocando y bailando allí momentos antes del amanecer? Abandonó el camino que le llevaba a la ventana del guarda y se dirigió directamente a la entrada principal de la casa, cruzando sobre la hierba húmeda de la pradera. Vio la fachada de la casa iluminada y luz a través de las contraventanas.

“Sin duda alguna —pensó— la joven viuda ha dado un baile esta noche.”

Las lilas del terrado estaban abiertas. Una fila de tulipanes conservaba cerrados sus cálices blancos y rosados. Todo estaba muy quieto y sereno. El consejero recordó dos líneas de un antiguo poema:

*“El céfiro gentil cesa tu bamboleo.*

*Nuevamente te aquieta la cuna de la Naturaleza”*

En los momentos que preceden a la salida del sol el mundo parece Incoloro.

Los ricos matices de la noche se hablan esfumado y todos los colores del día yacían dormidos sobre el paisaje.

El anciano, gris sobre la capa gris, era invisible incluso para alguien que le buscara. No se atrevió a poner la mano en la ventana por miedo a hacer ruido. Con las manos en la espalda se inclinó hacia adelante y observó. El salón, con sus tres ventanas

abiertas al terrado, estaba pintado de azul celeste muy descolorido por el tiempo. Habla poco mobiliario en la habitación y los pocos muebles que se veían hablan sido retirados Junto a las paredes. Un candelero colgaba del techo en mitad de la habitación con todas las bujías encendidas. La caja de música rusa estaba abierta, y tocaba una música deliciosa.

La señora de la casa estaba en medio del salón. Vestía las ropas transparentes y leves de una danzarina de “ballet”, y sus pequeños zapatos sin tacones estaban atados a sus tobillos con cintas de encaje negras.

Sus brazos estaban graciosa y artísticamente combados sotar» su cabeza. Totalmente inmóvil, escuchaba la música.

En el momento que terminó la mazurca la joven volvió súbitamente a la vida. Levantó la pierna derecha, lenta, muy lentamente, con la punta del pie apuntando directamente al consejero, cada vez más alta y más alta como si fuera a despegarse de la tierra y emprender el vuelo. Luego, con la misma lentitud, comenzó a bajarla hasta tocar con la punta del pie con un suave golpecito no mayor que el dado con el dedo sobre una mesa.

El espectador quedó sin aliento. Había visto muchos “ballets” en Viena, pero aquello le pareció mucho más que lo mejor que había presenciado.

La joven abrió los brazos en un movimiento audaz y veloz giró sobre sí misma y comenzó a bailar. El baile era fogoso y encendido, de duración no mayor de dos minutos; un susurro, una flor, una danza flameante, un juego contra la ley de la gravitación, una pieza de alegría celestial.

Era también una escena teatral: amor, dulce inocencia, lágrimas, expresado todo con música y movimientos. Hizo una pausa breve, pero luego continuó, como si se hubiera rebasado un límite.

Cuando la música terminó la bailarina cayó al suelo tras un salto gracioso, como si sus piernas hubieran sido cortadas con unas tijeras.

El consejero sabía mucho de baile y valoró la actuación de la joven viuda como de primerísima calidad. Valoró esta aparición como un espectáculo digno del mismo Zar Alejandro, al viniere al caso.

El consejero se alarmó y se retiró hacia atrás.

Cuando volvió a mirar la vió ya vestida, aunque en estado vacilante e indeciso. Pero

no volvió a oírse la música.

En el salón había un gran espejo. Colocando la palma de la mano suavemente sobre el espeto se inclinó hacia adelante y besó su propia imagen plateada reflejada en él. Luego apagó una por una todas las bujías del candelero. Abrió la puerta y salió.

A pesar de su repugnancia a ser visto por nadie, el consejero se quedó aún en el terrado durante uno o dos minutos. Estaba tan asombrado como si hubiera sorprendido en aquella mañana temprana de mayo a Eco, la ninfa del aire y de la tierra, practicando y ensayando todo aquello en las inmensidades de los bosques.

Cuando se separó de la casa quedó maravillado ante la grandeza del paisaje que se dominaba desde "La Libertó". No se había dado cuenta anteriormente de esto. Desde aquel terrado se dominaba toda la comarca, verde y ondulante, incluso hasta lo más alto de las montañas.

En la distancia lejana, el Estrecho brillaba como una faja de plata y sobre éste se levantaba el sol.

Volvió a su coche, en actitud reflexiva. Estúpidamente acudieron a su imaginación unos ritmos infantiles:

*"Oh, no es culpa de la gallina que el gallo esté muerto.*

*Es culpa del ruiseñor que canta en el huerto*

Se había olvidado en absoluto de la cuerda. Cuando fue informado por Kresten que había logrado reparar la avería sin necesidad de cuerda, no encontró ninguna palabra que decirle.

Durante el tiempo que duró el camino estuvo completamente despierto. Le parecía que tenía mucho que hacer antes de colocar todas las piezas del ajedrez sobre el tablero. Las ideas eran propias de un hombre que en su vida diaria pasa muchas horas enfrascado en libros o leyes y que había estado jugando al tresillo la noche pasada con tres antiguos amigos suyos, que seguían estando solteros.

Estaba claro que la viuda del boticario no era ninguna Christiane Vulpius, para sujetar a nadie. Tal vez, por el contrario, llevara en sí virtud suficiente para elevar del suelo al joven que él había elegido para, ella, y posiblemente los dos volaran sin decir dónde, pero lejos de su influencia y supremacía.

No le preocupaba en modo alguno que ella le hubiera decepcionado y engañado; al

contrario, le gustaba por eso, por haberle proporcionado una sorpresa poco común en su vida.

“He encontrado lo que buscaba —se decía para sus adentros—. Tiene esta mujer una particularidad especial, que si sé sacar ventaja de ella me permitirá no perder a mi poeta. Además me gustaría retenerles a los dos bajo mi férula. Espero que sabré usar de mí experiencia para lograrlo.”

Se quitó el sombrero y el viento de la mañana temprana le acarició las sienes.

“Yo —seguía con sus pensamientos— no soy un hombre tan viejo, si me comparo con el que ella tuvo que tratar. Además soy rico, persona muy cotizada y estimada y creo que hasta merecedor de las cosas más caras de la vida. ¿No podré conseguir que baile para mí una tarde? Esto me proporcionarla una vida totalmente distinta a la que he llevado anteriormente. El poeta, por su parte, seguirá siendo mi protegido y el amigo de la casa.”

Sus pensamientos llegaron todavía más allá a medida que el sol subía sobre el horizonte.

“Un amor desgraciado es una buena fuente de inspiración. Esa clase de amor ha producido las mayores y más famosas obras de la historia. Un deseo vehemente y desesperado de la esposa de su benefactor haría, tal vez, de este joven un poeta inmortal. Se desarrollarían indudablemente escenas dramáticas. Los dos jóvenes se verán obligados a sujetarse, leales a mi autoridad; tendrán que sufrir mucho, ya que el amor y la juventud son cosas muy fuertes.”

Luego se preguntó:

“Pero ¿qué pasará si ellos no obedecen ni cumplen mis deseos? ¿Qué sucederá si los dos deciden separarse de mi y huir definitivamente de mi presencia y protección?”

El consejero tomó rapé; su nariz se retorció un poco ante la sensación de bienestar que le proporcionó el polvo.

Su viaje estaba terminado. En aquella mañana la pequeña ciudad parecía estar en el fondo del mar. Los tejados rojos destacaban como un semillero de coral rojo intenso; el humo azul subía hacia lo alto del cielo como finas algas.

Los panaderos estaban sacando el pan tierno y caliente de los hornos. Aquel aire matutino hacía al consejero sentirse soñoliento, con soñolencia plácida y agradable. Tanta placidez le llevó a pensar en el viejo dicho que los campesinos llaman la

oración de los solteros:

*“Os suplico. Señor, que nunca sea atrapado por los lazos matrimoniales. Y si algún día cayera en ellos, concededme que nunca me convierta en un cornudo. Y si soy víctima de esa desgracia, que yo no me entere de ella. Si finalmente, llegara la noticia a mis oídos, concededme. Señor, que no lo tome en cuenta, que no entristezca mi alma.”*

Estos son los pensamientos que puede abrigar un hombre cuya mente es una habitación perfectamente limpia y de la que con plena seguridad nadie sino él tiene la llave.

La tarde inmediata, sábado, Anders acudió a cenar, como era su costumbre habitual, a la casa del consejero. A los postres leyó un poema sobre un joven campesino que descubrió a tres cisnes silvestres, hembras, que se transformaban durante la noche en tres doncellas para bañarse en el lago. El campesino roba las alas que uno de los animales habla dejado junto al lago y tomó a la doncella por esposa. Pero un día ella encuentra sus alas, las recobra, se las coloca, vuela sobre la casa y desaparece en el aire.

“¿Por qué escribe esto? —se preguntó el consejero—. ¿Cómo puede escribir semejante cosa? ¡Sí, él no la ha visto bailar!”

Los bosques de hayas de la provincia reverdecieron y se llenaron de hojas. Una lluvia gris cayó durante días sobre toda la comarca, como un velo de novia. De pronto una mañana todos los bosques aparecieron verdes y frondosos.

Esto acontece en Dinamarca todos los años, en el mes de mayo; acción milagrosa de la naturaleza que impresiona a todos como algo sorprendente e inexplicable. Durante los largos meses del invierno uno ha estado dentro de los bosques expuesto a los vientos y a la tenue luz del cielo. Luego, súbitamente, llega el mes de mayo, con la virtud de construir una especie de cúpula sobre la cabeza, y crea un refugio, santuario misterioso para los corazones humanos.

La fronda, clara y suave como la seda, se reparte por doquier como penachos de pelo fino, nuevas alas con que la floresta se viste y se ofrece para deleite y contemplación de los mortales.

Al día siguiente o al otro día parece que se caminara bajo un emparrado. Todos los contornos perpendiculares producen la impresión de una calda o de una ascensión.

Los álamos, como columnas de peltre gris, no solamente crecen de manera

sorprendente y llegan desde la tierra hasta el infinito, sino que elevan la impresionante bóveda del espacio aéreo.

La luz de dentro, menos clara que anteriormente, parece, sin embargo, más potente, llena de significación, impregnada de los secretos que son en sí mismos claridad, aunque inconcebibles para el género humano.

Aquí y allí algún roble viejo y arrugado, más lento para echar las hojas, se abre también una mirilla en el cielo. La fragancia y la frescura lo circunda todo como en un amable abrazo. Las ramas, doblándose desde la altura, parecen acariciarnos o bendecirnos; el que contempla aquella transformación maravillosa de la naturaleza tiene la sensación de caminar bajo una bendición incesante y graciosa.

En esta época todo el país se dirige a los bosques. Allí saborea una gloria que no durará siempre, pues pronto las hojas se ensombrecerán y se alargarán.

La gente de la ciudad emigra a los bosques, en coche o a pie; allí cantan y juegan entre los altos árboles, llevan pan y mantequilla y se preparan café sobre el tupido césped.

El consejero también acudía a disfrutar de la frondosidad y frescura de los bosques y repetía el *Domine, non sum dignus*.

El joven Anders confundía sus registros en la oficina, dejaba la cama sin deshacer por las noches; y, desde “La Liberté”, Fransine salía con su nuevo sombrero de paja en la mano.

Cuando la naturaleza estaba en su apogeo el consejero recibió una visita de su amigo el conde Augusto von Schimmelmänn. A pesar de una diferencia de quince años, los dos estaban unidos por muchos lazos y gustos comunes.

Cuando el joven conde tenía quince años, el anciano consejero ocupó por un año el puesto de un amigo suyo que murió, tutor del muchacho, y más tarde se encontraron en el extranjero, en Italia. Allí los dos hablaron y discutieron amigablemente sobre libros y religiones, sobre pueblos y ciudades lejanas.

Hacia algunos años que no se hablan visto, pero este apartamiento no obedecía más que a una crisis atravesada por el conde, durante la cual estuvo dedicado a prepararse para sí una especie de *modus vivendi* y en cuya empresa su viejo amigo no podía serle de ninguna utilidad o ayuda.

El conde Augusto era, por naturaleza, de disposición pesarosa y melancólica.

Deseaba ser muy feliz, pero no sabía, no disponía de ingenio para proporcionarse la felicidad. En su juventud habla sufrido mucho por esta condición.

“En algún sitio, en algún lugar del mundo —se habla repetido machaconamente— tiene que existir una felicidad grandiosa, admirable, el *fons et origo* del poder que se manifiesta de por sí en las delicias de la música, de las flores y de la amistad.”

A este efecto habla coleccionado muchas y variadas clases de flores, habla estudiado la música con extraordinario tesón y se habla hecho de muchos amigos.

En ocasiones habla saboreado una vida de placer y se había encontrado a gusto y feliz. Sin embargo, no habla conseguido llegar a la causa y origen de estas satisfacciones y de esta felicidad, ni habla logrado penetrar en el corazón de las cosas según eran sus deseos incontenibles.

Cuando el tiempo fue pasando le ocurrió una cosa terrible que luego se convirtió para él en tan buena como cualquier otra.

En el transcurso de su vida habla optado por aceptar la felicidad de la vida de forma distinta; no como él creía y esperaba realmente que fuera, sino puramente como un reflejo dentro de un espejo, tal como otras personas la velan. Esta evolución interna tuvo sus comienzos cuando inesperadamente heredó una inmensa fortuna. Dejado a sí mismo, quizá no hubiera pensado mucho sobre aquel feliz acontecimiento, ni le hubiera dado mayor importancia, puesto que no sabía qué hacer con el dinero. Pero fue en esta ocasión cuando se impresionó profundamente por la actitud del mundo que le rodeaba. El hecho ocupó mucho tiempo a las personas que le conocían y rodeaban; todo el mundo pensó que aquello constituía para él un hecho grandioso y espléndido.

El conde Augusto era de por sí muy envidioso; durante mucho tiempo había albergado dentro de su corazón esta angustia, particularmente hacia las personas estudiosas; de este modo, se encontraba en una posición excelente para valorar el peso de este sentimiento. Lo más agradable para uno después de pintar un cuadro y considerarlo digno de mérito y de aprobación, es que todo el mundo esté de acuerdo en ese mismo Juicio crítico. Esto contribuía de lleno a la felicidad del conde Augusto. Poco a poco consideró su vida sobre la envidia del mundo exterior, y optó por aceptar su felicidad según la cotización del día. Pero nunca cayó en el engallo de creer que el mundo tenía razón; trabajaba bajo un sistema de contabilidad por partida doble. En las entradas del mundo tenía muchas cosas para estar orgulloso y agradecido; en esta cuenta apenas tenía otra cosa más que activo. Tenía un nombre de abolengo, era propietario de las mayores haciendas y de las más elegantes casas

de Dinamarca; poseía una hermosa mujer, cuatro hijos, el mayor de doce años, una gran fortuna y un alto prestigio.

Era, además, un hombre sano y de buen parecer, y a medida que avanzaba en años aumentaba igualmente en salud y en gentileza, puesto que las dos cosas iban bien con su tipo; en esta época de su vida, finalmente, era una figura llena de personalidad.

En la Cámara de la Junta de Médicos fue denominado el Alcibíades del Norte.

Pero aparecía exteriormente más robusto de lo que en sí era. Estaba considerado como un hombre que gustaba y disfrutaba de la comida y la bebida, y dormía muy bien durante la noche. Pero la realidad era que ni disfrutaba de la comida, ni de la bebida, ni podía conciliar el sueño durante la noche; sin embargo, el hecho de ser envidiado por sus vecinos y amigos por estos beneficios se convirtió para él en un sustitutivo aceptable.

Hasta los celos de su esposa, desde este punto de vista, le servían de utilidad La condesa no tenía razón ni motivo alguno para estar celosa de su marido.

Era dudoso que entre todas las mujeres con que había tratado y conocido, hubiese habido una sola que le gustara más que su mujer. Pero los quince años de vida de casado y los cuatro hijos sanos, guapos e ingeniosos, hablan logrado curarle de sus desvelos y sospechas, de lágrimas y lastimosas escenas familiares que frecuentemente terminaban en desfallecimientos. Esto es lo que el conde Augusto, siendo joven, había considerado como la pesada cruz de los celos.

Ahora sus celos se fundamentaban en los planes de su marido. Le sugería o incluso trataba de probarle la posibilidad de que ya no fueran las damas de las comarcas vecinas o de la corte las que se enamoraran de él, cosa que daba por incuestionable, sino que fuera él mismo el que se enamorara de todas y cada una de ellas.

Al final llegó a depender de su actitud tanto que si su esposa se hubiera reformado y dejado a un lado aquellos celos absurdos, él lo hubiera echado de menos. Como el Emperador con sus nuevas vestiduras, paseaba dignificado, siendo su vida una Continua procesión, con pleno éxito en todos los aspectos, excepto en su mundo interior. No pensaba detenidamente en su sistema, pues no funcionaba mal y durante los últimos cinco años habla conseguido ser más feliz que anteriormente.

Mientras estuvo, como un pulpo coralino, construyéndose su mundo moral, el consejero no podía haberle hecho bien alguno, no hubiera podido ayudarle en nada aunque no le faltaran intenciones buenas y desinteresadas. Sabía muy bien que su

compañía no habría ayudado en nada a su buen amigo el conde Augusto. No tenía el defecto de la envidia, que siempre había tenido el conde, y probablemente su presencia hubiera derrumbado todo aquel edificio.

Ahora estaba ya firmemente asegurado y enquistado en su mundo moral, no sin ceder mucho, hasta el extremo de tomarlo todo un poco a chanza. Saludó a su antiguo amigo con verdadero placer. El consejero, por su parte, siempre estuvo dispuesto y deseoso de encontrarse con él. Si anteriormente había procurado huir de este encuentro, lo hizo sacrificándose en beneficio de su amigo. Pero sus deseos siempre fueron los mismos. Probablemente Diógenes hubiera gozado siempre y deseado encontrarse con Alejandro. Y a Alejandro le complació desde el momento en que declaró que si no hubiera sido Alejandro hubiera sido Diógenes. Quién sabe si al gran conquistador le hubiera gustado oír al famosísimo filósofo declarar que de no haber sido Diógenes le hubiera gustado ser Alejandro, y éste hubiera podido permitirse el lujo de un segundo encuentro con el Cínico, para discutir cuestiones referentes a la naturaleza de las cosas. Esto fue lo que hizo ahora el conde Augusto.

Los dos amigos pudieron pasar por un Alejandro y un Diógenes de 1836, cuando paseaban.

Vestidos de oscuro, parecían dos pájaros, cornejas o urracas por ejemplo, que hablan salido a disfrutar de aquellas tardes de mayo. Sentados en el bosque, comenzaron el diálogo: —A medida que vamos avanzando en la vida y atesorando día tras día experiencia —comenzó diciendo el conde Augusto— nos vamos dando cuenta del hecho humillante y lamentable de que así como dependemos de nuestros subordinados, pues yo por mí mismo bien sé que sin la colaboración de mi barbero me convertiría en el breve espacio de una semana en un verdadero fracaso, ruina social, política y doméstica, así, en el mundo espiritual, dependemos y somos vasallos de gentes mucho más estúpidas y necias que nosotros. Como bien sabes, yo he renunciado desde algún tiempo a esta parte a todas las ambiciones y aspiraciones artísticas, para dedicarme de lleno, dentro del campo de las artes, a su conocimiento y estudio crítico.

Y así era la verdad, pues el conde Augusto se había convertido en un crítico agudo y perspicaz de todas las obras artísticas. Después de una breve pausa empleada en la contemplación del paisaje maravilloso que les rodeaba continuó: —En ese estudio he aprendido que resulta imposible que yo o cualquier otro crítico inteligente no seamos capaces de decidir, dentro de veinte años, en qué período fue pintado un objeto determinado, una rosa por ejemplo, o determinar, más o menos aproximadamente, en qué lugar de la tierra fue llevado a cabo el trabajo. El artista ha

querido crear el dibujo de una rosa en abstracto o el retrato de una rosa determinada; pero nunca es su intención el ofrecernos una rosa china, persa u holandesa, o, según la época, una rosa barroca o de puro imperio. Si yo le dijera que era precisamente eso lo que habla realizado, no me comprendería. Tal vez se enfadara conmigo y me dijera escuetamente: “He pintado una rosa.”

"Yo he llegado a un nivel tan superior al del artista que puedo permitirme el gusto de medirle con unas medidas de las que él no tiene la menor idea. Pero, al propio tiempo, no puedo pintar y apenas si me es posible ver o concebir una rosa por mí mismo. Puedo únicamente imitar alguna de las creaciones del artista. Podré pintar una rosa al estilo chino, holandés o barroco, pero nunca tendría la decisión suficiente para pintar una rosa como ella parece ser. Y ahora pregunto yo: ¿cómo parece ser una rosa?

Colocó el bastón sobre las rodillas y quedó por breves instantes pensativo.

—Eso mismo sucede —continuó— con las ideas sobre la virtud y la justicia.

"Pero, al propio tiempo, debido a este superior punto de vista, a este nivel más elevado que me permite enjuiciar y conocer las cosas desde una postura ventajosa sobre la mayoría de los demás mortales, me considero en deuda con la gente sencilla y cándida que son mayoría y creen en la posibilidad de obtener una idea directa y absolutamente cierta de las virtudes abstractas. Estoy en deuda con esa clase de gente, en el sentido de que me creo en cierto modo obligado a aclararles el error en que se encuentran, a explicarles el Imposible que persiguen. Porque si su objeto fuera solamente crear una idea especial, ¿dónde se hallarían entonces las conjeturas del observador? Verdaderamente, amigo mío, mientras los necios y locos pueden obrar y valérselas sin nosotros, nosotros, por nuestros conocimientos superiores, tenemos que depender de esos mismos necios y de esos mismos locos.

"Cuando tú y yo —prosiguió después de una ligera pausa— en una mañana de paseo cruzamos ante el establecimiento de un prestamista sobre prendas y, señalando con el dedo al tablero en que están escritas estas palabras: “Aquí se plancha ropa, voy a que me planchen la mía”, yo te sonreiría al tiempo que te informara que allí no hay ningún planchador, que aquel tablero está puesto para venderlo.

Sin embargo, yo no tendría oportunidad de sonreír, ni demostrar superioridad, ni estaría allí el tablero pintado, si en un tiempo alguien no hubiera creído firmemente en la posibilidad de que allí podrían planchar ropa; gente convencida de la existencia de planchas.

El consejero le estaba escuchando con toda atención. Hubo unos momentos de silencio. Por la mente del consejero bullían algunos pensamientos, ideas que se le escapaban. Deseaba viva— mente aprovechar aquellos momentos, aquel paseo plácido por el bosque para confesárselas a su amigo.

“¿Por qué —pensaba— he de guardarlo para mí solo? ¿Por qué no he de confiar a mi buen amigo el conde Augusto mis proyectos, los planes matrimoniales, de los que todavía no he hablado a nadie, ni siquiera a la propia *madame* Fransine?”

No se hizo esperar más. Le pareció que era aquella su oportunidad, el momento de confiar sus secretos a un buen amigo.

Y así comenzó diciendo:

—Amigo mío, estoy totalmente de acuerdo con todas esas locuras y disparates sobre que terminas de hablarme. *Atter schützt vor Thorheit nicht*. Bajo este venerable sombrero de copa que cubre mi cabeza he estado yo, mientras te escuchaba, acariciando pequeños pensamientos que revoloteaban como aquellas dos mariposas amarillas.

Con su bastón señaló a dos mariposas que pasaban por delante de ellos. Luego continuó: —Pequeños credos, si me perdonas la frase, de virtud absoluta y de belleza. Estoy considerando seriamente mi entrada» en las cadenas de Himeneo, y si vienes a Hirschholm dentro de tres meses tal vez encuentres en mi casa a una señora Mathiesen que te reciba y te haga los honores.

El conde Augusto se quedó muy sorprendido. No esperaba en su amigo decisión semejante. Pero era tal la fe que tenía en el buen criterio, en la cordura y en la erudición de su amigo que delante de los ojos de su mente se formó instantáneamente la imagen de una belleza sazónada y agradable, ingeniosa y frugal, con una respetable dote. Sonriente, se apresuró a felicitar y desear muchos parabienes al consejero.

—Te agradezco con todo mi corazón esos buenos deseos que me demuestras en pro de mi felicidad y ventura, porque sé que son sinceros y proceden de un buen amigo. Pero todavía me queda algo por aclarar. Ella no sabe nada. No me he manifestado en este sentido y ni sé aún si aceptará, si estará conforme con mis proposiciones y deseos. Esto es lo que me preocupa. Ella no tiene más de un tercio de mi edad, y según creo un diablillo romántico dentro de su ser. No sabe hacer una tortilla ni zurcir unos calcetines; también puedo asegurar que nunca ha leído ni leerá la filosofía de Hegel. Si me caso con ella tendré que comprarle todas las revistas de

moda francesas, tendré que llevar el mantón de mi esposa a los bailes de Hirschholm, estudiar el lenguaje de las flores y dedicarme a narrar historias de fantasmas en las noches de invierno.

El conde Augusto recibió, al oír las palabras y confidencias del consejero, una ligera emoción que le hizo recordar los días lejanos. Le parecía que estaba viendo realmente al joven Augusto Schlmmelmann en discusión con su tutor, junto a la ventana abierta de la biblioteca de Linderburg.

Estos hablan sido los artificios y los ardides peculiares del consejero cuando se le presentaba cualquier cosa para su inspección. Si uno se encontraba confiado con sus ases y reyes sacaba un triunfo en el momento en que uno estaba totalmente confiado de que no quedaban por salir más.

De pequeño, cuando los demás muchachos jugaban en el otoño bajo los árboles pretendiendo que los castalios eran caballos, salía el con un pequeño jaula con ratones blancos vivos, por tanto más semejantes a los caballos que los castaños; o, cuando se dedicaban a comparar navajas con soldados pintados en sus cachas de madera, o anzuelos para pescar, sacaba de su bolsillo un poquito de pólvora, con lo que les indicaba que aquello tenía y podía surtir efectos más rápidos y eficaces que las navajas. Nunca habló mal de las adquisiciones y consecuciones de sus amigos; en sus argumentos no habla nada negativo. Pero llevaba en su ser una especie de diablillo familiar que en el momento justo sacaba la cabeza y exorcizaba las cosas y pensamientos de sus amigos, de forma que les hacía sentirse aplanados y remisos.

El conde Augusto había ido delante del consejero, confiado serenamente en su superioridad, cuando de pronto el consejero sacó del bolsillo una moneda brillante y la mostró como si fuera una joya.

El hombre joven habla estado pronunciando palabras de sabiduría y experiencia de la vida, y el anciano, como un descanso tras los pensamientos que producían los juicios del más joven, habla sacado una flauta y tocado solamente tres notas, las suficientes para recordar a su acompañante que todavía existían cosas como la música.

Los ojos del consejero siguieron el revoloteo de las mariposas que sallan de los árboles y desaparecían nuevamente entre ellos.

—Brillan —observó— como un ejército con banderas y armas rutilantes.

El conde Augusto se quitó el sombrero y lo colocó sobre las rodillas. La brisa suave y serena de la tarde corría entre sus cabellos como si fueran dedos acariciantes. Esta apacible sensación semejaba mucho a la antigua, como si las alas de las mariposas

amarillas hubieran tocado en su corazón.

De nuevo estaba paseando el joven Augusto enfrascado en sus reflexiones sobre la vida.

Con su bastón escribió en el suelo algunos círculos.

"¿Cuál es mi opinión sobre el goce del vino y las comidas? ¿Cuál es mi juicio crítico sobre lo que el mundo me atribuye de dormir bien durante las noches? ¿Cuál es, dónde está y en qué consiste mi goce de todas estas cosas?"

Se hacía estas preguntas al tiempo que recordaba las palabras que oyó hacia tiempo: "El que nunca ha comido el pan con lágrima«, el que no conoce las noches en vela y de insomnio, no sabe nada, absolutamente nada de los poderes celestiales."

Pero el conde Augusto no había pensado nunca en tales poderes.

Una figura apareció en un sendero del bosque. Se iba acercando a ellos y pronto el consejero reconoció a su protegido. Lo presentó a su amigo, y después de algunas pequeñas consideraciones le pidió que recitara para ellos algún poema.

En aquellos momentos no resultaba fácil acordarse de ninguno. El corazón de Andera, en primavera, giraba en círculos tan grandes como los que describen los planetas alrededor del sol. Pero al propio tiempo deseaba complacer a aquel caballero respetable.

Por fin recordó una pequeña balada y se dispuso a recitarla en seguida. Se trataba de un Joven que va a dormir a la selva y se introduce en un terreno habitado por hadas. Las hadas le aman y le miman, se preocupan de él con todo cariño y procuran hacerle la estancia agradable y feliz. En su recitado pintó las delicias de la vida del bosque.

Las hadas no duermen nunca, ni tienen idea de lo que es el sueño. El joven no puede resistir el deseo de dormir. Entonces las hadas, asustadas, despliegan todas sus energías y artes para mantenerle despierto. "¡Se muere! ¡Se muere!", gritan. Por fin, con gran dolor y pena para sus amigas, el joven muere por falta de sueño.

El poema agradó y satisfizo sobremanera al conde Augusto. Alabó su belleza y pensó en la hermosura de la reina de las hadas que tan encantadoramente habla descrito Andera.

—Ten cuidado —dijo el consejero— con las delicias de tierra de hadas. Para los pobres mortales, el valor del placer radica en su rareza. No sigas los consejos de los antiguos, cuando decían: “¿Es un loco el que no sabe que la mitad es mas que el todo?” Cuando el placer sigue en crescendo corremos el riesgo de quedar agotados, en peligro de morir.

Una idea se le ocurrió ahora al consejero.

“Este bosque verde —pensaba— podría muy bien ser el escenario de un drama.”

—El conde —dijo sonriendo al joven— se ríe de un pequeño secreto que le he confiado. También quiero hacerte a ti confidente, Andera. Sólo tú no te reirás de tu viejo amigo. Espero procurarte una Joven patrona para que le recites poemas. En ella quizá veas la belleza de tu reina de las hadas, de tus dríades, de tus ondinas, reflejada como en un espejo.

“Como en un espejo —se dijo ahora para si— momentos antes de amanecer.”

El Joven quedó en silencio unos momentos, sorprendido por la noticia que acababa de oír, del secreto confiado por su protector. Cuando se le pasó el asombro levantó el sombrero y dijo al consejero, mirándole con un acento grave: —Le deseo mucha felicidad y le quedo muy reconocido por haberme confiado semejante secreto.

Luego, en tono decidido, preguntó:

—¿Y cuándo será la boda?

—¡Oh! No lo sé. En la época de las rosas, Anders —repuso el consejero, confundido por la pregunta.

El Joven Anders, después de unos momentos, se despidió. El conde Augusto, buen observador, le siguió con la mirada.

“Pero ¿es posible —pensó— que el viejo consejero de Hirschholm tenga a su disposición, no sólo su viejo diablillo familiar, sino un Joven esclavo de la tribu de Asra que muere cuando ama?”

Comenzó a caminar. Mirando a su anfitrión, notó en sus ojos una mirada profunda. El conde se sentía de estirpe militar, y pensó, sonriente: “*Das ist die Freude eines Helden den Schonen Tod elnes Selden zu se fien.*”

Caminando junto al consejero, pensaba:

“¿Es que soñaré esta noche? El opio es como un ser brutal que le coge a uno por el cuello. El hachish, en cambio, es como un sirviente oriental, insinuante y sugestivo, que nos tiende un velo para cubrir el mundo que nos rodea. En sus sueños habla sido un rajá cazando a las bayaderas en sus bailes; habla sido director de la gran ópera de París; habla personificado a Shamil, cruzando intrépida y valientemente los pasos de las montañas del Cáucaso.”

Esta noche estaba inquieto.

“¿Qué tema elegiré para soñar? ¿Recordará las noches de mayo de Ingolstadt? Y, si lo elijo, ¿podré soñarlo? Y si puedo soñarlo, ¿lo haré?”

Después de cenar en casa del consejero ordenó le fuera preparado el landó con su par de caballos ingleses.

Muchos fueron los cumplidos que Intercambiaron los dos amigos antes de la marcha. El conde Augusto prometió volverle a visitar en la próxima oportunidad. Le deseó muchas felicidades y un rotundo éxito en su próxima boda, secreto del que sólo él y Anders Kube eran confidentes y depositarlos.

El día siguiente, cuando el consejero Mathíesen se disponía para ir a “La Liberté” recibió noticias que le demostraron que la Joven viuda de su antiguo amigo no era hueso fácil de roer. Las noticias le fueron facilitadas por su ama de llaves, en el momento que le entregaba el sombrero nuevo que habla sacado de su caja a instancias del anciano consejero.

Esta mujer, llamada Abelone, había servido en la casa durante más de quince años y aún se conservaba Joven. Era alta, de cabello rublo y de una extraordinaria fuerza física. Habla vivido en Hirschholm durante toda su vida y no existía el menor detalle de la vida de aquella pequeña ciudad que no conociera. Era extraño que hubiera algún secreto referente a ella; pero había quien decía que siendo muchacha de quince años se sospechó de ella como autora de un infanticidio.

El consejero la defendió siempre. Era indudable que no habría encontrado mejor economista, no solamente en la custodia y ordenación de la casa, sino en toda su existencia. Para ella, el despilfarro era pecado mortal, una abominación. Todo lo que caía bajo su alcance tenía que ser utilizado de un modo o de otro; nunca el anciano habla visto que aquella mujer tirara o desperdiciara ninguna cosa. Si no tenía sino una rata para el guisado, lo hacia y en paz. En su trato con ella observó siempre que cada palabra, cada movimiento o actitud personal era anotado, haciendo uso del

informe más tarde o mas temprano.

Aquel día procedió a dar cuenta al consejero de la conducta y comportamiento de su protegido durante la noche anterior. Hasta entonces habla considerado al joven como un artículo inventariado en la casa y le habla tratado con cuidado y amabilidad.

Este joven habla tomado parte en una fiesta en la posada. Cuando se terminó la cerveza prometió a sus camaradas que él se encargarla de suministrarles algo mejor. Con cuatro botellas de vino de misa habla obsequiado a sus contertulios. No estaba borracho, sino cuerdo y consciente de lo que hacía Además —añadió Abelone— habla brindado por la salud del consejero.

Mientras Abelone estaba hablando el consejero se miraba y remiraba en él espejo, decidiendo, con el nerviosismo propio de un pretendiente, ponerse otro corbatín. En estos momentos estaba anudándolo con todo esmero y solicitud. Lo que Abelone le contaba le espantó. Aquello era, en el mundo de Hirschholm, Lucifer que asaltaba las moradas celestiales.

Ahora se puso a mirar por el espejo a Abelone, detrás de él. Algo en sus modales, más que en su cara ancha y estancada, siempre como la puerta cerrada detrás de la cual guardaba celosamente su rico y abundante depósito de materiales y secretos, para hacer uso de ellos en los momentos que ella creyera conveniente, le dio la impresión de que ella estaba también espantada y conmovida. No había más que mirar a sus ojos. Abelone no era mujer chismosa y amante de aumentar las cosas y los sucesos. Lo que sabía de otras personas no lo soltaba así como así, y si decía cuatro botellas de vino de misa no eran ni más ni menos que cuatro botellas.

Si no quería que el diablo se adueñara de aquel Joven, ¿significaba esta actitud suya que le deseaba para ella? ¿Era el joven Anders la rata con la que ella esperaba hacer su guiso?

Ahora el anciano volvió a mirar a sus propios ojos y encontró en ellos los ojos de un buen consejero. Ser espectador en el momento en que Lucifer estaba asaltando los cielos podía proporcionar una muy considerable e interesante experiencia.

—Mi buena Abelone —dijo sonriendo—. Hirschholm parece tener cierto ingenio para los escándalos. Yo mismo di instrucciones al señor Anders para que retirara el vino. Tenia mis razones para sospechar que podía, por error, ser mezclado con ron y de ese modo, al no ser hecho de pura cepa de vid, no serla adecuado. Ahora el señor Anders se encargará de ver los modos y maneras de las que se ha de valer para reemplazar las botellas de vino que se ha llevado.

Sin más, se dirigió hacia “La Liberté” con muchos temas en que pensar. Hasta que no entró en la alameda, su imaginación no se puso a pensar en el futuro.

Cuando llegó no halló allí a la Joven dama; tuvo que esperar unos momentos en el salón.

Sobre una consola, Fransine habla colocado un vaso con un manojo de jazmines. El aroma suave y amargo resultaba fuerte, casi asfixiante en la habitación fría. Estaba el consejero un tanto nervioso por su propia e inmediata entrada en escena para desempeñar el papel de pretendiente. Sin embargo, no le preocupaba en lo más mínimo la respuesta de Fransine. Sabía que le aceptarla. Estaba muy segura de obrar en la vida como habla dicho.

El consejero se preguntaba ahora si cuando regresara de “La Liberté” aceptado, ella se ocuparla en pensar sobre su futuro como esposa.

Mientras esperaba, le pareció como si estuviera llegando a un entendimiento más íntimo con el mobiliario de la habitación. La espineta, la caja de música y las sillas hablan sido retiradas junto a la pared, como si se encontraran incómodas, molestas ante la presencia del consejero; como una muñeca que se espanta y atemoriza por la entrada de una persona.

¿Es que hablan terminado los tiempos del juego? Como si se tratara de seres animados, el consejero, amable y condescendiente, se dispuso a arreglarlos y colocarlos de la forma que a él le parecía mejor. Luego les dijo: —No he venido para destruir, sino para llenar y cumplir. Los mejores juegos van a comenzar muy pronto.

En el momento en que terminaba el consejero de pronunciar estas palabras, la joven señora Lerche, como devuelta nuevamente a la existencia, penetró en el salón con un vestido de rosa. La seguía su doncella, que llevaba el samovar y el mantel para el té de su huésped.

Después de unos breves momentos de conversación agradable pudo comenzar su proposición. Fransine le dio siempre la impresión de estar impaciente o complacida por terminar las cosas que comenzaba. No era persona amante de esperar.

Cuando él le habló de su amor y de sus audaces esperanzas, la joven Fransine empalideció mientras movía sutilmente su débil figura en el sillón. Sus ojos negros se encontraban con los del consejero y se apartaban inmediatamente. Aquella mujer deseaba terminar pronto, salir lo antes posible de la situación.

Le aceptó como no se había Imaginado, con una ligera emoción, como un refugio en

su vida. El consejero besó su mano y ella sintió un gran alivio con que tales momentos pasaran. Después, como dos prometidos, tomaban frecuentemente juntos el té. Fransine presidía las reuniones sentada en su sofá tras el alto samovar; el consejero para fingir alguna importancia le habló un día, mientras tomaban el té, de Anders y de las cuatro botellas de vino de misa. Esta noticia afectó a la joven Fransine mucho más de lo que el anciano consejero hubiera podido imaginar. Estaba patente en sus ojos una intensa emoción; parecía como si deseara que la comiera la tierra, desaparecer de este mundo para no escuchar, para no manchar sus oídos con tamaño pecado, con tan terrible abominación.

Cuando al fin se rehizo de aquella impresión y pudo hablar sus primeras palabras fueron para preguntar, mortalmente pálida, si el señor párroco tenía conocimiento de lo sucedido.

No esperaba el consejero encontrar en ella un respeto y un temor tan profundo por las cosas sagradas. Indudablemente era una cualidad amable, pero ¿había allí algo más que eso?

Le aseguró y reaseguró que habla decidido liberar al joven escribiente de las consecuencias fatales de su horrible pecado, de su gran torpeza.

Ella no contestó con palabras a las afirmaciones y promesas del consejero. Por única contestación le dirigió una mirada luminosa, tan lánguida y viva que llenó toda la habitación, como el aroma de los jazmines. Esto le hizo sentirse poderoso y benévolo.

—Quiero —anunció resueltamente— atemorizar a este Joven por su propio beneficio. El a mi me lo debe todo. Sin mi colaboración y ayuda no hubiera conseguido nunca su empleo, se encontrarla en estos momentos sumido en la más vergonzosa miseria, en la postración y en el abandono más abyecto y repugnante.

Las últimas palabras sobre la suerte que podía haber corrido el Joven Anders hicieron que Fransine empalidciera de nuevo.

—Además tú bien sabes, querida —siguió el consejero—, que este Joven promete mucho, que tiene ante sí una carrera brillante y halagüeña. Es triste y lamentable ver a un muchacho atolondrado e irreflexivo; es triste y lamentable, repito, ver arruinado el futuro de un gran hombre, de un hombre Joven y lleno de promesas. Además, para mí, es como si formara parte también de mi futuro, como si se tratara de un hijo mío querido. Al propio tiempo temo despertar en él una tozudez, una obstinación que no pueda dominar. Quizá la dulce Intervención de una mujer pueda despertarle mejores

sentimientos, tal vez, la suave y astuta mano femenina consiga excitar en este joven el sentido del bien y de la virtud. Es el tipo de persona que requiere un ángel tutelar y sería una cosa noble y loable en él si quisieras ayudarme a salvarle, si quisieras echarle una amable reprimenda.

Se arreglaron las cosas para que Fransine acompañara al consejero a Hirschholm a reprender y aconsejar a Anders Kube. Se puso un sombrero de color rosa a través del cual los rayos del sol realzaban la belleza de su rostro con un brillo rosado.

No era costumbre que una mujer joven viajara sola con un caballero. Aun con Kresten en el asiento de atrás, el consejero pensaba que los pasajeros que les vieran sacarían conclusiones referentes a su noviazgo y le agradaba el viaje. Fransine, por su parte, miraba al caballo trotador y parecía feliz y dichosa por haber sido elegida para llevar a cabo aquel cometido.

El consejero y su novia, que iba para ángel tutelar, subieron cogidos del brazo por las estrechas escaleras que conducían a las pequeñas habitaciones de Anders Kube, situadas detrás del gran limero que ahora estaba recién reverdecido. Allí encontraron a Anders con su hermana, casada con un capitán mercante de Elsinore, y al pequeño Jugando con su tío.

Esto complicaba el cometido de la Joven, pero la vista del niño alivió su corazón. Presagiaba que iba a pasar en esta compañía irnos momentos pacíficos y agradables. El hermano y la hermana se parecían mucho. Cuando el niño miró a Fransine, el corazón de la mujer cesó de latir; era como uno de aquellos *bambinos* que habla conocido en las iglesias de Nápoles, un querubín con los mismos ojos de Anders, que mostraban la personalidad del poeta como pudiera hacerlo un pequeño espejo.

Fransine se habla convertido, dentro de su elegante mantón, en protectora y patrocinadora del pobre pecador descarriado.

Estaba de pie, en actitud seria e inmóvil, moviendo pausadamente sus ojos negros; su rostro semejava al de Raquel cuando dijo a Jacob: “Dame hijos o moriré.”

Deseaba arrodillarse y coger al niño entre sus brazos para estrecharlo contra su corazón, pero dudaba sobre la conveniencia y la corrección de tal movimiento en aquellos instantes. Luego se le ocurrió que podía obtener los mismos resultados levantándolo a su nivel. Así, le colocó sobre una silla junto a la ventana; desde allí, el pequeño miraba primeramente a la calle, y luego se entretenía jugando con los dedos de Fransine dentro de sus guantes negros. El niño le miraba y contemplaba atentamente; nunca habla visto tantos bucles como los que llevaba su pelo; ella, al

darse cuenta de lo que llamaba la atención del niño, deseosa de divertirlo y entretenerle, se quitó el sombrero y echó hacia adelante toda su abundante cabellera. El niño reía emocionado; primero metía sus dedos entre los bucles, luego tiraba de los rizos con las dos manos riendo sin cesar.

Ahora le apretó contra su pecho, le miró al rostro y oyó un momento a su corazón como un reloj pequeño contra su propio corazón.

Cuando los demás la miraban, ella se ruborizaba. Olas de un color intenso cruzaban por su cara, pero a pesar de esto ella no cesaba de sonreír.

El Consejero comenzó a conversar con la joven madre sentada en el sofá; se tocaba con un pulcro sombrero. El niño estaba en su regazo, mientras que Anders y Fransine se habían acercado a la ventana.

Fransine creyó que habla llegado el momento para ornen— zar su cometido.

—Señor Anders —dijo—, El consejero, mi novio —corrigió— me ha contado con mucho sentimiento y dolor que tiene razones para estar enfadado. No está bien lo que ha hecho. No puede repetir esa acción. Tal vez no sepa que en Hirschholm abunda mucho el hambre y la miseria; tal vez no sepa que en esta pequeña ciudad el diablo es dueño de muchos corazones. Yo le pido, le suplico con toda mi alma, que no haga estas cosas que llevan irremisiblemente las almas a su perdición y condenación eternas.

Aunque le hablaba en tono tan solemne y serio, su rostro conservaba un reflejo de la sonrisa de momentos antes. Este reflejo y esta sonrisa permanecieron grabadas en sus facciones aun cuando siguió hablando y aconsejando, hondamente conmovida y emocionada.

Anders no entendía una sola palabra de todo lo que le estaba diciendo. Restregó los ojos temiendo que estuviera en un sueño. No podía creer que Fransine hubiera cambiado tan radicalmente en su forma de hablar; le parecía imposible que aquella mujer joven e inteligente hubiera cambiado su tono de voz para hablarle de modo tan solemne, para echarle en cara un hecho punible que había cometido, y para rogarle y suplicarle que no volviera nuevamente a caer en aquel pecado, en aquella tentación. No podía comprender los motivos de actitud tan extraña. Ni a qué venían semejantes palabras.

Anders con aquel talento y capacidad para el olvido que el consejero no había apreciado bastante en su protegido, tenía olvidado desde hacía mucho tiempo todo lo relacionado con el tema. Se limitaba a sonreír, de la misma forma que ella lo hacía.

Sus facciones cambiaban cuando cambiaban las de ella. Tomaban luz y sombra una de otro, como dos espejos colgados en una habitación frente por frente.

Fransine veía que la situación no se iba a desenvolver como debiera, pero no sabía qué hacer.

—El consejero —añadió— le quiere como si fuera hijo suyo, y si no hubiera sido por su ayuda se encontraría en la mayor miseria, o tal vez hubiera muerto de hambre. Es persona sabia y comprensiva. Conoce mejor que nosotros cómo deben comportarse las personas en este mundo.

Cogió con su mano un pequeño objeto que colgaba de su cadena de oro. Era una pequeña pieza de coral, en forma de cuerno, que la gente de Italia usa como talismán.

Mire —le dijo—. Me lo dio mi abuela. Tiene virtud para protegernos contra el ojo. Ella creía que libra también de la viruela y de nuestros malos pensamientos. Por estas razones me lo entregó a mí. Tómelo ahora y Dios quiera que le sirva para recordar y seguir escrupulosamente los consejos de su protector.

Anders cogió el pequeño amuleto que le ofrecía Fransine. Al juntarse sus manos por unos instantes, una súbita palidez penetró el rostro de los dos.

Desde el lugar que ocupaba en el sofá, el consejero pudo ver con el rabillo del ojo que estaban en juego grandes fuerzas.

Vió cómo su novia entregaba al joven una especie de amuleto que semejaba un par de pequeños cuernos.

Como esto era lo que esperaba el viejo consejero tenía que estar contento. Acompañado de Fransine bajaron cogidos del brazo hasta el lugar donde Kresten les esperaba con el coche.

Como no estaba bien visto por la sociedad de Hirschholm que una pareja de novios, aun cuando como en el caso presente el novio fuera hombre de cierta edad y la novia viuda, estuvieran mucho tiempo a solas, fue Anders quien durante los meses de verano tuvo que hacer de señora de compañía del consejero en sus frecuentes visitas a “La Liberté”.

Los tres tomaban el té en el terrado, y Fransine preparaba algunos platos italianos que hacían al consejero recordar otros días y otras cosas.

Luego el consejero contemplaba a los dos jóvenes que le eran tan queridos. Se encontraba tan feliz como raras veces se había encontrado en su larga vida.

“Resulta difícil —pensaba— imaginarse un idilio más perfecto.”

Algunas veces los ademanes y las posturas de su joven pastor y de su joven pastora le sorprendían y le intranquilizaban; esto le hacía recordar una historia que había leído en un libro de viajes: Una expedición de exploradores británicos al llegar a una aldea habitada por negros se encontraron con una partida de prisioneros, que estaban tras una empalizada siendo cebados para servir de bocado en la mesa de sus aprehensores.

Los británicos, indignados, ofrecieron comprar su libertad, pero las víctimas rehusaron este favor pensando que pasaban la temporada más agradable de su vida.

“¿Será posible —reflexionaba el consejero— que los dos jóvenes tengan planeado escapar y lo estén ocultando?”

Para Anders la situación se había simplificado por su decisión de quitarse la vida el mismo día de la boda de Fransine; esta decisión la había tomado cuando se enteró del consentimiento de ella para unirse en matrimonio con el anciano consejero protector. Antes de que el consejero se dirigiera a “La Liberté” para pedir la mano de Fransine, Anders ya sabía que ella accedería, que aquello era tan inevitable como la muerte misma.

Siempre fue muy reservado con respecto a sus propios planes y en esta ocasión creyó que su decisión no concernía ni afectaba a nadie más que a él. Por estas razones no reveló a nadie sus propósitos. Si el consejero hubiera tenido conocimiento de ellos, no solamente lo habría impedido, sino que le habría disgustado seriamente.

Anders tenía talento y capacidad para la amistad, y en modo alguno hubiera deseado causar pena a ninguno de los dos.

Para evitarlo pensó hasta en pedir prestado un barco de vela a un amigo suyo, pescador de Rungsted, y de este modo provocar un naufragio para morir por accidente. Su amigo era marinero hábil y experto y lo podía arreglar todo. De cuando en cuando tenía algún sentimiento extraño hacia Anders Kube, como figura central de sus propios poemas. En conjunto, tenía detrás de su empalizada unos ojos tan serenos y sosegados como los prisioneros de los negros del cuento.

Aparte de esta idea central que le guiaba en todo momento, tenía en su cabeza un

gran poema, una especie de canto del cisne que debía de concluir. Habla escrito anteriormente sobre los bosques y sobre los campos y confiaba en el mar para el último abrazo, dejando ahora que todos sus pensamientos giraran alrededor de él.

Náyades y tritones danzaban en las olas en su último y gran apodo; las ballenas, como densas nubes, pasaban sobre sus cabezas; los delfines, los cisnes y los peces jugaban en la espuma de las imponentes olas, y los vientos sonaban como flautas formando grandes orquestas.

Se lo leyó a Fransine, una tarde, en “La Liberté”.

Para ella resultaba natural el vivir de este modo, en precario y en la incertidumbre. No tenía idea real del tiempo; no distinguía entre el tiempo y la eternidad. Precisamente por este rasgo de su carácter, algunas de las damas de Hirschholm llegaron a considerarla como un poco enajenada mental. Nunca como ahora se habla sentido tan feliz y venturosa; y frecuentemente dudaba si la incertidumbre de su duración y de su futuro no podría ser también una nueva faceta de la felicidad.

Por lo demás sus pensamientos y su forma de ser seguían los pensamientos y las formas de ser de Anders. Leyó su último gran poema, y como versaba todo sobre el mar compró su ropa de novia en tonos celeste y azul marino.

Durante estos meses el consejero fue conociendo cada vez mejor a su novia y a menudo le sorprendía su extremado descuido y desprecio de la verdad. El era de por sí un reformador de la existencia, y en muchos puntos estaba de acuerdo con ella; hasta en esto halló los métodos de su prometida conformes y fácilmente ajustables a sus propios planes. Pero esta capacidad, esta aptitud suya le impresionó muchas veces.

“Es —se decía— un truco especialmente femenino, un *code de femme* de economía práctica aprobado por innumerables generaciones. Las mujeres, cuando se trata de buscar la felicidad.

Se levantan contra una *force majeure*. Por eso se les puede disculpar cuando Interrumpen la felicidad para declarar que las cosas son, de hecho, como ellas desean que sean. En la práctica, han conseguido que este remedio casero sea Indispensable en la vida.”

Por este modo de pensar y de proceder fue proclamado por su joven prometida bueno, Inteligente y generoso. El no tomó esto como un cumplido personal; probablemente esta misma fórmula había sido utilizada por la Joven viuda en sus relaciones con el anciano boticario Lerche. Todos los regalos que le hacía el

consejero eran bonitos para ella; los sermones del anciano pastor Abel de Hirschholm resultaban altamente conmovedores y emocionantes; el aire, el ambiente era delicioso cuando salía con él a dar un paseo.

Una excepción, que confirmaba la regla general de la felicidad de aquella mujer, la constituían las frecuentes y auténticas turbaciones que le proporcionaban sus vestidos y sus sombreros.

El consejero nunca pudo saber si habla acudido en busca de refugio a esta especie de religión femenina, por necesidad personal, o por el contrario, habla sido iniciada en ella por algún sabio Néstor femenino.

El consejero al ver a su protegido absorto en su nueva obra, le pidió que se la leyera. Anders no vió razón alguna para que su viejo amigo no conociera los resultados de su Inspiración y recitaba algunos trozos de vez en cuando.

El anciano estaba muy Impresionado; su mente se llenaba de admiración rayana con la idolatría. Le parecía que estaba fuera del tiempo y del espacio.

Discutió mucho sobre ello con el poeta y hasta le dio algunos consejos, que eran tenidos en cuenta por el Joven poeta, y de una manera o de otra los reflejaba luego en sus épodos. El consejero pasaba los meses de verano, unas veces haciendo el amor a su joven prometida, y otras escribiendo poesía para su novia, por poderes; una situación picante, que duraría hasta el día de la boda.

El joven poeta dedicaba todos sus esfuerzos a la creación de bellos poemas, de obras que consideraba las últimas, como el auténtico canto del cisne con que planeaba despedirse de este mundo el mismo día de la boda de su viejo protector y la joven Fransine.

Dos días antes del de la boda el consejero recibió de un amigo de Alemania un ejemplar de la nueva novela titulada *Watty; Die Ztveiflerin*, de la que era autor el joven Gutzkow. Esta nueva obra se agitaba con fuerza entre las olas de la indignación y de la disputa.

Como se recordará, Wally y César se amaban mutuamente, aunque no podían casarse, porque Wally estaba comprometida con el embajador de Cerdeña. César pide que para simbolizar el matrimonio espiritual entre los dos se manifieste para él, en la misma mañana de la boda, totalmente demuda en cu plena belleza.

Existe un viejo poema alemán en el que Sigune se revela de esta forma a Tchionatulander.

El consejero estaba tan interesado en leer la novela, que la llevó consigo en su visita a “La Liberté”, se sentó bajo la sombra de un árbol del terrado y se puso a leer, mientras que los dos Jóvenes iban a ver a una zorra que Fransine guardaba en la zorrera.

El consejero creyó que en la semana próxima no le quedaría mucho tiempo para leer y que por lo tanto tenía que terminar su libro aquel mismo día.

Leía;

“A su izquierda aparece una escena de belleza arrebatadora. Sigue se descubre con más timidez y vergüenza que Venus de Médicis tapa su desnudez. Permanece desvalida, imposibilitada, cegada por la divina locura del amor. Ha sido el amor mismo el que ha solicitado esta gracia de ella y ella ha entregado todo, hasta su voluntad en manos del amor. Todo en ella es rubor, inocencia y devoción. Y como señal de que hay un principio piadoso que santifica la escena, no florece en ella ninguna rosa rota; solamente un lirio blanco y alto ostenta su lozanía Junto a su cuerpo y la cubre como un símbolo de castidad.

”Un segundo de silencio, eso es todo.”

El consejero cerró el libro y se recostó contra el respaldo de la silla como si estuviera mirando al cielo; en esa postura cerró los ojos. El aire bajo la copa del limero estaba lleno de una luz verde y dorada, con el suave aroma de los tilos y el zumbido de innumerables abejas.

“Esto es muy bonito —pensaba—, muy bonito, a pesar de que el viejo profesor Menzel fulmine contra ella su maldición. Un sueño de los tiempos dorados, de la inocencia y de la dulzura eternas. Dejemos a los críticos que digan que tales cosas no acontecen; eso en realidad nada importa cuando en el marco de la imaginación ha nacido una flor.”

Oía a Fransine y a Anders hablar a cierta distancia, aunque no podía enterarse del tema de su conversación.

Desde la zorrera los dos jóvenes bajaron al huerto para *coger* algunas lechugas, guisantes y zanahorias frescas para la cena. Parte del huerto estaba sombreado por una hilera de viejos y encorvados abedules que formaban la valla.

Por una abertura vieron los campos de fuera; dos Jóvenes doncellas se encaminaban en aquella tarde serena con los cántaros sobre la cabeza a ordeñar a las vacas lecheras; sus cuerpos proyectaban largas sombras a través del campo de trébol.

Fransine pidió a Anders su parecer sobre la zorra de cría.

—Si la suelto en el otoño —preguntó—, ¿podrá buscarse la comida por sí sola?

—Yo la soltarla —informó Anders —a menos que no se haga tan familiar con tus gallineros que vuelva todas las para hacer de las suyas.

Por su Imaginación pasó la imagen de la zorra de cría, solitaria y con dientes afilados, trotando hacia “La Liberté” en las noches de invierno.

—Entonces —dijo Fransine— tendrás que venir tú y cogerla de nuevo.

—Pero entonces yo ya no estaré aquí —dijo Anders sin pensar.

—¿Cómo? —preguntó extrañada—. ¿Qué altos cargos, qué nuevos nombramientos harán que te alejes de nosotros, Anders?

—Tengo que partir —dijo al fin.

Fransine no discutió su decisión. Probablemente sabía mucho de la dura obligación, señora de los hombres y de los dioses.

Después de breves Instantes le miró tan intensamente como si quisiera ofrendarle con la mirada todo su ser.

—Pero, si no estás aquí —dijo— esto quedará muy...— Reflexionó unos momentos y luego prosiguió—: Esto quedará muy frío... muy triste...

Anders le comprendió bien. Una ola Inmensa de pena y de se adueñó de todo su ser y se arrojó a sus pies. Indudablemente su partida sería para ella muy fría, muy triste. Anders sabía muy bien.

—¿Qué he de hacer entonces? —preguntó ansioso.

Ella permanecía en pie delante de él. A excepción de que estaba vestida y sus dos manos reposaban ligeramente sobre los frunces de su vestido, tenía la misma postura y actitud de la Venus de Médicis sobre la que el consejero estaba leyendo en aquellos momentos.

Anders, al contemplarla, recordó que anteriormente la había visto como un niño que nunca, por nada del mundo, perderla a su muñeca favorita; pero ahora la veía de diferente forma. Veía la muñeca que no podía perder nunca a su niño, el niño que

tenía que jugar con ella, vestirla y desvestirla, recrearse y extasiarse en su compañía; ahora era un muñeca sin dueño, extraviada y abandonada —Anders —dijo—. Durante las semanas que siguieron la Pascua, cuando nos reuníamos con mucha frecuencia en la casa del consejero, en la jira que hicimos a Rungsted, ¿lo recuerdas?, entonces me dijiste que tu única felicidad era quedarte aquí durante toda tu vida, en mi compañía, como un amigo mío.

Anders no habló. El solo pensamiento de aquellas semanas después de la Pascua le molestaba y dañaba horriblemente.

—¿Es posible que seas tan olvidadizo?

—Escúchame, Fransine —dijo—. Soñé contigo hace dos noches.

Ella sonrió al oír estas palabras y mostró mucho interés en escuchar su sueño.

—Soñé —prosiguió— que los dos caminábamos por una gran playa, abandonada y solitaria. Soplaba un fuerte viento. Entonces tú me dijiste: ¡Oh! Que esto no se termine nunca.” Pero yo te contesté que era sólo un sueño. “¡Oh!, no —repusiste inmediatamente—, no debes de pensar eso. Mira, si yo me quito ahora el sombrero y lo arrojo al mar, ¿creerás todavía que es un sueño?” Tú, sin esperar a más, soltaste el sombrero, lo arrojaste y las olas lo arrastraron muy lejos. Pero yo seguía aún pensando que era un sueño. “Oh, qué ignorante eres —me dijiste—; si me quito mi mantón de seda tal vez entonces te convenzas de que todo es real.” Te quitaste el mantón de seda, y desde la arena el viento lo levantó y lo llevó muy lejos. A pesar de todos tus esfuerzos yo no podía apartar de mí el pensamiento de que todo aquello era un sueño, de que en ello no habla otra realidad que mi imaginación calenturienta. “Si corto mi mano izquierda —me dijiste—, ¿quedarás convencido?” Llevabas un par de tijeras en el bolsillo de tu vestido. Sin hacerte esperar, levantaste la mano izquierda y la cortaste como si fuera rosa. Y con aquello...

Se paró de repente y en su rostro se reflejó una palidez y una tristeza enormes.

—Y con aquello me desperté.

Fransine estaba de pie totalmente inmóvil. Tenía mucha fe en los sueños y se habla sentido a sí misma paseando con él por la playa, solitaria y abandonada, de la que terminaba de hablar. Pero ahora estaba recogiendo todo su arsenal, estaba haciendo acopio de sus fuerzas y de todos sus ardides para sostenerle junto a ella; tenía el miedo de que si le perdía, esta pérdida sería para ella un golpe muy fuerte.

Estaba dispuesta a cortarse por él la mano izquierda, si ese era su deseo, aunque

mejor estarla la mano en su sitio, donde estaba, bajo su cabeza.

Aquella tarde apacible de aire suave y puro sintió a su cuerpo como una rama de abedul fuerte y flexible, su cintura delgada cimbreándose como un mimbre, sus Jóvenes pechos como un par de rosas.

Su miraba estaba tan clavada en la de él y la de él en ella que hubiera sido precisa una potente fuerza para separarles.

Levantó la mirada y la tendió lentamente hacia él. Anders, por su parte, extendió su mano y tocó la punta de su dedo. Era aquel exactamente el gesto del Creador de Miguel Ángel transmitiendo la vida divina al joven Adán.

Aquella tarde, en el huerto de “La Liberté”, tuvieron lugar varias reproducciones del gran arte clásico. Allí, ambientados por la placidez de la tarde, se desarrollaron escenas tiernas, conmovedoras, escenas sublimes dimanantes de dos corazones que se amaban con locura y a los que el pensamiento de la separación los abrumaba llenándoles de amargura cruel y dolorosa.

El consejero se volvía en su asiento, excitado. Habla apartado a un lado su libro para fijar su vista en la copa del árbol.

Fransine, lentamente, sin decir palabra, se volvió y dirigió sus pasos hacia la terraza donde se encontraba su prometido. Anders la siguió llevando en su mano la cesta con las lechugas, los guisantes y las tiernas zanahorias.

El consejero tenía un dedo en el libro, señalando la página donde habla estado leyendo últimamente.

—¡Oh!, Fransine —dijo— He introducido de contrabando en el refinamiento de “La Liberté” un poco de literatura *sans— culotte*. El Joven autor alemán ha sido encarcelado por escribir estas páginas. Esa es la realidad, castigar a la carne y dejar que el espíritu vuele. Nosotros podemos disfrutar y saborear su poesía, desde el momento en que los profesores de las universidades han confiscado al poeta. Estoy hablando frívolamente, pero en una tarde como esta los moralistas nada tienen que hacer.

Y lo que realmente me cautivó fue un incidente curioso, de menor importancia. Me parece que Gutzkow hace en su descripción del lugar de reunión de los jóvenes amantes una reproducción cuidadosa de tu templo de la amistad en “La Liberté”.

Con estas palabras se levantó y se dirigió a tomar el té en compañía de su novia, dejando el libro sobre su asiento bajo el tilo.

El último día que precedía a la boda, el consejero no acudió a “La Libertó”. Esta es una costumbre bien vista en Dinamarca. La novia dedica este último día a meditar sobre el pasado y sobre el futuro; la pareja de prometidos ya no se encuentran de nuevo hasta el día siguiente junto al altar.

El consejero tenía también mucho que hacer; empleó todo el día revolviendo papeles y dando órdenes a sus subordinados con el objeto de no ser perturbado en los primeros días de su luna de miel con asuntos prosaicos. También envió al Joven Anders con un gran manojo de rosas.

Era un día apacible de verano. Por la tarde, después de la puesta del sol, Anders cogió la escopeta y salió a cazar patos. El consejero no hallaba descanso en sus habitaciones y salió a dar un paseo largo.

Cogió la carretera que atravesaba los campos de “La Liberté” para vagar, sin saberlo nadie ni siquiera ella, cerca de su prometida.

El cielo de aquella noche de verano era de color azul claro, como el pétalo de una margarita. Alrededor del horizonte se remontaban grandes nubarrones plateados; los altos árboles elevaban sus copas severas y oscuras contra ellos. Las inmensas praderas de hierba húmeda formaban un verde luminoso. Todos los coloridos del día estaban dentro del paisaje, no menos brillantes que cuando estaban iluminados con la luz del sol, aunque cambiados, reveladores de una nueva faceta de su ser, como si todo el color del mundo hubiera sido transportado de la clave mayor a la menor.

La quietud y el silencio de la noche estaba lleno de una vida profunda, cual si dentro de irnos momentos el universo fuera a descubrir sus secretos.

Cuando el anciano consejero levantó la vista quedó sorprendido al ver la luna llena que resplandecía en medio del firmamento. Su disco brillante tendía un puente de oro a través de la llanura grisácea del mar, como si un banco de muchos cientos de peces diminutos estuvieran saltando y jugueteando en la superficie; sin embargo, no parecía esparcir demasiada luz, como si no fuera necesaria más claridad.

Comenzó a distinguir las rebalsas transparentes de sombra bajo los árboles formadas por la luna y las manchas pequeñas y estrechas a lo largo de la carretera, justamente al final de la pradera inmensa, húmeda y fragante.

El consejero se dio cuenta de que se habla entretenido demasiado tiempo contemplando a la luna. Sabía que el astro distaba muchas millas, y, sin embargo, nada mediaba entre ellos más que el aire diáfano, más diáfano cuanto más alto.

¿Cómo no había escrito nunca algún poema a la luna? Se dio cuenta de que tenía muchas cosas que decirle. Era blanca y redonda, y precisamente a él siempre le hablan gustado las cosas blancas y redondas.

Repentinamente le pareció que la lima tenía que decirle tantas cosas como él a ella; o tal vez más.

Viejo, si, realmente viejo; pero ella era más vieja que él. “No es cosa despreciable ser viejo, pensó; en esa edad se disfruta y se saborean las cosas mucho mejor que cuando se es joven.”

Pero, ¿esta poderosa comunicación de la luna era una amonestación?

En este punto recordó el cuento infantil del ladrón que roba un carnero gordo y lo come a la luz de la luna.

Burlonamente ofrece un trozo de carnero a la luna diciendo:

*"Mira, querida,  
lo que yo aquí  
con placer te ofrezco."*

Y la luna replica:

*“¡Ladrón, cuidado!  
Llave, ve y quema  
a ese bufón tan necio.”*

Entonces viene volando por los aires una llave y se graba, incandescente, en la cara del ladrón.

Este cuento le oyó el consejero de labios de su anciana aya, cincuenta años atrás.

Todo estaba en la noche. Allí estaba la vida, sí, y también la muerte.

“¡Ten cuidado! —dijo la luna—. Estate alerta. La muerte está por aquí escondida.”

¿Sería aquello una advertencia o una promesa? ¿Iba a ser condenado, como Endimión, a un sueño eterno, dulce noche? ¿Le levantaría el mundo una estatua en aquel mismo lugar, junto a las inmensas praderas de “La Liberté”, en memoria y recuerdo de su apoteosis?

Pero ¿qué imaginaciones, qué fantasías eran aquéllas?

Las gotas de agua que destilaban las hojas de trébol le penetraban. Entonces tuvo la curiosa sensación de que caminaba elevado sobre el suelo. En algún lugar habla vacas que pacían o caminaban; no pudo distinguirlas con la luz de la lima; únicamente oyó en el aire el sonido de sus esquilas.

De súbito, recordó un hecho que le habla sucedido más de cuarenta años atrás.

El joven Pedro Mathiensen, un muchacho reservado y observador entonces, habla estado una temporada con su tío el párroco de Mols; en la misma casa estaba también una muchacha, la hija del colono, preparándose para la confirmación.

Su tío habla leído mucho y sabía hablar de todo, del amor, de la vida eterna, de Dios, y era un apasionado entusiasta de la nueva literatura romántica. Por las tardes, en la parroquia, solía leer poesías. Una noche, por llamarse la muchacha Nanna, le pareció divertido al pastor hacer que los chicos tomaran parte en la recitación de la tragedia *La Muerte de Baldur*, dirigiéndose unos a otros los versos apasionados que Baldur dirigió a Nanna. Cuando llegó la noche el muchacho no pudo irse a la cama. Salió a dar un paseo, buscando algo que le devolviera la tranquilidad y el sosiego. Entró en los establos. Habla luna aquella noche de principio de primavera.

Apoyado contra la pared se sintió terriblemente solo y abandonado; hasta le parecía que habla sido traicionado, como si hubiera alguien oculto esperándole.

Luego su pensamiento pasó a las vacas y a su despreocupación en las sombras.

Había una vaca grande, blanca, llamada Rosa, favorita de los niños. El joven Pedro Mathiensen creyó que aquel animal le podía dar sosiego y alivio. Junto a su pesebre, con el pecho apoyado sobre un costado del animal, que rumiaba plácidamente, notó que iba penetrando en él suavemente una calma y un equilibrio y dominio que antes

no poseía; esto le animó a quedarse a dormir allí durante toda la noche.

Apenas habla terminado de acostarse sobre la paja, oyó que la puerta del establo se abría lentamente y que se acercaban unos pasos suaves. Al atisbar sobre el lomo de Rosa, vió que la que entraba era la muchacha, la hija del colono, oscura y ágil a la luz oscura y ágil de la luna.

“Probablemente —pensó— ha estado tan Inquieta y preocupada como yo y ha creído que solamente un pacífico animal rumiante tendría poder para devolverle la paz a su espíritu.”

Por la ventana del establo veía la lima que brillaba en el firmamento, la luna cuya luz penetraba en el establo y ponía un tono pálido y blanquecino allí donde llegaba. A esa misma luz brillaban los cabellos rubios de la muchacha; pero él se mantenía en la oscuridad, quieto e inmóvil como una estatua, como un fugitivo temeroso de ser descubierto.

La observó cuando se arrodilló y se recostó sobre la paja, muy cerca de él. Percibió su respiración agitada y hasta dudó si estarla sollozando.

Allí permanecieron los dos durante varias horas. Con la vaca mansa y tranquila entre ellos, como la espada de dos filos del romance caballeresco.

Cuando durmió soñó con Nanna, y cuando se despertó ella estaba todavía allí, ignorante de su presencia.

Por la mañana muy temprano la muchacha se levantó, limpió cuidadosamente la paja pegada a su falda, y salió del establo.

Nunca Pedro Mathiesen dijo a la muchacha que habían estado juntos en el establo.

El consejero paseaba satisfecho y contento. Pensó en la frase del conde Schimmelmann: “Es un loco el que no sabe que la mitad es más que el todo.” Este incidente, olvidado desde hacía mucho tiempo, era una florecilla en la guirnalda de su vida, flor del campo, raspilla o nomeolvides. En realidad, en su vida había habido muchas flores, violetas y pensamientos.

¿Pondría esta noche otra nueva rosa en su guirnalda?

A pocos pasos del huerto de “La Liberté”, en el henar, había una alameda de hayas.

Al final de la alameda, sobre un montículo, alguien cien años atrás habla mandado levantar una casita de verano, templo a la amistad.

Se conservaban cinco postes de madera, y dos escalones que habla que subir para penetrar en el recinto. A un lado de las columnas habla todavía un asiento semicircular. Desde allí se divisaba el mar.

Más tarde un lateral del edificio había sido bardado con paja para cobijo de vagabundos. En la actualidad aquel lugar estaba derruido, pero bajo los rayos tenues de la luna parecía romántico.

Encaminó sus pasos hacia las ruinas considerándolas como lugar más en consonancia con los sueños de un novio; caminaba lentamente y con prudencia, con el pensamiento de que también su novia hubiera tenido los mismos deseos, y si así era no quería asustarla o perturbarla.

Cuando estuvo más cerca oyó voces que procedían del montículo y la casa arruinada. De momento se quedó Inmóvil; luego comenzó a andar, muy despacio, siguiendo el ruido de las voces. Por segunda vez se convirtió en espía de “La Libertó”. Se esforzó todo lo que le fue posible por no hacer ruido, hasta que al fin logró acercarse a la pared bardada con paja.

Fransine y Anders estaban juntos y hablaban en tono muy tierno. El Joven estaba inmóvil, sentado en el asiento semicircular. Ella estaba de pie, enfrente de 61, con la espalda apoyada contra un poste de madera. La luna brillaba sobre los dos; todo el mundo a su alrededor era luz y claridad, blanco e inmenso como un paisaje nevado. Pero el viejo consejero estaba en la sombra. En realidad era como su propia estatua sobre la que soñó últimamente. También las estatuas son testigos en algunas ocasiones de muchas cosas.

Fransine llevaba una indumentaria extraña y exótica, una especie de dominó negro o capa de ópera que nunca había visto el anciano consejero; esta capa estaba muy ceñida a su cuerpo. Su cabello negro colgaba a los lados de su cabeza, como un manto vivo y oloroso; graciosamente rodeada por el cabello, su cara era como una rosa blanca. Nunca la había visto tan bella y atractiva. Realmente no había visto nunca a ningún ser humano con atractivo tan arrollador e irresistible. Era como si toda la noche de verano se hubiera compendiado en una sola flor; como si en una sola flor hubiera resumido su belleza.

Hubo un gran silencio interrumpido por una leve risa de felicidad de Fransine, tan suave y dulce como el arrullo de una paloma.

—Ahora todos están acostados —dijo la Joven—, semejantes a los muertos del cementerio parroquial. Solamente nosotros, tú y yo, estamos en pie. ¿No crees que es estúpido e insensato estar acostado?

Luego exclamó apasionadamente;

—¡Oh!, Anders. Estoy harta, cansada y aburrida de la gente. Pediría a Dios muy gustosa que siguieran acostados para siempre, de modo que sólo quedáramos despiertos en el mundo tú y yo.

La dulzura de este pensamiento parecía abrumarla. Contuvo la respiración y se mantuvo en silencio e inmóvil, en espera de que Anders se moviera o diera alguna contestación.

Después de unos instantes de espera impaciente le preguntó con la voz aún nena de suavidad y de ternura: —Anders, ¿qué pasa?

Anders tardó un buen rato en contestar. Por fin habló muy despacio:

—Sí. Has hecho bien en preguntar, Fransine. Es muy importante. No necesitamos hablar del espíritu; su existencia no supone peligro o daño alguno para nosotros. Es el flogisto de nuestros cuerpos, el ser de peso negativo, como podríamos decir. Naturalmente es fácil de comprender, pero causa mucho dolor cuando se demuestra. Primero somos tratados por el fuego, quemados o tostados lentamente, y a pesar de todo, todavía podemos volar.

Ahora comprendió perfectamente el viejo la causa de la inmovilidad de su novia. Anders estaba completamente borracho. Le costaba mucho trabajo poder sostenerse en equilibrio. Estaba pálido como un cadáver; el sudor cala por su frente, sus ojos estaban clavados en el rostro de la muchacha como si le causara un dolor infinito el apartarlos de ella.

El consejero había estado repitiendo para sus adentros el aforismo: “la mitad es más que el todo”, y encontró plenamente probada su teoría.

Fransine sonreía al Joven. Al igual que muchas mujeres, no reconocía los síntomas de la bebida en un hombre.

—¡Oh!, Andera —dijo—. Tú no lo sabes, pero yo te lo voy a decir: Yo sé volar o ando muy cerca. El anciano profesor de ballet, Basso, me dijo en cierta ocasión: “A las otras chicas tengo que sujetarlas, pero a ti tendré que amarrar dos piedras a las piernas si no quiero que vuelas lejos de mí.” Estos ancianos profesores son personas

extrañas y gustan naturalmente de cosas extrañas y nunca vistas. Pero ahora no me preocupa nada de eso. Pronto te demostraré que yo sé volar, lo mismo que los peces voladores.

—Mira, mi nena querida —repuso Andera—, tú eres como un cocinero que mata a un pato para hacer una sopa de menudillos. Puedes cogermme a mí para hacer tu sopa de menudillos, si ese es tu gusto, pero tienes que cortar tú misma los trozos que necesites. Los pájaros no saben el lugar donde se encuentra el hígado ni el corazón. Eso es un trabajo de mujer, Fransine.

Fransine pensó en esto durante unos momentos. Tenía seguridad plena de que todas sus palabras eran inteligentes y amables para ella.

—Mi madre —dijo— procedía del *ghetto* de Roma. Tú no sabías esto, ni nadie lo sabe. Allí la vi yo matar a las aves de forma tan hábil y correcta que no quedaba en ellos ni una sola gota de sangre. Aquel *ghetto*. Andera, es el lugar donde la gente sufre, donde es necesario andar con mucho cuidado para no ser robado o herido, e incluso colgado. He visto a nuestras gentes colgadas. Mi propio abuelo fue colgado allí.

El recuerdo de estos hechos anudaban su garganta dificultándole el hablar. Se detuvo unos instantes y luego prosiguió: —El mundo ha sido muy duro conmigo, Anders; conmigo y contigo también. Pero los dos sabemos que después de gustar de la hiel amarga de la vida, resulta mucho más dulce y más grata la felicidad.

Hizo una nueva pausa. Luego siguió:

—Ser feliz, Anders. ¿No te seduce a ti esta palabra? ¿No se ensancha tu corazón y tu alma al pronunciar estas palabras, feliz, felicidad?

—Pero es ya demasiado tarde —intervino Anders—. Los acontecimientos suceden aunque no estemos nosotros presentes. Esa es la desgracia, la gran desgracia que tú no conoces. Los gallos están cantando, aunque tú ni yo les oigamos ahora.

Fransine en tono lento y amable recitó un antiguo dicho délos carboneros:

*"Al romper el alba ya cantaba el gallo.*

*Veintinueve cunas se están meneando"*

—Pero ahora todavía no están cantando. Todavía no es de día, Andera. No es siquiera la media noche.

Ella seguía en pie firme delante de él.

—Hay dos cosas que me atraparán, dos cosas que se adueñarán de mi muy pronto, Fransine. Una es Abelone. Quiere montar en Elsinore una cantina y quiere también casarse conmigo y llevarme para convertirme en el patrón de los marineros. La otra cosa es el mar; también el mar se apoderará de mí.

El consejero, aunque absorto con la conversación, al oír estas palabras y expresiones de su protegido quedó un poco conmovido. ¿Era posible que su ama de llaves hubiese abrigado y planeado tales proyectos sin decirle a él ni un sola palabra? ¿Es que, acaso, habla adivinado en Fransine un rival suyo, un obstáculo para sus caprichos siendo en este sentido más perspicaz e inteligente que él mismo?

Fransine miró fijamente a Anders. Estaba perpleja, aturdida, sin saber qué hacer ni qué decir. Al fin comenzó diciendo: —Anders, no hables de esa forma. Escúchame. En las ferias, cuando yo bailaba para los espectadores, me gritaban: “Repíte, repíte.” “Es maravilloso, nunca visto. Parece como si viéramos bailar a las estrellas. Nuestros corazones están henchidos de gozo y de felicidad.” Ahora dime, Anders, ¿no crees que yo puedo hacerte feliz?

—¡Oh!, querida. Seamos buenos. Portémonos como la gente honrada. Permíteme que te pague de la misma manera que los marineros pagan a las chicas en Elsinore. No tengo mucho que darte, y de veras que es una gran lástima. La noche pasada gasté en cerveza casi todos mis ahorros. Estuve, convidando a mis amigos en la posada. Lo siento de verdad y me arrepiento de ello con todo mi corazón. Pero todavía me quedan cincuenta dólares de plata (*specie-dollars*). Acéptalos ahora, por el amor de Dios. No te lo pido por mi amor propio, te lo juro, puesto que en todo caso voy a morir más pronto o más tarde por ti. De todas maneras siempre es buena cosa para una chica tener cincuenta dólares en metálico. Vete y cómprate un abrigo para que no andes otra vez desnuda en las noches frías.

Fransine era mujer de mucha fortaleza y decisión. Después de oír estas palabras de Anders hizo un movimiento acercándose más a él. Su capa apretada y su cabello largo la siguieron. Sus dos grandes ojos negros se clavaron en la cara lívida. Parecía una bruja joven bajo la luna: —¡ Anders! ¡Anders! ¿Es que no me quieres?

—Sabía que tenía que llegar esa pregunta. Puedo contestarte prácticamente. Te amo, mi linda arpía. Tu cabello es como una llamita roja en la oscuridad, una lengua de

fuego, un pequeño pantano que muestra a las gentes el camino del infierno.

La joven temblaba de pies a cabeza.

—¿Entonces —preguntó moviendo las manos nerviosamente— no querías que hubiera venido aquí esta noche?

Permaneció en silencio durante unos momentos. Luego contestó:

—Bien. Si deseas saber mi opinión honrada, Fransine, no. Hubiera querido estar solo.

Fransine dio media vuelta y se alejó. Su larga capa de Nápoles demasiado ceñida al cuerpo le impedía caminar con soltura. De forma parecida desapareció Are tusa, cuando, hace mucho tiempo, fue cambiada por la diosa Diana en una fuente.

Anders quedó largo tiempo como muerto. Entonces, con el movimiento lento e incierto de una persona borracha cogió la escopeta y se incorporó.

En ese momento se encontró cara a cara con el consejero.

No pareció sorprenderle en absoluto su presencia. Quizá se habla acordado de él o habla notado su cercanía en la atmósfera de la cita.

Cuando el consejero puso sus ojos en él le contestó con una mueca. Los dos se miraron fijamente durante unos segundos.

Luego, con la sonrisa que se dibuja en la cara de un niño al hacer una mala Jugada a alguien, Anders medio levantó la escopeta, y sin tomar puntería disparó hacia el cuerpo del anciano consejero. El disparo sonó en la lejanía.

El disparo y la pena afectaron al anciano como una misma cosa, como el fin del mundo. Cayó al suelo, y al caer vió a su asesino, con agilidad sorprendente en un hombre borracho, saltar la pared y desaparecer en la oscuridad.

El consejero, después de sentirse en un mundo extraño, se encontró al volver en sí con la espalda en el trébol, sobre algo cálido y viscoso: su propia sangre, que se habla mezclado con la tierra húmeda.

Tuvo la sensación de que había estado comido de la ira. No estaba seguro si el estrépito y la oscuridad eran los efectos de ella, un anatema lanzado sobre la cabeza de su ingrato protegido. Al volver lentamente al estado de consciencia, seguía

sufriendo por la pena que una ira inmensa deja en el pecho; ahora ya no odiaba ni condenaba a nadie. Ya había pasado todo.

Había perdido buena cantidad de sangre. Le parecía que por su costado derecho se le había escapado un barril lleno de sangre. Su pierna derecha estaba inmóvil, como paralizada, sin vida.

Resulta extraño y curioso al mismo tiempo que las cosas hubieran cambiado tanto en unos momentos. Ahora estaba en el mismo lugar, tendido, decepcionado, lleno de dolores y con pensamientos muy distintos a los que tenía unos momentos antes.

Nunca había sabido que el aroma del trébol florecido fuera tan fuerte, tan penetrante; era que nunca había estado hasta entonces tendido, medio hundido entre ellos como ahora.

Iba a morir, y había sido el joven a quien tanto había amado, a quien tantos favores había prodigado en su vida, quien le había llevado ha estado tan lamentable. Su testamento, recordó, estaba en regla. Todo su dinero quedaba para su novia. Había dejado una manda para sus antiguos servidores, y la bodega para el conde Augusto Schimmelmann que tanto gustaba de los vinos añejos y de marca. Cuando hizo el testamento había abrigado muchas sospechas sobre si dejarlo bien hecho proporcionarla paz y tranquilidad a un moribundo. Ahora se dio cuenta de la verdad; ahora experimentaba una gran satisfacción por dejar las cosas bien hechas y en orden.

Después de unos instantes se esforzó por reconocer el lugar. Cuando lo reconoció pensó que todavía podía salvarse.

Tenia que estar a menos de una milla de “La Libertó”. Si pudiera arreglárselas para levantarse, podría andar todavía, llegar hasta la avenida que conducía a la casa, agarrarse al vallado de piedra y descansar sobre él.

Cuando trató de moverse fueron tantos los dolores en todo su cuerpo, particularmente en el lado de la pierna herida, que creyó inútil todo esfuerzo.

“Ahora, mi querido amigo —se decía a si mismo—, esfuérzate. No te preocupes, que todo volverá a su antiguo estado. Volverás a estar bien; desaparecerán estos horribles dolores y nuevamente podrás disfrutar la vida.”

Pudo moverse como una vieja serpiente atropellada por las ruedas de un carro en la carretera, que todavía da coletazos.

Iba avanzando sobre su brazo, pero, de pronto, cayó de cabeza en el suelo; la boca, abierta por sus esfuerzos para respirar, se llenó de tierra.

Cuando, después de muchos esfuerzos y muchos dolores, logró levantarse de nuevo, vió que se había equivocado sobre el lugar donde se encontraba; no estaba en Dinamarca, sino en Weimar.

La dulzura de este descubrimiento casi le anonadó. Weimar, entonces, era terreno más fácil. Una carretera conducía hasta allí desde el henar de “La Libertó”. Este lugar, ahora lo vió con claridad, era el terrado; la vista de la ciudad desde aquel punto era tan clara y completa como siempre; era el mismo huerto sagrado; allí estaban los limeros custodiando solemnemente el santuario; sintió su aroma balsámico y alentador.

La luna lo iluminaba todo serenamente.

Fue en estos momentos delirantes cuando recordó que estaba escribiendo una tragedia. Hacía algún tiempo que consideró esta empresa como la mayor de su vida y no se explicaba por qué razones la habla abandonado y olvidado sin pensar más en ella. Hasta había tenido la idea de entregarla en manos de Goethe para conocer su opinión.

Tal vez fuera esta noche el momento adecuado para concluir la. La había titulado *El juicio errante*. Quizá no valiera gran cosa. Eran reminiscencias del propio *Fausto* del Maestro; también habla en ella imaginaciones descabelladas.

“¿Cómo es posible —pensó— que el gran poeta fuese a permitir que sus personajes asociaran a sus creaciones el pensamiento del consejero?”

Indudablemente tenía que haber un orden social en el mundo de la ficción, como lo habla en todas las cosas y en todos los lugares, Incluso en el mundo de Hirschholm. En realidad el criterio de una obra de arte debe estar en imaginar sus caracteres, guardando semejanza con la gente y los lugares de las obras de los grandes maestros.

¿No desembarcaron en Chipre Elmira y Tartufo, y fueron allí recibidos con todos los honores por el joven Cassio, en atención a su maestro?

Cayó de nuevo, esta vez sobre sus espaldas. Esta era una posición mucho más difícil para levantarse sin ayuda de nadie; mientras estaba tendido, jadeante, oyó a distancia los ladridos de un perro.

“Hasta los perros me ladran”, se dijo triste y melancólico.

Indudablemente los animales tenían razón para aullar. El anciano, ayudado por la luz de la luna, vió sus propias ropas manchadas con una mezcla de sangre y lodo. Un mendigo no hubiera tenido peor aspecto.

El rey Lear estuvo también en una situación desgraciada. Había sido perseguido por los asesinos. Solo, sobre un brezo, había luchado y caldo. Aquella noche fue mucho peor que ésta. Pero el viejo rey fue puesto a salvo.

Cuando el consejero estaba tendido sobre el campo, jadeante, trató de recordar qué fue lo que hizo que el rey Lear estuviera tan a salvo, tan seguro, hasta el punto que ni la tormenta sobre el brezo ni todas las perversidades del mundo pudieron hacer nada contra él. Habla estado en manos de dos hijas ingratas; le habían tratado con una crueldad indecible; nada habla seguro entonces. Pero no, no era así; todavía quedaba algo seguro, algo muy importante y decisivo: el viejo rey se había echado en las manos, para todo lo que le aconteciera, del gran poeta británico, de William Shakespeare. Eso era todo.

El consejero había logrado llegar al vallado de piedra del huerto. Con un esfuerzo ingente se pudo apoyar contra él. Esto le proporcionó descanso y sosiego.

De pronto, con la faz de la luna mirando a su propia cara manchada en sangre y desfigurada, el anciano consejero comprendió todas las cosas del mundo.

No solamente se encontraba en Weimar. No, había más; se encontraba dentro del círculo mágico de la poesía. Estaba dentro del mundo espiritual del gran Goethe. Todo aquel paisaje que le rodeaba, hasta el gran dolor que le afligía de vez en cuando, eran los conocimientos, las prendas y las habilidades del poeta de Weimar. El mismo, profundo pensamiento, estuvo metido dentro de estas obras de armonía y de orden indestructibles.

Estaba en libertad, si así lo deseaba, para ser Mefistófeles o el estudiante necio que acude a pedir consejo sobre la vida. En todo caso podía ser lo que quisiera, sin peligro alguno de correr ningún riesgo, puesto que en todo momento el autor cuidarla de que las cosas salieran al fin bien, que se mantuviera el orden y la ley. ¿Por qué habla tenido siempre miedo? ¿Habla creído que Goethe podía fallar?

*Haz diez de uno*

*y déjalo en dos.*

*O haz tres incluso*

*y nueve quedó*

*y el diez se marchó.*

Estas palabras le dieron un alivio extraordinario. Cuán necio e insensato habla sido! ¿Qué le podía importar el mundo? ¿Qué tenía que temer si estaba en las manos de Goethe?

El anciano miró, como por primera vez en su vida, al firmamento. Sus labios se movieron y dijo estas palabras: - *Ich bin Eurer Excellenz ehrerbietigster Diener.*

En este momento de su apoteosis se dio cuenta de que alguien lloraba a corta distancia. Los sollozos se acercaban cada vez más; luego, de súbito, se alejaron y desaparecieron.

“¿Era acaso —pensó— Margarita que lloraba su abandono?”

*Mi madre, la zorra,*

*me quiso matar;*

*mi padre, el cabrito,*

*comido me ha.*

"No —pensó—. Debe haber sido la Joven señora de “La Liberté”. Mi prometida, la pobre Fransine.” Por el ruido creyó que era ella la que iba y venía muy cerca de él; la que se habla distanciado hasta el final del terreno para que no fuera oída desde la casa.

“Si pudiera caminar —pensó— unas pocas yardas más, estarla al alcance de su oído y a salvo.”

Con esta certidumbre pasó por la mente del consejero un sentimiento de lástima y de compasión.

“Fransine —pensó— debió de oír el disparo. SI, ella no está ignorante de lo

ocurrido. Lo sabe, lo sabe todo. Y ahora, tal vez esté asustada, temerosa. Sus sollozos me han sonado desesperados. SI, era ella, ella sola abandonada en la oscuridad de la noche. Esto es una crueldad del Maestro. Pero no. Nada hizo cruel, nada hizo desordenado. fue más duro y cruel todavía cuando hizo que Margarita matara a su propio hijo; y, sin embargo, también aquello era justo, también aquello estaba dentro de la armonía y del orden.”

Apoyó contra el vallado sus piernas que se arrastraban en el lodo; trató de ordenar, de dirigir todos sus pensamientos.

Debido a su superior conocimiento debía ser él quien consolara a aquella joven desconsolada; debía de ser él quien a pesar de su estado deprimente tratara de hacer que las cosas parecieran rectas a aquella mujer. Ella era sencilla, era Joven; seria totalmente inútil querer hacerla comprender que todas las cosas estaban en orden. Pero no importaba; era mejor así.

Los niños que no pueden asimilar toda la producción de la tierra se encuentran felices con un alfeñique. *El* tenía que arreglárselas para proporcionar a Fransine aquello que generalmente se llama felicidad.

“Es esto —pensó— lo que entra dentro de los planes del Maestro.”

La luna, en el firmamento, habla cambiado de posición y de color. Estaba llegando el alba. El cielo iba clareándose lerdamente; las estrellas colgaban en él como claros goterones preparados para caer. Rozando con la tierra corrían vientos aromáticos, fragantes.

El consejero pensó que debía de tener un aspecto igual a un fantasma; con gran dificultad sacó el pañuelo y enjugó su cara. Aquel esfuerzo casi le hizo desfallecer; lo único que consiguió con ello fue manchar la cara con sangre y con barro. Creyó que de nada le serviría esforzarse para llamarla; su voz estaba casi desfallecida, apagada; Era preciso acercarse más, hacer un esfuerzo último, supremo.

Había dos escalones de piedra que conducían desde la carretera, a través de la valla, dentro del terrado; si lograba llegar hasta ellos sería visto desde la casa. Con un nuevo esfuerzo doloroso y lento consiguió arrastrarse otras diez yardas.

“Esto es lo último —se dijo—. Ya no puedo más. He llegado a mi final.”

Se acercó a los dos escalones y apoyó su cuerpo contra el más alto.

Quiso llamar, pero le fue imposible emitir ningún sonido. En aquel mismo momento, ella se volvió y alcanzó con su vista el espectáculo.

Si él parecía un fantasma como ella consideró, ella se había convertido también en un espectro de aquella joven belleza de "La Libertó", de la amable y hermosa Fransine Lerrhe.

Vestía solamente un camisón de dormir. Se lo habla puesto precipitadamente, sin cuidado alguno.

Sus pechos y sus caderas se habían contraído; dentro de aquella vestidura blanca no quedaba más que una percha. Incluso su larga cabellera negra colgaba lacia y desarreglada, sin vida, lo mismo que sus brazos.

Su cara de muñeca se había desfigurado con las lágrimas; la muñeca se habla roto. Sus grandes ojos negros y su boca de niña adolescente no eran ahora más que agujeros negros en una llanura blanca. Aunque estaba agotada, muerta de cansancio, no podía sentarse ni recostarse en ninguna parte. Su desesperación y su angustia le hacían mantenerse en pie como el plomo en las figuritas de madera con que juegan los niños como el peso atado a los pies de los marineros muertos que les mantiene erguidos y les precipita en el fondo del mar.

Los dos se miraron fijamente en silencio.

Al fin el anciano reunió suficiente fuerza para susurrar:

—Ayúdame. No puedo moverme.

Ella seguía inmóvil.

Ahora cruzó por la mente del anciano la idea de que debía de ser él quien tratara de tranquilizarla, de animarla y procurarla alivio puesto que estaba llena de terror.

—Como ves, me han disparado un tiro. Pero esto no importa.

El consejero no sabía si le habla oído; apenas sabía si habla llegado a pronunciar palabras.

Por fin la muchacha comprendió. Era su amante el que habla disparado contra aquel anciano. Súbitamente, como en una llamada blanca, tuvo una visión: contempló aterrorizada a Anders con el dogal al cuello. Luego reflexionó: "No importa que Anders lo haya hecho. Lo que importa es que el y yo nos pertenecemos el uno al

otro, somos una misma cosa. El que también a mi me hiriera de muerte, el que yo fuera arrojada de su presencia, me importa poco. Nada en el mundo me horrorizaría tanto como verle de nuevo ante mi en este mismo instante, pero incluso esto mismo tan horrible, tan espantoso, nada me Importarla. Lo único que me Importa y me seguirá importando en esta vida es que él y yo no somos dos, sino uno."

Seguía de pie y contemplaba la sangre que brotaba del cuerpo del anciano y tenía los escalones de piedra. Como si en aquella hubiera habido algo mágico su vista fortaleció su corazón.

La sangre roja, el alivio de su congoja y la luz del nuevo día fueron una misma cosa para ella.

La oscuridad estaba desapareciendo. Anders,— después que ella se apartó de él, habla probado que la amaba.

Como loca, con el pelo suelto, comenzó a tirar de una de las grandes piedras del vallado. Cuando la hubo desplomado la mantuvo por unos momentos apretada con todas sus fuerzas contra su pecho, como si aquella piedra simbolizara un único hijo que el anciano hechicero hubiera encantado convirtiéndolo en piedra.

El consejero notaba que su sangre brotaba y se iba rápidamente. Notó también que si tenía algún mensaje que darle debía hacerlo en seguida. Temeroso de que sus labios no emitieran sonido alguno cuando tratara de hablar, arrastró su mano derecha por el suelo hasta que tocó su pie desnudo. La muchacha, que antes habla sido siempre tan sensible a cualquier tocamiento, no se movió.

—Mi pobre muchacha, mi paloma, escúchame. Todo es bueno, no lo olvides. ¡Todo! ¡Todo!— Luego añadió—: Marionetas. Frangirte, Marionetas.

Tuvo que esperar uno«segundos. Todavía tenía que decirle más.

—La luna —dijo recalcando las sílabas muy despacio— se mantiene fija allá en las alturas de los cielos. Tú y yo. Fran— Sine, nunca moriremos.

No pudo continuar. Su cabeza cayó contra el escalón de piedra.

Si Fransine no le oyó, sin embargo le comprendió por el roce de su mano. Habla querido decirle que todo el mundo era bueno, todo era bello y hermoso, y que además ella lo sabía y conocía mejor. Precisamente hacía estas afirmaciones porque le convenía a 61 que el mundo fuera bello, hermoso y bueno. Quizá lo hubiera

expresado en la belleza del paisaje. Tal vez quisiera también decirle y recordarle que era aquel día el de su boda y que el cielo y la tierra le sonreían a ella. Pero también aquel mundo era el mismo en el que colgarían a Andera.

—Tú —gritó ella entre sollozos— ¡Tú poeta!

Levantó con las dos manos la piedra hasta elevarla encima de su cabeza; luego la arrojó sobre él.

La sangre se esparció por todos los sitios. El cuerpo que hasta unos segundos poseía un equilibrio, una finalidad, un concepto del mundo que le rodeaba, cayó exánime y quedó tendido sobre el suelo como un atado de ropas viejas.

Había llegado el final; un final fatal e irremediable.

Al consejero le pareció que había sido lanzado con fuerza tremenda e inesperada dentro de un abismo inconmensurable. Tardó en llegar. Fue lanzado de una catarata a otra.

Y mientras tanto, por todas partes, como un eco que retumbara en grandes cavernas millares de voces repetían sus palabras una y otra vez.